Abimael Guzmán Reinoso

OBRAS ESCOGIDAS

Tomo I

Abimael Guzmán Reinoso

OBRAS ESCOGIDAS

Tomo I

2023

Primera edición 2023

Ediciones Bandera Roja

NOTA A LA PRIMERA EDICIÓN

El Partido Comunista del Perú tiene el alto honor de presentar al proletariado y los pueblos del mundo las Obras Escogidas de Abimael Guzmán Reinoso editadas en seis tomos.

Las Obras Escogidas abarcan desde 1963 hasta 2019 y cubren tres etapas de la historia del Partido Comunista del Perú: la reconstitución, la dirección de la guerra popular y la lucha política.

Dejamos constancia de que la presente edición no ha podido ser revisada por el autor ni por su esposa debido a la persecución sin fin contra ellos por el Estado peruano. En esas condiciones, la presente publicación ha sido autorizada por Elena Yparraguirre Revoredo, esposa del autor, por ser un valioso aporte de la revolución peruana a la revolución proletaria mundial.

Abimael Guzmán Reinoso fue el Presidente del Partido Comunista del Perú y en el Perú y el mundo es conocido como el Presidente Gonzalo. Su pensamiento comunista es parte del tesoro universal del marxismo-leninismo-maoísmo.

RECONSTITUCIÓN (I)

LOS COMIENZOS[1]

Por concepción, como es bien sabido, los comunistas no centramos en nuestros datos personales, pues, sabiéndonos hechura social de la lucha de clases, del Partido y, en nuestra circunstancia, de la guerra popular —que a mí como a otros ha transformado profundamente—, ubicamos y comprendemos nuestras vidas y derroteros dentro de las luchas por la causa a la cual servimos. Sin embargo, merece precisar algunos datos biográficos.

DESDE NACIMIENTO A RESIDENCIA EN AREQUIPA

Nací el 3 de diciembre de 1934 en el puerto de Mollendo, en la Aguadita para más señas, provincia de Islay de la República Independiente de Arequipa con bandera, himno e historia propios, parte entrañable de este Perú y su pueblo del cual soy hijo.

Mis padres fueron Abimael Guzmán Silva y Berenice Reinoso Cervantes, de cuya relación natural fui fruto único. Mi padre tuvo sus ancestros en campesinos del Valle de Tambo en la costa arequipeña, con secundaria completa y estudios de contabilidad, y no sé si viva aún. Mi madre fue del mismo Arequipa, de familia intelectual, y también con secundaria concluida o educación media, como se decía entonces; ella falleció cuando yo tenía cerca de veinte años.

Mi nombre completo es Manuel Rubén Abimael Guzmán Reinoso, conforme reza la partida de nacimiento del Registro Provincial de Islay; y no está de más reiterarlo, pues a alguien se le ocurrió y difundió que mi nombre verdadero era Ismael y que por inquina política antiárabe lo cambié. Fui, como la mayoría en el país, bautizado y confirmado. Y fui,

---

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis*, libro de Abimael Guzmán y Elena Yparraguirre, redactado en 1996 en el Penal Militar de la Base Naval del Callao.

también, un niño sano sin enfermedades graves que yo sepa; gocé de una buena salud que se extendió a la mayor parte de mi vida y, si cabe, bastante aceptable aún hoy.

Aprendí a leer y escribir en una escuela estatal de Mollendo, me parece que cercana al hospital de la avenida Iquitos. El aula de mis primeros garabatos tenía una imagen del Niño Jesús de Praga y la maestra, un guardapolvo celeste; no recuerdo el año. De esos tiempos lo más grabado en mí es un radio antiguo de caja de madera, el locutor anunciando la invasión a Polonia y la gente hablando de guerra; entiendo que debió ser el inicio de la Segunda Guerra Mundial. En relación con esto y lo anterior, no es cierto que el Partido haya tomado disposición alguna sobre preservar casa, escuela ni construcción de ningún tipo ligada a mi infancia ni a otra etapa de mi vida.

Posteriormente comenzó para mí una serie de desplazamientos por distintos puntos del país que, obviamente, implicaron cambio de ambiente, hogares y relaciones. Sin embargo, pienso que, pese a tener sus contras como todo en la vida, sirvió a forjarme en una múltiple y diversificada experiencia y a desarrollar en mí una tendencia, que con el tiempo se acentuaría, a vivir volcado al mundo y sus problemas y no centrado en hurgar los entresijos de mi alma.

Viajé a Sicuani con mi madre. Fue mi primer encuentro con la sierra, la región de nuestra patria que he aprendido a amar más y admirar. Allí estudié en otra escuela estatal, cercana al estadio, pasando el puente sobre el río Vilcanota. Conocí las ferias, el negocio de la lana, el campesinado indígena, y algo del mundo serrano seguramente se adentró en mí. Las impresiones más saltantes que guardo de esa época son las víctimas del terremoto de Yanaoca y, principalmente, la imagen de una campesina llevando en brazos a su hija muerta y mendigando ayuda para poder enterrarla.

Tiempo después viajamos a Chimbote pasando por Arequipa y de esta a Lima por carretera, cuando el viaje requería tres días. Tras pocos meses, mi madre volvió a Sicuani. De ella guardo siempre agradecido su amorosa solicitud; fue quien decidió y resolvió que estudiara en el Callao. Por sus cartas sé que fui dolorosa ausencia, no olvido su constancia preocupada por mis estudios y futuro; indelebles están en mi memoria sus palabras: «Hijo mío, cuida al hijo de tu madre, eres quien mejor puede hacerlo». Yo quedé con mis abuelos y parientes maternos; de ellos

persiste el vívido recuerdo de mi abuela, de cuya imagen distante aún perdura su ternura. No tengo preciso el año, pero fue cuando la *Frederick Snare* construía el muelle y Chimbote estaba todavía lejos del *boom* de la harina de pescado. Ahí no concurrí a la escuela; estudiaba textos escolares y comenzaba a leer todo lo que caía en mis manos; asimismo, como para no perder el tiempo, estuve de aprendiz de relojero. Allí descubrí la estremecedora grandeza del mar.

Sí, en el Callao terminé mis estudios primarios. Tras meses de estadía en Chimbote, fui enviado a esa ciudad a vivir con la familia de un hermano de mi madre. Estudié en la escuela Alberto Secada y el primer año de secundaria en el colegio Dos de mayo, en el año 1948. La estadía de cuatro años consecutivos en el Callao, el término de un ciclo de estudios, el inicio de otro y el ambiente en que me desenvolví fueron muy beneficiosos para mi desarrollo; a la vez fue abriéndose en mí una necesidad creciente de conocer y estudiar, la biblioteca comenzó a ser gran ayuda.

De esos tiempos guardo no solo imborrables recuerdos, sino acicateantes experiencias e ideas nuevas que fueron modelándome. Así, las noticias de la parte final de la guerra; la toma de Berlín por el Ejército Rojo; la celebración del Día de la Victoria cuando la derrota de Alemania; los periódicos que en primera plana traían las imágenes de Roosevelt, Churchill y el gran camarada Stalin; los bombardeos sobre Nagoya; y la bomba atómica. El gobierno de Bustamante y Rivero con el Frente Democrático Nacional; la intensificación de la lucha política; el levantamiento de la Marina el 3 de octubre; y el golpe de Estado de Odría. Las noticias sobre la Unión Soviética; la admiración emocionada que me produjo la película soviética *¡Viva la juventud!*; y la, para mí entonces, sorprendente información oída a un comerciante chino de que en China había una gran revolución y que la verdadera figura no era Chiang Kaishek, sino Mao Tsetung que dirigía un Partido Comunista como Stalin en la URSS. Todo esto generó en mí el primigenio y elemental despertar de mi conciencia social. Fue, pues, buena y sumamente beneficiosa mi vida en el Callao.

¿Tantos traslados retardaron mis estudios escolares? Lo objetivo es que a los catorce años había cursado el primero de secundaria y a los dieciocho años, 1952, terminé de estudiar. Creo que en esos tiempos era lo normal; y si pudiera haber concluido antes, en otras condiciones, lo cierto es que, si algo perdí, fue ampliamente compensado y más con la experiencia adquirida y la forja que la vida llevada me comenzó a proporcionar. Además, pienso haber sido un buen alumno en ese tiempo;

si los premios son un índice, cabe recordar que, en el Alberto Secada al terminar primaria, recibí una libreta de ahorros, si mal no recuerdo, en el Banco Popular.

El deporte que más me atrajo desde la infancia fue el fútbol y en esa época lo jugué con intensidad; poco a poco lo fui dejando, aunque aún tengo cierta afición por él.

Tampoco en este período he padecido graves enfermedades, salvo un ataque de apendicitis con peritonitis derivada; fui internado y operado en el Hospital Alcides Carrión del Callao. Precisamente, a consecuencia de esta enfermedad, una prima de mi padre (detrás de quien, aunque lejana, estuvo la omnipresente mano de mi madre) le escribió y así marché a Arequipa. Un nuevo desplazamiento concluía mi adolescencia y me enrumbaba a la juventud.

Así llegué a conocer a mi padre; de si antes lo vi, no tengo memoria. Volví a Arequipa una noche de febrero de 1949, en el entonces tren de las siete; ciudad en la que varias veces estuve de paso y viví un tiempo corto. Terminaba mi aprendizaje en múltiples cuan diferentes puntos del país y desarrollo inicial a la sombra de mi familia materna; familia a la que debo tanto, desde la vida hasta mi primer despertar al mundo de la lucha de clases. Ingresaba a un nuevo hogar, el de mi padre, su esposa y mis hermanos, y una vez más vaya mi más puro sentimiento agradecido y reconocimiento a la esposa de mi padre, doña Laura Jorquera Gómez, admirable mujer que supo acogerme como hijo propio que se reencuentra; a mis hermanas y hermanos que hicieron que su casa la sintiera mía; y a mi padre que me dio esa oportunidad.

Un mundo nuevo y más amplio se abría a mis ojos en nuestra siempre hermosa y única Arequipa. Una etapa fundamental de desarrollo me esperaba y una larga estadía extendida hasta 1962, casi tantos años como los que tenía al llegar: catorce.

DESDE INICIOS DE JUVENTUD A COMIENZOS DE MADUREZ

Como dije, llegué a la casa de mi padre, su esposa y mis hermanos, mi nuevo hogar: calle Ejercicios 307, teléfono 3139 (solo cuatro números entonces). Un ambiente familiar provinciano del sur de nuestro país de fines de la década del 40; en una Arequipa de cuando el golpe de Odría,

a comienzos del Ochenio[2], agitada por las luchas obreras en especial y luego por el levantamiento de junio del 50.

Una familia de pequeña burguesía, de comerciantes con varias tiendas de abarrotes y géneros en el valle de Tambo, Mollendo y Arequipa; acomodada y de buen nivel económico. Un hogar sustentado en el trabajo y el esfuerzo propios, en la independencia de opinión y responsabilidad. En él las necesidades de alimentación, ropa, estudios, distracción y propinas estaban bien organizadas, desenvolviéndose una vida sencilla y ordenada, de poca vida social y celebraciones, donde los hijos, aparte de centrar en los estudios, tenían una tarea específica que cumplir responsablemente. Y en él se daban problemas, como en todo hogar, pero menores, no graves; el más serio se presentó años después: problemas económicos que implicaron fuerte reducción de los negocios y se afrontaron trabajando más.

El ambiente hogareño nunca fue religioso, más bien distante de las iglesias y crítico de la religión; de un ateísmo práctico, aunque mi padre expresaba posiciones teístas. Entre nuestros familiares no sé de alguien que haya sido muy devoto, llevara hábito ni menos sido sacerdote; en cuanto a mí, nunca tuve tal tentación. Y conforme los hijos fuimos creciendo el ambiente se tornó más intelectual; centrado en conversaciones y discusiones sobre libros, teorías e ideas en general, aunque poco sobre política y partidos. Todo esto fue generando similitud de intereses intelectuales y orientación plasmados, con el correr del tiempo, en estudios y profesión iguales: mis dos hermanos varones menores y yo terminamos estudiando filosofía y abogacía y ejerciendo la docencia universitaria en la cual, pienso, ellos aún prosiguen.

En cuanto al despertar del amor: la vida tuvo a bien muy pronto enseñarme que la mujer es la más hermosa criatura que puebla la tierra; y de amores, dos colman mi existencia imborrablemente agradecida: Augusta La Torre Carrasco, camarada Norah, ayer; Elena Yparraguirre Revoredo, camarada Míriam, hoy. Aunque ambas para mí sean un siempre; y gracias a la vida y a ellas por la inmensidad recibida.

Para proseguir estudios secundarios fui matriculado en el Colegio de La Salle, una antigua orden educacional francesa, en segundo año, en 1949. Mis condiscípulos en su mayoría eran de la pequeña burguesía acomodada; también los había hijos de terratenientes, burgueses y de la

---

[2] Ochenio: periodo de ocho años que duró la dictadura de Odría.

burocracia. Tuvimos el mismo tutor que nos forjó hasta el cuarto año, el hermano Fermín Luis, un vasco de ciertas ideas republicanas; y en quinto el hermano Justo, prefecto del colegio, nos ayudó a rematar el ciclo. Como en toda aula diversos grupos de afinidad se desenvolvían y contendían; yo formaba parte del de los serios y estudiosos, los castigos que recibí fueron por no concurrir a misa o llegar tarde a ella, pues era parte de nuestras obligaciones. De algunos de mis compañeros sí recuerdo: la seriedad y dedicación de Rodríguez, la habilidad matemática de Díaz Cano, el buen manejo del lenguaje y amistad duradera de Bouroncle, a Cano Luque siempre fraternal y afectuoso; y de otros, si bien quizás no con tanta nitidez, guardo grata memoria de nuestros comunes tiempos juveniles. Sin embargo, a más de ser poco amiguero, mis continuos cambios de residencia —no solo antiguos— no han servido a que entablara amistades prolongadas y, así, no sepa hoy qué ha sido de ellos e igualmente de mis posteriores condiscípulos y amigos universitarios y profesionales.

Aunque por lo general mi rendimiento ha sido siempre alto en todas las materias que he estudiado, en secundaria, Historia y Lenguaje fueron los cursos que más me atrajeron no solo por su contenido sino debido a cómo se impartieron, especialmente de forma motivadora y vívida. Lamentablemente, para mí, la situación no fue igual con Matemáticas y Ciencias, y no debido a desinterés o poca importancia de esas materias, sino, pienso, por su reducción a meras fórmulas y memorismo, precisamente en conocimientos en los cuales motivación, ideas centrales y fundamentos son sustantivos. En cuarto y quinto años, además de Historia de la República, encendidamente dictado, mi atención fue concitada por Psicología, Lógica, Economía Política, Física y Geometría, comenzando a incentivarse mi interés por ellas. Destaquemos que la instrucción premilitar la tomé siempre con seriedad e interés y no solo en secundaria, igualmente en la universidad.

He sido muy buen alumno; y, reitero, si las distinciones son indicio o prueba del rendimiento estudiantil, entonces refrendan lo que digo: fui primero o segundo y en los cuatro años recibí diplomas de excelencia. Así pues, mi traslado del Callao a Arequipa no retardó ni dificultó mis estudios; por el contrario, las condiciones nuevas y mejores del hogar paterno y las del colegio en que proseguí fueron altamente beneficiosas en mi desarrollo; y si tuve un inicial choque de ambientación, rápida y fácilmente lo superé. Más aún, los necesarios problemas que toda situación nueva presenta, máxime siendo tan diferente a los antes vividos, fueron más

acicate que traba y nuevamente sirvieron de buena fragua para modelar al joven en que estaba transformándome.

Considero que el Colegio de La Salle no influenció religiosamente en mí; si bien vale señalar que mi poca o ninguna preocupación por las prácticas religiosas no implicaron, en modo alguno, ojeriza, represalia o restricción en mi contra. A más de lo dicho, debo a ese centro bastante de mi formación en esa maleable etapa de la vida; incluso, aparte de la importancia del buen uso de la lengua castellana que allí aprendí, también en sus aulas expresé mis pininos organizativos cuando concurrí en considerable medida a la fundación y desarrollo de la Juventud Estudiantil Lasaliana.

Claro está, no solo estudiaba los cursos escolares; como mis hermanos, considerable tiempo invertí en lecturas de libros de todo tipo, especialmente obras clásicas y novelas que intensamente discutimos. Así, la insuperable *Ilíada*, el imperecedero *Don Quijote*, biografías de S. Zweig y E. Ludwig, y uno que originó ardoroso debate, *La hora veinticinco* de Virgil Gheorghiu, para no hacer larga la lista. También, y más importante, trabajaba con mi padre llevando libros de contabilidad, pues, si bien había propinas, estas no son nunca suficientes y trabajar no solo da dinero, sino forja en muy buena escuela. Asimismo, en mi época de secundario estudié francés, un curso especial dictado en el colegio, e inglés en el Cultural Peruano-británico; similarmente ya en la universidad me aboqué al alemán, griego y latín, como necesidad filosófica. Y en cuanto a diversión: iba al cine con regularidad; solía concurrir a fiestas y paseos de vez en cuando; y bastante a los distritos que rodean Arequipa, a peleas de toros y kermeses con música y quioscos «atendidos por finas damitas del lugar», como se propagandizaba atractivamente entonces.

Sí, es cierto, quise ser militar, oficial del Ejército y específicamente de infantería. Tenía y tengo, y creo hoy más claramente aún, una idea no solo del papel de toda fuerza armada como columna vertebral del Estado, sino, y es insoslayable, de la función de los ejércitos en el surgimiento, desarrollo y transformación de todas las naciones; lo prueba la historia del mundo, del proletariado muy claro está, la del país y la de nuestro propio Partido. Y esto que al término de la secundaria quizá solo intuía, seguramente no compaginaba con los comienzos del Ochenio y la conciencia social por los de abajo que comenzaba a dar un nuevo salto en mí. Por ello, pienso, no persistí en ser militar y a última hora, esa es la verdad, decidí ser abogado.

Me preparé solo, y entiendo era lo usual en esos días. Ingresé a la universidad del Gran Padre San Agustín de Arequipa, según reza su nombre oficial, el año 1953, el siguiente a terminar secundaria, a la Facultad de Letras (aún no había Estudios Generales), en ella debían cursarse dos años previos a Derecho. Mi padre sufragó mis estudios universitarios en lo fundamental. Complementé esos gastos y otras necesidades con mis ya aludidos trabajos de contabilidad, posteriormente los incrementé con ganancias por labores de amanuense y trámites judiciales; hasta que, terminados mis estudios de Filosofía, comencé a trabajar como docente universitario, pudiendo así independizarme económicamente.

La universidad era otro mundo: campos hasta ese tiempo inimaginados; las ideas bullían, los debates y discusiones eran pan cotidiano y la política latía en todas partes. Conferencias, charlas e interminables conversaciones sobre mil y un temas; cientos de jóvenes, hombres y mujeres, parecían haber descubierto el arte de hablar y pensar y que al unísono hubieran roto un largo voto de silencio impuesto. Mas al fondo de este chisporroteo inicial, iban perfilándose los cursos que abrían o acentuaban vocaciones e imprimían hasta rumbos nuevos, y de múltiples formas contundentes removían caducas ideas ampliando las mentes.

Personalmente, en Letras dos cursos repercutieron en mí: Introducción a la Filosofía y Concepción Física del Mundo; así accedí a un mundo de ideas nuevas y hasta desconcertantes y, por el segundo principalmente, a la filosofía y a la ciencia (a la física y la geometría en especial) que recién entonces descubrí; y desde ahí mi persistente interés y dedicación a la filosofía de la ciencia, la lógica y la teoría del conocimiento en general. Y en adelante filosofía y ciencia fueron el centro de mis estudios; ellas, en lo que compete a la teoría, me llevaron al marxismo definiendo mi vida y rumbo desde la década del cincuenta. Del 55 al 57 estudié Filosofía; éramos muy pocos alumnos, solo tres terminamos: dos compañeras, ambas estudiantes de Educación, y yo, estudiante de Derecho. ¿Por qué estudié Derecho? Simple y concretamente, para tener un instrumento profesional que sustentara mis necesidades y me diera independencia; el que después decidiera estudiar Filosofía no variaba la situación, solo lo hacía más necesario. Que luego la filosofía sirviera para ganarme la vida, no lo sabía entonces ni lo imaginaba. Por lo demás, aparte de que teoría y práctica no se excluyen en modo alguno, más aún siendo la filosofía la médula misma de la ideología que late en todas las acciones, a lo sumo me exigió más trabajo, pero el beneficio ha sido mayor.

¿Qué profesores y condiscípulos recuerdo? En Letras y Filosofía a los doctores M.A. Rodríguez Rivas, A. Barreda Delgado, M. Mayorga Goyzueta y E. Azálgara Ballón; en Derecho a los doctores Alfonso Montesinos Montesinos, Abdón Valdez y Humberto Núñez Borja. Y de mis compañeros a D. Hernández Berenquel, P. Urday Masías y R. Chirinos Lizares —con ellos fui integrante de un grupo de estudio hasta el final de nuestra formación profesional—, a quienes no he vuelto a ver, pero deseo hayan alcanzado lo que su esfuerzo merecía.

Fui delegado estudiantil de la Facultad de Letras ante la Federación Universitaria por un año, en calidad de independiente; digamos al paso, nunca he sido militante ni he estado ligado en modo alguno a ningún partido que no sea el Partido Comunista del Perú. También fui delegado estudiantil de Filosofía ante la Facultad de Letras y me cupo actuar en la reforma de la misma.

Mis dos tesis, *Acerca de la teoría kantiana del espacio* y *El Estado democrático-burgués,* las elaboré en torno a los veintiséis años, ambas para optar el bachillerato en Filosofía y Derecho, respectivamente, cuando ya era militante. La primera, apuntando a demostrar la insostenibilidad de la posición idealista subjetiva de Kant sobre el espacio y, en contrario, reafirmar la posición filosófica marxista del espacio (y también del tiempo, aunque de este no trate la tesis) como manifestación de la materia en eterno movimiento, a partir de la ciencia actual. La segunda, a demostrar la caducidad del Estado democrático-burgués, y burgués en general, a partir de cómo su práctica comprueba la negación de sus propios principios y cómo ha hundido al mundo en la más grande explotación y opresión, mientras simultáneamente engendra a su sepulturero, el proletariado, clase que ha abierto una nueva etapa en la historia. Así, ambas tesis plantean dos cuestiones fundamentales del marxismo.

Mi militancia como miembro del Partido Comunista del Perú sella este período de mi vida. Dos hechos políticos, sumados a los referidos, jalonan el desarrollo de mi conciencia social y principalmente de clase: el levantamiento de Arequipa en 1950 y su represión virulenta y las luchas políticas del año 55, también en Arequipa, que trayendo abajo a Esparza Zañartu iniciaron el fin del Ochenio.

Mis primeras lecturas marxistas fueron el *Manifiesto del Partido Comunista* y *Un paso adelante, dos pasos atrás;* el primero lo adquirí, el segundo me fue prestado. A la muerte del gran camarada Stalin, 1953, ya lo admiraba

más como conductor de la URSS y defendía las ideas marxistas. En este proceso, el ataque siniestro de Jruschov contra la dictadura del proletariado tomando como pretexto a Stalin, 1956, me encuentra combatiendo a aquel y defendiendo a este; era ya, en síntesis, un marxista definido. Comienza aquí mi búsqueda de la militancia comunista y la lucha por conseguirla, mas no pude lograrla de inmediato. Supe después que había, por esos años, una tendencia «obrerista» opuesta al ingreso de pequeñoburgueses y, más aún, intelectuales al Partido. Solo tras largos meses logré la militancia, pero no puedo precisar bien la fecha; lo cierto es que milité en una célula de pocos miembros, una obrera entre ellos, dirigida por un intelectual. ¿Por qué ingresé al Partido? Concretamente: la lucha de clases que me forjó y mi desenvolvimiento ideológico me hicieron devenir marxista, y si uno es marxista verdadero necesariamente debe militar, ser miembro del Partido y no se detendrá hasta conseguirlo; no cabe marxista fuera de filas. Por eso decidí libre y voluntariamente ser comunista.

Trabajé con denuedo en varios frentes, en el obrero y universitario primero; después en organización, así llegué a conocer la estructura partidaria y su funcionamiento, y concurrí a eventos importantes como una reunión regional con camaradas de Cuzco y Puno. Posteriormente actué en la preparación del llamado Frente de Liberación Nacional, pero estuve entre quienes se oponían a usar este nombre con fines electorales, pues sus perspectivas eran las elecciones de 1962; buena parte, si no la mayoría, tomó tal posición en la lucha interna más importante del momento sobre un fondo de lucha contra el revisionismo que, años después, terminaría por arrojarlo del Partido en 1964. En esta agitada labor preparatoria fui a Tacna a impulsar el trabajo partidario; y en Lima participé en la conformación nacional del Frente de Liberación Nacional, allí conocí a connotados dirigentes del Partido y personajes de la política peruana de la variopinta izquierda.

Esta es mi inicial vida de comunista; años de trabajo, aprendizaje y acumulación de experiencia. En esa etapa influyeron en mí *Cuestiones del leninismo* de Stalin; *El imperialismo, fase superior del capitalismo, El Estado y la revolución* y *¿Qué hacer?* de Lenin; y *Sobre la nueva democracia* y *Una sola chispa puede incendiar la pradera* del Presidente Mao Tsetung, entre otros folletos suyos que empezaron a llegar. Estos, sobre un estudio de base: *El Capital* de Marx y el *Anti-Dühring* de Engels. Así, mi formación se desarrollaba mientras veía en los hechos y comprendí que el Partido no era entonces

la palanca para transformar el mundo de la cual habla Lenin, y quedó muy claro en mí que era una necesidad construirla.

Ingresé al Partido Comunista del Perú en tiempos difíciles, después de la restauración del capitalismo en la Unión Soviética; y fue bueno comenzar a militar en momentos de dificultades, pues es real y cada vez está más claro que los comunistas somos madera para tiempos difíciles y metas muy altas.

Y termino esta etapa: llegué con inicios de juventud a la siempre querida Arequipa; y a fines del 61, y sin saberlo aún, en comienzos de madurez estaba listo para partir. Tenía veintisiete años[3].

***

Mis últimos años en Arequipa estuvieron abocados a terminar mis estudios de Derecho y trabajar en Filosofía y docencia en la Universidad de San Agustín y a militar en el Partido. El año 1959 terminé Derecho, en el siguiente cursé doctoral; la práctica profesional la cumplí con diferentes abogados, si mal no recuerdo en los estudios de los doctores Núñez Sardá, J. Fernández Hernani y Julio Gómez de la Torre. En Arequipa no ejercí la abogacía, pues opté el título de abogado cuando ya residía en Ayacucho. No recuerdo bien si el doctor Miranda fue mi asesor en la tesis que presenté en Derecho; es probable que haya sido, él enseñaba Derecho constitucional y —es evidente— el tema «El Estado democrático-burgués» corresponde a esa especialidad. Además, en todo caso, sí sé: era secretario de la Facultad. Pero debo dejar bien en claro que ni en esta tesis ni en la de Filosofía tuvo que ver algo el Partido.

Creo haber sido un buen alumno también en la Facultad de Derecho y en ella mi atención se orientó a Derecho Romano y Civil. De esos cursos recuerdo dos anécdotas. La primera, al término de la clase —la última de la tarde— salíamos en grupo en torno al doctor Alfonso Montesinos, profesor del curso, preguntándole incesantemente no solo sobre su materia, sino sobre todo el Derecho; éramos alumnos de primer año. Cuando un compañero hizo una pregunta acerca de la clase

[3] Aquí termina «Los comienzos». Lo que sigue a continuación es el inicio de la Primera parte, «La reconstitución del PCP», de *Memorias desde Némesis.*

acabada de terminar, el doctor Montesinos con esa su penetrante mirada clavada en el preguntón quedó mudo y tras implacables segundos ordenó: «¡A la clase, todos!»; y todos, rápidos, callados y disciplinados, hubimos de desandar cuatro cuadras hasta la misma aula para recibir nuevamente la lección de comienzo a fin. ¡Era inconcebible que alguien no hubiera entendido lo tan claramente expuesto y, más aún, no podía pasarse así un punto sustantivo del derecho romano, sustento y base de toda la cultura jurídica! Y, en contraste, en el curso de Contratos y Obligaciones, tercer año entonces: el profesor, y aquí baste el milagro, explicaba un intrincado y no muy claro artículo del Código del 36; pero cuantas más palabras abundaban en la nada convincente explicación —acrecentando nuestra incomprensión y desconcierto—, nuestro maestro nos iluminó con su solución: «¡Créanme, cómo no lo he de saber yo, si me lo dijo Pedro!»; se refería a Pedro de Olivera, ponente de este libro del Código Civil.

Posteriormente mi atención se centró en Derecho Constitucional, de ahí la tesis que sustenté. Por otro lado, en esta Facultad recibí mi despacho de subteniente de reserva por instrucción premilitar universitaria; y ligado a este hecho aflora un recuerdo: en cuarto de secundaria, en representación de mi colegio, gané el segundo premio en un concurso sobre el Almirante Grau auspiciado por la Instrucción Pre Militar regional, el que leí en Radio Landa de Arequipa.

Sin embargo, fue en la Facultad de Letras donde fui centrando más y más mi esfuerzo, principalmente en Filosofía. Aparte de los catedráticos que ya referí, de los doctores: Arenas Aranda, solo recuerdo un intrincado curso de Lenguaje; de Cáceres Hornet, que le hice una cátedra paralela a su curso de Sociología desde la posición marxista; de H. Ugarte Chamorro, su exaltación de la geografía, fluido inglés y buena conversación; el doctor W. Garaicochea, que yo recuerde, no ha sido mi profesor. Del doctor Carlos Manchego, poeta e historiador, rememoro sus vívidas lecciones sobre la conquista de México y la crónica de Bernal Díaz del Castillo. Recuerdo asimismo que por entonces me tocó resumir la crónica de Sarmiento de Gamboa. Mis estudios de Filosofía terminaron en 1957, tenía veintitrés años. Poco tiempo después comencé a enseñar, el primer curso que dicté fue Introducción a la Filosofía para alumnos de Ciencias Económicas y redacté un curso que se mimeografió. En la Universidad de San Agustín de Arequipa sumé más de dos años de docente en condición de contratado por meses con los lapsos intermedios correspondientes. Y si bien ahí inicié la docencia universitaria, que ella fuera mi fuente de

ingresos aún era incierta; y aparte de no haber sido devoto de la docencia, recién en Ayacucho devino mi ocupación profesional, solventadora de sustento y necesidades.

Además de mi formación filosófica a la cual la Facultad de Letras coadyuvó, de ella recuerdo otras cuestiones saltantes. Allí, muy joven aún, formé parte de la Sociedad Peruana de Filosofía, filial de Arequipa; y ligado a su actividad, el desarrollo de importantes seminarios sobre Kant y Freud, así como estudios de idiomas. Asimismo, la realización de un censo de Arequipa organizado y dirigido por el doctor M. A. Rodríguez Rivas, con la colaboración de profesores y alumnos de la Facultad principalmente, y financiado por la Junta de Rehabilitación. Me cupo participar y en él aprendí mucho de la realidad de nuestro pueblo, sus necesidades, problemas y sufrimientos, viva y directamente.

También rememoro el trabajo y lucha de profesores y alumnos por la reforma de la Facultad de Letras; la brega por cambiar el plan de estudios de los años previos e introducir un verdadero *Studium generale* que diera base sólida, científica y moderna para la formación profesional posterior; y, principalmente, el empeño en crear escuelas como las de Psicología y Sociología, y otras futuras, que abrieran el campo profesional a los alumnos de Letras superando el academicismo tradicional de Literatura, Filosofía e Historia, incluso estas trasnochadamente concebidas y languidecientes. Y si bien este justo, necesario y honroso movimiento pagó caro su empeño con la marginación de quienes lo encabezaron —los doctores M.A. Rodríguez Rivas, A. Barreda Delgado y C. Tito Torres—, se impuso y abrió brecha. Me cupo, creo, haber sido uno de sus firmes apoyantes; y si ello concurrió a cortar mi docencia en San Agustín, valió más servir a tan justa causa.

Sin embargo, fue la militancia en el Partido la que poco a poco e insensiblemente absorbió mi actividad reduciendo los otros objetivos hasta subordinarlos totalmente. ¿Cómo combinaba la docencia con la militancia política? Primeramente, jamás el Partido ha intervenido para mi nombramiento en cargo docente alguno; en cada situación presenté los documentos pertinentes adjuntando programas de cursos bien estructurados, sólidos y de amplia visión, en modo alguno sectarios, aunque obviamente desde una posición marxista. Por esos tiempos los concursos eran de méritos. Afirmo, pues, haber sido contratado o nombrado docente universitario por mis propios méritos y no por influencia alguna, ni partidaria ni extrapartidaria.

Lo cierto es que, como casi siempre, desenvolvía múltiple e intensa actividad; desde muy joven, adolescente, me he acostumbrado a ello. Así pues, como antes y después, los quehaceres crecientes los resolví ordenando las obligaciones, intensificando el trabajo y extendiendo el tiempo contra el descanso y la distracción. Quienes me conocen saben que es así, que tal es mi uso y costumbre, que cumplo largas jornadas de estudio y trabajo —el que haya de cumplirse— por ser necesario. Para mí estudiar también es trabajar, y trabajar es transformar la realidad; y trabajar es luchar y luchar es la felicidad, como certeramente dijo Marx, resaltando, además: la cuestión es trabajar, trabajar y trabajar más; a lo que años después el Presidente Mao añadiera: nuestra actividad exige un trabajo intenso, pero ordenado y un espíritu entusiasta, pero sereno. En conclusión, los camaradas son testigos, soy buen ejemplo en alargar jornada e intensificar trabajo; mas no es atributo particular ni menos único, es común y usual en los comunistas de nuestro Partido reconstituido y dirigente de la guerra popular, virtud en todo caso aprendida de la clase y del pueblo; si no fuera así, no habríamos hecho, conduciendo a las masas armadas, lo que ha quedado estampado indeleblemente en la rica y estremecida geografía de nuestra tierra y en la memoria colectiva de nuestro pueblo, y será historia imperecedera.

Reitero, mi vida fue siendo ganada y absorbida por la actividad partidaria. Y no pensé en ser periodista ni menos escribir un libro; mi colaboración en la revista *Hombre y mundo* fue tangencial, si mal no recuerdo para ella escribí una reseña sobre *La física del siglo XX* de P. Jordan, un breviario de Fondo de Cultura Económica. Tampoco escribí nada para el periódico regional del Partido, pues tal no existía. En síntesis, lo único que escribí a marchas forzadas, y en muy pocos días, fueron mis tesis.

¿Y cómo era el Partido Comunista al que ingresé? El Partido había crecido como un globo en la época de Bustamante y Rivero y el APRA[4], al influjo del gran prestigio de la URSS, sus grandes victorias en la Segunda Guerra Mundial y la construcción del socialismo y, principalmente, por el desarrollo de la lucha de clases en el país. Pero se expandió sin consolidación, máxime por falta de forja y unidad ideológica marxista, pues el Partido estaba infestado de browderismo; y bajo Odría, en el Ochenio, se desinfló, más aún con la persecución desenvuelta mediante la llamada «Ley de emergencia nacional» que atiborró prisiones, desterró y asesinó

[4] APRA: Alianza Popular Revolucionaria Americana.

a hijos del pueblo, revolucionarios y comunistas. Mas denodados camaradas, como siempre fue, es y será, siguieron la brega; el Partido comenzó a reagruparse bajo el segundo gobierno de Prado y apareció *Unidad* como vocero nacional; pero Jruschov mediante un golpe contrarrevolucionario había destruido la dictadura del proletariado y restaurado el capitalismo en la URSS. Sin embargo, la lucha entre marxismo y revisionismo aún no se daba abiertamente entre partidos; eran tiempos de reuniones de partidos comunistas y obreros y de las Declaraciones de Moscú de 1957 y 1961, donde aún se hablaba de campo socialista enfrentado al bloque imperialista, de la contradicción entre socialismo y capitalismo como la principal y del desarrollo de la construcción del socialismo y el avance de la revolución. Tiempos también del triunfo de la revolución cubana que repercutió fuertemente en toda América Latina atizando, particularmente en el Perú, la lucha ideológica sobre las entonces llamadas «dos vías», «la pacífica» y «la violenta».

El Partido —de lo que en la organización arequipeña viví, vi en Lima (ciudad en la que no residí ni milité) por esos años y supe del sur y la documentación partidaria de la segunda mitad de los años cincuenta e inicios de los sesenta— no desarrollaba la forja ideológica y política de la militancia, ni individual ni colectivamente; esta era ya una grave falla en la formación de la militancia, en modo alguno compensada por la práctica política. La cuestión de la línea política general y todo el trabajo partidario se avivó e impulsó en torno a las elecciones del 56 y 62 con la misma y oportunista mira: las curules parlamentarias. Dos lecciones vivas aunque negativas, entre otras, aprendí entonces y han sido para mí eficaces vacunas de antielectorerismo: una, el grotesco espectáculo del Frente de Liberación Nacional reunido en Lima (no recuerdo bien si en el verano de 1961 o 1962), tras cuyo telón los cabildeos eran por apoyar a Odría o Belaunde, y fracasados esos intentos hubieron de conformarse con levantar las candidaturas del general Pando y el sacerdote Bolo, a quienes demagógicamente se les apodaba «el general del pueblo» y «el capellán de la revolución»; y, de otro lado, los ajetreos por las listas parlamentarias, la agotadora y mendicante búsqueda de «personalidades» que las encabezaran y la rebatiña por hacerse de un buen lugar en las mismas para arribar al parlamento y la soñada curul. Así, qué línea política proletaria podía haber; solo un grosero y sanchopancesco revisionismo se estaba desenvolviendo sobre los raigones del browderismo derivado de la Segunda Guerra.

La estructura partidaria se sustentaba en células amodorradas de letanías y buenas intenciones, sin rumbo revolucionario de clase ni planes concretos de acción; reuniones, casi mecánico ritual de conversaciones y encargos de cosas a hacer; en pocas palabras: células de adherentes, no de militantes. La clandestinidad era —a lo sumo— ocultismo, preservación propia y hasta teatralidad. No hablemos ya de una política de cuadros ni dirigentes dedicados totalmente al Partido ni de eventos partidarios bien organizados. Asistí a un importante evento regional con concurrencia de invitados especiales de Cuzco y Puno; pero a mi juicio, quizá repleto de expectativas, la reunión no pasó de grandes discursos, declamaciones y esperanzas sin planes bien concebidos que concretaran la construcción de la palanca transformadora de Lenin y, obviamente, menos un análisis de la lucha de clases en la región ni aplicación de una línea política general, porque tal, repito, no existía. En este evento fui nombrado miembro de la comisión de organización regional. El trabajo de masas era simple sindicalerismo; trabajo obrero reducido al pliego y la lucha derivada del mismo, y el Partido a la cola; y lo que es más, la decisión, muchas veces, en manos de abogados «amigos del Partido» que en modo alguno tenían en cuenta lo que este acordaba, actuando a su leal saber y entender con la bendición del Partido al cual, ocasional y oportunamente, echaban incienso enviando cálidos saludos a los dirigentes, sus «hermanos de lucha» según decían. Y para colmar, rencillas, disputas, enconos y rivalidades en sustitución de la lucha de dos líneas, y obvias contiendas de poder personal y trabajo propio en lugar de promoción y selección de los mejores para forjar cuadros y dirigentes. ¿Qué pensaban de mí los dirigentes? A ciencia cierta no lo sé; quizá que todo lo analizaba, pensaba y sabía demasiado y casi nada me parecía bien; probablemente, que quería cambiarlo todo sin saber claramente qué ni cómo concretarlo. Quizá así pensaran, pero, repito, ciertamente no lo sé ni nunca me preocupó averiguarlo.

Sin embargo, este aprendizaje fue de gran importancia. Al término de mi inicial experiencia partidaria, tres cosas eran sumamente claras y trascendentes: partido, masas y revolución; y para mí partido era marxismo y Estado mayor, masas era las masas hacen la historia y masas organizadas, y revolución era violencia revolucionaria y socialismo. Tres cosas aprendí, pues, en mi militancia arequipeña y son, a toda luz, hitos en mi vida de comunista, de soldado del proletariado. Y, como ya dijera, estaba listo para partir.

A AYACUCHO, 1962[1]

A comienzos de abril de 1962, en noche de intensa lluvia, llegué a mi nueva ciudad de residencia: Ayacucho. Una vez más, pero tras largos años, llegaba donde no conocía a nadie con excepción del doctor Armando Barreda Delgado, mi profesor de Filosofía. En Arequipa, con él había enviado mis documentos para postular a una cátedra de Filosofía y Psicología en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, reabierta hacía poco y cuyo lema era *Primum vivere deinde philosophare* (esto es, 'Vive primero, filosofa después' o, más estrictamente, 'Primero vivir, después filosofar') y símbolo suyo también el *waman*, el halcón, típico rapaz de la región huamanguina, «tierra pobre y de atribuladas gentes», como precisan antiguos documentos. La pregunta es por qué; la respuesta: mi participación en la reforma de Letras, ya lo anoté, triunfó; pero todo tiene costo, fui parte del mismo y, como otros, quedé al margen. Obviamente mi contrato terminó y no había perspectiva real de renovarlo; parece que ya era «peligroso» o, quizá para algunos, «de calidad, pero peligroso». Y ¿el Partido?, nuevamente tras sueños electorales, mientras camaradas que despuntaban eran ganados por los puestos, el ejercicio profesional y las posibilidades de ascenso social, olvidando el Partido. Era, pues, necesario partir; es real, hay momentos en que se siente estar demás y los otros, aunque no lo digan, hacen sentir que les estorbas y echas sombras; por eso: una nueva realidad —y mejor siendo serrana—, ganarse la vida, dejar que el tiempo transcurriera y proseguir en el empeño: marxismo, partido, revolución. Recibí la comunicación: nombrado profesor a dedicación exclusiva a prueba por un año; hice maletas, una, y marché. El Partido no tuvo que ver en esto, salvo extenderme credencial: «El camarada Álvaro es...»; mi nombre de batalla entonces.

La Universidad tenía poco más de quinientos alumnos. Funcionaba en dos antiguas casonas refaccionadas, ubicadas en plena plaza de Armas

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

—pero para todos, ayacuchanos o no, el hermoso parque Sucre— de límpida y pura luminosidad matinal como atardeceres y crepúsculos apagando suavemente coloridos inolvidables, en cuyo centro ecuestre se yergue Sucre. El local Castilla y Zamora —junto a la catedral— con su paraninfo, patio cuadrado e higuera antigua, acogedor cafetín de animadas conversaciones y las aulas del Ciclo Básico y Servicio Social. Y en la manzana contigua —en ángulo— el local Ladrón de Guevara con las instalaciones administrativas encuadrando el soleado patio y su pileta asentada sobre tradicionales monos de piedra, y al fondo los laboratorios de Biología. Y bajando por el jirón Callao, el local nuevo —Inca Garcilaso de la Vega— con su imprenta, biblioteca, gran salón de actos y a veces teatro, sobre él la más tarde Facultad de Educación y, al fondo, tiempo después, la Facultad de Ingeniería. Estos eran, entonces, los tres centros de la vida académica y administrativa dirigidos desde la Rectoría ubicada en la segunda cuadra de 28 de Julio, el principal jirón ayacuchano que lleva al Arco de San Francisco y al Mercado Central de la ciudad; dirección ejercida por el doctor Fernando Romero Pintado, excapitán de navío y educador, quien puso en marcha la universidad y le dio su rumbo inicial. Más allá, al lado opuesto, comenzando los terrenos citadinos —a cuadras del parque Sucre, yendo por el jirón Asamblea, en la Pampa de El Arco— la residencia y comedor universitario estudiantiles, en terrenos propios que con el tiempo serían urbanizados.

A esa Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, con más o menos medio millar de estudiantes venidos de la región de Ayacucho, Apurímac y Huancavelica (una de las más pobres del país cuán profundamente unida a nuestra historia), principalmente del primero, aunque también de otros lugares, Ica y Lima en especial. A esa Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga de decenas de profesores procedentes de las grandes ciudades del país para enseñar a hijos de las pequeñas ciudades y pueblos de la región —casi todos a dedicación exclusiva— y decenas de personal administrativo, me incorporé una mañana de abril del 62, en una de esas mañanas incomparablemente luminosas y serenas de Ayacucho. Me presenté al doctor Álvaro Villavicencio Whittenburg a cuyas órdenes trabajé en Educación, este me presentó al doctor Luis Lumbreras Salcedo, quien dirigía Ciencias Sociales; con ellos desarrollé buena amistad en esa primera estadía en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga como profesor hasta febrero de 1965. Y ambos, luego, me llevaron ante el doctor Efraín Morote Best —a la sazón director de Letras— de cuyo despacho dependía nuestra actividad universitaria. Al

doctor Morote Best lo conocí meses antes en Arequipa cuando llegó a promover la presentación de jóvenes profesores a los concursos de plazas de la universidad huamanguina; con él tuve ocasión de trabajar y conversar muchas veces, más aún cuando devine miembro del Consejo Universitario, mas nunca de trabajar partidariamente con él. Y bien vale recordar: mi primera tarea oficial fue, con otro profesor, representar a la Universidad en las celebraciones de Semana Santa, quizá en reconocimiento a mi «devoción»; y pude espectar la Reseña, viejo ritual que, entiendo, ya solo se celebra en pocos lugares, como en Sevilla.

Así, como profesor de Filosofía y Psicología, adscrito al Instituto de Educación, inicié la labor enseñando Filosofía —principalmente Historia de la Filosofía a los alumnos de esa especialidad—, Psicología General —como curso común para Educación— y cursos de Psicología en Servicio Social; además algunas clases en Ciclo Básico, previo a los estudios profesionales. La primera lección que dicté fue sobre filosofía moderna; esta clase, aparte de ser mi estreno en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, tenía la peculiaridad de impartirse a alumnos que, hasta el año anterior, lo habían sido del doctor César Guardia Mayorga; así pues, entiendo que los alumnos pensaron hacer de ella un examen del recién llegado, pero superé la «prueba». Obviamente bien que me preparé; el tema era uno de los que mejor conocía y entonces —algo aún hoy— mi buena memoria permitía recordar párrafos fundamentales de obras de grandes filósofos, tanto como amplia bibliografía, en fin, citas con número de página inclusive. Recuerdo, desenvolví un panorama de la filosofía desde sus inicios para ubicar la moderna y explicar el contenido y cómo desarrollaríamos el curso. El bombardeo de preguntas lo enfrenté, pero agregando, en algunas, que sería necesario profundizar o analizar más el punto. La clase se extendió más de lo debido; lo que comenzó como clase terminó en conversación filosófica y... me aprobaron. Desde ahí tuve —creo— fama de buen profesor, expositor claro, de sólida formación, sagaz analizador y resolvedor de problemas —presto a responder cualquier pregunta dentro o fuera de clases— y promotor de la filosofía y su importancia.

Claro está, todo enfocado desde la filosofía marxista, aunque no sectariamente, pues siempre me esforcé en desarrollar un amplio panorama de lo que enseñara, desde las dos escuelas enfrentadas: materialismo e idealismo, cuya contradicción, pienso cada vez más y comprendo mejor, dinamiza el desarrollo de la filosofía. En conclusión, con empeño y es-

fuerzo gané autoridad como profesor; y resalto: esa primera promoción de maestros de la especialidad de Filosofía y Psicología que coadyuvé a formar, entre los cuales había personas de más edad que yo y también un sacerdote a más de varias jóvenes, gratificó mi dedicación con su muy alta asimilación de lo enseñado. Hoy, este resultado sigue siendo un grato recuerdo de ese ayer de mis pininos ayacuchanos. En cuanto a Elizabeth Cárdenas Hidalgo no sé quién sea; ¿Víctor Quintanilla?[2] Tuve un alumno de filosofía de tal apellido, no sé si sea él. Y sobre los Kawata Makabe y Osmán Morote Barrionuevo, no han sido mis alumnos ni han sido militantes mientras estuve en Ayacucho hasta el año 1965.

¿Cuánto ganaba? Seis mil soles; era, para mí, un buen sueldo. Como referencia, para mejor comprensión, por pensión pagaba quinientos soles: desayuno, almuerzo y comida, en el mejor restaurante de esos años; claro está la comida solo se servía hasta las ocho de la noche y para ir al cine había que comer antes, o ir al único lugar donde se podía hacerlo después: La Colmena, y servirse un churrasco con papas y huevo frito, más pan, té o café por diez soles, único plato que preparaban a esa hora. Vivía en el jirón Bellido, un cuarto amoblado que alquilé a la señora quien entonces era dueña del Cine Cáceres, uno de los dos que había en Ayacucho en aquellos tiempos. Posteriormente viví en el jirón Asamblea. Se desprende que ahorré y fue necesario y sobre todo útil.

Además, fuera de la docencia universitaria y dentro de la dedicación exclusiva, buena parte de mi actividad universitaria estuvo abocada primeramente a la elaboración del Estatuto de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga y después a cumplir como delegado ante el Consejo Universitario. La Universidad fue creada por ley especial con estatus propio; el año 62 debió encuadrarse en la ley universitaria general y para ello fue necesario aprobar un estatuto. Se formó una comisión de profesores delegados, electos por los programas de formación profesional; a ella fui adscrito como uno de los asesores legales. El trabajo fue arduo, nos reuníamos todas las noches a partir de las ocho hasta pasadas las doce o una, y el día siguiente a las siete de la mañana a dictar clases; mas el resultado bien valió el empeño, se estructuró un estatuto bastante bueno dentro de los alcances de la ley universitaria dada en el segundo gobierno de Prado. Y habiendo concluido el mandato legal del rector Romero Pintado, sancionado el Estatuto —y según lo establecido en sus normas—, se eligió, en Asamblea Universitaria de profesores y alumnos, como nuevo

[2] Cárdenas y Quintanilla: son personas acusadas de ser «senderistas».

rector al doctor Efraín Morote Best. Y como es fácil imaginar la elección fue en medio de candente lucha política que repercutió en toda la ciudad, pues la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga estaba íntimamente ligada a la colectividad. También se conformó el Consejo Universitario, integrándome a él como delegado de Ciencias Sociales siendo decano el doctor Luis Lumbreras Salcedo; función que cumplí hasta febrero de 1965. En ese Consejo me desempeñé asimismo como miembro de la Comisión Legal de la Universidad; mi condición de profesor a dedicación exclusiva no permitía que ejerciera la abogacía fuera del claustro, de esa manera fueron útiles mis estudios de Derecho. Me gradué de abogado en Arequipa y registré mi título en el Colegio de Abogados de Ayacucho. Y quiero destacar, la abogacía no solo coadyuvó a mi preparación, sino ha sido —en todo momento y muy especialmente en la acción política— un importante instrumento de trabajo; así que, si dedicación y esfuerzo demandó, mayor fue el fruto que me dio.

Cómo reorganizamos el Partido. Ayacucho y la región tienen antigua y rica historia entrañablemente unida a esta patria nuestra y gran tradición de lucha popular, principalmente campesina, la de los heroicos Basilio Auqui, María Parado de Bellido y Ventura Ccalamaqui. Centro del imperio Wari; parte de la estratégica provincia de Vilcashuamán en el Incanato; la Huamanga minera y opulenta de la Colonia, ciudad importante en el camino de Lima a Buenos Aires; teatro final de las luchas emancipadoras, cuyas tierras recorrieron frente a frente realistas y patriotas hasta que en Quinua quedaran quebrantados trescientos años de opresión española sobre firme suelo americano; sin embargo, no siendo ni siquiera tocada la feudalidad y pasando solo del dominio de España al de Inglaterra, y el poder de chapetones a criollos. Como en todo el país, en la región ayacuchana en especial, el pueblo, y el campesinado principalmente, siguió hundiéndose bajo la explotación y opresión, y la persistente rebeldía de sus hijos fue sofocada en sangre por el poder estatal de Lima, la capital distante, cuya voz casi siempre llegaba respaldando gamonales, exigiendo impuestos y respondiendo con balas y prisiones. Hasta la década del cincuenta del siglo XX, con ondulantes altibajos, siguió reptando la larga, lenta y pesada evolución de la caducidad del feudalismo; mas al iniciarse los sesenta, la lucha campesina estremeció la región enardeciendo y levantando a las masas de la heroica Cangallo incendiada por Carratalá: Pomacocha y Qaqamarca, el campesinado pobre, arrojando a los gamonales, recuperó sus tierras.

Ayacucho, la opulenta de otrora y por más de ciento cincuenta años languideciente, reclinada en el cerro de La Picota y ligada al de Acuchimay, comenzaba a reactivarse a inicios de la década del sesenta. Ayacucho era entonces una pequeña ciudad comercial y administrativa de unos cuarenta mil habitantes; con muy pobre y pequeña agricultura de riego en los ríos Huatatas y Chaqo, de pocas tierras y de secano, más pequeña y pobre aún en las quebradas y alturas circunvecinas; con una artesanía tradicional y afamada: textil, cerámica, filigrana, piedra de Huamanga, retablos, mas obviamente de baja producción y rendimiento. El comercio daba tónica a la economía, mientras la administración y algunas obras inyectaban medios y la actividad bancaria acicateaba el impulso. En ese Ayacucho, la Universidad de Huamanga había significado tonificante apoyo a su economía y, más aún, dando acceso a la educación profesional de centenares de jóvenes de la ciudad y el campo de la región, estableció relaciones económicas y sociales fundamentales con el proceso regional y principalmente con el pueblo. En Ayacucho mismo había pocos obreros, los de caminos y construcción civil; un buen número de empleados, en especial estatales; intelectuales, entre ellos un magisterio considerable y diversos profesionales; siendo el grueso del pueblo los artesanos, comerciantes y campesinos moradores de barriadas. Claro está, también había terratenientes, pero pocos grandes, a más que los ingresos, por lo general bajo de la mayoría de estos, pregonaba a los cuatro vientos su total caducidad; piénsese, muchos de ellos se desenvolvían como empleados y maestros, en particular. Obviamente había pocos comerciantes grandes. En síntesis, una sociedad de pesado lastre feudal en la cual el capitalismo burocrático comenzaba a penetrar.

Todo lo cual se expresaba en su fragilidad institucional, antigua pero carcomida, y en la debilidad de las organizaciones. Considérese: una de las amplias y reputadas era la de artesanos «9 de diciembre», no hablemos, pues, de sindicatos desarrollados; aun el magisterio, después tan pugnaz, se debatía en sus asociaciones anteriores al surgimiento del SUTEP[3]. Y los partidos políticos: el APRA, poca militancia, escasos jóvenes, en su mayoría apristas de tradición y viviendo de las glorias de los «levantamientos» de los años treinta que, como en otros puntos del país, se dieron en Ayacucho y Huancavelica; Acción Popular, agrupaba a los supuestos nuevos políticos quienes vistiéndose de tales buscaban cabalgar sobre el pueblo y utilizar a la izquierda y a los «comunistas» de corazón,

[3] SUTEP: Sindicato Único de Trabajadores en la Educación del Perú.

obviamente, traficando con los sueños electorales del Partido. De ambos, fue Acción Popular el que ganó las elecciones del 62 y 63. Y, como no podía ser de otro modo, había trotskistas repartidos en sus múltiples y constantes divisiones y, como siempre, bastaban los dedos de las manos para contarlos. Lo que, claro, no es atributo único de ellos; es también, lo demostró el tiempo, de la llamada izquierda que, si bien no crece en número, no digamos calidad, crece siempre en grupos y membretes.

Y, sobre todo esto, evidentemente, un ambiente ideológico y cultural feudal dominado centenariamente por la Iglesia, cuyo poder defendía con uñas y dientes. Muestra es la furibunda campaña que contra el «comunismo» y los «comunistas» desató en 1962 un salesiano, llamando a «sacarlos en burro» a través de la Radio San Cristóbal, propiedad del obispado. Naturalmente, tal apelativo lo recibían todos quienes iban contra la feudalidad, el atraso y la superstición, principalmente contra los universitarios, docentes o alumnos, que, quieras que no, tenían que chocar con esas rémoras y establos por limpiar, e indirectamente con el poder eclesiástico que estaba detrás. Ideas que burda, condensada y claramente se expresaban en las palabras de la beata cuya tienda estaba frente a la Rectoría, en el jirón 28 de Julio: «Con los foráneos, los automóviles y la universidad llegó el mal a Ayacucho». Esa negra campaña, simple y concretamente, solo expresaba los intereses de clase y el pensamiento de la reacción regional; pero no únicamente de ella, pues, como años después se vio, los residentes ayacuchanos de esa clase en Lima y sus conexiones capitalinas se movían tras bambalinas, saliendo posteriormente a la palestra y la acción desembozada y directa. Y no olvidemos, finalmente, el poder local y principalmente el poder estatal con su burocracia y fuerzas represivas, incluidas cárceles y justicia, siempre omnipresentes: observando, controlando, restringiendo, golpeando y aplastando cuando lo cree necesario en defensa de sus intereses.

En esa coyuntura de los iniciales años sesenta, la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, actuando sobre una relación peculiar y, digamos, única con la sociedad regional en nuestro país y en una coyuntura específica, comenzó a cumplir un papel importante en la lucha de clases en función de la transformación social, particularmente de la región ayacuchana. Piénsese, por último, que lo analizado sobre Ayacucho, en términos generales, era similar en Huancavelica y Apurímac en esos tiempos; y lo principal, que estos tres departamentos se sustentaban sobre un campesinado pobre aplastado por la feudalidad, pero rico en heroica

historia de lucha, cuya situación, si bien algo ha cambiado, en esencia sigue siendo la misma.

En el Ayacucho y la región de esa época, con camaradas, revolucionarios y masas, principalmente campesinas, nos cupo actuar. En uno de mis primeros domingos ayacuchanos, paseando por el parque Sucre, encontré a un camarada a quien conocí en la reunión del Frente de Liberación Nacional en Lima; conversamos y solicité mi incorporación. A los pocos días, como quedáramos, me reuní con el comité de dirección, entonces Ayacucho era un zonal; presenté mi credencial: militante del Comité Regional de Arequipa y miembro de la Comisión regional de organización, con las especificaciones y recomendaciones pertinentes. Fui incorporado. La reunión fue fructífera; analizada la situación internacional y nacional, como era usual, fui informado de cómo se encontraba el Comité y su trabajo. No había células, por tanto no existía la estructura partidaria básica; se reunían en asambleas amplias, de vez en cuando, especialmente cuando alguien venía de fuera, por lo general de Huanta y pueblos cercanos; la reunión se reducía a una exposición, más exactamente un discurso seguido de otros, todos llenos de esperanzas, buenas intenciones y saludos «a los éxitos del socialismo en la URSS», el Sputnik, Yuri Gagarin puesto en órbita, y alborozados sentimientos sobre «el veloz acercamiento cada día mayor al comunismo», así como cierta admiración por Jruschov. A lo que se añadía «las limitaciones» y «el poco avance del Partido» local sin dejar de comprometerse, obviamente y una vez más, a «superar errores y trabajar firmemente por desarrollar el Partido para hacer un gran Partido Comunista que honrara al Amauta». Y, hasta la próxima ocasión. La Juventud Comunista organizada tampoco existía y sus reuniones, más seguidas y tumultuosas, lo eran por necesidades de la lucha estudiantil y porque indiferenciadamente se reunían con «feristas»[4], «todos comunistas»; a ellas acudían camaradas del Partido para orientarlas. Así se desenvolvía la «militancia comunista». Habían solicitado, me informaron, asesoría de intelectuales reconocidamente «comunistas» y de experiencia, pero hicieron oídos sordos a sus peticiones; y de Lima, pese a reiteradas solicitudes, seguían esperando la ayuda ofrecida. En síntesis, una dirección formal y esporádica sin célula alguna; no existía, pues, Partido organizado sino solo camaradas dispersos, si cabe el término. Esa era la realidad.

---

[4] Feristas: miembros del Frente Estudiantil Revolucionario, FER.

Incorporado a la dirección zonal asumí organización. Elaboramos un plan de trabajo con cronograma y dividimos la ciudad en zonas para que, en próxima reunión, se presentaran listas de los considerados «comunistas» a fin de que el Comité evaluara a cada uno individualmente y determinar si merecían o no la militancia para proceder a organizar las células. Así, en corto tiempo relativamente, se organizaron las células, normándose su composición y programando sus reuniones y modo de desenvolverlas. Sobre esta base se planificó y cumplió una sistemática campaña de formación ideológico-política, pues la cuestión no era ni es la incorporación orgánica, sino principalmente la ideológica, como bien sabe todo comunista. De esta manera el Comité Zonal de Ayacucho comenzó a marchar y la dirección a reunirse regularmente; mas la tarea recién empezaba y todo estaba por hacer. Pero toda casa comienza por los cimientos y así se inició.

Poco después, y casi paralelamente, empezó similar trabajo con la Juventud, acentuándose más e intensificándose la formación ideológica y política a partir de una comisión que se me encargó. El resultado fue bueno: la Juventud Comunista de Ayacucho quedó organizada en considerable número de círculos, con su correspondiente dirección. De esta manera la «correa de transmisión» comenzó a marchar con tareas específicas, trabajo planificado y cronogramado. Su desarrollo, naturalmente, fue más rápido; el terreno era fértil y el contingente creciente y, las perspectivas abiertas, de trascendencia para el Partido. En ella iniciaron su forja muchos que devinieron valiosos camaradas en su posterior militancia partidaria. Rememorar esa heroica brega de entrega total y desinterés absoluto de esos jóvenes, hombres y mujeres, muchos de los cuales han dado su vida por el Partido y la revolución en la guerra popular, es uno de los más luminosos recuerdos que siempre guardaré.

Por junio, más o menos, llegó un enviado de la dirección nacional, venía a promover el IV Congreso. Para entonces andábamos en la preparación de un Congreso Regional de Ayacucho. El Comité, con asistencia del enviado, acordó que este pasara a Andahuaylas a cumplir tareas para el IV, comprometiéndonos a realizar el Congreso Regional previamente al evento nacional. Así, en julio del 62, si la memoria me es fiel, quedó orgánicamente constituido en Congreso el Comité Regional de Ayacucho; fue el justo remate de una labor tesonera de todos los camaradas, principalmente de los dirigentes del Comité. Comenzaba a aflorar la fibra comunista. No me correspondió ser secretario del Comité sino encabezar

organización; la secretaría la asumí meses después, en el segundo semestre del mismo año.

Sobre el IV Congreso del Partido. Claro, y es muy comprensible, la celebración de un congreso tras catorce años es de importancia para un Partido, máxime si se considera lo acaecido desde 1949: el triunfo de la revolución china y lo que implicó como experiencia en cuanto cambió la correlación de fuerzas en el mundo; la primera gran derrota del proletariado internacional en este siglo, la restauración del capitalismo en la URSS y la celebración del XX y XXII congresos del Partido Comunista de la Unión Soviética; y, principalmente, la lucha entre marxismo y revisionismo que ya se ventilaba públicamente, ¿acaso en 1956, al día siguiente del ataque de Jruschov al camarada Stalin en el XX congreso, su «informe secreto» no fue difundido por la prensa mundial? En el país terminó el Ochenio, estaba concluyendo el segundo gobierno de Prado y debía analizarse qué había sucedido en el Partido durante todo ese tiempo; en el Partido, problema de candente debate era la cuestión de las llamadas «dos vías», lo que en esencia era la validez o no de la violencia revolucionaria.

Pero ¿en qué centraba entonces el Partido? En las elecciones. Esa fue mi experiencia en Arequipa, y lo que vi en la reunión del Frente de Liberación Nacional en Lima lo confirmó. Y antes, el centro fue enlodar a Stalin y alabar a Jruschov. Más aún ¿cuál era la situación del Partido? No era la palanca transformadora del mundo que Lenin demanda y nada se hacía por construirla; esa era la verdad descarnada, y el resto palabras que el viento se llevaba. ¿De todo esto qué decían los documentos partidarios? Únicamente silencio o seguimiento revisionista del bastón de mando de Jruschov y electorerismo.

En Ayacucho la preocupación del enviado de Lima para promover el evento fue, simple y concretamente, una: que concurriera un delegado del Comité Regional al IV Congreso; lo que, por lo demás, cumplimos con hacerlo. El Comité de Ayacucho, reitero, estaba reorganizándose y fue bueno y correcto que tal hiciera; y sí, es cierto, lo hicimos al margen de los ajetreos del IV Congreso. Personalmente, no esperaba nada de esa reunión ni creo haber tenido expectativas en su realización. Pienso hoy, con mayor distancia histórica, que tuvo razón el Comité de Ayacucho y que la documentación aprobada en él le dio la razón plenamente. Basta resaltar: las Conclusiones y Resoluciones del IV Congreso en su vigesimotercera, «Sobre las vías de la revolución peruana y nuestras tácticas

de lucha», embrolla el problema y predica la llamada «vía pacífica» oponiéndose a la violencia revolucionaria, y pretendiendo encubrirse hipócritamente dice: «No debemos, pues, trazarnos de antemano determinadas vías y caminos cerrándonos el paso a las diversas posibilidades de la lucha de masas». Y en el mismo numeral, líneas adelante, quitándose el taparrabo sostiene:

> Consecuentemente, el Congreso considera que es necesario intervenir desde ya en la cuestión electoral, comenzando por el envío de delegados a la comisión del Estatuto, defender nuestro derecho a estar representados en ella; luego nuestro derecho a intervenir en las elecciones como partido legal; enseguida luchar en su seno y fuera de la comisión contra las partes anticomunistas y antidemocráticas del Proyecto de Estatuto. Y, finalmente, intervenir en el proceso, no para tomar ahora el poder popular por esa vía, sino para avanzar hacia su conquista, la cual se hará en la forma y el momento adecuado.

Y en la vigesimonovena, para que no haya duda sobre qué hacer, llama a «la realización de las siguientes grandiosas tareas»: «c) Fortalecer el Frente de Liberación Nacional» y «d) Propender, dentro y fuera del Frente de Liberación Nacional a la unidad de las fuerzas populares en torno a objetivos comunes [...] y propendiendo al mismo tiempo a la unidad con otras fuerzas en torno a objetivos inmediatos de carácter nacionalista y democrático». Para rematar su posición, resuelve: «e) Acentuar la lucha por el pleno reconocimiento de la legalidad del Partido».

¡Más claro, ni el agua! ¿Y en qué momento?, cuando estaba por reventar el más grande movimiento campesino de este siglo. Así pues, si de algo sirvió el Congreso fue para, tomando sus Conclusiones y Resoluciones, combatir al revisionismo y expulsarlo del Partido; y sigue sirviendo a lo mismo, a más de hacer ver su viejo y persistente electorerismo y cuánta pudrición ha generado desde entonces. Y huelgan más palabras.

Pasado el Congreso, en la segunda parte del 62, volvimos a la carga en nuestras tareas de construcción del Comité Regional apuntando a desenvolver el trabajo de masas, pues, bien sabido es, solo se construye en la lucha de clases de las masas y en la lucha de dos líneas en el Partido, forma específica de la misma lucha de clases. Desde el 18 de julio, depuesto Prado, gobernaba la Junta Militar de Pérez Godoy; se tomaron medidas para reforzar la clandestinidad y elevando la vigilancia seguimos trabajando.

En el trabajo partidario se desarrolló intensificada la forja ideológica y política; cuestión central, la lucha contra el revisionismo y su médula, el problema de la violencia revolucionaria, bajo el ropaje de las llamadas «dos vías». Similarmente se hizo en la Juventud. De ahí arranca la orientación de estudiar, comentar y debatir, colectiva y orgánicamente, las obras de Marx, Engels, Lenin, Stalin y el Presidente Mao Tsetung. Imprimimos a mimeógrafo el *Manifiesto* y su párrafo final fue el centro de nuestra atención:

> Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos solo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!

La lanza apuntó al trabajo de masas: primero y principalmente al campesino, en segundo lugar al estudiantil, y al intelectual seguidamente. Desde entonces el trabajo campesino fue la base de la acción del Regional. Al campo fuimos todos los miembros del Partido y especial e intensamente la Juventud Comunista; la labor debía cumplirse clandestinamente, reuniendo en secreto a los campesinos en quebradas como la de Wichqana, cerca de Ayacucho, o en chozas muy alejadas y bien ubicadas, al caer la tarde y hasta altas horas de la noche, pues la represión no se hacía esperar y los gamonales estaban en ascuas, mientras el trajín policial se incrementó. Eran largas caminatas, las reuniones muy fructíferas y, lo principal, nos abríamos paso a las masas profundas cuya pobreza era y es un programa revolucionario, cual enseñara Lenin.

Asimismo, el trabajo estudiantil se desarrollaba y el Frente Estudiantil Revolucionario, reorganizado, fue valioso instrumento en la acción de la Juventud Comunista y, mediante ella, del Partido. Obviamente, controlábamos la Federación Universitaria. Pero la actividad no se redujo solo a la universidad, también avanzamos entre los estudiantes secundarios adoctrinando y organizándolos, ampliando así las perspectivas y sembrando futuro. Igualmente fue de importancia y sentó buenas bases trabajar con intelectuales, sobre todo profesores universitarios y maestros en general. Y una vez más, incluso entre comunistas y revolucionarios, vivimos una de las peculiaridades del intelectual, la debatitis

y argumentitis agudas; recordemos: solíamos reunirnos en grupos, más o menos amplios, para leer *Pekín Informa* en inglés, aún no había versión en español, y contábamos con dos muy buenos traductores; ese no era el problema sino los: «no dice así» y «sí dice así» y, se comprende, las «itis» en ebullición y el tiempo perdiéndose en buena parte.

Estas y otras cosas hicimos comunistas, revolucionarios y masas, en ese mi primer año ayacuchano, 1962. Y fue fructífero y bueno, puso las bases de lo que vendría después. Desde aquí y hoy, sopesando a distancia, veo, con nitidez y agradecida reminiscencia a ese Ayacucho y su pueblo que en mi alma llevaré hasta el fin, que dos cosas aprendí más e imborrablemente: una, la inexhausta capacidad de lucha del campesinado y su condición de fuerza principal de la revolución democrática; la otra, la necesidad del Partido Comunista y cómo construirlo.

Fui ratificado en la universidad, el camino estaba abierto y había mucho por hacer; y, muy importante, había encontrado con quiénes bregar para hacerlo. El año dio más que el esfuerzo empeñado y el futuro ofrecía mucho más aún. Mi decisión fue simple, necesaria y hoy la veo y siento cada día más correcta: me quedé por años en Ayacucho, una de las constantes devociones de mi corazón.

EL DESARROLLO DEL TRABAJO DEL COMITÉ REGIONAL DE AYACUCHO[1]

El año 1963 comenzó con la redada de enero, la mayor habida hasta entonces; en una noche miles fueron apresados en todo el país y concentrados en Lima. El resultado político concreto fue llevar al Partido Comunista a votar por Belaunde quien, apoyado por las Fuerzas Armadas, era el candidato que mejor garantizaba, como supuesta posición nueva, el reimpulso del capitalismo burocrático que las clases dominantes necesitaban. En Ayacucho detuvieron a varias personas, entre ellas a algunos camaradas.

El desarrollo del trabajo del Comité Regional de Ayacucho merece especificar algunos puntos de la década del sesenta, con cargo a analizarla posteriormente.

En cuanto al Estado peruano esta década está signada por el denominado golpe institucional de las Fuerzas Armadas de julio del 62, la elección de Fernando Belaunde Terry y el golpe de Estado de 1968, encabezado por el general Juan Velasco Alvarado, de la llamada «revolución peruana». En el campo del pueblo cabe destacar tres hitos: uno, el movimiento campesino de julio 63 a febrero 64, el mayor y estremecedor de este siglo, que puso en marcha a más de medio millón de campesinos por la recuperación, mediante invasiones, de sus tierras usurpadas, movimiento que iniciándose en la región central del Perú fue reguero de pólvora que corrió hasta el sur concentrándose en Cuzco; dos, las guerrillas de 1965 del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, y el Ejército de Liberación Nacional, ELN; tres, el ascenso de la situación revolucionaria de los años 67-68. En el PCP[2]: la expulsión del revisionismo en enero de

---

1 Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

2 PCP: Partido Comunista Peruano, nombre que se usaba en ese entonces. El nombre de Partido Comunista Peruano se cambia por el de Partido Comunista del Perú a fines de los años sesenta conforme a lo establecido por Lenin para la III Internacional.

1964, la lucha contra los remanentes del revisionismo intensificada desde 1966 —después de la V Conferencia— y el acuerdo de la reconstitución del Partido sancionado en la VI Conferencia Nacional, enero del 69. Dentro de este marco se dieron los hechos que reseñamos.

El Comité Regional desarrolló un buen trabajo de propaganda y agitación. Principalmente el de propaganda fue de gran trascendencia en cuanto sentó sus bases marxista-leninistas y le abrió camino a su futuro afincamiento en el pensamiento maotsetung (como se estableciera en la Gran Revolución Cultural Proletaria); lo forjó en la lucha contra el revisionismo y preparó para la IV Conferencia que expulsó a Del Prado y sus secuaces; y, lo que es fundamental, dio sólidas bases al trabajo y la perspectiva del Regional. La campaña de propaganda, de formación ideológica y política cumplida sistemáticamente tanto en el Partido como en la Juventud Comunista regionales, estuvo centrada en la lucha entre marxismo y revisionismo; su base fue la documentación de la *Polémica acerca de la línea general del movimiento comunista internacional,* publicada por el Partido Comunista de China de junio de 1963 a noviembre del 64. Documentación aplicada a la lucha que contra el revisionismo se libraba en el Partido; que promovió, además, el estudio de obras de los clásicos del marxismo —de Lenin en especial y principalmente del Presidente Mao Tsetung— buscando guía para el análisis y solución específica de los múltiples problemas concretos que el trabajo partidario en crecimiento planteaba. Así fuimos aprendiendo más cada vez que la cuestión del marxismo es su aplicación, pues en último término solo la práctica, su aplicación práctica permite asimilarlo.

El primer documento que conseguimos de este material fue la *Proposición acerca de la línea general del movimiento comunista internacional,* del Partido Comunista de China (14 de junio de 1963). Nos lo prestó a mucho ruego Chávez Bedoya de Arequipa; este préstamo fue una invalorable ayuda, pero, es verdad, le pagamos mal: nunca se lo devolvimos. Que el producto revolucionario derivado compurgue esta apropiación ilícita. «Los 25 puntos» o la «Carta china» —como también se denominaba a la *Proposición*— claramente nos planteó el problema que atizaba la lucha entre marxismo y revisionismo en todo el movimiento comunista internacional, en todos los partidos comunistas, a los militantes en todas partes y que, nosotros mismos, vivíamos en nuestro país. Su estudio y debate colectivo en cada célula partidaria y círculo juvenil nos armaba ideológicamente; nos decía en su punto (1):

> Es un problema de reconocer o no la verdad del marxismo-leninismo, reconocer o no la significación universal del camino de la Revolución de Octubre, reconocer o no la necesidad de que hagan la revolución los pueblos que viven aún bajo el sistema imperialista y capitalista y que constituyen dos tercios de la población mundial, y reconocer o no la necesidad de que los pueblos que ya han emprendido el camino socialista y que constituyen un tercio de la población mundial lleven su revolución hasta el fin.

Mientras, analizando las contradicciones en el mundo contemporáneo —especialmente entre naciones oprimidas e imperialismo—, nos forjaba en su punto (8):

> Las vastas zonas de Asia, África y América Latina [...] constituyen los centros de la tempestad de la revolución mundial que en la actualidad asesta golpes directos al imperialismo [...] La revolución democrática nacional en estas zonas es una importante parte integrante de la revolución mundial proletaria de nuestros días.

Y haciéndonos tomar mayor conciencia de nuestra tarea comunista, en su numeral (9) enseñaba:

> La historia ha encomendado a los partidos proletarios de estas zonas la gloriosa misión de mantener en alto la bandera de la lucha contra el imperialismo, contra el colonialismo viejo y nuevo, por la independencia nacional y por la democracia popular, colocarse en las primeras filas del movimiento revolucionario democrático nacional y luchar por el porvenir socialista.

En tanto que, con claras y sólidas razones, convocaba a combatir contra el revisionismo como peligro principal que, apartándose de las Declaraciones de 1957 y 1960 sancionadas en las reuniones de Partidos Comunistas y Obreros —de Moscú—, infestaba el movimiento comunista internacional negando y oponiéndose a la revolución con sus «tres pacíficas» y «dos todos»: «coexistencia pacífica», «transición pacífica» y «emulación pacífica», y «Estado de todo el pueblo» y «Partido de todo el pueblo». A la vez que, en otros de sus numerales, nos adoctrinaba en forma magistral y certera sobre la continuación de la lucha de clases en el

socialismo; la necesidad de un largo período histórico para definir «quién vencerá a quién», si el socialismo o el capitalismo; en la lucha entre socialismo y capitalismo que se extenderá por un largo período histórico, como hoy está más claro que nunca; la necesidad de la dictadura del proletariado en todo ese largo proceso, reafirmando comprobadamente lo establecido por Marx en *Crítica al programa de Gotha;* y sobre el internacionalismo proletario, pues la clase es una en el mundo.

Pero de todo aquello en que la *Proposición* y los Nueve comentarios —partes integrantes de la *Polémica acerca de la línea general del movimiento comunista internacional*— nos forjaron en esa memorable y decisiva campaña del Comité Regional de Ayacucho, dos cuestiones fundamentales enraizaron muy hondamente en la militancia: la necesidad de la violencia revolucionaria para conquistar el poder y la necesidad del Partido. Sobre la primera dice el VIII Comentario titulado «La revolución proletaria y el revisionismo de Jruschov»:

> La tarea central y la forma superior de una revolución es la toma del poder por medio de las armas, es la solución del problema por medio de la guerra. Este principio marxista-leninista de la revolución tiene validez universal, tanto en China como en los demás países.

Por vez primera conocimos esta cita del Presidente Mao Tsetung y en la militancia quedó profundamente grabada y para siempre. Sobre la segunda, el punto (24) de la *Proposición* concluye indeleblemente: «La más importante experiencia del movimiento comunista internacional consiste en que el desarrollo y el triunfo de una revolución dependen de la existencia de un partido revolucionario del proletariado».

Y esa propaganda, esa educación ideológica y política en los principios, los grandes problemas de la política y la perspectiva de la revolución y las metas no solo se cumplió en las filas de la militancia; se llevó a las masas a través de escuelas, conferencias y charlas no solo en Ayacucho sino en Huanta, San Miguel, Tambo, Vilcashuamán, Cangallo... y no solo en las ciudades y pueblos, sino en el campo. De ahí se gestaron las que, con el tiempo, fueron escuelas populares; así es como la palabra oral devino instrumento importante, más cuanto las masas son más pobres y, en especial, campesinas. A la propaganda se sumó la agitación: a las pintas, pues desde entonces sabemos que las paredes son pizarras del pueblo, se agregaron los volantes y los mítines; y a estos, las iluminaciones: en Aya-

cucho encender hoces y martillos en el cerro La Picota devino necesidad del trabajo y prueba y reto contra la acción policial.

Así se iba templando el contingente, mas el crisol de esos tiempos eran el trabajo campesino, estudiantil, barrial y con obreros —aunque fueran pocos en la zona— y trabajadores en general, entre estos, choferes. El frente campesino fue el principal. La semifeudalidad con sus terratenientes y gamonales, latifundios en decadencia, trabajo gratuito y prestaciones personales —entre estas, pongaje en casa de los amos para todo servicio doméstico—. Y como contraparte, las inmensas masas de campesinado sin tierra o solo poseedores de unos surcos, fructificadoras de la tierra a pura fuerza de brazos y sudor, rebeldía constante y lucha inacabable, con mendrugos como alimento, por reconquistar sus tierras usurpadas y romper cadenas centenarias. A ese campesinado —fértil tierra esperando semilla— llegó el Partido, su militancia, principalmente la juvenil (la parte más dinámica y pugnaz de esos años iniciales, 62 y 63) enarbolando «La tierra para quien la trabaja», la alianza obrero-campesina, la necesidad de la revolución armada, pues sin ella nada conseguiría el pueblo; ayudándole a organizarse ya que solo organizadas las masas expresan su fuerza; propagandizando cómo otros campesinos se organizaban en el país y en especial cómo combatían los obreros, y no solo aquí sino allá, lejos, en el extranjero; cómo obreros y campesinos armados dirigidos por partidos comunistas habían conquistado el poder y construían una nueva sociedad, un nuevo mundo para los pobres. Y a la palabra aleccionadora que propagandizaba se unía la lectura y comentario de las noticias de la lucha de clases, obrera y campesina en especial; y a los anteriores se agregaba la prueba gráfica: fotos, caricaturas e ilustraciones de diarios y revistas.

El trabajo campesino fue amplio e intenso, abarcó toda la región habiendo comenzado por el entorno de Ayacucho, la capital departamental. Establecido el contacto con los más pobres y políticamente despiertos, se desenvolvían reuniones reiteradas y programadas, primero en secreto —como ya dijéramos—, analizando colectivamente los problemas concretos del fundo o comunidad que sirvieran a organizar a las masas en función de la lucha por la tierra primero y principalmente y, obvio, también por otras reivindicaciones y demandas como escuelas, tan requeridas cuan esperadas, muestra de su necesidad de saber para valerse por sí mismos. Los objetivos apuntaron a combatir las relaciones feudales de explotación, en particular el pongaje, y la recuperación de tierras mediante invasiones. Estas últimas fueron lo principal, y comenzando por la provincia de

Huamanga se extendieron a las provincias colindantes, exigieron nuestros esfuerzos y luchas más duros y tenaces obteniendo buenos y grandes resultados que fueron cimentando sólidamente el trabajo futuro y enraizándonos profundamente con el campesinado pobre. Valga aquí una anécdota. Habíamos preparado una invasión para ejecutarse en la madrugada de un día X; llegado el día y debiendo ya estar en marcha la invasión procedimos, como era usual, a volantear su éxito al atardecer, mas, por contratiempos en su ejecución, había sido suspendida... Se comprenden las consecuencias derivadas: citaciones policiales y enjuiciamiento penal. Bien, errores y gajes del oficio. Y así, con éxitos y reveses, superando problemas, fuimos aprendiendo el trabajo campesino; y con justeza podemos decir que a hacerlo aprendimos haciéndolo y a invadir tierras aprendimos invadiéndolas. Lo más valioso: en la práctica comprendimos y vivimos el poder transformador del campesinado dirigido por el Partido.

Un trabajo también importante de esos años fue la publicación de *Bandera Roja*, órgano de la Juventud Comunista de Ayacucho. Recordemos. Para desarrollar la propaganda en cuanto a medios de impresión, el Comité adquirió —recolectando cuotas e ingresos propios— una máquina de escribir Facit y un mimeógrafo Roneo, con lo cual dimos un salto: ya no depender de otros, apoyándonos en nuestras propias fuerzas como en todo. Asimismo, se compraron materiales en Lima, esténciles, tinta, papel, etc., en función de proteger el trabajo; bien se sabe que la labor de prensa es una de las más exigentes en cuanto a clandestinidad se refiere. ¿Por qué fue órgano de la Juventud y no del Partido? Las condiciones concretas, entonces y en Ayacucho, lo demandaban, si bien el control político e ideológico lo ejercía el Comité del Partido y, más aún, a él correspondía la elaboración de su contenido. Su nombre se tomó recordando a *Rote Fahne* del Partido Comunista de Alemania. De esta *Bandera Roja* aparecieron siete números: cuatro en 1963 y tres el 64. Como lema tenía «Por la revolución al socialismo» y su formato era oficio, en papel periódico y pocas páginas, dieciséis al comienzo. El primer número en su primera página, aparte del lema en el lado superior derecho, abarcando casi toda la superficie, llevaba el contorno de una bandera con asta y dentro de ella el nombre «Bandera Roja»; al pie «Año I, Número 1, Ayacucho 1963». Su artículo central fue sobre «Las clases sociales» y su tiraje 200 ejemplares. El contenido desde el número uno fue, además de una editorial, un artículo central y otros sobre cuestión internacional, política nacional, problemas del trabajo regional, conmemoraciones, algunas notas, una página con un dibujo alusivo y en la página final un poema. Posteriormente

el tiraje de *Bandera Roja* aumentó y su primera página llevaba el título hecho en imprenta y letras rojas. Su redacción, impresión, distribución, venta y manejo económico estuvo a cargo de una comisión dirigida por un miembro del Comité. En conclusión, *Bandera Roja* de Ayacucho, en esta su primera etapa, fue una de las tareas más fructíferas del trabajo partidario regional; cumplió su papel de vocero llevando ideología, política y orientaciones no solo para la militancia, sino también a las masas; sirvió a la construcción ideológico-política, unió a la organización, la ligó a las masas y educó a nuevos combatientes, así como atrajo al Partido a muchos que estaban por la revolución; fue, pues, en síntesis, un concitador de voluntades y canalizador de energías revolucionarias, sobre todo entre los jóvenes.

IX CONGRESO DE ESTUDIANTES DEL PERÚ[1]

En el tercio final de 1963, se celebró el IX Congreso de Estudiantes del Perú en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho, siendo anfitriona la Federación de estudiantes de la sede. Al Comité le correspondió asumir los trabajos que dieran al evento las condiciones materiales que garantizaran su éxito: locales, alojamiento, alimentación, medios de impresión y protección necesarios; movilizando para ello a toda la militancia, partidaria como juvenil, al Frente Estudiantil Revolucionario y a la Federación local. El Congreso se realizaba en medio de los inicios del gobierno de Belaunde, de la agudización de las contradicciones entre el Ejecutivo y la oposición que controlaba el Parlamento. Asimismo, se desenvolvía en medio del creciente movimiento popular atizado por dos campañas electorales, las del 62 y 63, que habían ventilado hasta la saciedad la necesidad de reformas —agraria, industrial, bancaria, educacional, gubernamental y de todo tipo—, sembrando ilusiones y esperanzas que pronto se estrellarían contra la realidad y la represión descargada, cuándo no, sobre las masas; siendo lo medular de este movimiento el ascenso de la lucha campesina y las invasiones de tierras —en la sierra centro-sur principalmente, que desde julio del 63 remeció el país— aplastadas a sangre y fuego por el nuevo gobierno democrático con la connivencia siniestra del revisionismo.

Enmarcado así, el Congreso de Estudiantes fue necesariamente candente y difícil, una aguda lucha de clases, una rebatiña política de apristas, acciopopulistas y democristianos (estos dos últimos unidos en alianza gubernamental fungiendo de «fuerzas nuevas») y los revisionistas, sus socios de contubernio en colusión y pugna. Y por el lado del pueblo, los nuevos contingentes del Partido y la Juventud Comunista, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y diversos grupos —pues su multi-

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

plicación ya comenzaba— e incluso trotskistas con su palabrería y poses de grandes revolucionarios químicamente puros; amén, claro está, de los «asesores», «consejeros», «observadores», «orientadores» y demás fauna de «habitúes» políticos, turistas de eventos y revolucionarios de cafetín. Todos prestos para la batalla en uno de los frentes de masa más movidos, de turbulencia radical y altisonante turbulencia verbal de la política peruana de entonces: el estudiantado universitario. Pero del cual también, y es verdad contundente e innegable, han salido sucesivas hornadas de revolucionarios consecuentes que, abandonándolo todo, se han entregado de lleno a la revolución y a servir al pueblo, entre ellos amplios contingentes de militantes, cuadros y dirigentes de nuestro propio Partido.

Con motivo del evento dos dirigentes llegaron a Ayacucho y convocaron al Comité Regional: el secretario de organización y un dirigente del frente sindical; la batuta la llevó el primero. Después de vistos los preparativos para apoyar el Congreso y recibir su visto bueno, dos cuestiones fueron lo central. Una, nuestro apoyo a las invasiones de tierras; la posición de los dirigentes nacionales fue que la política del Partido era pugnar por que Belaunde diera una ley de reforma agraria siendo el Parlamento opuesto a ella; la nuestra, que la mejor manera de garantizar una ley agraria era movilizar al campesinado a invadir las tierras usurpadas. Con la disensión que comenzó a subir de tono, no pudimos ponernos de acuerdo. Mas la reunión llegó a su punto decisivo en la cuestión segunda y principal, nuestra posición frente al gobierno de Belaunde. Ellos sentaron que la posición del Partido era apoyar, no socavar —como hacía el Parlamento opositor— al nuevo gobierno que abría, decían, camino democrático y permitía al Partido salir de la clandestinidad y persecución a que lo sometiera la Junta Militar del 62, que por eso se había votado por Belaunde; nosotros, que los hechos mostraban lo contrario y que nada bueno traería al pueblo ni al Partido tal apoyo, pues ya estaba mostrándose toda la raíz entreguista y antipopular del acciopopulismo, no obstante su demagogia. El debate fue tenso e intenso, la conclusión simple: debíamos esforzarnos por aplicar la línea, ver las dificultades del Partido y comprender la situación del nuevo gobierno amenazado por un golpe de Estado y necesitado de tiempo para cumplir su programa; pero que elevarían nuestros planteamientos, reconociendo a la vez el desarrollo del Comité. Sobre la campaña contra el revisionismo nada dijeron, quizá la menospreciaban. Así pues, la sangre no llegó al río, mas los hechos siguieron desenvolviéndose.

El IX Congreso tuvo dos momentos cruciales. Uno, cuando el APRA con su bufalería[2] pretendió controlar el evento o disolverlo para asaltar la Federación de Estudiantes del Perú cuya dirección debía renovarse. El Comité había organizado la seguridad del evento con destacamentos de defensa formados por obreros de construcción civil apoyados por feristas —armados con medios adecuados, pero sin armas de fuego—, y establecido un dispositivo de vigilancia permanente y planes para varias posibilidades y fuerzas principales mantenidas en reserva —discretamente distribuidas en lugares fuera de la universidad, pero fácilmente concentrables—, preparadas para actuar con número, sorpresa y contundencia. La bufalería y apristas locales que, con arrogancia, sobrestimación de sus fuerzas y menosprecio de los pocos defensistas visibles, ingresaron vociferando a la reunión, bien pronto se vieron rodeados y en completa minoría; y sus bravatas, prepotencia y amenazas se tornaron llamadas a la cordura, a la democracia, al respeto de las opiniones y a la alma máter. Desde ahí el APRA se quedó quieta, pero sin dejar de tramar y aprovechar las coyunturas para contraatacar y reacomodarse, mientras la izquierda con su amplia y enconada gama dominó cabalmente el Congreso.

Pero si este momento fue conjurado con relativa facilidad, el segundo sí estuvo a punto de hundir el Congreso; no tanto por acción del APRA cuanto por las contradicciones en la izquierda, afanes sectarios de ganar posiciones y, principalmente, por la defensa de Belaunde que a rajatabla quería imponer la dirección nacional del Partido. El hecho cayó como una bomba en el evento: en Ongoy, departamento de Apurímac, la policía acababa de asesinar a más de dos docenas de campesinos; la reacción fue justa y lógica: condenar al gobierno de Belaunde. A ello se opuso el revisionismo enquistado en la dirección del Partido so pretexto de que era propiciar el golpe de Estado. La reacción de la Juventud Comunista fue inmediata y grande; se sucedieron violentas reuniones y la lucha contra el revisionismo se acrecentó en la Juventud cuyos más conspicuos dirigentes se encontraban presentes, así como sus más destacados cuadros. Las reuniones generales fueron sumamente buenas y útiles, potenciaron el desenmascaramiento de la camarilla de Del Prado poniendo sobre el tapete toda la podre revisionista, avanzándose bastante en la comprensión del marxismo-leninismo, en su lucha contra el revisionismo a escala mundial, una de cuyas partes —con sus especificaciones— era lo que

[2] Bufalería aprista: así era conocido el grupo de choque que usaba el APRA contra sus opositores.

vivíamos en el país. Esto fue positivo y pesó más. Sin embargo, las aguas comenzaron a bajar tras la reserva de reuniones de alto nivel cuyos alcances escapaban a los nuestros, y comenzaron a desenvolverse conversaciones secretas y conciliábulos para definir la nueva directiva de la Federación de Estudiantes del Perú y se barajaban nombres para la presidencia y demás cargos. Solo podemos decir que vimos apagarse fervores y aplacarse virulencias y cierta desazón... pero además había que salvar el Congreso.

No recordamos bien cómo terminó este problema; si se condenó al gobierno, si se pidió la renuncia del gabinete o la del ministro de gobierno o si se exigió la investigación y castigo de los responsables. Sí sé que terminó una jornada, se eligió una nueva dirección de la Federación de Estudiantes del Perú y que el movimiento estudiantil universitario siguió combatiendo con ardor. También sé, y es lo principal, el IX Congreso fue un buen impulso en la lucha contra el revisionismo y una lección viva de su putrefacción. Y para el pueblo ayacuchano y el Comité Regional fue un palpitante escenario de la lucha de clases y la política del Perú de inicios de la década del sesenta, y una escuela viva de la que aprendimos más lecciones positivas que negativas, una prueba que la militancia superó saliendo de ella más firme y segura del rumbo que seguía. En síntesis, si el esfuerzo empeñado fue cien, lo aprendido y la forja en perspectiva, mil. Ganancia redonda para el Partido y sus objetivos. Bien valió hacer lo que se hizo.

EXPULSIÓN DEL CUERPO DE PAZ[1]

La preparación y especialmente la celebración del IX Congreso de Estudiantes nos demandó un interregno en nuestra primera lucha de gran repercusión: la expulsión del Cuerpo de Paz de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. Este instrumento del imperialismo yanqui actuaba en Ayacucho, sus miembros comandados por Scott Palmer (quien años después se presentara como «senderólogo») enseñaban inglés en la Universidad. El hecho fue insolente y prepotente: una de las integrantes de ese Cuerpo abofeteó a una alumna en plena clase ante los atónitos ojos de sus condiscípulos que repletaban el aula. La indignación estudiantil fue general, inmensa y totalmente justa; el repudio a esta infame humillación fue inmediato, rotundo y firme: expulsión del Cuerpo de Paz de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. El Comité Regional a través del Frente Estudiantil Revolucionario dirigió esta lucha que como una explosión hizo hervir el antiimperialismo extendiéndose al pueblo que masivamente apoyó la lucha estudiantil. Se desarrolló una creciente jornada contra el imperialismo yanqui; la agitación, la propaganda, la movilización, los mítines, la huelga transformaron la vida universitaria y la ciudad toda fue remecida por la cabal, completamente justa y muy razonable protesta que rebasando los claustros convirtió las plazas, calles y principalmente los barrios de Ayacucho en tribunas de denuncia y campos de lucha antiyanqui. Así, el movimiento, ligado a las masas más profundas y pobres, se fortaleció creciendo incontenible.

Fue necesaria una tregua para realizar el IX Congreso y desenvolver las conversaciones con las autoridades universitarias a fin de concretar el retiro de los miembros del Cuerpo de Paz. Es obvio, la embajada yanqui era absolutamente contraria a la expulsión del Cuerpo de Paz alegando que este nunca había sido expulsado de ninguna parte, salir de Ayacucho implicaría, sostenían, comenzar a ser botado de todas partes;

---

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

por ello ofrecían desde las más solemnes y públicas disculpas hasta la más grande «ayuda» a condición de seguir en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. Y, claro está, contaba con el apoyo del gobierno de Belaunde. La situación no era, pues, ni simple ni fácil. La Federación de Estudiantes de la Universidad pidió al IX Congreso apoyara la expulsión del Cuerpo de Paz mediante una huelga nacional, y así fue acordado; pero terminado el evento, cuando se demandó concretar fecha la respuesta fue que no se podría decretar la huelga nacional ese año pues estaba por terminar. ¡Una más del revisionismo!

Sin embargo, la lucha fue reiniciada apoyándonos en nuestras propias fuerzas. La resuelta combatividad estudiantil y el decidido apoyo del pueblo alcanzaron la victoria: el Cuerpo de Paz fue expulsado de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga; el Cuerpo de Paz, instrumento del imperialismo yanqui y creación de John F. Kennedy, fue por vez primera en el mundo arrojado de una institución en que había sentado sus reales. La noticia dio la vuelta al globo y también Radio Habana festejó el triunfo antiimperialista. Valga la ocasión para aclarar, aunque sea de paso: el Comité Regional en reiteradas ocasiones defendió a la revolución cubana y, principalmente, al pueblo de Cuba contra la agresión norteamericana, como parte de defender a las naciones oprimidas ante la intervención imperialista, y en defensa de la soberanía nacional y el derecho de los pueblos a decidir su destino; asimismo contra el aventurerismo de Jruschov y su bastón de mando que pisoteaba los derechos del pueblo cubano. Cuestión distinta fue, en esos tiempos y en los que siguieron, nuestra lucha contra el revisionismo y el «castrismo» o «guevarismo» a él adheridos.

Así pues, la lucha por la expulsión del Cuerpo de Paz dio al Comité Regional de Ayacucho un gran triunfo contra el imperialismo yanqui y su primera victoria en el combate frontal con el imperialismo; victoria que llevó el nombre de Ayacucho una vez más allende nuestras fronteras.

El año 1963, en conclusión, para el Comité Regional de Ayacucho fue un año de avances y éxitos: desarrolló el trabajo partidario en su conjunto. Se cohesionó altamente a la militancia del Partido y la Juventud Comunista en torno al marxismo-leninismo y en contra del revisionismo de Jruschov y de Del Prado y sus secuaces en el país. Se desarrolló la propaganda y la agitación; la publicación de *Bandera Roja* fue un salto adelante. Se guio al campesinado, principalmente pobre, en su lucha antifeudal dirigiendo resueltamente sus invasiones para recuperar las tierras

usurpadas por los terratenientes y gamonales. Apoyó y actuó con firmeza en el IX Congreso de Estudiantes adquiriendo invalorable experiencia viva de los más candentes problemas de la política peruana de entonces. Se expulsó al Cuerpo de Paz concretando pugnaz y decididamente la lucha antiimperialista contra el imperialismo yanqui, el enemigo de todos los pueblos del mundo. Fue, pues, un buen año para el Comité Regional de Ayacucho: enarbolaba el marxismo-leninismo y combatía el revisionismo en la teoría y la práctica, más aún en los problemas políticos concretos de la lucha cotidiana; cumplía sus tareas antifeudales y antiimperialistas; se unía y enraizaba en las masas, principalmente campesinas; y su propaganda y agitación se desarrollaban mientras el Partido se consolidaba ideológica, política y orgánicamente. El año 1963 fue altamente fructífero, el optimismo crecía y el futuro se abría promisor.

EL NUEVO AÑO, 1964[1]

¿Fue «forzada» la convocatoria de la IV Conferencia que expulsó del Partido a la pandilla revisionista de Del Prado y sus compinches? ¿Fue «reflejo» de la «pugna chino-soviética»? La lucha de clases que se atizara en la segunda mitad de la década del cincuenta, una de cuyas hogueras fue la lucha campesina contra la Cerro Cooper Corporation, se incrementó en los años sesenta siendo el gran movimiento campesino del 63, reiteramos, uno de sus hitos. Situación que no solo llevó nuevas fuerzas al Partido, sino, más aún, incentivó la lucha de dos líneas en el mismo, cuya intensificación se vio en el IV Congreso. Sobre estas circunstancias repercutió en forma muy importante, y elevándola, la lucha entre marxismo y revisionismo a nivel internacional, principalmente la *Polémica* referida ya con relación a Ayacucho. No hubo, pues, tal «reflejo», así como tampoco la convocatoria fue «forzada»: la IV Conferencia fue una rebelión de las bases del Partido contra una dirección revisionista totalmente podrida que debía ser derrocada porque, yendo contra el marxismo-leninismo, cerraba el paso a la revolución impidiendo el desarrollo del Partido. Los comités partidarios, no habiendo otra posibilidad, tuvieron que coordinar entre sí para poderse reunir en Conferencia y expulsar a la pandilla revisionista.

El Comité Regional de Ayacucho estuvo entre esos comités rebeldes y cumplió un papel acorde con sus posiciones antirrevisionistas expuestas anteriormente. Su participación fue decidida en reunión especial, dada la importancia del evento. Me cupo representar al Comité en la IV Conferencia, enero de 1964; nuestra intervención apuntó a destacar el carácter antipopular y reaccionario del Gobierno de Belaunde, la importancia de la lucha armada y del camino de cercar las ciudades desde el campo y la necesidad del desarrollo clandestino del Partido. En este evento se me eligió miembro del Comité Central.

---

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

El Comité Regional, así, no solo bregó por la celebración de la IV Conferencia, sino principalmente por su aplicación. Y discrepó en especial con el informe, sancionado por la dirección y distribuido tiempo después, en dos cuestiones sustantivas. Una, la errónea calificación del Gobierno de Belaunde y su partido: «Acción Popular representa los intereses de la burguesía nacional» y «el régimen actual representa esos intereses» (burguesía nacional considerada como burguesía media); concluyendo en consecuencia que «el Partido de la clase obrera debe conducirse frente a esta burguesía de acuerdo con el principio de UNIDAD Y LUCHA» (las mayúsculas son del informe). Dos, la manera también errónea de considerar la situación del Partido y la conquista del poder: «tenemos derecho a decir que de esta Conferencia surge reconstituido el Partido de José Carlos Mariátegui, vejado y escarnecido por Ravines[2] y todos sus continuadores. Ahora depende de nuestro esfuerzo, trabajo y abnegación que nuestro Partido se convierta rápidamente en una gran organización política revolucionaria de masas, intrépido y firme, capaz de cumplir a corto plazo la tarea histórica de tomar el poder de la oligarquía y del imperialismo en nuestra patria». Esto es, según el documento, bastó la realización de la Conferencia para que el Partido deviniera «reconstituido» de hecho y, en contra de su carácter, «rápidamente» se tornaría «de masas», y «a corto plazo» conquistaría el poder, chocando con el carácter prolongado de la guerra popular. Sin embargo, la IV Conferencia Nacional tomó posición por el marxismo-leninismo y contra el revisionismo, expulsó a la pandilla revisionista de Del Prado, sancionó el camino de cercar las ciudades desde el campo llamando a centrar el trabajo en el campo y reivindicó el Partido; y esto pesó mucho más que sus errores que, con lo graves que llegaron a ser después, solo sirvieron, al fin y al cabo, para atizar la lucha de dos líneas en el Partido y sacarlo del pantano browderista y revisionista en que estaba hundido. Por todo ello y la perspectiva que abrió, la IV Conferencia es un hito en la historia del PCP.

A Del Prado no lo conozco, salvo de vista —jamás crucé palabra con él—, y a sus secuaces inmediatos expulsados, menos aún. A Paredes y Sotomayor los conocí en la IV Conferencia y a algunos otros dirigentes del Partido y la Juventud, ocasionalmente, en el transcurso de la reunión del Frente de Liberación Nacional en Lima (1962), el IX Congreso de Estudiantes y la IV Conferencia. Así pues, solo en el trabajo partidario

---

[2] Eudocio Ravines: fue secretario general del Partido Comunista a la muerte de Mariátegui y luego, abandonando el camino del pueblo, se pasó a la contrarrevolución convirtiéndose en un declarado anticomunista.

posterior llegué a conocerlos. Pienso que, en los inicios de los sesenta y en toda la década en general, al Partido acudieron amplios contingentes de las diferentes clases, especialmente de la pequeña burguesía y del campesinado, así como pocos del proletariado; pero el problema principal no era este, sino la diversidad ideológica y la amplia gama de posiciones, criterios, opiniones y hasta simples pareceres que circulaban como buena moneda; no había unidad ideológica y política, sino una amalgama organizativa con formas orgánicas laxas, más de adherentes que de militantes, de ahí la reventazón del Partido en la parte final de la década del sesenta. En esas circunstancias, las clases y posiciones han combatido dentro del Partido; en él contendieron desde avanzados hasta comunistas y obviamente muchos simplemente revolucionarios y, claro está, revisionistas que infestaban y pudrían las filas. La lucha de clases en el Partido se dio, por tanto, entre pequeña burguesía, campesinado y proletariado, de un lado, y del otro el revisionismo —principalmente Del Prado y su camarilla como avanzada burguesa en las filas partidarias y, expulsados estos, contra los remanentes revisionistas enquistados—; y, en especial, entre pequeña burguesía, campesinado y proletariado por la hegemonía de la ideología de la clase, del marxismo-leninismo en el Partido, principalmente en su dirección. De esta manera muchos fueron quienes pugnaron en el Partido, cada quien desde su posición de clase y dentro de una múltiple gama de especificaciones; y en dura lucha el Partido se fue depurando, cada quien mostró su condición y a algunos se los llevó el fuerte viento de la lucha de clases y el desarrollo del Partido.

El Comité Regional de Ayacucho en 1964 conquistó dos grandes éxitos en la organización de las masas. En setiembre se realizó el Primer Congreso Provincial de Campesinos de Huamanga, concreción de una profunda necesidad cuanto producto del denodado esfuerzo de las masas dirigidas por el Partido. De este evento decía *Bandera Roja N° 7:*

> Ayacucho —y naturalmente Huamanga— es una zona rural, o mejor dicho, una región —como otras del Perú— con una mayoría aplastante de campesinos que viven oprimidos por gamonales y por terratenientes. El campesinado huamanguino vive en las peores condiciones humanas, condiciones rayanas en la esclavitud. Nuestros campesinos, al igual que sus hermanos de clase del Perú entero, sufren toda gama de vejámenes, por lo que vieron la necesidad de unificar sus fuerzas y sienten la exigencia imperiosa de organizarse.

A este Congreso concurrieron treinta organizaciones campesinas con ciento cuatro delegados plenos, así como delegados fraternos de la Unión Sindical de Ayacucho, del Sindicato de Construcción Civil y de la Federación Universitaria de Huamanga; y lo principal, tuvo como lema «La tierra para quien la trabaja», y la confiscación de la tierra de los latifundios semifeudales como médula de su programa; de él surgió la Federación Provincial de Campesinos de Huamanga.

El otro éxito fue la celebración del Primer Congreso de Barrios de Ayacucho, poco después del anterior. Ayacucho, como toda ciudad, estaba rodeada por un cinturón de barrios y barriadas de masas mayoritaria y fundamentalmente pobres, de artesanos, trabajadores, comerciantes y campesinos de toda la región, y en especial de estudiantes venidos de pueblos cercanos y distantes, tanto secundarios como universitarios; y obviamente enfrentando problemas similares a los de cualquier ciudad: titulación, impuestos y arbitrios municipales —incluso por servicios no prestados— y los consabidos de luz, agua, desagüe, desocupación y demás que aquejan a las masas citadinas marginales de todo el país, solo que agravados por un atraso feudal más opresivo. Sobre esta base y la combatividad histórica de esas masas populares —a través de un intenso trabajo organizativo y de movilización, así como de estudio e investigación de sus condiciones concretas—, se preparó y celebró, con la participación de casi todas las organizaciones de barrios y barriadas, el Primer Congreso de Barrios de Ayacucho, el cual creó la Federación de Barrios de Ayacucho y en torno a ella, años después, se construyó el Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho. Ambos, la Federación y el Frente, desde su creación fueron bastiones de la lucha popular ayacuchana y regional, como lo mostraron las jornadas de junio de 1969 en defensa de la educación popular.

Pero fue el Grupo de Trabajo Especial, como denomináramos entonces al trabajo militar del Comité, el que desarrolló la labor más importante y de mayor trascendencia cumplida en 1964. Durante meses viajamos constantemente de Ayacucho a Lima para conseguir la autorización de la dirección nacional del Partido y poder organizar el trabajo militar del Regional, pues, a nuestro juicio, era la forma de concretar el acuerdo de centrar el trabajo del Partido en el campo en función de la lucha armada dentro del camino de cercar las ciudades desde el campo, considerado por nosotros el acuerdo central de la IV Conferencia y que, entendíamos, se cumplía en otras partes. Pero nunca pudimos conseguir la autorización; no fue posible entrevistarnos con el secretario, Paredes; se nos decía que

estaba ausente y con quien tratábamos, Sotomayor, invocaba no tener facultad para otorgarla. Así, cansados del trajín inútil y esperar en vano, decidimos organizar el trabajo militar del Comité Regional de Ayacucho en la segunda mitad del año 1964, si mal no recuerdo en setiembre. El Grupo de Trabajo Especial fue constituido con tres funciones: política, militar y logística, bajo el control absoluto del Partido y ligado estrechamente al trabajo campesino, contando con doble mando: uno político y otro militar. El Grupo inicial estuvo totalmente integrado por camaradas, principalmente miembros de la fracción. Se desenvolvió un trabajo altamente secreto, planificado y denodado apoyándonos en nuestros propios esfuerzos y basándonos en el campesinado, pobre en especial. Fue una gran experiencia inicial: partiendo de guiarse por la política del Partido y ligarse a las masas, se cumplió una investigación militarmente orientada, centrando en el reconocimiento de toda la región y en la selección del contingente, en menor grado la consecución de armas elementales. Estos fueron los pininos del trabajo militar de la fracción, históricamente los antecedentes inmediatos de lo que más tarde fue la guerra popular iniciada en mayo de 1980.

Y terminando esta primera etapa del Comité Regional de Ayacucho del PCP, la cuna del Partido y la fracción, como con devoción revolucionaria y hondo sentimiento de clase decimos los comunistas, hablemos de la fracción. La fracción roja se formó dentro de lo que Lenin estableciera:

> El bolchevismo está representado en nuestro país por la fracción bolchevique del Partido. Pero la fracción no es el Partido. En el partido puede haber toda una gama de matices de opinión, cuyos extremos pueden incluso estar en aguda contradicción entre sí. En el partido alemán vemos, al lado del ala claramente revolucionaria de Kautsky[3], el ala archirrevisionista de Berstein. La fracción es otra cosa. En el partido, la fracción es un grupo de hombres unidos por la comunidad de ideas, creada con el objetivo primordial de influir sobre el partido en determinada dirección, con el objetivo de aplicar en el partido sus propios principios en la forma más pura posible. Para eso es necesaria una auténtica comunidad de ideas. Esta diferencia entre lo que exigimos de la unidad del partido y de la unidad de la fracción

[3] Lenin aquí se refiere a Kautsky cuando este era aún revolucionario. (Nota del autor).

> debe ser comprendida por cuantos deseen explicarse el verdadero estado de los roces internos en la fracción bolchevique. (Lenin, *Obras completas,* tomo XV).

Y se fue forjando desde los inicios de la organización del Comité Regional de Ayacucho, allá por el año 1962. De ella se dijo en el IX Pleno del Comité Central, Pleno de Definir y Decidir, mayo de 1979: «la fracción comienza a desenvolverse desde inicios de los sesenta; la fracción ha librado varias luchas, y sus posiciones han devenido la línea del Partido».

Hoy y aquí, y para comprender qué guiaba a la fracción roja, más aún cómo se entendía el marxismo-leninismo y aplicaba entonces a nuestra realidad, baste transcribir párrafos de *Bandera Roja* de Ayacucho de los años 63 y 64, siguiendo simplemente los títulos originales de los artículos, clara expresión de su teoría y práctica, y sin comentario alguno. Dejemos que la fracción roja hable y juzguemos históricamente sus palabras y acción desde la guerra popular, el más grande movimiento revolucionario de la historia peruana, que ella sembrara[4].

[...]

Así surgió y se forjó la fracción roja en la primera etapa de organización y desarrollo inicial del Comité Regional de Ayacucho, su composición fue la del Partido entonces, en esa región: campesinos e intelectuales. Entre sus miembros y quienes más bregaban en la militancia en general señalemos a Francisco, Arturo y Jorge; pero muy por encima de ellos y de altísima calidad en ciernes, como el tiempo demostró, descollaba la camarada Norah, Augusta La Torre Carrasco. A ella la conocí el año 1962; militaba en la Juventud Comunista, al año siguiente ingresó al Partido y tras largo batallar de veinticinco años de marxista-leninista-maoísta, pensamiento gonzalo, como maoísta y antirrevisionista indeclinable, devino la más grande heroína del Partido y la revolución. La camarada Norah ha sido la más alta expresión y ejemplo de esa fracción roja que dio luz y fuerza comunista al Partido desde los albores de Ayacucho y aún sigue vivificándolo. Hoy, más que nunca, debemos seguir el ejemplo de la fracción roja. La fracción roja siempre se sujetó al marxismo combatiendo por aplicarlo en su forma más pura, construyó el Partido como eje de la organización de las masas en medio de la lucha de clases, llevó adelante el fraccionalismo proletario en la lucha de dos líneas, y bregó incansable-

---

[4] Son los siguientes diez textos que aquí se publican.

mente por preparar y desarrollar la guerra popular enarbolando el poder para el Partido y el pueblo; todo con espíritu de partido, decisión de servir al pueblo y desinterés absoluto. La fracción roja es una de las más grandes e importantes lecciones del Partido Comunista del Perú.

LAS CLASES SOCIALES[1]

Mediados de 1963

La sociedad se ha basado siempre hasta ahora en el dominio de una clase que tenía en su poder las fuerzas productivas.

Marx, *La ideología alemana*

Esta tesis válida para toda la sociedad clasista es impugnada, hoy como ayer, por los teóricos burgueses y compañía. Estos pretenden diluir y desorientar la lucha revolucionaria mediante «objetivos» planteamientos tales como el carácter psicológico, biológico, orgánico, distributivo, etc., de las clases, y la feudal reaccionaria tesis religiosa de las clases sociales como jerarquías naturales instituidas por dios; teorías que, únicamente, buscan detener el ascenso clasista en marcha y defender a sus amos reaccionarios. Por ello es necesario deslindar algunos puntos.

¿Qué es una clase social? Con precisión y nitidez Lenin dijo al respecto:

> Son grandes grupos de hombres, que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en determinado sistema histórico de producción social, por las relaciones que mantienen con los medios de producción (relaciones en gran parte establecidas y formalizadas en leyes), por la función que cumplen en la organización social del trabajo y, en consecuencia, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse del trabajo del otro gracias al lugar diferente que ocupa en determinado régimen económico social.

[1] Publicado en *Bandera Roja* N° 1, Ayacucho.

En esta delimitación se destaca el carácter fundamentalmente económico de las clases; pero no económico en cuanto a nivel de ingresos, como ladina y tramposamente quieren hacer aparecer los burgueses, sino en cuanto a relación de propiedad o no de los medios de producción; esta es la interpretación económica de clase y no ninguna seudo precisión científica. Sobre ella se levanta la lucha de clases como consecuencia de la irreductible contraposición de intereses a través de los tiempos: esclavistas-esclavos, feudales-siervos y burguesía-proletariado.

Las clases surgen con la disolución del régimen de la comunidad primitiva, antes no podían darse por cuanto las condiciones económicas no lo permitieron. Es la aparición de los excedentes de producción lo que determina la apropiación particularizada de los medios de producción y, en consecuencia, la aparición de las clases.

Surgida la sociedad clasista empieza una permanente y nunca abandonada pugna entre explotadores y explotados, lucha que va haciendo la historia a través de los distintos regímenes económicos: esclavismo, feudalismo y capitalismo; y cuyos puntos culminantes son: en el esclavismo la lucha de Espartaco en Roma, en el feudalismo la «jacquerie» francesa y en el capitalismo la heroica Comuna de París. Pero en la historia, la lucha de clases no solo reviste contradicciones fundamentales, esta es una esquematización; junto a aquellas hay contradicciones secundarias como: la lucha de los plebeyos en el mundo antiguo, de los burgueses en el Medioevo, de la pequeña burguesía en el mundo capitalista, etc. Y si bien estas pugnas secundarias pueden llegar a agravarse, no desplazan en modo alguno la contradicción básica entre explotadores y explotados.

La lucha de clases en la historia ha producido un conjunto de revoluciones mediante las cuales solo se cambiaba la clase explotadora, pero no la organización social básica. Tal ha sido la historia hasta la aparición del proletariado y de la revolución comunista. De esta Marx decía:

> Con la revolución comunista, por el contrario, cambiará la organización social misma. No habrá más división de clases con el consiguiente predominio de una clase sobre las demás. El trabajo no será más carga para nadie. De impuesto que ahora es, se convertirá en libre. La revolución comunista podrá hacer todo esto gracias a que la llevará a cabo la clase desposeída. La clase relegada a último plano en la sociedad actual. La clase que entraña la negación de todas las clases, nacionalidades, etc. (Marx, *La ideología alemana*).

Y esto que avizoró Marx lo realizó la Revolución de Octubre y es el camino que siguen las masas explotadas al levantar las democracias populares.

El proletariado —las grandes mayorías que solo tienen su fuerza de trabajo como medio para satisfacer sus necesidades— representa, pues, desde 1917 la fuerza revolucionaria triunfante; la que mediante la dictadura del proletariado edifica el socialismo, antesala del comunismo. Hoy día el proletariado, vanguardia de las mayorías explotadas, conduce la lucha revolucionaria económica, política e ideológicamente.

Lo expuesto no es más que la esquemática descripción de las clases sociales y su lucha a través de la historia; esperamos volver sobre el problema. Para terminar, diremos que hoy la lucha de clases impulsa un poderoso movimiento revolucionario mundial en franca agudización, el que llevará al hundimiento definitivo del capitalismo y la formación del mundo socialista.

¡CAMPESINOS![1]

Octubre de 1963

Los campesinos reclamaban el nuevo reparto de la tierra. Y como no podían soportar la terrible opresión se lanzaron en busca de una suerte mejor, decidiendo con toda razón que más valía morir luchando contra los opresores que renunciar a la lucha y dejarse morir de hambre.

Lenin, *A los pobres del campo*

Hay que repetir hasta el cansancio, nuestro más inmediato y grave problema es la reforma agraria, y el campo es un poderoso fermento revolucionario; al campo y a los campesinos debemos, pues, dedicar especialísimo cuidado: ¡nuestra revolución será del campo a la ciudad!

El campesino viene luchando sin desmayo; las reivindicaciones y ocupaciones de tierras no son más que una forma aguda y previa de la lucha campesina, es un anticipo de la revolución. La lucha de reivindicación y ocupación exige la organización y, en consecuencia, nuestras masas se organizan cada vez más sólidamente, prueba es la Confederación Campesina del Perú, organismo clasista y revolucionario, fiel guía e intérprete del campesinado nacional.

Ejemplar acción organizativa ha sido el Primer Congreso Campesino de Huanta, 27/29 de setiembre, al cual concurrieron delegados de 80 comunidades, contando con la asesoría de destacados camaradas de Huanta y miembros de la Confederación nacional. Este certamen realizó un gran mitin popular como no fue realizado nunca por partido alguno

---

[1] Sobre el camino de cercar las ciudades desde el campo, alianza obrero-campesina y revolución democrática. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*). Publicado en *Bandera Roja* N° 2, Ayacucho.

en la localidad. ¡Este es el poderío campesino! Finalmente, después de tomar revolucionarios acuerdos, se nombró la directiva.

Entre el 4 y 6 de setiembre se efectuó el Primer Congreso Campesino de Cangallo. A esta magna reunión asistieron más de 800 delegados del más avanzado movimiento campesino de nuestro departamento; entre sus organizaciones tenemos varias comunidades que ya han reivindicado y ocupado la tierra y hoy están alertas para defender lo que han conquistado con sudor y sangre. En este Congreso se plantearon demandas para el mejoramiento de la miserable situación campesina (carreteras, escuela, agua, desagüe, postas médicas, etc.); y se pronunciaron tajantemente sobre el exterminio de la explotación en el campo, por la alianza con los otros explotados, los obreros, y expresaron una vez más que solo la férrea unión de obreros y campesinos dirigirá y realizará la revolución peruana, única forma de liberar a todo nuestro pueblo.

Nuestros campesinos, pues, reactualizando sus antiguas gestas (Túpac Amaru, los Catari, etc.) nuevamente toman el único camino: la lucha. Y contra su marcha hambrienta, ¿qué se hace?: palo y balas prodigan las fuerzas represivas y los siniestros gamonales; y otros, piden calma, tiempo, mientras reparten unos cuantos picos y palas para luego traicionarlos. Pero es en vano todo lo que hagan, balas o dádivas no contendrán al campesinado, ¡su marcha podrá ser demorada, pero no contenida!

En conclusión, ¿qué es lo que nos enseña el movimiento campesino? Que solo la organización campesina, las reivindicaciones y ocupaciones de tierras asegurarán la reforma agraria; y solo la revolución conducida por obreros y campesinos ¡acabará con la explotación en el campo!

¡¡TOMEMOS LAS TIERRAS, ASEGUREMOS
LA REFORMA AGRARIA!!

¡OBREROS-CAMPESINOS: REVOLUCIÓN!

REVOLUCIÓN[1]

Octubre de 1963

Las revoluciones son las locomotoras de la historia.

Marx

Revolución es cambio de un sistema económico-social por otro. Mas ¿qué significa esto? Las sociedades tienen un conjunto de instrumentos y medios con los cuales los hombres trabajan y producen bienes necesarios para satisfacer sus necesidades; estos medios materiales y la fuerza de trabajo de los hombres forman las «fuerzas de producción». Sobre estas se levantan las relaciones entre las personas que producen, relaciones que, como consecuencia de la apropiación de los medios de producción, generan las clases sociales y el Estado; estas vinculaciones son las que se llaman «relaciones sociales de producción».

Sucede que, en su desenvolvimiento, las fuerzas de producción se hallan entrabadas por las relaciones sociales de producción; en esta contraposición, como decía Marx, se abre una etapa revolucionaria, la cual concluye con la sustitución del caduco régimen de relaciones que dificultan la expansión de las fuerzas productivas.

La revolución, así entendida, es, pues, un proceso más o menos largo durante el cual se producen ascensos y descensos del impulso revolucionario hasta que, surgidas las condiciones necesarias, las masas quiebran el sistema caduco de relaciones sustituyéndolo por otro, determinan una transformación que es lo que llamamos revolución.

---

[1] Sobre revolución, situación revolucionaria y violencia revolucionaria. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* N° 2, Ayacucho.

Ahora bien, para que se produzcan las transformaciones, se desarrolla una aguda lucha política, lo que trae como consecuencia la captura del poder por la clase revolucionaria; lucha que es previa e indispensable a toda transformación, derivándose dos ventajas:

a) incorpora a nuevas masas en la participación del poder; y

b) libera la expansión de las fuerzas productivas.

Mas, de todas las revoluciones, la socialista es la única auténtica y verdadera revolución porque no implica, como las anteriores, la sustitución de una clase por otra para continuar la explotación, sino que es la revolución definitiva, por cuanto instalando a los explotados en el poder, introduce las transformaciones que eliminarán las clases sociales. La revolución así caracterizada, implica el desarrollo de leyes objetivas de la sociedad en las que el hombre tiene capital importancia como elemento activo de la historia, pero en modo alguno las revoluciones están sujetas al capricho de los hombres ni al azar de los hechos.

Lo dicho nos lleva a la determinación de las condiciones que posibilitan la revolución, esto es: la situación revolucionaria. Lenin magistralmente la caracterizó mediante tres notas:

> 1) Imposibilidad para las clases dominantes de conservar su dominación sin producirse cambio alguno; crisis en las «alturas», crisis en la política de la clase dominante, que abre una grieta por la que se filtran el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que la revolución se produzca no es bastante que «los de abajo no quieran», sino que se requiere además que «los de arriba no puedan» vivir como antes. 2) Una agudización superior a lo ordinario de las necesidades y calamidades de las clases oprimidas. 3) Una elevación considerable, en virtud a las causas anteriores, de la actividad de las masas, que en época de «paz» se dejan expoliar tranquilamente; pero que en tiempos turbulentos son incorporadas, tanto por todo el ambiente de la crisis como por las propias «alturas», a una acción histórica independiente.
>
> Sin estos cambios objetivos, que no dependen de la voluntad de los grupos o partidos, ni tampoco de una u otra clase, la revolución es por regla general imposible. El conjunto de estos cam-

> bios objetivos es lo que se denomina situación revolucionaria. (*El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*).

Pero junto a esas condiciones objetivas, hay necesidad de condiciones subjetivas, esto es, de la vanguardia organizada, el Partido Comunista que comandando a las masas populares realice la revolución; ya que la falta de esta organización o de la capacidad de conducción puede llevar al fracaso. Piénsese en la experiencia alemana de 1919.

La meta de las luchas populares es, pues, la revolución; mas aquí se plantea el problema de las vías pacífica y no pacífica[2].

[...]

Es evidente que, en América Latina y en nuestro país, las condiciones no facilitan una transformación mediante vías pacíficas, sino más bien por la no pacífica o insurreccional.

Y esto es algo en que muy grave y sopesadamente debemos pensar, por cuanto ya el mismo Marx lo dijo: «La insurrección armada es, como la guerra, un arte». Mas analizar este problema rebasaría los límites de este trabajo; solo queremos, para ayudar a las juventudes revolucionarias a meditar en este problema, referirla a dos interrogantes.

¿Cómo determinar el momento de la insurrección? Al respecto, Lenin decía:

> Para poder triunfar, la insurrección no debe apoyarse en una conjuración, en un partido, sino en la clase más avanzada; esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el auge revolucionario del pueblo. Y en tercer lugar, la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje radical en la historia de la revolución ascensional en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor.

Y finalmente, ¿a qué regla se sujeta la insurrección? El mismo Lenin decía a los camaradas rusos antes de la Revolución de Octubre, recordando palabras de Marx:

---

[2] Tener presente que en el Partido entonces se debatían las llamadas «dos vías»; nuestra posición fue por la violencia revolucionaria y, más precisamente, por el camino del campo a la ciudad, como puede verse en el documento anterior: «Campesinos». (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

1. No jugar nunca a la insurrección y, una vez empezada, saber firmemente que hay que llevarla a término.

2. Hay que concentrar en el lugar y en el momento decisivo fuerzas muy superiores a las del enemigo; de lo contrario, este, mejor preparado y organizado, aniquilará a los insurrectos.

3. Una vez empezada la insurrección hay que proceder con la mayor decisión y pasar forzosamente a la ofensiva. ¡La defensiva es la muerte de la insurrección armada!

4. Hay que esforzarse por sorprender al enemigo desprevenido, aprovechar el momento en que sus tropas se hallen dispersas.

5. Hay que esforzarse por obtener éxitos diarios, aunque sean pequeños (incluso podría decirse que a cada hora, si se trata de una sola ciudad), manteniendo a toda costa la superioridad moral.

A lo que se debe agregar la viva experiencia de la lucha revolucionaria armada de este siglo: China, Cuba, etc.

EL GOLPE DE VIETNAM DEL SUR[1]

Noviembre de 1963

Un grupo de militares, promovidos abiertamente por el embajador de Estados Unidos, ha derribado al Gobierno de Ngo Dinh Diem, el primero de noviembre. Esta vez el imperialismo no ha tenido ningún embozo en intervenir en la política de un país asiático. Conocido era, en efecto, que el Gobierno de Kennedy venía preconizando en forma pública la necesidad de sustituir el régimen de Ngo Dinh Diem, como acusara Ngo Dinh Nhu, cuñada del expresidente asesinado.

Desde hace algún tiempo, ella había denunciado que la embajada norteamericana estaba tramando una conspiración contra el régimen de su cuñado. Producido el derrocamiento, la señora Ngo Dinh Nhu ha declarado:

> Nadie puede pensar seriamente que los Estados Unidos no son culpables de lo que sucede actualmente en mi país. En consecuencia, todo lo que le pase a mi familia debe ser puesto en la cuenta de los norteamericanos, teniendo en cuenta, además, los malos tratos sufridos por niños que tienen quince, once y cuatro años en las tres o cuatro tentativas de golpes provocados o sostenidos por los norteamericanos. (California, noviembre 2, AFP).

Por si esto no fuera suficiente para probar la participación del Departamento de Estado en el golpe de Vietnam del Sur, puede agregarse el envío de la Séptima Flota, además de tres unidades de aire y tierra a las costas de Vietnam del Sur. Y este otro hecho, que muestra toda la insidia del imperialismo: uno de los hermanos del expresidente «había tratado de obtener asilo político en el Consulado norteamericano», dice

---

[1] Sobre el imperialismo, sudeste asiático y guerra de guerrillas. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* Nº 3, Ayacucho.

un corresponsal, pero el embajador Cabot Lodge lo entregó a los militares insurrectos (Saigón, noviembre 5, UPI).

No sería nada extraño, por lo demás, que en los asesinatos del expresidente y su hermano, ocurridos cuando los conducían a la prisión, también haya intervenido la mano siniestra del imperialismo yanqui.

El Gobierno de Ngo Dinh Diem era un gobierno anticomunista; en complicidad con las fuerzas militares norteamericanas, perseguía con saña a los movimientos democráticos de Vietnam del Sur. Estados Unidos le suministraba armas en gran cantidad y soldados que atacaban y atacan actualmente a los patriotas vietnamitas. Pero últimamente el Gobierno de Ngo Dinh Diem entró en contradicción con el imperialismo. Se ha dicho sin confirmación que Ngo Dinh Diem habría iniciado algunas gestiones ante el Gobierno de Vietnam del Norte para terminar la guerra y convertir a Vietnam del Sur en un país neutral, a la manera de Laos. Lo único cierto es, sin embargo, que el régimen de Ngo Dinh Diem se había desprestigiado enormemente por su persecución a los budistas, por sus feroces métodos de terror, por sus robos, etc. Un régimen impopular como este ya no era útil para los fines de la dominación yanqui. Es por esto que empezó a tramar su caída.

El imperialismo norteamericano utiliza así a los gobernantes mientras le conviene; una vez que estos han llegado a tal grado de descrédito, se desembaraza de ellos simplemente. Lo hemos visto en el caso de Pérez Jiménez a quien durante un tiempo favoreció y ensalzó; cuando las condiciones cambiaron, dejó que fuera derrocado para luego entregarlo al sirviente de turno, Rómulo Betancourt.

En Vietnam del Sur, desde hace algunos años, el pueblo viene luchando contra la dominación oligárquica y extranjera. Guiado por el glorioso Ejército de Liberación Nacional, combate en los bosques, en las llanuras y pantanos contra las fuerzas militares coaligadas del gobierno reaccionario y del imperialismo norteamericano. Las guerrillas están mostrando aquí, como en Corea del Norte, Cuba y Argelia, su poderosa eficacia. Los periódicos informan a menudo las bajas de soldados y oficiales norteamericanos que producen los heroicos guerrilleros vietnamitas. Aviones y helicópteros del mismo país son derribados casi a diario.

La guerra de guerrillas en Vietnam es un ejemplo de la línea que sigue la revolución mundial. Tarde o temprano terminará, al fin, por imponerse como en China, Corea, Cuba, Argelia, etc. Y Vietnam del Sur y del Norte terminarán por unirse bajo el socialismo.

DICTADURA DEL PROLETARIADO[1]

Diciembre de 1963

En su famosa carta a Weydemeyer, fechada en Londres, Marx decía:

> Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: [...]; 2) que la lucha de clases conduce necesariamente a la «dictadura del proletariado»; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la «abolición de todas las clases» y hacia una «sociedad sin clases».

Decía así precisando la idea germinal que apuntara en el *Manifiesto* sobre el carácter político del régimen proletario cuando este se convirtiera en «clase dominante».

Estas conclusiones de 1852, producto de concienzudo análisis de la historia, tuvieron ocasión de ser comprobadas y enriquecidas con los acontecimientos de la Comuna de París (1871), con la Revolución de Octubre y finalmente con la revolución china y otras revoluciones populares de este siglo; como consecuencia de lo cual se ha desarrollado y probado históricamente la vigencia de la dictadura del proletariado con las características generales que ya Marx le señalara.

La Comuna de París aportó, inicialmente, lo concerniente a la necesidad de la destrucción previa del Estado burgués. Si recordamos que «el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra» (Engels), la insurrección popular que lleva al proletariado al poder no podía ni puede mantener el aparato que precisamente sirve para explotarlo. Y la Comuna probó que lo primero que debe hacer el proletariado

---

[1] Sobre la dictadura del proletariado, largo periodo histórico y continuación de la lucha de clases. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* N° 4, Ayacucho.

triunfante es desmontar la maquinaria estatal caduca para levantar un poder que corresponda a los nuevos fines.

Pero fue, indudablemente, la Revolución de Octubre el hecho histórico que vino a desenvolver los caracteres de la dictadura del proletariado. Aquí, y a la luz de esta trascendental experiencia, debemos analizar algunos puntos.

a) ¿A qué responde el fenómeno político denominado dictadura del proletariado? Cuando triunfa la revolución proletaria surge la tarea de transformar la sociedad capitalista en una nueva, la comunista; pues bien, esta transformación revolucionaria es un interregno entre la sociedad capitalista por superar y la comunista que debe surgir, este intermedio es lo que denominamos políticamente dictadura del proletariado.

b) ¿Qué fenómenos económicos se producen en este proceso transformador? Económicamente tenemos la subsistencia de la pequeña producción mercantil y el surgimiento de modos socialistas de producción. Lo cual quiere decir que dentro de la dictadura del proletariado se dan tres fuerzas en pugna: la burguesía, que empieza a ser barrida; la pequeña burguesía (en especial los campesinos) fuente de probable florecimiento capitalista; y el proletariado, la fuerza revolucionaria por excelencia.

c) ¿Cuáles son las tareas que debe cumplir la dictadura del proletariado? Tres son fundamentales:

1. Destruir el poderío de la burguesía, esto es, quebrar el poder económico de latifundistas y capitalistas con lo cual se rompe necesariamente su poder político.
2. Concentrar en torno al proletariado todas las fuerzas revolucionarias y las intermedias vacilantes para apartarlas de la influencia política de los capitalistas, evitando así que las fuerzas retardatarias usen especialmente a los vacilantes contra el poder revolucionario.
3. Sentar los fundamentos de la sociedad socialista y construirla. Indudablemente esta tarea es de capitalísima importancia, la más difícil y necesaria de las luchas revolucionarias.

d) ¿Desaparece la lucha de clases con la dictadura del proletariado? La lucha de clases no desaparece en estas nuevas condiciones, lo que sucede es que adopta nuevas modalidades. En general, puede decirse que

el proletariado, posesionado del poder estatal, inicia una lucha contra las fuerzas regresivas, lucha que la desenvuelve pacífica o no pacíficamente en los diferentes planos: económico, administrativo, pedagógico, militar, etc. Y no podría ser de otro modo, pues, como lo dijera Lenin, los explotadores destronados buscan reconquistar sus privilegios, los pequeños burgueses subsistentes son propicios para rebrotes capitalistas, la clase obrera puede sufrir la influencia nociva del ambiente pequeño burgués y, especialmente, el imperialismo en acecho tramará la guerra civil, la intervención y la agresión económica o armada.

e) Finalmente ¿cuál es la duración de la dictadura proletaria? Si recordamos que la dictadura proletaria busca la supresión de las clases sociales, vemos que al problema de la sustitución de los explotadores sigue el problema más grave y difícil de barrer: las diferencias entre obreros y campesinos, surge la necesidad de convertirlos a todos «en trabajadores» y como claramente dijera Lenin: «Esto no es posible hacerlo de un golpe. Esta es una tarea incomparablemente más difícil y, por la fuerza de la necesidad, de larga duración».

Tal es, a grandes rasgos, la dictadura del proletariado contra la cual se han levantado los revisionistas de siempre, revisionistas de los que Engels dijera, ya en 1890, estas palabras de actualísimo valor: «las palabras 'dictadura del proletariado' han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata». Pero, pese a quien pesare, la dictadura del proletariado es el camino necesario a la meta de la revolución proletaria.

¡VIVA EL PRIMERO DE MAYO![1]

Abril de 1964

Los trabajadores de todo el mundo celebran un 1° de mayo más, día en que los países socialistas mostrarán el desarrollo pujante de las sociedades sin explotación.

En este día nuestro proletariado comprende aún más que el socialismo es su meta, que solo en él encontrará su definitiva liberación. Pero debe tener clara conciencia de que su meta final solo puede ser conseguida a través de la lucha tenaz, consecuente y revolucionaria. Actividad revolucionaria que el proletariado dirige basándose en el marxismo-leninismo; lucha obrera que exige:

1. Constitución de auténticos sindicatos clasistas de obreros de todo tipo, organizaciones que llevarán, necesariamente, a la reestructuración de una verdadera central sindical nacional clasista y proletaria, sin traidores ni entreguistas.
2. Realizar la férrea unión obrero-campesina, porque el proletariado solo no hará la revolución; esta es obra de todos los explotados, y los campesinos están entre los más explotados de los explotados.
3. Agrupar, en torno a la unidad obrero-campesina, a todo el pueblo sometido, a todas las masas oprimidas, porque conduciendo a los sometidos y oprimidos se hará la revolución.

Sirva el día del proletariado para hacer conciencia del papel histórico necesario de la clase obrera y para reafirmar la voluntad proletaria de cumplir su misión.

¡VIVA LA CLASE OBRERA!

---

[1] Sobre internacionalismo proletario, meta y tareas del proletariado peruano. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* N°5, Ayacucho.

BRASIL, GOLPE Y LECCIÓN[1]

Abril de 1964

El golpe del militarismo brasileño, golpe preparado y pagado por el imperialismo y sus aliados reaccionarios internos, ha sido la gran negación de las posibilidades reformistas de la burguesía latinoamericana.

Analicemos esta burda hazaña.

En Brasil desde los años 20, más o menos, se viene librando una lucha entre la burguesía nacional[2], apoyada en el pueblo, y el latifundismo oligárquico y su socio natural e inseparable, el imperialismo yanqui. Etapas de esta lucha son: la revolución de los «tenientes»; la lucha, gobierno y suicidio de Getulio Vargas; los tímidos y cautelosos pasos de Kubitschek; más recientemente, la destitución de Quadros; y hoy, la prepotente y descarada expulsión de Joao Goulart.

Pero ¿cuál es la causa de esta movilización y lucha que se da en Brasil? Es que Brasil, uno de los mayores países del mundo, dueño de un potencial económico enorme, ha iniciado un proceso de rápido desarrollo. Actualmente tiene la más avanzada industrialización de América Latina y tiene una grande y floreciente agricultura de plantación; industria y agricultura que sustentan a poderosos grupos dominantes: burguesía nacional y latifundismo oligárquico; ambos grupos explotadores en pugna —y vinculado el latifundismo y acechada la burguesía por el imperialismo norteamericano—, además de las otras fuerzas monopolistas en actividad: inversiones alemanas y japonesas. Estos son, pues, los poderosos dominantes que se disputan la explotación del pueblo brasileño y buscan desplazarse unos a otros.

---

[1] Sobre imperialismo, América Latina y gran burguesía. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* Nº 5, Ayacucho.

[2] «Burguesía nacional» aquí tiene el sentido de burguesía nativa, del país. (Nota del autor).

Y en el fondo, las oprimidas masas populares, masas que padecen la espantosa miseria del nordeste brasileño y con una de las tasas más altas de aumento poblacional en el mundo; pueblo trabajador explotado y amontonado en las barriadas inmundas e infrahumanas («favelas»), pueblo al que se aumenta haberes como diez y se le suben los alimentos como cien. Y estas masas populares han sido y son aún usadas como instrumento para el logro de los apetitos políticos de sus explotadores, pues, lamentablemente, hasta hoy los explotados brasileños, como sucede en casi toda América Latina, no han desarrollado una consecuente lucha revolucionaria independiente, sino que, sobre todo en los últimos tiempos, los seudodirigentes han practicado el seguidismo en favor de la burguesía nacional: política oportunista y cegatona condenada al fracaso, como lo demuestra el triunfo reaccionario que lamentamos.

Para las elecciones brasileñas, Goulart y el Partido Trabalhista Brasileño (PTB) iniciaron una política para atraerse a las masas populares; buscaban un nuevo apoyo para poder vencer a sus rivales, el latifundismo y el imperialismo. A este fin estaban dirigidos: el aumento de 100 % de los salarios que exigían los obreros para Río de Janeiro, la expropiación de las tierras que daban a las vías de comunicación (mayores de 500 hectáreas), nacionalización de las refinerías de petróleo en poder de particulares, la prohibición de exportar los beneficios obtenidos en el Brasil; medidas puestas en vigor por decretos de Goulart que denotaban un gran y tardío esfuerzo para usufructuar el capital electoral popular. Medidas a las que debemos añadir las promesas de voto a los analfabetos y militares y la legalidad al comunismo.

Todo lo que espantó a la reacción interna y externa que desde un año atrás preparaba el golpe. La maquinaria civil-militar, tan costosa y arduamente preparada, halló el pretexto al final: el gobierno no castigaba a los marineros insubordinados por exigir la prohibición del castigo corporal en la Armada, esto era desquiciar el Ejército y un paso más de Goulart para convertirse en dictador, esto era el principio de la transformación del «orden constitucional establecido». Y así empezó la tragicomedia:

1) Alzamiento de los ejércitos en nombre y defensa de la democracia y la Constitución y en contra de la corrupción: la Constitución defendida por fascistas como Mourao y Lacerda, demócratas de horca y cuchillo; contra la corrupción se levantaron procesados por corrupción como Magalhaes Pinto.

2) Desorientación de las masas populares y alardes de armar al pueblo, órdenes y contraórdenes, anuncios y desmentidos.

3) Goulart sale del Brasil. Triunfa la reacción y en nombre de la democracia y la Constitución se inicia la persecución: cárceles llenas, diputados que pierden sus nombramientos, pérdida de derechos ciudadanos, despido de empleados públicos. Todo un festín de la «democracia representativa» y del «golpe institucional»; adiós principios democráticos, adiós Constitución; caída la careta solo queda en Brasil una descarada represión antipopular.

¿Qué nos demuestra todo esto?

1. Estados Unidos ha reforzado su política de propiciar dictadores en defensa de sus intereses en América Latina contando con el apoyo de las oligarquías nacionales.

2. El latifundismo tiene atado su destino al imperialismo y es su mejor agente y defensor, siguiendo una política antinacional y antipopular.

3. La burguesía, pese a su desarrollo y al apoyo que puede recibir de otros imperialismos, es débil e inconstante; busca apoyo en el pueblo, pero teme que este lo rebase, como lo demuestra la lucha revolucionaria.

4. El ejército no es democrático; como instrumento que es, está al servicio de la clase dominante y, si bien parece mantenerse al margen de la actividad política, en los momentos decisivos es usado por los privilegiados en defensa de sus intereses. Solo un ejército popular puede defender los intereses de las masas.

5. Finalmente, cuando las masas se ponen tras la burguesía, por muy avanzada que sea, buscando y apoyando una transformación legal, al final las aguarda la reacción, la represión y el asentamiento de la explotación. Las masas populares revolucionariamente organizadas pueden usar los instrumentos legales para preparar el terreno, pero nunca deben olvidar que una política clasista, una política popular independiente debe organizar, unir y conducir a las masas explotadas pensando en la liberación definitiva, y esta tiene una antesala necesaria: la dictadura del proletariado; y esta solo se logra destruyendo los instrumentos represivos que sostienen el Estado burgués. Por tanto, el pueblo no puede, pues, confiar, solo ni fundamentalmente, en la lucha legal; debe necesariamente organizar sus fuerzas para, a la represión reaccionaria, oponer la insurrección popular, a la reacción responder con la revolución. Si no, será imposible acabar con la explotación.

EDITORIAL DE *BANDERA ROJA* Nº 6[1]

Agosto de 1964

Un año de gobierno de Belaunde: las promesas preelectorales hasta hoy incumplidas y nuestra situación cada día peor.

¿Reforma agraria?: una farsa. ¿La Brea y Pariñas?: en poder de los usurpadores. ¿Reivindicaciones campesinas?: Sicuani, Ongoy son la trágica respuesta[2]. ¿Derechos obreros?: embestida patronal y gobiernista antisindical. ¿Democracia?: grandilocuentes y vacuas palabras, persecución de hecho, represión en marcha. ¿Soberanía nacional?: tropas extranjeras hollarán nuestro suelo en diciembre.

Para qué seguir. El año de gobierno belaundista no ha satisfecho en nada las antiguas esperanzas de nuestro pueblo. Belaunde ha ido virando lentamente, pero cada vez más, hacia la derecha, entregándose y descubriendo su raigambre conciliadora y entreguista.

Hemos visto cómo la reacción y sus agentes a sueldo se han lanzado contra el movimiento popular, campesino, obrero y estudiantil, contando con la inercia y el consentimiento gubernamentales. Y hoy vemos cómo, parapetados en su poder económico y usando de los poderes estatales a su gusto y complacencia, se aprestan a desatar la represión para redoblar la explotación de las masas peruanas.

Esto es posible porque la oligarquía y su amo imperialista, contando con un Parlamento dócil y servicial, están usufructuando el prestigio que la buena fe del pueblo entregó a Belaunde. Debemos pensar y com-

---

[1] Sobre un año de Belaunde, gobierno de la gran burguesía. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* N°6, Ayacucho.

[2] Se refiere a las matanzas de campesinos en esas provincias, durante las invasiones de tierras que se expandieron al sur. Más de trescientos campesinos murieron en toda esa zona.

prender cuánto beneficia a los explotadores tener un presidente encumbrado por las esperanzas frustradas del pueblo, pues les permite explotar segura y descaradamente, abusando de la confianza popular depositada en quien no puede representar los intereses de la clase explotada.

Comprendamos: el pueblo no puede esperar la redención de manos de sus enemigos de clase. ¡SOLO EL PUEBLO SE REDIME A SÍ MISMO!

EDITORIAL DE *BANDERA ROJA* N° 7[1]

Octubre de 1964

El 7 de octubre de 1928 fue fundado el Partido Comunista Peruano. Son, hasta hoy, treinta y seis años de lucha en defensa de los intereses del proletariado y del pueblo explotado de nuestra patria.

El Partido de José Carlos Mariátegui, pese a traiciones y persecuciones, sigue, hoy como ayer, firme en su puesto y en su combate. El nuevo aniversario del PCP debe servirnos para meditar en la tarea que tiene que cumplir: conducir al pueblo peruano a la revolución socialista. Conquistar el poder es la meta invariable de todo partido y toda nuestra actividad partidaria debe estar orientada indesmayablemente a esa meta, lo cual exige la estructuración orgánica sólida del Partido, la formación ideológica de sus militantes y la conducción efectiva del pueblo del cual es vanguardia.

La hora actual nos presenta en una dura lucha contra el revisionismo que vuelve a levantar cabeza e intenta, tergiversando los principios del marxismo-leninismo, desorientar la lucha revolucionaria y traicionar la revolución socialista. Nuestro Partido, consecuente con su línea ha tomado su puesto en defensa del marxismo y lucha tenazmente contra todo intento de traición ideológica; la lucha teórica hoy se hace más necesaria porque debemos combatir a nuestros tradicionales enemigos reaccionarios cuanto a los enemigos agazapados dentro del mismo marxismo, pues solo con claridad y precisión de nuestros principios podemos ir a las masas para orientarlas y conducirlas hasta su liberación definitiva.

---

[1] Sobre el Partido, conquista del poder meta invariable, combatir el revisionismo agazapado en las filas y aplicar el marxismo-leninismo a nuestra realidad. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* N° 7, Ayacucho.

Sirva, pues, esta oportunidad para hacer profesión de auténtico marxismo-leninismo y perentoria necesidad de su aplicación a nuestra realidad, que solo así trabajaremos por la revolución socialista peruana.

Marx decía: «La lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado». Y añadía:

> Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el periodo de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este periodo corresponde también un periodo político de transición cuyo estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado.

CONGRESO CAMPESINO[1]

Octubre de 1964

Un acontecimiento nunca visto ocurrió hace poco aquí en la ciudad de Ayacucho, el Primer Congreso Provincial de Campesinos de Huamanga, que nos invita a pensar sobre el futuro de nuestro campesinado y sobre las raíces mismas que generan todos los males del agro peruano.

Ayacucho, y naturalmente Huamanga, es una zona rural o, mejor dicho, una región, como otras del Perú, con una mayoría aplastante de campesinos que viven oprimidos por gamonales y por terratenientes. El campesino huamanguino vive en las peores condiciones humanas, condiciones rayanas en la esclavitud. Nuestros campesinos, al igual que sus hermanos de clase del Perú entero, sufren toda gama de vejámenes, por lo que vieron la necesidad de unificar sus fuerzas y sienten la exigencia imperiosa de organizarse. Y atentos a este llamado la Federación Universitaria de San Cristóbal de Huamanga, fiel a sus principios («defender la causa del pueblo», luchar por la «unidad obrera-campesina-estudiantil»), y el Frente Estudiantil Revolucionario, verdadero frente de masas juveniles, consecuente y combativo, colaboraron activa y decididamente en la preparación y realización de dicho Congreso.

Así, los días 12 y 13 de setiembre, bajo la memoria de los grandes combatientes populares que formaron la Presidencia de Honor: Túpac Amaru, Basilio Auqui, Atusparia, José Carlos Mariátegui y Luis Medina, y dirigidos por una presidencia colegiada formada por tres campesinos, se llevó a cabo el Primer Congreso Provincial de Campesinos de Huamanga, congreso que contó con la asistencia de más de 30 organizaciones campesinas bases y con un total de más de 104 delegados plenos, también se

---

[1] La tierra para quien la trabaja, confiscación de latifundios semifeudales y organización campesina. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* N° 7, Ayacucho.

hicieron presentes delegados fraternos de la Unión Sindical de Ayacucho, de la Federación Universitaria de Huamanga, del Sindicato de Construcción Civil, de los pobladores de barriadas y de la Confederación Campesina del Perú. En total, asistieron a esta magna reunión 127 delegados.

Entre las conclusiones y resoluciones del Congreso cabe destacar:

1. Repudiar la ley 15037 o «ley de estafa agraria», mal llamada Ley de reforma agraria, por no satisfacer plenamente las necesidades del campesinado explotado.
2. Denunciar el inicuo sistema de concentración de la propiedad agrícola y luchar por una auténtica reforma agraria que declare entre sus principios «La tierra para quien la trabaja», que confisque los latifundios trabajados en forma deficiente y semifeudal, que restituya a las comunidades sus tierras que les han sido arrebatadas, que proteja e impulse la pequeña propiedad, que contemple amplia ayuda estatal, etc.
3. Propender a la organización de todos los campesinos en sindicatos, uniones campesinas, asociaciones o comunidades, según las modalidades de trabajo, como tarea previa y fundamental.
4. Continuar en su lucha por la posesión de las tierras que les han sido y que les son arrebatadas por los gamonales y terratenientes de la zona.
5. Luchar tenaz y consecuentemente por suprimir las formas feudales de explotación y combatir por los derechos y beneficios que a los trabajadores del campo les corresponde.
6. Unificar la lucha de todas las capas explotadas del campo, con el fin de combatir cualquier tipo de explotación, para conseguir la dignificación del campesinado nacional.
7. Exigir el pleno cumplimiento de las pocas leyes y disposiciones vigentes en favor del campesinado, pedir la debida y gratuita divulgación de las mismas y conseguir del Estado el reconocimiento de los derechos del campesinado en general.
8. Luchar decididamente por la consecución del voto popular que implica voto para los mayores de dieciocho años y voto para los analfabetos.

9. Pedir y luchar por la libertad de todos los presos sociales y políticos que se encuentran en las diferentes cárceles del país, especialmente en El Sepa y en las cárceles de Cuzco, Puno, Arequipa, etc.

10. Rechazar y movilizar al pueblo contra la llamada «Operación Ayacucho» por ser un medio de intimidación de nuestras masas populares.

11. Constituir la Federación Provincial de Campesinos de Huamanga y su afiliación a la máxima central campesina en nuestro país: la Confederación Campesina del Perú.

Estas resoluciones, dadas por los mismos campesinos, reflejan la formación de una conciencia de clase que impulsará al campesinado a luchar infatigable y denodadamente por la consecución de sus derechos; así proseguirá la lucha fundamental por una auténtica reforma agraria que entregue la tierra a los que la trabajan.

El conformismo sembrado en el campesinado por la adormecedora clerecía, el terror y el pánico al patrón forjado por las clases opresoras en la mente de nuestros oprimidos campesinos no pueden ni podrán contener el avance revolucionario de los trabajadores del campo. La asistencia de más de cien delegados al gran evento, provenientes de más de treinta bases campesinas, y la discusión serena y firme de los problemas del campo, nos indican que el deseo de liberación de nuestras masas campesinas es innegable; nos indican que el grito de ¡TIERRA O MUERTE! es común para todos los campesinos del Perú y nos indican que está próximo el día en que los obreros, los campesinos y los estudiantes, unidos en un amplio frente popular, barrerán los obstáculos que se opongan a su liberación definitiva.

Los campesinos de Huamanga y del Perú entero en base a sus propias experiencias deducen que solo un movimiento revolucionario, formado y dirigido por ellos en unión con los obreros, les dará una verdadera y profunda transformación en el campo, una auténtica reforma agraria y una revolución que brindará al pueblo peruano una patria soberana y libre.

Los estudiantes revolucionarios, los obreros conscientes y el pueblo de ideas avanzadas deseamos a los campesinos de Huamanga y a su fla-

mante Federación todo género de éxitos en su lucha contra el latifundismo y en su lucha por una verdadera reforma agraria.

¡POR LA UNIDAD OBRERA-CAMPESINA-ESTUDIANTIL!

¡POR LA ORGANIZACIÓN DE LOS CAMPESINOS DE HUAMANGA Y DEL PERÚ!

¡LA TIERRA PARA QUIEN LA TRABAJA!

PRIMER VIAJE A LA REPÚBLICA POPULAR CHINA[1]

Primer viaje a la República Popular China, una de las experiencias más trascendentales e imborrables de mi vida. A comienzos de 1965 pedí licencia de mi trabajo en la Universidad San Cristóbal de Huamanga; la causal invocada fue enfermedad, mas la real era viajar a China enviado por el Partido. Aclaremos de paso: aún no tenía policitemia, esta se presentó recién en la década siguiente. Viajé en febrero: de Lima a Zúrich, por primera vez pisaba Europa; de allí a Praga, hoces y martillos presidiendo la vida cotidiana, primer país socialista que veía, claro está, al paso. Luego, en un gigantesco Tupolev a Moscú; en esta, y de tránsito, estuve confinado en un hotel donde pese a exigencias, peticiones y hasta ruegos no se nos permitió visitar el mausoleo de Lenin, se nos dijo que lamentablemente estaba en reparación. Y por fin, tras nuevo largo vuelo abreviado por el afectuoso calor revolucionario de los camaradas chinos, Pekín, la sede del Presidente Mao Tsetung, la patria socialista internacional, el centro de la revolución proletaria mundial.

A la escuela de cuadros concurrimos ocho en esa ocasión: tres de la Confederación Campesina del Perú, muy ligados a Paredes, tres del Regional del Norte, uno de Cuzco, seguidor de Sotomayor, y yo; entre ellos tres miembros del Comité Central, uno de los cuales presidió la delegación (militaba en el norte del país). En la escuela de Pekín, y en el orden que sigue, estudiamos: situación internacional, centrada en la lucha contra el revisionismo y el internacionalismo proletario; línea política general, las leyes y experiencias de la revolución democrática china; trabajo campesino, la lucha antifeudal por la tierra desarrollada por el campesinado, fuerza principal de la revolución; frente único, la unión del proletariado, campesinado, pequeña burguesía y burguesía nacional sustentada en la alianza obrero-campesina dirigida por el proletariado; construcción del Partido, principios y problemas fundamentales de la

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

construcción del Partido basada en la línea ideológica y política correcta; trabajo secreto y trabajo abierto, principios y experiencias de la clandestinidad de la organización partidaria y de su trabajo de masas; línea de masas, las masas hacen la historia y cómo movilizarlas con conciencia y voluntariedad aprendiendo de ellas, y servir al pueblo de todo corazón; filosofía, partiendo de la contradicción como única ley fundamental en función de la política para resolver los problemas de la lucha de clases, del Partido y la revolución. Ocho cursos magistrales sobre la extraordinaria e inagotable experiencia de la revolución china dirigida por el Partido Comunista de China, producto de la fusión del marxismo-leninismo con su realidad concreta, así como, principalmente, fuente y aplicación del pensamiento maotsetung, según la denominación de los años sesenta.

La escuela militar la cumplimos en Nankín: guerra popular, fundamentalmente su parte correspondiente al desarrollo de la guerra en el camino de cercar las ciudades desde el campo; construcción del ejército, formación, estructuración y preparación del ejército de nuevo tipo para cumplir las tareas políticas del Partido y la revolución; estrategia y táctica, la guerra en su conjunto según las etapas de su desarrollo, sus modalidades, tácticas y formas de combate, en especial emboscadas y asaltos. Tres cursos igualmente magistrales con sus prácticas pertinentes e indispensables; expresión concentrada de la experiencia de la revolución china en su forma principal de lucha, elevada por el Presidente Mao a línea militar del proletariado y heroicamente llevada a la práctica por las fuerzas de la revolución, desde el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos hasta el Ejército Popular de Liberación antes de que el revisionismo lo usurpara para asaltar el poder. Esa fue la grandiosa experiencia militar que, en su teoría y práctica, bebimos de su propia fuente en la China del Presidente Mao cuando era la base y el centro de la revolución proletaria mundial.

¿Qué otros recuerdos quedan imborrables de la República Popular China de entonces, la roja de ayer, no la negra de hoy? Ching Kang y Yenán, los por siempre consagrados monumentos en la memoria de hierro del proletariado y los pueblos del mundo, indesligablemente unidos al Presidente Mao Tsetung y al maoísmo. Rememoro la brega infatigable, masiva, heroica de la construcción del socialismo: fábricas, comunas populares, cuarteles, centros comerciales, universidades, escuelas, hospitales y centros de salud, salas de arte y espectáculos; plazas y calles, hervideros tumultuosos de recia energía desbordante plena de optimismo y política al mando con sus «tres banderas»: línea general del socialismo, comuna popular y gran salto adelante, construyendo la nueva sociedad, el socialismo, poniendo bases para el futuro comunismo.

Asimismo vuelve a mi mente Pekín, Tienanmen, histórica y legendaria plaza: la monumental portada de denso rojo oscuro y el Presidente Mao desde su imponente retrato, el Museo de la Revolución, el Gran Palacio del Pueblo enmarcándola y al centro el blanco obelisco ofrendado ¡A los héroes del pueblo! en letras doradas de la propia caligrafía del Gran Timonel. Tienanmen y el inmenso mar de masas; Marx, Engels, Lenin, Stalin y el Presidente Mao guiando el combate; bosques de banderas rojas con hoces y martillos, banderolas, consignas; obreros, campesinos, soldados, mujeres, jóvenes, el pueblo chino, un millón en mitin rugiendo «¡Abajo el imperialismo yanqui!» y proclamando «¡Apoyamos a Vietnam!»; su voz inmarcesible aún atruena mis oídos. Y *El Este en rojo*, epopeya de música, danzas y cantos reviviendo el largo batallar masivo de la revolución: nubes negras de la traición de Chiang Kaishek, la épica Gran Marcha, Tsunyi y la asunción de la dirección por el Presidente Mao, Yenán iluminando toda China, la celebración victoriosa del pueblo y las nacionalidades en Tienanmen que terminó con *La Internacional* en majestuoso coral, y en remate mayor todos, artistas y miles de concurrentes, entonando *La Internacional* en multitud de lenguas de la Tierra, inenarrable inundación explosiva de fervor revolucionario. Y... Hangchow con su hermosura inigualable, la tersura del lago, el verdor de sus ondulantes colinas, paradigma inefable del paisaje chino. Finalmente Shanghai, inmensa urbe industrial, obrera y revolucionaria. Ahí me despedí, había llegado en invierno y partía en verano con el alma más encendida en el rojo sol de Oriente.

Volví rápida y directamente al Perú, fui llamado de urgencia. Arribé al aeropuerto internacional Jorge Chávez el 22 de julio de 1965; al día siguiente leí en el diario *La crónica* que se me buscaba, solo fue noticia. Esperé días sin poder tomar contacto; eran los meses de las guerrillas del MIR y el ELN. Mientras aguardaba recapacité sobre mi experiencia en China; concluí: tanto se me ha enseñado y mucho he aprendido, pero nada tanto ni tan profundamente como que hay que aplicar el marxismo a la revolución propia y, principalmente, el pensamiento maotsetung, el maoísmo que, ya en la guerra popular, el Partido reconociera como tercera, nueva y superior etapa. Pasados treinta años, qué decir: solamente, al proletariado y el pueblo chinos, al Partido Comunista de China y, principalmente, al Presidente Mao Tsetung, al maoísmo debo tanto que es, como otras pocas, una deuda invalorable imposible de saldar. Sirva en algo lo que hice después.

LAS GUERRILLAS DE 1965[1]

El triunfo de la revolución cubana aplicando la guerra de guerrillas, como en toda América Latina, repercutió también en el país; su concreción fueron las guerrillas del año 65. Pero estas tuvieron antecedentes en los primeros años del mismo decenio que merecen señalarse. En Jauja, el teniente Vallejos, de la Guardia Republicana, planificó acciones guerrilleras en colaboración con elementos del trotskismo, quienes a la hora de pasar a la acción defeccionaron. Así Vallejos y unos pocos estudiantes secundarios emprendieron una aventura guerrillera que no duró un día; y si bien expresa profunda incomprensión del problema, muestra al menos atisbos de que la lucha armada comenzaba a delinearse en la mente del pueblo demandando pasar a la acción.

De mayor envergadura fue la acción armada de Hugo Blanco en La Convención, departamento del Cuzco, el año 1962. Este, de formación y militancia trotskista, se vinculó al movimiento campesino organizándolo en sindicatos a los que dotó de grupos de defensa armados e inició un movimiento de recuperación de tierras en los valles de La Convención y Lares generando pánico entre los terratenientes de la región y alarma en el gobierno. Pocos meses después, las fuerzas represivas aplastaron la acción armada campesina, sus dirigentes fueron apresados y Blanco condenado y recluido en la isla de El Frontón. Esta lucha tuvo fuerte repercusión dando una aureola de guerrilleros a sus dirigentes; sin embargo, recordemos, en sus escritos el mismo Hugo Blanco sostiene que los objetivos de la lucha de La Convención fueron únicamente la recuperación de tierras para el campesinado de la zona y no, en modo alguno, levantarse contra el gobierno ni, menos aún, derrocar el orden imperante.

El tercer antecedente fue la guerrilla de Madre de Dios. Formada y adiestrada en Cuba, una guerrilla integrada por jóvenes peruanos penetró al territorio del país por la frontera con Bolivia; mas las fuerzas represivas

---

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

la estaban esperando y de inmediato y fácilmente la destruyeron, siendo muertos o heridos y apresados sus componentes. Hechos en los cuales la camarilla de Del Prado tuvo responsabilidad, entonces debatida y hoy olvidada. Allí murió Javier Heraud, joven y destacado poeta cuyos versos quedan como un testimonio de la juventud revolucionaria de esos años.

Las guerrillas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, comandadas por Luis de la Puente Uceda se iniciaron el 9 de junio de 1965. Dirigente a quien no conocí y solo vimos con Norah en el mitin de la plaza San Martín en febrero de 1964. De su inicio me enteré estando en Pekín, opinando en reunión con dirigentes del Partido Comunista de China y otros camaradas, miembros del Comité Central como yo, que tal movimiento guerrillero no prosperaría por no tener base de masas. Su plan implicaba la conformación de tres guerrillas: en el sur, ubicada en el Cuzco, la Pachacútec dirigida por el propio Luis de la Puente; en el centro, en el departamento de Junín, la Túpac Amaru encabezada por Guillermo Lobatón; y en el norte, a constituirse en la sierra de Piura, la Manco Inca. De las tres solo se formaron y actuaron las del sur y centro, no así la del norte por no haber completado su formación ni preparación; más aún, de documentos publicados fluye que, incluso, la del sur requería mayor tiempo para culminar sus preparativos antes de empezar. Así surgió un problema en el inicio, fue precipitado por la guerrilla Túpac Amaru sin considerar la situación de las otras dos.

El desenvolvimiento de las acciones guerrilleras puede sintetizarse del siguiente modo: 1) La guerrilla Pachacútec, centrada en Mesa Pelada, concebida como «zona inexpugnable», fue cercada y su área duramente atacada por las Fuerzas Armadas; desvinculada de las masas y sin alimentos, la guerrilla fue presionada a salir a buscarlos siendo destruida en octubre del 65 y sus dirigentes aniquilados. Allí murieron Luis de la Puente y Paúl Escobar, desapareciendo el núcleo de la dirección y el dirigente principal del MIR. Gravísimo revés que inició su derrota; a cuatro meses de iniciadas sus acciones, las Fuerzas Armadas empezaron a destruir la dirección de la lucha armada, una de las dos condiciones para acabar con la guerra revolucionaria, según su teoría. 2) La guerrilla Túpac Amaru, ubicada en la región central del país, dirigida por Guillermo Lobatón y Máximo Velando, desarrolló la mayoría y las más importantes acciones de las guerrillas miristas, la de Púcuta por ejemplo. En esta región, la lucha entre el MIR y las Fuerzas Armadas se libró en tres fases. La primera en la sierra, donde luego de iniciales éxitos miristas, en pocas semanas, las

Fuerzas Armadas apoyadas por la Policía descargan contundentes golpes que desalojan a los guerrilleros del ámbito serrano y, por tanto, de la zona mejor conocida y trabajada por ellos. La segunda fase se desenvuelve en la ceja de selva; los guerrilleros, separados de sus «zonas inexpugnables», son violentamente atacados desde Ayacucho por el sur, así como por las tropas que los cercaban desde el norte y el oeste, y desde el aire por la Fuerza Aérea. Y una vez más, tras más duros golpes nuevamente son desalojados y lanzados a plena selva. La tercera fase, y final, es la persecución y aniquilamiento de la guerrilla hasta su extinción total, desapareciendo también sus dirigentes, acosados por las Fuerzas Armadas, las policiales (los «sinchis» de Mazamari) y los selvícolas en la selva central.

Así terminó este movimiento guerrillero a comienzos del año 1966. Sus acciones militares se desenvolvieron en el campo, pues las escasas ejecutadas ocasionalmente en algunas ciudades, como Lima, fueron actos aislados y sin mayor repercusión. Sin embargo, pese a su corta duración, las guerrillas miristas y su aplastamiento, principalmente, tuvieron un costo de sangre muchísimo más alto que el conflicto con Ecuador de 1941; y más aún la represión que le acompañó y siguió se cebó en las masas, campesinas en especial, sus militantes y simpatizantes durante años hasta la amnistía de 1970 promulgada por el gobierno velasquista.

¿Qué posiciones sustentó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria? Ideológica y políticamente, el MIR se guio por criterios burgueses revolucionarios; su programa enarbolaba fundamentalmente las reformas y cambios ventilados en la política peruana de esos tiempos, en esencia planteamientos antifeudales y antiimperialistas (reforma agraria y reivindicación de las riquezas nacionales, así como soberanía nacional, independencia y transformación del Estado), con evidente influencia castrista. Criterios revolucionarios burgueses que se expresaron igualmente en sus vinculaciones políticas con el revisionismo y el trotskismo (Guillermo Lobatón era trotskista y «antichino») que, como es usual en ellos, traficaron con la lucha armada. El MIR, confiando en el oportunismo, olvidó que este, más todavía el revisionismo, a lo largo de su historia siempre ha sido ambiguo, reptante y traidor; e igualmente, como hiciera Guevara, creyó que todos podrían agruparse indiscriminadamente para apoyar la revolución en armas. Es notorio ver tras esto no solo la influencia cubana, sino, aunque distante, el bastón de mando del revisionismo soviético.

La composición social mirista era mayoritariamente de pequeña burguesía urbana, intelectuales, ya profesionales o estudiantes, y en pro-

porción menor trabajadores y campesinos. Es conocida la procedencia aprista de sus más conspicuos dirigentes, entre ellos Luis de la Puente, que se apartaron del APRA en 1959. Una muestra sumamente expresiva de la política del MIR fue su propuesta, a poco de iniciar las guerrillas, de suspenderlas a condición de que se convocara un congreso constituyente que sancionara reformas básicas y reivindicaciones populares; así, en el fondo, era sustentar que una simple constituyente dentro del viejo orden podría resolver los problemas fundamentales de la revolución, pues no se trataba de una cuestión táctica, como superficial y erróneamente se pudiera pensar y sostuvieron algunos. Para no abundar, digamos brevemente: la línea ideológica y política errónea del MIR fue el punto de partida de su derrota; y su concreción orgánica mostró los graves errores que encerraba.

Organizativamente, el MIR se estructuró como movimiento y no asumió la forma de partido; de esta manera se buscó encubrir la definición clara de clase que todo partido demanda y expresa, pese al camuflaje con que se le envuelva; y más aún, presentándose bajo la forma orgánica de movimiento, el MIR pretendía aglutinar contingentes de diferentes clases sin concretar un frente único y así facilitar la dirección burguesa de la revolución ocultando y, obviamente, negando en forma subrepticia la necesidad de dirección del proletariado para conducir una auténtica revolución democrática. Claro está que el carácter de la revolución tampoco fue precisamente planteado y, en esencia, tras el enarbolamiento y reiteración de «revolución peruana», devenida consigna general, se encubría el criterio de una sola revolución. Además, el MIR se presentaba bajo el membrete de «nueva izquierda», tan propagandizado entonces cuanto cobertura de posiciones burguesas; autodenominándose incluso «nueva izquierda no contaminada», esto es, limpia de los errores y traiciones del pasado y presente de la llamada «izquierda», la vieja izquierda que, según su terminología, implicaba al APRA y al Partido Comunista. Más aún, especialmente sostenía la inexistencia del Partido Comunista, reconociendo solo la subsistencia de «dos facciones» del mismo; igualaba, en consecuencia, el Partido Comunista marxista-leninista que había expulsado al revisionismo, en enero de 1964, con la renegada camarilla de Del Prado y sus secuaces, con la cual, reiteramos, mantuvo vinculaciones aceptando su apoyo; mientras que con el Partido Comunista las relaciones no pudieron prosperar, no obstante nuestra reiterada insistencia y buena voluntad innegable (de ello soy testigo de excepción, pues participé en las conversaciones). En síntesis, el MIR demandó que el Partido dispusiera,

simple y llanamente, la incorporación de los militantes del Partido y la Juventud a las filas de su movimiento y actuara bajo su dirección por la, para ellos, razón suficiente de haber iniciado la lucha armada en el país. Posición indudablemente antipartido. Estas son realidades que no se conocen o ya no se recuerdan interesadamente. Sintéticamente subrayemos, la línea organizativa mirista fue la aplicación de su línea ideológica y política; y claro está, no podía ser de otra manera, pues lo orgánico sigue a lo político.

En cuanto a línea de masas, el MIR desarrolló una lucha armada en lo fundamental desligada de las masas, principalmente campesinas. Una guerrilla trasplantada al campo, sin enraizamiento en él; más aún, una guerrilla guiada por la supuesta «regla de oro» guevarista de «desconfianza constante» que, confundiendo la vigilancia y la seguridad de las propias fuerzas frente al enemigo y sus agentes, desconfiaba del campesinado y no bregaba por apoyarse en él como base insoslayable para desarrollar las acciones militares; en consecuencia, una guerrilla no sustentada en la movilización de las masas campesinas, en su politización, organización, ni menos su armamento. Prueba palmaria de estas ideas erróneas fue su pretensión de cubrir sus necesidades mediante el almacenamiento de alimentos, ropa, botas y otros medios, aparte de pertrechos, adquiridos en la ciudad y celosamente guardados en bien construidos depósitos dentro de sus llamadas «zonas inexpugnables». Tal supuesta seguridad e independencia frente a las masas únicamente mostraba su desconfianza de ellas y su desligazón del campesinado, sirviendo en gran medida a que el enemigo con mayor facilidad los aislara. Esta línea de masas burguesa, aislando a la guerra de guerrillas de las masas campesinas, proporcionó a las Fuerzas Armadas la segunda condición o requisito, según la teoría militar francesa, para derrotar al MIR. Esa teoría, recordemos, sostiene que la derrota de la guerra revolucionara, de la guerra de guerrillas, exige dos condiciones o requisitos: uno, destruir su dirección política; y dos, aislar la guerrilla de las masas campesinas.

Finalmente, sobre la línea militar del MIR, a lo expresado al describir su plan y el desenvolvimiento de sus acciones armadas, agreguemos algunas cuestiones. Siguió una línea militarista burguesa de posposición de la política y elevación de lo militar; línea que sobrevalorando las armas minimizaba la importancia de los hombres y su formación política; línea que centrando todo en la ejecución de las acciones armadas, soslayaba el papel de las masas populares, principalmente del campesinado en la

guerra de guerrillas, mientras ponderaba la geografía como protección y seguridad; línea que, prestando atención casi exclusivamente al campo, descuidó demasiado el trabajo en la ciudad. Así, partiendo de su línea ideológica y política, lo expuesto hasta aquí nos lleva al punto central de su línea militar y estratégica: las llamadas «zonas inexpugnables». Aparte de recordar que militarmente hace unos dos siglos quedó obsoleto tal criterio, pues donde llega un hombre llega otro, máxime hoy con los medios bélicos existentes y la experiencia adquirida, y para simplificar, centremos el análisis en el papel de las masas.

Históricamente está probado y con reiteración establecido que la guerra revolucionaria es guerra de masas, y cualquiera sea su grado de desarrollo, según sus objetivos de clase, debe serlo so pena de no ser verdadera guerra revolucionaria; más aún, desde la posición del proletariado, el Presidente Mao Tsetung estableció científicamente y comprobó en la práctica que «la guerra popular es la guerra campesina dirigida por el Partido Comunista», tratándose de las naciones oprimidas. De esta manera, para los revolucionarios, comunistas o no, la guerra revolucionaria es la guerra de masas, y lo es en cuanto asume los intereses de clase de las masas populares y se sustenta en ellas, porque solo así la guerra revolucionaria puede alcanzar los objetivos políticamente establecidos. Pues bien, las llamadas «zonas inexpugnables» no permiten desarrollar la guerra revolucionaria en cuanto aísla la guerra de guerrillas de las masas y, más aún, impiden enraizarse en ellas; socavan el desarrollo de las propias acciones armadas, la construcción del ejército revolucionario, del frente único, del nuevo poder y, obviamente, de la organización política que dirige la guerra (ya sea movimiento, frente, partido o como se la denomine). En consecuencia, las «zonas inexpugnables», al apartar la guerra revolucionaria de sus principios, le impiden la consecución de sus metas políticas y la llevan a la derrota. Por ello, la teoría y práctica de las supuestas «zonas inexpugnables» es totalmente opuesta a la guerra revolucionaria y, claro está, absolutamente contraria a la guerra popular.

En conclusión, la línea política burguesa y su derivación indesligable la línea militarista fueron la causa principal de la derrota de la guerra de guerrillas del MIR; lucha armada cuya duración se abrevió más a consecuencia de la muerte de su dirigente principal, Luis de la Puente Uceda, a pocos meses de comenzar sus acciones, así como por los problemas de apresuramiento que implicó su inicio. Sin embargo, la lucha armada emprendida por el MIR, pese a su castrismo y a sus graves problemas de aplicación, fue indudablemente un hecho de gran repercusión en la polí-

tica peruana y un hito histórico en el desarrollo de la lucha popular que ha dejado importantes lecciones.

En cuanto a las acciones del Ejército de Liberación Nacional, ELN, también de orientación castrista —fueron de menor monta comparadas con las del MIR—, estuvieron localizadas en la provincia de La Mar y concluyeron con la detención de su dirigente, Héctor Béjar, quien luego de amnistiado el año 70 terminó incorporándose al Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social, SINAMOS, del gobierno velasquista.

Y sobre las llamadas Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, FALN, la repercusión de las guerrillas del 65 en el Partido y la posición de este frente a ellas ¿qué decir? Primeramente, no recuerdo que las FALN hayan ejecutado alguna acción militar de importancia, si es que alguna acción armada concretaron. Las guerrillas miristas sí repercutieron políticamente en el Partido sirviendo a atizar la lucha interna, pero no es cierto que contingentes partidarios se incorporaran a sus filas; quizá hubo casos aislados e individuales. En cuanto al Comité Regional de Ayacucho, conozco dos casos de militantes que se incorporaron al ELN para, al poco tiempo, volver al Partido autocriticándose. Y en lo concerniente a la posición del Partido, baste reproducir lo dicho por la V Conferencia Nacional, noviembre de 1965:

> Las luchas sociales en el Perú han entrado a una etapa superior mediante el inicio de la lucha armada, en su forma de guerra de guerrillas. El inicio de esta forma de lucha le ha correspondido al MIR por propia iniciativa. Hay que reconocer este hecho evidente, aun cuando es preciso analizar debidamente la actividad de dicho movimiento revolucionario desde un punto de vista de su extracción de clase y de sus objetivos, así como el problema referente a si fue oportuno o no el momento para el inicio de la lucha armada en el país.

Y luego de señalar: «Parecía como que el MIR después de la IV Conferencia Nacional del Partido Comunista, de enero de 1964, consideró la aparición de un rival capaz de arrebatarle la iniciativa en la lucha armada y con ese criterio ha procedido», afirma:

> Esto, sin embargo, no impide reconocer que la lucha guerrillera ha contribuido a una mayor polarización de fuerzas, a una agudización de las contradicciones. Asimismo, ha servido para

> revelar de cuerpo entero la naturaleza represiva y brutal de la oligarquía proimperialista; y las experiencias de la lucha, tanto sus éxitos como sus fracasos, han de servir muchísimo para el desarrollo futuro de la revolución. Por eso, el PCP rinde homenaje al que fuera el jefe del MIR, Luis de la Puente Uceda, caído en la lucha, así como a todos los revolucionarios que hasta el momento han ofrecido el holocausto de sus vidas. Consideramos nuestra obligación no permitir que el fuego de la lucha armada se extinga. Desde ya declaramos que pondremos nuestros esfuerzos para que siga encendido.

Posteriormente, en diversas reuniones el Partido ha estudiado las experiencias de las guerrillas del 65, principalmente las del MIR: VIII Pleno del Comité Central, setiembre de 1978; IX Pleno, mayo-junio del 79; I Sesión Plenaria del Comité Central de la II Conferencia Nacional, setiembre del 82; II Sesión Plenaria derivada de la misma Conferencia, enero-abril de 1983. Y en documentos de difusión pública como *Contra las ilusiones constitucionales y por el Estado de nueva democracia*, se dice:

> La violencia revolucionaria se concreta como guerra campesina dirigida por el Partido para seguir el camino de cercar las ciudades desde el campo. Que este es el camino a seguir está probado incluso por la heroica guerrilla del 65, pues su derrota no niega la guerra popular del Presidente Mao ni el camino de Mariátegui, sino que, por el contrario, demanda cumplirlos con tenacidad y firmeza poniendo al mando siempre la línea política general que Mariátegui estableciera y el desarrollo que le ha impreso cincuenta años de lucha de clases, especialmente las grandes lecciones de los años sesenta.

Y en *¡Desarrollemos la creciente protesta popular!*:

> Ligada a la gran movilización campesina de mediados de los años sesenta está la lucha guerrillera del MIR y del ELN, pero no siguiendo la concepción del proletariado sobre la guerra popular ni estando bien ligada al campesinado fue aplastada, aunque esas acciones guerrilleras hayan dejado grandes experiencias para nuestro pueblo.

DEL PARTIDO, SUS PRINCIPIOS Y OBJETIVOS[1]

Noviembre de 1965

Artículo 1.- El Partido Comunista Peruano es el partido de la clase obrera peruana, su vanguardia organizada, que representa y defiende consecuentemente los intereses del proletariado peruano, de todo nuestro pueblo explotado y de nuestras nacionalidades oprimidas, que lucha por sus reivindicaciones y por conquistar el poder político para la clase obrera, el campesinado y el pueblo trabajador, para usar el poder como medio de extirpar de nuestro país la explotación del hombre por el hombre.

El Partido Comunista Peruano, teniendo como base científica la doctrina de clase del proletariado, el marxismo-leninismo, ajusta su acción revolucionaria a las verdades universales de la lucha de clases, de la revolución violenta y de la dictadura del proletariado; y, siendo el marxismo-leninismo guía de su acción, el Partido Comunista Peruano aplica consecuente y conscientemente las verdades universales de aquel a la realidad concreta de nuestra revolución.

---

[1] La V Conferencia Nacional había dispuesto modificar el primer artículo del Estatuto del Partido para ajustarlo al marxismo y a la línea política general sancionada en esa reunión. Para tal fin se redactó el documento que reproducimos a continuación; lo consideramos históricamente importante y sumamente expresivo de nuestras posiciones de entonces, sin olvidar, claro está, que las mismas debían enmarcarse dentro de la V Conferencia, máxime tratándose de un artículo del Estatuto y, obviamente, texto debatido y aprobado por la Comisión Política. Préstese atención especial, por ejemplo, a cómo planteaba la contradicción principal, las clases sociales y el carácter de la revolución, incluso al nombre que el Partido aún llevaba; y se verá que, si bien el PCP había dado un salto ideológico y político, había por delante un largo, complejo y difícil camino por seguir, pero en esos tiempos no lo sabíamos. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

Fiel a estos principios, teniendo como meta el establecimiento de una sociedad sin clases y considerando el carácter semicolonial y semifeudal de la sociedad peruana, el Partido Comunista Peruano reconoce la existencia de dos etapas en el proceso revolucionario de nuestro país, una primera correspondiente a la revolución democrático-popular y una segunda, la revolución socialista; etapas que son sucesivas e ininterrumpidas. La revolución democrático-popular, etapa en cuyo desarrollo nos encontramos, está caracterizada por la existencia de las siguientes contradicciones fundamentales: la contradicción entre nuestra nación y el imperialismo norteamericano y la contradicción entre nuestro pueblo y sus explotadores nativos: los latifundistas y la burguesía intermediaria; de estas contradicciones, la primera es la principal. Por esto, la primera etapa de nuestra revolución es antimperialista y antifeudal y, por tanto, es una revolución nacional y democrática. Los enemigos de la revolución peruana en esta etapa inmediata son el imperialismo norteamericano, el feudalismo y la burguesía intermediaria. Y las fuerzas revolucionarias están formadas por el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y todas las demás clases y capas que sufren explotación; de estas fuerzas, la principal es el campesinado que desempeñará el papel principal en nuestra revolución, siempre y cuando esté firmemente dirigido por la clase obrera representada por su Partido y la ideología marxista-leninista. De lo dicho, las tareas de esta primera etapa de nuestra revolución son: el aplastamiento del imperialismo norteamericano, nuestro enemigo principal, y el de sus aliados nativos, el latifundismo y la burguesía intermediaria; esto es, la lucha contra el Estado explotador que aquellos han levantado para, destruyéndolo, levantar un Estado democrático-popular contra los explotadores actuales, Estado que garantice al pueblo peruano las bases de una sociedad socialista.

El Partido Comunista Peruano señala que nuestra revolución democrático-popular triunfará a través de la lucha armada, la que en nuestro caso revestirá la forma de una revolución campesina, orientada y dirigida por la clase obrera representada por su Partido, el Partido Comunista Peruano, y según los principios del marxismo-leninismo; lucha armada que se desarrollará dentro de los principios de la guerra popular y como una guerra de liberación nacional.

Siendo nuestra perspectiva revolucionaria una guerra popular, es necesaria la agrupación de todas las fuerzas revolucionarias dentro de un frente único que agrupe a todas las fuerzas susceptibles de unirse en nues-

tro proceso liberador; debiendo levantarse este frente sobre la base de la alianza obrero-campesina, fundamento único que garantiza el carácter revolucionario del frente, y en torno a la cual hay que unir a todo el pueblo trabajador y demás clases y capas que sufren opresión. Para la formación de este frente debemos partir de la defensa de los intereses más caros y sentidos de las masas para ir elevando su conciencia política de clase, sin menospreciar los intereses inmediatos, pero a la vez sin olvidar las metas finales; esto es, a través de conquistas concretas y presentes formar la conciencia revolucionaria para cumplir estos fines de clase.

El Partido Comunista Peruano basa su actividad en la lucha de masas por ser estas las que hacen la historia; se organiza sobre el principio del centralismo democrático; para movilizar a las masas, tiene en cuenta el trabajo secreto, el trabajo abierto y la relación entre ambos; y guía su actividad según los principios de unidad de teoría y práctica, ligazón con las masas y crítica y autocrítica. Por otro lado, el Partido Comunista Peruano sostiene que, si bien la solidaridad internacional es indispensable para el triunfo revolucionario, lo principal es basarse en los propios esfuerzos, por cuanto la lucha por nuestra revolución es tarea que corresponde primordialmente a nuestro pueblo.

El Partido Comunista Peruano basa en el internacionalismo proletario sus relaciones con las fuerzas revolucionarias que desarrollan lucha tenaz y decidida contra el imperialismo, especialmente el imperialismo norteamericano, enemigo número uno de todos los pueblos del mundo; por ello el Partido Comunista Peruano se mantiene firme en la defensa de los movimientos de liberación nacional, en defensa de las clases explotadas de los países capitalistas, en resguardo de los países socialistas y está por las relaciones fraternales con todos los partidos comunistas marxista-leninistas y por la coordinación de nuestras luchas con la lucha de las masas del mundo en defensa de la paz, afirmando que la única garantía de lograrla es destruir al imperialismo. En sus relaciones con partidos hermanos, el Partido Comunista Peruano defiende la independencia e igualdad de los partidos comunistas y propugna la consecución de acuerdos comunes mediante el procedimiento de consultas. Además, el Partido Comunista Peruano se adhiere firmemente a los acuerdos revolucionarios de las Declaraciones de 1957 y 1960.

El Partido Comunista Peruano, siguiendo las enseñanzas del Lenin, sostiene que la lucha contra el imperialismo debe acompañarse simultáneamente de la lucha contra el oportunismo, lo que en la actualidad

quiere decir guerra a muerte contra el revisionismo contemporáneo, en defensa del marxismo y de la revolución; tanto en el plano internacional como en el nacional la lucha contra el revisionismo, su desenmascaramiento y aplastamiento es condición necesaria para el desarrollo triunfante de nuestro proceso revolucionario.

LA V CONFERENCIA NACIONAL[1]

En octubre de 1965 se realizó una sesión de la Comisión Política Ampliada; fue su preparatoria, pues en ella se debatieron los puntos fundamentales que luego trataría la Conferencia, agudizándose la lucha que se venía dando contra posiciones derechistas cada vez más acentuadas. En esta reunión los dos campos se delimitaron claramente siendo punto central de la lucha el carácter de clase del gobierno de Belaunde, calificado erróneamente por la IV Conferencia como de burguesía nacional; asimismo fueron intensamente debatidas la tipificación de la sociedad peruana como «dependiente» (criterio también del documento de la IV), la lucha armada del MIR, la situación política y la del Partido. Cabeza de las posiciones derechistas de raíz revisionista era Sotomayor. Así, esta sesión de la Comisión Política Ampliada fue sólido fundamento y deslinde de campos que preparó a la izquierda para la batalla decisiva de la V Conferencia.

La V Conferencia Nacional del Partido Comunista del Perú, celebrada en noviembre de 1965, se reafirmó, definió o planteó problemas fundamentales de la revolución peruana, por tanto, de la línea general, así como cuestiones políticas y orgánicas sustantivas. Partiendo del marxismo-leninismo, comenzó a tomar el pensamiento del Presidente Mao Tsetung y la experiencia de la revolución china para aplicarlos a nuestra realidad y con la representatividad de las bases; el tratamiento de los problemas y la profundidad de sus debates fueron superiores a los de la IV Conferencia, sin menoscabar, obviamente, la importancia trascendental de esta en cuanto ruptura con el revisionismo. La V Conferencia, no obstante, tuvo serias limitaciones: soslayar la importancia de Mariátegui, no analizar a fondo la cuestión del campesinado y la tierra ni la situación del trabajo militar del Partido; también errores: minimizar el revisionismo concibiéndolo como simple «remedo criollo», no ver el Frente de Libera-

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

ción Nacional como producto del electorerismo y de ahí su fracaso, reducir el problema del Partido a «reajustes y reunificar sus filas», no tratar la lucha de dos líneas como un problema fundamental. Sin embargo, su establecimiento de los fundamentos de la línea política general, que fue lo principal y de perspectiva, hacen de la V Conferencia un hito en la historia del Partido. Así, la V Conferencia ventiló la cuestión básica del carácter de la sociedad peruana; tema que, como ya dijéramos, devendría en punto de encarnizada lucha, junto al del carácter de la revolución y la violencia revolucionaria, en la segunda mitad de los sesenta y en los años setenta. Mariátegui, en el Programa del Partido, tipificó la sociedad peruana como semifeudal y semicolonial en 1928; y años después, el IV Congreso (1962) se reafirmó en esta tipificación. No obstante, el documento de la IV Conferencia Nacional define nuestra sociedad como «semifeudal y dependiente» invocando el Congreso. Y esta fue la posición de Sotomayor, planteada en la Comisión Política Ampliada y en la propia V Conferencia. Dejando de lado la semifeudalidad que entonces no fue cuestionada, la lucha se centró en el problema de la opresión imperialista, en el grado de dominio que ejercía el imperialismo yanqui sobre la nación peruana; sosteniendo que el mismo era una condición de «dependiente» y no de semicolonia.

La mejor comprensión de este punto demanda algunas precisiones. Primera, Lenin en su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, como en otros textos, usa el término dependiente al referirse en general a los países sometidos a la dominación del imperialismo; mas al analizar las formas de dominio, de dependencia del imperialismo nos especifica dos y solo dos formas típicas: las colonias y las semicolonias, aquellas económica y políticamente sojuzgadas, estas económicamente sojuzgadas y políticamente libres. Esta es estrictamente la tesis leninista. Segunda, el revisionismo de Jruschov añadió una supuesta tercera forma, la de un país «dependiente» que, según él, implicaba menor, más suave dominio imperialista que el de las semicolonias, las que, en consecuencia —para los revisionistas—, evolucionaban y llegarían a la independencia total, a romper el dominio económico pacíficamente, sin revolución. La falsedad de este planteamiento lo demuestra, entre otros, el derrotero seguido y la situación actual de los países latinoamericanos. Tercera, esa fue la «teoría» jruschovista que trajo Del Prado y pretendió imponer a inicios de los sesenta, pero fue rechazada por el IV Congreso. Cuarto, esta es la «teoría» revisionista que repetía Sotomayor y pugnaba por imponer, persistiendo en el error o contrabando del documento de la IV Conferencia.

Pero la V Conferencia fue clara y precisa: reafirmándose en la tesis mariateguista y partidaria, tipificó a la sociedad peruana como semifeudal y semicolonial. La importancia de este debate queda nítida si pensamos seriamente en las implicancias de la calificación revisionista «dependiente» que la Conferencia correcta y resueltamente rechazó; y, más aún, si consideramos la relación indesligable del carácter semifeudal y semicolonial de la sociedad con el carácter democrático de la revolución peruana.

Otra cuestión básica de la V Conferencia fue definir el carácter de clase de gran burguesía del gobierno de Acción Popular y la Democracia Cristiana, encabezado por Fernando Belaunde Terry. Como viéramos, la IV Conferencia caracterizó el gobierno de Belaunde y la alianza que lo sustentaba como de burguesía nacional; por tanto, frente a él debía aplicarse la política de unidad y lucha. Posición que, también ya vimos, fue sostenida por Del Prado y sus secuaces, y combatida por las bases del Partido, entre ellas el Comité Regional de Ayacucho desde 1963. Posición que, defendida por Sotomayor e introducida en el documento de la IV Conferencia, no solo chocaba cada día más con la realidad conforme se desenvolvía el gobierno belaundista reprimiendo al pueblo y principalmente al campesinado, sino que fue frontalmente rechazada por la militancia. La V Conferencia al tipificar el carácter de gran burguesía del gobierno de Belaunde resolvió, pues, un candente problema político y una cuestión básica de táctica de la revolución peruana, cuestión oportunistamente planteada y aplicada después de la muerte de Mariátegui. Cuestión básica, ligada en la política peruana —y no solo en esta, claro está— al problema de la burguesía nacional, la gran burguesía y la industrialización; y, evidentemente, de gran importancia para el desarrollo y perspectiva de la revolución cuanto de grave repercusión en la política y la lucha de clases de las masas, como lo demuestra nuestra historia en este siglo.

Una comprensión más clara de este problema, como en el anterior, requiere igualmente algunas precisiones.

Primera. Para el marxismo el desarrollo de una industria independiente, esto es en función de los intereses de la nación y del pueblo, en un país oprimido, sojuzgado por el imperialismo, no puede llevarse adelante bajo el dominio imperialista.

Segunda. Asimismo, para el marxismo, la gran burguesía —la clase propietaria de grandes capitales— desenvuelve un proceso de industrialización dentro de la evolución capitalista que impone el imperialismo

de acuerdo a sus necesidades y ganancias; la gran burguesía, pues, es la clase que directamente sirve al dominio imperialista, de ahí su nombre de gran burguesía intermediaria. Es la bomba de succión más directa de la explotación imperialista y principal medio político, como clase, para el dominio de una nación oprimida (sin considerar, obviamente, los propios monopolios y el poder imperialista). Así, la gran burguesía —por ende, sus facciones compradora y burocrática— vive y medra a la sombra del imperialismo, y las contradicciones que expresa frente a determinada penetración extranjera no son sino derivación de las contradicciones interimperialistas y reflejan el imperialismo a que está ligada; e igualmente las contradicciones entre facciones y grupos de la gran burguesía son parte o están ligadas a esas contradicciones entre las diferentes potencias imperialistas.

Tercera. También para el marxismo, la burguesía nacional o burguesía media —en cuanto sus capitales no son grandes ni pequeños, sino intermedios—, se desenvuelve como clase constreñida y damnificada dentro del proceso de evolución capitalista bajo dominio imperialista que conduce la gran burguesía. Por ello, mientras la gran burguesía es contraria siempre a la revolución, la burguesía nacional sí es parte de la revolución democrática; aunque por el temor que siente ante el triunfo de la revolución democrática, que llevará a una continuación consecuente como revolución socialista, la burguesía nacional expresa un carácter dual, esto es de apoyar y oponerse a la revolución, lo cual se concreta en su participación solo en determinados momentos y circunstancias, aparte de que siempre pugnará por dirigir el proceso y arrebatar la dirección al proletariado.

Cuarta. En la historia política peruana de este siglo, el oportunismo en general, y específicamente el browderismo primero y el revisionismo después, se ha puesto a la cola de una parte de la gran burguesía invocando que se trataba de la burguesía nacional, enarbolando como supuesta prueba que se planteaba desenvolver la industrialización del país; cerrando los ojos arteramente a que tal no era sino llevar adelante o impulsar, según los casos, la industria dentro de la evolución capitalista promovida por el imperialismo, bajo su dominio y conducción de la gran burguesía. Esta es la posición oportunista expresada reiteradas veces en la política de la llamada izquierda que, tras el membrete de apoyar tal o cual «tendencia progresista» concibiéndola y pregonándola como burguesía nacional, se ponía y pone a la cola de la gran burguesía, de sus intereses de clase explotadora y opresora, sirviendo, en último término, al

imperialismo yanqui. Posición sustentada, así, por Jorge Acosta en 1944, cuando en conferencia partidaria sostenía la existencia de una «tendencia progresista» en el propio benavidismo frente a una reaccionaria del mismo movimiento de Oscar R. Benavides, el jefe del Ejército y posterior mariscal que asumió el poder a la muerte de Sánchez Cerro. Sirva esto a ver cuán viejo es el mal y la podre cuyos ejemplos saltantes son las posiciones oportunistas frente al primer gobierno de Manuel Prado, al primero igualmente de Belaunde y al del general Velasco Alvarado y su propagandizada y defendida «revolución peruana» por Del Prado, sus secuaces y muchos más que aún pululan por ahí.

Quinta. El IV Congreso del Partido es también expresión de esta posición, pero ya bajo el bastón de mando del revisionismo de Jruschov; basta recordar, para no abundar, cómo exaltaba la industrialización dentro del viejo orden y centraba en el más descarado electorerismo, todo lo que llevó al PCP a la cola de Belaunde y a la defensa de su gobierno.

Sexta. Este era el fondo de la posición de Sotomayor y su persistencia en defender el supuesto carácter de burguesía nacional de la alianza Acción Popular-Democracia Cristiana y del gobierno de Belaunde, al que juzgaba además como una apertura democrática para el pueblo; posición sustentada en la misma V Conferencia y después de ella.

Por todo esto, fue correcta la resolución de la V Conferencia Nacional que caracterizó al gobierno de Belaunde como de gran burguesía y necesario fue tan intenso debate. La corrección de este acuerdo fue cabalmente comprobada por toda la gestión de ese gobierno hasta su derrocamiento en 1968. Así, la Conferencia resolvió un candente problema de la política peruana; y más aún, y lo principal, definió una cuestión básica de táctica de la revolución peruana al aplicar a nuestra realidad las tesis maoístas sobre gran burguesía y burguesía nacional y, obviamente, de perspectiva estratégica al precisar mejor la comprensión de las clases en nuestra sociedad. He aquí otro aporte fundamental de este histórico evento.

Sobre situación revolucionaria, la V Conferencia Nacional planteó: «En el Perú existe situación revolucionaria, representada por el conjunto de condiciones objetivas que hacen necesaria la solución revolucionaria de las contradicciones fundamentales de la sociedad peruana»[2].

---

[2] Esta cita y las siguientes del mismo punto se hallan en «Conclusiones y resoluciones» de la V Conferencia.

De este modo la reunión sentó posición sobre uno de los problemas claves de la década del sesenta y la siguiente. Pero lo más importante en este punto fue plantear:

> Entre las condiciones subjetivas, las unas dependen fundamentalmente del estado de combatividad y de organización de las amplias masas populares y otras dependen del grado de preparación específica del Partido revolucionario para la lucha armada. Ambas se encuentran en proceso de madurez.

Y más aún señaló:

> Las condiciones subjetivas dependen principalmente de la voluntad de preparar y hacer la revolución. No es revolucionario esperar que se desarrollen espontáneamente las condiciones subjetivas cuando estas dependen de nosotros mismos. De ahí la obligación de crearlas, desarrollarlas y organizarlas. En cuanto estas condiciones subjetivas tengan cierto grado de madurez, se puede producir el inicio de la lucha armada con mayor éxito.

En síntesis, definir la existencia de situación revolucionaria en el país, entendida certeramente como las condiciones objetivas que demandaban transformar la sociedad peruana mediante la revolución —esto es la lucha armada—, y el desarrollo de las condiciones subjetivas ligado a la acción de los revolucionarios y principalmente del Partido Comunista, fue la posición de la V Conferencia y a ella se atuvo siempre la fracción roja convirtiéndola en incuestionable realidad con el inicio de la guerra popular. Pues las conclusiones y resoluciones de un Partido Comunista no son acuerdos para jactarse de ellos, sino mandatos de la clase y tareas a cumplirse con tesón y firmeza indeclinables, cualquiera sea el cúmulo de años que medie entre el acuerdo y su cumplimiento.

En cuanto a la violencia revolucionaria, destaquemos las siguientes palabras de la V Conferencia: el Partido Comunista «ratifica su pensamiento y orientación general de que solo mediante la guerra popular revolucionaria de liberación nacional puede conseguirse el triunfo sobre los enemigos de la revolución». Y sobre la perspectiva de la lucha armada y su desarrollo, considerando precisamente la iniciada por el MIR, señaló:

> En cuanto a la perspectiva de la lucha armada en el país, son magníficas. Las propias condiciones objetivas dan lugar al surgimiento de la posibilidad de desarrollar las condiciones subje-

> tivas. Asimismo, aun considerando fuertes al imperialismo y a las fuerzas represivas y débiles momentáneamente a las fuerzas de la revolución, estas —por la justeza de su lucha, por la tradición heroica de nuestro pueblo, por el apoyo solidario de las fuerzas revolucionarias del mundo— se irán convirtiendo paulatinamente en fuertes y terminarán por derrotar a las fuerzas de la contrarrevolución, ya que en realidad la potencia del enemigo es aparente porque se sustenta en bases deleznables y cuenta con el repudio de las clases oprimidas y explotadas.

Y criticando al MIR, sostenía que el triunfo se alcanza «mediante la coordinación y combinación de la lucha armada con la lucha política de las masas populares, principalmente de las que integran el campesinado»; «la lucha armada no se debe circunscribir a la participación de pequeños grupos armados y aislados de las masas»; la lucha armada también «significa librar una gran lucha en las ciudades para organizar clasista y revolucionariamente a la clase obrera». Y, repitámoslo una vez más, asumió esta concreta declaración: «Consideramos nuestra obligación no permitir que el fuego de la lucha armada se extinga. Desde ya declaramos que pondremos nuestros esfuerzos para que siga encendido». Esta fue la voz del Partido en la V Conferencia; y ese el compromiso que los militantes, más aún los cuadros y sobre todo los dirigentes, asumimos.

Los tres instrumentos de la revolución fue otra de las cuestiones básicas de la V Conferencia Nacional. El Presidente Mao Tsetung estableció en *Sobre la dictadura democrática popular*, en junio de 1949, haciendo el balance de la revolución democrática china cuyo triunfo llegaría el 1º de octubre del mismo año, IV tomo de sus *Obras Escogidas*:

> Un Partido disciplinado, pertrechado con la teoría marxista-leninista y que practica la autocrítica y se mantiene ligado a las masas populares; un ejército dirigido por tal Partido; un frente único de todas las clases revolucionarias y grupos revolucionarios dirigidos por tal Partido: estas son las tres armas principales con que hemos derrotado al enemigo.

Esta gran enseñanza maoísta guio el evento. Sobre el Partido, la Conferencia concluyó:

> Teniendo en cuenta que la revolución no persigue solamente la captura del poder político sino la realización de las tareas

> fundamentales de la misma y cumplidos sus objetivos antiimperialistas, antifeudales y democráticos, pasar a su etapa socialista y continuar así hasta la construcción de la sociedad sin clases, ni la lucha armada podrá tener un final exitoso ni el frente único podrá conformarse sobre sólidas bases si es que no existe un Partido Comunista firmemente aferrado al marxismo-leninismo, de estructura bolchevique.

En la construcción ideológica merece destacar: «Educar a la militancia en el marxismo-leninismo; habituarla en el estudio de los clásicos del marxismo y de las obras del camarada Mao Tsetung». En cuanto construcción política: «alentar los estudios de análisis de la sociedad peruana» y «necesitamos la aplicación viva del marxismo a nuestra realidad con el objetivo de transformarla revolucionariamente». Y en construcción orgánica, apuntando a centrar en el campo en función de la lucha armada, dice:

> Fortalecer la disciplina del Partido, vincularlo con las amplias masas populares, volcando al campo lo principal de sus actividades en atención a la perspectiva de la lucha armada. Hay necesidad de preparar al Partido para que pueda cumplir su rol de dirección de la lucha revolucionaria y de edificación de una nueva sociedad.

Y lo que es fundamental —orgánicamente hablando—, lo referente al trabajo secreto, trabajo abierto y clandestinidad del Partido: «partiendo del principio que siendo el Partido Comunista [...] un partido esencialmente clandestino, el trabajo secreto es su forma principal y el trabajo abierto su forma secundaria». Aquí la cuestión es que, teniendo el Partido Comunista como meta la destrucción de la vieja sociedad, esta buscará destruirlo por todos los medios posibles; por ello el partido que persista firmemente en conquistar el poder, destruir el orden caduco y construir la nueva sociedad debe construirse como partido clandestino, como organización secreta, so pena de no cumplir sus metas y, en pocas palabras, no ser nada. De ahí la consigna tan usual en esos años: «¡El Partido es clandestino o no es nada!».

Dentro de la misma tesis maoísta, la Conferencia se abocó a la trascendental cuestión de la construcción del ejército revolucionario de nuevo tipo; más aún considerando la luminosa conclusión del Presidente

Mao: «Sin un ejército popular, nada tendrá el pueblo». Partíamos como base material de la existencia de situación revolucionaria en el país, de la agudización de la lucha de clases y del desenvolvimiento, incluso, de una guerra de guerrillas, de tener un Partido Comunista organizado en ámbito nacional, de contar con organización militar y un considerable trabajo campesino de amplias vinculaciones; todo esto naturalmente con limitaciones que habrían de superarse en el largo camino de la guerra popular, como los problemas que ella misma generaría; y todo enmarcado en una ascendente situación revolucionaria internacional. Y lo principal, nos guiábamos por el marxismo-leninismo y por el camarada Mao Tsetung, tal cual decíamos entonces.

Pero si fue intenso y candente el debate sobre el carácter de clase del gobierno de Belaunde, más aún el de la existencia de situación revolucionaria y muy especialmente el correspondiente a la clandestinidad del Partido y su consigna «¡El Partido es clandestino o no es nada!» —obviamente concebida dentro de la relación indesligable entre trabajo secreto y trabajo abierto—; el debate llegó a su punto mayor al plantearse la construcción y desarrollo de las fuerzas armadas como tarea principal del Partido. La oposición del derechismo de raíz revisionista encabezada por Sotomayor rasgó vestiduras y tronó en esta cuestión, como en las anteriores, aunque más y con desesperación; pero la izquierda nuevamente se impuso y sancionó la propuesta. Es que, en síntesis, como la clandestinidad del Partido aprobada previamente, la construcción y desarrollo de las fuerzas armadas como tarea principal del Partido era la consecuencia lógica e ineludible del desenvolvimiento de la V Conferencia Nacional. Y que el Partido llegara a esta conclusión y acordara abocarse a esa tarea como principal era una necesidad en función de la lucha armada en perspectiva, más aún si el Partido contaba con organización militar en distintos puntos del país. El acuerdo de la construcción y desarrollo de las fuerzas armadas como tarea principal del Partido fue el acuerdo principal de la V Conferencia, tanto o más como el de la clandestinidad del Partido.

En cuanto a frente único, la Conferencia sostuvo: «la tarea fundamental del Partido es saber unir a todas las clases oprimidas para la conformación de un amplio frente único revolucionario de liberación nacional», según sus propias palabras. Deslindando con el criterio electorero de frente único decía: «No se trata solo de la unión de los partidos revolucionarios o de izquierda. Si se tratara solo de unir a la izquierda, esa unión no sería en realidad un frente único». Y resaltando la alianza

obrero-campesina: «Este [frente único] tiene que basarse fundamentalmente en los obreros y los campesinos». Planteando a continuación:

> La lucha armada que se ha iniciado en el país pone a la orden del día la necesidad impostergable de luchar por la constitución del frente único que comprenda a la clase obrera como clase dirigente a través de su Partido, al campesinado, a la pequeña burguesía (artesanos, pequeños comerciantes, profesionales, intelectuales y estudiantes) y al sector progresista de la burguesía nacional. Sin embargo, es de advertir que no es posible la conformación de un auténtico frente único con los revisionistas y los trotskistas.

El texto es muy claro, pero bien merece resaltar su parte final: no cabe frente único para la revolución con revisionistas ni trotskistas. Y especificando la situación con relación al MIR:

> Lo correcto es buscar la unidad con aquellos que están en lucha franca contra el enemigo y en ese sentido están abiertas las puertas para un entendimiento con el MIR, no obstante las discrepancias existentes, siendo lo recomendable que este movimiento se aparte de trotskistas y revisionistas. Además, [...] la unidad solo podrá concretarse en la acción revolucionaria de masas. Aparte de la comunidad de objetivos, hay que buscar la mancomunidad o coordinación de acciones, en el curso de la lucha concreta junto a las masas populares.

Criterios concretos y de importancia para comprender la posición del PCP frente a las guerrillas de 1965. Finalmente, en cuanto a frente único, la Conferencia reconociendo el fracaso del FLN acordó:

> En vista de haber fracasado el Frente de Liberación Nacional [...] [el Partido] luchará por la conformación del Frente Patriótico de Liberación, de más ancha base popular, a fin de que dicho instrumento sea el que lleve adelante la revolución, bajo la dirección de la clase obrera y su Partido, en estrecha alianza con el campesinado y demás clases oprimidas.

Concluyendo, la V Conferencia Nacional estableció en:

NUESTROS OBJETIVOS

> Persistir en el marxismo-leninismo, persistir en la lucha contra el imperialismo norteamericano, persistir en la lucha contra el revisionismo contemporáneo y su remedo criollo, unir a todo el pueblo en un amplio frente único de liberación, reajustar y unificar nuestras filas, hacer la revolución para liquidar a los enemigos fundamentales del pueblo peruano, forjar un nuevo Estado, democrático, popular y revolucionario que responda a los intereses de la clase obrera y las amplias masas populares, tales son los objetivos de nuestro Partido en la hora presente. Concentrar todos los esfuerzos en la realización de estas tareas históricas es la obligación del Partido.

Estas son las cuestiones fundamentales tratadas y resueltas por la V Conferencia Nacional del Partido Comunista del Perú, estableciendo así los fundamentos de la línea política general y la perspectiva de la revolución peruana; y por ello, la V Conferencia es un hito en la historia del PCP. La fracción roja cumplió papel importante en el desarrollo de la V Conferencia; y en lo que a mí respecta, participé en ella como parte de la fracción interviniendo en los debates sobre carácter de clase del gobierno de Belaunde, situación revolucionaria, clandestinidad y construcción y desarrollo de las fuerzas armadas como tarea principal del Partido, y me cupo presentar las propuestas sobre clandestinidad y tarea principal. A estos fundamentos revolucionarios de la línea política general de la V Conferencia se atuvo la fracción roja y, más aún, aplicándolos a las condiciones concretas y desarrollándolos firme y consecuentemente, los llevó adelante.

¡EL PCP EN EL CAMINO DE MARIÁTEGUI![1]

Marzo de 1966

José Carlos Mariátegui, maestro y gran fundador del Partido Comunista Peruano, fue sin lugar a dudas un preclaro y consecuente marxista. Su vida y su obra son pruebas evidentes. Nadie antes ni aún hoy analizó tan profunda y magistralmente la sociedad peruana, pues Mariátegui, armado del marxismo-leninismo, nos legó la primera visión interpretativa de nuestra realidad y del proceso de nuestra revolución. Su calidad de teórico marxista es evidencia que ni los enemigos de clase niegan, y los resultados de sus análisis, hechos desde un punto de vista clasista proletario, son muestra sólida del valor y vigencia real del marxismo-leninismo, único instrumento científico que permite encontrar la salida revolucionaria para transformar nuestra sociedad.

Lamentablemente, desde la muerte del Amauta, los que se dijeron sus discípulos no siguieron su camino ni desarrollaron su obra ni, mucho menos, tuvieron su consecuente firmeza para defender y aplicar los principios ni para conducir al proletariado y al pueblo trabajador. Más aún, algunos que más ruidosamente se decían sus depositarios claudicaron y traicionaron sus enseñanzas llevando a su partido a la colaboración y al entreguismo, poniéndolo al servicio y beneficio de los explotadores nativos y su amo imperialista; esto llevó al Partido Comunista, conducido por camarillas usurpadoras y traidoras, a no poder cumplir su misión histórica y a la ignominia de verse aherrojado al furgón de cola de los, así llamados, grupos progresistas de turno. Claudicación de traficantes que hizo del Partido un menguado organismo deformado a la manera social-traidora de la II Internacional. Claro está que en el PCP siempre hubo consecuentes marxista-leninistas que lucharon contra los podridos opor-

[1] Publicado en *Bandera Roja* N° 18.

tunistas que gangrenaban nuestras filas y que, como no podía ser de otro modo, las masas del Partido luchando ligadas a los obreros, campesinos y estudiantes rebasaron multitud de veces a sus inconsecuentes dirigentes, y al hacerlo dieron al PCP, con su sangre, las más brillantes páginas de su historia y los mártires cuyo heroísmo clasista reivindicó el buen nombre y papel revolucionario del Partido.

Por ello, la IV Conferencia Nacional del PCP fue un evento trascendental en la marcha revolucionaria de nuestro pueblo, marca el desenmascaramiento y expulsión de la camarilla de Del Prado-Acosta-Barrio largamente enquistada en la dirección nacional y representante redomada del revisionismo contemporáneo. En esa Conferencia nuestro Partido retoma la línea marxista-leninista que le imprimiera su fundador José Carlos Mariátegui y señala el reinicio del camino que nunca debimos abandonar, a la vez que en ella se resume la tarea heroica de ser la vanguardia del proletariado peruano para cumplir la misión de conducir a nuestro pueblo a la revolución a través del único camino posible, la lucha armada.

Pero si bien en la IV Conferencia fueron arrojados los cabecillas mayores del oportunismo, estos nos dejaron su secuela de deformación partidaria y, naturalmente, las taras de un largo pasado oportunista; deformaciones heredadas, difíciles de superar en corto tiempo, que han entorpecido nuestra marcha y desarrollo, imposibilitando el cumplimiento de las tareas de reconstrucción partidaria y de reajuste a las nuevas circunstancias que nuestro proceso revolucionario planteaba. Y no solo esto, sino que, como es comprensible, en nuestras filas quedaron rezagos encubiertos de oportunismo revisionista, saldos que hoy se desenmascaran y muestran su purulenta faz revisionista y contrarrevolucionaria a través del movimiento fraccional de reciente afloración.

LA V CONFERENCIA COMO UN GRAN ACONTECIMIENTO HISTÓRICO

La IV Conferencia fue, por tanto, el principio de una profunda transformación marxista-leninista; y hoy es indudable que la V Conferencia Nacional del Partido Comunista Peruano representa un paso más y decisivo en este camino largo y laborioso. La V Conferencia, el devenir histórico lo confirmará, es a todas luces una reinstalación firme en el camino de Mariátegui, teniendo como base: *Siete Ensayos, Programa del Partido, Punto de vista antiimperialista, El problema de las razas en América Latina,* etc.,

documentos en los cuales nuestro fundador caracterizó a nuestra sociedad, estableció las etapas de nuestra revolución y planteó el «armamento de obreros y campesinos» para conquistar y defender sus reivindicaciones. Fiel a estos lineamientos fundamentales y amparada en el análisis marxista de nuestra realidad, la V Conferencia ha caracterizado a nuestra sociedad como semifeudal y semicolonial y al régimen de Belaunde como defensor de los intereses del imperialismo, del latifundismo y de la burguesía intermediaria, precisando que en él participa un sector de la burguesía nacional, sector que al hacerlo ha mostrado su vena reaccionaria. Asimismo, este evento ha establecido la existencia clara de una situación revolucionaria en la cual se ha iniciado la lucha armada del MIR que ha tenido la virtud de agudizar la lucha de clases y desatar la violencia reaccionaria, por lo que, en estas condiciones, y siendo la lucha armada el único camino que conducirá al triunfo de la revolución, el PCP declara que la organización y preparación de las fuerzas armadas populares que permitan la defensa y el triunfo del pueblo es tarea principal del trabajo partidario para así organizar y dirigir la violencia revolucionaria contra la violencia reaccionaria; otro acuerdo básico es que el trabajo secreto es la forma principal de la vida orgánica partidaria.

Estos y otros acuerdos forman el contenido revolucionario de la V Conferencia Nacional del PCP, acuerdos que apuntan a hacer de nuestro Partido un eficaz instrumento revolucionario, ajustado a las exigencias perentorias de la nueva etapa revolucionaria, para que cumpla su papel de vanguardia organizada de la clase obrera e intérprete consciente de las luchas revolucionarias; en conclusión, para que nuestro Partido sea capaz de conquistar el poder para el proletariado, los campesinos y el pueblo trabajador. Este evento ha dado pasos decisivos para concretar real y efectivamente los acuerdos y conclusiones extraídos del análisis marxista de nuestra realidad; y sus resoluciones se han convertido en piedra de toque para probar quiénes quieren de verdad la revolución y quiénes solo la quieren de palabra, para diferenciar entre los marxista-leninistas y los revisionistas enmascarados que tiempos ya superados habían dejado nuestras filas. Por todo esto se comprende el rabioso y desesperado ataque de que son objeto los acuerdos arriba enunciados, pues ellos permitirán distinguir, como ya lo están permitiendo, a los marxistas verdaderos de los falsos, para depurar nuestras filas de enemigos e infiltrados e impulsar la marcha dura y esforzada que el Partido tendrá que seguir para el cumplimiento de los fines revolucionarios del proletariado y las demás clases explotadas.

Comprendemos perfectamente la trascendencia de la línea adoptada en la V Conferencia Nacional del PCP, pero a la vez estamos muy conscientes de que, si bien es justa, la comprobación de la misma será realizada en la práctica y solo en ella, y que, al desarrollar su aplicación firme y decidida, será la propia realidad quien exija cambios y reajustes que el proceso revolucionario nacional le irá imprimiendo, modificaciones que surgiendo de la realidad viva no tendremos más que acatar, so pena de dejar de ser materialistas dialécticos.

La V Conferencia Nacional del Partido Comunista Peruano es, pues, evidentemente un certamen de importancia histórica en la vida partidaria y nacional y marca un paso decisivo en el desarrollo del Partido como conductor de la revolución peruana. Por todo lo dicho, hoy la tarea perentoria de todo militante marxista-leninista que sea auténticamente tal es: aplicar firme, decidida y audazmente sus revolucionarios acuerdos; movilizarse enérgicamente detrás de la dirección nacional electa en la V Conferencia para combatir tenazmente a los fraccionalistas oportunistas de derecha que pretenden desconocerlos y deformarlos, tareas que deben cumplirse simultáneamente; y, por último, buscar arduamente la superación de los mismos en la práctica revolucionaria, a la luz de los principios universales del marxismo-leninismo y de la experiencia revolucionaria internacional.

¡REALICEMOS LOS ACUERDOS REVOLUCIONARIOS
DE LA V CONFERENCIA NACIONAL!

¡APLASTEMOS EL MOVIMIENTO FRACCIONAL
OPORTUNISTA DE DERECHA!

XIX PLENO: VERDADERO HOMENAJE DEL PCP A MARIÁTEGUI, SU FUNDADOR Y GUÍA

Abril de 1966

La V Conferencia Nacional, al reinstalar al Partido en el glorioso camino de Mariátegui, ha constituido un paso decisivo en la larga vida partidaria; la importancia de este evento se demuestra con la cálida acogida y firme adhesión que sus revolucionarios acuerdos han recibido de toda la militancia, así como en su repercusión en otras filas revolucionarias y en las masas populares. Adhesión y repercusión que demuestran la necesidad e importancia de una línea política clara que respete y responda a las aspiraciones fundamentales del pueblo y al irrenunciable camino de la revolución. Esta justa línea política es, pues, un básico aporte al esclarecimiento de nuestro proceso revolucionario y marca la reivindicación decidida de las altas y rojas banderas de la liberación nacional; esta línea política abre al Partido de Mariátegui el anchuroso y resplandeciente camino de la revolución peruana dando la posibilidad real de que nuestro Partido anide profundamente en el corazón de las masas populares, y sienta las bases para que la ideología y la política revolucionarias se encarnen en el pueblo y así se convierta la fuerza de las ideas en la invencible fuerza material que destruirá la sociedad semifeudal y semicolonial que asfixia a nuestro pueblo.

Pero esta reubicación en el camino revolucionario llenó de pánico y desesperación a los remanentes del revisionismo contemporáneo que habían quedado emboscados en nuestras filas. Los oportunistas camuflados vieron con verdadero terror mal disimulado que el camino que iniciaba el Partido no podía menos que barrerlos en su desarrollo y, por otro lado, como buenos y fieles representantes de la influencia burguesa dentro de nuestras filas, no podían menos que entrar en abierta contradicción con

los revolucionarios acuerdos de la V Conferencia Nacional. Por ello, y cumpliendo con su carácter de destacamento burgués en las filas revolucionarias, los detritus revisionistas acaudillados por Altamira y Max se apandillaron para desatar un movimiento fraccional oportunista de derecha con el protervo afán de dividir a nuestra vanguardia proletaria. Para sus oscuros fines, nuestros residuos revisionistas acudieron al maniobreo, al chisme y a la calumnia —métodos en los que son expertos y probados—, violaron las normas marxista-leninistas de organización pretendiendo hasta usurpar la dirección nacional, y se lanzaron con furia a sabotear y atacar los acuerdos de la V Conferencia Nacional.

Mas la traidora labor fraccional mereció el inmediato y aplastante repudio de la militancia de todo el país; y aún en los lugares en que sus parientes o sus títeres pudieron haberles prestado algún mínimo apoyo, nuestros jruchovistas metidos a revolucionarios sufrieron dura derrota y descalabro. Todo el Partido respondió con decisión cerrando filas sobre la base de los acuerdos de la V Conferencia y en torno a la dirección nacional surgida de ese evento, a la vez que se levantó fuerte y gran clamor pidiendo sanciones ejemplares para los incurables revisionistas que habían sobrevivido a la depuración anterior de nuestras filas.

EL XIX PLENO ES OTRO PASO ADELANTE

La Comisión Política, consciente de su deber, atenta a la opinión de las masas del Partido y luego de haber tomado las medidas necesarias y previas que las circunstancias requerían, llamó a un Pleno del Comité Central para analizar la situación y aplicar las determinaciones que el momento exigía; así, a mediados de marzo se realizó el XIX Pleno del Comité Central, ampliado con los responsables y secretarios de organización de los comités regionales. En este Pleno nuestro Partido ha dado nuevamente un paso más y grande hacia su superación y desarrollo; el Pleno demolió ideológicamente todas las tesis del poltrón oportunismo que sustentaban sus ideólogos en sus panfletos; amplia y pacientemente fueron descubiertas todas las aberraciones contrarrevolucionarias con que los agentes burgueses quisieron envenenar a nuestra militancia, a la vez que se denunciaron y analizaron las traiciones y liquidacionismo de Altamira, Max y sus secuaces. El Pleno, consciente de su responsabilidad y seguro de la justeza de su causa, y teniendo en cuenta la magnitud de la traición, decretó la expulsión de los cabecillas, títeres y segundones más redomados del movimiento fraccional oportunista de derecha. Así,

el Partido Comunista Peruano ha aplastado en lo fundamental a este movimiento fraccional y ha arrojado de sus filas a estos agentes de la burguesía, denunciándolos ante las masas populares y todos los revolucionarios para que sean conocidos bajo el estigma de traidores al movimiento proletario y a la revolución peruana. De esta manera, el PCP depura sus filas de agentes del enemigo de clase, fortalece la lucha revolucionaria y desenmascara a los traidores ante el pueblo para que se cuiden de ellos y sus fechorías.

El Pleno se dedicó, también, a resolver difíciles problemas pendientes. Central importancia mereció el tratamiento del problema de la Juventud Comunista Peruana, la que precisamente sufrió las consecuencias de la repercusión de las acciones liquidadoras del grupo fraccional en las filas del Partido, máxime cuando lograron, los hoy expulsados, capturar puestos de dirección nacional sirviéndose de haber gozado en una ocasión de su eventual mayoría; todo esto antes de la V Conferencia. El Pleno dio a este problema una solución justa y necesaria, abriéndose en consecuencia amplias posibilidades para que la Juventud Comunista Peruana reinicie su camino de desarrollo y fortalecimiento para que cumpla su irrenunciable papel de fuerza auxiliar de su partido, el PCP.

Además, el Pleno fue unánime reafirmación de la línea política, línea que, se comprobó, ya empieza a dar sus resultados en los distintos campos de la acción partidaria, especialmente en el trabajo de masas; por lo cual, decisión general fue la de luchar tenaz, decidida y audazmente por la aplicación sistemática de los trascendentales acuerdos de la V Conferencia Nacional; señalándose que la aplicación de dichos acuerdos es la manera más eficaz de proseguir el aplastamiento del movimiento fraccional a la vez que es tarea urgente para hacer de nuestro Partido el instrumento potente en la lucha revolucionaria en todas sus formas, particularmente en la lucha armada.

Finalmente, el Pleno expresó su total adhesión a la dirección nacional surgida de la V Conferencia y confirmó todas las medidas tomadas por la Comisión Política en defensa de la pureza del marxismo-leninismo.

Por otro lado, el Pleno representa una normalización de la vida orgánica, en cuanto importa la celebración de reuniones del Comité Central, reuniones que durante largo tiempo, bajo falsos pretextos y maquinaciones, fueron desconocidas y olvidadas; ahora, la dirección nacional ha puesto nuevamente en marcha la celebración de estas reuniones,

mostrando a todas luces que la línea política adoptada en nuestra última Conferencia Nacional representa, también, el respeto y funcionamiento de los distintos organismos partidarios, especialmente los de dirección, así como la vuelta a la aplicación de los métodos marxista-leninistas; teniéndose presente que esta es la forma de vitalizar y fortalecer la vida orgánica de todo partido revolucionario que realmente sea tal.

En conclusión, el XIX Pleno del Comité Central del PCP significa el desarrollo pujante y la vigencia de los acuerdos de la V Conferencia Nacional y, al arrojar de nuestras filas revolucionarias a los fraccionalistas oportunistas de derecha, permite un desarrollo ascensional para que nuestro Partido gane en la lucha el glorioso y heroico título de vanguardia organizada de la clase obrera; así el PCP cumple el principio de crecer y fortalecerse depurándose.

El último paso dado en el Pleno, por tanto, no puede ser otra cosa que muestra palmaria de la firme decisión de perseverar, pese a quien pesare, en el luminoso y justo camino de José Carlos Mariátegui; indudablemente, los pasos que nuestro Partido está dando son consecuencia necesaria de haber vuelto a afincarnos firme y decididamente en el camino que abrió nuestro maestro y fundador; a él, a su preclaro pensamiento, a su lucha y a su ejemplo debemos acudir para retomar en sus fuentes mismas el impulso de desarrollo y superación de nuestro PCP.

Sabemos bien que el camino recién lo retomamos; sabemos bien que nuestros pasos actuales deben ser seguidos por otros más importantes y necesarios, los que inevitablemente debemos dar para cumplir nuestra tarea revolucionaria. Pero estamos seguros de que nuestros pasos y nuestras luchas seguirán camino firme si, firmes en el camino retomado, perseveramos y desarrollamos la trocha revolucionaria que abrió el Amauta. En resumidas cuentas, al XIX Pleno del Comité Central debemos considerarlo como un homenaje que la militancia rinde a su maestro y debemos tener al Pleno como una promesa de cumplir hasta el fin las metas que al Partido Comunista Peruano dio su fundador, inspirador y guía, José Carlos Mariátegui.

TÚPAC AMARU, HÉROE POPULAR REVOLUCIONARIO[1]

Mayo de 1966

Un viernes 18 de mayo de 1781, en la plaza del Cusco, la barbarie sanguinaria del colonialismo español, odio ciego propio de los sistemas condenados a muerte, se cebaba con sádica crueldad en el más grande héroe popular que ha producido nuestro pueblo: JOSÉ GABRIEL TÚPAC AMARU.

Nuestra patria entonces oprimida por España, como hoy por los Estados Unidos, padecía la brutal explotación hispana, opresión que doblegaba duramente a nuestras masas populares, especialmente al campesinado, esto es a las inmensas mayorías indígenas que morían en los repartimientos, en las minas y en los obrajes, masas que con su sudor, unido al de sus hermanos de América, sostenían la opulencia decadente del Imperio español; el colonialismo hispano, a través de tres siglos de explotación, se hundía en la crisis general de su putrefacto imperio y «sudaba sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza», la sangre de los millones de indígenas que había torturado a través de los siglos.

Contra esta pesadilla de sangre y explotación se levantó Túpac Amaru. Las masas campesinas, cansadas de tanta opresión y no teniendo más camino para hacer valer sus derechos, empuñaron las armas y se atrevieron a luchar; en Tinta encendieron el fuego revolucionario que se extendió rápidamente amenazando de muerte al colonialismo español. Y este gran fuego revolucionario tuvo una antorcha gloriosa que aún hoy, pasados ciento setenta y cinco años, y pese a toda la infame conspiración del silencio y mixtificación que se ha levantado en su contra, sigue ardiendo y viviendo en el corazón de nuestro pueblo oprimido y seguirá

[1] Publicado en *Bandera Roja* N° 21.

hasta que la revolución peruana destruya a los explotadores de ayer y de hoy y redima a nuestro pueblo todavía oprimido.

Está ya bastante claro, pese a toda la mentira tejida y a toda la tergiversación reaccionaria, el profundo contenido social del movimiento tupacamarista; la extinción de corregimientos, destrucción de obrajes, de mitas y cancelación de tributos, alcabalas y demás cargas que España imponía a nuestro pueblo, así como la ofrecida libertad de los esclavos, es muestra grandiosa de la concepción social del movimiento. Por otro lado, está esclarecido el pensamiento político que guiaba a Túpac Amaru y sus seguidores, pensamiento político que se va mostrando con cautela y prudencia al principio, para no asustar a los timoratos, hasta expresar sus claras ideas separatistas de España después de la consecución de sus resonantes triunfos en el sur peruano. Todas estas características, la magnitud y repercusión continental de la insurrección de 1780, hacen de este levantamiento el más grande movimiento social de la América colonial, movimiento sin igual, aún hoy, y cuya grandeza e importancia recién nuestro pueblo empieza a comprender y a asimilar, ahora, precisamente, cuando nos hallamos en la encrucijada histórica de luchar hasta el fin por nuestra liberación nacional.

En estas circunstancias, ¿qué lecciones podemos sacar de la insurrección de 1780 y de Túpac Amaru?

En primer lugar, la insurrección de Túpac Amaru fue un inmenso levantamiento campesino en el cual las masas más oprimidas de nuestro pueblo, las capas más pobres de nuestro campesinado se atrevieron a combatir y nos dieron el mayor levantamiento campesino de nuestra historia. Este movimiento nos muestra a las claras el poder y pujanza de la lucha campesina y es, junto con los otros levantamientos campesinos de nuestra historia, experiencia propia que nos debe servir para nuestras acciones futuras, a la vez que es fuente de inspiración revolucionaria, aliento y confianza en el poder combativo de nuestro pueblo.

En segundo lugar, fue una lucha llevada con las armas en la mano; el campesinado encontró que frente a la opresión colonial española, como frente a cualquiera otra, la única forma de hacer valer sus derechos, conquistar sus reivindicaciones y defenderlas es oponiendo la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria; las masas campesinas comprendieron, a través de sus infructuosas luchas contra la explotación feudal que imponía el colonialismo español, que no tenían más camino que

armarse para acabar con toda la odiosa explotación que los sumía en una ignominia de siglos.

En tercer lugar, el movimiento insurreccional, a través de sus dirigentes, particularmente Túpac Amaru, buscó nuclear a todos los que sufrían explotación y opresión, por eso llamó a cerrar filas a los mestizos y criollos e, incluso, lo que fue visión política magistral, llamó a los negros ofreciéndoles la libertad. De esta forma se pretendía aislar al enemigo más odiado y reducirlo en número, los españoles que ejercían y representaban el poder colonial hispano.

En cuarto lugar, la insurrección tupacamarista no se constriñó a los límites del virreinato peruano, sino que trascendió al Alto Perú (Bolivia), a la Argentina de hoy, a Quito, a Nueva Granada (Colombia y Venezuela) y aún sus ecos llegaron hasta México. De esta forma unió a los pueblos hermanos de la América colonial infundiendo calor a sus propias luchas, pues el destino de todos nuestros pueblos estaba unido porque no era sino uno su enemigo común, la España colonialista de entonces, como hoy lo es el imperialismo norteamericano.

En quinto lugar, que el pueblo a través de sus luchas crea y produce a sus dirigentes y conductores, los que son tales porque le sirven consecuente y decididamente y porque son los más fieles intérpretes de los intereses populares.

Y, finalmente, revela la bárbara y despiadada represión que son capaces de desatar las clases explotadoras de todas las épocas de la historia cuando ven amenazado su poder e intereses.

Estas son algunas de las lecciones históricas básicas que debemos extraer del inconcluso movimiento tupacamarista.

Y esta grandiosa insurrección campesina de 1780 tuvo un jefe y conductor extraordinario, un recio hijo de la fuerte e indestructible raza de los explotados en eterna lucha contra los explotadores: José Gabriel Túpac Amaru. De las llamas mismas de la lucha insurreccional, surge imbatible la figura heroica de Túpac Amaru para alumbrar nuestro camino revolucionario a despecho del tiempo y latir pujante en el corazón invicto de nuestras masas que reinician su largo proceso revolucionario. Túpac Amaru se levanta hoy ante nuestros ojos como ejemplo nítido y contundente de firmeza y decisión revolucionaria; su vida muestra la dedicación absoluta a su causa, a la sagrada causa de servir de todo corazón al pueblo, a su pueblo oprimido y humillado que aún espera la

hora de su redención concreta y real. Túpac Amaru es hoy para todo revolucionario un vívido ejemplo al que hay que emular en integridad, firmeza, consecuencia, decisión y combatividad revolucionarias; incluso, su conducta en prisión ante la siniestra tortura colonial, similar a los «científicos» métodos de hoy, es insuperable ejemplo de comportamiento revolucionario: antes sucumbir que delatar. La muerte misma de Túpac Amaru nos muestra claramente el odio despiadado y ciego que tienen todos los reaccionarios a los luchadores consecuentes y, ayer como hoy, a los extremos de sangrienta barbarie que son capaces de llegar para destruir a los combatientes revolucionarios y borrar su luminoso ejemplo; pero, precisamente, la muerte de Túpac Amaru nos demuestra cómo los héroes populares surgen indestructibles mientras sus victimarios son lapidados bajo la montaña de sus propias iniquidades.

Por ello, en este nuevo aniversario de la muerte de José Gabriel Túpac Amaru, todos los revolucionarios y progresistas debemos recordar, meditar y extraer las lecciones históricas aplicables a nuestro proceso revolucionario para que nuestra misma historia patria nos sirva de ejemplo y fuente de inspiración y para que sintamos más fuertemente el poder revolucionario profundo que encierra nuestro pueblo. También nos debe hacer pensar esta fecha en la necesidad de estudiar nuestra historia desde un punto de vista clasista proletario para encontrar las raíces mismas de nuestra nacionalidad oprimida y las fuentes ocultas del poder inconmensurable del pueblo, poder que todos los revolucionarios estamos llamados a despertar y canalizar para barrer con toda la opresión y explotación que aún soporta nuestra patria y así culminar con nuestro incontenible proceso revolucionario.

Por último, sirva este aniversario para recordar cómo hasta hoy no se ha hecho justicia a nuestro más grande héroe popular, y es que los explotadores actuales, descendientes de los de ayer y su nuevo amo yanqui, nunca podrán elevar a un héroe popular al sitial que le corresponde; solo cuando el pueblo peruano triunfe, conquistando el poder para las masas oprimidas, Túpac Amaru ocupará el lugar que le corresponde en nuestra historia, y esto porque solo el pueblo puede reconocer y exaltar a un héroe surgido de sus propias entrañas revolucionarias.

¡28 DE JULIO! POSTRER DÍA DEL DESPOTISMO... Y PRIMERO DE LO MISMO[1]

Julio de 1966

Este julio se celebra un aniversario más de nuestra independencia del yugo colonial español, lo cual exige plantearse algunos problemas para la mejor comprensión y desarrollo de nuestro proceso revolucionario.

En primer lugar, debemos tener presentes las violentas luchas libradas por las masas campesinas a través de todo el coloniaje hispano, levantamientos dirigidos contra el opresivo sistema feudal imperante y contra la violencia sangrienta que el régimen estatal colonial imponía a las masas. El siglo XVIII, particularmente, es heroico y rico en estas luchas campesinas, bástenos recordar la acallada insurrección de Juan Santos Atahualpa y la gigantesca epopeya campesina de Túpac Amaru, teniendo muy presente que esta última estuvo precedida por numerosos levantamientos de menor escala en los años inmediatos al grito de 1780. Estos hechos históricos, que la reacción pretende ocultar o tergiversar, muestran a las claras que nuestras masas populares, especialmente el campesinado indígena que ha soportado la más dura explotación ayer como hoy, lucharon a través de los tiempos y a su manera, la manera del pueblo, de las masas oprimidas, de los explotados de todas las épocas de la historia, con las armas en la mano, para destruir el régimen feudal y colonial que España nos venía imponiendo desde siglos atrás.

En segundo lugar, nuestra independencia del régimen español, en sus antecedentes inmediatos del siglo XIX, es rica en conspiraciones y luchas insurreccionales entre las cuales baste mencionar las de Aguilar y Ubalde, de Francisco Antonio de Zela y la renombrada de Mateo García

[1] Publicado en *Bandera Roja* N° 23.

Pumacahua; luchas estas que confirmaron una vez más la putrefacción del sistema colonial hispano y mostraron de cuerpo entero toda la violencia sanguinaria sobre la cual se sostenía el caduco régimen que aplastaba a nuestro pueblo.

Lo anterior prueba terminantemente la lucha a muerte librada por las masas oprimidas de nuestra patria en ciernes contra el sistema feudal y colonial imperante entonces; luchas que en los textos oficiales de historia se callan o distorsionan para ajustar la historia a los intereses de clase que hoy nos oprimen. Lo cual urge, a todas luces, la necesidad de estudiar nuestra historia y replantear sus problemas para la comprensión de nuestro proceso revolucionario y su conducción más certera, mas esto solo es posible y debe hacerse partiendo desde el marxismo-leninismo, esto es basándonos en la concepción científica y revolucionaria del proletariado.

En tercer lugar, debemos tener en cuenta que, si bien la independencia del yugo colonial español se produce como remate temporal de todas las anteriores acciones, no implica el cumplimiento de las metas de las insurrecciones y revoluciones del siglo XVIII y primera parte del XIX, por cuanto no va directamente contra el feudalismo ni el colonialismo. La independencia de nuestra patria, producida cuando las revoluciones burguesas eran dirigidas y conducidas por la burguesía, no contó con una burguesía capaz de servirse del campesinado y otras clases o capas populares para destruir fundamentalmente el sistema feudal y colonial que nos oprimía. Por ello la independencia, realizada en particulares circunstancias internacionales que colocaron en grave situación a la monarquía española, solo fue la sustitución de los amos españoles por los criollos, hijos de los españoles nacidos en estas tierras americanas; así el régimen feudal quedó intacto, y los nuevos amos, que ya lo eran antes solamente que bajo el control español, siguieron usufructuando el caduco sistema heredado al cual introdujeron algunas modificaciones formales; en esencia, todo seguía igual para las masas, especialmente para las inmensas mayorías campesinas. Fue, pues, la sustitución de los amos viejos por sus hijos más jóvenes y briosos dispuestos a disfrutar de un poder absoluto y total; y así lo hicieron.

En cuarto lugar, la independencia, al no romper el feudalismo imperante, tampoco posibilitó el acabar con el sistema colonial en nuestro país. Y desde el mismo comienzo de la independencia se ve la mano del capitalismo inglés iniciar su penetración, penetración que se fue reforzando hasta dominar ampliamente nuestra economía en la segunda mitad

del siglo pasado; dominación que sería desplazada después por la del imperialismo norteamericano.

A la luz de lo dicho ¿cómo nos encuentra este 145 aniversario de nuestra independencia del régimen colonial español? Pues bien, no habiendo la independencia introducido las trasformaciones de fondo contra el feudalismo y el colonialismo, hoy nuestro Perú, a través del período republicano, ha devenido en un país semifeudal y semicolonial, y si el amo ayer era España hoy lo es Estados Unidos de Norteamérica que nos explota y oprime cada vez más.

Por tanto, el 28 de julio es fecha que sirve para que nuestro pueblo, tomando conciencia del semifeudalismo y semicoloniaje que padecemos, teniendo presente lo mejor del pensamiento emancipador y con el ejemplo glorioso de las insurrecciones de los siglos XVIII y XIX, profundice la lucha de clases contra el latifundismo, contra la burguesía intermediaria y el imperialismo yanqui para culminar nuestro proceso revolucionario. Pero debemos tener muy presente que, pasado ya el tiempo en que la burguesía podía conducir al pueblo, hoy la liberación nacional, que necesariamente tiene que ser hecha por la lucha armada mediante la guerra popular, solo puede ser realizada por las masas populares, especialmente el campesinado conducido y dirigido por el proletariado, y a la luz del marxismo-leninismo.

EL CAMARADA MAO, HOMBRE PENSANTE Y OPERANTE[1]

Octubre de 1966

En la dura y prolongada revolución de nueva democracia de China, se fue gestando el pensamiento de Mao Tsetung. El camarada Mao, fundiendo las verdades universales del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la revolución china, descubrió y profundizó el carácter de la revolución democrático-nacional o de nueva democracia que rige en las sociedades semifeudales y semicoloniales, el camino de estas revoluciones de «cercar las ciudades desde el campo», las leyes de la guerra popular y las tres varitas mágicas de la revolución: el Partido Comunista, la lucha armada y el frente único. Estos aportes abrieron un ancho y venturoso camino revolucionario al pueblo chino y trazaron la brillante línea roja del glorioso Partido Comunista de China, barrieron con las desviaciones de derecha e izquierda y convirtieron al camarada Mao Tsetung en el líder y gran conductor de la revolución china. En medio de esta práctica creadora, el camarada Mao hizo sus magistrales aportes al materialismo dialéctico y a la concepción marxista del arte y la literatura, los cuales se han convertido desde entonces en tesoros del marxismo-leninismo.

Con el triunfo de la revolución democrático-nacional de China y sintetizando la experiencia de 28 años de lucha indeclinable, el camarada Mao sienta la tesis de la dictadura democrática popular dirigida por el proletariado, representado por el Partido Comunista y basada sobre la alianza obrero-campesina, como forma de la dictadura del proletariado e instrumento para desarrollar la sociedad socialista. Desarrollando el análisis de la sociedad socialista, retomando a Marx y Lenin y profundizando sus tesis, plantea la lucha de clases en la sociedad socialista y las formas de llevarla a cabo, la larga duración de este período transicional en que

[1] Publicado en *Bandera Roja* N° 25.

se entabla la lucha de quién vencerá a quién entre el capitalismo y el socialismo, la lucha contra el restablecimiento pacífico del capitalismo y las formas de combatirlo, así como la tesis de construir el socialismo en todos los campos, teniendo presente siempre la lucha de clases y la necesidad de poner, en todo momento y en todo, la política en primer plano como forma y medio de garantizar el llevar hasta el fin la revolución y no detenerse en medio camino.

Combatiendo al imperialismo y los reaccionarios, el camarada Mao establece la tesis leninista de que el imperialismo y todos los reaccionarios son tigres de papel, enseñándonos a despreciarlos estratégicamente porque la historia los ha condenado a desaparecer, a la vez que a considerarlos con prudencia en la táctica por cuanto su hundimiento y desesperación los torna capaces de la mayor crueldad e iniquidad; que la naturaleza del imperialismo no cambia ni puede cambiar, pues corresponde a su esencia, la explotación y la guerra para sostener su opresión sobre los pueblos; que el imperialismo norteamericano es el peor y más sangriento enemigo de los pueblos del mundo y que contra él todos los pueblos ya forman un frente único.

Combatiendo indoblegable junto a los pueblos oprimidos por el imperialismo y sintetizando la experiencia de los movimientos de liberación nacional, el camarada Mao Tsetung ha sentado la tesis marxista-leninista de que «el viento del Este predomina sobre el viento del Oeste», esto es, que la fuerza del campo revolucionario es mayor que la del campo reaccionario y que cada día lo será más, por cuanto lo nuevo nunca ha sido derrotado por lo viejo, y lo nuevo está representado por el socialismo y las fuerzas revolucionarias, en tanto que lo viejo son el imperialismo y todos los reaccionarios; que mientras los imperialistas y todos los reaccionarios están sujetos a la ley de causar disturbios y fracasar y volver a causar disturbios hasta su fin, la ley del pueblo es combatir y fracasar y combatir de nuevo hasta el triunfo final; que la guerra popular es imbatible y que ella conduce inevitablemente al triunfo de los pueblos oprimidos y a la derrota del imperialismo, y por más que la guerra popular siga un camino largo y sinuoso y en él se den triunfos y fracasos, al final el pueblo triunfará.

En su lucha por el desenmascaramiento y aplastamiento del revisionismo contemporáneo, el camarada Mao, como en su época Lenin, ha destruido ideológicamente al revisionismo jruschovista encaramado en la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética —demostrando la traición y abandono que los jruschovistas, con o sin Jruschov, han

hecho de los principios del marxismo-leninismo— y desenmascarado su colusión con el imperialismo norteamericano por el reparto del mundo; ha analizado las causas internas y externas del jruschovismo y nos enseña los modos de combatirlo y cómo, de la lucha contra este revisionismo, el marxismo saldrá fortalecido ideológicamente, los partidos comunistas más firmes y la lucha revolucionaria tendrá un mayor impulso y vigor ideológico y político; y que, como sus antecesores, el revisionismo jruschovista está condenado a la derrota y el marxismo-leninismo a lograr un nuevo y gran desarrollo.

Así, naciendo de las entrañas mismas de la lucha revolucionaria contemporánea, el pensamiento de Mao Tsetung es la expresión objetiva de las leyes de la revolución de nueva democracia, de la construcción de la sociedad socialista, análisis de la naturaleza y esencia del imperialismo y de los reaccionarios, del desarrollo y triunfo de las luchas de liberación nacional y desenmascaramiento de las causas y esencia del revisionismo contemporáneo. Por todo ello, mientras el pensamiento de Mao anida en el corazón de los pueblos y arma la mente de todos los revolucionarios, los imperialistas, particularmente el imperialismo yanqui, los reaccionarios y los revisionistas jruschovistas odian aterrorizados y atacan con violencia demencial al marxismo vivo de nuestro tiempo; pero este odio es buena confirmación de su justeza, y el calor con que lo recibe el corazón de los pueblos es gran prueba de su autenticidad revolucionaria.

Por todo lo dicho, y por más que alboroten y griten los traidores jruschovistas, sus títeres y sus aliados yanquis, el pensamiento de Mao Tsetung «es el marxismo-leninismo heredado y desarrollado de manera genial, creadora y general en esta época en que el imperialismo se precipita a su colapso total y el socialismo avanza hacia la victoria en el mundo entero; es la cumbre del marxismo-leninismo de nuestra época».

LA GRAN REVOLUCIÓN CULTURAL PROLETARIA PROVOCA PÁNICO EN REVISIONISTAS CRIOLLOS[1]

Diciembre de 1966

Marx nos enseñó que entre la sociedad capitalista y la socialista hay un largo período de transición en el cual se transforma revolucionariamente la primera en la segunda; y Lenin nos dijo que, tomado el poder, la lucha proletaria no termina, sino que la lucha de clases continúa: «Es la lucha de clases del proletariado que tiene por objeto impedir el regreso de los antiguos explotadores», precisando nítidamente que a ella tenemos que subordinar todos los intereses.

Este es el criterio marxista-leninista que guía a la Gran Revolución Cultural Proletaria que actualmente vive la República Popular China; estos principios, firmemente seguidos y desarrollados creadoramente por el querido y respetado líder camarada Mao Tsetung, son los que aplican triunfalmente las inmensas masas del pueblo chino, firmemente orientadas por el probado y correcto Partido Comunista de China. Este gran movimiento sin paralelo en la historia ha sumido en la confusión y el pánico a los imperialistas, a sus aliados, los revisionistas contemporáneos, y a todos los reaccionarios del mundo, por cuanto las masas chinas con su destacamento de choque —la ardorosa y denodada Guardia Roja—, armados y guiados por el rojo y brillante pensamiento de Mao Tsetung, están cumpliendo las tareas señaladas por el XI Pleno del Comité Central del Partido Comunista de China: primera, aplastar, a través de la lucha, a los dirigentes que siguen el camino capitalista; segunda, repudiar y criticar la ideología burguesa y a sus «autoridades» académicas; y tercera, transformar revolucionariamente la educación, la literatura, el arte y to-

[1] Publicado en *Bandera Roja* N° 27.

dos los demás planos de superestructura que no correspondan a las bases socialistas de la economía.

Y estas tres tareas están siendo cumplidas exitosamente por las masas revolucionarias, éxitos que más sumen en el terror a los reaccionarios, imperialistas y revisionistas, quienes coludidos han desatado gigantescas y sistemáticas campañas contra la República Popular China, contra el Partido Comunista de China y contra el invicto pensamiento del camarada Mao, así como contra la Guardia Roja. Con ello buscan desprestigiar la revolución en ascenso, ensombrecer el marxismo-leninismo y contener a los pueblos; pero todo su esfuerzo será vano, como vano es querer contener un torrente con las manos.

Los revisionistas criollos, siguiendo el «bastón de mando», también se han unido a la campaña difamatoria y traidora; en la publicación *Unidad*, los Del Prado, Acosta y demás comparsa han insertado una llamada «declaración» de su «comisión política». En ella, como es su método y el de muchos oportunistas, hacen multitud de afirmaciones sentenciosas sin más, mienten simple y descaradamente para que algo quede; así pretenden enlodar la revolución cultural y servir a sus amos. Analicemos algunas de sus afirmaciones.

Dicen, estos revisionistas criollos, que los sucesos de la República Popular China son la «culminación de una línea falsa», culminación de la labor «contra la unidad del movimiento comunista internacional». He aquí una grande y desvergonzada mentira. ¿Quiénes han atacado a los partidos de Albania y China en los congresos de los partidos comunistas?, ¿quiénes introdujeron tan perversos métodos?, ¿quiénes convocaron reuniones escisionistas?, ¿quiénes subvierten el orden interno de los partidos que no se les someten?, ¿quiénes rasgan sus vestiduras clamando e invocando derrocar a la dirección del Partido Comunista de China?, ¿quiénes han clamado, el 27 del mes pasado, por que se unan fuerzas para frenar a la República Popular China y a su política consecuente y revolucionaria? Ya todo el mundo lo sabe: no hay más escisionistas que los revisionistas contemporáneos acaudillados por la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética; ellos y sus secuaces hipócritamente hablan de unidad, pero de hecho rompen y conspiran contra la unidad del movimiento comunista internacional.

Dicen, los revisionistas de Del Prado, que la revolución cultural está destruyendo las obras de «geniales creadores» y que la transformación de la conciencia de los hombres es lo que más demora. Repiten puras

mentiras cuando, copiando a la prensa reaccionaria, dicen que la Gran Revolución Cultural Proletaria va contra el legado cultural de la humanidad. No, el movimiento que vive la República Popular China no tiene como meta destruir lo antiguo sino crear lo nuevo; el socialismo tiene que desarrollar la cultura proletaria, no puede simplemente quedarse en la adoración de los logros antiguos, no puede simplemente elevar incienso a Shakespeare, Beethoven o Miguel Ángel, pues estos, por muy grandes artistas que hayan sido, hicieron su arte según un criterio de clase que no es el del proletariado. Así pues, al proletariado le corresponde desarrollar lo propio, lo peculiar, lo suyo; para ello, claro está, tomará lo mejor que la antigüedad le legue, pero lo transformará según sus necesidades y para cumplir sus propios fines de clase. Y esto es lo que está sucediendo con la revolución cultural; pero, además (y esto nos lo enseñó Marx, después Lenin y hoy lo desarrolla Mao), hay que combatir y se combate los resabios de la cultura anterior y a los que pretenden reimponerla en la sociedad socialista, pues si se les permitiera se estaría abriendo las puertas a la contrarrevolución. Que la transformación del alma de la gente requiere de largos años, pues esto es precisamente lo que decimos los marxista-leninistas. Pero una cosa nos diferencia de los traidores revisionistas: es que, afirmando este principio, desarrollamos una larguísima lucha para lograr la transformación radical de la gente y no abandonamos el camino a la mitad; y esto es lo que se está haciendo en la República Popular China: cambiando el alma, pero haciéndolo de verdad y no solo de palabra; más, esta transformación se hace a través de la lucha y con la movilización de las masas, porque son ellas y solo ellas las que pueden liberarse a sí mismas y nadie las puede sustituir en su tarea revolucionaria. Por ello la Gran Revolución Cultural Proletaria ha sido puesta en manos de las masas, lo cual es correcto, lo cual es revolucionario, lo cual es marxista-leninista y únicamente puede asustar a los que temen a las masas porque sus intereses son contrarios a los de las masas.

Dicen, los adoradores del «bastón de mando», que la Gran Revolución Cultural Proletaria no ayuda a la lucha contra el imperialismo porque, alegan, se realizan actos hostiles contra «embajadas de países socialistas» y porque se hace «campaña de calumnias y denuestos» contra la revolución cubana. Falsean como siempre. No son las protestas contra la traición revisionista ante la embajada de la Unión Soviética en Pekín lo que dificulta la lucha contra el imperialismo yanqui; no, lo que entorpece la lucha de los pueblos contra el imperialismo yanqui es la colusión de los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética con aquel,

la traición de la camarilla dirigente del Partido Comunista de la Unión Soviética que sueña repartirse el mundo con su nuevo socio y aliado. No es la República Popular China ni el Partido Comunista de China ni los camaradas chinos quienes atacan a la revolución cubana; quienes atacan esta revolución son los traficantes que aventureramente pusieron cohetes y por chantaje los retiraron, los que permitieron el bloqueo a Cuba, los que sujetan a Cuba al monocultivo y apoyan el desplazamiento de los revolucionarios por podridos revisionistas como Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez; y, además, traicionan a la revolución cubana sus propios dirigentes que, apartándose del marxismo-leninismo, se entregan a los jerarcas del Partido Comunista de la Unión Soviética y les sirven de intermediarios para difundir sus traiciones en América Latina respaldando a oportunistas y aventureros.

Dicen, los encallecidos revisionistas criollos, que la Gran Revolución Cultural Proletaria no es una lucha contra el revisionismo y que es una calumnia calificar de revisionistas a los usurpadores de la dirección del Partido de Lenin. Esto ya es el colmo; el carácter antirrevisionista de la lucha del pueblo chino y su glorioso Partido es uno de los grandes aportes del cual testifican todos los marxista-leninistas del mundo; y que en la República Popular China se está barriendo con los saldos del revisionismo en el Partido Comunista de China y destruyendo la posibilidad del restablecimiento capitalista es verdad reconocida y comprobada. Que la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética es revisionista y, más aún, que es la camarilla dirigente del revisionismo contemporáneo, está probado hasta la saciedad, así como que en la Unión Soviética se está restableciendo el capitalismo está demostrado hasta la claridad; por ello, recordemos cómo los capitostes revisionistas terminaron clamando el cese de la polémica pública, después de haberla iniciado cacareando su carácter altamente leninista. Sobre este tema se ha escrito bastante y a los revolucionarios no nos va a sorprender ni llamar a engaño la hipocresía de los actuales dirigentes soviéticos ni el cinismo para mentir que muestran los traficantes criollos.

La camarilla revisionista nativa encuentra, como sus titiriteros del Partido Comunista de la Unión Soviética, que las raíces ideológicas de la revolución cultural están en las, según ellos, erróneas tesis del pensamiento del camarada Mao. Contra la pobre e interesada posición de los revisionistas, que pretenden negar el carácter marxista-leninista creador del pensamiento del camarada Mao Tsetung, se alza la práctica revolucionaria actual que cada día comprueba y nos muestra como el marxismo-le-

ninismo siempre vivo y triunfante al pensamiento del gran dirigente del glorioso Partido Comunista de China. Por lo demás, como es su costumbre, no dicen cuáles son las tesis supuestamente erróneas que descubren los obsecuentes secuaces del pensamiento «creador» de Jruschov.

A su vez «descubren» las raíces materiales de esta revolución cultural en dificultades de la economía china; otra grandísima falsedad. La República Popular China desarrolla una poderosa economía apoyada en sus propios esfuerzos, tanto en el campo agrícola como en el industrial. El campo petrolífero de Taching y la brigada de trabajo de Tachai son muestras rotundas de los triunfos económicos de China, avances que se extienden a un pujante y sorprendente desarrollo de la ciencia y la técnica; sus asombrosos triunfos atómicos y coheteril, sus exposiciones, como la efectuada en París, y sus grandes rendimientos agrícolas son verdades simples que aplastan las mentiras revisionistas sobre las supuestas dificultades económicas de China, las que no pasan de ser enfermizos deseos de traidores y enemigos.

Lo real y concreto es que la Gran Revolución Cultural Proletaria es un movimiento revolucionario sin igual en el proceso histórico, movimiento que tiene como principio ideológico la confianza en el poder de las masas, como política el apoyarse en las masas y como método la resuelta y audaz movilización de las masas; movimiento que ha introducido nuevas formas de democracia revolucionaria, pues las masas han creado formas superiores y desarrolladas de democracia proletaria como la famosa Guardia Roja, tan combativa como combatida y temida por los reaccionarios de dentro y de fuera de China. Es particularmente expresivo el grande y destacado terror y odio que los imperialistas y los revisionistas han mostrado por la Guardia Roja, pues su terror y odio es el que sienten quienes se han distanciado de las masas y las han traicionado. Quieren los revisionistas disfrazar sus ataques a la Guardia Roja tras la careta de defensa de los principios organizativos de los partidos revolucionarios (que, según ellos, estarían siendo vulnerados por los guardias rojos) y de la democracia socialista, mas este disfraz no cuadra a quienes sistemáticamente han echado por la borda los principios de organización revolucionaria y de la democracia proletaria para sustituirlos por los principios burgueses. Su reacción ante la Guardia Roja es simple y llanamente odio y terror de traidores de las masas.

Baste lo dicho como consideraciones que debemos tener en cuenta al leer la «declaración» de los revisionistas criollos.

¡ACABEMOS CON LA SANTIFICACIÓN CONTRARREVOLUCIONARIA![1]

Abril de 1967

El 16 de abril se cumple un aniversario más de la muerte de José Carlos Mariátegui. Nuevamente los revisionistas harán sus consabidas romerías y se pronunciarán discursos gaseosos sobre el pensamiento de Mariátegui y la obra de nuestro fundador, pasado lo cual al pensamiento de Mariátegui se le volverá a relegar al olvido en que se le ha tenido pese a las inagotables invocaciones y abuso que de su glorioso nombre se haga. Así harán los traficantes este año para volver a hacer lo mismo el próximo y los venideros.

Esta práctica santificante y castradora debe acabar.

Para los revolucionarios de nuestra patria, y no solo de ella, el pensamiento de Mariátegui es algo vivo y vigente y no lo podemos reducir, como lo han hecho y continúan haciendo los revisionistas, a una simple celebración ritual y canonizante del aniversario del fallecimiento del Amauta. Para los revolucionarios peruanos, la obra del gran José Carlos Mariátegui exige perentoriamente el estudio concienzudo de sus obras y la aplicación de su pensamiento a nuestro proceso revolucionario para así continuar la lucha que Mariátegui iniciara y que nos corresponde proseguir como marxista-leninistas.

---

[1] El Partido Comunista del Perú en 1967 publicó un pronunciamiento, «¡Acabemos con la santificación contrarrevolucionaria!», llamando a terminar la quema ritual de incienso a Mariátegui una vez al año celebrando su muerte; a estudiar su pensamiento, aplicándolo; y, sobre todo, a desarrollarlo. Destaquemos, reiterando, las propias palabras del pronunciamiento: «el pensamiento de Mariátegui es algo vivo y vigente»; «desarrollar en el fragor de la lucha revolucionaria el pensamiento marxista-leninista de nuestro fundador y guía luminoso». Y especifiquemos, el término estricto de «vigencia del pensamiento de Mariátegui» comenzó a usarse en Ayacucho el año 1968. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* N° 30.

Por ello, en esta ocasión planteamos los comunistas la reivindicación del pensamiento de Mariátegui; esto implica:

- desarrollar el estudio profundo y revolucionario de las obras del Amauta;
- seguir el camino de Mariátegui llevando real y consecuentemente su pensamiento a la práctica de la revolución peruana;
- combatir a los traficantes y tergiversadores del pensamiento de Mariátegui; y
- desarrollar en el fragor de la lucha revolucionaria el pensamiento marxista-leninista de nuestro fundador y guía luminoso.

Finalmente, teniendo en cuenta lo que José Carlos Mariátegui es para la revolución de nuestra patria, desterremos la práctica de celebrar la muerte del Amauta y, siendo su pensamiento algo vivo y pujante, preparémonos a iniciar la celebración de su nacimiento el 14 de junio.

¡INICIEMOS LA CELEBRACIÓN DEL NACIMIENTO
DE MARIÁTEGUI PUES SU PENSAMIENTO VIVE
Y GUÍA LA REVOLUCIÓN PERUANA!

EL PCP Y EL PROLETARIADO PERUANO[1]

Mayo de 1967

Carlos Marx demostró científicamente hace más de cien años que el sistema capitalista engendra necesariamente al proletariado y que la misión histórica de este es destruir el capitalismo y construir una nueva sociedad para lo que inevitablemente la clase obrera tiene que conquistar el poder e instalar la dictadura del proletariado. La historia ha probado esta gran verdad. Como enseñara Marx, el proletariado tiene la misión histórica que le corresponde por su organización, disciplina, ideología y combatividad, cualidades que hacen del proletariado la clase revolucionaria por excelencia y la única capaz de dirigir la guerra de los pueblos y clases oprimidos contra sus opresores. Este papel de conductor revolucionario convierte al proletariado en protagonista insustituible y en dirigente de la lucha de clases en el mundo contemporáneo. Donde se lucha, ahí está el proletariado organizando al pueblo trabajador, disciplinándolo e iluminándolo con su ideología de clase, el marxismo-leninismo.

Esta es la clase obrera y su tarea histórica. Y ¿qué es el partido comunista?

El gran Lenin enseñó que la esencia de los partidos obreros es la «organización de la lucha de clases del proletariado con el objeto de conquistar el poder político, transferir todos los medios de producción a manos del conjunto de la sociedad y reemplazar la economía capitalista

---

[1] En «El PCP y el proletariado peruano», y con motivo del 1º de mayo, partiendo de la misión histórica de la clase obrera y su relación con el Partido, analiza la situación y lucha del proletariado a mediados de los sesenta, combate el oportunismo y llamando a forjar la conciencia de clase orienta el trabajo sindical; es un documento con posición de clase, lejos del poltrón sanchopancista reivindicacionista de la aristocracia obrera, su burocratismo sindicalista y sus «partidos obreros burgueses», cual los llamara Engels. (Nota tomada de *Memorias de Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* N° 31.

por la economía socialista»; dijo, además, que el partido comunista es la «forma superior de unión de la clase de los proletarios, el partido revolucionario del proletariado».

De estos planteamientos se desprende claramente la unidad indisoluble entre la clase obrera y su partido, entre el proletariado y el partido comunista; unidad contra la que luchan los patronos, el Estado que los representa y sus agentes los amarillos, los oportunistas, los revisionistas, los colaboracionistas de toda pelambre e infiltrados. Fácilmente se comprende que solamente la compenetración acertada entre el proletariado y su partido comunista garantiza la lucha consecuente y tenaz en defensa de los intereses inmediatos de la clase obrera.

Los principios citados, que norman la lucha de la clase obrera y su partido, fueron los mismos que José Carlos Mariátegui enseñó y practicó al organizar al proletariado sindicalmente en la Confederación General de Trabajadores del Perú y políticamente en el Partido Comunista Peruano, señalando como tarea de la clase obrera peruana la dirección clasista de nuestro proceso revolucionario a través del PCP, al que corresponde garantizar la hegemonía del proletariado en la revolución peruana. Pero estos principios básicos que sentara Mariátegui fueron abandonados y traicionados por los que falsamente se llamaron sus discípulos y seguidores, lo que es una de las causas principales de la difícil situación que soportan las masas trabajadoras nacionales.

Actualmente la clase obrera y los trabajadores peruanos en general vienen desarrollando un amplio proceso huelguístico desde agosto del año pasado sin que hayan podido lograr éxitos completos ni conquistas firmes en sus más sentidas reivindicaciones, sino que, por el contrario, esos trabajadores solo han conseguido relativos y pobres triunfos pese a las prolongadas huelgas y combativas acciones de masas que han realizado.

¿Por qué se han obtenido tan menguados logros? Sucede que el movimiento huelguístico se ha dado cuando el imperialismo y la reacción interna, a través del Estado que los representa y defiende, han desatado una ofensiva en contra del pueblo peruano; ofensiva que naturalmente tenía que centrar su golpe sobre la clase trabajadora y que se manifiesta en reducción de los salarios reales, restricciones de los derechos sindicales, violencia antiobrera, persecución de dirigentes, elevación del costo de vida y descarada parcialización de los organismos estatales en defensa de los patronos. Esta ofensiva reaccionaria tiene como fin aumentar aún

más las ganancias de los empresarios para así facilitarles el capital que les permita remachar y ampliar la explotación de nuestro pueblo; el imperialismo y las clases dominantes, la burguesía intermediaria y los latifundistas impulsan esta política antiproletaria y antipopular y amenazan con redoblarla.

Por otro lado, las organizaciones sindicales del proletariado adolecen de grandes fallas en cuanto a la conciencia de clase y formación política de los trabajadores, en cuanto a la unidad y solidez de sus organizaciones y en cuanto a sus formas de lucha. Los trabajadores deben tener presente que el primer principio del sindicalismo clasista es no confiar sino en las propias fuerzas del proletariado organizado y nunca en las promesas patronales ni en la falsa mediación de los organismos estatales; que toda lucha debe estar bien esclarecida en sus fundamentos; que las masas necesitan y esperan logros concretos y auténticos de las luchas que emprenden y que cuando se lucha constantemente hay que valorar en forma objetiva el desarrollo de la situación para saber hasta dónde se puede avanzar y qué es posible conseguir; y que en la lucha no se debe caer en formas pasivas como la huelga de hambre, pues ellas entregan la iniciativa al enemigo. Las formas activas de mítines, protestas, agitación y propaganda, toma de locales y rechazo organizado de la violencia policial son medios indispensables para desarrollar exitosamente la huelga, que sigue siendo, como dijera Lenin, una escuela de guerra y único camino para arrancar una mayor participación del proletariado en la propia riqueza que crea y que se apropian los capitalistas como plusvalía. El problema de la huelga, arma insuperable del proletariado bajo un régimen de explotación, es el de la unidad de la organización sindical, el de la planificación sistemática, iniciándola en el momento que convenga a los trabajadores y el de la justa y correcta dirección clasista.

Especial importancia tiene, en las dificultades del movimiento huelguístico, el divisionismo, la infiltración y el colaboracionismo en sus diversos matices. Los patrones y el Estado recurren a todos los medios para sembrar la división en las filas de los trabajadores y han hecho del paralelismo sindical un sistema oficialmente consagrado y sistemáticamente propiciado. La infiltración es un método policial antiguo orientado a destruir desde dentro las organizaciones de masas y a hacer provocaciones antiproletarias.

El colaboracionismo es una hierba ponzoñosa que fuertemente se desarrolla en nuestro movimiento sindical; el oportunismo y la co-

rrupción son alentados y propiciados por los patronos y el Estado; hoy vemos cómo antiguos traficantes, que ayer nomás estaban grandemente desprestigiados, pretenden levantar cabeza para seguir traicionando a los obreros. Entre las formas más peligrosas del colaboracionismo tenemos al revisionismo contemporáneo que, con gigantesca campaña publicitaria a través de su publicación llamada *Unidad*, aspira a engañar incautos y aprovecharse de la poco desarrollada conciencia clasista para sorprender a las masas proletarias y trabajadoras y servir a su amo coludido con el imperialismo norteamericano.

El antiguo amarillaje aprista sigue siendo problema para el sindicalismo nacional, amarillaje que hoy se ve reforzado desde las posiciones parlamentarias y la influencia estatal y el amplio apoyo imperialista que gozan sus organizaciones paralelas. Asimismo, el sindicalismo democristiano y acciopopulista son otras avanzadas de los patronos dentro del movimiento de los trabajadores peruanos.

Estas causas han determinado los pobres éxitos conquistados pese a las amplias luchas libradas.

En las condiciones que vive nuestra sociedad, la perspectiva inmediata es la ampliación del movimiento de la clase obrera para conseguir frenar la ofensiva reaccionaria y arrancar algunas reivindicaciones, sobre todo salariales, a sus opresores.

El nuevo ascenso de la lucha de masas que se viene debe servir para asentar el movimiento sindical sobre bases sólidas, para desarrollar en los trabajadores peruanos su auténtica conciencia de clase revolucionaria; tarea que exige plantear claramente ante los obreros peruanos que todas sus luchas, incluso las económicas, los enfrenta a su enemigo de clase, que a este enemigo solo se le puede derrotar contraponiéndole la lucha de la clase obrera en su conjunto; y que para conseguir reivindicaciones verdaderas y la liberación definitiva no hay otro camino que luchar por la conquista del poder político a la cual debe orientar toda su acción, pues esa es la única lucha central y decisiva.

Y ¿cómo conseguir una alta conciencia de clase? Lenin señaló el modo:

1. Presentando ante los obreros un claro análisis de su situación y «mediante la contribución a su lucha por sus necesidades más esenciales».

2. Contribuyendo a la organización de las masas proletarias, pensando que la organización es indispensable para servirse de la huelga.

3. Señalando el verdadero objetivo de la lucha proletaria; esto es, decir claramente a los obreros que la fuente de sus miserias está en la explotación capitalista y que esta situación se decidirá solo cuando se acabe con la propiedad privada de los medios de producción.

El nuevo ascenso de la lucha de masas proletarias debe ser crisol para forjar una central clasista obrera que siguiendo los principios revolucionarios vuelva a levantar la gloriosa Confederación General de Trabajadores del Perú que fundara Mariátegui. Pero esta tarea de honor del proletariado peruano exige perentoriamente deslindar claramente y en medio de la lucha aplicar los principios clasistas revolucionarios y combatir despiadadamente y hasta el fin al amarillaje, al oportunismo, al revisionismo y a toda laya de traficantes que corrompen y castran el sindicalismo peruano al introducir concepciones no proletarias en el seno de la clase obrera.

¡GLORIA AL PRIMERO DE MAYO!

DESARROLLAR A FONDO LA LUCHA INTERNA[1]

Mediados de 1967

Ya hace más de dos años que en el Partido se dio una nueva y correcta línea política en la V Conferencia Nacional, abriéndose así una brillante perspectiva para el desarrollo de la revolución peruana y del PCP. Sin embargo, podemos comprobar fácilmente que nuestras conquistas y desarrollo no han corrido paralelos a nuestro avance en cuanto a nuestra línea política se refiere.

Comprobamos que nuestro trabajo entre las masas es deficiente, particularmente entre el proletariado, y que las organizaciones obreras, campesinas, estudiantiles no tienen la organización ni la combatividad revolucionaria que el grado de desarrollo de las condiciones objetivas exige de los organismos de masas, pese, claro está, a las amplias luchas que las masas trabajadoras y estudiantiles de nuestra patria vienen dando; lo cual implica que el Partido, principalmente, no está cumpliendo correctamente el papel que le corresponde en la organización, politización y dirección de las masas revolucionarias.

Por otro lado, nuestra tarea de construcción del frente único tampoco la estamos cumpliendo debidamente; los trabajos partidarios en este aspecto están estancados por concepciones erróneas sobre para qué fin crearlo, a quién unirse y cómo construir el frente. No obstante algunas tareas cumplidas en este campo, reina, pues, confusión y pasividad, así

---

[1] Nos plantea la cruda realidad sobre el Partido, el frente único y la fuerza armada, y la causa del mal: el revisionismo; y, lo que es de trascendencia, resalta el maoísmo, en lenguaje de ese tiempo: «nos basamos [...] en el pensamiento del camarada Mao Tsetung, el marxismo-leninismo de nuestra época» [...] es, en concreto, un balance de la situación del Partido y sus tareas. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).
Publicado en *Bandera Roja* N° 35.

como falta de iniciativa en nuestras filas, lo que es aprovechado por organismos seudorrevolucionarios para activar en contra nuestra y desorientar y escindir a las masas.

En lo referente a la construcción y desarrollo de la fuerza armada, tarea señalada como principal por la V Conferencia Nacional de nuestro Partido, simple y concretamente no la estamos desarrollando como tal, no le damos la importancia que tiene; llanamente, ni por la cantidad ni calidad de esfuerzos dedicados a esta tarea podemos decir que la realizamos como la principal. Además de que al trabajo campesino, que le sirve de base, tampoco se le presta la importancia que exige.

Finalmente, el Partido mismo no es la organización que nuestro proceso exige hoy; nuestras formas de lucha y organización, nuestros métodos de dirección y estilo de trabajo mantienen formas y métodos que no corresponden a un partido marxista-leninista, y su supervivencia no puede menos que aherrojar al Partido, esterilizando sus luchas y frutos; esto, pese a los esfuerzos que los organismos y la militancia realizan para cumplir las tareas de la V Conferencia Nacional. Además, el sistema de organización es totalmente caduco respondiendo a un partido electorero como el revisionista del cual procedemos; nuestro Partido todavía no centra su actividad en el campo, lo cual es una grave inconsecuencia de principio, pues como organización marxista-leninista en un país semifeudal y semicolonial nuestro centro es el campo para así desarrollar el trabajo campesino, base indispensable de la organización y desarrollo de la fuerza armada; súmese a eso nuestra poca vinculación con las masas en cuanto difusión de nuestra posición, línea y políticas. Nuestra propaganda y agitación son realmente deficitarias y tienen muy graves fallas, a lo que hay que añadir falta de asimilación ideológico-política en nuestra militancia; reducida militancia obrera; grave problema de dirección, especialmente en cuanto a selección del núcleo dirigente, y fallas de orientación y dirección especialmente en oportunidad y pronunciamientos; errores en la política de cuadros; y, lo que es importante y delicado, concepciones erróneas y prácticas nocivas en cuanto al trabajo económico del Partido. Todo esto, amén de otras concepciones erróneas y prácticas nocivas, revela los males que aquejan a nuestro Partido.

Pues bien, lo anterior ¿qué revela?, ¿cuál es el fondo de esta situación? Simple y llanamente que en el Partido Comunista Peruano subsiste, resistiendo camuflada de una u otra forma, la concepción revisionista que está entrabando nuestra marcha partidaria y amenaza con pudrir a

nuestro Partido, si es que no desarraigamos a fondo las venenosas concepciones burguesas que se dan en nuestras filas como revisionismo. Este es el problema: con las sucesivas depuraciones del 64 (expulsión de la camarilla de Del Prado-Acosta-Barrio) y del 66 (expulsión de Sotomayor y compañía), no ha acabado el revisionismo en nuestras filas, sino que, no habiendo sido combatido a fondo ni eficazmente, persiste en el Partido, especialmente unido a las formas de lucha y organización, métodos de dirección y estilo de trabajo (que no hemos cambiado sustancialmente) y a los cuales se ha agregado, además, nuevas modalidades derechistas.

Este es el fondo de la lucha interna que desde hace tiempo se viene librando en el Partido, inicialmente en las esferas de dirección y hoy ya en las bases. Evidentemente que el revisionismo tiene sus manifestaciones en lo ideológico, en lo político y en lo orgánico, y que lo más palmario y notorio es el revisionismo en lo organizativo; pero esto no quiere decir que no haya concepciones revisionistas en los planos ideológico y político cuyas muestras se señalan en los documentos partidarios; además, téngase bien presente que el revisionismo en lo organizativo no es algo simple y que solo responde a la mera práctica, sino que también, necesariamente, tiene un fondo ideológico que lo anima y que es su fuente y causa. En conclusión, en nuestro Partido subsiste la ideología revisionista que no ha sido barrida totalmente, lo que está entrabando y amenaza pudrir la vida partidaria si no se le pone remedio radical y perentorio. Lo dicho no quiere decir que nuestro Partido no tenga en el momento otras concepciones no proletarias; las hay, evidentemente, pero la principal, el peligro de la hora es el revisionismo en nuestras filas, y contra él hay que centrar los fuegos para purgarlo a fondo y barrer la traba principal que frena la aplicación consecuente de la línea política revolucionaria de la V Conferencia Nacional en sus tareas centrales y particularmente en la principal; pero no simplemente para cumplir en líneas generales, sino principalmente como lo mandan los acuerdos revolucionarios de noviembre del 65.

Un paso adelante en la lucha interna ha sido la reunión ampliada de la Comisión Política. En ella, como nunca, el Partido ha hecho un análisis a fondo de la situación y los males partidarios, además de la situación política actual; asimismo, en ella se penetró más en la esencia de la lucha interna en el Partido señalándose que el derechismo concentrábase principalmente en los trabajos de organización, prensa y propaganda y sindical; y quedó expedita la lucha para ser puesta, como ya lo está, en manos de las bases del Partido para su profundización y desarrollo. La

reunión ampliada ha sido, pues, un paso positivo y necesario que marca una nueva etapa en la lucha interna: etapa de la movilización de las bases para una exitosa lucha consecuente, principista y radical.

En estos momentos en que el Partido necesita estremecerse de arriba a abajo con la lucha interna (lo que ya se está produciendo y se necesita generalizar), los enemigos del Partido nos atacarán pronosticando nuestra división y fracaso; por otro lado, los enemigos internos e infiltrados, que también los hay en nuestras filas, querrán aprovechar el momento para sembrar confusión y sacar partido con el fin de destruirnos desde dentro. El Partido todo debe estar alerta contra esas actividades y desenmascararlas abierta y decididamente para exponer a la luz a estos enemigos en filas.

Al desarrollar la lucha interna no podemos olvidar nunca la perspectiva brillante que tiene el Partido, en esto hay que insistir particularmente; tengamos presente que tenemos una línea política correcta y justa, que tenemos militancia y cuadros que quieren y persisten en la revolución; que tenemos las más amplias ligazones, como nadie, con el campesinado; que tenemos una Juventud Comunista que es una fuente y forja de nuevos militantes. Pensemos, además, que las condiciones objetivas de nuestra patria y la agudización de las contradicciones son el terreno propicio para nuestra lucha revolucionaria en la cual nadie nos puede hacer competencia por cuanto nos basamos clara y concretamente en el marxismo-leninismo y hoy, y más ahora en estos momentos, en el pensamiento del camarada Mao Tsetung, el marxismo-leninismo de nuestra época. Todo esto nos debe servir para, perseverando en el camino, no dejarnos engañar por cantos de sirena ni dejarnos desorientar, sino que, ciñéndonos más al pensamiento de Mao, demos batalla por la bolchevización de nuestro Partido y el porvenir de nuestra revolución.

En estas circunstancias, nuestra tarea inmediata y en la cual estamos combatiendo es: desarrollar a fondo la lucha interna de abajo a arriba, partiendo del remezón desde las bases para barrer profundamente el revisionismo que sobrevive en nuestro Partido y de esta forma remover las podridas trabas que estorban la aplicación consecuente, tenaz y profunda de los acuerdos revolucionarios de la histórica V Conferencia Nacional del PCP. La lucha interna ya está en manos seguras, en manos de las bases; está estremeciendo el Partido.

Desarrollemos la lucha ideológica enarbolando el marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Tsetung; saquemos adelante la ideología

proletaria centrando nuestra vista en analizar en concreto nuestros males (el informe de la reunión ampliada nos señala el camino) para descubrir el revisionismo y sus representantes grandes y pequeños; juzguemos a cada uno según sus errores y responsabilidad, apartemos a los enemigos y seleccionemos correctamente nuestros núcleos intermedios de dirección y el núcleo central. Con una correcta selección del núcleo dirigente, criticando y repudiando el revisionismo y las concepciones no proletarias, iniciaremos una amplia y profunda campaña de rectificación; así abriremos la trocha feraz para la aplicación de la correcta y justa línea de la V Conferencia.

Desarrollar la lucha a fondo contra el revisionismo es la voz de orden hoy. Los revolucionarios, los marxista-leninistas, los seguidores del pensamiento de Mao Tsetung «no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar»: la superación cualitativa, la bolchevización de nuestro Partido y el radiante camino de nuestra revolución.

COMISIÓN POLÍTICA AMPLIADA DE SETIEMBRE DE 1967[1]

Fue la más importante reunión del Partido desde la V Conferencia; a ella concurrimos los miembros de la Comisión Política y otros camaradas dirigentes, y estuvieron representadas las cuatro fracciones: la de Paredes, de «Patria Roja», la «bolchevique» y la fracción roja por mi intermedio. El objetivo era preparar y convocar el XX Pleno y debía tratarse el informe sobre la situación política, la lucha interna y las medidas para desarrollar el trabajo. La lucha se elevó y agudizó al debatirse el informe político presentado por Paredes. El problema más grave y central de su informe fue la existencia de una parte «progresista», de «burguesía nacional», en la alianza Acción Popular-Democracia Cristiana, representada por Edgardo Seoane de Acción Popular y Héctor Cornejo Chávez de la Democracia Cristiana. Esto, obviamente, era volver a retrotraer las viejas posiciones oportunistas que ya hemos analizado y, lo principal, iba directamente contra la V Conferencia. Cuestión, además, planteada analizando la situación política en la perspectiva de las elecciones generales futuras del 69. Este fue el punto de mayor convergencia de las tres fracciones contra el paredismo; y Paredes, apabullado, pretendió salir del problema invocando «enfermedad», y fallándole tal argucia recurrió a que lo mejor sería que el camarada Álvaro (mi nombre de combate) asumiera la elaboración del informe político y su presentación al XX Pleno. Naturalmente fue rechazada por todos, menos los paredistas, tan burda maniobra, pues, como se le dijera, a él —en su condición de secretario general— correspondía la obligación de resumir lo debatido y presentarlo al Pleno en el cual se discutirían las diversas posiciones.

Pero si en este punto se dio, repetimos, la mayor convergencia de las tres fracciones —«Patria Roja», la «bolchevique» y la fracción roja— contra el paredismo, arrinconándolo y poniéndolo en total minoría, la

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

divergencia de posiciones y criterios arreció al discutirse la lucha interna y las medidas para desarrollar el trabajo; esto al margen de que en «Patria Roja» se expresaban criterios contra el Presidente Mao, Mariátegui y la línea de la V Conferencia. En la lucha interna, Paredes apuntaba más a asegurar posiciones en la dirección enfilando contra Cantuarias y Paz[2], mientras «Patria Roja» se orientaba a cuestionar la dirección; en tanto que la fracción roja y los «bolcheviques» enrumbábamos hacia la defensa de los acuerdos de la V Conferencia, su desarrollo y aplicación. En las medidas, igualmente, proliferaron las diferencias de criterio —sobre la base de no prestar seria atención a la adopción de medidas efectivas en función de la línea, y a posponer las cosas para después del Pleno—, dentro del criterio, incluso sugerido, de que quizá un Pleno no sería el nivel adecuado para tratar y resolver los problemas, sino una Conferencia.

Así, en medio de divergencias y convergencias, reservas y desconfianzas se desenvolvió la Comisión Política Ampliada. Paredes se benefició de las divergencias de las otras tres fracciones entre sí y obtuvo mayoría con el apoyo de los «bolcheviques». La sesión como principal, entre las «medidas inmediatas», acordó la remoción de dos miembros de la Comisión Política, la ampliación de la misma y la incorporación a ella de dos paredistas. Paredes, pues, reforzó su control en la Comisión Política, antes muy debilitado; a su vez lo afirmó más sobre la Juventud Comunista, todo a través de maniobras y medidas administrativas en el mejor estilo revisionista de Del Prado —de las que daría mayores muestras posteriormente—, siempre bajo el lema de controlar o destruir las organizaciones. Claro está, también fue convocado el XX Pleno del Comité Central, a realizarse en diciembre del 67, con los objetivos de resolver «los problemas pendientes de la lucha interna y se tracen las políticas y tareas concretas en los diferentes planos del desarrollo partidario y fundamentalmente en lo orgánico, en lo estratégico y táctico y en la política de frente único»; una forma ambigua y hasta torcida de plantear la cuestión largamente debatida de los tres instrumentos. Obviamente, la convocatoria del XX Pleno fue positiva, pero contra su celebración ya se expresaban encubiertamente el paredismo y «Patria Roja»; no obstante, tras larga brega el evento quedó convocado y al Partido se le abrió una real posibilidad de avanzar hacia la solución de sus problemas. Mas lo realmente importante fue el amplio e intenso debate que desenmascaró las posiciones revisionistas de Paredes, así como hizo saltar las contradicciones que se

[2] Representantes de «Patria Roja».

daban en el Partido y las posiciones de las cuatro fracciones claramente esbozadas. La situación no fue lo que falsa y encubridoramente dice el documento oficial de la sesión, partiendo de «existe un peligro latente de desviación de derecha», «en lo fundamental ha sido resuelta positivamente la lucha interna», la «lucha interna significó, principalmente, problemas de conocimiento; las contradicciones fueron entre camaradas y se resolvieron satisfactoriamente». ¿Entonces, por qué las remociones de cargos a nivel de Comisión Política?

El Partido a las claras entraba a una peligrosa y explosiva situación; el fondo de todo era la total carencia de unidad ideológica y política, la línea de la V Conferencia era frontalmente cuestionada; y mientras Paredes se empeñaba en controlar el Partido a cualquier precio, «Patria Roja» tramaba por asaltar la dirección. Los «bolcheviques» mostraban, entonces, más espíritu partidario, aunque presentaban proclividades y conciliación con Paredes; sin embargo, comenzó a darse un acercamiento entre nuestras fracciones a partir de similar posición frente a retomar el camino de Mariátegui. Y en cuanto a la fracción roja, esta solo tenía una sólida base, el Comité Regional de Ayacucho, pero en él también comenzaron a expresarse problemas, como veremos posteriormente. En conclusión, el panorama se tornaba difícil y complejo, pese a la brillante perspectiva de la agudización de la lucha de clases, tal cual viéramos en el marco de la década en el país.

En la Comisión Política Ampliada tuvimos buena participación en la defensa de los acuerdos revolucionarios de la V Conferencia y más aún en la brega por su aplicación. Decimos acuerdos revolucionarios en cuanto considerábamos desde entonces que en esa Conferencia había graves errores y limitaciones, como ya dijéramos, derechistas y hasta revisionistas; a más de los dichos, el sostener la «teoría del culto a la personalidad» de Jruschov. Una prueba palmaria de nuestra defensa, desarrollo y aplicación de la V Conferencia es el documento «Medidas para desarrollar la construcción» presentado y sustentado en la Comisión Política Ampliada de 1967. En él propusimos y sostuvimos, en nombre de la fracción roja, la necesidad de barrer los rezagos revisionistas y remodelar lo orgánico, esto es desarrollar la construcción según las necesidades políticas y metas de la V Conferencia. Luchar a fondo contra el revisionismo para ajustar lo orgánico a lo político y tomar las armas en el próximo ascenso de la lucha de clases. Poner el centro del trabajo partidario en el campo y desarrollar la fuerza armada, tarea principal del Partido, para profundizar la lucha del campesinado. Aplicar el nuevo sistema de organización del Parti-

do, tomando los comités de la sierra como principales. Poner como base ideológica del trabajo partidario el pensamiento maotsetung, el maoísmo en términos de estos días. Reconstitución de los organismos de dirección y desplazamiento de la dirección nacional; problema indesligable de una correcta política de cuadros. Correcta aplicación del trabajo secreto y abierto. Reorganizar el trabajo militar sustentándolo sobre nuevo sistema de organización. Cumplir la construcción y el desarrollo de las fuerzas armadas como la tarea principal. Que «el Partido se bolchevizará y creará los poderosos organismos de la revolución solo a través de la lucha armada»; importante planteamiento que era respuesta a quienes sostenían la necesidad de tener «previos organismos», esto es contar con organizaciones plenamente conformadas antes de iniciar la lucha armada. La necesidad de profundizar la lucha de dos líneas y darle mayor importancia. Y otras medidas, entre ellas formar una Comisión de Seguridad, sobre la cual nunca nos pudimos poner de acuerdo con el secretario general ni en la Comisión Política de entonces.

Aquí cabría responder a una interrogante. ¿Qué implica el traslado de la dirección al campo?, ¿el traslado a una ciudad del interior o realmente trasladarse a una zona rural para conducir la lucha armada? Concretamente para el marxismo, el problema de la ubicación de la dirección es el de ubicarla en el lugar desde el cual pueda cumplir su función; cuestión que se resuelve según las condiciones concretas. El problema planteado en los años en análisis —como puede verse de diversos puntos del documento que a continuación transcribimos—, implicaba trasladar la dirección nacional y también las regionales para ubicarlas en los lugares, principalmente de la sierra, que permitieran poner el centro del trabajo en el campo, construir el nuevo sistema organizativo, organizar la lucha de clases del campesinado, construir y desarrollar las fuerzas armadas como tarea principal en función de iniciar la lucha armada. Lo cual no implicaba abandonar el trabajo en las ciudades, pues, como se ve en las medidas propuestas, se planteaba, por ejemplo, que un miembro de la Comisión Política asumiera la dirección de Lima; téngase presente que, si bien el trabajo en el campo era lo principal, la ciudad era concebida como trabajo complementario y necesario. Recuérdese, además, que se trata de un problema partidario, no de una cuestión individual, menos personal.

Pero, leamos el mismo documento para formarnos un juicio más claro.[3]

---

[3] Ver el documento que sigue a continuación.

MEDIDAS PARA DESARROLLAR LA CONSTRUCCIÓN[1]

Setiembre de 1967

Llevar a la práctica firme, consecuente y esforzadamente la línea de la V Conferencia Nacional, barriendo los rezagos revisionistas especialmente en cuanto a construcción orgánica del Partido y de la revolución peruana se refiere; así remodelaremos lo orgánico (1. Organismos de masas —trabajo abierto—: sindicatos, organizaciones campesinas, organizaciones estudiantiles; frente único y frentes previos; fuerzas armadas. 2. Partido —trabajo secreto—: formas de organización y lucha; métodos de dirección y estilo de trabajo).

Desarrollar lucha a fondo en todos los planos para ajustar lo orgánico a lo político teniendo en cuenta que es tarea perentoria para que el Partido cumpla su tarea de dirigir al pueblo, tomando las armas en el próximo ascenso revolucionario de las masas. Esta lucha se debe dirigir contra el revisionismo principalmente, que es el oportunismo que amenaza corroer nuestras filas, pues no se le ha erradicado ni combatido a fondo todavía.

Poner el centro del trabajo del Partido en el campo para, profundizando la lucha de las masas campesinas, desarrollar la fuerza armada que es la tarea principal del Partido. La dirección debe trasladarse al campo cuanto antes; por el momento cabe el desplazamiento parcial; las direcciones regionales también deben ir al campo.

---

[1] Una prueba palmaria de nuestra defensa, desarrollo y aplicación de la V Conferencia es el documento «Medidas para desarrollar la construcción» presentado y sustentado en la Comisión Política Ampliada de 1967. En él propusimos y sostuvimos, en nombre de la fracción roja, la necesidad de barrer los rezagos revisionistas y remodelar lo orgánico, esto es desarrollar la construcción según las necesidades políticas y metas de la V Conferencia. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

Aplicar enérgicamente el nuevo sistema de organización teniendo como comités principales los de la sierra.

Realizar una sistemática y masiva campaña de educación teniendo como meta poner la política, la línea política de la V Conferencia Nacional, al mando; la formación de cuadros es decisiva. La base ideológica de esta campaña es el pensamiento del camarada Mao Tsetung.

Redistribución de los cuadros partidarios teniendo en cuenta las múltiples tareas partidarias y muy especialmente el desarrollo de las fuerzas armadas y el trabajo campesino que es su base.

Reconstitución de los organismos de dirección:

Comité Central: todos militantes dedicados totalmente al trabajo partidario.

Comisión Política: ampliación de la Comisión Política.

Comisión Militar: camaradas dedicados fundamentalmente al trabajo militar.

Dirección Regional: reordenamiento, sobre la base de miembros de dirección nacional, de los nuevos comités regionales para que los organicen.

Desplazamiento de miembros de la Comisión Política: uno a Lima y tres a la sierra.

La reconstitución de organismos de dirección debe tener en cuenta:

- la estricta y rigurosa selección del núcleo dirigente (propuesta),
- la ubicación correcta de cada camarada en el trabajo adecuado,
- evitar la duplicidad de cargos.

Desarrollar correctamente trabajo secreto y abierto, aprestando el Partido para toda contingencia y que sea capaz de resistir toda represión y seguir dirigiendo a las masas (política y militarmente). Sobre campaña de politización y cumplimiento de tareas, depurar a la militancia a través del trabajo buscando a los rojos (calidad antes que cantidad).

Determinación de las zonas del trabajo militar. Reagrupando los cuadros (sobre las zonas que ya hay) bajo la dirección de un miembro de la Comisión Política como comisario político, levantar este trabajo sobre nuevo sistema de organización y planificando trabajo para someterlo a la Comisión Militar.

Ampliar y cumplir nuestra ligazón a las masas; para este fin capital importancia tiene prensa, esta debe ser propaganda y agitación (campañas sistemáticas de agitación).

Llenar vacíos de las comisiones de frente y sindical, ambos de capital importancia.

Trabajo campesino: debe hacerse balance y colocarlo en el centro de nuestra atención.

Ejercer efectiva y realmente la dirección del Partido sobre la Juventud Comunista Peruana. El Partido debe encargarse perentoriamente (cumpliendo acuerdos de la Comisión Política) de la dirección orgánica de la Juventud. El Partido debe dar normas sobre el papel de la Juventud Comunista en este proceso que se dará en el Partido, y cómo la Juventud Comunista participará en el desarrollo de la fuerza armada.

Hacer del desarrollo de las fuerzas armadas el trabajo principal del Partido, como manda la V Conferencia Nacional.

Todo lo anterior exige una audaz y firme promoción de cuadros.

Economía: basarse en sus propios esfuerzos. Mercenarismo y liberalismo.

Tener presente que el Partido se bolchevizará y creará los poderosos organismos de la revolución solo a través de la lucha armada (del cañón de los fusiles sale todo).

Lucha interna: profundización por Comisión Política Ampliada. Más importancia.

Trabajar con miras a celebrar el V Congreso del PCP.

Tomar acuerdos especiales sobre: revolución cultural, castrismo (Debray), OLAS[2], Indonesia, revisionismo.

Comisión de Seguridad.

---

[2] OLAS: Organizaciones Latinoamericanas Socialistas.

VIAJE A ALBANIA SOCIALISTA Y SEGUNDO VIAJE A CHINA[1]

En octubre de 1967 viajé a Albania, al V Congreso del Partido del Trabajo de Albania. Estuve pocos días en Tirana, su capital; casi todo el tiempo estuve en el Congreso y en la residencia en que se nos alojó, salvo algunas visitas, reuniones y asistencia a celebraciones oficiales, entre ellas a un gran mitin de masas al término del Congreso. Ha sido el único evento de esa magnitud al que he asistido; guardo de él un gran recuerdo, de su solemnidad, energía revolucionaria, firmeza y combatividad y frontal lucha contra el jruschovismo y titoísmo. Asimismo, de la cordial y solícita camaradería de los albaneses; igualmente de su internacionalismo proletario, como el de muchos camaradas de todo el mundo que vi o conocí allí. Y, también, ¡cuándo y dónde no las habrá!, imágenes negativas como la de Jacques Grippa, un teatral personaje belga infatuado que, poco tiempo después, resultó un oportunista de marca mayor. En el Congreso leí un saludo a nombre del Partido Comunista del Perú.

Conocí a Enver Hoxha, Mehmet Shehu y Ramiz Alía. El primero, realmente querido y respetado líder del proletariado y pueblo albanés, un gran dirigente internacional; sin olvidar sus posiciones antimaoístas que se le presentaron después y que lamentablemente fueron acrecentándose. Tuve ocasión de asistir a una reunión de camaradas latinoamericanos con el camarada Hoxha, a la sazón primer secretario del Partido; nos habló de la necesidad de volver a conformar la Internacional Comunista. Con Mehmet Shehu, entonces primer ministro, pude conversar en la recepción dada a los delegados extranjeros ante el Congreso; hablaba correctamente el castellano, lo aprendió en la guerra civil española; un recio revolucionario, recuerdo su opinión sobre América Latina: será el próximo frente de combate contra el imperialismo. Tuve una entrevista con Ramiz Alía, tercer secretario del Partido en esa época, para tratar

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

relaciones partidarias; una reunión de corte oficinesco y me pareció un eficiente administrador. Recuerdo dos conversaciones, además: una con el comisario general del Ejército Popular sobre el trabajo del Partido en el ejército; la segunda con el ministro del Interior sobre el trabajo de seguridad e inteligencia sustentado en las masas. Sin embargo, la más impresionante persona que conocí en Albania fue el gran camarada Kang Sheng, gran marxista-leninista antirrevisionista, como fue calificado en su deceso. En dos oportunidades me cupo hablar y escuchar al camarada Kang Sheng: en la entrevista que nos concedió para tratar problemas del Partido, y en una prolongada reunión con dirigentes latinoamericanos, entre los cuales nos contamos. Aún hoy recuerdo y seguiré recordando su cabal imagen de comunista íntegro hasta el fin, sus sabios consejos, comentarios y palabras ejemplares. Rendimos, una vez más, nuestro homenaje al camarada Kang Sheng, uno de los más grandes dirigentes del Partido Comunista de China.

En síntesis, mi viaje a la Albania socialista fue breve y bueno y, como dice el dicho, dos veces bueno. Renuncié a recorrer el país pues se me ofreció, como a otros; razón: retornar pronto para seguir trabajando por el XX Pleno. Pero más tardé en llegar que en volver a partir de nuevo; ahora más lejos, a China. De nada valieron mis protestas ni reclamos: nadie podía ir y el secretario general menos que nadie, tenía que rehacer el informe político para el Pleno. Al fin y al cabo, yo solo era secretario de organización y la preparación del Pleno podía prescindir de mí; eso sí, debería volver lo más rápido posible y viajar con otro miembro del Comité Central, pues el que me acompañó a Albania era necesario aquí, según se dijo. Así, con tan «fundadas» y decisivas razones de la Comisión Política, partí de nuevo a China, a donde pocos días antes me negué a ir declinando la cordial y reiterada invitación del camarada Kang Sheng.

Mi segundo viaje a China fue en octubre de 1967, en plena Gran Revolución Cultural Proletaria, cuando las masas, los comunistas y los mandos del Ejército combatían por reconquistar el poder de manos de los usurpadores revisionistas y formaban los «Comités revolucionarios de triple integración». Llevaba una misión específica: gestionar el restablecimiento de la ayuda económica que había sido suspendida. La respuesta fue negativa: el Presidente Mao había planteado, se me informó, que era erróneo seguir prestando ayuda económica de esa manera, es una forma revisionista que no sirve a la revolución sino, por el contrario, la daña; la principal forma de apoyo es hacer y desarrollar la revolución; y que cada

revolución debe apoyarse en sus propios esfuerzos, en las masas, así autososteniéndose mantendrá autodecisión e independencia política. Esa sería la política que en este punto seguiría el Partido Comunista de China de ahora en adelante. Se me preguntó, y aún oigo la interrogante y rememoro mi contestación, que es siempre la misma, la de todo comunista frente a los problemas y dificultades, solo que más firme y decidida a mayor magnitud de aquellos: «¿Qué sucederá en su Partido?, ¿habrá dificultades?»; y mi respuesta: «Los que son comunistas seguirán luchando; los que no son, se irán». Estaba plenamente de acuerdo con lo comunicado; esa sabia conclusión la veía refrendada en el mercenarismo crecido a la sombra de la ayuda económica. A mi retorno se me criticaría por no haber cumplido la misión; pero hubo más intereses creados que principios en tal ataque, y más aún de lucha sucia, el tan difundido «todo vale» burgués que también infesta a algunos en el Partido.

Mas lo anterior no fue lo importante de este segundo viaje a China. Lo principal fue ver y vivir algo de la Gran Revolución Cultural Proletaria. Mi primer contacto directo con ella se dio en Cantón y Shanghái; en esta, centro de la tormenta proletaria de enero, una bienvenida y conversación con dirigentes del Comité Revolucionario y, en la primera, una inolvidable recepción de los guardias rojos a los pasajeros llegados del extranjero. Era evidente, China era nuevamente un inmenso campo de guerra revolucionaria incruenta de grandes masas, principalmente, aprendiendo a hacer la revolución, haciéndola; ejerciendo diversas formas de violencia revolucionaria, con la protección y apoyo del Ejército Popular de Liberación y bajo la dirección del Partido Comunista de China conducido por su único Gran Timonel, el Presidente Mao Tsetung.

En Pekín volví al mismo centro en que estuve el año 65, pero mucho había cambiado para bien; el ayer tranquilo y casi silencioso recinto se había transformado en ámbito de aguda lucha, con marchas, gongs y batintines y reuniones de ardorosas consignas y debates. En todas partes, pues, ardía el espíritu revolucionario derrocando lo viejo y desarrollando lo nuevo, lo proletario. Visité diversas organizaciones de guardias rojos y en todas ellas sentíamos, en la vibrante transmisión de sus experiencias, cómo se transformaba China, la querida gran patria socialista. La experiencia más imborrable de ese segundo viaje fue la vivida en el Palacio de la Gran Revolución Cultural Proletaria, gran cuartel de los guardias rojos; en él, de labios de sus propios protagonistas masivos, bebí de la grandiosa gesta de la ola más alta de la revolución proletaria mundial. Y

admiré en su exposición, obra maestra de la propaganda revolucionaria, la lucha de dos líneas en la Gran Revolución Cultural Proletaria: la línea roja expuesta en rotundos y brillantes colores y heroicas imágenes, en la parte superior; y en la inferior, la línea negra, en colores oscuros y sombríos, de torvos y reptantes personajes y defenestrados dirigentes revisionistas y falaces «autoridades académicas». En pocas palabras, una lapidaria denuncia y aplastamiento contundente de la línea burguesa, y un canto épico a la línea proletaria.

En esta segunda visita a la República Popular China, a la socialista, a la del Partido Comunista de China y del Presidente Mao Tsetung, solicité y recibí extraordinarias exposiciones sobre el pensamiento maotsetung, la Gran Revolución Cultural Proletaria y el problema cubano. De ellas traje notas; sirvieron mucho a nuestro Partido.

Además, con dirigentes del Partido Comunista de China traté la situación del país, la revolución peruana y del PCP. Di una exposición a dirigentes y cuadros sobre esos puntos, con las consiguientes preguntas e intercambio de posiciones. A nivel más circunscrito, y de mayor jerarquía, expuse detalladamente cómo veía, principalmente, el Partido y su perspectiva. Me fueron comunicadas informaciones presentadas por dirigentes del PCP, entre ellos Paredes, así como posiciones y planteamientos que habían vertido en diversas visitas a China, preguntándoseme sobre su veracidad. Respondí aportando pruebas y analizando realidades. En síntesis, se había inflado las fuerzas y capacidad del Partido, así como su influencia sobre las masas y posibilidad de generar, en cualquier momento, un gran levantamiento campesino apoyado con fuerzas armadas partidarias. Una mentira cabal y completa. Creo que los camaradas chinos simplemente confirmaron las sospechas que ya tenían; subrayaron la responsabilidad de los dirigentes y la tarea de los comunistas, terminaron reflexionando sobre las complejidades, dificultades y riesgos a los que entraba el Partido Comunista del Perú.

Salí de Pekín la víspera del 50 aniversario de la Revolución de Octubre, el comienzo de la nueva era, la de la revolución proletaria mundial; traía las *Citas* del Presidente Mao Tsetung, y al iniciar el vuelo de retorno leí y medité lo escrito en su página 286: «Los comunistas somos como la semilla y el pueblo como la tierra. Dondequiera que vayamos, debemos unirnos con el pueblo, echar raíces y florecer con él». Ya casi veintinueve años..., en este próximo octubre 96 se cumplirán treinta años del inicio de la Gran Revolución Cultural Proletaria.

Cuando partí a China se preparaba el XX Pleno del Comité Central; cuando retorné, en sustitución del Pleno se había convocado una Conferencia Nacional, la VI, para enero de 1968, con el acuerdo de paredistas, «bolcheviques» y «Patria Roja». Había volado en pedazos la única posibilidad de mantener unido el Partido asumiendo la defensa de la V Conferencia, llevando adelante su aplicación con medidas concretas, incorporando a los mejores cuadros a los distintos niveles de dirección comenzando por el Comité Central y, profundizando la lucha de dos líneas en la práctica, avanzar en la construcción ideológica, política y organizativa en función de iniciar la lucha armada. Esa era la posición proletaria a seguir, la del marxismo, de la necesidad del Partido y la revolución en esa coyuntura del 67; y por ello, la fracción había presentado a la sesión de Comisión Política Ampliada las «Medidas para desarrollar la construcción». A todo esto servía el XX Pleno, no había otra salida; y si posponía la solución cabal del problema de dirección, promovía su fortalecimiento y la forja de dirigentes resolviendo lo que estaba maduro. Desechado el XX Pleno se abrió la explosión del Partido. La Conferencia no era la pretendida solución mágica imaginada, menos aún a tan perentorio plazo y sin preparación específica. Políticamente la solución era aplicar la V Conferencia y fortalecer la dirección incorporando los mejores cuadros, no cambiar la V ni la dirección. Pero oportunistamente algunos pensaron que la cuestión era dirimir el problema de dirección; el paredismo, insistimos, apuntó a mantener su control y «Patria Roja» a asaltar la dirección; por eso convocaron a Conferencia. Posiciones que en el fondo encerraban una línea oportunista que se fue expresando más cada vez, mostrando carencia de espíritu de partido y, en esencia, oposición al marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung. En esta coyuntura crucial, abierta la perspectiva de explosión, de división del PCP, la fracción roja mantuvo su rumbo a través de los zigzags necesarios de una situación compleja y difícil, guiándose férreamente por el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, defendiendo los acuerdos revolucionarios de la V Conferencia y sirviendo al Partido, el pueblo y la revolución.

EL OPORTUNISMO DE DERECHA DISFRAZADO DE «IZQUIERDA» DE «PATRIA ROJA»[1]

A lo dicho sobre «Patria Roja», anotemos. Sus orígenes están ligados al «autonomismo» de la Juventud Comunista, esto es a la tendencia a independizarse frente al Partido. Posteriormente, varios de sus cuadros, después de la V Conferencia, sostuvieron la inexistencia de situación revolucionaria invocando no haber grandes movilizaciones de masas, en 1966, cuando el repliegue de la lucha popular derivado de la derrota del MIR; posición errónea sostenida por ellos y derrotada en una reunión de cuadros del trabajo militar con la dirección nacional. En la revista *Teoría y práctica* —editada en esos tiempos por quienes después fueron dirigentes de «Patria Roja»— sustentaron el carácter capitalista de la sociedad peruana, levantando a su vez posiciones castristas en la cuestión militar opuestas a la guerra popular, evidentemente en contra de la V Conferencia y cuestionando abiertamente a Mariátegui y al Presidente Mao Tsetung. Concentrados en la región del centro del país, en 1967 conformaron el «Comité Regional político-militar Patria Roja», y destaquémoslo, con el aval de Paredes, quien asistió a su reunión oficialmente; forma orgánica no solo extraña sino totalmente contraria a las normas comunistas.

Así pues, a lo largo de años desenvolvieron posiciones contra el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, el pensamiento de Mariátegui y la V Conferencia; con la peculiaridad de que se autocriticaban para seguir persistiendo en lo mismo, situación que se fue agravando progresivamente. Téngase muy presente aquí lo expuesto sobre la posición de «'Patria Roja' frente al XX Pleno»[2]; y añádase lo que afirma en

---

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

[2] La convocatoria del XX Pleno fue positiva, pero contra su celebración ya se expresaban encubiertamente el paredismo y «Patria Roja»; no obstante, tras larga brega el evento quedó convocado, y al Partido se le abrió una real posibilidad de avanzar hacia la solución de sus problemas. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

su «Carta de 'Patria Roja' a la Comisión Política» del 15 de octubre de 1967 como respuesta a la petición de que la dirección nacional hiciera a las bases de opinar por escrito sobre la sesión de la Comisión Política Ampliada de setiembre; y valga precisar, fue la única opinión en tanto tal y frontalmente negadora del Partido. Sobre este dice, iniciando su carta:

> Veamos ahora. ¿Qué papel juega nuestro Partido, qué actividad y participación tiene en los actuales momentos de lucha? ¿Cómo su estado mayor o dirección maneja el timón y da las directivas y consignas necesarias para llevar las masas adelante a alcanzar victorias y evitar derrotas? Aquí la historia también se repite, somos un partido revolucionario, pero en gran parte todavía de nombre, en el papel, estamos como siempre al margen de los acontecimientos nacionales y de las grandes acciones de las clases explotadas, como soldados ausentes del frente de lucha y de las trincheras. A lo más nuestra actividad se reduce a actuar siguiendo aquel dicho popular: «A LLORAR SOBRE LECHE DERRAMADA». [...]
>
> La gravedad aumenta cuando constatamos que el Partido vive en este momento una paralización casi completa, se ha transformado en una especie de fósil antediluviano, un convidado de piedra en los acontecimientos nacionales y lo que es altamente sospechoso —mientras no se esclarezca plenamente, sin subterfugios y pretextos, tenemos derecho a dudar— es que esta situación se presenta como en épocas anteriores, justamente en momentos de suma gravedad para nuestra patria y las masas, en momentos que es más necesaria la presencia y actividad del Partido.
>
> Sobre la dirección:
>
> Camaradas, pensamos y decimos —como ya anteriormente lo hemos dicho—, la crisis del Partido es una crisis general, que alcanza a todos los niveles de este en su conjunto. Que el problema de dirección es un problema clave para el desarrollo y el carácter revolucionario del Partido y que la aguda crisis e incapacidad de esta, seguimos insistiendo, no se circunscribe a uno o dos frentes de trabajo —¿ACASO EL MOMENTO ACTUAL NO LO RATIFICA?— sino que es un problema que compete y es responsabilidad de toda la dirección. [...]

> En lo que respecta a la dirección del Partido, el problema de la incapacidad y deficiencia para cumplir la responsabilidad de orientar políticamente al Partido y a las masas, las claras desviaciones de derecha [...] no son simplemente problema de una u otra persona, simplemente de uno u otro frente de trabajo sino de la dirección como tal en su conjunto.

En cuanto a la lucha de líneas (aunque pretendiendo encubrirse): «la lucha más que un fondo y contenido ideológico reviste caracteres de lucha de grupos y personas, rivalidades por posiciones dirigentes y nada más».

> Sobre la sesión:
>
> Por lo tanto, conocedores de la realización y resoluciones de la Reunión Ampliada de la Comisión Política, en fecha reciente, el Comité «Patria Roja» acuerda:
>
> 1.- Denunciar a dicha reunión ampliada como una típica manifestación de la persistencia de la metodología no proletaria, no marxista-leninista, al tratar los asuntos del Partido.
>
> 2.- Que dicha reunión ampliada con sus reuniones y acuerdos no ha hecho más que agravar la crisis partidaria, desorientar y confundir a la militancia, ha llevado a limitar y tratar de amordazar a las bases del Partido en su intervención a la solución de la crisis interna.
>
> Finalmente, en relación con el XX Pleno acordado:
>
> Creemos honestamente que, vista la realidad del Comité Central del Partido Comunista del Perú y de la misma Comisión Política, el Pleno del Comité Central, con el carácter que se le ha programado, de ninguna manera cumplirá con las necesidades del Partido ni reflejará efectiva y plenamente la opinión de las bases, principalmente del activo revolucionario del Partido.

Y: «Resumiendo, diremos que un Pleno del Comité Central del Partido Comunista del Perú no es el evento que se requiere y la necesidad exige, hay que marchar hacia una Conferencia Nacional del Partido».

Los planteamientos de esta carta son sumamente claros; solo precisemos que al XX Pleno del Comité Central concurrirían, además de

sus miembros, los secretarios de los comités regionales y sus secretarios de organización; y debe quedar bien claro que en él todos sus integrantes tendrían derecho a voz y voto, tal como fue en el XIX Pleno, pues igualmente se acordó como Pleno Ampliado.

Y llegó enero de 1968; y lo previsible se concretó: la Conferencia Nacional fue pospuesta. En su lugar se realizó la Reunión Extraordinaria del mismo mes y año; fue el primer fruto de la supresión del XX Pleno del Comité Central y su sustitución por la Conferencia Nacional soñada, y el comienzo de la división del Partido. La Reunión Extraordinaria solo se comprende dentro del contexto y secuencia de la Sesión de Comisión Política Ampliada de setiembre 67, la convocatoria del XX Pleno, la Carta de «Patria Roja», la supresión del Pleno y la convocatoria de la Conferencia Nacional, y un cruento cuan oscuro hecho nunca cabalmente aclarado: el asalto al Banco de Magdalena, en diciembre de 1967, que implicó al Partido generando serias complicaciones.

En estas circunstancias:

> Habiendo recibido, en vísperas de la reunión de la VI Conferencia Nacional del Partido, informaciones de diversas fuentes, sobre hechos que ponían en peligro la seguridad del evento, así como el secreto partidario [...] [para] preservar al Partido [se] optó por realizar una reunión de carácter extraordinario con los responsables de los Comités regionales. (Reunión Extraordinaria de enero del 68).

Circunstancias que solo pusieron en marcha, mediante la Reunión Extraordinaria, lo ya gestado; reunión que, sin embargo, sirvió a mostrar la necesidad perentoria de profundizar la lucha de dos líneas en la práctica, pues, deslindados más los campos por la agudización de las contradicciones hasta el antagonismo, quedaron sumamente claros la situación, peligros y perspectiva del Partido Comunista del Perú. La Reunión Extraordinaria sirvió al escisionismo paredista para no citar a la reunión a los Comités Regionales del Centro («Patria Roja»), de Ica y del Norte —y asegurar más su control en función de la Conferencia que se acordó posponer—; y a los escisionistas de «Patria Roja», quienes buscaban un partido propio, dio el pretexto de lograrlo.

La respuesta de «Patria Roja» fue la llamada «Comisión Nacional Reorganizadora» y, después, su «VI Conferencia», surgiendo el «Partido

Comunista del Perú (m-l)» bajo el lema «El Poder nace del fusil», mera cobertura demagógica, como los hechos han demostrado. En cuanto al lema, digamos solo: los comunistas no tenemos sino uno, el insustituible «¡Proletarios de todos los países, uníos!». Sobre el nombre: Partido Comunista del Perú, PCP, fue acuerdo tomado por la Dirección Central para rectificar el de Partido Comunista Peruano, oportunistamente impuesto al Partido por el browderismo después de la Segunda Guerra Mundial, y se concibió adoptarlo en un evento especial pertinente; con esto también traficó «Patria Roja». Como igualmente traficó con el maoísmo: primero se opuso al pensamiento maotsetung; luego se cubrió con «El Poder nace del fusil», la cita del Presidente Mao; a continuación, asumió como membrete el maoísmo y condenó a Teng Siaoping cuando fue defenestrado en 1976; para finalmente, tras la muerte del Presidente Mao, saludar el retorno del mismo Teng a quien condenó, y ponerse a su sombra y la de los revisionistas chinos hasta hoy.

Para concluir. Conversé, en esos años, varias veces con quienes devendrían dirigentes de «Patria Roja» planteando siempre las posiciones de la fracción ya expuestas; pero no es cierto que me «ofrecieron liderar la oposición a Paredes», nuestras posiciones eran muy diferentes y contrapuestas, y lo fueron cada vez más. Que tras ellos se fuera el 60 % del Partido es simple especulación imaginaria. Y que, desde su ida a China, algunos de ellos conformaron un grupo secreto denominado «Ching Kang» —de lo cual nos enteramos muchos años más tarde por documentos de sus propias contiendas—, solo demuestra que desenvolvieron un viejo «entrismo» oportunista que, comenzando por Bakunin, llegó a Trotsky y sigue con quienes son sus discípulos.

La posición de la fracción roja, y la nuestra por tanto, ante la nueva situación surgida principalmente sobre el camino a seguir en defensa del Partido, escrita quedó en «Profundizar e intensificar la lucha interna en la práctica revolucionaria».

PROFUNDIZAR E INTENSIFICAR LA LUCHA INTERNA EN LA PRÁCTICA REVOLUCIONARIA[1]

Inicios de 1968

La lucha interna que en los últimos tiempos vive nuestro Partido es, a todas luces, un excelente proceso que está remeciéndolo en sus bases mismas; es la lucha interna más profunda e importante librada en nuestras filas y, salvadas circunstancias y condiciones históricas, tiene similitud con la heroica y luminosa lucha librada por Mariátegui para la fundación del Partido Comunista, pues nuestra lucha de hoy, como las anteriores, es para retomar el camino de Mariátegui y desarrollarlo. La lucha interna actual ha superado ya largamente, en profundidad y amplitud, a la lucha librada contra las camarillas revisionistas de Barrio-Acosta-Del Prado y Sotomayor y sus secuaces, por más que estas fueran necesarios e históricos pasos de retorno al marxismo-leninismo y vuelta al Amauta, nuestro glorioso fundador.

La lucha interna que se libra está sentando las bases sólidas de un verdadero salto cualitativo en el PCP; salto que tiene como marco la agudización de la lucha de clases en nuestra patria y el excelente desarrollo de la revolución mundial.

Dentro del desarrollo de la lucha interna que estamos viviendo, dos reuniones han tenido particular importancia: la Reunión Ampliada de la Comisión Política, de setiembre del año pasado, y la Reunión Extraordinaria, de enero del presente. En la primera, el Partido como nunca antes analizó «la situación y los males del Partido», tipificó el derechismo como la raíz ideológica de aquellos («señalándose en ella que el derechismo concentrábase principalmente en los trabajos de organización, prensa y

[1] Publicado en *Bandera Roja N° 37.*

propaganda y sindical»), y puso la lucha interna en manos de las bases del Partido; marcó así una nueva etapa en la lucha interna, «etapa de movilización de las bases para una exitosa lucha consecuente, principista y radical», como dijera la Comisión Política.

En la segunda, Reunión Extraordinaria, se da un nuevo e importante paso adelante: en esta reunión, del Secretariado de la Comisión Política con los responsables regionales del PCP, se comprueba la necesidad de desarrollar y profundizar la lucha interna, pues aún había desconocimiento y confusión respecto a problemas importantes, ya que «se constató que la naturaleza y las causas de la lucha interna no son bien comprendidas por las bases del Partido ya que subsisten todavía concepciones erróneas en torno a diversos aspectos ideológico-políticos» (Resoluciones de la Reunión Extraordinaria); siendo esta una de las razones de la postergación de la VI Conferencia. Por ello se acordó la profundización del análisis de las causas ideológico-políticas y el mayor estudio y determinación de sus características en el Partido. Asimismo, «para que la dirección nacional reúna mejores condiciones de unidad y agilidad operativa, la Reunión Extraordinaria reduce el número de miembros de la Comisión Política»; con cuya resolución se da más unidad y coherencia a la dirección nacional para el cumplimiento de sus tareas, al separar de la Comisión Política a manifiestos derechistas como H, B y A encargándose a esta Comisión Política reconstituida, dotada de «plena autoridad y facultades que pongan el acento en el centralismo, dadas las circunstancias especiales que vive el Partido, tanto externas como internas», impulsar la lucha interna en las bases y «poner en tensión todas las fuerzas para el cumplimiento de las medidas propuestas en la última parte del Informe Político, pues el aplazamiento de la VI Conferencia no implica la postergación de los trabajos y tareas del Partido».

Así pues, la Reunión Extraordinaria ha sido también un paso adelante y muy importante en el proceso de la lucha interna del PCP; particularmente se vio la necesidad de la profundización ideológico-política de la lucha y se adoptaron medidas para fortalecer el núcleo de dirección central, capacitándolo para un mejor cumplimiento de sus tareas, tanto en el desarrollo de la lucha interna como en su indesligable y perentoria plena aplicación de la línea de la V Conferencia. No es de extrañar por ello que se ataque a la Reunión Extraordinaria. Mas lo concreto es que ella fortaleció al Partido, pues llevó a una mayor agudización de la lucha interna y polarización en sus filas; ha esclarecido más la situación defi-

niendo campos, deslindando posiciones y dando condiciones beneficiosas para una mejor y mayor profundización y desarrollo de la lucha interna presente. En conclusión, la Reunión Extraordinaria ha beneficiado al Partido.

En el Informe a la VI Conferencia se plantea:

> Las contradicciones en juego son contradicciones en el seno del pueblo, son contradicciones entre camaradas y deben resolverse como tales. Pero la lucha interna es todo un proceso en el que la naturaleza de las contradicciones puede sufrir cambios. Eso depende del grado de agudización, del espíritu de rectificación de los errores y defectos, del grado de revolucionarización de cada uno de los miembros del Partido. En el curso de la lucha pueden reflejarse y aflorar hechos que denoten que las contradicciones se van tornando antagónicas.

A la vez, nos llama a estudiar el punto seis de la obra *Sobre la contradicción* del camarada Mao Tsetung.

Pues bien, después de la Reunión Ampliada, la dirección nacional ha hecho un balance de la lucha sintetizando las experiencias; y profundizando, como mandó la Reunión, en el análisis del carácter de la lucha interna, ha precisado más sus características. De esta labor, basada en la agudización y profundización de la lucha de clases dentro del Partido, se concluye clara y concretamente: la desviación derechista que se daba en nuestras filas se ha convertido en una línea oportunista de derecha; lo que era contradicción no antagónica ha devenido en antagónica, lo que era una contradicción entre camaradas ha devenido una contradicción entre nosotros y el enemigo camuflado en nuestras propias filas. Línea oportunista que niega la verdad universal del marxismo-leninismo de nuestra época, el pensamiento del camarada Mao Tsetung; desconoce la vigencia real del pensamiento de Mariátegui y niega la línea de la V Conferencia, por más que pretenda, con falsía, enarbolar banderas rojas para oponerse a las auténticas banderas rojas; línea que revisando abiertamente los planteamientos de la V Conferencia pretende, para sembrar la confusión y pescar a río revuelto, difundir la ponzoña de que la dirección nacional está revisando la línea de la V Conferencia, de la cual son falsos sostenedores y reales negadores; línea oportunista de derecha que en algunos casos se reviste de la careta izquierdizante para desorientar y diferenciarse de los otros revisionistas, pero que en el fondo no es más que oportunis-

mo derechista, revisionismo (piénsese que, en el fondo, el oportunismo de derecha y el de izquierda están íntimamente ligados por un cordón umbilical: su renuncia, oposición y sabotaje a la revolución).

El desarrollo de la lucha interna nos ha traído, pues, a establecer que su esencia es la lucha entre el marxismo-leninismo, pensamiento de Mao Tsetung y el revisionismo contemporáneo; que la contradicción principal en nuestras filas es la contradicción entre la línea proletaria de la V Conferencia y la línea oportunista de derecha que se da a la vista en lo ideológico, político, orgánico, militar y demás campos de batalla. Por lo cual, los marxista-leninistas, los seguidores del pensamiento de Mao Tsetung, del pensamiento de Mariátegui y de la línea de la V Conferencia tenemos el deber proletario de combatir hasta el fin a esta línea oportunista de derecha en lo ideológico, político, orgánico y militar hasta aplastarla cabal y totalmente; siempre guiados por la idea de que lo principal es destruirla en lo político e ideológico y, como consecuencia, desalojarla de las posiciones orgánicas que ocupa, para cortar su venenosa influencia y desarrollar nuestro trabajo revolucionario.

Esta línea oportunista de derecha se da en todo el Partido y no solo en la dirección nacional, como falsamente sostienen los derechistas para plantear, como lo hacen y difunden, una contradicción entre las bases y la dirección nacional que es para ellos la principal y cuya solución sería, según pregonan, la expulsión de la dirección nacional y su total sustitución; con este planteamiento solo denuncian su oportunista método de «golpear a muchos para salvar a pocos». La línea oportunista, repetimos, se da en el Partido y, por tanto, la batalla hay que darla, como se está dando, en el Partido; claro está teniendo en cuenta la necesidad revolucionaria de señalar y centrar los fuegos sobre los más connotados representantes de la misma, aislándolos y desenmascarándolos en sus concepciones erróneas para barrer su nefasta influencia. Esto exige tener en cuenta que los oportunistas son una minoría y que no hay que confundirlos con los camaradas que pueden apoyar esas posiciones por desconocimiento o porque han sido engañados; asimismo hay que distinguir a los camaradas que, sin apoyar la línea oportunista de derecha ni estar ligados a sus representantes, mantienen concepciones erróneas en los distintos planos por falta de conocimiento. En conclusión: combatir la línea oportunista de derecha, centrando los fuegos sobre los más destacados de sus representantes y a través de la lucha interna ganarse y esclarecer a la absoluta mayoría, partiendo de los camaradas y cuadros más firmes y combati-

vos. Todos los militantes en la lucha interna debemos comprobar nuestra calidad de comunistas, ganándonos nuevamente este glorioso título por nuestra adhesión al marxismo-leninismo, pensamiento de Mao Tsetung, al pensamiento de Mariátegui y a la línea proletaria de la V Conferencia, por su defensa concreta y activa en el crisol de la actual lucha interna y por su aplicación transformadora inmediata.

Esta es la situación actual y derivada de la Reunión Extraordinaria. Siguiendo estos lineamientos, la dirección nacional está desarrollando la lucha interna en las bases mismas para preparar adecuadamente las condiciones necesarias de la celebración exitosa de la VI Conferencia, evento que debe ser consecuencia fructífera y revolucionaria del desarrollo de la lucha interna y no simple reunión mecánica sometida a meros términos temporales. Las bases visitadas, y otras que han elevado su opinión, mayoritariamente opinan que la VI Conferencia debe postergarse y sujetar su realización al desarrollo y madurez de la lucha interna; claro está que siempre teniendo en cuenta su pronta realización. Este justo planteamiento que somete el evento a condiciones del propio desarrollo de la lucha interna va acompañado de otro, el de la aplicación inmediata de las medidas propuestas en la parte final del Informe a la VI Conferencia y al mayor impulso y apoyo, por parte de la dirección nacional, a la lucha y cumplimiento de las tareas de la V Conferencia en las bases mismas del Partido.

Teniendo en cuenta lo anterior y evaluando la situación y realidad de nuestro Partido, la dirección nacional plantea que nuestra tarea inmediata es proseguir la lucha interna elevándola a un nivel superior, elevándola a la práctica revolucionaria. Pues bien, la lucha interna se viene desarrollando cada vez mejor en nuestro Partido y estamos librando combates y cosechando éxitos en lo ideológico y político, fundamentalmente, en contra de la línea oportunista de derecha; pero esto ya no es suficiente hoy, en la actualidad se han dado condiciones básicas que exigen elevar la lucha interna a otro nivel; urge proseguir la lucha, pero transformando en la práctica revolucionaria todo aquello que no se ajuste al marxismo-leninismo. En consecuencia, hay que desatar una profunda campaña de rectificación que de hecho ya está en marcha. Tenemos que extender y ahondar nuestra lucha en el plano organizativo concreto; recordemos que el camarada Mao nos señala: «Las formas organizativas revolucionarias deben servir a las necesidades de la lucha revolucionaria. Cuando una forma organizativa ya no concuerda con las necesidades de la lucha, debe

ser abolida», y «la tarea de organización debe estar subordinada a la tarea política»; asimismo pensemos cuán vigente es para nosotros la enseñanza de Mariátegui: «No basta predicar la revolución, hay que organizarla».

Por tanto, la tarea inmediata es extender la campaña de rectificación al plano organizativo para profundizar la lucha interna en las bases mismas del Partido; plantearnos esta tarea en cuanto a la organización partidaria quiere decir: reconstituir el Partido siguiendo las orientaciones de Mariátegui y en torno a la tarea principal señalada en la V Conferencia, el desarrollo de las fuerzas armadas populares. Esto es la reconstitución del Partido, parte de la campaña de rectificación, es también parte de volver al camino de Mariátegui y por ende al marxismo-leninismo en todos los planos; y a su vez implica ceñirnos al marxismo-leninismo de nuestra época, el pensamiento de Mao Tsetung, y centrar el Partido en torno al cumplimiento de la tarea principal de la línea de la V Conferencia. Todo, pues, debe girar en torno al desarrollo de las fuerzas armadas populares, las cuales pueden ser creadas correctamente poniendo el centro del trabajo partidario en el campo, bajo el directo control y ejecución por parte de la dirección nacional y en medio de la lucha de las masas principalmente campesinas, sin cuyas fuerzas armadas será imposible seguir el camino de cercar las ciudades desde el campo creando bases de apoyo, única vía de la revolución peruana.

La perentoria reconstitución del Partido que debemos iniciar, y que de hecho ya está en marcha, implica sentar las bases de la rectificación en los siguientes puntos:

1. Sistema de organización. Nuestro Partido no puede seguir teniendo el actual sistema de organización que responde a una maquinaria electorera y en modo alguno a un Partido marxista-leninista. Nuestra tarea es construir verdaderos regionales: esto es constituir regionales en torno y que sean base de la tarea principal del Partido. No está demás sentar que los nuevos regionales hoy solo pueden ser descritos en líneas generales y que su real delimitación será producto de la práctica revolucionaria misma; de otro modo nos sumiríamos en largas discusiones sobre delimitación y pospondríamos su realización, a la vez que solo la lucha misma determinará en última instancia la precisión geográfica que no es, en modo alguno, principal sino secundaria. La determinación de regionales tiene, pues, una guía estratégica y su norma principal es el desarrollo de las fuerzas armadas populares para la guerra popular que conducirá el Partido Comunista.

En este mismo punto hay que dar principal importancia a poner el centro del trabajo partidario en el campo, lo cual implica poner en el campo las mayores y mejores fuerzas del Partido, incluidas necesariamente las direcciones tanto regionales como nacional, siguiendo la norma de poner el trabajo campesino como base y el desarrollo de las fuerzas armadas como tarea principal.

2. Estructura orgánica. En este punto es necesario destacar en primer lugar el centralismo democrático, señalando que, en nuestro país, en nuestro Partido, lo principal es el centralismo, por el carácter de secreto e ilegal que tiene nuestra organización; si no destacamos debidamente el centralismo es imposible que podamos cumplir las tareas perentorias e impostergables que tenemos por delante. En segundo lugar, merece especialísima atención el problema de la selección del núcleo de dirección; en nuestra organización estamos acostumbrados a destacar la elección y a reducir, menospreciar y hasta ignorar la selección. Debemos tener en cuenta que solo mediante una correcta selección podremos ir conformando nuestros núcleos de dirección; este problema es de vital importancia, pues solo por una justa selección podremos arribar a contar con buenas y correctas direcciones, intermedias y nacional. En esta ocasión, a través de la lucha interna, también en el desarrollo de nuestra revolución irán surgiendo más y más cuadros de dirección que fortalecerán la promoción necesaria de nuevos elementos que garantizarán las decenas de jefes probados que todo Partido necesita. En este punto hay que dar especial atención a la política de cuadros correcta, valorando objetivamente a los cuadros por su trayectoria, actitud actual y trabajo revolucionario; y muy especialmente a la actitud frente a los organismos de dirección, pues aún quedan entre nosotros rezagos de la venenosa tesis del «culto a la personalidad». Seleccionemos bien a nuestros cuadros y direcciones y démosles nuestro apoyo y confianza revolucionaria en razón a sus méritos.

3. Trabajo del Partido. En este punto debemos centrar nuestra atención en la separación y desarrollo correcto del trabajo secreto y del trabajo abierto y a la vez en el establecimiento de las necesarias e insustituibles ligazones entre ambos; esto es algo de lo más débil en nuestra organización que exigirá grandes esfuerzos y tesón, trabajo paciente e indesmayable. Recordemos que sin trabajo abierto no hay trabajo secreto y viceversa.

Aquí también puntualicemos la necesidad de la línea de masas, recordando siempre que las masas fundamentales de nuestra patria son los campesinos. Fundirnos con las masas es vital y más hoy; nuestro trabajo

es grandemente deficitario en este punto y, más aún, se dan en nuestra organización concepciones erróneas sobre el particular. Solo podremos desarrollar nuestro trabajo revolucionario, fortalecernos y desarrollar la lucha interna y convertirnos en la vanguardia reconocida de la revolución peruana, en la tempestad de la lucha de clases de las masas.

También, en cuanto al trabajo partidario, prestemos atención a los métodos de dirección y al estilo de trabajo (unidad de teoría y práctica, ligazón con las masas y crítica y autocrítica).

4. Fortalecimiento de los organismos de dirección. A través de la lucha interna vayamos incorporando a nuevos elementos al trabajo de dirección, dando primerísima importancia a su revolucionarización, poniendo como base lo ideológico-político; la formación política de los núcleos de dirección (partiendo de los problemas concretos e inmediatos) es de primera importancia. Desarrollar el carácter clasista, marxista-leninista de los organismos de dirección y esforzarse por su proletarización.

Todas estas medidas, que de inmediato debemos poner en ejecución, responden a ajustar lo orgánico al cumplimiento de las tareas políticas de la V Conferencia, de su tarea principal en especial. Esto es parte del nuevo paso de desarrollar la lucha interna en un nuevo nivel, el nivel de la práctica revolucionaria. Recordemos esta enseñanza del camarada Mao: «leer es aprender; practicar también es aprender, y es una forma más importante de aprender. Nuestro método principal es aprender a combatir en el curso mismo de la guerra». Estamos en una profunda y decisiva lucha interna, estamos en guerra contra una línea oportunista de derecha, aprendamos a combatirla en la práctica y derrotémosla en ella; esta será una forma superior de lucha y de aprender el marxismo-leninismo en la lucha misma.

Así pues, la tarea de toda la militancia, los cuadros y los dirigentes de niveles intermedios y nacional del Partido es proseguir la lucha en la práctica revolucionaria. Pero esta reconstitución del Partido, esta parte de la campaña de rectificación, tiene necesariamente una base ideológico-política, solo se puede cumplir concreta y realmente tomando como base el marxismo-leninismo y en medio de la lucha de clases dentro y fuera del Partido, en la lucha misma de las masas, no al margen de ella. Recordemos que la lucha interna en el Partido es parte de la lucha de clases en nuestra sociedad, querer desarrollarla al margen de ella es utópico y absurdo, sería simple y llanamente negarse a cumplir, a proseguir la lucha para aplastar total y cabalmente la línea antipartido.

Pensemos, por lo tanto, que esta nuestra lucha interna tiene una base insustituible, el marxismo-leninismo; y esto quiere decir reforzar la lucha interna tomando como base y guía el marxismo-leninismo del presente, el pensamiento de Mao Tsetung, el pensamiento de Mariátegui y la línea de la V Conferencia. Debemos, pues, estudiar y asimilar el marxismo-leninismo en la lucha misma y «dominarlo con el único fin de aplicarlo»; desarrollemos cursos de estudio vivo (estudiar problemas concretos cuya solución necesitamos para conseguir «éxitos inmediatos»). Centremos nuestra atención en las *Citas* del camarada Mao y en sus obras y estudiémoslas colectivamente, y en debate asimilemos su contenido; sigamos los desarrollos del marxismo-leninismo que está introduciendo la Gran Revolución Cultural Proletaria, particularmente las últimas instrucciones del camarada Mao, y apliquémoslos a nuestra realidad teniendo en cuenta nuestras condiciones concretas. Estudiemos vivamente las obras del camarada Mariátegui, especialmente: *Siete ensayos, Programa del Partido, Punto de vista antiimperialista y Esquema del problema indígena* (todo esto lo hallamos en *La organización del proletariado,* libro editado por nuestro Partido) y con tesón apliquemos sus orientaciones. Finalmente estudiemos la V Conferencia, asimilémosla en la lucha y llevémosla a la práctica; el desarrollo de la situación nacional cada día comprueba más la corrección de sus planteamientos y nuestra realidad clama por su aplicación consecuente y auténtica; asimismo apliquemos los documentos partidarios y sigamos las orientaciones y planteamientos para la VI Conferencia.

El estudio vivo y revolucionario del marxismo-leninismo es indispensable para nuestro trabajo inmediato y futuro, solo basados en el marxismo-leninismo podremos vencer; armados del marxismo-leninismo somos invencibles, armados de él aplastaremos la línea antiproletaria.

En nuestra inmediata, y ya en marcha, campaña de rectificación sigamos las «tres verificaciones» (origen de clase, ideología y estilo de trabajo) y las «tres rectificaciones» (consolidación de la organización, reforzamiento de la educación ideológica y rectificación del estilo de trabajo) que planteara el camarada Mao Tsetung para el glorioso Partido Comunista de China.

Esta es la situación actual de nuestro Partido y de la presente y exitosa lucha interna; el enemigo de clase emboscado en nuestras filas prepara su contraofensiva y quiere vender caro su desenmascaramiento, para ello intentará crear confusión, afanoso de ganar algo en el río revuelto; salgámosle al paso: elevemos y profundicemos la lucha interna a

un nuevo nivel, el de la práctica revolucionaria. Elevando la lucha a la práctica, rectificando nuestros defectos, sentaremos las bases de nuestro salto cualitativo, aplastaremos a través de la práctica y en medio de la lucha interna a la línea oportunista de derecha y desarrollaremos nuestras tareas revolucionarias y avanzará la revolución peruana por la superación de su auténtica y única vanguardia, el Partido Comunista. Nuestra perspectiva es brillante, aunque no recta ni fácil, tenemos una base inconmovible y victoriosa: el marxismo-leninismo, pensamiento de Mao Tsetung, el pensamiento de Mariátegui y la línea de la V Conferencia. ¡El triunfo lo aseguraremos en la práctica revolucionaria! ¡En la práctica el marxismo-leninismo prueba su poder invencible!

EL COMITÉ REGIONAL DE AYACUCHO, FORTALEZA DEL PARTIDO[1]

El regreso al Comité Regional de Ayacucho. En julio de 1968, Norah y yo volvimos a Ayacucho, nos habíamos casado en febrero del 64. Norah viajó a la República Popular China, a la Escuela de cuadros, en 1966; a su retorno trabajó en Lima y Cajamarca. No ejercí la abogacía en Lima ni me inscribí en el Colegio de Abogados; tampoco trabajé en el estudio de Paredes ni en ningún otro. ¿Cuáles eran mis ingresos? Buena parte de lo ahorrado cuando trabajé, mi sueldo mientras gocé de licencia, cachuelos y algo de la ayuda que recibía del Partido.

¿Por qué volvimos a Ayacucho? Dos razones nos movieron. Una y principal, después de la Reunión Extraordinaria de enero del 68 el Partido entró en una situación compleja, difícil y riesgosa, la división devino peligro creciente. La otra, en Ayacucho había surgido una tendencia campesinista y militarista que oponía bases a dirección, similar en esto a «Patria Roja» y con la cual tuvo algunas vinculaciones. El Comité Regional de Ayacucho entonces, más aún en las nuevas circunstancias, era el más importante y consolidado comité del Partido; sin embargo, el desarrollo de la intensa lucha interna de esos años hizo saltar sus problemas y debilidades, de dirección en especial. Además, por esos tiempos, los paredistas llegados a la Comisión Política introdujeron la totalmente extraña «obligación» de expresar, en cada reunión, «lealtad al secretario general» como «prueba de no estar conspirando», pretendiendo exigirla a todos; lo que aparte de su incapacidad política y posición no proletaria, mostraba el ambiente que el liquidacionismo paredista comenzó a desenvolver en el Partido.

Volví a la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. Nuevamente por concurso ocupé la cátedra de Filosofía, en la todavía Facultad de Educación, que impartí hasta mi retiro de la universidad ayacuchana.

---

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

Así retornamos al terruño, a nuestro querido Ayacucho, a sus crepúsculos evocadores, a la limpidez incomparable de su cielo serrano en noches de mayo ahítas de estrellas, a la luminosidad asombrosa de su hermosa Plaza Sucre cuyos matices de luz se quiebran en la catedral y los portales para perderse a lo lejos... Ayacucho se había expandido, la población aumentado, pero la cordialidad calurosa de su pueblo, su hospitalidad seguían expresándose alimentadas por su tenaz combatividad nunca desmentida. Y, comprensible y necesariamente, la tendencia al desarrollo que se experimentaba mostraba el notorio atizamiento de la lucha de clases. La universidad igualmente había crecido y, lo de mayor importancia, la raíz popular de su población estudiantil, aumentado; las posibilidades que encerraba eran más y mejores que las de 1962. En esta segunda estadía ayacuchana vivimos en varios domicilios; de lo que recuerdo, ocupamos hasta tres casas distintas en diversas cuadras de un mismo jirón, el jirón San Martín. Pero obviamente, más todavía considerando lo antedicho, el Comité Regional de Ayacucho volvería a ser el centro de nuestras vidas, de Norah y mía, como la de muchos otros camaradas; algunos ya conocidos por su lucha en la conformación del Comité del 62-63, otros nuevos a quienes recién conocíamos, y buenos amigos del Partido con el tiempo llegados a militantes.

En el Comité Regional de Ayacucho la dirección había sido copada por una posición derechista, tendencia campesinista y militarista que contraponía el trabajo campesino al citadino, considerando revolucionarios solo a quienes estaban en el campo, pero no viendo el traslado del centro del trabajo del Comité al campo, sino prestando atención únicamente al desplazamiento de algunos, e incluso de aquellos a quienes juzgaban revolucionarios, generando sectarismo y marginamiento de camaradas e imponiendo sus criterios autoritariamente. Todo lo que creó serio malestar en las filas partidarias y de la Juventud, más aún cuando mediante un golpe de mano sustituyeron al secretario del Comité. En esas circunstancias volvimos a Ayacucho (es bueno recordar que yo era secretario nacional de organización); y la dirección regional, pretendiendo aislarnos, dispuso que ningún camarada se vinculara con nosotros. Medida no solo contraria a las normas, sino absurdo que revirtió contra ellos, haciendo volar en pedazos, al poco tiempo, el cerco tendido en torno nuestro.

Mas el problema era derrotar esa línea derechista revestida de fraseología revolucionaria y recuperar a los camaradas haciéndolos avanzar, lo cual demandaba desarrollar la lucha de dos líneas para barrer sus

criterios y deshacer sus entuertos. Tarea que podía cumplirse partiendo de las bases sentadas en la formación del Comité, la reagrupación de la izquierda, la voluntad de hacer la revolución que animaba a la militancia, incluyendo a los propios camaradas sustentadores de las posiciones erróneas, y considerando, principalmente, la firme adhesión al marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, a este en especial, que guiaba a los militantes. Piénsese, además de las condiciones de los sesenta en el país —y la región en particular—, en la inmensa repercusión de la Gran Revolución Cultural Proletaria que entonces iluminaba el mundo y, repárese sobre todo, que en esa lucha participamos seis cuadros formados en China no hacía mucho. El maoísmo, pues, el pensamiento maotsetung de esos años, guio la lucha por la reconquista del Comité Regional de Ayacucho haciendo del mismo la fortaleza que defendería la vida del Partido en los años venideros.

Se reagrupó la izquierda y reimpulsó la fracción roja para seguir un plan en función de recuperar la dirección del Comité derrotando la tendencia derechista: desarrollar la lucha de dos líneas tomando el problema campesino como central y movilizar las organizaciones de masas en apoyo de la lucha interna contra el derechismo de fraseología revolucionaria. Reunida la dirección regional se trató la situación política y la lucha interna contra «Patria Roja» principalmente; se analizó la situación y perspectiva del Regional sancionándose un plan a seguir, apuntando a una conferencia que resolviera la lucha orgánicamente y, sobre todo, cómo desenvolver la construcción del Comité dentro de la reconstitución del Partido tomando la base de unidad partidaria; aplicando, en concreto, las posiciones sustentadas en las medidas propuestas a la sesión de la Comisión Política Ampliada de setiembre del 67 y lo planteado en *Profundizar e intensificar la lucha interna en la práctica revolucionaria.* Acordándose, asimismo que, como secretario nacional de organización, acudiría eventualmente a algunas reuniones de dirección del Comité, manteniéndoseme informado de su marcha a través del camarada Francisco, su secretario político, esto es, su responsable, como se usaba decir. La camarada Norah fue incorporada a la dirección regional con la tarea específica de encabezar la Juventud Comunista como delegada del Partido. Al poco tiempo, los derechistas pretendieron poner a la camarada Norah como responsable formal del Comité para apartarla de la conducción de la Juventud y soslayar su obligación de rendir cuentas a la Conferencia, antes del cambio de dirección y reajustes organizativos que se venían; pero la maniobra fue desenmascarada y rechazada.

En cuanto al trabajo de masas. Centramos en el movimiento campesino; para este fin elaboramos un plan de investigación en el campo, cuya aplicación, sumada a la actividad del Comité en este frente, sirvió a la celebración de la Primera Convención de los Campesinos de la Zona de Ayacucho. En el trabajo de ciudad se prestó atención capital al Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho, logramos de esta manera movilizar a la Federación de Barrios y a las múltiples organizaciones integrantes del Frente. También se impulsó el movimiento universitario, principalmente el Frente Estudiantil Revolucionario y la Federación de Estudiantes Universitarios que controlábamos; mientras a nivel profesoral, en especial, organizábamos el Centro de Trabajo Intelectual Mariátegui, aunque también lo conformaban algunos estudiantes. Igualmente comenzó la organización independiente de las mujeres, partiendo de formar la fracción femenina del Frente Estudiantil Revolucionario.

Toda esta actividad emprendida en 1968 estuvo sustentada en una amplia y sistemática campaña de formación ideológica y política; y tomando las reivindicaciones específicas de los diferentes frentes de trabajo, permitió desenvolver un pujante movimiento de masas en apoyo a la lucha interna. De esta manera, en pocos meses relativamente, combinando la lucha de dos líneas en el Partido con el movimiento de masas, la tendencia derechista de fraseología revolucionaria fue derrotada y la dirección del Comité Regional reconquistada; sellándose orgánicamente el triunfo de la izquierda dirigida por la fracción roja en una conferencia. Y lo que es de suma importancia, los camaradas, incluidos los cabecillas, fueron recuperados, pues, reconociendo sus errores y autocriticándose, avanzaron. El Comité Regional de Ayacucho se fortaleció ideológica, política y orgánicamente en esta lucha; así se inició, en esta etapa, la construcción de la fortaleza que posteriormente asumiría la defensa de la vida del Partido. Importantes lecciones fueron obtenidas; y aparte de las logradas en la construcción del Partido y la movilización organizada de las masas, aprendimos a manejar la lucha de dos líneas y a romper cercos políticos.

¿Cuál fue la actitud del Comité Regional de Ayacucho frente al golpe de Velasco Alvarado? El golpe de Estado crecientemente voceado en el país llegó en octubre del 68. Orgánicamente el Comité concluyó que era un golpe de carácter fascista; un golpe preventivo para frenar el ascenso revolucionario de las masas en desenvolvimiento y en función de preservar y evolucionar la sociedad peruana impulsando el capitalismo burocrático (desde ahí nos interesamos más por este problema), en defen-

sa de los intereses de la gran burguesía, de los terratenientes y del dominio imperialista yanqui; que el pueblo no podía esperar nada del mismo ni del nuevo gobierno militar y, por tanto, solo cabía desenmascararlo y combatirlo. Tal fue la posición sostenida y difundida por el Comité en Ayacucho. Por ello le causó extrañeza y rechazo el «comunicado» que, tomando el nombre del Buró Político sin consulta alguna, publicó Paredes; en él, tras la pregunta «por qué la Junta Militar no ocupa la Brea y Pariñas» (a poco de que lo hiciera), se encubría el considerarla reformista, concibiendo tal ocupación como una prueba de su antiimperialismo, si la ejecutaba.

LA VIGENCIA DEL PENSAMIENTO DE MARIÁTEGUI[1]

Fines de 1968

Hace un poco más de tres años tuvimos ocasión de hablar desde aquí mismo. En esa ocasión nos referimos al problema de la educación y expusimos algunos pensamientos que habíamos adquirido en esa época y a través del tiempo. La última vez que hablé desde aquí mismo fue para mí algo bastante significativo. Hoy día nuevamente tengo la oportunidad de hacerlo, pero la circunstancia es un tanto distinta. Vamos a hablar de José Carlos Mariátegui, de la vigencia de su pensamiento, y esta tarea que se me ha encomendado no es de suyo fácil, al menos para mí.

Creemos que a Mariátegui hay que acercarse con respeto en primer lugar. En segundo lugar, hay que acercarse desde una posición de clase clara y precisa, porque de otra forma no es posible en modo alguno comprender la riqueza aún vigente de su pensamiento. Mariátegui hace ya buenos años ha muerto físicamente, claro está, pero su pensamiento sigue profundamente vivo como lo estuvo allá por los años 30, sigue siendo pujante, sigue estando vigente y sigue siendo una perspectiva en el Perú, en tanto que otros pensamientos de gentes aún vivas ya están realmente muertos.

En más o menos una hora es un poco difícil poder abarcar todo el pensamiento de Mariátegui, por esto queremos referirnos a determinados problemas muy concretos y destacar qué es lo que debemos hacer nosotros frente a la figura de este gran peruano. Queremos tomar la figura de Mariátegui como intelectual proletario. No vamos a entrar en fechas ni en mayores menudencias que no interesan ahora, vamos a entrar a problemas centrales que nos plantean la vigencia del pensamiento de José Carlos Mariátegui.

---

[1] Apuntes tomados de una conferencia dictada en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

PARA COMPRENDER A MARIÁTEGUI

De Mariátegui se ha escrito mucho, después de quererlo enterrar en el silencio. A Mariátegui se le ensalza mucho también para quererlo mistificar, a Mariátegui se lo trata de tergiversar sistemáticamente, a Mariátegui se lo trata, con pedantería insensata, de superar.

De Mariátegui se ha dicho, en primer lugar, que no era un marxista convicto y confeso, que era un pensador cuyo pensamiento sobre el marxismo-leninismo no estaba vertebrado. Mariátegui, él mismo lo dijo, sin temor y con precisión y nitidez, era un marxista convicto y confeso. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decirnos que Mariátegui tenía una posición de clase proletaria, estaba del lado de los explotados, simple, concreta y redondamente. Mariátegui sentía en carne viva lo que sentían las masas explotadas de nuestro país, y lo que sentía lo tradujo en su cortísima vida —lamentablemente para nosotros— en acción concreta y palabra escrita.

Pues bien, además, Mariátegui tenía una concepción del mundo, tenía una ideología; su ideología, lo dice en muchas partes, era el marxismo-leninismo. No es posible comprender las cosas, no es posible comprender la sociedad, el mundo, si es que no se parte de la concepción ideológica del proletariado. Mariátegui era un marxista-leninista. Si nosotros acudimos a sus trabajos, a sus escritos, Mariátegui nos dice que en el siglo actual —él hablaba por los años veintitantos— el leninismo es la nueva forma, la más alta que en esa época había adquirido el marxismo. Mariátegui entonces encontraba su filiación con Marx y Lenin y por eso se decía marxista-leninista convicto y confeso.

Mariátegui tenía, en tercer lugar, un método para trabajar, un método de análisis, el método insustituible para comprender cualquier realidad. Mariátegui partía del materialismo dialéctico, los trabajos de él son pruebas fehacientes de eso.

La primera cuestión, decíamos, que debe quedar clara, es la posición proletaria de Mariátegui; segundo, la ideología marxista-leninista que lo nutría; tercero, el método del materialismo dialéctico que lo guiaba. Sobre estas tres bases es factible comprender la figura de José Carlos Mariátegui. Quien no quiera entender esto, no puede comprender a Mariátegui. Y no lo puede comprender no por falta de luces o de inteligencia, no lo puede comprender porque no está del mismo lado ni con la misma luz en el cerebro ni tiene el mismo método. Esto debe quedar bien claro. Hay que partir de hechos, partir de la posición de clase de Mariá-

tegui, hay que partir de su ideología marxista-leninista y hay que partir también, y como consecuencia, de su método: el materialismo dialéctico. Quien no enfoca a Mariátegui en estos tres puntos de vista no lo puede comprender, no puede comprender su pensamiento y lo tergiversará, en algunos casos de muy buena fe o, en la mayoría de los plumíferos a sueldo, de muy mala fe.

Mariátegui ha sido un gran marxista-leninista latinoamericano y de esto nosotros debemos estar orgullosos. No hay en América Latina marxista-leninista que se le compare en modo alguno; realmente José Carlos Mariátegui es una cumbre en el pensamiento marxista latinoamericano, una gran cumbre que se va reconociendo conforme pasa el tiempo.

A José Carlos Mariátegui se le aprecia más fuera de nuestras fronteras. Aquí en nuestro país se le quiere menos, se le respeta menos y hasta se le conoce menos, lo cual es una vergüenza. Mariátegui, entonces, es un gran marxista-leninista de nuestra patria para honra nuestra y de la gente explotada de nuestro pueblo, no para los otros; para los otros es un puñal clavado en el corazón que no se lo pueden sacar ni se lo podrán sacar tampoco.

Mariátegui no es un simple repetidor, no es un simple conocedor de cuatro o cinco fórmulas, sino que tiene algo más, algo más profundo, algo más marxista, toma el marxismo-leninismo y lo introduce y lo funde en nuestra realidad, lo siembra en nuestra patria, lo encarna en nuestro suelo, y al encarnarlo, introducirlo, al penetrarlo en nuestra patria, nos alumbra con un pensamiento que aún sigue vigente. La interpretación que Mariátegui hizo de nuestra patria, el famoso *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, sigue siendo un documento inconmovible.

UN LIBRO INMORTAL

En Mariátegui vemos la garra que tenía, la garra marxista y genial de poder fundir la realidad universal del marxismo-leninismo con la realidad concreta de nuestro proceso revolucionario. Esto muy pocas personas lo tienen y esto lo tenía Mariátegui en exceso y en grandeza, y eso hay que reconocerlo; quien no reconoce esto no puede entender el desenvolvimiento de las ideas marxistas en nuestra patria, y quien no comprende el desenvolvimiento de las ideas marxistas en el Perú no comprende lo que pasa en el Perú y mucho menos, claro está, puede llamarse revolucionario.

Lamentablemente hay revolucionarios por ahí que conocen el pensamiento de Mariátegui y le tienen miedo, justo miedo, porque es una buena piedra de toque para saber quiénes son y quiénes no son revolucionarios. Por eso tienen razón cuando le temen a Mariátegui. Pues bien, los *Siete ensayos* de Mariátegui siguen siendo fundamentales en el pensamiento del Perú. Mariátegui nos ha hecho siete interpretaciones magistrales desde el punto de vista del marxismo, desde el único punto de vista correcto y exacto, de nuestra realidad peruana. Contra este librito se han lanzado talentosos y versados eruditos de la posición contraria a Mariátegui, como la posición reaccionaria de don Víctor Andrés Belaunde, pero no han podido hacerle mella.

El librito de Mariátegui sigue vivo, el del señor Víctor Andrés Belaunde ya muy pocos lo leen y hay que leerlo por curiosidad histórica. Pues bien, debemos partir de esto, ¿qué nos dice Mariátegui en este librito, en este pequeño volumen que es una visión popular de nuestra patria? Mariátegui hace un análisis de nuestra economía, punto capital, fundamental. Es imposible comprender una sociedad si no se comprende su estructura económica, si no se entiende las relaciones sociales de explotación —que eso es la economía social, la economía política—; lo demás son engendros. ¿Qué nos dice del Perú? Lo tipifica muy concretamente, el Perú es un país semifeudal y semicolonial, y lo prueba y lo demuestra en su esquema del proceso económico de nuestro país. Mariátegui nos hace un esbozo de las clases en el Perú y de su evolución histórica; nos habla, con otras palabras, lo que hoy día el pensamiento marxista en el Perú sigue desarrollando bajo el pensamiento de Mao.

Mariátegui no solo nos hace el esbozo de las relaciones de explotación de nuestra patria, no solo nos hace el esbozo de las clases, también nos hace el esbozo de la evolución de las ideas en el Perú. Habla, por ejemplo, del problema literario, algo que debemos estudiar bastante para entender cómo ha evolucionado la literatura en el Perú, cómo ha tenido un carácter netamente clasista. Mariátegui hace una fusión del marxismo-leninismo con la realidad concreta de nuestra patria y como consecuencia sale el mejor, el más profundo análisis de la realidad peruana, y este análisis es el que debe servirnos de fundamento para proseguir el camino en lo teórico que él inició magistralmente. Nadie que haya querido refutar los fundamentos de Mariátegui lo ha logrado; solo han hecho esquemas elementales, pero no han podido hacer el edificio que él construyó tan prontamente y en tan corta edad.

Mucho se ha hablado de que los *Siete ensayos* son simple obra de periodista, con tono despectivo; incluso un señor, cuyo nombre ensucia la boca con solo nombrarlo, el sujeto Ravines, decía: qué se puede pensar de Mariátegui, qué tanto hablamos de Mariátegui si Mariátegui había sido un hombre superficial y periodista. Ese sujeto no ha comprendido nada de Mariátegui, naturalmente qué va a comprender si él es de aquellos sujetos que estando con la camiseta se la quitaron y se fueron al equipo contrario. Ellos no tienen la concepción proletaria ni el método de Mariátegui, de nada les va a servir la camiseta, porque las cosas con el tiempo y el sol pierden color y quedan amarillas.

El problema, por eso, no es lo externo, sino estos tres aspectos básicos de Mariátegui: su posición de clase, su ideología y su método. Quien se pone del lado del proletariado, del campesinado y de las clases explotadas en nuestro país está en aptitud de comprender a Mariátegui. Quien no se pone en esta actitud, en esta posición de clase, quien está un pie con los explotados y otro pie con los explotadores, quien está prudentemente del lado de los explotados, pero de corazón con los explotadores, no puede comprenderlo; de ahí tanto renacuajo que echa baba, pero esa baba no llega ni al piso que pisó Mariátegui hace más de treinta años.

UN COMBATIENTE DEL PROLETARIADO

Quisiéramos pasar a otro punto que no se puede desligar del anterior, están unidos como están unidas las caras de este papel, dos lados inseparables. Me refiero a Mariátegui como combatiente proletario, gran figura, extraordinario pensador y también extraordinario organizador y primer combatiente marxista militante de nuestra patria. Esto también debemos dejarlo bien claro.

José Carlos Mariátegui vino a nuestra patria desde Europa, trajo ideas nuevas y traía una tarea, una misión: trabajar por la formación del socialismo en el Perú, esta era su misión y la cumplió; trabajó por eso, vivió por eso, se desvivió por eso y murió por eso, y siempre se mantuvo imbatible, con la columna vertebral recta, sin flexibilidades acomodaticias.

Cuando uno estudia un poco, encuentra un plan de trabajo en Mariátegui, una especie de desarrollo organizativo del proletariado en nuestro país. En primer lugar, hace un trabajo de preparación de la labor sindical, se nos muestra como un creador del sindicalismo clasista. Ya antes había pugnas sindicales en el país, pero Mariátegui sienta las bases

del sindicalismo proletario, Mariátegui es el creador de la Confederación General de Trabajadores del Perú. La CGTP es obra de Mariátegui principalmente, fue su ideólogo, su mentor, fue quien la constituyó orgánicamente y quien creó sus fundamentos y cartas constitutivas.

Uno de los primeros organismos que necesita el proletariado es la estructuración de una central sindical. Mariátegui comprendió perfectamente; pero no solo lo comprendió, porque Mariátegui no era una persona que comprendía y satisfecha se ponía a pensar sobre su lucidez y entendimiento, sino que sintió necesidad de cumplir la tarea que esa comprensión le exigía.

LA CGTP

Hace toda una labor preparatoria de la constitución de la CGTP. Una institución, cualquiera que sea, tiene dos partes constitutivas, dos elementos que la constituyen. Primera, una parte ideológica, esto es, la movilización del pensamiento, la formación de un programa, la constitución de unos puntos de acuerdo, la valoración de un estatuto, etc.; y una segunda parte, la constitución de los aparatos orgánicos en sentido estricto. Esto Mariátegui lo entendió profunda y genialmente y, siguiendo su esquema marxista, creó la CGTP de nuestra patria.

Hay un hecho interesantísimo: Mariátegui hizo un estatuto sindical clasista, proletario, que sigue aún esperando ver su realización. Esto es irónico, pero más que irónico es muestra de la desorientación que han impuesto, después de él, ciertos elementos en medio del movimiento sindical de nuestro país.

Si ustedes ven los estatutos de la CGTP, en primer lugar, van a encontrar una especie de prólogo (de orientación lo llama Mariátegui), y plantea cómo el proletariado ve el mundo hoy día, cómo hay una lucha que no se puede enmascarar, una lucha que no se puede menos que reconocer, una lucha entre la burguesía y el proletariado, y plantea a su vez que hay una ideología de clase que hay que seguir para formar un organismo sindical, lo plantea claro y con un lenguaje muy preciso.

Luego ¿qué hace Mariátegui?

Él plantea las bases de la constitución orgánica de ese organismo sindical, pero no plantea hasta el exceso que anquilosa y mata, sino con líneas generales, puntos básicos para permitir el desarrollo y la iniciativa del pueblo. No podemos decir a la gente: cuando bajes una grada pon

primero el pie derecho. Hay que dejarles iniciativa, que piensen con su propia cabeza para que comprendan, para que aprendan y no sean eternos menores. Pensaba en el pueblo, que no necesitaba todo el tiempo de una especie de lazarillo, porque no es ciego. Esto lo entendía Mariátegui, por eso es que hizo unas bases generales de organización.

También Mariátegui cuando trata el problema se refiere a un aspecto formidable que no se encuentra en cualquier estatuto (la única diferencia favorable de los estatutos sindicales es que los actuales están mejor impresos). Mariátegui plantea inmediatamente las formas de lucha y nos habla de la huelga. ¿Por qué plantea Mariátegui así las cosas? Porque en los organismos también hay que hablarles de las formas que tienen para luchar, porque según lo que uno quiera lograr hay una forma para luchar. Esto es importante decirlo, porque si uno ve los periódicos en nuestro país —*La Prensa*, por ejemplo—, sostienen que la huelga es un mal método, inadecuado, que es solo un método de agitadores extremistas. *La Prensa* quiere domesticar al proletariado en el sentido de que no vaya a la huelga, sino a la parlamentación, al compromiso, ella quiere que el robado se ponga a discutir sobre las cosas que le ha quitado el ladrón.

En toda lucha es fundamental, es importante ver los medios de lucha, las formas cómo se lucha, y lo fundamental y básico es la movilización de las masas, y la movilización de las masas es santa por una razón simple, porque a través de esa movilización práctica el pueblo va abriendo los ojos, va comprendiendo, va librándose del atavismo y va engendrando a los que lo tienen que conducir. Por eso es muy bueno un movimiento de masas, por eso es también destacable este punto fundamental de los estatutos de la CGTP.

Pero no solamente toca eso, Mariátegui también se ocupa del problema de la propaganda y la agitación. El pueblo necesita su propia boca para decir su propia palabra, no necesita que otros la digan por él, el pueblo no sabrá decir un lenguaje florido, no sabrá un lenguaje fino, podrá tener errores, eso no importa. Lo importante es que dice lo que siente, lo que ve, lo que necesita, y lucha consecuentemente por lo que quiere hasta el fin por más que tenga derrotas, porque todas las derrotas que sufre el pueblo son transitorias, todas, absolutamente todas. Mariátegui se ocupa de eso también y al ver los estatutos nos habla de la propaganda y agitación.

Si nosotros echamos un vistazo en todo este largo período desde la muerte de Mariátegui, vemos cómo no se ha comprendido este problema,

cómo no se ha formado el pensamiento proletario en el Perú, cómo no se ha luchado por crear una prensa proletaria que no la hay en nuestra patria, comprendemos cómo mientras la reacción puede gritarnos todos los días, no encontramos una prensa cotidiana que pueda decirnos la palabra del obrero, no la encontramos porque no se ha comprendido realmente el problema como lo planteó Mariátegui.

Así pues, si nosotros hacemos este pequeño recuento de lo que plantea en los estatutos de la Confederación General de Trabajadores del Perú, entonces se ve la capacidad extraordinaria que tenía Mariátegui y los medios de solución. Mariátegui entendía perfectamente este problema, el problema de que el pueblo es invencible a condición de que se organice. Lenin, extraordinario en todo sentido, decía: el pueblo es invencible, pero el pueblo es invencible cuando está organizado férreamente, unido sobre los mismos principios.

LA ORGANIZACIÓN DEL CAMPESINADO

Pero Mariátegui no solo se ocupa de la organización de los obreros, no termina ahí su gigantesca labor; ve otra cosa: comprende a nuestro país en sus entrañas y evidencia que en nuestra patria hay campesinos. Mariátegui no solamente los ve, sino que comprende su papel, comprende su destino histórico, qué cosa los oprime. Mariátegui dice que en el Perú hay campesinos que están aplastados por la feudalidad que los oprime; esa feudalidad que tiene dos expresiones: latifundio y servidumbre; ese maldito afán de explotar, de vivir del trabajo ajeno. Mariátegui comprende esto y dice que la causa fundamental, el mal, el origen, la fuente histórica es la feudalidad que aún soporta nuestra patria. Dice que nuestro país es semifeudal y esa es una montaña que está pesando y doblegando al campesinado peruano, que el problema del campesino peruano es el problema de la tierra y el problema de la tierra es el problema de conquistarla. ¿Cómo se conquista la tierra? Mariátegui dice que hay que organizar al campesinado, y es el primero que empieza a labrar bajo una concepción correcta, a pugnar desde un punto de vista proletario, infatigablemente, por la organización de los campesinos. Mariátegui tiene una obra muy poco leída, porque algunos la consideran una obra no científica sino política. Hay gentes que tienen una ceguera monumental. Mariátegui empieza a ver al campesinado y plantea formas orgánicas y hace un análisis en el trabajo «Esquema sobre el problema indígena» para presentarse en una reunión internacional.

Pues bien, Mariátegui analiza la situación del campesinado en nuestra patria. Lo que nos interesa es que ahí plantea las formas organizativas del campesinado. Mariátegui dice: hay que formar sindicatos campesinos, hay que formar ligas campesinas, plantear la movilización organizativa del campesinado. Mariátegui comprende que sin organización el pueblo es muy frágil y no puede luchar. No se queda ahí, sin embargo. Nos plantea que hay necesidad de construir una alianza obrero-campesina, esto es, uno de los principios fundamentales de todo proceso revolucionario.

Esto señala Mariátegui y más allá todavía. Plantea que, en lo que se refiere al poder, Lenin dice: el problema de la revolución es el problema del poder. Esto es fundamental, todo apunta a conquistar el poder o a retenerlo o a mantenerlo. Algunos creen que Mariátegui era un humanista o un humanistoide, deformado liberal burgués. Mariátegui va más allá y dice que hay que hacer otra cosa en el problema organizativo del campesinado: hay que buscar el armamento del campesinado, hay que organizar la fuerza armada del campesinado. Que no se me venga a decir que yo estoy propiciando esto, estoy hablando de Mariátegui, Mariátegui plantea el armamento del campesinado como una de sus formas organizativas necesarias; no solamente establece eso, plantea que hay que formar soviets, esto es correctísimo y aplicable de la A a la Z, total y absolutamente, al margen de nuestros pequeñísimos miedos que podamos tener. Así es como plantea Mariátegui las cosas.

EL PARTIDO

Mariátegui resuelve el problema político de nuestra patria, sabe perfectamente que el proletariado tiene formas orgánicas: sindicatos, alianza obrero-campesina, armamento obrero. Pues bien, Mariátegui sabía que estos tres elementos que estamos diciendo son nada si es que no existe el cerebro que guíe esto. Mariátegui plantea entonces la formación del partido proletario y crea el partido del proletariado en nuestro país. Cualquier persona que estudie el problema de las ideas en el Perú, tiene que reconocer esto. Por ahí Carlos Tapia anda diciendo que Mariátegui no creó el Partido Comunista del Perú, que Mariátegui creó el Partido Socialista, porque Mariátegui era un hombre de un amplio concepto, de un amplio espíritu, que Mariátegui no era sectario, no era estrecho, que era muy caballeroso en sus ideas. Esto parece una defensa de Mariátegui, pero es la peor ofensa que se le puede hacer. Mariátegui aceptaría todo

menos eso, porque es como decirle: «tú fuiste un mal hombre, al final te quebraste cuando tenías 35 años». Hay defensores a los que hay que decirles: «mejor no me defiendas porque me hundes», y así hay que decirles a esos «defensores de Mariátegui», que hablan de que Mariátegui no fue sectario, fue amplio y democrático, tan «amplio» que confundía, por lo visto, explotadores con explotados, según ellos. Mariátegui creó el Partido Comunista, que no se llamó así al comienzo: se llamó Partido Socialista. De ahí sale el ya nombrado señor Ravines diciendo, con su voz temblada, «podemos probar con documentos y todo» que creó el Partido Socialista y no el Comunista; «el Partido Comunista lo creé yo», dice el miserable ese.

Pero eso es falso. Mariátegui creó el Partido Socialista, es cierto, pero afiliado a la III Internacional y sometido a los principios planteados por Lenin en el año 19. ¿Cómo es esto que Mariátegui crea un Partido Socialista que no es comunista, pero que está afiliado a la Internacional? ¿Eran los de la Internacional unos ignorantes que leían: este partido no es, pero sin embargo es? Mariátegui establece su carta constitutiva, su acta de nacimiento; Mariátegui estuvo presente. También Mariátegui hace el programa de ese Partido; hay que referirse a los documentos que se encuentran en las obras de Martínez de la Torre, ahí está el programa hecho por él mismo, el programa del Partido Comunista. ¿Cómo es esto? Él no lo crea, pero hace el documento, ¿quiere decir que los de la Internacional no se daban cuenta? Él no lo crea, pero lo afilia a la Internacional; él no lo crea, pero le hace la carta constitutiva. ¡Simplemente lo que hay es una conspiración para arrebatarnos esa inmensa figura de Mariátegui!

Mariátegui dio su vida siguiendo y cumpliendo firmemente lo que él entendía su deber: participar en la formación del socialismo peruano, y no solamente participó, él lo engendró y desde ese momento el socialismo en nuestra patria tiene esa luminosa filiación. Estamos en un proceso de redescubrimiento de la figura de Mariátegui.

LOS SUPUESTOS HEREDEROS DE MARIÁTEGUI

Queremos hablar de la vigencia de Mariátegui.

Primero, debemos hablar de los enemigos de Mariátegui. Ya saben ustedes que él murió muy joven, a los 35 años; su obra quedó por hacer y sentó las bases de su obra práctica. Su obra ha enfrentado muchas vicisitudes: felonías abiertas, traiciones inconfesadas, oportunistas que quieren

bajo su sombra cobijarse. También ha tenido, claro está, personas que consecuentemente lo han defendido y personas que hoy quieren volver a su figura, a su fuente. Muerto Mariátegui, algunos elementos, algunos sujetos, algunos personajillos, cuyos nombres no quiero ni pronunciar, se levantan como abanderados de Mariátegui para renegar sistemáticamente de su pensamiento y para traicionar con la acción lo que ellos decían recibir como legado.

Esos supuestos herederos de Mariátegui, ¿cómo obran?, ¿cuál es su práctica? Por sus hechos los conoceréis cómo actúan hoy y cómo actuarán mañana y el próximo año 1969. De palabra, grandes loas a Mariátegui, llenan columnas de los periódicos para rendir homenaje, convocan a romerías multitudinarias y populares para levantar la figura de Mariátegui. Tras el nombre de Mariátegui quieren ocultar sus claudicaciones que ya llevan muchos años en nuestra patria, más de treinta años; son antiguos y probados en la traición.

¿A Mariátegui se le puede levantar, reconocer, sin seguir su pensamiento? En modo alguno. ¿Cómo puede haber seguidores de Mariátegui que, a diferencia del Amauta que sostiene que el país es semifeudal y semicolonial, sostengan, muy sueltos de huesos y muy desvergonzados ellos, que el Perú es un país dependiente? ¿Cómo es que ellos son seguidores de Mariátegui?

Dicen esos personajes —y está escrito en sus pasquines, en sus documentos que hay por ahí— que el pensamiento de Mariátegui sigue siendo vigente, sigue siendo real, concreto, que el análisis económico de Mariátegui sigue siendo una realidad en nuestra patria, pero que la sociedad peruana es semifeudal y dependiente. Entendámonos, ¿qué es lo que dice Mariátegui? Mariátegui dice: el Perú es un país semifeudal y semicolonial, y su categoría de semicolonial irá agravándose y remachándose más a medida que penetre más el imperialismo.

Hagámonos una simple pregunta: ¿ha penetrado más o no el imperialismo desde los tiempos de Mariátegui? La respuesta es: ha penetrado más. Si ha penetrado más el imperialismo, ¿se cumple o no lo que decía Mariátegui? Él nos decía que a medida que penetre más, más semicolonia seríamos y que estaríamos en riesgo de convertirnos en colonia total, esto es, de perder la soberanía en forma definitiva.

Mariátegui planteaba, por ejemplo, la necesidad de formar un frente obrero y campesino. ¿Y qué predican estas personas que se llaman

seguidores? Predican hacer un frente con los burgueses. ¿Y dónde están los campesinos y los obreros? Esos no están, excepto algunos a quienes traen de las orejas para hacer representar falsamente a los auténticos obreros y campesinos del Perú.

Mariátegui dice: hay que armar a los campesinos, a los obreros, hay que hacer soviets. ¿Y estos supuestos seguidores, qué dicen? «Hay que ir a elecciones, a través de las elecciones vamos a tomar el poder». ¿Qué seguidores son estos? Me remito a los documentos de Mariátegui. ¿Pueden llamarse estos señores seguidores de Mariátegui? No. Son los ahumadores de Mariátegui, los incensarios de Mariátegui. Echan mucho incienso para tiznar al santo, para embadurnarlo y para que no le vean cómo fue y cómo es todavía. Mucha romería, mucha palabrería, mucho elevar su figura para prostituir su pensamiento. Mucho hablar de Mariátegui para negar su versión revolucionaria.

¿Son seguidores de Mariátegui? No. Son traficantes, enemigos de Mariátegui, quieren reducir la celebración de Mariátegui simplemente a celebrar su muerte. Muy sintomático. Celebran la muerte porque celebran que muriera, ¿comprenden?, cuando más bien debemos alegrarnos que naciera; no debemos celebrar el día que murió, sino el día que nació, como a las grandes figuras del mundo; nadie celebra el día que Lenin murió, todos celebran el día que Lenin vivió. Por sus hechos los conoceremos más. No debemos aceptar esto, debemos combatir a todos los que se oponen a Mariátegui, que lo niegan.

Pero Mariátegui no solamente tiene este tipo de enemigos.

LOS SUPERADORES Y TERGIVERSADORES DE MARIÁTEGUI

También tiene sus enemigos solapados. Hay gentes que andan diciendo: ¿en qué año escribió Mariátegui? En 1928. «¡Ah! —dicen—, en 1928, hace cuarenta años; en cuarenta años la ciencia histórica ha progresado en el mundo; los métodos de la investigación han progresado, los estudios sobre la historia peruana han avanzado tanto sobre arqueología, sobre historia de la república, sobre la historia del incanato, qué sé yo, han avanzado tanto que debemos ser 'superadores de Mariátegui'». La filiación de estos superadores es la misma filiación de los superadores de Marx. Estos «superadores de bolsillo» no han superado su propia estrechez de miras, son unos mentirosos, son falsarios, son traficantes.

Pues bien, ¿qué hacen esas personitas? Ellos tienen la manía acumulatoria de datos, esa riqueza intelectual de la burguesía. El dato es un concepto burgués. Creer que cuanto más dato tengo más interpretador soy, más comprensión de la situación nacional tengo; esto es absurdo, es mentira. Ahí no está el problema, todo el problema no está en la acumulación de datos, no somos máquinas registradoras simplemente; el problema está en la interpretación, y Mariátegui le puso *Siete ensayos de interpretación*, no le puso *Siete ensayos de acumulación de datos*. Y el problema de la interpretación es el problema de posición de clase, de ideología proletaria y de método materialista dialéctico. Lo que pasa es que sus superadores no han entendido todavía el problema del conocimiento en la burguesía y en el proletariado. Lo que pasa es que estos superadores quieren hacer una interpretación marxista del Perú con la concepción burguesa en la cabeza; eso es lo que les pasa. ¿Qué les sale en consecuencia?, un frangollo que ni ellos mismos lo entienden y ahí están esas ideas ambiguas: «el Perú es semicapitalista», «el Perú es neocolonia», «el Perú es semifeudal, pero a la vez es capitalista». ¿Pero qué diablos es el Perú?

El problema es que a esas personas les falta unidad de pensamiento, no porque sean poco inteligentes; pueden ser de gran capacidad, de agilidad mental, pero les falta la base; es como un edificio que tiene techo, pero le falta cimientos, les falta posición de clase y por eso no pueden ir más allá. Hacen divagaciones, grandes esquemas interpretativos, lúcidos y brillantes esquemas de una etapa del país o de la sociedad peruana actual, pero no van al meollo mismo del problema y, por ende, terminan hablando de que en el Perú hay «curiosas situaciones de clase o curiosas alianzas». En el Perú no hay nada curioso, porque la sociedad no es curiosa, la sociedad responde a leyes; pero quien no sigue el marxismo no las puede descubrir. A estos amigos, a estos señores que quieren superar a Mariátegui hay que hacerles comprender el problema, hacerles ver que cometen un grave error por cuanto siguen con el sistema burgués en la cabeza y así quieren comprender a Mariátegui. Nunca lo van a lograr.

Uno de los problemas que se debate más es sobre el carácter capitalista del Perú, porque Mariátegui sostiene que el Perú es semifeudal y eso es correcto. Dicen que Mariátegui se equivocó porque ha dicho que somos semifeudales y nosotros somos capitalistas. Es que en el fondo del pensamiento de esas personas no hay mecanismo dialéctico, creen que la revolución no es factible si no hay un gran desarrollo de las fuerzas de producción; ese concepto ya fue superado, Lenin lo hizo papilla, y otros lo siguen reviviendo.

Hay gente que dice haber superado a Mariátegui, pero ¿dónde está su superación?, ¿dónde está el sesudo documento en el cual se nos comprueba que el país es así o asá? ¿O que la revolución tiene tal o cual carácter? Ese es otro problema, porque Mariátegui dice que la primera etapa de la revolución peruana es democrático-nacional, democrático-popular, pero los superadores de Mariátegui dicen no, la revolución es socialista.

Finalmente, hay otro conjunto de tergiversadores; toman parcialmente a Mariátegui y empiezan a hacer elucubraciones estrambóticas. Por ahí Mariátegui dice algo sobre religión, tiene su opinión sobre la religión, sobre el mito; entonces algunos se frotan las manos, las suaves manos de nunca haber hecho nada, y dicen: Mariátegui era un místico en el fondo y no era un marxista, era un humanista que sentía y padecía el Perú.

Mariátegui planteó concretamente que el marxismo-leninismo es universal y que la revolución en el Perú no será calco ni copia. Mariátegui planteaba el marxismo como verdad universal y esa verdad universal la aplicó en nuestra realidad; no es como dicen algunos que Mariátegui ha querido meter la realidad en el estrecho esquema marxista, eso decía el señor Víctor Andrés Belaunde. No, Mariátegui no ha hecho eso. Mariátegui no era insensato, Mariátegui era un hombre marxista y comprendía las cosas; era un científico, aunque era antiuniversitario, pero antiuniversitario de la universidad anquilosada, caduca y feudal que había en nuestra patria, no de la universidad popular que él iluminó con su pensamiento.

Los reaccionarios quieren hacernos consentir un Mariátegui burgués, pequeñoburgués. Algunos han dicho que Mariátegui era un populista, populista en el sentido de que Mariátegui desarrolla el pensamiento campesinista en el Perú, un Mariátegui que no desarrolla la concepción proletaria, sino la concepción desde el punto de vista de los campesinos, ¡y esto es una mentira de cabo a rabo, es una traición soberana! Mariátegui no tiene el punto de vista del campesinado; si lo tuviera, sería un pequeño burgués revolucionario y nada más. Mariátegui es un gran marxista.

CONCLUSIONES

¿Qué conclusiones debemos sacar los revolucionarios acerca del pensamiento de Mariátegui?

Primero, estudiar y difundir a José Carlos Mariátegui. ¿Por qué estudiar a Mariátegui? Porque en nuestro país se habla mucho de él y se le lee poquísimo. Hagamos un examen retrospectivo y veamos si hemos leído los diez tomitos de Mariátegui. ¿Conocemos sus planteamientos políticos estrictamente hablando?, ¿conocemos su punto de vista antiimperialista?, ¿cuántas veces hemos meditado sobre los problemas que expone Mariátegui? Muy poco.

Mariátegui es un hombre luminoso en nuestra patria, no hay otro de esa talla. ¿Qué figura quieren ponerle al frente?, ¿al señor Riva Agüero, ese aprendiz de fascista que nunca llegó a serlo consecuentemente siquiera? Don Víctor Andrés Belaunde tampoco llegó a cuajar un pensamiento. Belaunde es un hombre superficial que pasa por ser un pensador; sus trabajos sobre San Agustín no pasan de ser pura palabrería, pura cáscara es ese señor.

Hay que difundir el pensamiento de Mariátegui. ¿Qué hemos hecho en el cuadragésimo aniversario del Partido de Mariátegui? ¿Lo hemos estudiado a fondo? ¿Hemos desenvuelto discusiones de base, seminarios sobre *Siete ensayos*? ¿Hemos intentado tratar de aplicar lo que Mariátegui dijo y seguir su línea para comprender con esta luz lo que nos está pasando hoy día? ¿Hemos levantado esta linterna para poder ver dónde estamos? No lo hemos hecho. Yo concretamente planteo una cosa. Me parece que debemos preparar unas actividades para el cuadragésimo aniversario de los *Siete Ensayos*. ¿Cómo lo hacemos? Por lo pronto, discutiendo.

En segundo lugar, me parece que también tenemos otra tarea: el problema de defender a Mariátegui, que es atacado abierta o solapadamente. Mariátegui es una fuente de luz y no podemos permitir que le tiendan un velo, no podemos permitir que nos hagan ver con anteojos de otro color, que nos hagan ver negro lo que es rojo, que tergiversen las ideas fundamentales de Mariátegui. No podemos permitir eso. Tenemos que defender a Mariátegui, porque si no lo hacemos Mariátegui va a seguir arrumado, vamos a seguir la misma política que los reaccionarios, porque la reacción agarró a Mariátegui y lo encarceló, trató de silenciar sus ideas. Tenemos que liberar a Mariátegui, porque si no lo liberamos no nos liberamos tampoco nosotros; pero, claro está, no se trata de un problema personal, se trata de liberar a nuestro pueblo.

En tercer lugar, me parece que hay que proseguir el estudio de Mariátegui. No pretendo superar a Mariátegui, no quiero que se me ca-

talogue en el casillero de los superadores; pero sí creo que debemos desarrollar a Mariátegui, tomar su ideología, su método, sus fuentes como base y desarrollar estos problemas. Por ejemplo: ¿cómo podríamos ver la economía peruana de 1968 a la luz del ensayo de 1928? Sería magnífico, lo mismo en la literatura, en el problema de la tierra y otros problemas. Me parece que esa es una obligación y los intelectuales debemos hacerlo, los obreros también, los campesinos también, porque ahí hay muchos párrafos que se refieren a ellos en un lenguaje sencillo, claro y nítido, muy preciso.

Finalmente, y con esto quiero concluir, Mariátegui es un gran ejemplo que se une con otras figuras de nuestra historia como, por ejemplo, Túpac Amaru.

SEGUIR EL CAMINO DE MARIÁTEGUI

Mariátegui es una figura histórica en nuestro país. No obstante que es reciente, él tiene ya una perfecta dimensión histórica que descuella, es el ideólogo de nuestra patria, no hay otro. Los ideólogos reaccionarios se quedan enanos frente a Mariátegui. ¡Qué bueno sería que tuviéramos otros cuántos! Pero estoy perfectamente convencido de que Mariáteguis no nacen todos los días. El apellido lo pueden llevar sus parientes o no. El problema es el del ejemplo. Lo debemos elevar como figura de ejemplo, como el guía de la revolución en nuestra patria, y nuestra patria está cambiando profundamente y cambiará más. Ya se ha dicho, la historia no puede ser detenida, podrá ser desviada un ratito, nada más. Mariátegui es, pues, un ejemplo para nosotros. ¿Ejemplo de qué? Mariátegui es un ejemplo de revolucionario proletario, ni más ni menos. No le aumentamos. Mariátegui no quiere que lo ensalcemos, tampoco quiere que le quitemos méritos. Si decimos: ejemplo de revolucionario, simplemente le quitaríamos el apellido proletario; si le quitáramos el proletario, Mariátegui no sería nada más, sería del montón.

¿Y qué quiere decir esto? Acudo a Mariátegui para saber de qué se trata, acudo a su labor, a su vida, y encuentro en Mariátegui un desarrollo teórico, un estudio marxista-leninista de nuestros problemas, un gran teórico del Perú y América Latina.

Debemos seguir ese camino; no estoy planteando que seamos iguales a él, sino solo seguir su camino. Uno, por ejemplo, puede hacer un prologuito; hacer algo siguiendo su luz en ese plano y así ser un teoriquito

pequeñito, pero estar por esa senda, y si juntamos todas las pequeñas verdades que podamos ir logrando descubrir tras el camino de Mariátegui, será un gran río de verdad. ¿Quién tiene más responsabilidad en esto? Los intelectuales, pero no los intelectuales a secas. Nuestra patria, el cambio en nuestro país, el desarrollo, no solamente exige intelectuales, sino intelectuales revolucionarios.

¿Qué quiere decir esto? Mao Tsetung es luminoso, preciso y muy concreto cuando dice que hay que fundirse con las masas explotadas obreras y campesinas. Eso lo dice muy concretamente. Si uno quiere ser intelectual revolucionario tiene que fundirse con las masas, trabajar como ellas, sentir como ellas y pensar como ellas. Pero ese es un proceso, porque tengo que dejar mi alto estatus, mi corbata, tengo que dejar eso; en muy buena y santa hora si con eso voy a lograr ser un intelectual revolucionario. Esta es una reflexión que nos corresponde a todos.

Esto nos lleva a lo segundo. En Mariátegui hay que ver al hombre de acción. Cuando Mariátegui asumía una tarea, la cumplía, la ejecutaba y cuando tocaba el problema particular —de su salud, de su familia— ponía familia y problemas tras sus tareas. Mariátegui era muy consecuente, sacrificó todo a su obra porque la comprendía, porque era combatiente; el que no es combatiente no es marxista-leninista. Tenemos que seguir su camino realmente al pie de la letra, podemos seguir su camino con dificultad, pero podemos seguirlo.

Creo que algunas ideas han quedado claras. Traten de quitar la hojarasca y las muchas palabras, traten de quedarse con el esquema; queden, pues, unas cuantas ideas, sobre todo el afán de entronizar el pensamiento de Mariátegui, de defender y de seguir su ejemplo. Está en juego el destino de nuestro pueblo. O entronizamos el pensamiento de Mariátegui o el pueblo no avanza.

SOBRE LA VI CONFERENCIA NACIONAL[1]

Por su incuestionable importancia consideramos sumamente pertinente y necesaria la transcripción de «Reconstituir el Partido para la guerra popular basándonos en Mao, Mariátegui y la V Conferencia» que, sobre la VI Conferencia Nacional[2], redactáramos en enero de 1969. Señalemos, simplemente, que su publicación en *Bandera Roja* N° 44 de enero-febrero de 1969, suscrita por el Buró Político del Comité Central, expresa el triunfo de las posiciones ideológicas y políticas de la fracción roja, apoyada por los «bolcheviques», en la lucha contra el paredismo librada en la VI Conferencia Nacional. Asimismo, resaltemos, el punto de situación política fija la posición inicial del Partido ante el golpe de Estado, calificándolo de Gobierno reaccionario en general. Se rechazó de esta manera la posición paredista de considerarlo reformista, en esencia, pues Paredes —como viéramos— difundió su «emplazamiento» al gobierno velasquista: «si es reformista» que tome Talara, lo que sucedió el 9 de octubre; en consecuencia, para Paredes el gobierno era reformista, aunque camuflándose le llamara «fascistizante», oponiéndose a nuestra calificación de gobierno fascista; esta última fue sancionada en el II Pleno de 1970. Destaquemos, también, las lecciones sobre la lucha interna, en especial su conclusión de que terminaba una etapa de la lucha de dos líneas y comenzaba otra. Y, principalmente, cómo llevar adelante el trabajo de construcción en la aplicación de la reconstitución sobre la base de unidad partidaria. Aquí, precisemos dos puntos: uno, se sancionó «pensamiento maotsetung» y no marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, pues entonces era necesario centrar la atención en el pensamiento maotsetung como el marxismo-leninismo de nuestra época; y dos, se sancionó «legado

---

1 Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

2 La VI Conferencia fue el término del largo e intenso proceso de la definición de la lucha de dos líneas por la reconstitución del Partido Comunista del Perú. Esto es, por aprobar oficial, orgánicamente, la reconstitución, y marca, por otro lado, el comienzo de la lucha por la aplicación de la reconstitución del Partido, pues, como bien sabemos, no basta acordar, lo principal y decisivo es aplicar. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

de Mariátegui» por la insuficiente comprensión del pensamiento de Mariátegui y su vigencia, manifestada en la reunión por algunos asistentes y la oposición de los paredistas. Así, la VI Conferencia, y reiteramos es lo principal, sancionó en enero de 1969 el mandato oficial de luchar por la reconstitución del Partido sobre la base de unidad partidaria. Veamos esta histórica conquista del Partido, en su larga lucha contra el revisionismo, en las palabras del mismo documento.[3]

[...]

Centremos ahora en el desarrollo de la VI Conferencia. Dos partes se enfrentaron en ella: de un lado los seguidores de Paredes, una mayoría fabricada en base a las facultades de seleccionar concurrentes otorgadas por la Reunión Extraordinaria de enero 68; del otro, los del «grupo bolchevique» y la fracción roja, cuyas convergencias se incrementaron a partir de tomar a Mariátegui como una de las bases de unidad. Dándose aparte posiciones intermedias, fluctuantes a lo largo de la reunión. Tres cuestiones fundamentales se debatieron.

Primera, la situación política y en ella, lo central, el carácter de la Junta Militar; mas no habiendo condiciones ni tiempo para profundizar el debate —pues los otros dos puntos eran más urgentes y candentes—, se concluyó calificándola simplemente como reaccionaria, rechazándose todo criterio de concebirla como reformista.

Segunda, la lucha contra la línea oportunista de derecha de «Patria Roja», entonces (enero del 69) ya en plena labor escisionista y montando una organización paralela al Partido. En este punto, Paredes y sus seguidores se orientaron no a terminar la lucha contra «Patria Roja» y su línea oportunista como correspondía e iniciar una nueva por la aplicación de la reconstitución que debía sancionarse en el evento; sino, por el contrario, los paredistas apuntaron a continuar la lucha contra «Patria Roja» y, más aún, a desarrollarla en la propia Conferencia contra el «grupo bolchevique» y la fracción, considerando a sus integrantes como parte de la línea oportunista de derecha de aquella. Así, la lucha de dos líneas se agudizó violentamente arreciando el ataque contra los camaradas Álvaro y Sergio, secretarios nacionales de organización y propaganda, respectivamente; su objetivo era obligarlos a «autocriticarse» para sancionarlos, esto es autoinculparse de supuestas responsabilidades que, a fuerza de repetirlas con virulencia, pretendían convertirlas en verdaderas y así tener pretexto

3 Ver a continuación del presente texto.

para separarlos de la dirección nacional. Mas, pese a que esta fuera la parte más prolongada del evento, su burdo plan fracasó sancionándose la terminación de la lucha contra la línea oportunista de «Patria Roja» y el inicio de una nueva lucha por la reconstitución del Partido.

Tercera, reconstitución del Partido sobre la base de unidad partidaria. Este punto —el de mayor importancia y de gran trascendencia— también fue objeto de candente debate, aunque no prolongado, no tanto por cuestión de tiempo en este caso cuanto por carencia de fundamentos de la oposición paredista. Tendieron estos a desvincular la reconstitución de la base de unidad partidaria; fracasada la maniobra apuntaron a cuestionar la base, desmembrándola; su pretensión era reducirla a solo la V Conferencia, lo que en modo alguno prosperó, mas lograron reducir el «pensamiento de Mariátegui» a simple «legado de Mariátegui». En concusión, la VI Conferencia sancionó la reconstitución sobre la base de unidad partidaria: pensamiento de Mao Tsetung, legado de Mariátegui y línea de la V Conferencia. Finalmente, la VI Conferencia Nacional seleccionó el Comité Central del cual tampoco pudieron excluir a la fracción roja ni al «grupo bolchevique». Y más aún, en la inmediata Sesión del Comité Central derivada de la VI Conferencia, el Comité Permanente quedó integrado por Paredes, como secretario general, y Álvaro y Sergio como secretarios de organización y propaganda, respectivamente, y, por tanto, Paredes quedó en minoría en el máximo organismo de la dirección central del Partido, pese a tener mayoría en el Buró Político y el Comité Central; situación que expresa, en síntesis, dónde estaba el peso político en el Partido y en la propia VI Conferencia Nacional. Es pertinente precisar que a partir de esta Conferencia se introdujeron el Comité Permanente y el Buró Político del Comité Central, en sustitución del Secretariado y la Comisión Política.

Concluyamos lo planteado sobre la VI Conferencia Nacional destacando que en ella triunfó la línea que aplicaron la fracción roja y el «grupo bolchevique» derrotando las posiciones paredistas, sancionándose en la misma el acuerdo histórico y trascendente de la reconstitución del Partido Comunista del Perú sobre la base de unidad partidaria: marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, pensamiento de Mariátegui y línea política general, en su versión más precisa como posteriormente se concretara hasta hoy.

Lo expuesto sobre la VI Conferencia permitirá comprender mejor y más claramente cómo Paredes era contrario a la reconstitución y prin-

cipalmente a la base de unidad partidaria, y por qué montó un siniestro plan de destrucción del Partido, el cual nos lanzó a la lucha contra el liquidacionismo de derecha, una forma específica de revisionismo. El artículo «Reconstituir el Partido para la guerra popular basándonos en Mao, Mariátegui y la V Conferencia», sobre la VI Conferencia, lo redacté para *Bandera Roja*; luego de debatido se publicó como editorial a nombre del Buró Político. Sergio redactó el comunicado de la VI, publicado también en *Bandera*.

RECONSTITUIR EL PARTIDO PARA LA GUERRA POPULAR BASÁNDONOS EN MAO, MARIÁTEGUI Y LA V CONFERENCIA[1]

Enero de 1969

I. SITUACIÓN ACTUAL

La situación de la revolución mundial es excelente.

La Gran Revolución Cultural Proletaria triunfa barriendo en todos los frentes al revisionismo que comandaba el renegado Liu Shaochi y pretendía reinstaurar el capitalismo en China; el camarada Mao Tsetung ha conducido sabia y firmemente esta lucha produciendo el más grande movimiento político conocido.

La República Popular de Albania construye victoriosamente el socialismo en medio de las acechanzas del imperialismo y el revisionismo; bajo la dirección del Partido del Trabajo de Albania, encabezado por el camarada Enver Hoxha, la heroica Albania es «faro del socialismo en Europa».

Los movimientos de liberación nacional siguen ardiendo en Asia, África y América Latina destruyendo los sueños de dominación imperialista; en Europa y Oceanía las masas se agitan remeciendo los viejos sistemas reaccionarios. El mundo capitalista se debate en crisis cada vez mayores y los lobos imperialistas se muerden unos a otros en sorda lucha por sobrevivir.

El imperialismo yanqui y el revisionismo soviético, enemigos número uno de los pueblos del mundo, se debaten en medio de un mar

---

[1] Publicado en *Bandera Roja* N° 44 de enero-febrero de 1969, suscrito por el Buró Político del Comité Central.

de contradicciones y fracasos; tienen sus días contados, pero cual fieras heridas golpean a diestra y siniestra buscando paralizar por el terror, dominar por el miedo; vano intento, pues los revolucionarios del orbe están atizando más y más la hoguera en que arderán definitivamente juntos.

Los marxista-leninistas desarrollan pujantes sus fuerzas proletarias; los partidos comunistas se consolidan, se forman nuevos y hasta en las propias entrañas del monstruo revisionista surgen combativos y firmes. Los partidos comunistas, nucleándose en torno al glorioso Partido Comunista de China y al firme Partido del Trabajo de Albania, fortifican sus filas luchando bajo la bandera del pensamiento de Mao Tsetung.

Así pues, la situación es excelente. El imperialismo yanqui, el revisionismo soviético y todos los demás reaccionarios caminan a su fin en desesperos de agonía, mientras los pueblos revolucionarios en ascenso se orientan por el marxismo-leninismo actual, pensamiento de Mao Tsetung, garantizando su triunfo.

Eso muestra que el problema del poder, el problema central de toda revolución, es cada día más perentorio y urgente, siendo su clave una: la guerra popular.

En nuestra patria, teniendo como fondo una lucha de clases que se agudiza presagiando tormentas populares, sobre una situación revolucionaria cada vez más explosiva, la reacción ha dado un golpe de Estado como salida para contener la marcha inexorable del pueblo peruano hacia la guerra popular.

El golpe militar es continuación de la dictadura reaccionaria sobre las masas explotadas ejercida directamente por las Fuerzas Armadas reaccionarias, columna vertebral del Estado reaccionario peruano. Su esencia es fortalecer la dominación de la burguesía intermediaria, de la clase latifundista feudal y del imperialismo norteamericano; su carácter de clase es, pues, el mismo; lo demás es oropel y careta para engañar mientras afila su cuchillo de carnicero.

El Gobierno militar se viste de falso nacionalismo, de antiimperialismo de papel, de demagógica palabrería de «servir a los de abajo»; agita la sonaja de «reivindicar la soberanía», «reconquistar la dignidad perdida», buscando servirse del espíritu nacional y de repudio al imperialismo yanqui que encierra nuestro pueblo. Mas en el Gobierno militar el antiimperialismo que pregona y el nacionalismo que declama son burda

mascarada del rancio plan de adormecer al pueblo mientras fragua y monta la contrarrevolución.

El «antiimperialismo» juntista —sus poses ante la Internacional Petroleum Company, su compra de tierras a la Cerro de Pasco, su «campaña de moralización» y demás sonajas «antioligárquicas» no deben engañarnos— sirve a la reacción y sus agentes. Sirve a los adocenados oportunistas que siempre estuvieron a la caza y espera del «movimiento progresista dentro del Ejército» y del «progresista de turno», sirve de tapadera a encallecidos revisionistas como Jorge Del Prado y su camarilla y a conocidos traficantes de la política nacional. Pero puede engañar a masas poco politizadas, engaño que durará cuanto dure la careta del «juntismo renovador».

Veamos tras la bravata y postura seudonacionalista el fondo de las cosas; desenmascaremos la política antiproletaria de la Junta Militar (congelación de sueldos y salarios), su represión y engaño al campesinado (muertes en Cajamarca, compra de tierras a la Cerro de Pasco Corporation) y su política antipopular en general (represión, desocupación, recortes presupuestales, golpes contra la universidad, etc.). Todo desenmascara al Gobierno militar; no podía ser otra cosa como antipopular y reaccionario al servicio de las clases explotadoras tramando la represión en gran escala mientras agita falsas banderas. Es que, no lo olvidemos, la defensa de la nación frente al imperialismo solo puede ser asumida por las masas explotadas y solo puede ser dirigida consecuente y firmemente por el proletariado representado por su vanguardia, el Partido Comunista; todo lo demás no pasa de sainete o burda patraña tras los cuales la reacción y el imperialismo quieren engañar y contener el justo sentimiento nacional y los movimientos de liberación que maduran en las naciones oprimidas.

El golpe de Estado ha servido para deslindar mejor los campos: de un lado, la reacción teniendo como núcleo al reaccionario Ejército peruano y a todos sus antiguos y nuevos servidores, destacando entre ellos la pandilla revisionista de Del Prado; y por el otro, el pueblo peruano: obreros, campesinos, estudiantes y demás explotados que no pueden tener más guía que el Partido Comunista. La lucha se polariza y los campos se definen.

La situación es: la reacción bajo la dirección del imperialismo norteamericano, consciente de que la situación es cada vez más explosiva, monta la contrarrevolución teniendo como centro el Ejército reacciona-

rio; la reacción prepara sus aparatos represivos y principalmente su fuerza armada para aplastar (así esperan) la futura guerra popular que se gesta. Esta es la esencia de la situación actual; las discrepancias y pugnas transitorias de las facciones reaccionarias y sus aparentemente agudas confrontaciones son las normales disputas entre lobos de la misma camada que tiene un fondo común, el interés de mantener la explotación del pueblo. No debemos dejarnos engañar ni sorprender por ellas, ni menos esperar reivindicaciones populares de estas contradicciones; las contradicciones en el seno del enemigo sirven a la revolución, pero esta solo puede y debe basarse en sus propias fuerzas, es lo principal; lo demás son cantos de sirena de revisionistas y de oportunistas de todo pelambre.

Por ello, el problema del poder, problema central de la revolución, también para nosotros se torna hoy más urgente que nunca. La reacción se prepara a ahogar en sangre la revolución; ¿qué corresponde al pueblo?, prepararse para defenderse y conquistar el poder, aprestarse a combatir. Armarse ideológica y materialmente para la guerra o entregar el cuello al verdugo y someterse a la reforzada explotación, he ahí el dilema, no hay más: o destruir la explotación con las armas en la mano o gemir bajo el peso de las montañas del imperialismo y la feudalidad. No hay otra alternativa, y el pueblo peruano escogerá necesariamente la guerra popular, la única solución para obreros, campesinos y demás masas explotadas de nuestra patria que marcharán bajo la dirección del Partido Comunista.

Así las cosas, la guerra popular deviene el camino natural y luminoso de los explotados de nuestro país; en la lucha de clases de nuestro pueblo surge apremiante la tarea de prepararse para librar la guerra popular y la principal e inmediata necesidad de desarrollar las fuerzas armadas populares. Estas tareas que el Partido Comunista señalara en su V Conferencia no son solamente tareas del Partido, sino que por desarrollo histórico han devenido ya en tareas de todo el pueblo. Por esto para el Partido Comunista surge la necesidad urgente de profundizar la práctica de su V Conferencia, de propagandizar y organizar más entre las masas, especialmente campesinas, la preparación de la guerra popular cuyo punto inmediato es acelerar el desarrollo de las fuerzas armadas.

Esta es nuestra condición histórica derivada de la situación revolucionaria hoy en agudización; pero tengamos presente que el cumplimiento de la tarea principal tiene una base insustituible, el desarrollo del trabajo campesino revolucionario. Por lo cual nuestro planteamiento es cumplir la tarea principal del desarrollo de las fuerzas armadas popu-

lares teniendo como base el trabajo campesino; esto es vital, sin un buen trabajo revolucionario entre las masas campesinas, esto es políticamente orientadas por el marxismo-leninismo, dirigido por el Partido Comunista, no puede haber desarrollo de las fuerzas armadas ni puede haber guerra popular; en conclusión, no puede haber liberación nacional ni, por tanto, destrucción de la explotación imperialista y feudal. El problema campesino es, pues, base y esencia de nuestra guerra popular; en el fondo nuestra guerra popular es una guerra campesina o no es nada.

De lo dicho concluimos: nuestra patria ha entrado al preámbulo de la guerra popular; nos hallamos en su preparación. La tarea inmediata del pueblo peruano, principalmente del campesinado, es prepararse para la guerra popular desarrollando sus fuerzas armadas. Tengamos presente lo enseñado por Lenin: «Una clase oprimida que no aspirase a aprender el manejo de las armas, a tener armas, esa clase oprimida solo merecería que se la tratara como a los esclavos», y lo que hoy nos enseña el camarada Mao Tsetung: «El Poder nace del fusil», «la tarea central y la forma más alta de toda revolución es la toma del poder por medio de la fuerza armada, es decir, la solución del problema por medio de la guerra». Pero esta grandiosa tarea y perspectiva, repitámoslo, no la cumplirá si no tiene delante al Partido Comunista para que lo guíe firmemente bajo la luz imbatible del marxismo-leninismo; sin el Partido Comunista al frente, el pueblo no combatirá revolucionaria y correctamente; por eso el Partido Comunista del Perú tiene que fundirse cabalmente con las masas, especialmente campesinas, para, en la lucha, insuflarles el marxismo-leninismo e insurgir como vanguardia reconocida de la guerra de liberación nacional.

Así pues, en nuestra patria, como en todo el mundo, el problema del poder está a la orden del día, es tarea urgente y perentoria cuya realización queda en nuestras manos multiplicadas infinitamente por las manos del pueblo y animadas inagotablemente por el marxismo-leninismo, pensamiento de Mao Tsetung.

II. LA LUCHA INTERNA Y LA VI CONFERENCIA NACIONAL

El Partido Comunista del Perú ha librado en los últimos tiempos la más profunda y amplia lucha interna de su historia, comparable por su importancia a la librada para la creación del Partido. Esta afirmación, combatida ayer como errónea y exagerada, ha sido confirmada por los

hechos y el desarrollo de la lucha misma. A través de esta lucha interna el Partido ha profundizado en el marxismo-leninismo, pensamiento de Mao Tsetung, en el legado de Mariátegui y en la comprensión de la línea política de la V Conferencia; nuestro Partido se ha templado y consolidado ideológicamente y ha comprendido mejor su papel y el camino a seguir para dirigir, como corresponde a la vanguardia del proletariado, la revolución en nuestra patria.

La lucha interna ha sido todo un proceso y a lo largo de él se fueron manifestando las posiciones no proletarias hasta expresarse en una línea política propia y distinta de la conquistada en la V Conferencia; saquemos de aquí la lección, para el futuro, que la lucha interna se desenvuelve como un proceso y que las líneas opuestas a la proletaria no se dan de una vez por todas completa y definitivamente, sino, como todo, tienen un curso que hay que saber descubrir y tipificar según su grado objetivo de desarrollo. Esto reviste importancia por cuanto, no olvidemos, la lucha en el Partido es constante, así que otras más profundas y complejas nos esperan, pues las luchas son más complicadas e importantes cuanto más avanza el proceso revolucionario.

La última lucha interna dentro del Partido Comunista del Perú es una gran lucha librada entre la línea proletaria de la V Conferencia y la línea oportunista de derecha disfrazada de «izquierda»; esta larga y dura lucha ha deslindado campos, una vez más, con el revisionismo enquistado en nuestras filas y sus modalidades camufladas, representando una importante victoria para el marxismo-leninismo en nuestra patria.

A lo largo de más de dos años se desarrolló esta lucha que se agudizó al máximo el año pasado; debemos considerarla como parte de la lucha que se viene dando en nuestro Partido, desde su fundación, entre la línea proletaria y las posiciones no proletarias, y como parte integrante de la más reciente lucha que se libra en el Partido contra las posiciones del revisionismo contemporáneo; hay, pues, que ligarla necesariamente a las luchas dadas victoriosamente contra las camarillas de Jorge Del Prado y Sotomayor que culminaron en los años 64 y 66, respectivamente.

Esta lucha interna ha tenido sus ofensivas marxista-leninistas y sus contraofensivas revisionistas (ejemplo la de octubre 67, después de la reunión de setiembre); tuvo su etapa librada en el seno de la dirección nacional y la librada ya con participación de las bases; ha tenido momentos de confusión, cuando el enemigo quería hacer pasar la lucha interna

como una lucha personal carente de principios, o cuando buscaba desviar la lucha planteando que la misma era entre bases y dirección nacional y no entre marxismo-leninismo y revisionismo. Los oportunistas han usado medios como la mentira, el engaño, adjudicarse los méritos, la delación, difamación, la amenaza, la represión, etc., para servir a sus fines; al comienzo, los oportunistas abiertamente pregonaban sus «teorías», pero se camuflaron e hicieron falsas protestas de adhesión a Mao Tsetung, a Mariátegui y a la V Conferencia cuando fueron desenmascarados. No debemos olvidar cómo los enemigos fuera de filas pretendieron y pretenden aprovecharse de la lucha interna para crecer a nuestra costa y desprestigiarnos hablando de «disolución» del Partido; tampoco debemos olvidar la posición errónea de los que se quedaron al margen de la lucha esperando oportunistamente ver quién gana, o de los que faltos de firmeza para mantenerse en la lucha se marginaron, o la posición ambigua y en el fondo antipartido de los que alegando su pureza revolucionaria se dedicaron a criticar a ambas partes autotitulándose los «únicos revolucionarios probados». Estas lecciones y otras que debemos extraer de esta lucha interna deben servirnos para el futuro y así combatir mejor por el Partido y la revolución de nuestra patria.

La VI Conferencia Nacional del Partido Comunista del Perú ha sido un éxito revolucionario, los marxista-leninistas de nuestra patria han dado un paso más hacia la consolidación de las posiciones proletarias en el proceso de la revolución peruana; el marxismo-leninismo, pensamiento de Mao Tsetung, el legado de Mariátegui y la línea política de la V Conferencia han avanzado más con este evento cuya trascendencia se verá con el correr del tiempo.

La VI Conferencia nacional representa:

- La reafirmación de la línea política de la V Conferencia, sentando como base inconmovible de la unificación partidaria el pensamiento de Mao Tsetung, el legado de Mariátegui y la V Conferencia; este es un gran éxito en el proceso de consolidación ideológica para entronizar en el Partido Comunista del Perú el dominio absoluto de la ideología del proletariado y asegurar la dirección de la revolución.

- El repudio y el emplazamiento a proseguir el aplastamiento definitivo y total de la línea oportunista de derecha disfrazada de «izquierda», habiéndose procedido a la expulsión de los más recalcitrantes cabecillas de ella: Cantuarias, Ludovico, Kobi y otros de sus secuaces.

- La selección de un nuevo Comité Central encabezado por el camarada Saturnino Paredes, selección que introduce por vez primera en nuestra práctica revolucionaria la selección como criterio para conformar los órganos de dirección.

La VI Conferencia Nacional ha sido, pues, un triunfo para las fuerzas proletarias y una gran derrota para los enemigos infiltrados en el Partido y demás enemigos de la revolución peruana. Esta Conferencia marca formalmente el fin de una etapa de la lucha dentro del Partido Comunista del Perú, la etapa de lucha contra la línea oportunista de derecha disfrazada de «izquierda»; pero, a su vez, es el comienzo de otra nueva etapa dentro de nuestro Partido, la etapa de la lucha por la movilización profunda de la militancia y organismos partidarios contra todo lo que entraba y dificulta el desarrollo revolucionario del Partido, y la aplicación firme y decidida de su línea política de la histórica V Conferencia Nacional. Se abre ante el Partido Comunista del Perú la ruda tarea de barrer todo lo viejo y hacer que lo nuevo se desarrolle y triunfe; nos abocamos a una lucha entre lo viejo y lo nuevo: lo viejo, lo retrógrado, lo que entraba y frena es lo no proletario que aún subsiste y subsistirá entre nosotros y que aún después de destruido esta vez pugnará por volver a revivir; y lo nuevo, lo que impulsa, lo revolucionario es lo proletario, lo marxista-leninista.

Esta lucha que hoy ya se desenvuelve en distintos grados, entre lo nuevo y lo viejo, entre lo verdadero y lo erróneo, es hoy una contradicción en el seno del pueblo, entre camaradas; el desarrollo que haya de tener y los éxitos que cosechemos dependerán de nosotros, están y estarán en nuestras manos. La tarea es dura y esforzada, pero el marxismo-leninismo nos nutre e impulsa; uniéndonos a las masas nuestra fuerza será superior a la tarea.

III. CUMPLIR AUDAZMENTE LA LÍNEA POLÍTICA DE LA V CONFERENCIA EXIGE RECONSTITUIR EL PARTIDO PARA LA GUERRA POPULAR

Hace meses el Partido planteó la tarea de «profundizar e intensificar la lucha interna en la práctica revolucionaria» llamando a la reconstitución del Partido en torno a la tarea principal; estos planteamientos siguen válidos y urgentes, pero hay que complementarlos ajustándolos a las nuevas circunstancias que introduce la VI Conferencia Nacional y a la situación de la lucha de clases que aquella refleja. Hoy debemos plan-

tearnos más precisamente reconstituir el Partido para la guerra popular basándonos en Mao, Mariátegui y la V conferencia. Y a esta tarea debemos dedicarnos con ahínco y tesón revolucionarios.

Terminada una etapa de la lucha y comenzada otra, se plantea perentoria la reconstitución del Partido en medio de la lucha de clases y en torno a la tarea principal, el desarrollo de las fuerzas armadas; esto es, el Partido solo puede reconstituirse en el fragor de la lucha de masas y no al margen de ella, y lo reconstituimos para la guerra popular y lo desarrollamos en ella.

La reconstitución plantea la exigencia de una crítica masiva de todas las concepciones ideológicas, políticas, orgánicas, militares, etc., no proletarias; crítica masiva a desarrollar en el trabajo partidario y no lejos de él, así en la práctica misma nos armaremos con el marxismo-leninismo, descubriremos nuestros defectos y errores y los transformaremos en la lucha misma.

Asimismo, se plantea la depuración de nuestras filas revolucionarias; esta tarea perentoria también debe cumplirse a través de la lucha. La depuración nos servirá para descubrir a los enemigos infiltrados en nuestras filas, para incrementar nuestra militancia y para seleccionar cuadros en todos los niveles partidarios.

La reconstitución del Partido la haremos bajo el principio marxista de ajustar lo orgánico a lo político, siguiendo las tesis del camarada Mao Tsetung de: «las formas organizativas revolucionarias deben servir a las necesidades de la lucha revolucionaria. Cuando una forma organizativa ya no concuerda con las necesidades de la lucha, debe ser abolida»; transformar todo lo políticamente caduco y hacer que lo nuevo se desarrolle y la revolución avance.

Ante la tarea de reconstituir el Partido Comunista del Perú surge ante nosotros el planteamiento de Lenin: investigar, propagandizar y organizar; esta trilogía leninista se presenta como exigencia de conocer y descubrir nuestros problemas a la luz del marxismo; como necesidad urgente de divulgar nuestros principios, orientaciones y políticas; y como vital necesidad de reestructurar nuestro sistema partidario y su trabajo de masas.

El camarada Mao Tsetung nos enseña que la construcción del Partido plantea dos problemas: el ideológico-político y el orgánico; para nosotros hoy se nos plantea así:

a) Problema ideológico. La VI Conferencia establece que el pensamiento de Mao Tsetung, el legado de Mariátegui y la V Conferencia forman la base ideológica de unificación partidaria; esta tesis es de extraordinaria importancia. Sin una base ideológica común es imposible que exista un partido; todo partido revolucionario se levanta sobre una clara y sólida base ideológica que es su soporte unitario; sin unidad ideológica no hay nada, pues la unidad orgánica no basada en unidad ideológica no pasa de ser simple unión mecánica, y en modo alguno sistema orgánico ni mucho menos unidad de pensamiento y acción.

Para el Partido Comunista del Perú esta base de unidad reviste muy grande importancia, pues precisamente hemos visto y combatido a oportunistas que se han levantado contra el pensamiento de Mao Tsetung enarbolando andrajosas banderas castristas; que han arremetido, soberbios e insensatos, contra el legado de Mariátegui tras la antigua y desprestigiada divisa de la interpretación «crítica» del Amauta; y que se han lanzado, ciegos, contra los principios revolucionarios de la V Conferencia, línea política que abierta o embozadamente niegan.

La base de unidad partidaria: el pensamiento de Mao Tsetung, el legado de Mariátegui y la V Conferencia, es pues la piedra angular y soporte de nuestro Partido; es la base sólida sobre la cual se levanta nuestra organización; sin ella no hay ni habrá Partido y sobre ella debemos reconstituirlo. Por esta razón los enemigos de ayer, de hoy y mañana se lanzan y lanzarán contra este sólido fundamento pretendiendo destruirnos, pero ante él se quebrarán sus frágiles colmillos reaccionarios.

La reconstitución plantea como condición básica y principal combatir toda posición contraria al pensamiento de Mao Tsetung, al legado de Mariátegui y a la V Conferencia; esta lucha hay que darla dentro y fuera de nuestras filas, aplastando toda maquinación contra el marxismo-leninismo y su aplicación a la realidad peruana. El problema es conseguir el mando absoluto del pensamiento de Mao, del legado de Mariátegui y de la V Conferencia dentro de las filas del Partido, de modo que no haya ningún militante que no fundamente su calidad de comunista partiendo de ella; asimismo implica hacer de esta base de unidad partidaria la luz que guíe la revolución peruana.

Bien sabemos que el marxismo-leninismo no es espontáneo, esto es no nace simplemente entre las masas, sino que hay que introducirlo en ellas; pues bien, partiendo de esto, tampoco la base de unidad partidaria

surge espontáneamente entre las masas, sino que dándose en las filas de la vanguardia del proletariado tiene que ser introducida en las masas populares para que se convierta en fuerza material invencible. Surge, por tanto, la tarea de todos los comunistas de llevar a las masas explotadas el pensamiento de Mao Tsetung, el legado de Mariátegui y la V Conferencia para que los asimilen y los conviertan en su propia carne y sangre en medio de las luchas en todos los niveles y frentes de batallas.

b) Problema orgánico. Al enfocar el problema orgánico de nuestra reconstitución tengamos presente, entre otras cosas: partir de que las formas orgánicas se crean y se desarrollan en función de las formas de lucha; y que en nuestra patria la forma principal de lucha es la guerra popular, luego la forma principal de organización es la fuerza armada. Esto es aplicable a todo el trabajo orgánico; hay que plantearse, pues, siempre primeramente cuál es la forma de lucha a seguir y en función de ella plantearse la forma orgánica.

Partir, también, de que la línea organizativa que sirve al cumplimiento de la línea política nos plantea que la tarea organizativa pendiente aún de radical transformación solo se cumplirá en el desarrollo de la revolución, en medio de la guerra popular, en modo alguno al margen de ella.

El problema orgánico nos plantea algunas cuestiones.

En cuanto a la estructura orgánica. Partiendo del centralismo democrático, base de toda la estructura orgánica, y de que el centralismo es lo principal en un Partido que pugna por el poder, veamos lo siguiente.

El Partido es un sistema único de organizaciones, como enseñara Lenin. Debemos adherirnos firmemente a ese principio y combatir todo localismo y regionalismo; pensar que estamos reconstituyendo la vanguardia organizada del proletariado, el centro único de la dirección revolucionaria del país, por ello debemos barrer de raíz y no permitir que afloren posiciones, tendencias o posiciones contrarias a esta tesis leninista.

Al seleccionar militantes tengamos presente que todos los militante desde los más nuevos a los más antiguos, desde los niveles más elementales a los más altos, todos tenemos que demostrar al Partido que tenemos derecho al honroso título de comunista; probar esto al Partido con nuestras acciones revolucionarias al margen de cualquier otra consideración, teniendo en cuenta solamente nuestra adhesión a la base de

unidad partidaria probada por nuestra práctica. Debemos introducir la premilitancia; ya nadie debe entrar al Partido directamente, sino después de un período de prueba en la lucha de clases de las masas. Al incrementar nuestras filas ceñirnos al principio de militancia de clase, dirigiendo el esfuerzo a lograr comunistas entre los obreros y campesinos y después en otros explotados.

Como antes ha sucedido, luego de que el problema político se aclara en el Partido, algunos militantes que se alejaron, se desilusionaron de «tanta lucha», u otros que fueron engañados por los enemigos, arrojados de las filas, intentan volver a la organización. Si bien no es correcto cerrarles las puertas por sus errores, tampoco debemos abrírselas llanamente como antes sucedió. Los que quieren volver y tengan firme voluntad de corregir sus errores deben comenzar por autocriticarse, ponerse a disposición de la organización para que esta los pruebe y tenga seguridad de que el militante que vuelve ha reconquistado por su acción revolucionaria el título honroso de miembro del Partido Comunista del Perú y pueda reiniciar su militancia desde abajo.

Destaquemos la política de cuadros, superando errores cometidos; la reconstitución del Partido nos exige apoyar a quienes se adhieren y cumplen la base de unidad partidaria, independiente de otra consideración extraña a las necesidades y principios partidarios. Sigamos firmemente la política de cuadros del camarada Mao Tsetung y apliquemos su enseñanza de no solo trabajar con aquellos que comparten nuestras opiniones, sino «también saber unirse con los que sostengan opiniones diferentes e incluso con los que se hayan opuesto a ellos y cuyos errores hayan sido probados por la práctica».

Finalmente, para juzgar a los camaradas tengamos los criterios de procedencia social, ideología y estilo de trabajo, pero sin olvidar, como enseña el camarada Mao, que lo principal es siempre la ideología.

Busquemos, pues, desarrollar la militancia en medio de la lucha misma manteniendo siempre la militancia revolucionaria muy alta y constante.

En cuanto a sistema de organización. Lo principal es reconstituir el Partido en torno a la tarea principal, esto es sentar las bases orgánicas para la guerra popular. Pero es necesario tener presente, además, que si el campo es la zona principal del trabajo partidario, la ciudad es la secundaria; esto nos plantea que la ciudad en modo alguno puede ser abandonada

y que, por otro lado, no cabe en modo alguno tampoco menospreciar el trabajo en las ciudades. Partamos del criterio correcto de que campo y ciudad son dos zonas de lucha, de que la segunda sirve a la primera y que la coordinación del trabajo es indispensable pues ambas sirven a la misma finalidad.

El sistema de organización nos plantea el problema de centrar el trabajo partidario en el campo; pero esto implica poner en él el sistema de organizaciones y no simplemente el problema de desplazar personas. La cuestión es, pues, la de fundir el Partido con las masas campesinas, adentrarlo en el campo para desde allí reconstituirlo; este fundirse con el campesinado exige reforzar y mantener siempre clara la ideología proletaria al mando.

Al reconstituir el Partido considerando el sistema partidario como un todo orgánico al servicio de la tarea principal de hoy y a la guerra popular de mañana, y al cumplir estas tareas, recordemos que no es posible avanzar parejamente en todos los frentes, sino que nuestro desarrollo orgánico será necesariamente desigual, lo cual plantea la redistribución de las fuerzas partidarias.

En cuanto al trabajo orgánico. Nuestro punto de partida es: las masas hacen la revolución y el Partido las dirige como su indispensable estado mayor; las masas son la fuente y poder del Partido, lejos de ellas el Partido no es nada.

Siguiendo este principio desarrollaremos un trabajo abierto y un trabajo secreto claramente deslindados, pero íntimamente coordinados; este problema es uno de nuestros puntos débiles, a él debemos dedicarle gran esfuerzo y en él se librarán duras luchas y contradicciones para barrer formas caducas y artesanales que en este problema sobreviven.

Para desarrollar tenemos que combatir todas las formas de espontaneísmo como una perversa modalidad burguesa que quiere obstaculizar la dirección política del Partido sobre las masas para así atarlas a sus posiciones oportunistas. Si las masas no siguen al Partido Comunista no estarán sirviendo políticamente a sus intereses de clase y sí a los de la reacción. Combatamos por ganarnos la dirección política de las masas, principalmente de obreros y campesinos.

Nuestro principio es: el trabajo secreto dirige el trabajo abierto y este es base de aquel y principio de movilización política de las masas.

En cuanto a métodos de dirección ciñámonos al principio del camarada Mao Tsetung «de las masas a las masas»: sintetizar y sistematizar las experiencias de las masas y luego devolverlas a las masas como orientaciones y políticas oportunas y concretas para que se conviertan en realidad y movilicen realmente las luchas. Desterremos los métodos artesanales poniendo al mando las formas de dirección bolchevique. El problema de dirigir es, nos enseña el camarada Mao, trazar planes y mover cuadros; apliquemos y asimilemos este método en la práctica revolucionaria y aprendamos a dirigir dirigiendo.

La tarea de reconstituir el Partido no será fácil; ella será complicada en medio de la lucha de clases y bajo la ideología del proletariado. En cada uno de los puntos de la reconstitución partidaria se enfrentarán la concepción proletaria y las posiciones no proletarias; la lucha será dura y profunda, será vital para la revolución peruana y en ella el marxismo-leninismo triunfará.

IV. PERSPECTIVA

Con la VI Conferencia Nacional se cierra, pues, una etapa de la lucha interna en el Partido Comunista del Perú y de ella sale más fortalecido porque es más clara su adhesión al pensamiento de Mao Tsetung, al legado de Mariátegui y a la V Conferencia.

La lucha revolucionaria a la cual entramos con renovado brío revolucionario se da en el marco de una excelente situación revolucionaria tanto en el mundo como en el país, en el cual estamos viviendo tiempos en que los frentes contrarrevolucionario y revolucionario se aprestan otra vez a dirimir supremacía, hoy en el campo de la guerra popular, arma insuperable de los pueblos.

En estos momentos los seudorrevolucionarios se hunden más en su oportunismo y su desenmascaramiento cada vez es más rápido y profundo; con mayor facilidad los traficantes y oportunistas son revelados y sacados a la luz por las llamas triunfantes del marxismo-leninismo; y nuestra base de unidad partidaria se está mostrando como gran piedra de toque para probar revolucionarios y desenmascarar a los falsos en nuestra patria.

Las masas sienten cada vez más la necesidad e importancia del Partido Comunista para que las conduzca y guíe; sienten cada vez más la necesidad revolucionaria de la guerra popular y van descubriendo más y más la invencibilidad y pujanza del marxismo-leninismo, hoy pensamiento de Mao Tsetung.

Los sucesos transcurridos a partir del presente golpe de Estado nos están mostrando cada vez más como lo que somos, los únicos representantes del proletariado y los auténticos defensores del pueblo.

La lucha del pueblo se agudizará más en nuestra patria y desembocará irremediablemente en violencia revolucionaria.

Por todo esto, nuestra perspectiva es brillante; fundiéndonos con las masas explotadas, principalmente obreros y campesinos, y adhiriéndonos firmemente al pensamiento de Mao Tsetung, al legado de Mariátegui y a la V Conferencia nos convertiremos en la vanguardia del proletariado indiscutida y reconocida, asegurando así la revolución peruana.

INFORME, PROGRAMA Y TAREAS[1]

Mayo de 1969

La propiedad de la tierra es la raíz de toda organización social, política y económica. En el Perú, en particular, esta cuestión domina todas las otras cuestiones de la economía nacional. El problema del indio es, en último análisis, el problema de la tierra.

Mariátegui, *Peruanicemos al Perú*

El problema agrario se presenta, ante todo, como el problema de la liquidación de la feudalidad en el Perú.

[...]

Las expresiones de la feudalidad sobrevivientes son dos: latifundio y servidumbre. Expresiones solidarias y consustanciales, cuyo análisis nos conduce a la conclusión de que no se puede liquidar a la servidumbre, que pesa sobre la raza indígena, sin liquidar el latifundio.

Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*

La lucha de los indios contra los gamonales ha estribado invariablemente en la defensa de sus tierras contra la absorción y el

[1] Gran movimiento campesino de 1963. Ya lo dijimos y repetimos, el más grande y estremecedor movimiento campesino de este siglo; marcó la década del sesenta y es y será un hito de la lucha popular de nuestra patria. ¿Cómo fue juzgado ese gran movimiento de masas y cómo se juzgó, particularmente, la lucha campesina en ese decenio? En mayo de 1969, se presentó a la Primera Convención de Campesinos de la Zona de Ayacucho un «Informe, Programa y Tareas». (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

despojo. Existe, por tanto, una instintiva y profunda reivindicación indígena: la reivindicación de la tierra. Dar un carácter organizado, sistemático, definido, a esta reivindicación es la tarea que tenemos el deber de realizar activamente.

Mariátegui, *Esquema del problema indígena*

I. NUESTRA PATRIA ES SOCIEDAD SEMIFEUDAL Y SEMICOLONIAL

El Perú, nuestra patria, está agobiado por dos enemigos feroces: el feudalismo y el imperialismo; los cuales, unidos, chupan la sangre de nuestro pueblo, principalmente del campesinado, impidiéndole que tome en sus manos su propio destino. Estos enemigos oprimen a nuestra patria haciendo de ella una sociedad semifeudal y semicolonial.

Nuestra condición semifeudal la vemos en lo siguiente. Las grandes mayorías de nuestra población, los campesinos, que son alrededor del 70 % de nuestras masas, trabajan la tierra, pero sus esfuerzos no son compensados porque están atados al latifundio y a la servidumbre. Existe una enorme concentración de la tierra en muy pocas manos: en la Sierra 99 grandes propiedades abarcan el 40 % de las tierras, y en la Costa 81 grandes propiedades concentran el 60 %. En el Perú, en general, el 12 % de los propietarios tienen el 95 % de las tierras y el 88 % de los propietarios restantes solo tienen el mísero saldo del 5 %.

La inmensa mayoría del campesinado del país está formada por las grandes masas de campesinos pobres que no tienen tierra o las que tienen son muy pocas, dando así lugar al minifundio con sus pequeñísimas parcelas enclavadas unas dentro de otras y su mísero rendimiento que sirve fundamentalmente para el consumo de la familia campesina que vive arando la tierra; este minifundismo se da principalmente en las comunidades cuyos miembros, por ello, están sometidos también indirectamente a la voracidad del latifundio colindante o de ricos propietarios que los explotan y despojan de su tierra. Frente al minifundio, como su contraparte, se levanta la gran propiedad latifundista; el latifundio que concentra la tierra en poquísimos propietarios, gamonales, es la base sobre la cual se sostiene el sistema de servidumbre que reina, opresivo y agobiante en extremo, sobre las inmensas masas de campesinos pobres

que, no teniendo tierras o con muy pocas, se hallan sujetas al dominio del latifundista feudal.

Los campesinos pobres sujetos al dominio latifundista trabajan la tierra sometidos a las distintas modalidades de servidumbre que dominan nuestro campo: colono, aparcero, arrendire, yanacona, etc. El campesinado pobre recibe del latifundista feudal un pequeño lote de tierra teniendo que pagar por ella una renta, principalmente trabajando en las tierras del gamonal o dándole una parte de su cosecha o, lo que es menos común, en dinero. Además de esta renta por el uso de la tierra, el campesinado pobre tiene que cumplir otras obligaciones personales en beneficio del hacendado: servir en la casa hacienda cocinando, lavando y cumpliendo los varios servicios domésticos; prestar sus animales y herramientas para trabajar la tierra del patrón; trasladar los productos del hacendado, ya sean animales, cereales, leche, etc., desde la hacienda hasta la casa del patrón en la ciudad; servir gratuitamente o por míseras propinas en la casa del gamonal en la ciudad cumpliendo las más pesadas tareas domésticas; cumplir labores de pastoreo para el patrón; servir de mensajero; pagar derechos de yerbaje al latifundista. Todas estas obligaciones personales y la renta por la tierra tienen que ser pagadas por el campesino y toda su familia; súmese a esto el maltrato y humillaciones que el campesino soporta del latifundista feudal, de cuya voluntad totalmente depende bajo la constante amenaza de ser arrojado de la hacienda. El campesino pobre es, pues, un siervo sometido totalmente al dominio y explotación del señor feudal.

El hacendado es un parásito que no se preocupa de impulsar la producción, sino de explotar más y más al campesino. De ahí que la agricultura predominante esté sometida a las formas más primitivas de trabajo de la tierra, sin abonos, medios mecánicos, semillas seleccionadas ni técnicas modernas de cultivo; sus rendimientos son bajísimos. Recayendo sobre esta pobre producción la voracidad del latifundista, las inmensas masas campesinas del país son masas desnutridas, miserablemente alimentadas y fácil pasto de las enfermedades; son masas carentes de vestidos necesarios, sin viviendas adecuadas, visten harapos y habitan chozas; faltos de los más elementales servicios de sanidad y hundidos en profunda ignorancia, el analfabetismo y las supersticiones más burdas adormecen sus cerebros aumentando su opresión.

La predominante estructura semifeudal aplasta al campesinado; sobre ella los latifundistas levantan su poder, y en base a su dominio sobre la tierra han construido toda la opresión económica, política, social

e ideológica que soportan las inmensas masas campesinas del Perú. En conclusión, las caducas formas feudales sobrevivientes en nuestra patria frenan el desarrollo social y para avanzar nuestro pueblo no puede menos que barrerlas hasta sus más profundas raíces.

En estas condiciones de feudalidad sobreviviente, penetró el imperialismo norteamericano sojuzgando al país en todos los planos: económico, político, social, militar, ideológico y cultural. El imperialismo norteamericano viene acentuando cada vez más su dominio total de nuestra economía: grandes haciendas, especialmente en la costa peruana en las cuales ha introducido modalidades capitalistas, le sirven como productoras de azúcar o algodón; las minas en su mayor parte son explotadas por él; los bancos, el comercio y la incipiente industria también se encuentran bajo su control. El imperialismo hace y deshace en la política peruana, pone presidentes, selecciona senadores y diputados, interviene en el nombramiento de autoridades, prepara golpes de Estado y persigue en nuestro propio suelo a los que le combaten. Las Fuerzas Armadas del Estado peruano y las fuerzas represivas también son objeto de infiltración y control imperialistas. Ideológicamente, difunde ideas antinacionales de superioridad imperialista e inferioridad nuestra y promueve toda su decadente cultura envenenando y buscando disolver la cultura nacional. Nuestra nación, especialmente en los últimos años, está siendo más oprimida por el imperialismo norteamericano que viene asegurando su dominio y remachando nuestra situación de país semicolonial.

El imperialismo norteamericano tiene como base social de su dominio la semifeudalidad sobreviviente, por ello la defiende y sostiene y adapta a sus necesidades introduciendo modalidades y técnicas capitalistas sobre la base de la defensa de la propiedad latifundista, que defenderá a toda costa y de mil maneras abiertas o encubiertas.

El imperialismo norteamericano y el feudalismo utilizan al Estado reaccionario para mantener su dominio y opresión sobre el pueblo peruano, contando para ello principalmente con el uso de las armas y de todos los instrumentos represivos. Asimismo, se sirven de organismos estatales o creados especialmente como Cooperación Popular, Desarrollo Comunal, Instituto Indigenista, Reforma Agraria, Alpaca y muchos más; organismos que pretenden orientar al campesinado hacia la conciliación de clases y a un rastrero reformismo que solo sirve para mantener las condiciones de explotación y miseria.

Por todo lo anterior, vemos que el pueblo peruano, nuestras masas oprimidas, muy particularmente los campesinos, tienen dos grandes enemigos: la feudalidad y el imperialismo norteamericano; por ello, la lucha de nuestro pueblo tiene que ir necesariamente contra los dos. Así, la larga lucha que hace años viene dándose en nuestra patria es un movimiento campesino que sigue las huellas de los movimientos de liberación que hoy se dan en el mundo.

II. EL PUEBLO ENFRENTA UNA NUEVA OFENSIVA DE SUS ENEMIGOS

En los últimos años el pueblo peruano viene soportando una ofensiva de sus enemigos. Las masas campesinas vienen sufriendo nuevos despojos de sus tierras, sus dirigentes y hermanos son perseguidos y encarcelados, la miseria pesa cada vez más sobre ellos, sus hijos tienen que marcharse a las ciudades porque ya no pueden sobrevivir en el campo, la justicia es inalcanzable y sus interminables juicios terminan favoreciendo a los gamonales; las organizaciones campesinas son atacadas y se pretende destruirlas, y todas sus tramitaciones ante las oficinas oficiales son largas y costosas y no resuelven problemas fundamentales del campesinado. Toda esta situación se ha agravado con la nueva ofensiva de los latifundistas que pretende borrar las conquistas que los campesinos han conseguido mediante largas y sangrientas luchas.

Los obreros y trabajadores en general también se enfrentan a similares condiciones: los patronos refuerzan su dominio explotador reduciendo salario para aumentar sus ganancias, se niegan las conquistas arrancadas con luchas y la desocupación en aumento acentúa su miseria; los organismos sindicales son divididos y se pretende aplastarlos, las huelgas se las declara ilegales y se busca acabarlas con las fuerzas policiales y los dirigentes son perseguidos y encarcelados. Los patronos en esta nueva ofensiva quieren borrar las conquistas logradas con sangre por el proletariado de nuestra patria.

Los estudiantes también son objeto de esta ofensiva; sus dirigentes y organizaciones perseguidos, se borran de un plumazo sus conquistas, se restringe sus derechos de educación y se destruye la gratuidad de la enseñanza. Se pretende aplastar el avanzado movimiento estudiantil que comenzaba a fundirse con los obreros y campesinos.

El pueblo, en conclusión, ve empeorada su situación económica, aumentada su miseria, reforzada la explotación que soporta, negados sus

derechos y barridas las libertades y conquistas que arrancara a sus enemigos a lo largo de grandiosas y heroicas luchas. Esta ofensiva, lo ven nuestras masas, es llevada a cabo con el amparo del Estado y todas sus fuerzas y aparatos represivos; el pueblo ve cómo todos los medios legales y tramitaciones son burlados y cómo se impone simple y llanamente el poder del dinero y de la violencia.

En los últimos años nuestras masas populares, especialmente los campesinos, han aprendido mucho. Mediante sus consecuentes e inagotables luchas (libradas de las más variadas formas, desde las tramitaciones legales hasta las acciones de hecho con que se defienden y resisten a la agresión de los latifundistas apoyados por las fuerzas represivas), las masas han comprendido la gran verdad de que para luchar y lograr éxitos deben apoyarse en sus propias fuerzas; que nada pueden esperar caído del cielo; que necesitan organizarse; que no deben confiar en las palabras de sus enemigos; que tienen que defender sus intereses propios unidos a los demás explotados, intereses que son contrarios a los de los gamonales; que contra el pueblo se usan tácticas duras y blandas, esto es el engaño y la violencia y que tienen que estar listos para combatir ambos métodos. Pero la más importante lección es: la liberación de las masas solo puede ser obra de sus propias manos; que las masas organizadas son invencibles, que bien orientadas en la defensa política de sus intereses de clase oprimida, mediante la lucha larga y persistente, resolverán sus problemas fundamentales acabando con sus enemigos.

En estas circunstancias se produjo el golpe del 3 de octubre del año pasado. Una Junta Militar asumió el gobierno agitando banderas nacionalistas de defensa de la soberanía y de las masas populares planteando la llamada «justicia social»; en torno a este nuevo gobierno se desató gran campaña propagandística, propalándose a los cuatro vientos «nuevas posibilidades reformistas».

A ocho meses de la Junta Militar ¿cuál es la situación de las masas populares? Los hechos son muy claros y no podían ser de otra manera. La llamada «reforma agraria» sigue igual que en el régimen anterior; la compra-venta de tierras no marcha, pues los latifundistas solo quieren vender tierras inservibles a altos precios para mantener la propiedad sobre las mejores y reforzar su poder. Ante el campesinado, el Gobierno enarbola la política de engaño, como la compra de tierras a la Cerro de Pasco que no son entregadas a los campesinos, y la represión política, como en Colquimarca (Cajamarca) donde fueron muertos siete campesi-

nos. La persecución continúa igual y la «mano dura» sigue golpeando al campesinado, principalmente a través de la embestida que los gamonales, envalentonados por el golpe militar, han desencadenado contra las masas campesinas para arrojarlas de sus tierras; todo esto mientras se monta una política de ofrecimientos y esperanzas para adormecer la combatividad del campesinado.

El proletariado también está siendo duramente golpeado. Siguen los salarios de hambre, se recortan los derechos sindicales y la represión abierta está a la orden del día, el caso de Mala es una prueba clara. Igual suerte sufren los demás trabajadores: congelación de haberes, despidos, desocupación, alza del costo de vida y represión. Los estudiantes también reciben duro ataque del régimen actual, la ley universitaria nueva y la destrucción de la gratuidad de la enseñanza son hechos innegables a los cuales se añaden la represión y persecución.

Estos hechos demuestran una política en contra del campesinado, del proletariado, del estudiantado y de las masas populares en general; así la política de la Junta Militar de gobierno no es una política que favorece al pueblo, sino todo lo contrario. La alardeada política antiimperialista no pasa de ser, por otro lado, sino un intento de canalizar y beneficiarse con el sentimiento antiimperialista del pueblo, pues, como la misma Junta lo declaró, no se opone al imperialismo norteamericano sino a una llamada «mala compañía»: la International Petroleum (por lo demás, la Junta pretende resolver el problema de la Brea y Pariñas de acuerdo con el imperialismo yanqui).

En conclusión, la Junta Militar de gobierno sirve a los mismos intereses que servía el régimen de Belaunde, y la misión del golpe de Estado es el fortalecimiento del Estado para la defensa de intereses latifundistas e imperialistas preparándose, según pretenden, para aplastar la lucha popular que se acerca, principalmente la del campesinado.

Por su parte, las masas populares, obreros y campesinos en especial, enfrentados a la ofensiva de sus enemigos, se aprestan a reorganizar sus filas para proseguir su lucha; y se están sentando bases, y esto es vital, para el desarrollo de un nuevo ascenso de la lucha de las masas, principalmente campesinas, futuro ascenso que se dará bajo nuevas condiciones y experiencias que favorecerán la combatividad de la lucha popular.

III. HACE CIENTOS DE AÑOS QUE LOS CAMPESINOS LUCHAN POR LA TIERRA

Hace cientos de años que el «problema primordial» del campesinado peruano es el de la tierra, motor principal de casi la totalidad de las luchas campesinas. El campesinado de nuestra patria tiene larguísima tradición de lucha y no son, como los pintan sus enemigos, pacíficos, indolentes, sumisos; la historia lo prueba.

En el siglo XVIII, sin ir más lejos, hubo muchos y grandes levantamientos de masas indígenas campesinas, destacando los de Juan Santos Atahualpa y Túpac Amaru; este último, en 1780, levantó a cien mil campesinos formando una fuerza armada que, extendiéndose por el sur del Perú hasta Bolivia, hizo temblar el dominio colonial de los españoles. Este movimiento atacó las bases mismas de la opresión: la servidumbre, la expropiación de tierras, los abusos de las autoridades, y llamó a unirse para acabar con el poder español; dio grandes batallas y su ejemplo se extendió por América, aunque el movimiento fue sofocado.

En 1885 masas indígenas de Ancash se alzaron contra el tributo personal y los «trabajos de la República»; Atusparia y Ushcu Pedro comandaron esta lucha que, como dice Mariátegui, «cuando la revuelta aspiró a conformarse en una revolución, se sintió impotente por la falta de fusiles, de programa y de doctrina».

En este siglo el campesinado también ha luchado duramente y sigue haciéndolo. Así, contra los grandes despojos de tierras del primer cuarto de siglo, las masas del campesinado se levantan en rebelión; heroico ejemplo son los levantamientos de los años 1917, 1919, 1921 y 1923 en el departamento de Puno. Movimientos que fueron aplastados a sangre y fuego sellando el despojo y el reforzamiento del latifundio.

Estos ejemplos prueban que: las masas campesinas del Perú desde tiempos inmemoriales vienen sosteniendo, con las armas inclusive, la lucha por la defensa de sus tierras, y si aún no han sido despojadas totalmente es porque en momentos decisivos supieron resistir y combatir el avance de sus enemigos, aunque estos amparados por las fuerzas represivas estatales les hayan causado derrotas transitorias. Una gran experiencia debemos sacar: solo mediante la lucha los campesinos han podido mantener las pocas tierras que aún les quedan y reducir en parte la servidumbre feudal que todavía los oprime.

¿Pero por qué no triunfaron estos grandes levantamientos? Una es la razón: los movimientos campesinos solo han triunfado cuando han sido dirigidos por una clase revolucionaria capaz, esta dirección faltó a los levantamientos campesinos de nuestra patria; no había la clase revolucionaria que los condujera, vacío que solo es llenado con la aparición del proletariado peruano, abriendo la perspectiva de triunfo para las luchas campesinas. Mariátegui nos lo enseñó:

> En nuestra América española, semifeudal aún, la burguesía no ha sabido ni ha querido cumplir las tareas de la liquidación de la feudalidad. Descendiente próxima de los colonizadores españoles, le ha sido imposible apropiarse de las reivindicaciones de las masas campesinas. Toca al socialismo esta empresa. La doctrina socialista es la única que puede dar sentido moderno, constructivo, a la causa indígena, que, situada en su verdadero terreno social y económico, y elevada a un plano de una política creadora y realista, cuenta para la realización de esta empresa con la voluntad y la disciplina de una clase que hace hoy su aparición en nuestro proceso histórico: el proletariado.

Desde fines de los años 20, bajo las enseñanzas de Mariátegui, comienza el desarrollo de un nuevo período de las luchas campesinas caracterizado por darse bajo la influencia de las ideas del proletariado en mayor o menor grado, y en un nuevo marco histórico en nuestra patria: la presencia directriz de la clase obrera y con ella una nueva etapa en la lucha de clases y el movimiento de transformación y destrucción de la feudalidad y del dominio imperialista.

Entre las luchas de este período cabe destacar las libradas en torno al año 1956 por los campesinos de Pasco contra el gran dominio latifundista de la Cerro de Pasco Corporation, compañía usurpadora que despojó a los campesinos de sus tierras. El campesinado de esa zona, superando la larga lucha legal contra la compañía, pasó a la recuperación de sus tierras mediante la ocupación; mostrando combatividad y espíritu de lucha organizaron sus acciones reivindicadoras, defendieron sus derechos en choques sangrientos con las fuerzas policiales. En esos años las luchas campesinas se tiñeron nuevamente de sangre por la represión de sus enemigos; sin embargo, se sacaron buenas experiencias para futuras acciones que llevaron a un ascenso de la lucha campesina.

Entre 1963 y 1964 nuestra patria registró un poderoso movimiento campesino; las masas, apoyándose en sus propios esfuerzos, se alzaron en gigantesco movimiento de recuperación de sus tierras que abarcó todo el país, principalmente del centro hacia el sur; el centro de mayor lucha fue el departamento del Cusco. El campesinado comenzó la ocupación de tierras de las que había sido despojado, se rebeló de hecho contra la servidumbre y se enfrentó de igual a igual con sus opresores; asimismo desencadenó un amplio movimiento de masas y sus organizaciones se convirtieron en poderes a los que los mismos gamonales tenían que acudir en busca de arreglo. El campesinado comenzaba a ponerse de pie. Sus enemigos, los latifundistas feudales y toda la reacción, sintieron que la tierra temblaba, que su poder estaba en grave riesgo y, como tenía que ser, echando mano de su poder estatal, desencadenaron la represión, la persecución y la matanza, impusieron la violencia de sus armas, movilizando todas las fuerzas represivas del Estado. El movimiento campesino fue detenido y sufrió algunas derrotas; no obstante, con sus propias manos los campesinos recuperaron algunas de sus tierras y redujeron el peso de la servidumbre.

Estas luchas han dejado grandes experiencias. El campesinado está comprendiendo que su enemigo es todavía fuerte, que tiene poderosos aliados y que vencerlo no será tarea fácil; que emplea el engaño para desorientar la lucha de las masas y la violencia como forma principal para aplastarlos; que los amarillos son agentes del enemigo y cuchillo de sus propios hermanos; que en momentos decisivos los medios legales de lucha son impotentes y que sus enemigos en ellos hacen hablar las armas para imponerse. Por otro lado, los campesinos han comprendido en buena parte el poder de la organización: que unidos y organizados son poderosos; que los obreros y los estudiantes organizados son poderosos; que los obreros y los estudiantes son sus hermanos de lucha; que sus enemigos, si bien son fuertes, no son invencibles; que frente a los enemigos hay que adoptar todas las formas de lucha y que tienen que combatir usando las mismas armas que ellos usan; y, lo que es más importante, que para combatir y triunfar se necesita una correcta orientación y de dirigentes capaces y consecuentes que los conduzcan, y que su lucha no puede aislarse de las de los demás explotados.

El poderoso movimiento del 63-64, no obstante sus formidables luchas, no pudo desarrollarse ni elevarse a formas superiores principalmente porque faltó la indispensable orientación y dirección del proletariado, pues la que hubo no fue suficiente; además, las organizaciones no

desarrollaron las formas de lucha que el momento requería. Este movimiento ha sido una gran experiencia y marca un hito en el desarrollo del campesinado; el campesinado ha obtenido avances en lo económico y, lo que es más, grandes lecciones y un ensayo para sus ulteriores acciones.

Nuestra zona de Ayacucho también tiene su larga tradición de lucha campesina en la que los campesinos han participado; para no remontarnos mucho recordemos a Basilio Auqui que, con astucia y habilidad militar, derrotara a los españoles; a las guerrillas de Cáceres que fueran inagotable resistencia triunfante contra las invasoras tropas chilenas. Pero destaquemos muy especialmente la ejemplar lucha de los campesinos de Llaccolla, de la provincia de Cangallo, quienes hace cien años, organizándose contra la opresión brutal, derrotaron por las armas al latifundista Beingolea conocido como «Puka toro», reconquistando sus tierras.

En el último decenio dos luchas cobran particular importancia: Pomacocha y Ccaccamarca. En ambos casos, después de largos y costosos procedimientos legales, de interminables disputas y tratos con los terratenientes, pasando por luchas violentas, persecuciones y represiones, los campesinos por sus propias manos y medios recuperaron sus tierras, las que hasta hoy siguen en su poder. Después de estas ocupaciones, las masas continúan luchando contra las maniobras de los latifundistas, quienes, a través de amarillos y agentes de todo tipo, pretenden quebrar la lucha unitaria para restaurar su dominio. La lucha sigue contra las maniobras legales, las persecuciones y la represión que los latifundistas desatan contra las masas usando de la justicia y de las fuerzas represivas. Si bien los campesinos han tomado las tierras en Pomacocha y Ccaccamarca, su lucha no puede terminar ni consolidarse su posesión de tierras por cuanto sus enemigos aún tienen el poder; de ahí la necesidad de seguir combatiendo por nuevas formas.

De estas luchas y otras luchas más, el campesinado de la zona ha sacado muchas experiencias que hay que asimilar y difundir. Así pues, las luchas de Pomacocha, Ccaccamarca, Llaccolla, Ongoy, Chungui, Yanta Yanta, Qochaq, Iquicha, Totora, Urpay, Samana, Pacaycasa y muchas más están esperando ser resumidas, sistematizadas y difundidas para que sirvan a sus demás hermanos y a ellos mismos como experiencia para el futuro.

Todas las luchas anteriores, de cientos de años, vemos que han tenido un fondo común: la lucha por la tierra. A través de nuestra historia el problema de la tierra ha sido el problema principal y sigue siéndolo

hoy; la casi totalidad de la lucha del campesinado ha sido por la tierra. Es que todos los males que el campesinado soporta: pobreza, miseria, ignorancia, humillaciones, falta de derechos y libertades, etc., tienen una raíz común: el problema de la tierra, y este problema es que la tierra se encuentra concentrada en muy pocas manos mientras las inmensas masas de campesinos no tienen tierra o la que tienen es muy poca.

Por todo lo anterior se concluye, la lucha que desde siempre se libra en el campo entre latifundistas y campesinos es la lucha por la destrucción del latifundio sobre el cual se levanta la servidumbre y las relaciones semifeudales que oprimen al campesinado. El motor de la lucha de clases en el campo de nuestra patria, como en otras partes, es la destrucción del latifundio; la lucha sorda, cruel y prolongada que se libra entre los pocos latifundistas que tienen en sus manos concentrada la tierra, base de su poder, y las inmensas masas campesinas; los primeros pretenden mantener el latifundio, a lo más, introduciendo técnicas capitalistas, mientras las segundas combaten por destruir totalmente el latifundio sobreviviente.

IV. LA REFORMA AGRARIA SOLO LA HACEN LOS CAMPESINOS REVOLUCIONARIAMENTE, UNIDOS AL PROLETARIADO Y APLASTANDO A SUS ENEMIGOS

Ante el avance de la lucha de masas y la amplia campaña por la reforma agraria, desarrollada especialmente en los años 62-64, el gobierno de Belaunde y el poder legislativo en manos de la Coalición APRA-Unión Nacional Odriista y de la Alianza Acción Popular-Democracia Cristiana, bajo el control directo y la orientación del imperialismo norteamericano y los latifundistas, dieron la llamada Ley de Reforma Agraria 15037. Esta en modo alguno es ley de reforma agraria, no pasa de ser una ley reglamentista de compra-venta de tierra a plazos; solo busca mantener el latifundio y, por tanto, las formas de servidumbre que sobre él se levantan, pese a la declaración formal de abolir la llamada «condición de feudatarios» (colonos, yanaconas, aparceros, etc.).

Las restricciones en la extensión de los latifundios responden simplemente al afán de crear una capa de pequeños propietarios a quienes se les vendería a altos precios las míseras parcelas que ya poseen o las tierras marginales, inservibles hoy, a los latifundistas. Así se impulsará un proceso de capitalización de los latifundistas a costa del campesinado y eso propiciaría la introducción de técnicas y modalidades capitalistas

manteniendo en la base el latifundio; es el conocido «camino prusiano», «camino terrateniente» o «desde arriba» (introducción de técnicas y modalidades capitalistas para mantener y fortalecer el latifundio, que genera un capitalismo burocrático); política totalmente al servicio del imperialismo y la clase feudal y opuesta radicalmente al «camino campesino» (destrucción revolucionaria del latifundio por el campesinado, movilizado bajo la dirección de la clase obrera). Esta orientación se comprueba a través de todas las disposiciones de la llamada Ley de Reforma Agraria; ley que, por otro lado, pretende crear un grupo de pequeños propietarios para dividir el movimiento campesino y convertirlo en defensor de la propiedad latifundista; y que, además, es represiva apuntando a la liquidación del movimiento campesino. Finalmente, declara abolida la llamada «condición de feudatarios», pura demagogia; mientras subsista el latifundio y no se entregue la tierra al campesinado, principalmente al pobre, existen las condiciones objetivas para la servidumbre. La ley, pues, no sirve al campesinado ni podía hacerlo por una sencilla razón: ha sido dada por los enemigos del campesinado a través de su aparato estatal.

A cinco años de aprobada la ley 15037, solo se ha aplicado sobre las tierras que los campesinos ya habían conquistado con sus propias luchas, pretendiéndose así imponer el pago de las tierras reivindicadas. Esto prueba que la compra-venta de tierras que nos quieren hacer pasar por reforma agraria solo sirve a los latifundistas y al mantenimiento de su poder de clase. Debemos, pues, tajantemente rechazar la burguesa ilusión reaccionaria de destruir el latifundio por la compra de la tierra.

Hoy nuevamente se plantea el problema de la reforma agraria. Los que creen en las promesas de la Junta Militar que gobierna le piden que «acelere y perfeccione la reforma agraria», así como le «exigen un nuevo código de aguas que sirva a las mayorías campesinas». Estos planteamientos son nueva difusión de las ideas burguesas de hacer la reforma agraria pacíficamente, comprando las tierras, y sueños de que los latifundistas perderán mansamente sus «derechos»; además, que, de buena o mala fe, les sirven para apoyar las banderas seudonacionalistas y demagógicas del Gobierno militar. Las medidas que sobre el problema agrario tome la Junta Militar no pueden ser sino normas que tiendan más clara y ampliamente a impulsar el «camino prusiano» o «terrateniente» en la agricultura, sirviendo así a los intereses del imperialismo y del latifundismo; el camino del capitalismo burocrático, que es el único que puede seguir (mantención de la gran propiedad latifundista sobre la cual se implantan modalidades y técnicas capitalistas para desarrollar gran producción al

servicio de las necesidades imperialistas), en modo alguno liberará al campesinado, sino que, por el contrario, impulsará el despojo violento de las mayorías campesinas para someterlas a la explotación salarial capitalista, proceso que se desarrolla siempre bajo el signo del aplastamiento sangriento del campesinado.

No olvidemos las palabras de Mariátegui:

> El capitalismo, como sistema económico y político, se manifiesta incapaz, en América Latina, de la edificación de una economía emancipada de las taras feudales. El prejuicio de la inferioridad de la raza indígena le consiente una explotación máxima de los trabajos de esta raza; y no está dispuesto a renunciar a esta ventaja, de la que tantos provechos obtiene. En la agricultura, el establecimiento del salariado, la adopción de la máquina, no borran el carácter feudal de la gran propiedad. Perfeccionan, simplemente, el sistema de explotación de la tierra y de las masas campesinas.

La reforma agraria revolucionaria es la que el campesino necesita, pues es la única capaz de liberarlo de la servidumbre, se sujeta al principio «La tierra para quien la trabaja». Pero esta reforma agraria, la única que merece el nombre de tal, tiene algunos caracteres: 1) determinación de los latifundios a destruir; 2) confiscación de la tierra; y, 3) ejecución por el poder popular. De esto se desprende: la reforma agraria es la destrucción confiscatoria del latifundio por el poder popular que, cumpliendo el principio de «la tierra para quien la trabaja», desarrolla la producción.

La reforma agraria no puede, pues, ser compra-venta de tierras sino confiscación del latifundio (expropiación sin pago alguno); y no puede ser hecha por el poder de los latifundistas y sus aliados, sino por el poder popular, esto es, por los campesinos que luchan revolucionariamente unidos a la clase obrera. Frente a esta posición, los enemigos del campesinado y sus agentes desorientan a las masas inculcándoles concepciones erróneas de comprar la tierra, esperar la reforma agraria desde arriba y buscan enredarlas en interminables disputas engorrosas e inútiles sobre leyes agrarias; pretenden así borrar el principio de que la reforma agraria será obra de las propias masas campesinas.

En nuestra patria, la reforma agraria la están realizando en medio de la lucha las masas campesinas; este proceso popular tuvo un gran impulso entre los años 60-65, en él los mismos campesinos reivindican al-

gunas tierras que, pese a todas las maquinaciones y represiones montadas por los latifundistas y las fuerzas represivas, aún mantienen en su poder defendiéndolas a toda costa. Para el desarrollo de esta reforma agraria en marcha y su consolidación en el futuro, tengamos presentes estas palabras de un gran luchador proletario:

> Mientras el poder se encuentre en manos del viejo gobierno autocrático, terrateniente-burocrático, todos esos proyectos de «normas de trabajo», «igualitarismo», etc., serán una ocupación vana e inútil. Con todo ese fárrago de párrafos y reglas en los proyectos, que el viejo poder arrojará en general por la borda o los convertirá en un nuevo método para engañar al campesinado, la lucha campesina por la tierra no hace más que debilitarse. Los «proyectos del régimen agrario» no ayudan a los campesinos a comprender cómo lograr la tierra, sino que más bien dificultan la acertada comprensión de ello.
>
> Esos proyectos recargan la cuestión del viejo poder del gobierno burocrático con ruines e insignificantes ficciones oficinescas. Esos proyectos embotan la inteligencia con ilusiones sobre las autoridades buenas, cuando en realidad siguen existiendo con toda su violencia ilimitada las viejas autoridades salvajes. Dejen de jugar a los «proyectos de régimen agrario» de papel, señores; los campesinos se las arreglarán fácilmente con la tierra cuando no exista el estorbo del viejo poder. Dediquen mejor su atención a la lucha de los campesinos por eliminar plenamente todo estorbo de ese género.

V. DESARROLLÁNDOSE, EN MEDIO DE LA LUCHA, LA CONCIENCIA POLÍTICA Y ORGANIZATIVA DEL CAMPESINADO, MARCHA LA TRANSFORMACIÓN NACIONAL

El problema básico del Perú es el de la tierra; el campesinado, formado por inmensas masas explotadas, es la mayoría; la presente etapa del proceso de transformación nacional plantea la destrucción de la feudalidad y de la opresión imperialista, en él al campesinado le corresponde papel primordial; la auténtica transformación nacional se desarrolla desde el campo en la incesante destrucción del latifundio. Por ello, los aportes del campesinado son y serán insustituibles; en esta etapa revolu-

cionaria, en que fundamentalmente se decide el problema de la tierra y el sometimiento al imperialismo, el campesinado se desempeña como fuerza principal, aunque su acción combativa solo se desarrolla exitosamente junto al proletariado y bajo su concepción ideológica.

El campesinado peruano está sumido en la ignorancia, las supersticiones y todo el peso ideológico y cultural que le impone la semifeudalidad; y si bien las masas campesinas presentan «una instintiva y profunda reivindicación indígena: la reivindicación de la tierra», su conciencia política está adormecida y solo el proletariado es capaz de infundirle una conciencia política clasista que le haga conquistar su liberación. Compete, pues, al proletariado y sus organizaciones infundir su propia ideología en las explotadas masas campesinas de nuestra patria; esta tarea no es fácil, pero es vital y dará frutos, ya lo dijo el Amauta: «Una conciencia revolucionaria indígena tardará quizás en formarse, pero una vez que el indio haya hecho suya la idea socialista, la servirá con una disciplina, una tenacidad y una fuerza, en la que pocos proletarios de otros medios podrán aventajarlo».

La educación política de las masas campesinas solo puede hacerse en la lucha práctica, así aprenden las masas. Esta educación debe desarrollarse oponiéndose a las concepciones erróneas y combatiéndolas; la organización del campesinado exige cada vez más combatir tenaz y cotidianamente las concepciones burguesas de la conciliación de clases, de esperar su liberación de otras clases y del gobierno que las representa, de la reforma agraria pacífica y por compra de tierras, del apoliticismo, de no confiar en sus propias fuerzas, de la incapacidad del campesinado y de las ideas que tienden a reducir su importancia en la transformación nacional y demás planteamientos reaccionarios que tienden a alejar al campesinado del proletariado y a atarlo a la cola de la burguesía para beneficio del imperialismo y la feudalidad.

Asimismo, esta educación política exige combatir también las ideas pequeñoburguesas y «populistas» que pretenden difundir que el campesinado se basta a sí mismo, que no necesita de la dirección proletaria; que rinde culto al espontaneísmo de las masas menospreciando su organización; que quiere reducir la lucha a conquistas inmediatas y de carácter económico; que pretenden que la lucha campesina acabe con la sola destrucción del latifundio feudal y la conquista de la tierra, sin comprender que ese es el comienzo de una nueva etapa para crear una sociedad totalmente nueva.

La educación política del campesinado se hace, pues, combatiendo en la lucha diaria todas las ideas burguesas y pequeñoburguesas que lo desorientan y fortaleciendo las posiciones ideológicas de la clase obrera. Esta lucha se da apuntando a destruir ideológicamente las ideas erróneas, esclareciendo el papel de las organizaciones, combatiendo sus posiciones falsas y desenmascarando a los dirigentes oportunistas ante las masas para que no puedan engañarlas.

En esta tarea de desarrollo de la conciencia clasista del campesinado, de introducir en él la ideología proletaria, importante papel corresponde a la formación de cuadros campesinos salidos de sus propias filas para que transmitan a sus hermanos su experiencia y lucidez políticas.

La lucha campesina exige desarrollar la propaganda y agitación clasistas; esto sirve a que el campesinado tome conciencia de que es una clase, de su papel, de sus aliados (especialmente de su unidad indispensable con el proletariado, para formar la alianza obrero-campesina), de sus enemigos, de sus problemas y de sus soluciones definitivas. Las publicaciones son importantes para el campesinado y un vocero propio es buen instrumento para cohesionar sus filas; por nuestras condiciones, la propaganda gráfica y hablada en quechua son valiosos medios que necesitan desarrollo.

La experiencia demuestra que las masas, para ser fuerza invencible, necesitan organizarse. Nuestro campesinado, comprendiendo esta verdad, en la práctica expresa sus deseos de desarrollar sus aparatos orgánicos; surge así como necesidad perentoria el desarrollo organizativo del campesinado peruano. Tarea revolucionaria es apoyarlo en esta necesidad.

La organización campesina en el Perú tiene ya una larga tradición, pero correspondió a Mariátegui dar sólidas bases clasistas para su construcción. Después de él la labor traidora del oportunismo y amarillos rebajó la organización y su combatividad, no obstante, algunas organizaciones, como la Confederación Campesina del Perú, mantuvieron su capacidad de lucha.

En las circunstancias actuales que vive nuestro país, como todas las organizaciones populares, las organizaciones campesinas necesitan reconstituirse en la lucha para el cumplimiento de sus fines. Esta reconstitución tiene que ceñirse necesariamente a los principios clasistas proletarios de organización: seguir la lucha de clases, el principio de apoyarse en las propias fuerzas y nunca en las del enemigo y sus aparatos estatales,

seguir la línea de clase apoyándose en los más pobres para organizarse y no perder nunca los objetivos finales. Estos principios, sintetizados de la experiencia universal de las masas, guían la labor organizativa del campesinado.

Las formas orgánicas que la experiencia ha probado debemos aplicarlas firmemente: sindicatos, comunidades, uniones y asociaciones campesinas siguen siendo organismos que debemos desarrollar.

La unidad de obreros y campesinos, en pleno desarrollo, por su importancia para la transformación de la sociedad exige concentrar esfuerzos en ella para forjar la alianza obrero-campesina; esta alianza es la base para formar la unidad del pueblo peruano y cumplir las tareas de transformación nacional. La alianza obrero-campesina es, además, garantía de la dirección política correcta que imprime el proletariado garantizando el desarrollo consecuente del proceso revolucionario. Sin la dirección proletaria es imposible la organización necesaria ni la dirección política indispensable; sin la dirección proletaria no hay cambio ni transformación real. Bajo la dirección proletaria el campesinado desarrolla todo su poder transformador y sirve a sus intereses, lejos del proletariado sirve a la reacción. Solo la alianza obrero-campesina, garantizando la hegemonía proletaria, es la garantía de transformación.

La labor organizativa del campesinado exige la formación y desarrollo de sus fuerzas materiales que le permitan defenderse en las luchas violentas que sus enemigos le imponen.

En la lucha, el campesinado se sirve de la legalidad para defender sus conquistas y no debe permitir que se las arrebaten; pero está comprendiendo los estrechos límites y posibilidades que la legalidad brinda y, además, que en los momentos decisivos es arrojada por la borda por sus enemigos y sus aparatos represivos. También está comprendiendo que las leyes las hacen sus enemigos; pero que la lucha dentro de la legalidad es una escuela que, por otro lado, permite comprender el carácter de clase de las leyes y la defensa cerrada que brinda a los intereses de quienes las hicieron.

De la lucha del campesinado surgió el 11 de abril de 1947 la Confederación Campesina del Perú, central máxima del campesinado peruano, que a lo largo de su historia ha probado ser la única representante clasista de los intereses del campesinado, y pese a las asechanzas y maquinaciones de sus enemigos continúa su labor.

En nuestra zona las organizaciones campesinas también se han desarrollado, las de Pomacocha, Ccaccamarca, Totora, etc., son muestras; asimismo los organismos provinciales surgieron en Cangallo, Huanta y Huamanga, aunque hoy día han caído en pasividad que recién comienzan a superar. Las organizaciones de la zona requieren evidentemente una profunda reorganización.

El campesinado peruano es un campesinado que tiene, como hemos visto, una larga y gran trayectoria de lucha; a lo largo de cientos de años de lucha, y en los últimos especialmente, ha adquirido rica experiencia que le augura amplio camino y brillante perspectiva. El papel de fuerza principal que el campesinado cumple en nuestra patria cada día está más claro; evidentemente, desarrollándose en medio de la lucha, la conciencia política y organizativa del campesinado, marcha la transformación nacional. Para comprender esta gran verdad y adherirnos cada vez más firmemente a ella, recordemos estas dos sabias enseñanzas de un gran combatiente proletario:

> La despiadada explotación económica y la cruel opresión política de los campesinos por la clase terrateniente, los forzaron a alzarse en numerosas rebeliones contra la dominación de esta [...], las luchas de clase del campesinado, los levantamientos campesinos y las guerras campesinas fueron la fuerza real motriz del desarrollo histórico de la sociedad feudal.

Y: «El pueblo, y solo el pueblo es la fuerza motriz que hace la historia universal».

El campesinado para desarrollar su lucha necesita sistematizar puntos programáticos que guíen sus luchas; si bien las reivindicaciones campesinas son conocidas, es necesario contar con puntos sistematizados, por ello planteamos los siguientes:

PUNTOS PROGRAMÁTICOS

1. «La tierra para quien la trabaja». Reforma agraria: luchar por la destrucción del latifundio y la servidumbre; confiscación de la tierra mediante la lucha popular.
2. Lucha contra el imperialismo que oprime a la nación y sostiene a la feudalidad; combatir a todos sus agentes.

3. Forjar en la lucha la alianza obrero-campesina bajo la dirección del proletariado.
4. Orientar toda lucha de los campesinos hacia su liberación total.
5. Conquistar y defender sus libertades y derechos de reunión, asociación, expresión y propaganda. Arrancar a los presos de las cárceles y luchar contra la persecución.
6. Rebelarse de hecho contra la servidumbre: trabajo personal, colonaje, yanaconaje, pongaje, yerbaje y prestaciones familiares.
7. Defender las conquistas logradas y la vigencia de los derechos laborales en el campo: salario, sindicalización y leyes sociales.
8. Apoyar la lucha de todos los explotados contra los impuestos agobiantes, contra el alza del costo de vida. Apoyar todas las reivindicaciones populares.
9. Agudizar la lucha de clases en el campo, desarrollar los problemas latentes: litigios, reivindicaciones, recuperación de tierras, etc., y elevar a formas superiores las luchas sociales.
10. Apoyar las luchas que los campesinos y otros oprimidos libran hoy en el mundo.

Como acción inmediata nos planteamos:

TAREAS INMEDIATAS

1. Propagandizar

Hacer propaganda sobre lo siguiente:

- Que la reforma agraria implica la confiscación de la tierra y la destrucción del latifundio feudal. No contentarse con las pequeñas parcelas que hoy detentan.
- Combatir ideas de compra de la tierra.
- Campaña para desenmascarar los títulos de reforma agraria.
- Que los campesinos comprendan que solo con su propia lucha, la lucha popular, pueden tomar la tierra.
- Difundir la necesidad de la alianza con el proletariado, y la concepción de la liberación a través de la lucha popular y bajo la dirección proletaria.

- Que la unión clasista hace la fuerza y que organizados los campesinos son poderosos.
- Que la Confederación Campesina del Perú, la CCP, es la central que los agrupa.

Para esto necesitamos:

- Editar boletín.
- Hojas de agitación.
- Documentos sobre el problema campesino.
- Escuelas de capacitación.
- Propaganda oral y gráfica.

2. Organizar

- Formar comisión que organice Federación Departamental; y que, entre tanto no se forme esta, oriente, dirija y centralice la lucha departamental.
- Reconstituir las Federaciones Provinciales antiguas y crear nuevas.
- Fortificar las relaciones con la Confederación Campesina del Perú, central única del campesinado.
- Formar grupos de autodefensa.
- Organizar oficina legal.
- Organizar actividades de frente y sobre todo sentar las bases de la alianza obrero-campesina.
- Prepararse para participar en el evento de la Confederación Campesina del Perú; nombrar delegación y acordar puntos a plantear: análisis y balance de las luchas de la CCP; determinación de la política agraria y reconstitución de la CCP.

OLA DE LOS 60[1]

Los años sesenta en el país fueron turbulentos, de dura e intensa lucha de clases, de represión, persecución y sangre. Ya vimos el desbordante y estremecedor ascenso campesino del 63, veamos la situación y lucha del proletariado. Mas a falta de otros materiales, sigamos acudiendo a los documentos partidarios, en este como en otros puntos; al fin y al cabo, tendrán la ventaja de expresar cómo veíamos la realidad directamente en tales años y, más aún, coadyuvarán a —conociendo nuestras posiciones, planteamientos y políticas de entonces— comprender mejor el derrotero y desarrollo que hemos seguido y cómo el Partido se fue forjando para dirigir la guerra popular [...][2]

Fue en estas circunstancias que el proletariado y el pueblo peruanos desarrollaron su ardorosa y heroica lucha de clases que remeciendo toda la vieja sociedad fracturaron más sus caducas bases en el fragor de los turbulentos avatares masivos de los años sesenta. De la recia creciente del movimiento obrero rememoremos dos hechos. En la primera mitad del decenio, la lucha minera que se convirtió en revuelta y cruentos enfrentamientos estremeciendo La Oroya, la región del Centro, repercutiendo en todo el país, con la consiguiente violenta represión y alarma del Gobierno ante tan contundente y sorpresivo golpe a la Cerro de Pasco Corporation. Y en la segunda mitad de la década, el gran movimiento huelguístico de los años 67-68 que, superando el repliegue posterior a la derrota del MIR, se concretara en 150 000 trabajadores simultáneamente en huelga —aunque sin centralización adecuada—, con tomas de fábricas y principalmente minas tomadas por sus obreros, con voladuras de carreteras para dificultar el acceso a la zona y los consabidos choques con las fuerzas policiales; y la represión impotente ante la ascendente ola. En síntesis, así como el 63-64 marcó el ascenso del movimiento de masas

---

1 Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

2 Ver «El PCP y el proletariado peruano» en el presente tomo.

del campesinado en la década del sesenta, el 67-68 marca el ascenso del movimiento de los trabajadores en el mismo decenio. Una derivación de estas luchas fue la conformación de la actual y sobreviviente Confederación General de Trabajadores del Perú, surgida del montaje hecho por el revisionismo bajo la sombra y apoyo del primer gobierno de Belaunde; valga recordar que a su instalación, en el entonces cine Colón, asistió el ministro de Trabajo a olearla y sacramentarla. Central que no fue jamás ni es la continuación de la que creara Mariátegui, pues mientras esta se sustentaba en el principio de la lucha de clases, aquella, la del revisionismo, se apoltronaba en la colaboración de clases. Mas, si la Confederación General de Trabajadores del Perú vendeobreros del revisionismo no es expresión del proletariado peruano, sí expresa, en cambio, la denodada acción organizativa de la clase, la multitud de sindicatos de muchas ramas y niveles que, fieles al principio de lucha de clases, se forjaron en las huelgas y mantienen sus banderas contra viento y marea.

Parte de estas ingentes luchas fueron los maestros, los trabajadores de la enseñanza, principalmente los profesores de educación primaria. El magisterio, base misma de la intelectualidad peruana, reconózcaselo o no como tal, prosiguió su pugnaz combate arrancando la ley 15215, considerable paso en la consecución de sus derechos. Pero hubo de reforzar más su lucha por la aplicación de la misma; pues, en el país, como en el resto del mundo donde la explotación y las ganancias son las únicas leyes supremas, si conquistar cualquier derecho demanda gran batalla, más grande aún requiere su aplicación. Así el magisterio a lo largo de los sesenta, con huelgas, paros, marchas y enfrentamientos callejeros, y con despidos, represión, prisiones y sangre avanzó en la obtención de sus reivindicaciones y en lo que era fundamental para sus luchas futuras, el desarrollo de su organización sindical que desembocó en la formación del Sindicato Único de Trabajadores en la Educación del Perú, SUTEP. Igualmente, fue parte de esa gran ola, el pujante movimiento de empleados bancarios que libró importantes combates contra la patronal de banqueros, médula misma de la gran burguesía; movimiento al que, urgido por sus amos y luego de dividirlo con sus partidarios, Belaunde aplastó furiosamente en 1964 y descabezó lanzando más de quinientos dirigentes a la calle.

Dentro de este poderoso movimiento revolucionario de masas, las mujeres, que desde los años cincuenta venían incorporándose más a la producción, son parte ardorosa y resuelta en todos los frentes de lucha popular; retoman y reimpulsan así el papel que siempre han cumplido

en la historia de la lucha del pueblo. Las obreras firmes y tenaces en las huelgas; y las admirables mineras —sólido apoyo con sus «comités de damas»— y su presencia infaltable en las marchas de sacrificio, la olla común y en cada jornada de lucha de la clase. Las campesinas —la permanente tierra hecha combate—, desde antiguo decidiendo en las asambleas comunitarias, concretando tareas, invadiendo tierras, marchando en primera fila y siempre prestas al choque con la represión, y con su sangre, sus manos y sus dientes hechos armas desarmando policías, como en Soltera, fundo cercano a Sicuani, a comienzos de 1964. Y las maestras, profesionales diversas y universitarias, jóvenes intelectuales forjadas y templadas en luchas constantes e ideas nuevas de cuyas filas ha salido una legión luminosa de revolucionarias, honra y prez de nuestro pueblo. Así el movimiento femenino reinició su camino como parte inseparable que es del movimiento popular; en la fragua de los sesenta, las mujeres expresaron lo que son: hijas y continuadoras de Micaela Bastidas en nuevas circunstancias y más altas perspectivas.

Y el tumultuoso torrente de la juventud también potenció su generoso caudal siempre presto al combate y a los altos ideales, más aún en un país de jóvenes mujeres y hombres. Jóvenes obreros y campesinos fueron vigorosos contingentes de avanzada de los movimientos proletario y campesino, del movimiento popular en una palabra, cuya historia está jalonada de hitos levantados con esfuerzo y sangre juveniles; cualquiera sea la lucha que se recuerde: las invasiones de tierras del 63-64, las guerrillas del 65, la ola de huelgas del 67-68, cualquiera, es testimonio irrefutable. Asimismo, es innegable verdad la importancia y trascendencia de la juventud universitaria; sus luchas y combates ideológicos fueron, especialmente en los sesenta, vital aporte para la revolución y fuente constante e inapreciable de contingentes que fundiéndose con las masas abrieron camino al futuro con energía y tesón admirables. De la juventud universitaria ya hablamos al tratar el IX Congreso de la Federación de Estudiantes del Perú, de 1963, en Ayacucho; añádase lo allí dicho[3]. Y sobre la juventud secundaria, aunque brevemente, digamos: reeditando heroicas jornadas como las huelgas del colegio Guadalupe de 1948 y la del colegio de la Independencia en 1950, en Lima y Arequipa,

---

[3] Ver «IX Congreso de Estudiantes del Perú» en el presente tomo. Ahí se plantea que del estudiantado universitario «han salido sucesivas hornadas de revolucionarios consecuentes que, abandonándolo todo, se han entregado de lleno a la revolución y a servir al pueblo, entre ellos amplios contingentes de militantes, cuadros y dirigentes de nuestro propio Partido».

respectivamente, los estudiantes secundarios de los sesenta remataron su brega con la lucha por la educación popular librada en Ayacucho el año 1969, denodada jornada del estudiantado y pueblo ayacuchanos que arrancó una victoria al gobierno velasquista, y sobre la cual volveremos[4].

Finalmente, destaquemos las luchas de las barriadas. Desde mediados de siglo comenzó el crecimiento expansivo de las barriadas de Lima y ciudades importantes del país; en ellas se aglutinaron masas pobres de las propias urbes y principalmente campesinos migrantes. De esta manera, las barriadas asentadas sobre la pobreza y las necesidades insatisfechas fueron convirtiéndose en estrechantes cinturones citadinos de hambre y miseria, de esfuerzo y lucha; y especialmente en los sesenta, y de ellos a hoy, la historia de su desarrollo está marcada por incesantes luchas que pagan en vidas la conquista de elementales reivindicaciones. Así, las barriadas devinieron no solo lacerante realidad que clama contra el viejo orden y viva denuncia cotidiana en las puertas de las ciudades donde se concentra la riqueza —como en Lima, el emporio mayor—, sino que, y es lo principal, las barriadas, su realidad y lucha, se tornaron base y sustento de la lucha del proletariado por la revolución. Y esto que cuajó en los sesenta, y es más hoy, seguirá siendo así cada vez más.

He aquí la gran ola ascendente de la lucha de la década del sesenta formada, como toda gran ola, por los altibajos de las olas que la conforman; la que a partir de 1967 presentaba una nueva curva en ascenso. Mas ¿cuál era la causa de este desarrollo del movimiento de masas, de la gran lucha campesina del 63, de la lucha obrera iniciada el 67, de las guerrillas del 65, de toda esta ascendente lucha popular en su conjunto? Una, simple y concreta: la existencia de situación revolucionaria.

---

[4] Se refiere a «La lucha por la educación popular», texto que está en el presente tomo.

LA LUCHA POR LA EDUCACIÓN POPULAR[1]

El Gobierno militar dio el Decreto Supremo 006, el que, variando las normas de calificación para los estudiantes secundarios, posibilitaba una más alta desaprobación y, en consecuencia, tener que pagar para estudiar, se perdía la gratuidad. La reacción del estudiantado secundario nacional fue inmediata. En Ayacucho y la región circundante, una de las más pobres del país, la respuesta fue no solo inmediata sino contundente lucha de masas, generándose un amplio y profundo movimiento por la gratuidad de la educación popular. Los estudiantes secundarios ayacuchanos, principalmente los de la Gran Unidad Escolar Mariscal Cáceres, se apoderaron de las calles de la ciudad; masivos ríos juveniles la recorrían todo el día, de la mañana a la noche, remeciendo no solo el centro citadino, sino muy especialmente los barrios pobres. Así, Ayacucho en su totalidad: calles, barrios, mercados y plazas fueron teatro de la incontenible y ascendente movilización que agitando por la educación popular y haciendo expresión de agravios se ganaron el apoyo del pueblo.

Y vino la represión, la policía había sido fuertemente reforzada. Las piedras devinieron una vez más armas en manos de los hijos del pueblo respondiendo a los varazos, las bombas lacrimógenas y las balas que comenzaron a menudear; y la sangre del pueblo volvió a regar la tierra. La respuesta fue estremecedora: inmenso clamor demandando justicia cubrió la ciudad; las masas barriales, abanderadas de pobreza, enarbolando su ira santa de explotados y oprimidos, convergieron a la Plaza Sucre, las encabezaban las trabajadoras de mercados llevando en sus manos sus instrumentos de labor como único medio de defensa y, más que nada, su voz, enarbolada arma de denuncia y combate. El 17 de junio se realizó el mayor mitin visto en la ciudad; todo el Ayacucho popular estuvo presente. Para esa fecha, el movimiento, teniendo como centro Ayacucho,

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

ya se extendía a las provincias de Huanta, La Mar, Cangallo, Fajardo y Andahuaylas en Apurímac, estableciéndose, además, coordinaciones con estudiantes en Huancayo y Cuzco. Vinieron las jornadas del 20-22 de junio: arreciaron los enfrentamientos, las bombas molotov se hicieron presentes, estallaron las balas y los incendios; la represión derribó puertas asaltando hogares, más de cuarenta apresados al amparo de las sombras fueron trasladados a Lima; la explosiva respuesta desbordante fue cobrada en vidas por las fuerzas policiales; mas las masas, encabezadas por Norah y los camaradas, arrancaron de la morgue los cadáveres de los hijos del pueblo y en gigantesco sepelio masivo, que dejó la ciudad desierta, el pueblo enterró a los caídos, niños unos, que lo honraron con su sangre.

El gobierno velasquista pregonó que la revuelta ayacuchana era un movimiento contrarrevolucionario para oponerse a la «reforma agraria»; a esta falsedad, así como a promover la ley que preparaba, sirvió la matanza de campesinos en Huanta. Y promulgó la nueva ley de compra-venta de tierras con el aplauso del revisionismo y de «cien intelectuales» que la respaldaron con su firma, saludándola. Pero el gobierno derogó el Decreto Supremo 006 reconociendo, tácitamente, la razón y justicia de la lucha popular.

El Comité Regional de Ayacucho organizó y dirigió esta lucha a través del Frente de Defensa y del movimiento juvenil que en los hechos comenzaba a plasmarse. Mas tiempo después, algunos, principalmente los seguidores del liquidacionismo de Paredes, han pretendido negar esta verdad, e igualmente hicieron unos cuantos gratuitos enemigos del Partido. Sin embargo, la verdad histórica es una e irrebatible: fue la fracción roja la que encabezando el Comité Regional de Ayacucho dirigió la gran lucha ayacuchana por la educación popular; y fue el heroico pueblo ayacuchano, principalmente su juventud estudiantil, el que derrotando al régimen fascista sumó una victoria a las muchas obtenidas en su denodada historia de lucha. Y recordemos en los combates de esos días a Máximo Cárdenas Sulca, encabezando el Frente de Defensa; y a los entonces muy jóvenes camaradas Teresa Durand Araujo y Eladio Quispe Mendoza, caídos ambos años más tarde en la guerra popular, la primera en Huancavelica, el segundo asesinado en Ayacucho.

APLASTEMOS LA NUEVA ESTAFA AGRARIA[1]

Diciembre de 1969

La Federación Provincial de Campesinos de Huamanga, ante la nueva ley agraria del gobierno militar, ley 17716, llamada de «reforma agraria», al campesinado y al pueblo de nuestra patria expone:

I. UNA LEY AGRARIA MÁS

Siguiendo la norma reaccionaria de desorientar y aplacar el movimiento campesino mediante leyes agrarias, los gobiernos de turno vienen dando, una tras otra, leyes agrarias que demagógicamente llaman de «reforma agraria». El régimen de Prado, con tal fin, formó una comisión de terratenientes presidida por Pedro Beltrán, gran agente del imperialismo; el gobierno militar de Pérez Godoy dio su «ley de bases», y el gobierno de Belaunde su ley 15037. Todas ellas no fueron sino una burda farsa e intento de impulsar el camino latifundista en el campo.

Hoy, ante el comienzo de un nuevo ascenso campesino y la marcha ascensional del pueblo, la reacción ha impuesto un régimen militar; y, como era de esperar, este Gobierno ha dado su «nueva Ley de Reforma Agraria», ley 17716. Una vez más el campesinado se enfrenta a una ley agraria reaccionaria, más demagógica, pero en esencia igual a las anteriores.

La reacción sabe que la situación semifeudal del campo no puede permanecer intocada, que el campesinado, que hace años la viene destru-

---

[1] En diciembre de 1969, la fracción roja, a través de la Federación Provincial de Campesinos de Huamanga, difundió sus posiciones sobre la ley agraria velasquista en «Aplastemos la nueva estafa agraria», volante ampliamente difundido en la región de Ayacucho. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

yendo con su lucha, se apresta a una nueva gran batalla. Por esto, la reacción, consciente de sus intereses y bajo orientación imperialista, ha dado esta nueva ley pretendiendo impulsar más, como no lo pudieron hacer las otras, el camino latifundista. Pero para hacerlo necesita de un gobierno militar que imponga por la violencia y tras el engaño político la consolidación de la propiedad territorial y el aplastamiento del campesinado.

La nueva ley se ha redactado al margen y con el desconocimiento absoluto del pueblo, principalmente del campesinado; ha sido un acuerdo secreto entre los latifundistas y su gobierno y se ha usado la amenaza y la violencia sangrienta para evitar el rechazo de las masas; y se la ha propagandizado a los cuatro vientos nacional e internacionalmente por la prensa reaccionaria y sus agentes. Todo para que el pueblo no desenmascarara esta nueva burla agrarista; todo apuntando al engaño político del campesinado, a su adormecimiento y a maquinar su aplastamiento.

II. CARACTERES DE LA NUEVA LEY

Frente a la propiedad de la tierra, no implica la destrucción del latifundio, sino que solo plantea una redistribución para, precisamente, garantizar la gran propiedad resguardándola de ataques. Las extensiones que fija, hasta 200 hectáreas de terreno con agua, y de 6000 en la costa y 20 000 en la sierra para terrenos ganaderos, comprueban esta afirmación; y la acumulación de tierras que permite a las Sociedades Agrícolas de Interés Social, lo confirman. Esta ley no destruye, pues, la gran propiedad latifundista, sino que la modifica y garantiza manteniendo el poder de la clase terrateniente.

Sobre el minifundio plantea que no puede haber propiedad menor de tres hectáreas y manda la agrupación de los minifundios; apuntando siniestramente a despojar a medio millón de campesinos que, faltos de tierra, se verán arrojados del campo. No pudiéndose heredar menos de tres hectáreas, uno de los hijos deberá pagar a los demás o en su defecto vender la tierra recibida de sus padres. ¿Qué se pretende? Lanzar al campesinado pobre para bajar la presión sobre las grandes propiedades y convertirlos en asalariados.

Esta ley, como las anteriores, sanciona el despojo que las comunidades han sufrido a manos de los gamonales a través de los tiempos; así, las comunidades tendrán que comprar sus propias tierras y pagar a sus usurpadores.

Introduce el cooperativismo, pretendiendo reunir a los campesinos medios y pobres para propiciar una producción complementaria al servicio de los intereses de los explotadores; los cooperativistas serán inducidos a producir panllevar y materias industriales a bajos precios para «ayudar al desarrollo».

Una vez más se declara la abolición de la servidumbre, tal se viene haciendo desde 1820 con San Martín; pero mientras no desaparezca el latifundio realmente subsisten las condiciones para la existencia de relaciones de trabajo servil y las declaraciones son meras frases de rancia demagogia, nuestra experiencia lo demuestra. Pero aún más, la nueva ley solapadamente mantiene relaciones de servidumbre.

Frente al pago de las tierras, niega absolutamente la confiscación y, como tenía que ser, establece la expropiación, se plantea la compra-venta de tierras a plazos, con todas las garantías que tal sistema exige. Pago de intereses, pérdida de la tierra por no amortizar la deuda, seguro para garantizar los pagos y entrega del título de propiedad solo al terminar de pagar. La compra-venta, además, implica la revalorización de la propiedad territorial la que, principalmente en la sierra, está amenazada por la combatividad del campesinado; la ley, garantizando la propiedad y defendiéndola con las armas, propicia su revalorización en beneficio del latifundismo. Así mismo, el Estado se convierte en garante de la deuda agraria, sanea y estabiliza la tambaleante propiedad latifundista.

Estableciéndose la expropiación y el pago garantizado, además de la revalorización de las tierras hoy inservibles para los latifundistas, el sistema implica una inmensa carga más sobre el campesinado y el mantenimiento del poder efectivo del terrateniente. Así pues, la ley no quebranta, como se dice, el poder de los latifundistas, sino por el contrario lo mantiene, atando al campesinado a seguir sirviéndole más y más eficientemente.

La ejecución de la «reforma agraria». La ley, cómo no, crea un inmenso burocratismo muy bien pagado, margina la participación del campesinado y enarbola la violencia como medio de doblegar la resistencia e imponer su aplicación. Esta ley, como tenía que ser por su origen, no solo margina a las masas sino que es antipopular en su esencia: pretende destruir las comunidades convirtiéndolas en Sociedades Agrícolas de Interés Social, apunta a disolver los sindicatos agrícolas y niega los beneficios sociales a los obreros obligándolos aportarlos a las cooperativas, sanciona

la pérdida de las mejoras introducidas por los pequeños campesinos y obliga a vender las parcelas al Estado; reintroduce el desahucio, refuerza el carácter represivo de la anterior ley y quiere contener al campesinado llenando más las cárceles y ampliando el poder del fuero militar.

Se expresa finalmente el carácter de la ley cuando el Estado se irroga el derecho de determinar quiénes son los que deben recibir las tierras; así se cambia el principio combatiente, aunque demagógicamente se le invoque, de «la tierra para quien la trabaja» por el de «la tierra para quien quiere el Estado». Demás está decir a dónde lleva tal sistema discriminatorio, represivo y reaccionario.

Estos caracteres básicos sobre la propiedad latifundista feudal, el pago de la tierra y la ejecución de la ley tipifican claramente el alma prolatifundista e imperialista de la misma.

III. ESENCIA DE LA LEY

La esencia de la ley es ser reaccionaria, sirve al latifundismo feudal y al imperialismo norteamericano; es una ley orientada por el imperialismo y para la defensa de los intereses de las clases dominantes. Esta esencia no puede esconderse tras el reglamentarismo de la ley ni su demagogia ni la gran campaña propagandística; sigue los dictados de la Carta de Punta del Este, cuya copia textual encontramos en la parte final del artículo primero.

Veamos algunos puntos que tipifican su esencia.

Plantea impulsar el «camino latifundista». ¿Qué es este camino? La aplicación de modalidades y técnicas capitalistas manteniendo la gran propiedad basada en la propiedad latifundista feudal para servir a las necesidades de producción del imperialismo, defendiendo así el poder de la clase latifundista feudal y sirviendo al sometimiento nacional; su esencia es el lanzamiento del campesinado pobre del campo. Se opone radicalmente al camino campesino (destrucción del latifundismo feudal y quebrantamiento del poder de la clase latifundista).

El «camino latifundista», que las anteriores leyes agrarias intentaron, la «nueva ley agraria» lo pretende impulsar como su única salida dispuesta ya desde los tiempos de Kennedy. Mediante él se pretende desarrollar el capitalismo burocrático (capitalismo impuesto según moldes y necesidades del imperialismo en los países oprimidos). Y así propiciar

«la acumulación originaria» de grandes capitales hechos en base a la explotación de grandes masas con salarios de hambre; impulsar el «desarrollo» con la sangre y el sudor de los trabajadores, principalmente del campesinado.

La ley dice «la reforma agraria debe contribuir [...] a proporcionar los fondos necesarios para una rápida industrialización del país». ¿Qué quiere decir? Simplemente que el campesinado mediante el pago a los terratenientes y con los brazos de los campesinos despojados debe «industrializar el país»; así, según la ley, el campesinado debe aportar al enriquecimiento de sus explotadores y hacerlos más poderosos. Por la fuerza se planea imponer al campo el peso del «desarrollo» de la ciudad. Esta «industrialización» quieren hacerla, pues, con la deuda que aplastará al campesinado y con el medio millón de campesinos despojados que junto a sus hermanos obreros deberán ser triturados en pro de la capitalización de la reacción peruana y norteamericana.

Este camino cuyo signo es la violencia no puede ser cumplido sino por un régimen estatista y de fascistización. Y esto también lo expresa la ley: el Estado toma en sus manos directamente las empresas agroindustriales expropiadas y las cooperativas (ya lo estamos viendo en la costa norte del país), mientras dice que son «propiedad de los campesinos»; y se convierte en socios, junto con los bancos, a los campesinos en las llamadas Sociedades Agrícolas de Interés Social. De esta forma el Estado penetra profundamente en la economía y sienta bases para la estatización al servicio de las clases explotadoras y su amo imperialista; e introduciendo formas de Estado corporativista de nítido corte fascista, se prepara para aplastar la futura movilización popular que se vislumbra. Todos estos son indicios de la formación estatal feudal fascista que tipificara un gran dirigente proletario.

¿Qué implica la ley para la lucha de clases? En primer lugar, el mantenimiento y defensa, aunque modificándolo, del poderío económico de la clase latifundista; el desarrollo de la gran burguesía al servicio del imperialismo; y el reforzamiento del dominio y penetración del poder monopolista norteamericano, a quien se le abre como nunca nuevos renglones y posibilidades de mayor control de la economía nacional.

A las capas medias, entre ellas a los burgueses nacionales y campesinos ricos, la perspectiva de participar, aunque minoritariamente, de las grandes ganancias de los explotadores del país. El campesinado medio y pobre soportará el peso y opresión de la nueva ley, sufrirá el pago y

será víctima del lanzamiento aumentando su explotación. El proletariado también sufrirá las consecuencias; las inmensas masas de campesinos lanzados aumentarán la desocupación, los salarios bajarán más y la fuerza de trabajo servirá más y más al fortalecimiento de los explotadores.

Esta es la perspectiva que la ley impulsa; pero su esencia entraña la agudización de la lucha de clases; el campesinado pobre se resistirá al despojo y el proletariado combatirá defendiendo sus derechos. El Estado cada vez más fortalecerá su poder represivo, aumentará impuestos a las masas y usará más la violencia principalmente en el campo. Este camino de aplastamiento del campesinado y gran enriquecimiento de los explotadores, lo ha demostrado la experiencia, se da en medio de la violencia de los opresores y la justa resistencia de los oprimidos.

Esta es, a grandes rasgos, la esencia de la «nueva ley agraria», ley que en buena parte repite textualmente la de Belaunde y solo busca profundizar y ampliar el camino reaccionario.

IV. AL CAMPESINADO LE CORRESPONDE COMBATIR LA LEY

La nueva ley ha sido aplaudida por unos abierta y por otros solapadamente; algunos la han observado y hasta «criticado»; pero todos piden su aplicación, aunque pretendan camuflarse alegando su futura profundización y ampliación. Otros guardan silencio, pero a fin de cuentas, esta es una forma de propiciar la ley. Pocos han hecho un enjuiciamiento clasista y claro, estos merecen nuestro respeto.

Frente a la nueva ley agraria, al campesinado le corresponde tomar posición definida, esto no lo deben olvidar las organizaciones campesinas. La posición campesina no puede ser sino contraria a esta ley que abiertamente está al servicio de sus enemigos; nuestra obligación combatiente es desenmascarar a fondo su esencia reaccionaria.

Al propagandizar contra la ley señalemos que la reforma agraria exige: terminación del latifundio para destruir la propiedad terrateniente y la servidumbre que sobre él se levanta, confiscación de la tierra y un poder popular de obreros y campesinos, único capaz de entregar la tierra a quien la trabaja. Desenmascaremos a los oportunistas y recordemos que la reforma agraria será obra de los propios campesinos unidos al proletariado y bajo su dirección, lo que implica seguir el luminoso camino de José Carlos Mariátegui.

EL TRABAJO CAMPESINO[1]

De 1968 a 1972 volvemos a centrar nuestra actividad en Ayacucho; pero mientras el período del 62 al 64 abarcó solo este departamento (sin las provincias de Lucanas y Parinacochas), en el segundo el trabajo del Comité se extendió a los departamentos vecinos, Apurímac y Huancavelica, en tanto su influencia se expandía más, aparte de desarrollarlo en Ayacucho. La actividad del Regional apuntó a poner el centro del Partido en el campo para impulsar el movimiento campesino como base del trabajo militar y cumplir la tarea principal de la V Conferencia, y a la vez desenvolvía el trabajo de la ciudad en función de apoyar al campo.

El trabajo campesino. Al movimiento campesino se le dedicaron las mayores energías y mejores esfuerzos continuando la orientación y rumbo establecidos desde la formación del Comité Regional el año 1962, pero en este segundo periodo con mayor intensidad y perspectiva más amplia, e igualmente unido al trabajo militar del cual es base insoslayable. Se incrementó el desplazamiento al campo y el trabajo se guio por la orientación de fundirse con el campesinado, principalmente pobre, aplicando el método de los «tres con»: trabajar con los campesinos, vivir con los campesinos y luchar con los campesinos. Para desarrollar el movimiento campesino era necesario conocerlo, estudiarlo, investigarlo directamente desde nuestra posición de clase y objetivos políticos; con esa finalidad elaboramos un «Plan de investigación en el campo» en 1968; es el mismo plan que, con algunos reajustes, volvimos a utilizar el año 77. En esa investigación, como en las múltiples que el Partido ha realizado, partíamos de lo establecido por el Presidente Mao: quien no ha investigado no tiene derecho a hablar. Los dirigentes deben investigar para guiarse en su labor, contar con un cuestionario y desarrollar investigación por grupos y debates colectivos para encontrar leyes específicas de nuestra realidad y soluciones concretas que sirvan a la línea política y su aplicación. Trans-

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

cribimos las partes pertinentes del plan de investigación de 1977, en esencia las mismas del 68, pues muestra la preocupación e importancia que le dimos al trabajo campesino entonces.

A) ORIENTACIONES PARA INVESTIGACIÓN DE LA ZONA

I. ASPECTO HISTÓRICO

Luchas del pueblo de la zona, en especial de obreros y campesinos, de estos principalmente. Cómo se desarrolló la lucha contra la explotación y opresión. Datos históricos; héroes populares. Organizaciones.

II. ASPECTO GEOGRÁFICO

- Descripción del terreno. Conocer el terreno como la palma de la mano. Ubicación, límites, características de la zona. En el campo prestar especial atención a: accidentes geográficos, cerros, ríos, etc., recursos naturales, tipos de vegetación, clima, altura, etc. Y en las ciudades y pueblos prestar particular atención a: avenidas, jirones, plazas, mercados, centros de trabajo (fábricas en especial), escuelas, instituciones, organismos estatales, clubes, sindicatos, etc.
- Vías de comunicaciones. Carreteras y caminos, especialmente de herradura; distancia entre lugares, especialmente a pie en horas; derroteros o rutas (qué camino seguir). Otras formas de comunicación: aeropuertos, correos, telégrafo, teléfono, radio, etc. Si son de propiedad estatal o privada.
- Población. Número aproximado: hombres y mujeres; mayores, jóvenes y niños; carácter de la zona y sus relaciones sociales con otras.
- Croquis y mapas. Levantar croquis, planos (de ser posible) y conseguir mapas; elaborar mapas con ubicación de datos.

III. ASPECTO ECONÓMICO Y SOCIAL

1. Determinación de los explotadores y explotados. Descripción en líneas generales

- ¿Quiénes son los propietarios de los medios de producción? Quiénes son los dueños de la tierra, fábrica, banca, comercio,

maquinarias y herramientas, del ganado, del agua, de las semillas, del capital, etc., en la zona. Destacar en las ciudades o pueblos a los propietarios de fábricas, comercio, industria, instalaciones, talleres, etc.; y en el campo a los propietarios de la tierra, el ganado, el capital, el comercio, etc.

- ¿Quiénes mandan y quiénes son mandados? Conocer las situaciones del proceso productivo. Cómo son las relaciones entre mandantes y mandados; cómo es el trato, dónde residen los propietarios, cómo actúan los representantes y quiénes son, qué medios utilizan para mandar; cómo actúan los explotados.
- ¿Cómo se distribuye la producción? Cómo y en qué medida participan los explotadores y los explotados en la producción, qué porcentaje se apropian los explotadores y qué parte corresponde a los explotados, en qué medida y cómo se benefician los representantes de los patrones.

2. Formas de explotación

- Determinar las características (aunque sea generales) de la agricultura, ganadería, industria, comercio, transportes, estableciendo diferencias entre las formas grandes, mediana y pequeña.
- Formas de explotación del trabajo en la zona, particularmente en el campo. El trabajo asalariado: porcentaje en relación con otra forma, cuánto es el básico, el promedio, cómo y cuánto se paga, formas salariales, etc.
- Trabajo independiente: participación directa en las labores de producción. El trabajo artesanal.
- Tipo de producción: qué se produce, con qué insumos, dónde se vende, etc.
- Técnicas y métodos. Maquinarias y herramientas.
- Inversión de capital propio o bancario. Usura.

3. Clases Sociales

Determinar, en lo posible, las siguientes clases sociales:

- Gran burguesía: burguesía compradora y burguesía burocrática

- Terratenientes feudales
- Burguesía nacional
- Pequeña burguesía
- Campesinado
- Proletariado

También es conveniente información sobre el lumpen, especialmente las formas que reviste en el campo.

Caracterizar las clases sociales teniendo en cuenta:

- Lo económico: base de su poder económico y su explotación; determinar las peculiaridades y posibles capas dentro de una clase y su diferenciación con las clases inmediatas.
- Lo político: participación en el poder central y local; uso del aparato estatal en su beneficio, principalmente represivo.
- Lo ideológico: sus ideas sobre su situación y la revolución, conciencia de clase y camino de la revolución, sobre la guerra popular (de que tienen que tomar las armas). ¿En qué medida conocen el Partido y su línea política?
- Lucha de clases. Determinar las contradicciones: la principal y la secundaria; grado de desarrollo de las contradicciones.
- Qué lucha están librando las clases y su perspectiva. Cuál es la principal.
- Cómo se movilizan las masas y cómo desarrollarlas.

IV. ASPECTO POLÍTICO (SITUACIÓN POLÍTICA)

- Qué partidos políticos hay; desde cuándo; quiénes son sus jefes; qué influencia tienen los partidos y sus jefes; qué relaciones tienen entre ellos; qué actividades realizan y cómo; cuál es la historia de estos partidos en el lugar; composición social de sus miembros.
- Qué organizaciones hay. Qué organizaciones de campesinos, obreros, trabajadores, artesanos, estudiantes, intelectuales, etc., existen en la zona; desde cuándo funcionan, quiénes las fundaron, quiénes son sus dirigentes; qué fines tienen, qué

funciones cumplen y cuál es su influencia; qué vinculaciones tienen con los partidos, con organismos extranjeros y con el Estado; cuál es la composición social de sus miembros; relaciones entre ellas y con las de otros lugares; qué luchas dirigen y cómo.

- Problemas y luchas. Qué problemas tiene la zona: relacionados con la tierra y el trabajo de obreros en especial; desocupación, costo de vida, subempleo, impuestos, predios, arbitrios, vivienda y servicios, escuelas, salud, etc.; abusos y atropellos que se cometen, a través de quiénes; qué luchas ha habido últimamente o hay en torno a estos y otros problemas; cuáles son los problemas más importantes y cuál es el principal; cómo luchan las masas para solucionarlos y cómo piensan que se pueden resolver.

- Formas de opresión política. Cómo actúan los explotadores contra los explotados; cuáles son los atropellos y abusos que han cometido y cometen; cómo y a través de quiénes los realizan; cuáles son las formas más temidas y odiadas por el pueblo; cuáles son las formas concretas de represión que aplica el Estado; cómo utilizan sus instrumentos; cómo es su doble táctica reaccionaria (la mano blanda y la mano dura); cuáles son las persecuciones y represiones que ha soportado y soporta el pueblo del lugar; cómo actúa el imperialismo en la opresión del pueblo.

- Correlación de fuerzas. Cuál es la correlación de fuerzas entre el pueblo y la reacción; cuál es la distribución de fuerzas (proporciones aproximadas), determinar: los grupos avanzados, intermedios y atrasados; quiénes son sus representantes; en qué problemas las masas están más avanzadas y más atrasadas y por qué; cuál es el nivel de desarrollo de la conciencia política de las masas, qué piensan sobre su situación y problemas, sobre el Estado y cómo resolver sus problemas, según ellos; qué conocimiento y opinión tienen del comunismo, de Mariátegui y del Partido; cómo desarrollar la conciencia de las masas.

V. ASPECTO IDEOLÓGICO (FORMAS DE OPRESIÓN IDEOLÓGICA)

- Educación. Escuelas, colegios, etc.; qué enseñanza se da; cómo sirve a la reacción; qué piensan los profesores y qué actitud tienen; cómo difunden ideas de sometimiento y cómo se oponen al estudio de las masas; qué actitud tienen los pobladores frente a la educación.
- Propaganda. Medios de propaganda y agitación que utilizan la reacción y las masas populares; periódico, radio, volantes, etc.; quién difunde; qué programas radiales y propaganda llegan a las masas, cómo.
- Religión y supersticiones. Cómo, concretamente, la religión y la Iglesia católica y demás iglesias protestantes y las diversas sectas y sociedades religiosas oprimen al pueblo en lo económico, político e ideológico. Qué actitud tienen los curas, los pastores y propagandizadores; cómo difunden el sometimiento, conformismo y la conciliación de clases; cómo explotan a los pobladores y de qué y cómo viven; qué vinculaciones tienen con las autoridades, explotadores, organismos represivos y con organismos extranjeros. Qué instituciones religiosas hay, nacionales y extranjeras; cómo actúan, qué medios usan, qué relaciones mantienen con el pueblo y cómo reacciona este. Cuál es la religiosidad del pueblo y su ligazón con las iglesias y sociedades religiosas, especialmente la católica; qué luchas ha habido contra los curas o religiosos y cómo actuaron las masas; qué piensan las masas de las iglesias y su papel. Cuáles son las supersticiones que pesan sobre el pueblo y cómo sirven para mantenerlo sometido.
- Opresión patriarcal y marital. Cómo pesa el poder del padre en la familia, especialmente sobre los hijos; cuáles son las relaciones entre padres e hijos. Qué actitud tienen los mayores y los jóvenes frente a su situación, lucha y revolución. Dominio sobre la mujer; situación de la mujer y papel que esta cumple; su trabajo y participación en las luchas.
- Usos y costumbres. Cuáles son sus usos y costumbres; fiestas y celebraciones, cuánto tiempo festejan y cómo las subvencionan; cómo penetran las nuevas costumbres; qué piensan de los forasteros y cómo reaccionan frente a ellos.

- Vicios. Alcoholismo; drogas. Cómo la reacción los usa y los difunde.

VI. ASPECTO MILITAR

- Aparato represivo. Qué aparatos represivos existen en la zona: ejército, guardia, PIP, etc.; dónde están ubicados, personal que tienen, instalaciones y armas con que cuentan, medios de comunicación que tienen; quiénes son sus jefes y cómo son: costumbres, vicios, comportamiento, relaciones con el pueblo, etc., y sus subordinados (conocerlos bien en la medida de lo posible).
- Actuación de los aparatos represivos. Cuándo se instalaron, por qué motivo y cómo entraron; cuáles son las formas que utilizan para sus fines de opresión: a quiénes utilizan, a qué organismo, métodos, etc.; qué actuación han tenido y tienen: atropellos, represiones, abusos y crímenes cometidos; cómo consiguen informaciones y qué redes tienen, qué éxitos han tenido.
- Organismos de espionaje. Qué sistemas de espionaje actúan además de la conocida PIP; qué organismos extranjeros actúan; cómo operan para espiar y recolectar datos sobre la lucha del pueblo; quiénes son sus agentes, ¿extranjeros o nacionales?, ubicarlos; quiénes actúan dentro del pueblo como informantes policiales; labor de amarillos y traidores.
- Reacción del pueblo. Cómo reacciona el pueblo frente a estas maquinaciones; quiénes son más fáciles de engañar; qué luchas han realizado y realizan las masas contra los aparatos represivos nacionales y de los extranjeros. Actitud de los licenciados y conocimientos de los mismos. Qué armas usa y tiene el pueblo; qué experiencias tiene e historia de sus luchas.

VII. EL IMPERIALISMO EN LA ZONA

- Actuación del imperialismo en la lucha de clases, del imperialismo yanqui y del socialimperialismo en especial.
- Investigar la penetración y explotación del imperialismo en

todos los aspectos anteriores: histórico, geográfico, económico, social, político, ideológico y militar.

- Determinar concretamente la acción imperialista para tener un cuadro real de su papel reaccionario.

Este punto merece mucha atención, por ello es útil tratarlo en forma especial.

B) AGREGADO PARA INVESTIGACIÓN EN EL CAMPO

Tener en cuenta, además de las orientaciones anteriores, las siguientes, a considerar en los puntos pertinentes:

I. ASPECTO HISTÓRICO

- Cómo era la explotación del campesinado. Quién era el explotador, cómo se apropió de la tierra; cómo trabajaban los campesinos (padre, madre, hijos, esto es: toda la familia); qué servicios prestaban al patrón. Cómo vivían los campesinos.
- Cómo era la opresión sobre el campesinado. Cómo trataba el patrón a los campesinos (injurias, golpes, castigos, maltratos, apropiaciones, violaciones, etc.); cómo lo oprimía el Estado (persecución, represión, atropellos judiciales, muertos y heridos por fuerzas represivas, trabajos obligatorios).
- Luchas del campesinado. Cómo respondió el campesinado a la represión y violencia reaccionarias; qué luchas han librado los campesinos, cómo; quiénes fueron sus caudillos (héroes populares); cuáles fueron los resultados y qué experiencias sacaron. Qué organización formaron.

II. ASPECTO ECONÓMICO Y SOCIAL

1. Formas de explotación en el campo

Determinar las características de:

- Explotación latifundista
- Explotación media
- Pequeña producción
- Minifundio

Para determinar lo anterior tener en cuenta los siguientes aspectos, en cada una de las cuatro formas:

- Propiedad y tenencia de tierras. Extensión (aproximada) y calidad de las tierras; formas de posesión (propiedad, arrendamiento, aparcería, yanaconaje, etc.); proporción de tierras en trabajo y en descanso; tierras con agua permanente o de lluvia.
- Formas de explotación del trabajo. Cómo se paga la renta de la tierra: en trabajo gratuito, en especies o en dinero; características y formas de cada una de estas modalidades; cuál es la forma principal y cuál es la secundaria, determinar la proporción; porcentajes que representa la renta.
- Trabajo asalariado. Volumen de trabajo asalariado en relación con otras formas; cuánto es el salario, cómo y cuándo se paga; es permanente u ocasional; los que venden su fuerza de trabajo en qué medida viven de esto.
- Trabajo propio. Participación directa en los trabajos de la producción agrícola o participación indirecta; trabajo personal y familiar en la propia tierra.
- Tipos de producción. Qué productos cultivan; para la venta o el consumo y en qué medida; precio aproximado de la producción; cómo comercian (venta o trueque; dónde envían sus productos o cambian).
- Técnicas y métodos de laboreo. Uso de máquinas y herramientas (tractor, segadora, etc.; lampa, chaquitaqlla, etc.); uso de animales para arado. Técnicas y rendimientos (produce mucho, regular o poco). Uso de abono (animal, químico o ninguno). Asesoría de especialistas (asistencia del Ministerio u otro organismo). Uso de agua.
- Inversión de capitales. En qué medida invierten capital en producción agrícola; propio o préstamo del Banco Agropecuario u otra institución o de usureros; intereses y proporción que tienen que pagar.

2. Clases sociales en el campo

Determinar las siguientes clases sociales:

- Terratenientes
- Campesinos ricos
- Campesinos medios
- Campesinos pobres
- Asalariados agrícolas

Como viéramos, nuestras divergencias con Paredes y la Confederación Campesina del Perú —que por ese tiempo él lideraba, centrada esos años en la reforma agraria—, se remonta a 1964; incluso ya discrepábamos antes. Así, sobre el «Proyecto de ley de reforma agraria» presentado por Paredes y Ledezma Izquieta al Parlamento a nombre de la Confederación Campesina del Perú, pues planteaban la expropiación y no la confiscación de la tierra, cual corresponde a nuestra posición de clase. Lenin, en 1907, en *El Programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa 1905-1907*, definió la cuestión: la esencia del programa agrario es la confiscación de la tierra; obviamente, en un país donde subsiste la feudalidad y la revolución democrática está a la orden del día, o hasta socialista si la destrucción de la feudalidad y la reforma agraria están pendientes (fue el caso de la Revolución de Octubre). Podría alegarse que el proyecto de la Confederación Campesina del Perú se presentaba al Parlamento y que este en modo alguno aprobaría la confiscación; pues, precisamente, planteando la confiscación se le desenmascaraba, no se sembraba ilusiones y servía a que el campesinado comprendiera, o avanzara en comprender, que la tierra solo la lograría con la revolución y no por ninguna ley. En el fondo, se abandonaba principios sembrando esperanzas en el gobierno de Belaunde y no se usaba el Parlamento simplemente como tribuna, sino se hacía consentir a las masas políticamente atrasadas que era posible esperar de él leyes en beneficio del pueblo. Era, en síntesis, cuando menos, desorientar al campesinado y aplacar su lucha; y, recordemos, en pleno ascenso del más grande movimiento campesino del siglo, en 1963.

En el Congreso Provincial de Campesinos de Huamanga (1964) se concretaron las divergencias en dos puntos fundamentales: nuevamente en la confiscación y, por otro lado, en el lema de «La tierra para quien la trabaja» (que el presidente Mao reitera en *Sobre el gobierno de coalición* e

implica destrucción de la propiedad territorial y su entrega a los campesinos como propiedad individual) frente a «Tierra y liberación nacional» sostenido por la Confederación Campesina del Perú. Pero fue en la Convención de Campesinos de la Zona de Ayacucho (1969) donde nuestras divergencias sobre la cuestión campesina y el trabajo en el campo con las posiciones de Paredes y la Confederación Campesina del Perú se agudizaron notablemente; pasando poco después a desenvolverse antagónicamente ya en la lucha contra el liquidacionismo paredista, lucha cuyo problema de base fue la cuestión campesina. Las posiciones sustentadas por la fracción roja en esta Convención de gran importancia y repercusión están vertidas en «Informe, programa y tareas» presentados ante la Convención en mayo de 1969; evento que fue resultado del denodado esfuerzo del Comité Regional de Ayacucho y un hito histórico en su trabajo. Por ello es indispensable reproducir aquí las partes IV y V, así como los Puntos Pragmáticos y tareas inmediatas de ese documento[2].

[...]

El texto trata problemas fundamentales de la cuestión agraria: los dos caminos en el campo, prusiano y norteamericano; el primero de evolución del latifundio, el que siguen las leyes llamadas de «reforma agraria»; el segundo, de pequeña propiedad individual, previa destrucción de la propiedad semifeudal en nuestro caso. Analizando cinco años de aplicación de la ley agraria de Belaunde, especifica que la nueva ley que el gobierno militar preparaba entonces (la futura ley velasquista, la 17716) no sería sino evolución de la semifeudalidad dentro del capitalismo burocrático; y lo principal, sienta los caracteres de la reforma agraria auténtica: determinación de la propiedad latifundista a destruir, confiscación de la tierra y ejecución por el poder popular; y precisemos, la magnífica cita guía corresponde a Lenin, a quien se refiere como «un gran luchador proletario». Igualmente son fundamentales sus planteamientos sobre formación política del campesinado, necesidad de reconstituir sus organizaciones y, de mayor importancia aún, sus posiciones sobre dirección proletaria y alianza obrero-campesina; dice: «Bajo la dirección proletaria el campesinado desarrolla todo su poder transformador y sirve a sus intereses, lejos del proletariado sirve a la reacción. Solo la alianza obrero-campesina, garantizando la hegemonía proletaria, es la garantía de transformación». Y, repárese bien, sobre la decisiva necesidad de organizarse militarmente afirma: «La labor organizativa del campesinado

[2] Ver «Informe, programa y tareas» en el presente tomo.

exige la formación y desarrollo de sus fuerzas materiales que le permitan defenderse en las luchas violentas que sus enemigos le imponen» y «formar grupos de autodefensa». Finalmente, es innegable el carácter revolucionario de sus diez puntos programáticos, la simple lectura detenida de los puntos 1, 2, 3, 4 y 10 lo demuestran; asimismo es obvia la importancia de sus tareas inmediatas. En conclusión, el «Informe, Programa y Tareas» aprobado en la Primera Convención de Campesinos de la Zona de Ayacucho es un valioso documento político de la fracción roja.

Por otro lado, el texto reproducido coadyuva a precisar la posición del Comité Regional y la fracción frente a la Confederación Campesina del Perú. Si bien hemos divergido de ella en cuestiones fundamentales, jamás la hemos socavado ni menos propiciado una paralela; nuestra acción tendió a corregir sus errores, a definir correctamente su línea y a reconstituirla. Releamos el Informe, comprueba lo que decimos:

> [...] la Confederación Campesina del Perú, central máxima del campesinado peruano; que a lo largo de su historia ha probado ser la única representante clasista de los intereses del campesinado, y pese a las asechanzas y maquinaciones de sus enemigos, continúa su labor.

Y en Tareas inmediatas: «Fortificar las relaciones con la Confederación Campesina del Perú, central única del campesinado»; concluyendo clara y concretamente:

> Prepararse para participar en el evento de la Confederación Campesina del Perú; nombrar delegación y acordar puntos a plantear: Análisis y balance de las luchas de la Confederación Campesina del Perú; determinación de la política agraria y reconstitución de la Confederación Campesina del Perú.

Lo que acabamos de reiterar, resaltándolo, desmiente falaces imputaciones de supuesto divisionismo que se nos pretende atribuir. Además, nada tuvimos que ver con el surgimiento de la llamada «Federación de campesinos y comunidades de Ayacucho»; más aún, la combatimos y fuimos combatidos por ella. Finalmente, sí conocimos a Manuel Llamoja Mitma, dirigente de la Confederación Campesina del Perú; un buen luchador campesino, cangallino de múltiples habilidades, aunque con criterios de campesinismo incaísta.

Promulgada la ley agraria del régimen fascista en junio de 1969, los revisionistas —ya subidos al carro gobiernista— la aplaudieron como revolucionaria, mientras varias organizaciones políticas y gremiales la saludaban tildándola de «reformista». Entre estas, Vanguardia Revolucionaria veía una sola seria limitación en la ley, el no ser «socialista», soslayando interesadamente que la reforma agraria es una reivindicación burguesa, en modo alguno socialista; y para sostener su posición, Vanguardia negaba la teoría de Lenin sobre los caminos del capitalismo en el agro: el camino terrateniente (latifundista) o prusiano de evolución de la gran propiedad feudal, y el camino de los pequeños propietarios (granjeros) o americano de la destrucción de la propiedad feudal; declarando caduca esta tesis leninista, pasó a defender y aplicar la ley agraria velasquista, como lo hiciera abiertamente después, y pruebas irrefutables son las famosas actas de Toxama y Huancahuacho, en Andahuaylas, donde hundió el movimiento campesino en ascenso, en 1974. En tanto que el liquidacionismo paredista que dirigía la Confederación Campesina del Perú guardaba ominoso silencio sobre la ley y solo observaba el no haber considerado las reivindicaciones de las comunidades, cómplice posición de defensa vergonzante de la ley agraria. La posición ante la ley 17716 fue un espejo revelador de quiénes estaban contra la revolución, quiénes vacilaban y quiénes estaban por la revolución; en síntesis, quiénes contra el pueblo y quiénes a favor de él, pues estar a favor de la ley era estar contra el campesinado, las masas mayoritarias y fuerza principal de la revolución peruana.

La posición de la fracción roja fue clara y concreta: contraria a la ley; la desenmascaró y combatió desde su promulgación. Como señalamos, y aquí reiteramos, en la Convención de Campesinos de la Zona de Ayacucho (mayo 69), el Informe sienta que la ley agraria en preparación solo sería una ley más en la evolución de la propiedad latifundista feudal dentro del capitalismo burocrático. Y estando detenidos en el Sexto, a causa de las luchas por la educación popular, los componentes de la fracción combatieron y desenmascararon la ley en los debates de deslinde con otras agrupaciones políticas.

En diciembre de 1969, la fracción roja, a través de la Federación de Campesinos de Huamanga, difundió sus posiciones sobre la ley agraria velasquista en «Aplastemos la nueva estafa agraria»[3], volante ampliamente difundido en la región de Ayacucho. En el texto que a continuación reproducimos, la atención debe orientarse a cómo —remontándose al segun-

[3] Ver «Aplastemos la nueva estafa agraria» en el presente tomo.

do gobierno de Prado y su ministro Pedro Beltrán— el Estado peruano, precisamente poco tiempo después de las luchas campesinas del Centro (mediados de los cincuenta), comenzó a abocarse al problema de la tierra y de la vivienda (problema este ligado a las luchas de las barriadas, cuestión que igualmente en esa década se agravara), formando una comisión presidida por el propio Beltrán. Interés estatal ligado al impulso evolutivo de la economía y la agudización de la lucha de clases, particularmente en el campo; situación que en la década siguiente, la de los sesenta, llevó a la dación de tres leyes agrarias: la «ley de bases» del gobierno militar del 62; la ley 15037, llamada de «reforma agraria», de Belaunde en 1964; y la 17716, también llamada de «reforma agraria», del gobierno militar de Velasco Alvarado de 1969; tres leyes que son, obviamente, hitos en la evolución del latifundismo dentro del capitalismo burocrático en el país.

Similarmente, prestemos atención a cómo caracteriza la ley agraria 17716: 1) evolución, no destrucción de la propiedad terrateniente de base semifeudal, mediante una restringida redistribución de tierras; 2) expropiación, no confiscación de la tierra, mediante compra-venta a plazos y pago en bonos; 3) burocrática, no democrática, ejecutada a través de frondosa burocracia y farragosa tramitación. Proceso en el cual, decía el volante, «el Estado se irroga el derecho de determinar quiénes son los que deben recibir la tierra; así se cambia el principio combatiente, aunque demagógicamente se le invoque, de 'La tierra para quien la trabaja' por el de 'la tierra para quien quiere el Estado'».

Igual atención merece cómo tipifica la esencia de la ley, especificando el camino terrateniente o latifundista como la «aplicación de modalidades y técnicas capitalistas manteniendo la gran propiedad basada en la propiedad latifundista semifeudal», cuya «esencia es el lanzamiento del campesinado pobre del campo», camino «opuesto radicalmente al camino campesino (destrucción del latifundio feudal y quebrantamiento del poder de la clase latifundista)». Asimismo, resalta cómo «la rápida industrialización», planteada por la ley, pesará sobre el campesinado; cómo el camino latifundista tiene por signo la violencia; y, punto muy importante, cómo la ley repercutiría en las clases y la lucha de clases.

Destaquemos, finalmente, su conclusión de que actuando directamente el viejo Estado en la producción agrícola al amparo de la ley 17716:

> El Estado penetra profundamente en la economía y sienta bases para la estatización al servicio de las clases explotadores y su

amo imperialista; e introduciendo formas de Estado corporativista de nítido corte fascista, se prepara para aplastar la futura movilización popular que se vislumbra.

Y: «El Estado cada vez más fortalecerá su poder represivo». Leamos, pues, con detenimiento este documento. [...]

Así, y con estas fundamentales posiciones difundidas en *Allpanchiqraiku*, nuestro vocero, la fracción roja dirigió el movimiento campesino de la región, en los departamentos de Ayacucho, Apurímac y Huancavelica. Fue un gran trabajo gracias a la denodada acción de camaradas, simpatizantes y amigos del Partido y, principalmente, por la acción constante y la combatividad indesmayable del campesinado, pobre en especial, que hizo y sostuvo el movimiento con su escaso pan, su hambre centenaria de tierra y su lucha nutrida de esfuerzo y masivo heroísmo anónimo, bajo la dirección del Partido, del Comité Regional de Ayacucho. De las luchas campesinas de entonces valga recordar a Benigno Pillihuamán, dirigente campesino, campesino pobre y obrero de construcción civil.

Terminemos este punto sobre el trabajo campesino. A más de un cuarto de siglo, ¿qué decir? Simplemente, nuestras posiciones ayer tan atacadas, aunque nunca seriamente refutadas, fueron plenamente confirmadas por la práctica; la ley agraria expresó su esencia reaccionaria, solo evolucionó la semifeudalidad, la lucha de clases se atizó y el camino democrático buscó y siguió otros cauces con la guerra popular.

EL FRENTE DE DEFENSA DEL PUEBLO DE AYACUCHO[1]

En 1966 se desarrolló un movimiento de defensa de la Universidad San Cristóbal de Huamanga, el centro fue la demanda de medios económicos, el incremento de presupuesto. Toda la ciudad de Ayacucho, a través de sus instituciones, asumió la demanda y envió una comisión a Lima para plantear la situación al presidente de la república; la gestión fue exitosa, se obtuvieron más rentas para la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. Sobre esa base, en especial del avance organizativo, se conformó el Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho para la lucha por reivindicaciones populares de las distintas clases y capas, principalmente de los barrios y barriadas de Ayacucho, así como demandas de la ciudad y la región. El Frente fue organizado con conocimiento y aprobación de la dirección nacional del Partido; y no tiene relación alguna con los denominados «frentes de defensa de los intereses del pueblo» posteriormente creados por «Patria Roja» que, cabalgando sobre las reivindicaciones regionalistas, sirvieron a sus intereses electoreros.

El Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho fue desarrollado en 1968. Y tal como fuera constituido siguió desenvolviéndose como un frente de clases, no de partidos; estaba conformado por organizaciones de obreros, trabajadores, comerciantes, barriales, estudiantiles, femeninas, intelectuales y artistas. Era, pues, fundamentalmente un frente de obreros, trabajadores y pequeña burguesía sustentado en los pobladores de barriadas y dirigido políticamente por el Partido; un frente citadino, principalmente de Ayacucho y vinculado con otras ciudades y campesinado de la región. La más grande lucha que dirigió fue la de 1969 por la educación popular, a la que ya nos referimos y, aparte de su constante lucha por las masas trabajadoras y pobres de las barriadas, fueron de mayor importancia sus luchas en defensa de los trabajadores de mercados y

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

por que la Universidad San Cristóbal de Huamanga sirviera realmente al pueblo de la región.

El Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho fue fructífera experiencia del Comité Regional de Ayacucho; su brega y conducción, que algunos observadores a distancia, cuestionadores de la dirección proletaria o simplemente enemigos pretenden negar, hizo del Frente la más importante organización de masas del pueblo ayacuchano, ganándose por ello, el Frente, la persecución sistemática del Gobierno desde las jornadas de junio del 69, y sus dirigentes, la cárcel y el acecho policial. El esfuerzo empeñado en el Frente de Defensa dio al Partido invalorable experiencia en las complejidades y riesgos del trabajo de frente, principalmente en la movilización, politización y organización de las masas en la ciudad (estrictamente, claro está, de una pequeña ciudad, pero similar a muchas capitales de departamentos del país), y, lo más valioso, en medio de una aguda lucha de clases y enfrentamiento con el Gobierno y el oportunismo de toda laya, con el revisionismo naturalmente, en especial con el liquidacionismo de Paredes el 69.

Sin embargo, el Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho no fue el frente único de la revolución en modo alguno; por otro lado, no logró extenderse a otras ciudades una organización similar y sus vínculos con el campesinado fueron insuficientes. Pero, no obstante estas limitaciones y algunas cuestiones de táctica, el Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho concretó una forma nueva y correcta de plantear el problema de frente, guiándose por el marxismo-leninismo-maoísmo, por este último en especial, partiendo de concebirlo como frente de clases en función de la revolución y bajo la dirección del proletariado representado por el Partido Comunista. En perspectiva, el Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho fue importante antecedente para el Movimiento Revolucionario de Defensa del Pueblo y sirvió al Frente Revolucionario de Defensa del Pueblo, ambos concretados en la guerra popular.

SOBRE EL MOVIMIENTO FEMENINO POPULAR[1]

También las circunstancias del Comité Regional de Ayacucho en 1968 y, dentro de estas, la lucha de la fracción roja por recuperar la dirección del Comité, de un lado; y de otro, el aumento del número de universitarias —con el correspondiente incremento de feristas, sumado a la acción e influencia ascendente de las camaradas, en especial de la camarada Norah—, posibilitaron la formación de la fracción femenina del Frente Estudiantil Revolucionario, FER. De inmediato se pasó a darle base ideológico-política a su construcción, organizándose una escuela de cuadros para la fracción femenina cuyo contenido comprendía:

1) marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung y pensamiento de Mariátegui;

2) revolución peruana y situación política;

3) movimiento femenino y fracción femenina del FER, FFF;

4) la organización de la FFF y sus tareas.

De estas cuatro cuestiones, la tercera fue la central, pues aparte de tratar por vez primera la tesis marxista de la emancipación de la mujer, el problema era la situación de las mujeres en el país, específicamente de las ayacuchanas y feristas. El nudo se desató preguntando a quien sabe, como enseñó el Presidente Mao: un pequeño y simple cuestionario, investigación por grupos y debate para encontrar soluciones —labor cumplida por los propios feristas con diversos grupos de mujeres, de amas de casa a estudiantes, pasando por trabajadoras, campesinas y profesionales, centrando en las masas pobres y barriales—, resolvió la situación.

---

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

Armada así, ideológica y políticamente, la FFF cumplió destacado papel en la lucha por la recuperación de la dirección en el Comité Regional; y bien pronto, la mitad que sostiene el cielo bregaba con denuedo y tesón en todos los frentes de trabajo. Baste recordar, rindiendo justo homenaje, su combatividad indesmayable y tenaz en las inolvidables jornadas de junio del 69 en Ayacucho. Sin embargo, debió abrirse paso en abierta lucha con quienes se oponían no solo a la existencia de la FFF, sino consideraban un peligro de división, de ruptura de la acción unitaria, el que se desarrollara en la perspectiva de constituirse en movimiento femenino con objetivos propios y específicos, pues evidentemente en ese rumbo se orientaba. Parte importante de la construcción de la FFF fue la Declaración de principios y Programa, bajo el principio guía de la emancipación de la mujer. La ideología del proletariado establece que la lucha de las mujeres es parte de la lucha de la clase por su emancipación; por ello los clásicos, particularmente Lenin, especificaron que «la lucha por la emancipación de la mujer es parte de la emancipación del proletariado». En síntesis, un movimiento femenino como parte de la revolución, desde la posición del marxismo-leninismo-maoísmo que se desarrolla siguiendo el principio guía de «emancipación de la mujer»; mientras los movimientos femeninos burgueses llevan adelante la consigna de «liberación femenina».

Desde sus inicios, pues, el que con el correr del tiempo devendría Movimiento Femenino Popular, desde sus antecedentes como fracción femenina del FER, surgió y se desenvolvió bajo las banderas del proletariado enarbolando la divisa proletaria de la emancipación de la mujer. La Declaración de principios y Programa de la FFF los difundieron en su vocero *Rimariyña Warmi*, traspasando bien pronto los linderos regionales y rebasando el restringido ámbito universitario. Había comenzado la historia combatiente y pugnaz de uno de los organismos generados más importantes del Partido, rojo crisol de tantas combatientes y ejemplares camaradas. Mas el Movimiento Femenino Popular, como tal y con este nombre, se conformó a inicios de la década del setenta en Ayacucho y con la dirección de la fracción roja del Partido.

SOBRE EL MOVIMIENTO JUVENIL[1]

La Juventud Comunista fue fundada por Mariátegui en 1930 y, obviamente, siguió y sufrió los avatares de la historia del Partido a lo largo de decenios. Reimpulsada y acicateada por la lucha de clases, se desarrolló en los sesenta dentro de la gran batalla entre marxismo y revisionismo; pero fue en la lucha contra Del Prado y su camarilla jruschovista que apareció en las filas de la Juventud el «autonomismo» (independentismo frente al Partido), posición extraña a la clase y antipartido que se desenvolvió encubierta con la lucha antirrevisionista. De esta manera surgió el «problema de la Juventud», tan llevado y traído cuan mal tratado y manipulado en los años sesenta al margen del marxismo y de las necesidades de la revolución, como agitado y traficado desde posiciones pequeñoburguesas, burguesas y revisionistas, llevándola a su destrucción. Del Prado, para acallar la lucha antijruschovista de la Juventud Comunista, tomando como pretexto posiciones negadoras de la existencia de la burguesía nacional aparecidas en las filas juveniles (III Conferencia de 1963), la intervino en el más puro estilo burocrático y repartió expulsiones; pero fracasó en su intento. Sotomayor, igualmente, y con el aval de Paredes, para controlarla y aplacar el rechazo al apoyo a Belaunde, en concreto, destituyó el Buró Ejecutivo Nacional y nombró uno adicto a él. «Patria Roja» usó la parte de la Juventud que le siguió para hacer realidad el sueño del partido propio, en función de su línea oportunista. Y Paredes, llevando adelante su liquidacionismo de derecha guiado por «controlar o destruir», destrozó lo que quedaba de la Juventud Comunista que fue liquidando parte por parte; los llamados «núcleos rojos», montado por el paredismo a través de Emiliano, fueron parte de esa destrucción liquidadora.

De esta manera, la experiencia partidaria de los sesenta sobre la Juventud Comunista Peruana condensada en la lucha por la dirección ideológica, política y orgánica del Partido para hacer de la JCP una orga-

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

nización auxiliar que movilizara a las masas juveniles y fuera semillero de nueva militancia (brega que chocó contra el «autonomismo» de la Juventud cuya esencia era concebirla como un partido de jóvenes, independiente y opuesto al PCP, tan burguesa y antipartido como su manipulación por el revisionismo), y la experiencia internacional (China también enfrentó la desviación de la Juventud, «partido de jóvenes»), más la perspectiva del Partido en función de la lucha armada, llevaron a la fracción roja a plantearse la necesidad de desarrollar un movimiento juvenil en lugar de mantener la Juventud Comunista, Juventud cuya reconstitución se vería solo en el futuro y según las circunstancias.

Y sobre la Juventud, con este criterio, actuamos cuando volvimos a Ayacucho el 68. Como expusiéramos, en 1962 habíamos dado una organización comunista a la Juventud y esta cumplió gran labor; a nuestro retorno siguió cumpliéndola, así, en la recuperación de la dirección del Comité Regional y en el impulso del trabajo en toda la región, muy especialmente en el campo. Hasta que, en la lucha contra el liquidacionismo paredista (1969), los miembros de la Juventud Comunista de Ayacucho, como antes se había hecho con parte de ella, fueron incorporados al Partido.

Dentro de estas posiciones orientadas hacia un movimiento juvenil dirigido por el Partido, nos apoyamos en el Frente Estudiantil Revolucionario para mover a las masas estudiantiles universitarias contra la tendencia derechista con fraseología revolucionaria que había copado la dirección regional del Partido Comunista del Perú. Para ello se puso en marcha una amplia e intensa campaña de politización entre los feristas centrada en la situación política, los problemas universitarios huamanguinos y el estudio de Mariátegui, planteándose la vigencia de su pensamiento y, obviamente, desarrollando la lucha estudiantil por sus problemas, fundamentalmente planes de estudio, ingreso a la universidad, comedor y residencia, pero sin desligarse de la lucha popular; más aún, apoyándose en ella.

En 1968, cuando recomenzamos estas actividades, se realizó el Seminario sobre reforma universitaria José Carlos Mariátegui. En él, aparte de esbozar la nueva universidad como producto derivado de la revolución, no anterior a su triunfo; desarrollar la relación indesligable entre lucha universitaria y revolución democrática; además de concebir el movimiento universitario como lucha unitaria de tres partes (estudiantes, docentes y trabajadores), fundamental fue la tesis de «defensa de la universidad».

Esta implicaba defensa de sus principios: autonomía, cogobierno (de tres partes: profesores, estudiantes y trabajadores —universitarios, no de graduados como decía la vieja tradición de Córdoba—), cátedra libre, gratuidad de la enseñanza, etc.; y, lo que es más importante, servir al desarrollo regional y ligazón con las masas populares. La defensa de la universidad, reajustada según las circunstancias políticas, fue de gran importancia en la lucha contra el gobierno fascista y siguió guiando nuestro trabajo universitario en las décadas del setenta y ochenta. La tesis de la defensa de la universidad —tan atacada, mas sin demostrar jamás que fueran erróneos sus fundamentos—, como tantas tesis partidarias (a guisa de ejemplo basta señalar la del capitalismo burocrático o nuestra posición sobre la ley agraria de Velasco), ha sido plenamente convalidada por el proceso seguido por la universidad peruana; y más aún, quienes al comienzo atacaron la defensa de la universidad terminaron, con el correr del tiempo, enarbolándola, solo que sin reconocerlo.

El año 1969 fue de gran importancia en la historia del FER huamanguino: libró junto al pueblo, y dentro del Frente de Defensa, la lucha de junio por la educación popular y, más trascedente aún, combatió bajo las banderas de la fracción roja en defensa del Partido contra la acción destructora del liquidacionismo paredista y su negra campaña de delación general del Partido. En ese año reorganizó sus filas y batalló asumiendo la consigna de «¡Por el luminoso sendero de Mariátegui!»; desde ahí se le conoció como «FER ¡Por el luminoso sendero de Mariátegui!». Y con el tiempo, y por razones e intereses políticos, lo que fue simple consigna establecida por el Partido para un organismo generado por él, devino en «Sendero Luminoso» como equivalente sustitutorio de Partido Comunista del Perú, denominación que con la guerra popular dio la vuelta al mundo, y no una sino muchas veces.

El Frente Estudiantil Revolucionario de Ayacucho, pues, liga su desarrollo a la historia del Comité Regional y del Partido Comunista del Perú, y enarbolando sus banderas llevó en combate incesante las posiciones y política del Partido a las masas juveniles y al pueblo; y para su mayor honor revolucionario, de él salieron hijos del pueblo que ofrendaron su vida en la guerra popular y dieron connotados y heroicos militantes, cuadros y dirigentes al Partido.

Otra organización forjada en la ardorosa lucha de fines de los años sesenta fue el Frente Revolucionario Estudiantil Secundario, FRES, integrado inicialmente por estudiantes secundarios ayacuchanos, fundamen-

talmente de la Gran Unidad Escolar Mariscal Cáceres y de la Escuela de Aplicación Wamán Poma de Ayala; organización, pues, formada y dirigida por la fracción, que se extendería luego a otras provincias no solo de Ayacucho, sino de la región. Los adolescentes y jóvenes fresistas que amanecían a la revolución fueron los conductores directos de las masas juveniles que, con su heroicidad y sangre, abrieron la gran jornada popular por la educación del pueblo en 1969; jornada que levantando Ayacucho y la región alcanzó la victoria de sus demandas, victoria que la inacabable memoria de las masas ayacuchanas sabrá guardar.

Así pues, el FER y el FRES ayacuchanos fueron las avanzadas iniciales del futuro Movimiento Juvenil Popular.

CAPITALISMO BUROCRÁTICO[1]

El Presidente Mao Tsetung en *Sobre el gobierno de coalición*, de 1945, tomo III de sus *Obras Escogidas*, plantea su tesis del capital burocrático, integrado por los ingentes capitales de los grandes terratenientes, grandes banqueros y magnates compradores; capital que monopoliza la economía china y oprime a obreros, campesinos, pequeña burguesía y burguesía no monopolista. Desarrollando su tesis en «La situación actual y nuestras tareas», de 1947, tomo IV, sostiene que el capital burocrático —el cual es un capital monopolista—, en su desenvolvimiento, al ligarse al poder del Estado, deviene capitalismo monopolista de Estado y que —dada su ligazón con el imperialismo y los terratenientes y los campesinos ricos de viejo tipo—, además, es comprador y feudal. Así es que el capital burocrático se convierte en capitalismo monopolista de Estado, comprador y feudal, oprimiendo a obreros, campesinos, pequeña burguesía urbana y perjudicando a la burguesía media o burguesía nacional; pero asimismo su desarrollo prepara condiciones materiales suficientes para la revolución de nueva democracia.

Es a partir de febrero de 1948 que el Presidente Mao plantea «capitalismo burocrático», cuando al referirse a las «tres montañas» que oprimen a China dice: «a fin de derrocar la dominación del imperialismo, del feudalismo y del capitalismo burocrático», como se lee en el artículo «Corregir los errores de 'izquierda' en la propaganda de la reforma agraria», del IV tomo, y en otros posteriores. Finalmente, en *Escritos inéditos*, en el punto 5) del texto III, «Notas de lectura sobre el *Manual de Economía Política de la Unión Soviética*» de 1960, el Presidente Mao vuelve al tema del capital burocrático resaltando:

> Durante el período de la Guerra de Liberación en China lanzamos llamamientos para luchar no solo contra el imperialismo

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

> y el feudalismo sino también contra el capital burocrático. La lucha contra el capital burocrático tiene un doble carácter: por una parte luchar contra el capital comprador, lucha que entra en el marco de la revolución democrática, y por otra parte luchar contra la gran burguesía, lucha que forma parte de la revolución socialista.

La importancia de luchar contra el capital burocrático queda sumamente clara si consideramos que su confiscación, al conquistar el poder en China, implicó tomar el 80 % del capital industrial y de transportes que, convirtiéndose en propiedad de todo el pueblo, permitió contar con la base para el control y orientación del proceso económico del nuevo poder, garantizando de este modo el paso de la revolución democrática a la socialista en forma ininterrumpida. Este es el aspecto socialista de la revolución democrática china al cual se refirió el Presidente Mao en este texto, pues esta —no obstante ser democrática— cumplió complementariamente tareas socialistas; tal como la revolución soviética —siendo socialista— realizó también, en forma complementaria, tareas democráticas pendientes, la reforma agraria entre otras. Concluyendo digamos, para una más precisa comprensión, en este texto debe entenderse «gran burguesía» como gran burguesía industrial, obviamente parte integrante de la gran burguesía. Las tesis del Presidente Mao Tsetung sobre capital burocrático y capitalismo burocrático son, a nuestro juicio, de suma importancia, en especial para las naciones oprimidas, y merecen estudiárselas con seriedad, pero principalmente aplicárselas, pues no es un problema única ni exclusivamente de China.

Por otra parte, José Carlos Mariátegui, fundador del Partido Comunista del Perú, analizando la economía de la sociedad peruana contemporánea, estableció en *Siete ensayos*:

> 1º La aparición de la industria moderna. El establecimiento de fábricas, usinas, transportes, etc., que transforman, sobre todo, la vida de la costa. La formación de un proletariado industrial con creciente y natural tendencia a adoptar un ideario clasista, que siega una de las antiguas fuentes del proselitismo caudillista y cambia los términos de la lucha política.
>
> 2º La función del capital financiero. El surgimiento de bancos nacionales que financian diversas empresas industriales y comerciales, pero que se mueven dentro de un ámbito estrecho,

> enfeudado a los intereses del capital extranjero y de la gran propiedad agraria; y el establecimiento de sucursales de bancos extranjeros [...]
>
> 4º La gradual superación del poder británico por el poder norteamericano [...]
>
> 5º El desenvolvimiento de una clase capitalista, dentro de la cual cesa de prevalecer como antes la antigua aristocracia. La propiedad agraria conserva su potencia; pero declina la de los apellidos virreinales. Se constata el robustecimiento de la burguesía.

Así, Mariátegui destacaba en la moderna economía peruana, iniciada en 1895, el entronizamiento del dominio imperialista yanqui, la formación del proletariado industrial —cuya presencia «cambia los términos de la lucha política»— y el desenvolvimiento de la burguesía «moviéndose dentro de un ámbito estrecho y enfeudado a los intereses del capital extranjero y de la gran propiedad agraria». He aquí el surgimiento de un capital burocrático que habrá de desenvolverse como capitalismo burocrático a lo largo del siglo XX.

Y en *Capitalismo o socialismo*, el mismo Mariátegui sintetizando nuestra realidad escribió: «La feudalidad o semifeudalidad supervive en la estructura de nuestra economía agraria». «Un formal capitalismo ya establecido. Aunque no se ha logrado aún la liquidación de la feudalidad y nuestra incipiente y mediocre burguesía se muestra incapaz de realizarla, el Perú está en un período de crecimiento capitalista»; con el establecimiento de la Cerro de Pasco y la explotación petrolera de la Standard «se inicia la penetración en gran escala del capitalismo yanqui». Y afirma que caeremos bajo su dominio; también que la industria está limitada principalmente por la «dependencia de la vida económica a los intereses del capital extranjero».

De esta manera, la sociedad peruana contemporánea se desenvuelve como semifeudal y semicolonial, «y a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acentuarse este carácter de su economía». Recuérdese que el fundador del Partido, desde una posición marxista-leninista escribió: «Un país políticamente independiente puede ser económicamente colonial. Estos países sudamericanos, por ejemplo, políticamente independientes, son económicamente coloniales». Y sobre esta base económica, Mariátegui sienta esta gran

conclusión: «El eje de nuestro capitalismo comienza a ser, en virtud de este proceso, la burguesía mercantil. La aristocracia latifundista sufre un visible desplazamiento».

Obviamente, la burguesía mercantil de Mariátegui es la burguesía compradora a la cual se refiere el Presidente Mao.

Es a partir de estos fundamentos, principalmente del maoísmo, y en especial del estudio y análisis de nuestra realidad tratada en diversos documentos partidarios —sobre todo en «Análisis del plan nacional de desarrollo 71-75» publicado en *Voz Popular* N° 3 de febrero-marzo de 1972 y en «Situación económica actual y reajuste general corporativo», en el N° 5 de la misma revista de julio de 1976—, que hemos llegado al planteamiento del capitalismo burocrático como el capitalismo que se desarrolla en las naciones oprimidas por el imperialismo y sustentadas en una base feudal o semifeudal[2].

Las naciones que llegan tarde al proceso capitalista, cuando el imperialismo ya existe, no siguen de manera igual su desarrollo capitalista como lo hicieron Inglaterra, Estados Unidos, Francia, entre otros, sino que —dada la existencia de grandes potencias capitalistas que en el siglo XIX extienden sus dominios a América Latina, Asia y África y, principalmente, del imperialismo en el siglo actual— naciones como China ayer, y hoy India, Egipto, Irak, Nigeria, Zambia, México, Brasil o Perú, desenvuelven un capitalismo aherrojado y orientado en función de los intereses del imperialismo y de los terratenientes feudales; no siguen, pues, un libre desenvolvimiento de sus fuerzas capitalistas, sino que estas avanzan dentro de un estrecho marco y límites impuestos por el imperialismo dominante y la gran propiedad feudal en lenta evolución. Así, toda la sociedad sigue un más o menos lento proceso evolutivo generando una burguesía intermediaria del imperialismo, una gran burguesía que monopoliza la economía bajo la égida extranjera.

Este es el caso de nuestro país, el Perú; en él se desarrolla un centenario capitalismo burocrático. A lo largo del siglo XIX la sociedad peruana evolucionó de una condición colonial y feudal a la de semicolonial y semifeudal; de colonia de España y tricentenario atraso feudal

---

[2] Las primeras ideas sobre este problema comenzamos a sustentarlas en 1968, en Ayacucho; y el primer documento en que aparecen es «Informe, programa y tareas» presentado a la Primera Convención de Campesinos de la zona de Ayacucho, mayo de 1969. (Nota del autor).

a semicolonia del imperialismo norteamericano y supervivencia de una caduca semifeudalidad en la cual se desarrolla el capitalismo burocrático. Desde 1895 hasta hoy, en la sociedad peruana contemporánea, su economía moderna, como la calificara Mariátegui, ha desenvuelto tres momentos: el primero, de inicio y desarrollo, extendido hasta la Segunda Guerra Mundial —cuyo eje es la década del 20—, período en el cual la burguesía compradora, como expresión de la gran burguesía, asume la dirección del Estado peruano y coincide con la sustitución del dominio inglés por el de Estados Unidos. El segundo momento, el de profundización del capitalismo burocrático, desde los términos de la segunda conflagración, 1945, hasta el año 1980 —cuyo eje puede ubicarse entre los años de 1963 a 1979, y más concretamente en el período 1968-75—, cuando la burguesía burocrática (una de las dos facciones actuales de la gran burguesía; la otra, como sabemos, es la compradora), a través de las Fuerzas Armadas, asume la conducción del Estado peruano. Y el tercero, el de su crisis general o de su hundimiento definitivo, cuyo comienzo coincide con el inicio de la guerra popular, hito insoslayable de la historia peruana actual.

Sintetizando, el siglo XX en el Perú está marcado por la lucha de dos caminos: el camino burocrático, el de la sociedad dominante, de las clases opresoras —del imperialismo norteamericano, de los terratenientes y de la gran burguesía—, cuyo eje es el capitalismo burocrático centrado en la exportación y su rumbo la industrialización bajo dominio imperialista, en el terreno económico que estamos tratando. Y el camino democrático, el de la sociedad dominada, de los oprimidos —del proletariado, del campesinado, de la pequeña burguesía e incluso de la burguesía nacional también restringida y sometida—, camino cuyo eje es la revolución democrática que derrumbe las «tres montañas», teniendo como base la lucha campesina contra la semifeudalidad y por «la tierra para quien la trabaja» que ha remecido los cimientos del país a lo largo del siglo, y como rumbo la guerra popular.

¿Y qué importancia tiene en nuestro caso el problema del capitalismo burocrático? Simple y concretamente —aparte de que sin esta comprensión no es posible establecer correctamente la línea política general—, tres cuestiones se derivan: una, ver cómo maduran las condiciones materiales de la revolución democrática; dos, diferenciar certeramente entre gran burguesía y burguesía nacional, coadyuvando a no ponerse a la cola de una de las facciones de la gran burguesía, característica constante del oportunismo y del revisionismo en el país; y tres, precisar la necesi-

dad de destruir el capitalismo burocrático para culminar cabalmente la revolución democrática y, en perspectiva, la de confiscar la propiedad del capitalismo burocrático para que como propiedad de todo el pueblo, en el nuevo Estado, sirva a pasar a la segunda etapa de la revolución, la socialista.

En este contexto de capitalismo burocrático debe ubicarse la situación económica del país en los años sesenta. El derrotero seguido por las exportaciones, que son su centro, es muy expresivo; desde 1895 hasta hoy han primado las de materias primas. En el primer momento del capitalismo burocrático —cuya extensión, reiteramos, abarca la Segunda Guerra Mundial—, la exportación de algodón y azúcar alcanzaron su punto más alto: 72 % del total de exportaciones de 1920, sumados el 30 y 42 % de cada uno respectivamente; para luego ser desplazados por el petróleo y el cobre —cuya exportación se incrementara con la Primera Guerra Mundial— ascendiendo los dos al 54 % de las exportaciones totales del país en 1935, el primero 38 y 16 % el segundo. Sin embargo, desde 1945, ya en el segundo momento del capitalismo burocrático, las exportaciones agrícolas vuelven a incrementarse; en 1950 alcanzaron su cumbre, juntos, algodón 35 y azúcar 15 %, el 50 % del total de exportación, mientras petróleo y cobre se reducían al 13 y 5 %.

El año 1960 marca un cambio en la exportación de los principales productos agrícolas —a los cuales se suma el café—, solo implican el 32 % del total; frente a ellos, petróleo y cobre —a los que se suma el hierro— el 34 % de las exportaciones. Pero, además, aparecen los productos pesqueros, principalmente harina de pescado, que doblando su exportación alcanzan el 12 %; esta explosiva expansión trepa al 28 % en 1965, baja a 25 % el 70 y decae a 15 % el 75 para decrecer posteriormente, ligada a la depredación de la riqueza marina que perpetró. De 1960 en adelante las exportaciones agrícolas irán hundiéndose más y más, mientras las de petróleo y minerales, estos en especial, aumentarán deviniendo la fuente fundamental de divisas procedentes de la exportación, la niña de los ojos del sistema económico imperante, haciendo del país, una vez más, un país minero.

¿Y cómo se ha desenvuelto el rumbo del capitalismo burocrático, la industrialización? A grandes rasgos digamos. Los comienzos del siglo XX registraron un impulso industrial derivado de 1895 y concretado en la cervecería Backus & Johnston (aún existente y una de las más «florecientes» empresas del país), la textil algodonera de Vitarte Tejidos Santa

Catalina y el molino Santa Rosa; asimismo plantas eléctricas y compañías de tranvías, posteriormente fusionadas en las Empresas Eléctricas Asociadas. Todo esto, obviamente, en Lima —la capital—, desde entonces la mayor concentración industrial manufacturera del país que se acrecienta más aún, incluso, cuanto mayor es la propaganda sobre descentralización, malgrado las disposiciones que se dictan. Impulso industrial dado dentro del sistema monopolista impuesto por la Cerro de Pasco Corporation, por empresas petroleras inglesas cuya heredera fue la International Petroleum Company, la Casa Grace o la Peruvian Corporation, propietaria de los ferrocarriles. Impulso dentro, también, del primer momento del capitalismo burocrático marcado por el gran poder económico de las empresas imperialistas, principalmente yanquis, que extendieron su control a toda la moderna economía peruana, ya fuera producción extractiva o industrial, la importación o exportación, el comercio, servicios o finanzas. Así, en la industria, la Grace y la Duncan Fox que, incursionando en la industria algodonera, llegaron a dominar más del 80 % de su producción en el año 1930. Proceso que, si bien desplazaba a unos magnates y empresarios del país, fue desarrollando una burguesía compradora que asumió, como viéramos, la conducción del Estado peruano en la década del 20.

Prosigue este proceso industrial comenzando a manifestarse la acción estatal en función de apoyarlo. El gobierno de Óscar R. Benavides crea el Banco Industrial (1936); y Manuel Prado, en su primer gobierno, promulga la ley 9140 del año 1940 para «proteger y estimular la industrialización del país» estableciendo «exoneraciones de impuestos y derechos». Igualmente creó la Corporación Peruana del Santa (1943), primer intento serio de desarrollo regional; la Corporación apuntó a desarrollar dos proyectos: construcción de la planta siderúrgica de Chimbote y de la hidroeléctrica del Cañón del Pato, para cuyos fines el mismo mandatario cedió los yacimientos de hierro de Marcona, derecho luego transferido por la Corporación a The Utah Construction Co.

Pasada la Segunda Guerra Mundial, por tanto, en el segundo momento del capitalismo burocrático, el gobierno de José L. Bustamante y Rivero creó los Establecimientos Petroleros Fiscales, empresa estatal. Un nuevo paso en el rumbo de la industrialización fue la ley 13270 de noviembre de 1959, bajo el nuevo mandato de Manuel Prado, llamada de «promoción industrial» que estimuló la industria básica, así como exoneró la importación de maquinarias, equipos e insumos y de impuestos por diez años a las industrias básicas. Por otro lado, la Misión Little, traída

de Estados Unidos como asesora el año 1960, recomendó la creación de parques industriales que tiempo después se construyeron en diversas ciudades del país, tales Arequipa, Trujillo y otras. Destaquemos finalmente que la Junta Militar de 1962 creó el Instituto Nacional de Planificación.

De esta manera la industrialización fue cobrando importancia convirtiéndose en 1950, al ascender al 18,2 % del PBI, en la segunda actividad económica luego de la producción agraria ostentadora del 23,5 %; a la que desplazará el año 1955 al lograr el 21,1 % del PBI. Desde ahí la manufactura superó a la producción agraria; así diez años después, mientras esta se reducía al 14,5 % del PBI, aquella subía al 23,7 % del mismo[3]. Sin embargo, este desenvolvimiento industrial tiene una pobre expresión en las exportaciones; recién en 1971 las conocidas como «exportaciones no tradicionales», con un monto de 23 millones de dólares, van a representar el 2,5 % de las exportaciones totales de bienes. Y, más aún, solo en el decenio lograrán mejor nivel: 12,9 % en 1977, con un monto de 224 millones de dólares, y llegan a su máximo ascenso de 21,5 % de la exportación de bienes y una suma de 845 millones de dólares en 1980, para luego comenzar a descender.

Proceso de industrialización que, claro está, como el del primer momento, se da bajo el dominio imperialista y sobre una feudalidad de caducidad más evidente e insoportable cada día. Desenvolvimiento que de 1950 a 1969 se deriva del crecimiento de las exportaciones controladas por las empresas extranjeras, esto es imperialistas, cuyas inversiones, en el promedio anual del período, casi doblaron las no estatales del país, según señala Mario D. Tello en su *Mecanismos hacia el crecimiento económico* publicado en 1993.

¿Y cómo enfrentó el Estado peruano la situación económica en la década del 60? A comienzos de 1972 escribimos «Análisis del plan nacional de desarrollo 71-75»; analizando sus antecedentes dijimos:

> El plan que comentamos tiene su innegable antecedente en el *Plan de Desarrollo Económico y Social 1967-70* elaborado por el Instituto Nacional de Planificación bajo el gobierno de Belaunde. ¿Cómo se veía y planeaba entonces?
>
> Se partía de señalar que desde 1950 se daba una ampliación

[3] Los datos económicos utilizados se basan en los cuadros estadísticos e informaciones publicados en el *Compendio histórico del Perú*, tomo VI, Editorial Milla Batres.

de la actividad estatal; que en el período 1950-64 la industria crecía a un promedio de 7,5 %, ocupando al 5 % de la población económicamente activa y —desarrollándose principalmente en Lima y Callao— seguía un proceso favorable que exigía mantener prosperidad de exportaciones, afluencia de divisas, bajos costos de inversión mediante la estabilidad monetaria y protección a fin de mantener «un rápido crecimiento sostenido» de la misma. Mientras, la agricultura crecía a un ritmo de 3 % anual y se caracterizaba por una ínfima productividad, cuatro veces inferior a la del resto de la economía, desarrollándose en todo el país, aunque solo altamente en la costa; la agricultura, se decía, «es, sin duda, el mayor estrangulamiento en el desarrollo del país» y su situación «determina una ínfima capacidad de ahorro que impide planear la expansión del sector sin considerables transferencias de ingresos de otros sectores». Así, en el período de referencia, el país mostraba una dualidad: capitalismo en rápida expansión, en Lima y Callao en especial, y feudalidad en el resto.

Por otro lado, la pesca tenía un crecimiento explosivo (tasa de 20 %), mientras la minería representaba el 40 % de la exportación siendo la fuente principal de divisas; el sector energía crecía al 23 % en 1964 y las hidroeléctricas tenían gran futuro; los transportes eran deficitarios con decaimiento del ferrocarril, déficit de carreteras y necesidad de impulsar el transporte aéreo; y el sector vivienda mostraba buen desarrollo por importante acción pública.

En cuanto a distribución de ingresos, el período 50-64 mostraba que los empleados habían aumentado su participación de 17,6 % en 1950 al 24,1 % en 1963, pero los obreros solo habían pasado del 21,3 % al 23,8 %. Se reflejaban grandes desigualdades en la distribución; así, en 1961 cuando el promedio de ingreso fue de 18 500 soles al año, los obreros que representaban el 27,5 % de la población económicamente activa recibieron 10 400 soles al año, en tanto que los campesinos (44 % de la fuerza de trabajo) percibieron 5 500 soles al año; mientras los estratos de mayores ingresos que representaban el 1,9 % de la población activa percibieron el 44 % del ingreso total, con un promedio mayor a 300 000 soles por persona.

Tal era la situación económico-social hasta el 64, según el Plan 67-70; y la proyección pasiva de los sectores productivos solo podría dar un «incremento global del producto (que) entre 1965-75 no sería mayor de 5 % anual»; mas estos «crecimientos sectoriales resultarían, sin embargo, sin coherencia entre sí y darían lugar a serios estrangulamientos, que sin duda impedirían que se obtenga esa tasa global». «Dentro de esta perspectiva —decían los planificadores— persistiría la desigual distribución del ingreso y el equilibrio regional, acentuándose la tensión social existente».

Pero la perspectiva era más difícil porque habría más demanda de divisas y un menor flujo de capital de inversión; a lo que se sumarían un mayor crecimiento del gasto corriente del sector público, dificultades en la inversión estatal y el pago de la deuda externa, llevando a la pérdida del papel impulsor del Estado, «y el esfuerzo de capitalización recaería entonces, casi exclusivamente, en el sector privado», el que evidentemente no está en capacidad de hacerlo.

Ante esta realidad el Plan 67-70 concluía: «En general, si las actuales tendencias de la economía no se corrigen y orientan vigorosamente hacia nuevas direcciones, hay el peligro de que no se pueda mantener por mucho tiempo el actual ritmo de crecimiento del país. Es importante anotar también [...] que la disminución del ritmo de crecimiento del producto puede ocasionar serias tensiones, con resultados económicos, políticos y sociales imprevisibles [...] Es imprescindible, por consiguiente, modificar la tendencia histórica, con el fin no solo de mantener, sino de aumentar significativamente el crecimiento del país. Este esfuerzo requiere la acción coordinada de todos los centros de decisión públicos y privados que permitan definir y calificar la prioridad de los objetivos nacionales y los lineamientos políticos que se precisan para alcanzarlos en plazos razonables, utilizando en forma masiva y racional todos los recursos que sea posible disponer en el país» (Volumen II, *Lineamientos Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social 1967-1970*; las citas que hagamos se referirán a este volumen).

Como se ve, para los planificadores surgía la urgente necesidad de «modificar la tendencia histórica», coordinando la acción

«de todos los centros de decisión públicos y privados», «utilizando en forma masiva y racional todos los recursos que sea posible disponer en el país» a fin de mantener el «ritmo de crecimiento del país» y conjurar «las serias tensiones con resultados económicos, políticos y sociales imprevisibles». El Plan 67-70 tenía, pues, dos metas: impulsar el crecimiento y frenar las tensiones sociales en ascenso, para lo cual consideraba que a la planificación le correspondía un importante papel en la determinación de las tareas a cumplir [...] «lograr que el alto porcentaje de la población, que actualmente tiene una economía de subsistencia, produzca algo más del mínimo que necesita para subsistir» [...] «el Plan servirá para reacondicionar las bases económicas y sociales a efecto de lograr, mediante los planes siguientes, un acelerado desarrollo [...] teniendo en cuenta que las principales decisiones políticas para el desarrollo económico se refieren normalmente al proceso de formación de capital» [...]

El Plan 1967-70 señalaba cuatro objetivos: incremento de la producción; mejor distribución de ingreso; incremento de la ocupación; y reducción de vulnerabilidad externa. Señalándose para la consecución de estos objetivos una estrategia de desarrollo que implicaba:

1) Elevar al máximo la tasa de inversión, utilizando el ahorro nacional y el aporte extranjero; planeando la reducción del consumo en beneficio de un aumento de capitalización y poniendo como horizonte del Plan el año 1975.

2) Capitalización principalmente en base al ahorro nacional. [...]

3) Desarrollo de la agricultura. [...]

4) Desarrollo de la industria. [...]

En cuanto a financiación, el Plan sostenía que debía recaer principalmente en el sector público, por cuanto esta inversión es más «autónoma», se guía por consideraciones de largo plazo como son las requeridas «en países en vías de desarrollo» [...] a la inversión privada extranjera la preveía como una participación decreciente orientada, en buena parte, a la minería; sostenía que «no toda inversión privada extranjera es necesariamente beneficiosa» [...]

Destaca el Plan que la financiación de la agricultura exigía que el Estado asumiera la mayor parte de la inversión para cumplir la «reforma agraria» en unos diez años; pero señalaba, además: «El campesino, sin embargo, deberá hacer un aporte creciente, separando una parte de sus incrementos de ingreso». Así el Estado asumía un papel fundamental en la inversión y financiación de la actividad económica y social [...]

Finalmente, el Plan 67-70 plantea para la consecución de sus metas industriales la «participación más activa del Estado en la inversión industrial» destacando la «mayor participación del Estado en el desarrollo de la industria básica mediante inversión directa, asumiendo los riesgos que los empresarios privados no pueden enfrentar o mediante acuerdos con inversionistas nacionales o extranjeros para la ejecución de proyectos específicos» [...]

Para el cumplimiento de metas agrícolas plantea en primer lugar la intensificación de la «reforma agraria a fin de completarla para 1975» mediante «reorientación de la ley hacia el objetivo económico de incremento de producción» [...] y muy especialmente por la «reorganización de las unidades básicas de producción mediante:

– Promoción de la formación de cooperativas y concentración de la asistencia estatal a los productores agrícolas en las mismas.

– Apoyo y reestructuración de las comunidades a fin de transformarlas en organismos eficientes de producción».

Y concluyendo que: «la primera prioridad es dar al sector agrario una fisonomía dinámica de carácter empresarial y competitivo».

Para la minería se planeaba un incremento de las divisas provenientes del sector para lo cual se requerirían: «adoptar medidas que obliguen a las grandes compañías extranjeras a una mayor reinversión de sus utilidades en el país», «revisar el Código de Minería a fin de evitar que se convierta en un instrumento legal del que puedan valerse los grandes monopolios internacionales» y «una mayor refinación y manufacturación de minerales». Para la pesca se señalaba necesidad de «tecnificación de los procesos», «promoción y comercialización del pescado con el fin

de propiciar un mayor consumo de proteínas» y «ampliación de los mercados internacionales para estos productos». Mientras que, dando gran importancia al sector vivienda, planteaba la necesidad de concentrar los esfuerzos en algunas ciudades [...]

Finalmente, es muy importante el papel que el Plan asigna a la educación [...] «La educación peruana se orientará en forma recurrente a los objetivos de desarrollo económico y social [...] coadyuvando en la creación de una auténtica sociedad justa históricamente nueva» [...] la misma que es precisada así:

– «Humanista: El hombre como fin es postulado humanista de nuestra civilización y dentro de este espíritu es libre de decidir su propio destino [...]

– Cristiana: El hombre tiene un destino trascendente, gracias a su dignidad de hijo de Dios, su fin último es la unión con Dios.

– Democrática: El hombre debe ser protagonista y aceptar la responsabilidad de las decisiones de la colectividad.

– Nacionalista: El hombre peruano debe adquirir una positiva conciencia nacional y una capacidad de trabajo y servicio orientada al desarrollo nacional, sin desmedro de los objetivos de la paz, comprensión mutua, solidaridad, integración y cooperación internacionales».

Este es el «Plan de Desarrollo Económico y Social 1967-1970» que elaborara y llevara adelante el criticado régimen de Belaunde y cuya aplicación cortó el golpe militar institucional del 3 de octubre de 1968; sin embargo, una simple lectura del mismo y el más elemental análisis del mismo nos lleva a una conclusión: el actual «Plan del Perú 1971-1975» encuentra sus raíces en aquel y, en buena cuenta, es su continuación y profundización en nuevas condiciones concretas, especialmente internacionales, dictadas por el imperialismo y el natural desarrollo de las fuerzas de nuestra sociedad. Por esto es que hemos querido exponer con cierta amplitud el Plan de Belaunde para que se vea el antecedente histórico inmediato del actual, establecer su filiación y contar con antecedentes que permitan una mejor comprensión de las tesis actuales. (Publicado en *Voz Popular* N° 3, febrero-marzo de 1972).

Lo transcrito muestra palmariamente a qué situación condujo el capitalismo burocrático a la sociedad peruana en sus casi setenta años de desenvolvimiento, hasta esos años, y los profundos y graves problemas que la realidad objetiva presentaba. Además, quisiéramos agregar que Mario D. Tello, en su reciente obra ya citada, destaca:

> La era moderna del proceso de industrialización por sustitución de importaciones fue iniciada en el primer gobierno de Fernando Belaunde en 1963. La consolidación y profundización del proceso fueron llevadas a cabo en el régimen militar entre 1968 y 1979.

En lo esencial, «consolidación y profundización»: lo mismo que concluyéramos en 1972 como profundización del capitalismo burocrático, principalmente por el gobierno de Velasco, hace veintiún años.

Hasta aquí la situación económica de la década del sesenta —sobre el fondo del capitalismo burocrático y su derrotero en este siglo—, la encrucijada en que entró la sociedad peruana, sus urgentes problemas insoslayables: relaciones semifeudales de explotación y relaciones monopolistas dominantes, y como contraparte las masas y la nación sojuzgadas. Esto es, una superviviente semifeudalidad y «la tierra para quien la trabaja», opresión imperialista y liberación nacional, y frente al pueblo la sin salida evolución del capitalismo burocrático. En síntesis, revolución democrática y cruenta defensa armada del sistema imperante. Sobre esta base y circunstancias se desarrolló la creciente, aguda y violenta lucha de clases de la década del sesenta.

MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL[1]

Lenin estableció que la revolución mundial estaba integrada por dos grandes fuerzas, el movimiento proletario internacional y el movimiento de liberación nacional; y que este desenvolvería en las décadas futuras acciones cuya trascendencia, en su época, no se atinaba a ver en toda su magnitud. Evidentemente estas previsiones han sido confirmadas en su totalidad. Por otro lado, destaquemos que a partir de 1917 el movimiento de liberación nacional se ha desarrollado bajo la dirección del proletariado a través de partidos comunistas. Y, lo que es sumamente importante, fracasadas en Europa las revoluciones alemana y húngara, a partir de la década del veinte el movimiento de las naciones oprimidas comenzó a desarrollarse como una gran fuerza antiimperialista hasta devenir, en los años sesenta, la contradicción principal: naciones oprimidas-imperialismo y base de la revolución proletaria mundial hasta hoy, pues, pese al repliegue general de la revolución, sigue siendo así.

El movimiento de liberación nacional, una de cuyas expresiones más elevadas fue precisamente la revolución democrática china, en especial su parte final, desembocó a través de cruentos decenios de su indoblegable lucha en su más alta, amplia y estremecedora ola, la de los años sesenta que abarcó Asia, África y América Latina. Y su teatro fundamental incuestionablemente fue el sudeste asiático y, en él, Vietnam la hoguera principal. Fue la segunda mitad de la década la que vio alzarse la lucha vietnamita como símbolo del antiimperialismo, del triunfo de la guerra de guerrillas contra el gendarme del mundo e hizo de «*Yankees go home!*» un grito de guerra de los pueblos del mundo. El año 1965, impotente para contener las guerrillas en el Sur, Estados Unidos inició el bombardeo de Vietnam del Norte; mas el 68 la ofensiva del Tet (año nuevo vietnamita) arremetió contra el régimen reaccionario en Saigón y treinta capitales

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

provinciales; el 69 se formó el Gobierno Provisional de Vietnam del Sur y el presidente Nixon planteó la «vietnamización» de la guerra: las fuerzas norteamericanas comenzarían a retirarse y al gobierno títere le correspondería asumir todo el costo de la guerra en sangre y carne de cañón, expresando así la clara comprensión de la derrota yanqui en marcha. El año 1970, en Pekín, se reúnen los tres países indochinos: Vietnam, Kampuchea y Laos para, fortaleciendo el frente revolucionario y coordinando su acción, arrojar a Estados Unidos de toda Indochina. Año en que el Presidente Mao Tsetung, en su gran llamamiento de apoyo a Vietnam, señalara «la principal tendencia del mundo actual es la revolución», y que es ley de la historia que un pueblo, aun de un pequeño país, pueda derrotar a un país poderoso a condición de que «ose levantarse en lucha, se atreva a empuñar las armas y tome en sus manos el destino de su propio país»; lo que implica, claro está, seguir una correcta línea ideológica y política. Y el 73 el gobierno yanqui firma el acuerdo de paz para el retiro de sus tropas; en 1975 se derrumba el gobierno títere de Vietnam del Sur y cae Saigón. Así, el imperialismo yanqui sufrió su más estrepitosa derrota, veinte años después de su derrota en Corea, y sale de Indochina llevando a cuestas el repudio general como el enemigo de los pueblos del mundo y su hundimiento moral concretado en el llamado «síndrome de Vietnam» del cual tardaron años en salir, aunque aún ronda sus pesadillas.

El Medio Oriente y la cuestión palestina. En este siglo, Israel vuelve a reconstituirse como Estado (1948) y comenzó el capítulo que todavía vivimos de la antiquísima lucha entre árabes y judíos. En la Primera Guerra Mundial, Balfour, ministro inglés, prometió una patria judía en Palestina; promesa incumplida, pero atizadora de esperanzas. La política antisemita de Hitler y el genocidio por él desenvuelto replanteó crucial y perentoriamente el problema. Los judíos, obviamente con el apoyo del judaísmo internacional ligado a la banca mundial y el de las potencias occidentales —particularmente Gran Bretaña y Estados Unidos en función de sus intereses y expectativas en Medio Oriente—, iniciaron el retorno organizado para conquistar con las armas un suelo patrio para su pueblo que no lo tenía desde la Diáspora (año 70 de nuestra era). La resolución de las Naciones Unidas disponiendo la partición de Palestina en dos Estados, uno judío y otro palestino, rechazada por todos los países árabes y la inmediata constitución de Israel, generó la primera guerra árabe-israelí que lanzó a cientos de miles de palestinos a las naciones árabes vecinas; comenzando así el calvario de la heroica lucha del pueblo palestino aún inconclusa. Y en 1956 vino la segunda de estas: Israel acorde con Ingla-

terra y Francia invadió el Sinaí egipcio; guerra tan ligada a la nacionalización del canal de Suez por el Egipto de Nasser, como nueva victoria y expansión israelí a costa de los árabes.

El Medio Oriente iba convirtiéndose en otro polvorín del mundo. En los cincuenta y principalmente en la década del sesenta, los países árabes vivieron «revoluciones desde arriba» —incluso Irán con la llamada «revolución blanca» del Sha—: medidas agrarias para evolucionar la feudalidad agobiante; nacionalizaciones de empresas petroleras extranjeras para usufructuar la riqueza fundamental de esos países como parte del reajuste de relaciones con el imperialismo en el contexto de intensificación de las contradicciones interimperialistas; nacionalizaciones de la banca y de empresas en función de fortalecer la acción estatal como igualmente las anteriores medidas. Todo esto principalmente en Egipto, Siria, Irak y más tarde Libia —bajo dirección de las Fuerzas Armadas, siguiendo el nominado «socialismo árabe»—, y también en Irán convertido en bastión norteamericano; mientras Arabia Saudita, Kuwait, Emiratos Árabes y Jordania se ataban más al carro yanqui para defender sus caducos sistemas. Y a través de estos procesos, Inglaterra y Francia defendiendo sus viejos intereses imperiales frente a un imperialismo yanqui que, como en todos los continentes, apuntaba a imponer su dominio sustituyendo a aquellos, a la vez que se coludía y pugnaba con la Unión Soviética por la hegemonía. En medio de esta turbulenta realidad surgió la Organización para la Liberación de Palestina, OLP, el año 1964, a la vez que la guerra de guerrillas se extendía a todo el mundo árabe y sus golpes alcanzaban a Israel y Europa, especialmente después de 1967.

Ese año se libró la tercera guerra árabe-israelí, la de los «Seis días», en que sorpresivamente y en guerra relámpago Israel derrotó con humillante contundencia a Egipto, Jordania y Siria, apoderándose de más territorios y aherrojando más a los palestinos de las zonas ocupadas. Frente a lo cual los pueblos árabes oprimidos habrían de responder intensificando la guerra de guerrillas y descargando sabotajes demoledores y diversas acciones bélicas que estremecieron el mundo imperialista. Mas el desquite árabe llegó el 73: tras rearmarse bajo el manto de la penetración soviética socialimperialista, descargaron la demoledora sorpresa del «Yom Kipur» que, si bien fue duramente frenada y respondida, echó por tierra la supuesta invencibilidad de Israel. Así, Medio Oriente, ya en los setenta, devino el principal punto de contienda de las superpotencias —Estados Unidos y Unión Soviética— por la hegemonía mundial, teatro

de la rebatiña imperialista por esta estratégica región de la Tierra y, a su vez, privilegiado productor de petróleo. Pero también región de gran virulencia de la lucha de las naciones oprimidas contra el imperialismo.

LUCHAS EN LAS ENTRAÑAS DEL IMPERIALISMO[1]

La década del sesenta removió asimismo las propias entrañas de las potencias imperialistas. Baste señalar algunos hechos. Primero, el movimiento de los negros en Estados Unidos. La minoría negra oprimida y segregada, a mediados de los años cincuenta, vio esfumarse sus esperanzas e ilusiones post Segunda Guerra Mundial: la segregación racial en las escuelas fue defendida con violencia en los estados sureños, mientras en el Norte sus salarios se reducían hundiéndolos más en la miseria de sus guetos. A esta situación explosiva y al movimiento pro derechos civiles, encabezado por Luther King, el Gobierno respondió con leyes sobre derechos civiles cuya aplicación generó nueva resistencia. Mas nada pudo impedir la explosividad creciente que estalló remeciendo las bases de la sociedad americana de 1964 a 1967, inclusive; historia que está marcada por las grandes luchas del pueblo sobre todo en los estados del Oeste y del Norte, y muy especialmente en las grandes y violentas revueltas de Chicago y Detroit. El Presidente Mao en su pronunciamiento de apoyo a estas luchas de la minoría nacional negra sentó: «La lucha nacional es, en último término, un problema de lucha de clases».

El segundo, el movimiento de París de mayo de 1968. El movimiento estudiantil universitario, comenzado por reivindicaciones académicas, devino cuestionamiento político del orden social imperante y, por ende, movilizaciones masivas, luchas callejeras y violenta represión y persecución policiales; volviéndose a enarbolar viejas banderas negras, símbolo del caduco y antihistórico anarquismo, levantadas por pequeñoburgueses y, principalmente, intelectualidad burguesa. Mas lo principal fue la respuesta del proletariado: decretada una huelga de veinticuatro horas en apoyo de los estudiantes, la misma se prolongó deviniendo huelga general de más de diez millones de obreros con reivindicaciones económicas y

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

políticas propias. Así, París, paralizada y revuelta ante una Francia perpleja, una vez más vio la acción de los vendeobreros revisionistas y sus comparsas socialistas comandadas por Mitterrand, quienes, alcanzadas algunas reivindicaciones, pugnaron por apagar el movimiento y restablecer la normalidad. Sin embargo, meses después se hundía el gobierno de De Gaulle y este renunció al poder que detentaba desde 1958.

Mas también la URSS, el socialimperialismo tuvo que enfrentar las conmociones de los sesenta en sus propias semicolonias. Checoslovaquia, en la llamada «Primavera de Praga», mayo del 68, vio aplastado su movimiento nacionalista burgués, dirigido por Alexander Dubcek, con los tanques soviéticos dentro de la colusión y pugna de las superpotencias. Este hecho marcó históricamente el desenvolvimiento de la camarilla revisionista burguesa de la URSS como fascista y socialimperialista.

DOS LECCIONES: INDONESIA Y EL CASTRISMO[1]

La primera, la de Indonesia, es una lección que ningún revolucionario debe olvidar. Las condiciones revolucionarias eran buenas, permitían a las fuerzas avanzadas desarrollar y prepararse para la conquista del poder; más, en un excelente marco internacional y junto al rugiente sudeste asiático, y con un Partido Comunista de más de tres millones de miembros. Pero el Partido comenzó a guiarse por una línea revisionista: en vez de prepararse para la lucha armada y conquistar el poder con violencia revolucionaria, soñó en tomar el poder copando posiciones en el aparato estatal y apoyándose en jefes de las Fuerzas Armadas del viejo Estado. Producido el golpe del general Suharto, setiembre de 1965, el terror blanco asesinó a cientos de miles de revolucionarios, el Partido fue destruido, la revolución aplastada y el régimen de Suharto imperando hasta hoy, treinta años después.

La segunda, las guerrillas de Guevara en Bolivia, 1967, que nos atañe más directamente como latinoamericanos. Tras su fracaso en África, el castrismo fracasó totalmente en Bolivia; esto al margen de las calidades de Guevara, su imagen y la leyenda interesadamente fabricada. La cuestión es simple y concretamente ¿en qué posiciones se sustentaban esas guerrillas? De acuerdo con los dirigentes castristas y su divulgador Regis Debray, cinco son sus criterios fundamentales:

1) Prescindencia del criterio de clases tras la invocación de que en América Latina las diferencias de clase no eran nítidas, y más aún, según ellos, por la casi inexistencia o nula capacidad del proletariado; resaltando, como contraparte, la condición de explotados y oprimidos y su consiguiente complemento: los «salvadores» abnegados y heroicos dedicados a la liberación de aquellos.

---

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

2) Una sola revolución, socialista. Negación de la necesidad de dos etapas en la revolución de las naciones oprimidas, la democrática y la socialista; en síntesis, negación de la etapa democrática, criterio de raíz trotskista, condensada en la afirmación guevarista de «revolución socialista o caricatura de revolución».

3) Negación de la necesidad de la dirección del partido en la lucha armada, tras la tesis de que el inicio y desarrollo de la guerra de guerrillas no requerían de la existencia del partido, pues, sostenían, este se generaría recién en el transcurso de la lucha armada; en concreto, negación de la dirección proletaria y efectiva conducción de la burguesía.

4) Frente único sin burguesía nacional, sustentando la inexistencia de la burguesía media o nacional, o arguyendo que no había burguesía alguna con caracteres progresistas; así, tal planteamiento, ligado a su prescindencia del criterio de clase, hacía del frente único una amalgama de todos quienes estuvieran por la liberación de los oprimidos y, obviamente, concordante con su posición de una sola revolución.

5) Negación de la base de apoyo, pretendiendo fundamentar su afirmación en que el desarrollo de la guerra contrarrevolucionaria y los nuevos avances tecnológicos destruirían cualquier base de apoyo que se construyera; planteamiento que, aparte de chocar con principios de línea de masas y de la guerra revolucionaria, se estrellaba con la práctica que, en ese mismo tiempo, una vez más, mostraba Vietnam. En conclusión, posición frontalmente opuesta al marxismo-leninismo que invocaba el castrismo, y evidentemente contraria a los intereses del proletariado y a la práctica de decenios de guerra popular.

Así, la derrota de las guerrillas de Guevara en Bolivia marcó el fracaso del castrismo en América Latina; y, lo que es principal, demostró que solo había un camino a seguir: la guerra popular, la teoría militar del proletariado establecida cabalmente por el Presidente Mao Tsetung, la que demanda insoslayablemente y como punto de partida aplicarla creadoramente a las condiciones específicas de cada revolución.

CARTAS AL SECRETARIO GENERAL[1]

15 y 20 de enero de 1970

Camarada secretario general:

A dos meses de su reincorporación al trabajo partidario, a un mes de la fecha en que debió reunirse nuevamente el Comité Permanente, y sin tener hasta el presente nuevas noticias suyas, nos vemos precisados a remitirle la presente.

Desde la última reunión han pasado ya cerca de dos meses. En este lapso, mientras unos camaradas se esfuerzan por ceñirse fielmente a los principios del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung y a los acuerdos de la VI Conferencia de nuestro Partido Comunista, otros en cambio se esmeran en tirarlos por la borda, agudizar las contradicciones y desbordarse en una praxis liquidacionista que solo sirve al enemigo de clase.

Una serie de documentos, volantes, etc., publicados últimamente, expresa fielmente esta situación. Mientras en unos se analiza y aplica principios, en otros el liquidacionismo cunde libremente llegando incluso a señalar nombres y lugares de actividad de los camaradas y del Partido. Remitimos a usted una amplia colección que avala lo que sostenemos y que le servirá —no lo dudamos— para que se forme un claro y definido concepto de lo que está ocurriendo.

Mariátegui centró la teoría y la praxis de nuestra actividad señalando que el problema fundamental de nuestra patria, de nuestra revolución y de nuestro Partido es el problema campesino. Nuestro gran Partido ha recorrido un largo, tortuoso y difícil camino para retomar esta orientación. Y que estamos en los albores de un gran viraje en el Partido, en torno a esa cuestión, lo da el hecho de ser ese el fundamento de esta nueva etapa de desarrollo de la organización partidaria.

---

[1] Cartas a Saturnino Paredes, cabeza del liquidacionismo de derecha.

Por ejemplo, aquí se ha deslindado los campos de modo resuelto y definido con quienes pretenden traficar con la esperanza del campesinado; hemos desenmascarado —y lo seguiremos haciendo— a dos supuestas «departamentales campesinas», incluso a una que, sorprendiendo al pueblo, se hacía pasar como «base» de una organización popular que tiene tradición de lucha y prestigio ante el pueblo.

Sin embargo, habida cuenta de que todavía se mantiene en estudio la definición de la situación actual, aún no hemos ampliado el radio de nuestra acción. Todavía estamos dando un trato con discriminación, incluso a quienes nos toman ya por enemigos. Pero es obvio que esta situación no puede mantenerse por mucho tiempo, so pena de que se tome como debilidad nuestros deseos y esfuerzos de unidad.

Con fecha 8 del presente hemos recibido un documento de la Comisión Campesina, con sorprendente y extraño retraso, no señalando incluso el día, sino el mes de su aprobación.

Al respecto, entendemos que la distribución de documentos se mantiene aún ceñida a la norma de la centralización. La Comisión Campesina sabe perfectamente cuál es el enlace de Agipro[2]. Por otro lado, aunque no hubiera sido distribuida al Comité Central por ese canal, entendemos que debieron consultar con usted. Y no deben haberlo hecho, pues de otra manera aquí se hubiera recibido el documento acompañado de una nota suya. A no ser que usted tenga conocimiento de ello y, entonces, variaría todo el entendimiento.

Por otro lado, si en el anterior documento de la Comisión Campesina se desconocía al Comité Permanente, pues se «exigía» que el secretario de organización convocara directamente al Comité Central, irrogándose la Comisión Campesina facultades que no son de su competencia; con el actual documento agrava en lugar de corregir su error anterior. Ahora incluso desconoce al Buró Político tanto como al Comité Permanente, pues, ¿ante quién se «pronuncia» por la inmediata convocatoria al Comité Central?, ¿ante el Comité Permanente, acaso?, ¿tal vez ante el Buró Político? Creemos que usted debe sopesar seriamente la gravedad de esta situación.

En cuanto al contenido del documento, está claro que la Comisión Campesina ha avanzado más en la agudización de las actuales contradicciones. Nos reservamos para después hacer la crítica correspondiente a

---

[2] Agipro: agitación y propaganda.

este documento como a otros y a las actividades, y hasta posiciones, claramente divergentes.

Estimamos que en *Bandera Roja* debe salir ya la orientación general sobre esta nueva etapa de lucha, sobre esta gran polémica en torno a la reconstitución del Partido, guiándonos por la base de unidad partidaria, tomando a Mariátegui como piedra angular y centrando el debate en torno al problema fundamental, el problema campesino.

Por ello, esperamos a la brevedad posible noticias suyas, incluso a vuelta de correo, para saber en definitiva a qué atenernos.

Con saludos comunistas

Secretario de organización

Secretario de Agipro

* * *

Camarada secretario general:

El 18 del presente, a las 7:30 p.m., ha llegado aquí una escueta nota suya fechada el 13 de los corrientes.

El 15 le habíamos remitido una carta, que ya debe obrar en su poder, acompañada de una amplia colección de documentos. En ella, entre otros puntos, señalábamos nuestra sorpresa y extrañeza por el retraso con que se nos había remitido el documento de la Comisión Campesina.

No podemos menos que expresar también nuestra sorpresa y extrañeza por su nota a la que damos respuesta por la presente.

La revolución nos exige, como requisito *sine qua non* para poder participar en ella, extrema franqueza y completa honestidad. Sin este requisito actuamos no solo contra nosotros mismos, sellando en definitiva nuestro destino político, sino, lo que es más grave, contra nuestra patria, nuestra revolución, nuestro Partido.

Como corolario de la VI Conferencia de nuestro Partido Comunista, hemos entrado en un proceso de reconstitución, en un gran proceso de unificación sobre la base de unidad partidaria. Expresión de este proceso es la gran polémica, cuyos albores estamos viviendo en la actualidad.

Cuidemos la unidad, busquemos la unidad, luchemos por la unidad. Pero es ley del marxismo que «antes de unificarse, y para unificarse, es menester deslindar los campos de modo resuelto y definido». Franca y honestamente declaramos que a esta posición de principio nos atenemos.

En noviembre nos citó usted con apremio para una reunión del Comité Permanente. No obstante que nos constituimos al término de la distancia, tuvimos que esperar cerca de una semana para poder reunirnos. Hasta hoy no se nos ha explicado la causa profunda de esta dilación.

Ya reunidos, supimos con sorpresa que la sesión del Comité Permanente se había convertido en una mera formalidad, pues su único objetivo era convocar la reunión del Buró Político. Visiblemente mal aconsejado sobre lo que debería hacer luego de su reincorporación al trabajo partidario, y peor informado sobre lo que realmente estaba ocurriendo, usted evidentemente daba un paso que en nada contribuía a la unidad. Gracias a la información inicial que recibió en la reunión, se llegó a la conclusión de que no contribuía en nada a los intereses de nuestra patria, nuestra revolución, nuestro Partido, una reunión apresurada del Buró Político y menos del Comité Central, la que la Comisión Campesina había «exigido» semanas atrás, amenazando incluso con realizarla si esta no se convocaba y llegando al extremo de fijar plazos para su realización.

También se acordó que usted debería informarnos minuciosamente de lo que realmente estaba ocurriendo, para lo cual debería tomarse el tiempo que estimara necesario. Luego, una vez que tuviera una opinión clara, neta y definida sobre la situación, debería fijarse la posición de cada cual en el Comité Permanente. Es obvio que para ello era necesaria una serie de reuniones, así quedamos; y, además, que la próxima reunión del Comité Permanente la convocaría usted para mediados de diciembre.

Hemos dicho en el Comité Permanente que el comunista puede participar en cualquier discusión, pero antes debe saber claramente de qué reunión se trata: reunión entre camaradas o reunión entre nosotros y el enemigo. Si de lo primero, pues vamos con deseos de unidad y con el objetivo de, mediante la autocrítica y la crítica, fortalecer esta unidad. Si de lo segundo, pues vamos sabiendo que los campos están netamente definidos y que solo nos preocupa entrar en un posible compromiso que, no contrariando los principios, favorezca en perspectiva a nuestra patria, nuestra revolución, nuestro Partido. Fue necesario decir esto porque, como le informáramos, algunos camaradas habían llegado a decir que está-

bamos en las dos orillas, que las contradicciones eran antagónicas (vale decir con el enemigo) y llamaban derrocar a los «tergiversadores de la VI Conferencia». En estas circunstancias, ¿procede una reunión del Buró Político o del Comité Central si estas, por ser reuniones del Partido, son necesariamente reuniones entre camaradas, donde participamos partiendo del deseo subjetivo de unidad? Por eso era y sigue siendo necesaria una serie de reuniones del Comité Permanente para esclarecer estos y otros puntos.

¿Qué ha ocurrido en estos dos últimos meses? Como le decimos en nuestra anterior carta, «una serie de documentos, volantes, etc., publicados últimamente, expresan fielmente esta situación. Mientras en unos se analiza y se aplica principios, en otros el liquidacionismo cunde libremente, llegando incluso a señalar nombres y lugares de actividad de los camaradas y del Partido». Una nueva perla de este liquidacionismo, volanteada ayer 19, adjuntamos a la presente como respaldo de lo que reiteramos.

Es imposible no tomar posición ante estos hechos. Es más imposible aún tomar una tercera posición, una posición centrista o de expectativa. Es completamente imposible, también, que el Comité Permanente no fije a la brevedad posible la suya. Por eso, nos reafirmamos en que previamente a cualquier otra reunión, sea del Buró Político o del Comité Central, es necesaria la reunión del Comité Permanente para saber en definitiva a qué atenernos cada cual.

Esperábamos noticias suyas. Más aún, habida cuenta del tiempo transcurrido y de los hechos acaecidos, esperábamos que usted nos esbozara siquiera su posición ante esta realidad. Todo lo contrario, recibimos una nota escueta en la que no desciframos siquiera a qué reunión se nos convoca ni con qué objetivos.

No es posible seguir así. Ya le hemos expresado que «esta situación no puede mantenerse por mucho tiempo, so pena de que se tome como expresión de debilidad nuestros deseos y esfuerzos de unidad». Desde hace meses se viene diciendo, con evidente oportunismo, que «hay crisis de dirección en el Partido». ¡Qué identidad hay en esto con el cobarde bufón que tira la piedra y esconde la mano, con el ladrón que grita «al ladrón»! Antes de su reincorporación al trabajo partidario, se ha repartido al Comité Central la declaración del Comité Permanente sobre la reunión de junio donde se señalan los principios que debemos tener presentes en

la actual etapa y las tareas que debemos cumplir. Se han difundido también las Resoluciones de la VI Conferencia. Ha salido *Bandera Roja* Nº 42. Es evidente que no se toma en cuenta este material. Todo lo contrario, hasta se ha declarado sin empacho que «las Resoluciones tienen contrabando, no han sido revisadas por el secretario general»; que «*Bandera Roja* N° 41 tiene contrabando, no la ha revisado el secretario general». Usted se reincorporó al trabajó partidario en noviembre; en esa fecha se difundió también *Bandera Roja* N° 42. Sin embargo, todavía en enero se sigue diciendo que «hay crisis de dirección». Quisiéramos preguntar ¿qué posición se tiene ante *Bandera Roja* N° 42?, ¿tiene contrabando, se le respalda, se le quiere envolver en la conspiración del silencio?

Si la «crisis de dirección» se refiere a que no hay reuniones de los órganos superiores del Partido, la franqueza y la honestidad revolucionaria nos exigen esclarecer el porqué no hay reuniones. ¿Quiénes frustraron la reunión del Buró Político en junio? ¿Quiénes, con actitud liquidacionista, han imposibilitado reunión alguna del Comité Permanente o del Buró Político hasta antes de su reincorporación? ¿De quiénes es la responsabilidad de que a la reunión del Comité Permanente de noviembre se la tratara de convertir en una mera reunión de formalidad? ¿Por qué hasta ahora no se realizan nuevas reuniones del Comité Permanente?

Cuán cierta y actual resulta ahora la expresión de Lenin, «[los liquidadores] intentan oscurecer la verdad con alborotos, grito y escándalo [...] A veces se puede aturdir a los novatos con métodos de esta naturaleza; pero los obreros, a pesar de todo, se orientarán ellos mismos y rechazarán pronto los insultos».

En noviembre le dijimos que pronto se realizaría aquí (Ayacucho) una importante reunión. Y que sería muy provechoso que usted participara en ella. La expectativa de la reunión del Comité Permanente, por un lado, y su silencio después, no han hecho posible avisarle con oportunidad. Esta importante reunión se realizará precisamente en los días en que usted nos cita. Lo cual es el segundo motivo por el que no podemos viajar.

Finalmente, reiteramos que deben reanudarse las reuniones del Comité Permanente, previas a cualquier reunión, sea del Buró Político o del Comité Central. Proponemos que, si ese es el mutuo deseo que nos anima, se lleve a efecto la primera de las nuevas reuniones a fines de este mes o a comienzos del próximo. En ella habría un intercambio fructífero de opiniones, relativo a la «orientación general acerca de esta nueva

etapa de la lucha, sobre esta gran polémica en torno a la reconstitución del Partido, guiándonos por la base de unidad partidaria, tomando a Mariátegui como piedra angular y centrando el debate en torno al problema fundamental, el problema campesino», como lo manifestamos en nuestra anterior.

Esperamos, pues, sus noticias.

Con saludos comunistas

Secretario de organización

Secretario de Agipro

EL COMITÉ REGIONAL JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI RECHAZA LA FALSA *«BANDERA ROJA 43»*

Febrero de 1970

En momentos en que toda la reacción, con la Junta Militar fascista a la cabeza, se prepara a intensificar su ofensiva contrarrevolucionaria, en momentos en que el movimiento oposicionista en nuestra organización regional ha devenido abiertamente en línea liquidacionista, ha llegado a nuestra organización este número que, con la presente introducción, distribuimos a la militancia.

La importancia de este apócrifo «N° 43» estriba en que en él se ha sistematizado clara y abiertamente, como pocas veces se ha visto en la historia de nuestro Partido, los planteamientos ideológicos, políticos y organizativos de una línea oportunista. La quinta esencia del liquidacionismo, que ahora amenaza la existencia misma del Partido, queda grabada sin atenuantes ni evasiva alguna en este espurio «N° 43».

Hay publicaciones que hacen época, ya sea en lo negativo o en lo positivo. Esta falsa *«Bandera Roja»* es una gran lección por el ejemplo negativo que la militancia debe aprovechar al máximo. De hecho, esta falsa *«Bandera Roja»* servirá por mucho tiempo de material de referencia en nuestra lucha contra el liquidacionismo.

En esta falsa *«Bandera Roja»*, que esgrime el liquidacionismo contra la verdadera *Bandera Roja*, la militancia debe prestar atención acerca de los planteamientos referentes a las cuestiones claves en el actual desarrollo del proceso revolucionario en nuestra patria.

Para un revolucionario es imposible tener una posición ambigua. El imperialismo, en su loco afán de oponerse a la guerra popular y en su bancarrota total al emplear sus expediciones punitivas que antes tantos

éxitos depararan al viejo colonialismo, está tratando de contener ahora a la revolución no solo con medidas militares. En su traspatio, luego de fracasado su último ensayo «argentino», pretende convertir a nuestra patria en un campo experimental donde ensayar su «reforma agraria», «reforma tributaria», «industrialización», etc., al amparo de la sustitución de los regímenes de «democracia representativa» por los regímenes militares de nuevo tipo en la forma, pero de viejo tipo por el contenido de sus objetivos.

Si la cuestión del poder es el punto clave del marxismo, la posición ante la Junta Militar fascista es el punto clave para deslindar los campos entre la revolución y el oportunismo, entre el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung y el liquidacionismo. Esta falsa «*Bandera Roja*», tratando de sorprender nuevamente a la militancia, trae los mismos planteamientos que el tristemente célebre «comunicado» de octubre del 68 donde, sembrando ilusiones a más y mejores, se preguntaba «¿por qué la Junta Militar no ocupa la Brea y Pariñas?». Poco falta para que digan que tienen a gran honra haber sido los ideológicos de la «espectacular ocupación de los yacimientos de la Brea y Pariñas», aunque lamentándose —argucia de todo oportunismo— de que «no ha cubierto ni siquiera la séptima parte de los adeudos».

¡Cómo esta falsa «*Bandera Roja*» sale en defensa de los oportunistas de todo matiz, a quienes «se amedrentó» (sic) porque «reclamaban la expropiación estatal del cobre»!

Que la militancia analice por sí misma cómo, tras lacrimosa jeremiada, se llena párrafos sin mencionar siquiera el carácter fascista del actual régimen militar; sin dedicar una sola línea siquiera a la relación que existe entre las actividades del Gobierno y los planes del imperialismo.

La VI Conferencia ha sancionado la base de unidad partidaria. Este gran certamen ha puesto los cimientos para la reconstitución del Partido. En este proceso de reconstitución, Mariátegui constituye la piedra angular. Por fin, después de cuatro décadas de postergación, Mariátegui está cada vez más vivo y vigente en nuestro Partido, en el proceso revolucionario de nuestra patria. Es desde todo punto de vista natural que, después de haberse visto obligados a aceptar esta base de unidad partidaria, inmediatamente después de haberse realizado la VI Conferencia, hayan tratado de boicotear esta base de unidad para venir ahora con peregrinas interpretaciones. No es casual que, en su primer párrafo, se declare que

no es suficiente la aceptación de esta base, y que inmediatamente se sostenga que solamente la práctica es la base de unidad. Cual magos de circo de aldea, moviendo el bastón de mando pretenden reducir esta base de unidad para, en una segunda pasada, hacerla desaparecer completamente.

Pero si esto es peregrino, es ya completamente monstruoso que se pretenda culpar a Mariátegui por haberse muerto temprano, pues con ello «impidió por mucho tiempo [¡!] un mayor desarrollo de la teoría». Pendular entre un polo y otro polo es el eterno sino de todo oportunismo. Al comienzo, se pretendía reducir el legado de Mariátegui a su aspecto teórico; luego, se desecha incluso este aspecto para precipitarse después en la charca del oportunismo practicista; finalmente, se derrama lágrimas de cocodrilo porque Mariátegui impidió por mucho tiempo un mayor desarrollo de la teoría. ¡Una nueva versión de la razón de la sinrazón!

Que la militancia analice por sí misma cómo, tras la mampara de un «análisis imparcial» de la obra de Mariátegui, lo único que se pretende es acabar con Mariátegui para ponerse en su lugar. Esto es lo que ha venido ocurriendo en cuarenta años, desde Ravines que pretendía haber «superado, depurado, proletarizado» a Mariátegui, hasta los actuales liquidadores que pretenden convertir en realidad el torpe empeño de reducir a Mariátegui a la figura de un ícono inofensivo. Que se sepa desde ahora que solo los mediocres —por decir lo menos— pueden pretender que Mariátegui les hace sombra. Que se sepa desde ahora que es en extremo deleznable, y más digno de compasión que de desprecio, el triste papel de mendicante de autoridad.

Se necesita haber fraguado una falsa *«Bandera Roja»* para sostener de la manera más desvergonzada que los revisionistas «levantaron la bandera de los principios que inspiraron la formación de la CGTP que fundara Mariátegui». Solo el liquidacionismo puede sostener que, por eso, los revisionistas «se apoderaron de la junta directiva» de la revisionista, oficialista y patronal CGTP. ¡Qué manera de defender al revisionismo «atacándolo»!

Si la actual situación del movimiento sindical se debe «a la no comprensión del trabajo dentro del movimiento obrero» es porque algunos quieren ir a la zaga del revisionismo, avalando sus trapacerías y ayudando al enemigo a levantar «organizaciones clasistas», lo que en nuestra patria aplicara consecuentemente y desarrollara magistralmente Mariátegui. Con la publicación de esta falsa *«Bandera Roja»*, la militancia

tiene una brillante oportunidad para analizar a fondo la realidad del movimiento sindical, así como sus perspectivas y tareas en el marco de preparación de la guerra popular.

Mariátegui señaló que el problema fundamental de nuestra patria es el problema campesino. Precisamente por ello, el presente gran movimiento de reconstitución del Partido se hace teniendo el trabajo campesino como centro y la tarea principal como guía. De hecho, el Partido ha quedado como la única organización que rechaza y desenmascara resueltamente la nueva ley agraria reaccionaria. Sin embargo, ¿cuál es la posición de este apócrifo «N° 43» ante el problema agrario? Se puede saber no solo por lo que dice, sino también por lo que calla. Si el redactor del artículo sobre la cuestión campesina ha pregonado a los cuatro vientos la expropiación y siempre ha soñado con la «estatización de las haciendas costeras», ¿con qué valor podría decir algo contra la ley? Su silencio respecto a la ley, o su «reducción» al problema de las comunidades que es lo mismo, ¿no indica claramente su posición ante la ley? Aquí el pueblo ha desenmascarado a más de un discípulo que sigue afirmando que la confiscación «no es bien comprendida por el campesinado». Y esta falsa *«Bandera Roja»* servirá para desenmascarar con las pruebas en la mano a quienes pretenden traficar con el movimiento campesino, con la revolución.

Finalmente, el Comité Regional declara a la militancia que esta falsa *«Bandera Roja»* liquidacionista es apócrifa por cuanto su salida no ha sido acordada por el Buró Político ni por el Comité Permanente del Comité Central ni controlada por Agipro del Partido Comunista del Perú, como lo comprueba la investigación realizada al respecto. Y no habiendo llegado ni siquiera por el canal regular, el Comité Regional sostiene que ni es el órgano del Comité Central del Partido Comunista del Perú ni representa la opinión del Comité Permanente o del Buró Político.

LA LUCHA CONTRA EL LIQUIDACIONISMO DE DERECHA[1]

Fechadas el 15 y 20 de enero de 1970, los secretarios de organización y Agipro remitimos dos cartas al secretario general, S. Paredes[2].

[...]

¿Qué sucedió después de la VI Conferencia? Casi de inmediato Paredes viajó al extranjero; mas dejó un plan para oponerse a la aplicación de la reconstitución, plan ejecutado por sus secuaces atrincherados en su feudo liquidacionista de la Comisión Campesina. Desataron una campaña contra los acuerdos de la Conferencia difundiendo arteramente que habían sido tergiversados y que *Bandera Roja* adulteraba lo acordado. Se agravó la situación en la Convención de Campesinos de Ayacucho (1969) cuyas conclusiones, principalmente la confiscación de la tierra y la reforma agraria, eran frontalmente opuestas a los criterios de la Comisión Campesina y del paredismo, defensores de la expropiación y la reforma agraria mediante leyes del viejo Estado; así el problema campesino fue convirtiéndose en el centro de la contienda. Los paredistas concentraron sus esfuerzos en socavar el Comité Regional de Ayacucho buscando controlarlo, aplicando la más desenfrenada delación del trabajo del Comité y de su militancia, denunciando con pelos y señales, especialmente a quienes trabajaban en el campo; aprovecharon en particular las dificultades partidarias causadas por la represión y persecución de las luchas de junio del 69. En síntesis, un completo y siniestro plan antipartido dejado por Paredes para que sus secuaces hicieran el trabajo sucio mientras él estaba ausente. En junio 69, el Buró Político, en reunión que vanamente intentaron impedir, analizó la grave situación y, aparte de condenar la acción liquidacionista, sancionó los principios y tareas para llevar adelante la

---

1 Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

2 Ver «Cartas al secretario general» en el presente tomo.

reconstitución en cumplimiento de los acuerdos de la VI Conferencia. Sin embargo, la campaña destructora contra el Partido arreció en el segundo semestre, pese a los compromisos que asumieron en la sesión del Buró en junio.

Paredes volvió en noviembre. Reunido el Comité Permanente presentó un informe no solo absurdo y peregrino, sino totalmente opuesto a las posiciones del Partido y descaradamente antimarxista. Según informó, los camaradas albaneses le habían planteado que existían tres revoluciones: 1) la Revolución de Octubre, una revolución frustrada; 2) la revolución china, una revolución a medias; 3) la revolución albanesa, la revolución verdadera. Pero al margen de si tal le dijeron y la monstruosidad antimarxista de la afirmación, lo grave era que Paredes no rechazaba tal posición, sino que planteaba la necesidad de pensarla seriamente. El Comité Permanente rechazó esa «teoría», así como no aceptó la formación de cuadros ofrecida por Albania; y en cuanto a la ayuda económica, que ya en parte Paredes había recibido, acordó que la misma no era necesaria, pues debíamos apoyarnos en nuestros propios esfuerzos, sustentándonos en las masas, como en 1967 se concluyera.

Al secretario general, aparte de informarle sobre la marcha partidaria —pues por ejercer la secretaría de organización asumí la dirección interinamente—, se le informó de manera amplia sobre la lucha y la campaña desenvuelta por sus seguidores, señalando en especial la acción de la Comisión Campesina. Paredes no quiso opinar sobre el problema invocando desconocimiento y, más aún, se negó a seguir informando sobre lo demás tratado en Albania y lo visto en China; alegó que sería mejor analizarlo todo en el Buró Político. Tras el debate se acordó remitirle documentación para que, estudiándola y analizando los hechos, pudiera opinar con conocimiento de causa sobre el desarrollo de la lucha interna; y que, previa a la reunión del Buró Político o del Comité Central, como demandaba la Comisión Campesina, se reuniría el Comité Permanente para analizar la situación a fondo, considerando sobre todo la riesgosa pendiente en que había entrado el Partido, fijándose fecha de reunión del Comité Permanente.

Estas circunstancias precedieron a las cartas arriba transcritas; de ellas fluye que la reunión del Comité Permanente fue pospuesta y sustituida por una del Buró Político, sesión de la que fuimos tardía y sorpresivamente enterados, incluso no por vía orgánica. No concurrimos a la reunión, la segunda carta explica las razones; sin embargo, en ella,

violando elementales normas, el camarada Sergio, secretario de agitación y propaganda y yo, secretario de organización, fuimos separados de nuestras funciones. Por esa fecha apareció una *«Bandera Roja»* apócrifa, «Nº 43», que, además de no haber sido elaborada orgánicamente, chocaba abiertamente con los acuerdos; para Paredes y su *«Bandera»* apócrifa, la CGTP revisionista había enarbolado los principios sindicales de Mariátegui, guardaba silencio sobre la ley agraria del Gobierno militar fascista y, más aún, negaba la base de unidad partidaria reduciéndola a la «práctica», un hechismo desvergonzado.

Así, la cuestión era totalmente clara. Paredes y sus secuaces, desenmascarados como liquidacionistas de derecha —una variedad de revisionismo—, llevaban «hasta las últimas consecuencias», como solían jactarse, su siniestro plan de destrucción de la organización partidaria y de las masas que seguían su dirección. La vida del Partido estaba en riesgo. Enfrentábamos la culminación de la lucha contra el revisionismo centrada principalmente en el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, a fines de los años sesenta, combatiendo una línea liquidacionista de derecha que apuntaba contra la ideología del proletariado, contra la vida misma del Partido y contra sus organizaciones de masas; «liquidacionismo [...] engendrado [por] el proceso contrarrevolucionario que el imperialismo y la reacción nativa [impusieron] al país a través del régimen militar fascista». Y la fracción roja asumió la defensa de la vida del Partido como correspondía en ese esencial momento de su larga historia; para ello se convocó al II Pleno del Comité Central.

Poco tiempo después, estando presos en Lurigancho a consecuencia del golpe policial del año 70, fuimos expulsados junto con otros miembros del Comité Central por un también apócrifo «segundo pleno». Asimismo, Paredes expulsó a dirigentes y cuadros de los Comités Regionales de Cuzco e Ica. Con todo esto el liquidacionismo paredista completaba su labor destructora del Partido que remató con varias expulsiones en el Comité de Lima que fue su base inicial.

De la lucha de dos líneas contra el liquidacionismo paredista, la más grave y peligrosa de las luchas internas hasta entonces, el Partido, la militancia y las masas que más cercanamente bregaban junto a nosotros llegaron a la comprensión firme de la necesidad de combatir denodadamente y sin cansancio por la reconstitución del Partido sobre la base de unidad partidaria —marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, pensamiento de Mariátegui y línea de la V Conferencia— en función de la

lucha armada, aunque tuviéramos que partir de la nada y sin importar cuántos años demandara el cumplimiento de la tarea; y lo que fue fundamental y trascendente, surgió el Comité Regional de Ayacucho como la fortaleza del Partido, la que antes había sido la cuna de la fracción roja.

DECLARACIÓN DEL II PLENO DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ[1]

Febrero de 1970

1. REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

Los años sesenta significan un gran avance para la revolución democrático-nacional de nuestra patria. Son hitos de este proceso de desarrollo y avance el ascenso y desarrollo de la lucha de las masas populares, particularmente campesinas, las acciones guerrilleras, el desenmascaramiento del oportunismo revisionista y el consiguiente fortalecimiento del Partido Comunista del Perú, en medio de cuyas luchas va imponiéndose la ideología del proletariado y la vuelta al camino de Mariátegui para sentar finalmente la base de unidad partidaria: marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, legado de Mariátegui y línea política de la V Conferencia como fundamento de la unificación de la vanguardia del proletariado peruano y de todo nuestro pueblo.

Frente a esta marcha revolucionaria, la reacción (el imperialismo yanqui, la burguesía intermediaria del imperialismo y la clase terrateniente feudal) prepara su acción contrarrevolucionaria, parte de cuyo plan es el golpe militar institucional del 3 de octubre de 1968. Así, la contrarrevolución impone una Junta Militar fascista cuya misión es prevenir a la explotación contra el ascenso revolucionario, reestructurar su Estado reaccionario (cuyo centro y alma son las Fuerzas Armadas reaccionarias), económica, jurídica, política y militarmente para enfrentar la guerra po-

[1] LA DEFENSA DE LA VIDA DEL PARTIDO. II PLENO DEL COMITÉ CENTRAL. En febrero de 1970 se reunió en la ciudad de Ayacucho el II Pleno del Comité Central del Partido Comunista del Perú, fue el segundo de los plenos correspondientes a la VI Conferencia Nacional. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

pular. De aquí el carácter preventivo, de plan piloto (ensayo para aplicar en otras zonas de opresión imperialista) y proceso de desarrollo de un régimen fascista que muestra claramente el régimen militar que el país enfrenta y cuya misión básica es defender el orden de explotación establecido en beneficio último del imperialismo, acentuar la explotación del pueblo y preparar el aplastamiento de la revolución en medio de un baño de sangre.

En el proceso de reestructuración del Estado reaccionario, el régimen militar está codificando su política fascista en el campo, la industria, el comercio, la banca, la educación. Ha propalado a los cuatro vientos, dentro y fuera del país, su «firme decisión» de seguir un camino propio «ni capitalista ni socialista», todo a la vez que se cubre con el manto nacionalista y popular. Estas posiciones y declaraciones bien propagandizadas, defendidas y voceadas por sus agentes oportunistas y la «inteligencia», confunden y desorientan a ciertos sectores populares; pero ¿qué son en esencia?, simplemente las medidas tendientes a impulsar el desarrollo del capitalismo burocrático con una mayor participación estatal que le permita bases económicas que sustenten un Estado corporativista, cuyo carácter de clase encierra la defensa de los intereses de la reacción nativa y el imperialismo yanqui. De ahí que, pese a todo lo que digan los propagandistas del régimen militar fascista, este está totalmente contra los intereses populares y su acción la cumple y cumplirá en medio de la represión de las masas, como lo confirma la matanza, encarcelamiento, persecución de que son objeto los hijos del pueblo.

Nuestra patria vive, pues, todo un proceso contrarrevolucionario cuyo actor principal (y no puede ser de otra manera) son las Fuerzas Armadas reaccionarias, encabezadas por la Junta Militar fascista.

Como parte complementaria de este movimiento contrarrevolucionario vemos el desbordamiento del oportunismo. Hoy, como nunca antes, el oportunismo de todo pelambre: revisionistas, trotskistas y toda la gama de grupos seudoizquierdistas, así como las llamadas personalidades políticas han salido a defender rabiosa y descaradamente la acción del régimen militar fascista. Sirviéndose del falso nacionalismo y de la demagogia que a tambor batiente propaga el Gobierno, el oportunismo pretende llevar al pueblo a la cola del gobierno reaccionario y, sembrando la confusión y el desconcierto entre las masas trabajadoras, busca allanar el camino de la contrarrevolución. En esta labor destaca la pandilla revisionista de Del Prado y su pasquín *Unidad*, muestra palmaria en nuestra patria de la confabulación norteamericano-soviética en contra del pueblo peruano.

Asimismo, descuella y se comprueba, una vez más, la acción del trotskismo a través de sus diferentes grupúsculos, en servicio del imperialismo yanqui y la reacción en general.

Pero no solo la contrarrevolución golpea las filas de la revolución mediante los encallecidos y ya conocidos revisionistas y oportunistas, sino que la contrarrevolución martilla hasta en las propias filas de la vanguardia del proletariado, en el Partido Comunista. El proceso contrarrevolucionario ha generado en nuestro propio Partido la aparición de una línea liquidacionista que, pretendiendo destruir el gran Partido que fundara Mariátegui, busca prestar grande y meritorio servicio a los enemigos del pueblo y así frenar la revolución democrático-nacional en nuestra patria.

Mas todo este proceso contrarrevolucionario en marcha y este desbordamiento del oportunismo no viene a ser sino consecuencia y reflejo del desarrollo de la revolución peruana. Nuestra revolución hace tiempo se enrumba y prepara sus formas superiores de acción; las masas populares apuntan hacia la destrucción armada del Estado actual. Pero la revolución no tiene aún las condiciones necesarias que se hallan en camino de maduración. Particularmente germina la ideología del proletariado produciendo la base de unidad partidaria, fundamento y núcleo sobre y en torno al cual construir y fortalecer el partido proletario, condición indispensable para conducir a las masas al triunfo revolucionario. Contra este indispensable proceso preparatorio se han lanzado furiosamente los agentes de la reacción en las filas proletarias y populares, generándose grande y extraordinaria lucha solo comparable a la desarrollada en los tiempos del gran José Carlos Mariátegui, en el proceso de constitución del Partido.

Esta coyuntura fue la que utilizó la reacción, encabezada por el imperialismo yanqui, para impulsar y desarrollar su línea contrarrevolucionaria ejecutada por la Junta Militar fascista. Lo cual no muestra en modo alguno fortaleza y éxito para la acción contrarrevolucionaria, sino, como ellos mismos lo pregonan, la última carta que se juegan. Acción anticipadamente preparada y concordada como postrera oportunidad, y decisiva, para, suponen, frenar y aplastar la revolución que sigue y seguirá en marcha. El fascismo no es pues, ni puede serlo, la salvación de los explotadores. La contrarrevolución en marcha no es sino acción y último esfuerzo para oponerse a la revolución aprovechando la coyuntura actual; es, en consecuencia, preludio de la guerra popular que nuestro pueblo genera en sus entrañas explotadas.

De ahí que, frente al proceso contrarrevolucionario, la cuestión no es hoy esperar que cambien los tiempos, ni mucho menos pasarse traidoramente al campo enemigo. La cuestión para la vanguardia es mantener en alto las banderas de la revolución y no arriarlas. La cuestión es profundizar el proceso revolucionario, primero manteniéndonos fieles al mismo, adhiriéndonos más cada día a la base de unidad partidaria para llevarla a las masas cada vez más y encarnarla en ellas hasta hacerla luz en su mente, fuerza invencible en su acción. Así el Partido Comunista del Perú mantendrá su título de vanguardia del proletariado y, fundido con el pueblo, devendrá en vanguardia reconocida e innegable. Así el Partido Comunista del Perú desenmascarará el proceso contrarrevolucionario y a los adalides de la Junta fascista de hoy o a los títeres de mañana. Así el Partido Comunista del Perú mostrará la inmensa traición del oportunismo de todo tipo y mascarada, propiciando que las masas desechen cada vez más su nefasta propaganda «en nombre del pueblo». Así el Partido Comunista del Perú cumplirá su obligación con los explotados de nuestra patria, y así creará condiciones para que las masas oprimidas, especialmente campesinos y obreros, abran definitivamente las puertas de la historia desarrollando la guerra popular bajo la dirección del Partido de Mariátegui.

La lucha se presenta dura y difícil, larga y no corta, así como cuenta. El carácter fascista del régimen nos lo advierte. La contrarrevolución genera el repliegue del pueblo, repliegue que no puede ser sino transitorio. La situación plantea nuevas formas de lucha y de organización. La revolución ha entrado en un nuevo período de problemas y dificultades. Hay que comprender la magnitud de esta nueva situación y con fe en el pueblo, en la verdad invencible del marxismo, con fe inquebrantable en el poder inextinguible de las masas trabajadoras y la causa popular cumpliremos nuestra misión de mantener viva la revolución. Recordemos las palabras del camarada Mao Tsetung: «En tiempos difíciles, debemos ver nuestros éxitos, ver nuestra brillante perspectiva y aumentar nuestro coraje».

2. DESARROLLO DE LA LÍNEA LIQUIDACIONISTA

La VI Conferencia del Partido Comunista del Perú, enero de 1969, planteó como cuestión central la reconstitución que, teniendo como fundamento la base de unidad partidaria, preparara al Partido para la guerra popular.

Ya antes de este evento hubo quienes pretendieron desorientar y frustrar la lucha interna que el Partido libraba en contra de la línea oportunista de derecha disfrazada de «izquierda»; apuntaban a evitar que concluyera correctamente esa etapa de la lucha y que se tomaran los trascendentales acuerdos sobre la base de unidad partidaria y la reconstitución. Sus últimos y desesperados esfuerzos para tal fin los hicieron en el desarrollo mismo de la Conferencia, mas no pudieron evitar estos acuerdos que necesariamente se desprendían de una etapa más de lucha que contra el oportunismo libró el Partido.

Así pues, la VI conferencia fue el término de la lucha contra el oportunismo de derecha disfrazado de «izquierda» y el comienzo de una nueva etapa de lucha: la de la reconstitución del Partido para la guerra popular, teniendo como fundamento la base de unidad y como centro el legado de Mariátegui. Muy pronto hubo quienes se opusieron a esta nueva situación, negándola so capa de que la lucha anterior no había terminado, que aún había que combatir el oportunismo de «Patria Roja» y sus rezagos. ¿Qué era esto? Simplemente una camuflada oposición a la reconstitución y, en esencia, un ataque a la base de unidad y en especial a Mariátegui y su papel en nuestro proceso revolucionario. El Partido Comunista del Perú vio en sus filas el surgimiento de una tendencia oportunista, y contra la misma desarrolló prudente aunque firme lucha en defensa de la organización partidaria, aplicando los principios de lucha en el seno del pueblo, sin concesiones ni provocaciones.

El desarrollo del proceso contrarrevolucionario polarizó la tendencia oposicionista. Sus representantes, lanzándose abiertamente contra el Partido y sus organizaciones, apuntaron a usurpar o destruir las bases y afanosamente intentaron asaltar la dirección partidaria. Todo apuntó a crear disturbios en el seno del Partido para propiciar su sometimiento a su bastón de mando o su destrucción. No escatimaron medios en su actividad antipartido y reprodujeron todos y cada uno de los «métodos» y «tácticas» que el oportunismo ha usado en el país, desempolvando las maquinaciones y el lenguaje del más típico corte ravinesco, pasando por las tretas de Del Prado hasta la matonería de Ludovico y compañía. Seguían y siguen la trillada senda del oportunismo en el país y se mostraron dignos discípulos de tales maestros.

El Partido ha respondido con firmeza y energía; y llevando la lucha al seno de las masas ha combatido resueltamente la corriente antipartidaria. El llevar la lucha al seno de las masas es una característica peculiar e importante en esta lucha.

Por otro lado, se centró la acción en problemas concretos e importantes del proceso revolucionario y de la vida partidaria, como el problema campesino que hasta ahora es el centro del debate contra la reacción y el oportunismo. Así, la lucha en esta cuestión sirvió para deslindar campos, como siempre ha de ser, entre la revolución y la contrarrevolución y sus agentes —cuestión sintetizada en la defensa de la confiscación y en contra de la expropiación—, y para mantener la lucha a nivel de los principios y su aplicación consecuente a los grandes problemas revolucionarios y no caer en la charca de la difamación, la delación y el engaño en que los oportunistas están formados y persisten.

En medio de esta contraofensiva partidaria, lo que era tendencia de oposición a la reconstitución y a la base de unidad devino en línea liquidacionista y las contradicciones dejaron de ser en el seno del pueblo para tornarse entre nosotros y el enemigo. Así el Partido Comunista del Perú en su avance se enfrenta hoy a una línea liquidacionista, expresión del oportunismo de derecha, que ha sido directamente engendrada por el proceso contrarrevolucionario.

3. CARÁCTER Y CONTENIDO DEL LIQUIDACIONISMO

¿Cuál es el carácter de clase del liquidacionismo?

El gran Lenin tipificó magistralmente al liquidacionismo: engendro de la contrarrevolución; influencia y posición burguesa; forma siniestra del oportunismo de derecha que apunta contra la vida misma del Partido de la clase obrera. Esta es la esencia de la línea contra la cual se enfrenta hoy el Partido Comunista. El liquidacionismo, engendro del actual proceso contrarrevolucionario que dirige la Junta Militar fascista, intenta destruir el Partido de Mariátegui para así, en servicio de sus amos, impedir la dirección del proletariado en la revolución democrático-nacional y, en esencia, oponerse a la revolución y facilitar la contrarrevolución. Este es el fondo de la lucha que hoy vive el Partido Comunista del Perú.

De su carácter oportunista de derecha se desprende el contenido de la línea liquidacionista. En lo ideológico-político apunta contra el marxismo, pretende negar la ideología del proletariado; específicamente se opone abiertamente a la base de unidad partidaria, centrando sus fuegos contra el legado de Mariátegui y la vigencia y papel del Amauta en la revolución peruana. El liquidacionismo apunta a negar el papel del proletariado peruano en la dirección de la revolución democrático-nacional;

busca entregar la hegemonía de la revolución y colocar al pueblo y su vanguardia a la cola de la reacción. Demás está decir que todo esto lo cumple a la vez que hace promesas de fidelidad al marxismo, de lealtad a Mariátegui y de defender al proletariado y perseverar en la revolución.

En lo orgánico, el liquidacionismo apunta contra el Partido centrando su acción en destruir el carácter clandestino de la organización partidaria. Atenta contra los organismos centrales de dirección pretendiendo desconocerlos, reducirlos o destruirlos, según su necesidad y antojo. Intenta usurpar o destruir las organizaciones regionales y, cual esmerado informante policial, denuncia y delata el trabajo partidario. Toda esta acción antipartido la ejecuta a la vez que pregona la «teoría» de centrar la acción revolucionaria en las masas, repitiendo caducas tesis mencheviques para oponerse a la tesis leninista de que sin Partido no hay correcto trabajo revolucionario de masas.

En el trabajo de masas, el liquidacionismo apunta a destruir la influencia y dirección del Partido en las masas; arremete furiosamente contra la dirección proletaria oponiéndose a que el Partido forme políticamente a las masas y busca afanosamente la destrucción de las organizaciones populares en las que el Partido tiene influencia; sustituye las consignas proletarias por las de la reacción, ayudando a la difusión de su influencia entre las masas, oponiéndose a la propaganda revolucionaria; confunde el trabajo legal con el legalismo y se opone al trabajo legal que realiza el Partido, combatiéndolo muchas veces desde posiciones seudoizquierdistas y siguiendo a trotskistas y vanguardistas. Toda esta labor la cumple a la vez que levanta la grita contra el Partido, acusándolo de dogmatismo, escisionismo, fraccionalismo, oportunismo y demás «ismos» de lista interminable.

Este triple contenido que apunta contra el marxismo, contra el Partido y contra las masas, lo cumple el liquidacionismo uniéndose en santa alianza con la reacción fascista, revisionistas, «izquierdistas» y oportunistas de todo pelaje que le sirven a su bloque antipartido, pregonando la unidad sin hegemonía y «por encima de las discrepancias», abandonando las consignas proletarias como la confiscación para asumir, «por táctica», la de la expropiación. Finalmente, desarrolla su acción en medio de la mayor incapacidad política para comprender el proceso político nacional y, más aún, con absoluta falta de iniciativa para comprender las cuestiones concretas y orientar políticamente a las masas en función de las metas de la revolución. Su incapacidad política, su absoluta falta

de iniciativa y su afán de camuflarse llevan al liquidacionismo no solo a un permanente bamboleo, sino que hoy pretenden enarbolar las banderas partidarias para enmascararse y sobrevivir.

Toda esta línea liquidacionista, que no es sino una forma más recalcitrante de oportunismo de derecha, se ha sistematizado en la espuria «*Bandera Roja* 43», documento en el cual los liquidacionistas exponen sus posiciones en problemas claves como el carácter de la Junta Militar, el problema agrario, el trabajo de masas, la lucha interna y el Partido. Sistematización que han profundizado ulteriormente al traer de los cabellos al camarada Mao Tsetung, al arremeter abiertamente contra Mariátegui y al declarar desvergonzadamente el abandono de la tarea principal de la V Conferencia. Los documentos de los liquidadores, y en especial la espuria «*Bandera Roja* 43», servirán de mucho al Partido para el desenmascaramiento de esta siniestra línea antipartido.

4. LA LUCHA INTERNA Y LA PERSPECTIVA DEL LIQUIDACIONISMO

La lucha interna es constante y es consecuencia y reflejo en el Partido de la lucha de clases en la sociedad. Esta gran verdad ya ha calado notoriamente en el Partido. Lo que hoy debemos comprender muy bien es que la actual lucha interna contra la línea liquidacionista es consecuencia de la lucha de clases entre la revolución y la contrarrevolución, y que al liquidacionismo lo ha engendrado el proceso contrarrevolucionario que el imperialismo y la reacción nativa han impuesto al país a través del régimen militar fascista. Esto es lo que necesitamos comprender en la teoría y en la práctica: la lucha contra la reacción y el oportunismo nos enseñarán y ayudarán en esta comprensión.

La actual lucha contra la línea liquidacionista tiene necesariamente un desarrollo desigual (en unas partes es más amplia y profunda que en otras); sin embargo, ya abarca a todo el Partido. Esta lucha se desarrolla y seguirá en ofensivas y contraofensivas; su desenvolvimiento será en zigzag. A los enemigos no los podremos batir en todos los frentes simultáneamente; primeramente los desalojaremos de algunas posiciones y se mantendrán en otras. Por otra parte, no basta con batirlos una vez, sino que, aplastados en un frente y en un tiempo, pretenderán levantar cabeza una y otra vez; pero su desenmascaramiento será mayor hasta su bancarrota completa y definitiva.

El Partido Comunista del Perú hoy, evidentemente, vive un momento crucial de su historia: sus enemigos atentan contra su propia existencia. Por ello, hoy más que nunca, los militantes y cuadros, las bases y organizaciones del Partido tienen que cerrar filas en torno al Comité Central para dar la batalla por el Partido y la revolución bajo las gloriosas banderas del marxismo. El momento es crucial, difícil; la contrarrevolución y el oportunismo apuntan a destruir el Partido; pero de esta dura situación el Partido de Mariátegui saldrá más firme y combativo al frente de las masas y la revolución.

La línea liquidacionista rápidamente se ha mostrado precisa y definida. Los liquidadores no podrán camuflarse; y cada palabra que pronuncien, cada palabra que escriban y cada acción que desarrollen los mostrarán más y más tal y cual son. Han elegido su camino y en él persistirán, buscando cada vez más afanosa y angustiadamente cumplir con destruir el Partido. Sobre el oportunismo se levanta el escisionismo y el sectarismo; los liquidadores no podrán escapar a esto; por ello abiertamente han iniciado y profundizado la escisión y sobre ella persistirán aumentando paralelamente su sectarismo. Esta es su situación y su perspectiva; por mucho que griten y quieran aplicar etiquetas de escisionistas y sectarios, ya el Partido sabe quiénes son realmente los escisionistas y sectarios. Nuestra obligación será revelarlos ante el pueblo y evitar que cumplan su nociva labor contrarrevolucionaria.

5. RECONSTITUIR EL PARTIDO SOBRE LA BASE DE UNIDAD PARTIDARIA

«Para hacer la revolución se necesita un partido revolucionario», enseña Mao Tsetung. Y Mariátegui señala:

> La lucha política exige la creación de un partido de clase, en cuya orientación y formación se esforzará tenazmente por hacer prevalecer sus puntos de vista revolucionarios clasistas. De acuerdo con las condiciones concretas actuales del Perú, el Comité concurrirá a la constitución de un Partido Socialista, basado en las masas obreras y campesinas organizadas.

Estas sabias enseñanzas no las podemos olvidar y hoy, más que nunca, cuando vivimos un proceso contrarrevolucionario, debemos tener bien presente la necesidad de un partido revolucionario, pues solo

en nombre de él podemos convocar y movilizar revolucionariamente a las masas y aprestarlas para la guerra popular. Plantear, como hacen los liquidacionistas, que lo principal en la lucha revolucionaria son las masas, clamando «¡a las masas, a las masas!», es un craso error, una mistificación completa del leninismo. Lo principal, hoy más que nunca, es el Partido; aquí, el Partido Comunista del Perú.

La VI Conferencia acordó reconstituir el Partido. Esta tarea hoy en día es más perentoria y necesaria. Y ordenó, correctamente, que la reconstitución tiene un fundamento único e insoslayable, la base de unidad partidaria: marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, legado de Mariátegui y línea política de la V Conferencia. Esta es una gran verdad a la cual debemos adherir firmemente cada vez más, recordando que el centro de la base es el legado de Mariátegui que para el Partido significa la aplicación de la verdad universal de la ideología del proletariado a las condiciones concretas de nuestra revolución.

Esta es la primera condición de la reconstitución. La segunda es que, para cumplirla, necesitamos aplastar la línea liquidacionista antipartido. El gran Lenin enseña: «El Partido no puede existir sin defender su existencia, sin luchar incondicionalmente contra los que lo liquidan, lo destruyen, no lo reconocen, reniegan de él. Esto es evidente de por sí». Mas esta lucha por el aplastamiento del liquidacionismo debemos darla centrando los fuegos, muy especialmente, contra sus representantes más encumbrados y recalcitrantes, particularmente en el Comité Central. Asimismo, debemos desarrollarla estableciendo diferencias para determinar a los intermedios, apoyándonos para esto en los elementos firmes y claros.

La reconstitución del Partido exige centrar la atención en el carácter clandestino de la organización: el Partido es clandestino o no es nada. Tener en cuenta que todo proceso de lucha implica una desarticulación organizativa cuya superación exige el fortalecimiento del Comité Central para una correcta aplicación del centralismo democrático que cumpla la indispensable centralización para la unificación de teoría y práctica. Asimismo, exige la consolidación de los núcleos de dirección intermedia para una eficaz reconstitución y funcionamiento de las bases.

La reconstitución nos plantea, además, en estos tiempos, darle mayor importancia a la propaganda, que apunta a hacer comprender a las masas el proceso contrarrevolucionario que sufre el país y el papel del oportunismo (entre este, el liquidacionismo), para así crear la opinión pública favorable a la revolución. Finalmente, no olvidemos que nuestro

centro de acción es el trabajo campesino, pues solo así sentaremos bases sólidas para nuestra guerra popular y el cumplimiento de la tarea principal.

6. DESARROLLAR LA GRAN POLÉMICA EN DEFENSA DEL PARTIDO Y TENIENDO COMO CENTRO A JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

La lucha contra el revisionismo contemporáneo en el movimiento comunista internacional y la Gran Revolución Cultural Proletaria nos han dado brillantes lecciones sobre cómo combatir las ideas burguesas mediante la crítica masiva y la polémica y sentar las bases ideológico-políticas para aplastar el oportunismo.

Siguiendo tan luminosos ejemplos, el Partido Comunista del Perú en su proceso de reconstitución —en todos sus niveles, bajo la dirección del Comité Central— ha entrado en un proceso de crítica masiva de todas las ideas no proletarias. Esta campaña en pro de la construcción del Partido exige desarrollar la gran polémica contra la línea liquidacionista y la contrarrevolución. No basta combatir el oportunismo liquidacionista; simultáneamente hay que desenmascarar la ofensiva general de la contrarrevolución; pero, en todo caso, debemos dirigir la punta de lanza de nuestra crítica contra la línea liquidacionista que atenta contra la vida misma de nuestra organización.

La gran polémica, que debe cumplirse activamente por toda la militancia y las organizaciones partidarias, no puede desarrollarse simultáneamente en todos los frentes ni con la misma intensidad. El Partido Comunista del Perú la cumplirá centrando sobre los problemas capitales de la revolución peruana y poniendo en cada fase el problema principal para, en él, centrar los esfuerzos partidarios. En esta polémica, el primer problema que sirve para deslindar campos es el problema campesino; en él la lucha se libra entre la confiscación, enarbolada por los revolucionarios, y la expropiación, difundida por la reacción y defendida abierta o solapadamente por los liquidadores y demás oportunistas.

Un problema capital que ya está en debate entre la revolución representada por el Partido Comunista del Perú y la contrarrevolución y sus agentes es el papel del Partido y el trabajo de masas. Este tema es objeto de dura y larga lucha y a él debemos prestar seria atención. Dentro de este problema, un punto importante es el de la teoría y la práctica.

Pero el problema central de esta gran polémica es esclarecer definitivamente el rol que juega José Carlos Mariátegui. Si no retomamos firmemente el camino de Mariátegui, jamás podremos llevar a buen término la revolución peruana. Si antes Mariátegui era uno de los tantos tópicos en la lucha partidaria, ahora, con el desarrollo del Partido, con la implantación de la base de unidad partidaria, el proceso de reconstitución se desarrolla teniendo al fundador del Partido como la piedra angular. Ni duda cabe que, al final de este gran proceso, el Partido habrá logrado un perfil definido, una unidad con un polo natural y propio de convergencia.

Debemos prestar suma importancia a esta gran polémica, a la cual los liquidacionistas quieren sacar el cuerpo luego de haber vociferado sus mercaderías a los cuatro vientos, y llevarla adelante planificada y sistemáticamente, tesonera y firmemente. La gran polémica es un buen combate en pro del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung y su aplicación a la realidad peruana.

7. LA POLÍTICA DE CUADROS

Las recientes luchas en el Partido han dejado notables experiencias que tienen particular importancia para una correcta política de cuadros. Partamos de que, habida línea política, «los cuadros son decisivos», calidad que se hace más importante en un movimiento de reconstitución como el actual.

La batalla en pro de la construcción partidaria nos exige apoyarnos firme y decididamente en los cuadros. El Partido Comunista del Perú ha logrado forjar un número de cuadros que son capaces de mantenerse firmemente adheridos al marxismo, que son capaces de mantenerse ajenos a la confusión en medio del proceso revolucionario y que, además, son inmunes al veneno liquidacionista. Estos son los cuadros que, nucleados en torno al Comité Central, mantienen firmemente la bandera revolucionaria en nuestra patria, en medio de la confusión y los embates oportunistas, haciendo del Partido Comunista del Perú la única organización que mantiene su clara y definida línea revolucionaria.

En estos cuadros, «tesoro del Partido», debemos depositar nuestra confianza y la pesada cuanto gloriosa tarea de construcción partidaria y movilización de las masas. ¿Cómo reconocerlos? Por su firme y leal adhesión a la base de unidad partidaria.

Pero también debemos tener presente que hay cuadros que aún no comprenden la situación o se hallan engañados, para diferenciarlos y darles trato diferente de aquellos pocos, recalcitrantes, que se oponen a la base de unidad partidaria.

8. COMBATIR EN MEDIO DE LA LUCHA DE CLASES

La reconstitución del Partido tiene que darse necesariamente en medio de la lucha de clases, no al margen de ella. Este principio nos guía pese a todo lo que digan e inventen los liquidadores.

La contrarrevolución pretende llevar su línea reaccionaria al campo para apuntar al «problema primordial del país» y en esta tarea le auxilian todos los oportunistas. El Partido Comunista del Perú está consciente de que en este terreno tendremos que enfrentarnos a la reacción y sus lacayos, y que en ardua y tenaz lucha impondremos tanto en el campo como en la ciudad la hegemonía de la base de unidad partidaria, única forma de garantizar la hegemonía del proletariado en la revolución y base sólida para nuestra guerra popular.

El Partido Comunista del Perú no rehúye el trabajo de masas ni niega el trabajo legal. Lo que combate es la tendencia a colocar el trabajo de masas en beneficio de la reacción; lo que no acepta es el legalismo. Estamos por el trabajo de masas y el uso del trabajo legal en función de la revolución.

La contrarrevolución impone un repliegue al pueblo. Pues con él se repliega el Partido; y con las masas volverá en ascenso, comandándolas, dirigiendo al pueblo tanto en los momentos de auge como en los de reflujo de la revolución.

9. LA AGUDIZACIÓN DE LA LUCHA DE CLASES ES LA PERSPECTIVA EN EL PAÍS

La contrarrevolución, que lleva adelante el régimen militar fascista y todos sus lacayos, pregona la conciliación de clases y la unión de todos los peruanos en torno a las Fuerzas Armadas reaccionarias (a las que proclama «partido de la revolución»). Simultáneamente desarrolla un intento de movilización de las masas para organizarlas bajo la directa vigilancia y control de las fuerzas represivas, siguiendo el típico verticalismo fascista. Así maquinan canalizar la lucha de clases y castrar la combativi-

dad popular, a la vez que pretenden atar las masas al carro de la reacción proimperialista y profeudal.

El centro de toda esta maquinación es el campo, pues comprenden que este es su punto débil y el punto fuerte de la revolución, a la vez que es el centro de la tormenta revolucionaria en el país. Intentan basar en el campo su línea contrarrevolucionaria para oponerse y, según sueñan, aplastar la revolución agraria, motor de la liberación nacional.

Pese a todos los esfuerzos que hagan, el camino contrarrevolucionario lleva necesariamente a una mayor opresión de las masas trabajadoras y, por lo tanto, desembocará ineluctablemente en la rebelión de ellas. Principalmente el campesinado tendrá que levantarse contra sus opresores, marcando un nuevo y gigantesco ascenso en la lucha de las masas.

Hoy, sobre una politización incipiente de las masas trabajadoras, actúa el engaño político de la contrarrevolución causando confusión y desconcierto; acción que se acentúa y difunde por la labor del oportunismo y la traición de la «inteligencia» (en su mayoría uncida al carro fascista). La reacción cuenta con medios suficientes para mantener y defender su engaño por cierto tiempo; pero las leyes objetivas que ella misma ha puesto en marcha solo pueden cumplirse bajo el signo de la violencia y opresión de las mayorías. De ahí que necesariamente engendrará la agudización de la lucha de clases y, haciendo trizas a los conciliadores y a su conciliacionismo, el pueblo peruano se pondrá de pie armado y conducido por la ideología del proletariado y su representante, el Partido Comunista.

10. NUESTRA LUCHA SE DESARROLLA EN MEDIO DEL ASCENSO DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL ADHERIDA AL MARXISMO-LENINISMO-PENSAMIENTO MAOTSETUNG

La década del sesenta ha sido un gran triunfo para la revolución mundial: el cada día más pujante movimiento de liberación nacional en Asia, África y América Latina, la lucha de las masas en las entrañas mismas del imperialismo, la gran lucha contra el revisionismo librada por el movimiento comunista internacional, el gran desarrollo del socialismo y la Gran Revolución Cultural Proletaria constituyen grandes pasos de la humanidad que han elevado más el marxismo hasta la nueva gran era del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung.

En medio de esta grande y gloriosa época se desarrolla la lucha del pueblo peruano y su Partido Comunista. Más, nuestra lucha se desarrolla en la promisora década del setenta que se inicia con la celebración del centenario del gran Lenin y que presenciará grandes victorias contra el imperialismo, el revisionismo y la reacción mundial bajo la roja e invencible bandera del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung.

11. MARCHA HACIA EL V CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ

Bajo estas condiciones históricas se desarrolla la actual dura y gloriosa lucha del Partido Comunista del Perú frente a la contrarrevolución y el oportunismo de todo tipo, principalmente la siniestra línea liquidacionista. El Partido de Mariátegui marcha firme y decididamente, en esta coyuntura histórica, hacia la celebración de su V Congreso, evento revolucionario de unificación partidaria.

Teniendo como meta este V Congreso, el Partido debe marchar a través de conferencias de investigación que vayan sentando sólidas bases en el proceso de construcción partidaria, guiándose por la línea de desarrollar la propaganda, fortificar el Partido clandestino y centrar su acción en el trabajo campesino.

12. EL TRIUNFO ES SEGURO ADHIRIÉNDONOS A LA BASE DE UNIDAD PARTIDARIA

El Partido Comunista del Perú ha entrado en un gran periodo y su perspectiva es brillante, como brillante y promisorio es el camino del pueblo, lo cual encierra una exigencia y condición insoslayable: adherir firmemente a la base de unidad partidaria. Con esta base somos indestructibles; y aplicándola firme y decididamente —tomando como centro el legado de Mariátegui—, la hegemonía del proletariado, del Partido Comunista del Perú y de Mariátegui está segura en la revolución peruana y esta alcanzará la victoria definitiva.[2]

---

[2] Evidentemente el punto «5. Reconstituir el Partido sobre la base de unidad partidaria» es el principal de la declaración. El escisionismo de «Patria Roja» dañó seriamente al Partido Comunista del Perú restando sus posibilidades de concretar la lucha armada en pocos años. Mas la siniestra acción escisionista y destructora del Partido cumplida por el liquidacionismo de derecha, modalidad de revisionismo, apandillado por Paredes, generó un giro, un profundo cambio: la lucha armada se posponía por largos años, pues el Partido no la

podía dirigir, él mismo debía defender su propia vida, su existencia; y sin Partido no hay revolución para el proletariado y el pueblo, como está establecido y comprobado hasta la saciedad. A este giro concurría, indudable pero no principalmente, el régimen fascista que «impone un repliegue al pueblo» y su «engaño político [...] causando confusión», «que se acentúa y difunde por la labor del oportunismo y la traición de la 'inteligencia' (en su mayoría uncida al carro fascista)». Situación que, sin embargo, solo duraría «cierto tiempo» ya que «la violencia y la opresión de las mayorías [...] necesariamente engendrarán la agudización de la lucha de clases, y [...] el pueblo peruano se pondrá de pie armado y conducido por la ideología del proletariado y su representante, el Partido Comunista». Este es el fondo y lo expresamente planteado en los puntos 5, 8 y 9 del documento transcrito.

Por ello, la declaración centra en «Reconstituir el Partido sobre la base de unidad partidaria», tarea que, acordada por la VI Conferencia, resalta, «hoy en día es más perentoria y necesaria». Debe destacarse que al plantear en la base de unidad la denominación «legado de Mariátegui», lo hace para tomar la VI Conferencia como punto de partida; y que considerar el «legado de Mariátegui» como centro de la base de unidad «significa la aplicación de la verdad universal de la ideología del proletariado (esto es del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung) a las condiciones concretas de nuestra revolución». Merece subrayarse, por su relación con la defensa de la existencia del Partido que estaba en juego y el llamado a aplastar la línea liquidacionista, la cita de Lenin que toma como guía: «El Partido no puede existir sin defender su existencia, sin luchar incondicionalmente contra los que lo liquidan, lo destruyen, no lo reconocen, reniegan de él. Esto es evidente de por sí».

Y esta declaración del II Pleno del Comité Central y sus tareas fue lo que asumimos dirigentes y cuadros del Partido, fundamentalmente de los comités de Ayacucho y Lima, de la fracción y el grupo «bolchevique», en febrero de 1970. Asumimos así la defensa de la vida del Partido y bregamos por la reconstitución del Partido hasta su total culminación, y reconstituido el Partido proseguimos la brega por su conducción de la guerra popular.

Desde el II Pleno del Comité Central la fracción roja asumió la dirección del Partido Comunista del Perú, y lo ha dirigido en la reconstitución y la guerra popular hasta nuestra detención en setiembre de 1992. Es el mismo Partido Comunista del Perú, el que fundara Mariátegui un 7 de octubre de 1928; no es otro, sino el mismo en distintos momentos y circunstancias de su larga historia. Jamás pensamos fundar otro, la fracción roja desde sus inicios se guio por lo que Lenin estableciera: si el Partido deviene organización oportunista, revisionista, debemos pugnar, luchar para hacer de él un verdadero partido revolucionario del proletariado, un Partido Comunista. Y eso es lo que la fracción roja hizo: reconstituir el Partido marxista-leninista que Mariátegui fundara y transformarlo en un Partido Comunista marxista-leninista-maoísta.

En el II Pleno se me encomendó la dirección del Partido interinamente, en mi condición de secretario de organización; encargo que cumplí hasta 1983. A partir de ese Pleno usé el nombre de Gonzalo, anteriormente el de Álvaro; ambos simplemente por ser propios de nuestra lengua. En cuanto a Norah, ella escogió su nombre en relación con un personaje de *La hora 25*, novela de Virgil Georghiu. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

¡APRENDAMOS DE MARIÁTEGUI Y SIGAMOS SU CAMINO![1]

Junio de 1971

I. MARIÁTEGUI SE FORJÓ EN LA LUCHA DE CLASES

José Carlos Mariátegui, fundador del Partido Comunista, nació un 14 de junio. Desde su juventud apoyó a la clase obrera con su diestra pluma en la lucha por la conquista de las ocho horas. Viajó a Europa donde vivió la conmoción de la gran Revolución de Octubre, la acción del proletariado europeo combatiente, la quiebra del viejo oportunismo de la Segunda Internacional, y donde asimila y adhiere al marxismo. Pero su aprendizaje europeo no lo aparta de la patria lejana, sino, al contario, lo llevó a sentirla más, a la necesidad de conocerla científicamente y a consagrar su vida a su liberación.

Vuelto al país cumplió gigantesca labor revolucionaria para «concurrir a la creación del socialismo peruano». José Carlos Mariátegui desarrolló gran labor de difusión ideológica partiendo del análisis de la política internacional y del estudio de los problemas del país «conforme al método marxista» y sus resultados fueron: *Historia de la crisis mundial, Peruanicemos el Perú, Temas de educación, Temas de nuestra América*, etc., y el insuperable *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*; dentro de esta misma línea están las revistas *Amauta* y *Labor*, insuperada revista la primera y ejemplo de prensa obrera la segunda.

Concebía Mariátegui que el desarrollo del socialismo, del marxismo, no podía cumplirse sin esta labor preparatoria de formar opinión pública; pero pensaba que, paralelamente a aquella y para realizar las grandes tareas de la clase obrera, era indispensable una tenaz lucha en pro de

---

[1] Pronunciamiento del Comité Regional de Ayacucho.

la organización de las masas. Y a ella dedicó su voluntad inquebrantable y su luminoso pensamiento; acción cumplida en el periodo en que el imperialismo yanqui impone su dominio en nuestra nación, el campo se agita por las luchas del campesinado en defensa de sus tierras, las masas juveniles combaten por la Reforma Universitaria y en que, sobre todo, el proletariado se forja y desarrolla como clase combatiente y se foguea en heroicas páginas de la historia de nuestra clase obrera.

Mariátegui trabajó inagotablemente por la organización de las masas obreras y campesinas. Bajo su influjo surgió la Federación de Yanaconas y bajo su orientación constante se forjó la Confederación General de Trabajadores del Perú, gran central obrera cuyos principios fueron abandonados por el oportunismo y cuyo glorioso nombre usufructúan hoy traficantes de viejo cuño, como Del Prado y sus secuaces, principios que, para la guía de nuestra clase obrera, viven esperando ser restablecidos en los «Estatutos de la CGTP».

Pero la gran obra de Mariátegui fue la fundación del Partido Comunista, dotando a la clase obrera peruana de la vanguardia organizada y a nuestro pueblo, de su centro político. Esta labor cumbre la estampó en dos históricos documentos: *Acta de constitución* del Partido Comunista y el Programa del Partido Comunista, y en otros de fundamental contenido político: *Punto de vista antimperialista, El problema de las razas en América Latina* y *Antecedentes y desarrollo de la acción clasista.*

Esta ingente labor fue cumplida en casi ocho años de incansable labor revolucionaria, con firme voluntad y rigurosa disciplina. Pero esta gigantesca tarea solo la pudo cumplir José Carlos Mariátegui en el fragor de la lucha de clases del proletariado, participando activa y directamente en la aguda lucha de clases de nuestro proceso revolucionario, combatiendo en las trincheras del proletariado y, como jefe indiscutido del mismo, resolviendo sus problemas políticos. Esta militancia forjada en la lucha de clases, hizo de Mariátegui un hombre de nuevo tipo: un hombre pensante y operante.

II. EL CAMINO DE MARIÁTEGUI: FUSIÓN DEL MARXISMO-LENINISMO CON LA REALIDAD CONCRETA DE LA REVOLUCIÓN PERUANA

El marxismo-leninismo es una verdad universal, son las leyes generales extraídas de la experiencia de más de cien años de lucha de la clase

obrera internacional, experiencia sistematizada y elevada a teoría por los grandes conductores del proletariado: Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao Tsetung.

Mas si esta verdad incontrovertible es indispensable, ella sola es insuficiente para comprender la esencia de un proceso revolucionario concreto y conducirlo al triunfo; para dirigir una revolución concreta se necesita descubrir sus leyes concretas, las que, si bien se ajustan a las leyes universales, son especificaciones que no pueden ser ignoradas so pena de frustrar la revolución.

El gran Lenin dijo a los revolucionarios de Oriente que tenían una tarea que cumplir si querían hacer la revolución: descubrir las leyes de la revolución en los países atrasados. Enseñó Lenin que el marxismo había establecido las leyes del proceso revolucionario especialmente en las sociedades capitalistas, pero que estaba pendiente fijarlas para los países sujetos a opresión imperialista y en cuyas bases sobrevivían sistemas feudales; y que tal tarea era condición indispensable para el desarrollo revolucionario en los países atrasados, tarea que solo la cumplirían sus revolucionarios proletarios y en la cual nadie podría sustituirlos. A esta enseñanza se sujetaron los marxistas de los países atrasados, labor que fructificó y brilla hoy como una nueva etapa de la concepción del proletariado en Mao Tsetung: marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, y que en nuestra patria maduró en el camino de Mariátegui que sigue guiando a los revolucionarios proletarios peruanos e ilumina el sendero combatiente de América Latina.

Fiel al mandato de Lenin, Mariátegui fundió la verdad universal del marxismo-leninismo con las condiciones concretas, específicas del proceso revolucionario peruano; ciñéndose firmemente al «método marxista» analizó nuestra sociedad, descubrió su esencia, fijó sus leyes y previó su desarrollo. Su resultado es el camino de Mariátegui, única vía revolucionaria y tarea aún pendiente que no puede, en absoluto, confundirse con el movimiento contrarrevolucionario fascista que hoy sufre nuestro pueblo.

Mariátegui descubrió el carácter semifeudal y semicolonial de la sociedad peruana, señalando que, a medida que el capitalismo se desarrollara, crecería nuestro sometimiento por cuanto, en la época del imperialismo, no había cabida para un desarrollo capitalista independiente. Señaló el carácter democrático-nacional de la revolución peruana, indicando que

solo quebrantada y aplastada la explotación feudal e imperialista comenzaría la revolución socialista. Enseñó el papel principal del campesinado en nuestro proceso, papel que podía cumplir por la aparición y desarrollo de la clase obrera peruana, única capaz de dirigir la revolución en el país. Indicó que la pequeña burguesía solo podría llevar a la nación a una borrachera nacionalista, pero no a la liberación; y que la burguesía nacional solo muestra una posición antiimperialista ante la directa agresión armada del imperialismo. Señaló que la revolución solo podía guiarla el Partido Comunista con base social de obreros y campesinos y firmemente adherido al marxismo-leninismo. Planteó la necesidad del frente único antiimperialista y antifeudal, basado en la alianza obrero-campesina y del cual formarían parte la pequeña burguesía y la burguesía nacional en tanto aceptasen la hegemonía del proletariado. Sostuvo la necesidad de movilizar, organizar y armar a las masas populares; que, a más de un programa, el pueblo necesita de las armas para conquistar sus derechos y defenderlos, que las masas necesitan armarse para la lucha insurreccional que habría de bajar de los Andes, del campo a la ciudad a través de la violencia de las masas, de la guerra popular.

He aquí el resultado que Mariátegui encontró de la aplicación del marxismo-leninismo a las condiciones concretas del país y de América Latina; he aquí el camino de Mariátegui cuya vigencia es plena, al cual se adhieren firmemente los revolucionarios peruanos y más aún los revolucionarios proletarios que luchan bajo las banderas del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung.

III. MARIÁTEGUI: UNA VIDA AL SERVICIO DE LA REVOLUCIÓN

Mariátegui dijo que su vida era una flecha disparada a una meta, y escribió que tenía una «declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano». Estas palabras expresan su orientación y meta, y al cumplirlas nos legó gran ejemplo de lo que es vivir para la revolución.

Mariátegui fue ejemplo de servir al pueblo. En su vida llena de dificultades y penurias pospuso todo estrecho y egoísta interés individual para darse absolutamente al servicio del pueblo, especialmente del proletariado. Para él no había ni hay tareas más altas que las de la revolución.

Mariátegui adhirió al marxismo y combatió por él. Comprendió que con Lenin el marxismo había llegado a una nueva etapa y que ser

marxista exigía adherirse a él. No olvidemos que tal adhesión era entonces combatida con hipócrita defensa de Marx, como hoy se niega el pensamiento maotsetung invocando a Lenin. Más aún, estuvo por la Tercera Internacional en contra del reformismo de la Segunda y sus variantes, y defendió el marxismo contra quienes pretendían revestirse con él para destruirlo.

Mariátegui unió indisolublemente teoría y práctica. Él mismo decía: «Mi pensamiento y mi vida constituyen una sola cosa, un único proceso». Su labor teórica mana de la práctica revolucionaria, pero no de un rastrero practicismo como el que hoy entorpece a muchos, sino del enfrentamiento práctico y la solución de los fundamentales problemas políticos de la revolución peruana desde la posición del proletariado.

Mariátegui vivió y combatió ligado a las masas. Desde siempre desarrolló su acción junto a los trabajadores. Lejos aún, en Europa, sintió vibrar más honda la situación y lucha de los explotados del país. Fue y es, hasta hoy, quien más profundamente sintió, vivió y vio nuestra realidad y representa incuestionablemente al proletariado nacional, del cual sigue siendo su líder.

Mariátegui desarrolló un estilo revolucionario. Su actitud crítica es palmaria. Sus trabajos lo comprueban y el enjuiciamiento de su obra y del papel que cumplía manifiestan su capacidad autocrítica lejos de la exaltación, pero también por encima de la falsa e hipócrita modestia. Su acción era pesimista del presente y optimista del futuro.

Mariátegui no fue sectario ni afecto al estilo de clisé. En él, el sectarismo no se da ni por asomo, más bien muestra altamente la inmensa capacidad de comprensión de que es capaz el marxismo; lo que en modo alguno implica, como creen los eternos críticos, apartamiento de los principios, sino la más profunda e inquebrantable adhesión al marxismo. Por otro lado, supo unir, como nadie, a los que eran susceptibles de unirse para una tarea común. Y su estilo fresco, preciso, claro y sencillo es ejemplo que aún falta asimilar.

José Carlos Mariátegui, en conclusión, fue un excelso combatiente proletario marxista-leninista y es ejemplo vivo para todo revolucionario.

En este nuevo aniversario debemos sacar tres lecciones de la vida y obra de Mariátegui: los revolucionarios se forjan en la lucha de clases; la fusión del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung con las condiciones concretas de la revolución peruana se expresa en el camino de

Mariátegui, único camino revolucionario a seguir y desarrollar; y, la vida de un revolucionario, y más de un marxista, es servir al pueblo bajo la guía del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung.

¡VIVA MARIÁTEGUI!

¡VIVA EL PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ!

¡VIVA EL MARXISMO-LENINISMO-PENSAMIENTO MAOTSETUNG!

BASES DE ESTUDIO, DEBATE Y ORIENTACIÓN SOBRE LA LEY GENERAL DE INDUSTRIAS[1]

Octubre de 1970

I. CUESTIONES PREVIAS

El estudio de la Ley General de Industrias es importante para la comprensión del capitalismo burocrático, problema no suficientemente claro en el país y cuya falta de claridad genera incomprensión de los papeles de la burguesía intermediaria y de la burguesía nacional produciendo concepciones erróneas sobre el carácter de la sociedad y de la revolución peruana, errores que hoy fundamentan posiciones incorrectas frente al régimen. El análisis de esta ley debe servir, pues, para aclarar el problema del capitalismo burocrático.

La Ley General de Industrias es parte medular de la línea burocrática que impone el imperialismo yanqui en la industria, el comercio y las finanzas, así como en el campo sigue la línea terrateniente. Ambas lí-

---

[1] El Partido y la fracción roja a lo largo de su historia han sustentado su trabajo en serios y sólidos análisis económicos partiendo, claro está, de concebir y practicar la economía política como el estudio científico de las relaciones de explotación; específicamente, de las leyes y formas concretas que revisten las relaciones de explotación de la semifeudalidad, del capitalismo burocrático y del imperialismo en la sociedad peruana. Sobre esta base, el Partido definió las clases y la lucha de clases en el país, estableció su línea política general y determinó y llevó adelante su política, entendida esta como la lucha por la conquista y defensa del poder, guiándose por el criterio leninista de: la política es la expresión concentrada de la economía. Prueba de lo dicho son las publicaciones y documentación partidarias; y centro de ellas es el capitalismo burocrático, solo a partir del cual se puede comprender la sociedad peruana y, lo que es principal, actuar políticamente en función de transformarla. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

neas son parte del proceso de capitalismo burocrático que el imperialismo impone al país con la cooperación de la burguesía intermediaria y clase terrateniente feudal; proceso que hoy se impulsa mediante el Ejército a través de la Junta Militar fascista.

El análisis de la Ley General de Industrias debe orientarse a la esencia y contenido político de la misma; por ello se necesita desentrañar su carácter económico (relaciones de explotación que perfecciona o establece) ya que, estableciéndolo, saltará el problema de las clases y por tanto la cuestión política.

Finalmente, los análisis hechos por distintas posiciones y organizaciones no llegan al meollo. Quienes más se aproximan hablan de capitalismo de Estado, pero no pudiendo ir más adelante se refugian en generalidades; otros se enredan en analizar los planteamientos de la ley y terminan en recomendaciones sobre el reparto porcentual de la producción en su sociedad futura; mientras terceros se van en críticas a participación y adquisición de acciones, así como a participación de directivos en la comunidad industrial; lo cual implica que de subsanarse estas «deficiencias» la ley sería buena.

Es que solo desde la posición del proletariado se puede analizar correctamente la Ley General de Industrias y desentrañar su esencia, lo que exige partir de la base de unidad partidaria y una clara concepción del carácter fascista del régimen.

II. ANTECEDENTES A TENER EN CUENTA

Partamos de los clásicos. Marx y Engels plantearon la tendencia de fusión de militares e industriales, así como que el capitalismo estatal no implicaba socialismo. Lenin expuso el papel del capitalismo de Estado como antesala del socialismo en las condiciones del imperialismo y estando el poder en manos de obreros y campesinos; asimismo señaló la militarización de la producción. Y Mao estudió el problema del capitalismo burocrático: capitalismo que desarrolla el imperialismo en los países atrasados a través de la burguesía burocrática que actúa como su intermediaria; proceso que deviene en Estado feudal-fascista (caso de Chiang Kaishek).

Estas tesis han sido deformadas por los revisionistas, quienes plantean un capitalismo de Estado que, desarrollado por clases no proletarias en el poder, seguiría un camino no capitalista hacia el socialismo; «camino revolucionario» que recibe su apoyo y aplauso.

También debe tenerse en cuenta que después de la Primera Guerra Mundial surgen las tesis económicas de Keynes sobre participación más directa y activa del Estado (este siempre participa, cambian solo las formas) en el proceso económico tendiendo a «subsanar problemas sociales de desocupación y centralización de capitales (ahorro)». Estas tesis fueron desarrolladas por los fascistas, quienes enfrentaron iguales problemas, siendo Schacht, ministro de Hitler, un conspicuo representante de tales posiciones: militarizó la economía alemana, concentró capitales para su administración por el Estado y empleó a desocupados; su línea y camino son conocidos. Alemania y Francia después de la Segunda Guerra Mundial, especialmente la primera, se han esmerado en este sentido; la cogestión alemana es su expresión concentrada. Pero en Europa, en general, se desarrollan movimientos para consagrar legalmente la nueva concepción de la empresa como comunidades de capitalistas, trabajadores (tanto obreros como directivos) y Estado.

Estados Unidos tiene experiencia amplia, propia y ajena, sobre el problema. Hace años planteó el llamado capitalismo popular y sus teóricos sustentaron y promovieron el «desarrollo de los países atrasados»; estas ideas exaltadas por Kennedy y su asesor Rostow fueron aceptadas en la Carta de Punta del Este por los países de América, aprobando el desarrollo suficiente y autosostenido (suficiente, que hiciera avanzar para superar subdesarrollo; autosostenido, basado en los propios recursos, principalmente). Por otro lado, Estados Unidos en los últimos tiempos plantea la necesidad de fortalecer y remozar sus burguesías intermediarias, así pretende cubrirse mejor; además tiende a invertir en los países de bases industriales. Ambas orientaciones se expresan en la formación de empresas mixtas y en la renovación de la burguesía burocrática para vitalizar a sus intermediarios. Finalmente, las dificultades insuperables que afronta y las experiencias políticas que ha sacado en su lucha represiva a escala global, llevan al imperialismo yanqui a replantear su situación mundial.

Por último, debemos tener en cuenta dos cuestiones. Primera, el aporte de Mariátegui: que el desarrollo del capitalismo en un país atrasado implica mayor dependencia, su tipificación de la burguesía intermediaria como compradora y burocrática, así como su tesis de la reanudación del proceso colonial en el país, etc. Segunda, que la línea burocrática en el Perú es un proceso histórico que, unido al imperialismo yanqui, hay que rastrearlo hasta comienzos de siglo; proceso que formó y desarrolló una

burguesía intermediaria y burocrática propia en el Oncenio[2], y que llega hoy a una etapa de nuevo impulso y sistematización a través del régimen fascista actual.

III. CONTENIDO Y CARÁCTER DE LA LEY

Debemos analizar las cuestiones fundamentales de la Ley General de Industrias tendiendo a establecer los principios que la sustentan y las relaciones que establece en cuanto a propiedad y clases.

Principios. La Ley en sus «principios básicos» y en sus considerandos plantea: «desarrollo industrial permanente y autosostenido para la independencia económica»; desarrollo basado «en la industria de primera prioridad»; basarse «en una movilización de los recursos nacionales»; «armonizar capital y trabajo bajo el Estado» y «fortalecer los propósitos de Cartagena».

El «desarrollo permanente y autosostenido» procede de la Carta de Punta del Este y sirve a encubrir el atraso y opresión de las masas; plantea el crecimiento permanente (modificación de «suficiente» del Plan Kennedy) basado en los propios recursos, es decir en la mayor explotación de las energías de las masas trabajadoras (esto es «movilización de los recursos naturales»), pues en modo alguno implica, como soñaba la CEPAL[3], la reducción del proceso de concentración del capital.

Estas tesis se complementan con otra ilusión: «independencia económica». No podrá hacerse la construcción industrial sin quebrar el poder del imperialismo, y lo que se plantea es precisamente la participación de aquel. El basarse «en industria de primera prioridad», entre ella la básica, implica sentar las bases que el imperialismo yanqui no ha podido desarrollar y que ahora el pueblo debe cumplir para posibilitar una mayor penetración. «Armonización del capital y del trabajo bajo el Estado» quiere decir conciliación de clases; es un instrumento de ayer, hoy y mañana que se promueve mediante el engaño político o la fuerza. Plantean la conciliación elevada a principio legal y la propagandizan a los cuatro vientos. Finalmente, servir a los acuerdos de Cartagena implica propiciar «superación de frontera» para liberar más la acción de monopolios yanquis en América Latina.

---

[2] Oncenio: periodo de once años que duró el gobierno de Leguía.

[3] CEPAL: Conferencia Económica para América Latina y el Caribe.

En conclusión, se enarbolan las tesis de Punta del Este; tesis que han fracasado rotundamente en cuanto panacea para el «subdesarrollo latinoamericano», pues no son sino engañosas formas para propiciar la mayor y más cómoda penetración del imperialismo yanqui, como lo demuestra la década del sesenta. Hoy al pueblo se le plantea el engaño remozado para propiciar el reforzamiento de la explotación.

Participación del Estado. Implica que el Estado aportará sustancialmente los capitales para sentar bases industriales que el imperialismo y los capitalistas nativos son incapaces de forjar y desarrollar.

Así, en último término, el pueblo peruano pagará las grandes inversiones que darán al imperialismo y a sus intermediarios bases de explotación. Esto no es nuevo, ya lo vimos particularmente en el primer gobierno de Prado. Por lo demás, y previendo futura necesidad de invertir en industria básica o, lo que es más seguro, cogerla a precio regalado a través del propio Estado, se abre la posibilidad de que el capital privado participe en este renglón. Esta variación que no estaba en el Proyecto es una garantía más y norma para establecer posiciones beneficiosas mayores para los monopolios que más directamente nos controlan.

Propiedad industrial. Así como la ley agraria garantiza la propiedad latifundista, la Ley General de Industrias (art. 12 y definición operatoria L) garantiza y protege la propiedad industrial, lo que no es otra cosa que garantizar y proteger la propiedad del imperialismo yanqui en especial, con todas las ventajas y beneficios que implica. Recuérdese que el mismo ministro Dellepiane reconoció que los monopolios no basaban mayormente sus ganancias en las utilidades, sino en los derechos derivados de la propiedad industrial (patentes, técnicas, sistemas de producción, etc.).

Beneficios del capital. El capital, particularmente el extranjero, necesita conocer precisamente las condiciones de su funcionamiento y las normas en que va a desarrollar su propia lucha monopolista (tales normas las plantea el Instituto Tecnológico de Massachusetts donde, entre otros, Dellepiane ha sido alumno); a cumplir esta necesidad también sirve esta ley.

Se parte de garantizar la «ganancia justa», antigua tesis ahora sostenida por la Iglesia católica que cumple funciones de «justicia social» y cuya defensa en el país fue muy agitada por el APRA; pero, como ayer, es pura demagogia, engaño y su esencia la misma. El Estado asume (con las

armas si es necesario, como siempre, pero más hoy) con el Ejército como garante, el compromiso reiterado de garantizar y resguardar la explotación, y lo declara solemnemente para que el proletariado no lo olvide.

Los demás beneficios implican: liberación de derechos de importación, no pagar impuestos, auxilio crediticio y fomento, así como deducciones por deterioro o desgaste. Nunca hubo tantas garantías ni ventajas; lo que ayer eran excepciones se convierten en beneficios generales del capital.

Capital extranjero y nacional. Le han dedicado un título especial, el VI, para destacar su importancia. En él, partiendo de garantizar la propiedad industrial imperialista y de reconocer la «importancia y necesidad de sus inversiones», se establecen normas sobre el porcentaje de inversiones imperialistas y la participación de los grandes capitalistas del país. Estas tan propagandizadas limitaciones hay que comprenderlas ligadas y como parte del plan norteamericano de orientar más sus capitales hacia grandes países y su necesidad de renovar sus burguesías intermediarias; lo que lleva a recomendar e impulsar la participación nacional. Participación que, en esencia, sirve al imperialismo para camuflar sus intereses tras el membrete de nacionales, ganando en protección y cobertura, máxime si tales inversiones se hacen en entidades mixtas con el Estado.

Además, todo es beneficio y garantías; pero a quien más benefician es al capital monopolista, en particular al norteamericano. ¿Quién sino los monopolios hacen grandes importaciones? ¿Quién sino ellos tienen «alta calificación», construcciones, instalaciones? Se ha pretendido sostener que la ley traería problemas de inversión; pero ya los mismos ministros aclararon el problema y hasta representantes de industrias y comercio hablan de «amplias y remunerativas oportunidades de inversión» y de que «para el inversionista extranjero hay el máximo de condiciones favorables». En cuanto a los capitalistas nacionales, si los monopolios ligados al imperialismo tienen su paraíso, aquellos también tienen su oportunidad, «su lugarcito bajo el sol».

Participación de los trabajadores. Aquí comienza el engaño a tambor batiente. La ley es presentada como «justicialista», cumplidora de la justicia social, reivindicadora de los trabajadores; farsa de comienzo a fin. Basta destacar que por las leyes 10908 y 11672 ya había tal participación del 10 % y más aún, pero ahora solo se garantiza el 5 % y el otro 5 % se repartirá proporcionalmente a los salarios y sueldos. El obrero retroce-

de en su participación y avanzarán la aristocracia obrera y los directivos, también tenidos como trabajadores.

Comunidad industrial. He aquí el llamado «aporte original y básico». Se plantea el 15 % de la renta neta anual para la adquisición de acciones para los trabajadores hasta alcanzar el 50 % de la empresa. Aquí está el meollo. Primero, es un engaño que pretende llevar a los obreros a la persecución ansiosa de adquirir el 50 %; sin la inversión del capitalista esto exigiría unos treinta años y, con inversión, un tiempo interminable y, ¡ojo!, la inversión queda en manos del capitalista. Pero este engaño, que pretende hacer de los obreros ilusos persecutores del horizonte para que olviden la tierra que pisan, no es más que la fantasiosa envoltura de un plan reaccionario.

Partamos recordando dos cosas: 1) El proyecto habló de autogestión (engaño más sutil y ocultador de la lucha de clases), pero esta se quedó en el tira y afloja de la aprobación. 2) La cogestión alemana implica el reparto del 50-50 % de las ganancias, aquí se plantea 25-75 %, 25 % naturalmente para los obreros. ¿Cuál es, pues, lo avanzado y nuevo? Nada.

El problema económico planteado es el ahorro forzoso que se carga sobre los obreros. La parte que corresponde al obrero como aumento salarial por alza del costo de vida y aumento de producción se congela como ahorro forzoso para invertirlo en la industria obligatoriamente, por mandato de la ley. Esta norma no es nueva, el ahorro forzoso lo usó Hitler, y De Gaulle lo propuso últimamente, pero este lo hacía recaer sobre los altos ingresos; aquí cae sobre todos indiscriminadamente en apariencia, pero realmente sobre la clase obrera.

Este es el fondo económico, pero se presenta al obrero como propietario para engañarlo. El ahorro forzoso irá incrementando el capital empresarial y su capacidad; el capital que acumula el obrero no podrá usarlo realmente, pues aun cuando se distribuya en acciones individuales, al llegar al 50 % el fondo constituirá un fondo permanente (cuya propiedad es intransferible absolutamente) que sustenta a la empresa y aherroja al obrero, una especie de arraigo a la empresa, así como al siervo se le arraiga a la tierra.

Este fondo, por otro lado, habilita capital bajo manejo del capitalista, quien controlará su inversión para posponer la llegada al 50 %; así se entrega a sus manos el control de fondos obreros para sus especulaciones, fondos que manejará para su pleno interés y que, por sus vinculaciones

monopolistas, llevará al aplastamiento de la propiedad cooperativa tan dura y costosamente adquirida, la que supervivirá solo como producción marginal (complemento de la gran producción a precios antieconómicos y sujeta absolutamente a las leyes del desarrollo del capitalismo burocrático).

La Ley General de Industrias introduce la participación en la gestión directa de un representante hasta alcanzar el 50 %; esto no es sino la adaptación del control obrero (tesis trotskista) a las necesidades del imperialismo y como parte integrante de la «reforma de la empresa». Primeramente, la presencia de un representante obrero (que no puede ser dirigente del sindicato) no tiene función determinante en modo alguno y, más aún, le cerrarán el acceso a los entretelones de la dirección. ¿Pero cuál es el fondo? Donde tal sistema se sigue, el representante obrero funciona como parte de la empresa, a través de él se hace sentir a los obreros «los problemas de la empresa que ya son suyos»; el obrero debe velar por la empresa y actuar como empresario. Este es el fondo de la cuestión: el querer que el obrero marche como empresario, como capitalista, en beneficio naturalmente del capitalista y contra los intereses de clase del proletariado.

Así pues, se pretende engañosamente hacer adoptar al obrero el punto de vista del interés del capitalista para introducir la armonía, predicar la colaboración y combatir la lucha de clases.

En el fondo de esta ley hay un plan económico: ahorro forzoso, y un plan político: conciliación de clases. Todo al servicio del capitalismo burocrático, de los explotadores; un plan promovido por el engaño, pero que, llegado el momento, se aplicará por la fuerza.

Del contenido expuesto se concluye el carácter de clase de la Ley General de Industrias: es la línea burocrática en la producción industrial impuesta por el imperialismo yanqui para desarrollar el capitalismo burocrático en el país, apoyándose en la burguesía intermediaria y el latifundismo terrateniente, especialmente en la primera, y usando como gran instrumento a la Junta Militar fascista que da así un paso fundamental en el desarrollo del Estado corporativista en el país.

IV. LA LUCHA DE CLASES Y LA LEY GENERAL DE INDUSTRIAS

La ley no hace sino ampliar y profundizar la correlación de clases dominante: el imperialismo yanqui será el gran beneficiario del proceso

industrial planteado. La burguesía intermediaria, como aliada principal del imperialismo, tiene posibilidad magnífica, de ahí que acentuará su proceso de burocratización; destaquemos que este proceso lleva en su seno una «revitalización» de la burguesía intermediaria y, por tanto, condiciones de renovación de la misma (promoción de nuevos elementos eficientes y leales y desplazamiento de gastados) con las consiguientes pugnas internas que algunos tergiversarán; este fenómeno merece especial atención. La clase terrateniente feudal se beneficia como rentista particularmente, piénsese que recibirá como pago acciones de empresas industriales en funcionamiento; el que se viabilice la deuda agraria para proceso industrial les beneficiará como clase.

El campesinado soportará gran peso: pagando la tierra sufragará también la «industrialización nacional» y buena parte de él pasará, por lanzamiento, a ser explotado en las fábricas; sus productos serán frenados por precios topes «en defensa de la alimentación del pueblo» y «aporte al proceso transformador de las estructuras».

El proletariado es la clase que tiene que aportar el esfuerzo principal y sufrir la gran explotación para la «industrialización independiente» y «trabajar por lo que es suyo». Sobre él pesará la acumulación originaria, el acrecentamiento de la plusvalía para forjar los capitales ingentes que irán a parar a los bolsillos imperialistas principalmente.

V. PERSPECTIVA

Estamos más bajo la opresión de un régimen fascista que construye un Estado corporativista; la Ley General de Industrias es un gran paso en este proceso y hay que verla en relación con la ley agraria y la futura de educación. Podemos decir que las leyes agrarias, de industrias y de educación son tres columnas del proceso corporativista del país; con su dación tendremos los fundamentos de la «nueva sociedad».

La situación va mostrando todas las cartas del gobierno fascista. Es conveniente plantearse: ¿cuánto duró la propaganda agraria?, casi un año; ¿cuánto el plan propagandístico de la cuestión industrial?, muy poco, ya al mes parece olvidada; hoy todo está centrado en la cuestión educacional. Una conclusión: muy rápido caen en desuso los engaños, se gastan y tienen que plantear otra cosa; eso es muestra, por un lado, de que la propaganda aturdidora sirve a enceguecer para que el engaño pase y, por otro lado, que lo sustancial quieren darlo pronto pues les falta tiempo o

presienten que les falta. Esto plantea la necesidad de analizar la situación a fin de prever el viraje de la «ofensiva reformista» que marcará comienzo de gran esclarecimiento para la resistencia en función de futuras luchas de ascenso hacia la guerra popular. Este problema merece muy especial análisis y atención.

Acabándose las «fundamentales reformas», el gobierno apunta a la organización y movilización fascista de las masas (el mitin del día 3 es punto de partida), pero tienen aquí dificultades insalvables: falta de blanco contra quien lanzar su patriotería, su verticalismo antidemocrático y el no representar los intereses de las masas. Estas fallas de fondo socavarán sus fines organizativos; pero, entretanto, con engaño, propaganda, dinero y oportunistas, avanzarán lo más que puedan.

Por otro lado, la ley industrial, como la agraria, no lleva a la conciliación, sino a la mayor lucha de clases, este es el telón de fondo en el cual se desarrolla todo proceso de acumulación originaria: la violencia preside el desarrollo del capitalismo burocrático. Así pues, el conciliacionismo saltará en pedazos.

Estas son las bases de la Ley General de Industrias y por ellas fracasará a la larga, ya que un proceso industrial revolucionario solo lo llevarán el proletariado y el pueblo desde el poder, esto es claro e inalterable; pero lo que tenemos que atender inmediatamente es a dónde apuntar contra la ley. Sobre esto, que merece cuidado y solución certera, cabe plantearse:

– Nuestra posición es que solo la lucha triunfante del pueblo, bajo la dirección del proletariado y conducida por el Partido, puede destruir cabalmente la línea burocrática que es parte del capitalismo burocrático que imponen el imperialismo y los explotadores nativos a nuestro pueblo.

– La ley industrial apunta a aumentar la plusvalía en detrimento de los salarios para propiciar la acumulación e impulsar el capitalismo burocrático; por tanto, hay que movilizarse para la defensa y aumento de salarios y contra la carestía de la vida, esto exigirá lucha de masas trabajadoras (hace años que no hay aumento real de haberes y la vida es más cara cada día); la lucha por salarios se viene necesariamente y la lucha lleva a la huelga (gran instrumento del proletariado); la huelga exige sindicato y este, para marchar bien, partido revolucionario. Esta es una cadena y su cumplimiento es tarea no mediata.

– Tenemos una línea sindical clasista, el problema es concretizarla según las ramas de producción (teniendo en cuenta las más importantes para la lucha y capacidad de nuestras fuerzas), partiendo siempre de la investigación para desarrollar labor sindical.

– La propagandización basada en estas condiciones servirá para desenmascarar el camino reaccionario y a sus defensores y para esclarecer el camino revolucionario, y servirá al cese del repliegue de las masas que llevará a la resistencia popular y, de esta, al ascenso que debe desembocar en la futura guerra popular. Así se unen nuestras tareas de combatir al fascismo en sus avances corporativistas a las tareas irrenunciables del Partido. ¿Por dónde comenzar? Por la propagandización, es lo inmediato; y esto necesita claridad sobre la cuestión que tratamos.

¡SIN UN PARTIDO REVOLUCIONARIO NO PUEDE HABER REVOLUCIÓN![1]

Octubre de 1971

El 1° y el 7 de octubre se cumplen el 22º aniversario del triunfo de la revolución china y el 43º aniversario, en el país, de la fundación del Partido Comunista. Estas fechas exigen a los revolucionarios centrar la atención sobre el partido del proletariado y su papel, hoy más que nunca, cuando el proceso contrarrevolucionario nos lo quieren pasar por revolución, cuando se difunde venenosamente la caducidad de las organizaciones políticas, se predica el espontaneísmo y se promueve la conciliación de las clases llamando a la unidad de todos los peruanos en torno a las Fuerzas Armadas, la que deviene en instrumento político sustitutorio y «única dirección popular».

Hoy cuando, en concreto, se apunta a borrar y prohibir la dirección de la clase obrera sobre las masas, hoy que se pretende negar la necesidad del Partido Comunista para perseguirlo y destruirlo, es perentorio tener conciencia del papel insustituible de la vanguardia organizada del proletariado para que la clase obrera y las masas explotadas logren la victoria.

La revolución china probó precisamente que tres instrumentos necesita la revolución: el Partido, el ejército popular y el frente; de ellos el Partido es el principal y el que dirige a los otros dos. La fundación del Partido Comunista por José Carlos Mariátegui probó que el Partido surge y se desarrolla contra la voluntad de los opresores y su gobierno, que su nacimiento y proceso se dan en la lucha contra los enemigos de dentro y de fuera que quieren destruirlo.

Estas dos gloriosas festividades que se celebran deben servir a los comunistas y revolucionarios peruanos para combatir la ofensiva antipar-

[1] Pronunciamiento del Comité Regional de Ayacucho.

tido que desata la contrarrevolución y sus secuaces, y para librar tenaz, paciente y dura lucha por la reconstitución y desarrollo del Partido Comunista del Perú, única garantía de la liberación de la clase obrera y del pueblo.

I. LA NECESIDAD DEL PARTIDO COMUNISTA

En el nacimiento mismo del marxismo, sus fundadores Marx y Engels sentaron que, surgido para la clase obrera el deber histórico de conquistar el poder, el proletariado necesita construir su partido político; y estamparon estas palabras imborrables:

> En su lucha contra el poder unido de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose él mismo en partido político distinto y opuesto a todos los antiguos partidos políticos creados por las clases poseedoras.
>
> Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su fin supremo: la abolición de las clases.

Teniendo en cuenta esta imperativa necesidad, el gran Lenin dedicó parte principal de su actividad a forjar el partido de nuevo tipo que la revolución necesitaba; fruto de su labor teórico-práctica es su genial sistematización de la teoría del Partido Comunista que, en síntesis, establece: el Partido es la vanguardia del proletariado, consciente y marxista; es sistema de organizaciones que exigen militancia rigurosa y no solo adhesión formal; es la forma más alta de organización de la clase obrera y centro único de dirección revolucionaria; es encarnación de vínculos con las masas a las que organiza y dirige; y es, finalmente, un sistema orgánico basado en el centralismo democrático que, movilizando la iniciativa de sus miembros, la centraliza para forjar un solo pensamiento y una sola acción.

Asimismo el gran Lenin destacó la importancia de su Partido afirmando: «Dadme una organización de revolucionarios y transformaremos el mundo», y señaló lo imprescindible de la construcción ideológico-política al subrayar el papel de la teoría: «Solo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia», y su carácter reducido y clandestino: «Esta organización, necesariamente, no debe ser muy extensa, y es preciso que sea lo más clandestina

posible». Así creó y forjó Lenin el partido de nuevo tipo, el partido del proletariado, palanca con la cual derrumbó al zarismo y transformó la vieja Rusia.

Mao Tsetung siguió igual camino y sintetizando cien años de lucha obrera concluyó: «Para hacer la revolución se necesita un partido revolucionario»; y fijando la línea orgánica del Partido en zonas de poder reaccionario escribía:

> Nuestra política es mantener clandestina la organización del Partido y hacerla compacta, selecta y eficaz, permanecer a cubierto por largo tiempo, acumular fuerzas y esperar el momento propicio y no precipitarse ni exponerse. Conforme al principio de luchar con razón, con ventaja y sin sobrepasarse, nuestra táctica en la lucha contra los recalcitrantes es combatir sobre un terreno seguro y acumular fuerzas utilizando todo lo que permitan las leyes y decretos del Kuomintang y las costumbres sociales.

Y José Carlos Mariátegui, como gran marxista, enseñó: «La lucha política exige la creación de un partido de clase, en cuya formación y orientación se esforzará tenazmente por hacer prevalecer sus puntos de vista revolucionarios clasistas»; y con su inagotable energía propagandizó y movilizó a la clase obrera hasta crear su más grande obra: el Partido Comunista, «la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase».

Desde el comienzo del marxismo hasta hoy hay una línea roja que plantea la necesidad del partido de la clase obrera, como instrumento indispensable de la revolución, de la liberación del proletariado y de los oprimidos; desde el comienzo mismo también hay una reaccionaria línea negra que se opone a la existencia del Partido para desarmar al proletariado y perpetuar su explotación, así como la del pueblo.

II. LA OFENSIVA ANTIPARTIDO DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

Desde su inicio, el régimen militar desató una campaña contra los partidos políticos. Basándose en la caducidad, inoperancia y corrupción del sistema representativo, que mostró descarnadamente toda su pudri-

ción en el país, el Gobierno abrió su crítica contra la actividad política partidaria buscando, por un lado, asentarse en el poder por un largo tiempo y, por otro, desprestigiar ante las masas la lucha política, pretendiendo generalizar la desilusión y la desconfianza en la actividad política y, especialmente, oponerse a la dirección del partido del proletariado.

Posteriormente, propala la caducidad de toda forma política anterior y, principalmente, la de todo partido político, pues, según él, no cabe hoy el desarrollo de la lucha de clases que correspondía al periodo «prerrevolucionario» en el cual, sostiene, no se luchaba por una «sociedad justa, libertaria, humanista y cristiana». ¿Qué hay tras toda esta palabrería? Estas tesis no son nuevas. El arremeter contra toda política anterior y especialmente contra los partidos, el aturdir con la conciliación de clases y clamar por una unidad superior de todos por el bien nacional —unido a un intenso y sonoro nacionalismo— es bien conocido rasgo del fascismo y sus defensores; y este es, evidentemente, el trasfondo ideológico que anima al régimen actual. Pero ¿a dónde apunta este antipartidismo? Simple y llanamente, no contra la política burguesa reaccionaria de la cual es lógica y necesaria consecuencia, sino a oponerse y cerrar el paso a la política proletaria, y más concretamente a la dirección del Partido Comunista sobre las masas; a evitar que la clase obrera desarrolle su política de clase independientemente y a que tal orientación guíe a las masas. Esta y no otra es la raíz práctica, pues, ante la agudización de la lucha de clases que incuba la combatividad y despertar de las mayorías, nada más útil y perentorio —para la reacción— que lograr el desarme ideológico del pueblo, nada más vital y trascendente —para la contrarrevolución— que obstaculizar la fusión combativa del marxismo, de la línea política del proletariado, de la dirección del Partido Comunista con las masas.

Y estas orientaciones iniciales del régimen, hoy se delinean nítidas buscando materializarse. Concluidas sus tres leyes fundamentales: agraria, industrial y de educación (ya diferida un año), ha terminado todo el gran plan «revolucionario» y el régimen tiene que orientarse a canalizar el movimiento de masas para atarlo a su carro y frenar la reacción popular, tarea más urgente para él cuanto que se desarrolla el proceso de su desenmascaramiento por el aumento de explotación —reducción salarial, alza creciente del costo de vida, desocupación, endeudamiento del campesinado— y la represión y persecución que aumentarán paulatina y constantemente.

En este marco surge el Sistema Nacional de Movilización Social, SINAMOS, para encadenar las masas al régimen, canalizando su acción con el cebo de la ayuda para el desarrollo. ¿Qué labor cumple SINAMOS dentro de la política antipartido de la contrarrevolución? A este organismo se le ha encomendado, precisamente, el conducir por parte del Gobierno el desarme ideológico del pueblo y, en particular, del proletariado. Desde su aparición, su director, nada menos que el jefe de la División Blindada de Lima, declaró la caducidad de toda actividad y forma política «prerrevolucionarias» y principalmente del «concepto de partido» y planteó «la organización nueva de las masas a partir de su propia acción creadora», no sujeta a normas preestablecidas, partidistas y mucho menos extranjeras.

Hoy el SINAMOS, que ha recolectado «pensadores», «técnicos» y «marxistas críticos y superadores» en su núcleo de asesores de dirección, impulsa el espontaneísmo a tambor batiente; por boca de su más esclarecido y connotado asesor y su vocero, la *Nueva Crónica*, difunde la «organización de las masas mediante modalidades que el propio proceso irá generando libre y creadoramente con sus propias fuerzas, pero sobre todo al margen de cualquier injerencia política y partidarista». ¿Qué encierra esta tesis? Aparentemente expresa respeto a las masas y confianza en su poder, pero en el fondo no es sino una podrida y vieja tesis reaccionaria que pregona hipócritamente la libertad creadora de las masas, sabiendo que lo que espontáneamente prende y guía a las masas oprimidas, en un país de explotadores, es la ideología y las modalidades de la burguesía o de las clases dominantes.

Este es el real y venenoso fondo que encierra tal declaración demagógica ya desenmascarada hace casi setenta años por Lenin en *¿Qué hacer?* Pero la posición del gobierno fascista es más clara y definidamente reaccionaria (expresión de debilidad de fondo), y se muestra cuando el gran asesor y subjefe reconoce que, si bien se impulsa la espontaneidad de las masas, esta es relativa. ¿Qué quiere decir con esto? Simple y llanamente: espontaneísmo para evitar y cerrar el paso a la ideología del proletariado y a la dirección del Partido Comunista; espontaneísmo relativo o dirigido para garantizar el absoluto dominio de la reacción sobre el pueblo.

Conclusión, en esencia el antipartidismo del régimen y el espontaneísmo que pregona no es otra cosa que parte de su ofensiva contra el Partido Comunista y contra la ideología del proletariado, tendiente a mantener el sojuzgamiento de las masas.

Pero la lucha contra el Partido del proletariado no solo viene del Gobierno. El revisionismo contemporáneo, como avanzada de la reacción dentro de las filas obreras, también apunta a la destrucción del Partido Comunista mediante el camino de ajustarlo al sistema burgués; el revisionismo cambia la lucha por la conquista del poder por la «conquista de la legalidad», esto es renuncia a la meta proletaria de tomar el poder para transformar el mundo por la meta de conseguir un lugar bajo el orden reaccionario.

Esta degeneración oportunista la vemos en el país en la siniestra labor de la camarilla de Del Prado que desde *Unidad* clama y gimotea por la legalidad, aplaude al régimen, hace méritos y rinde pleitesía para merecer confianza y conseguir su plena legalización. Esta degeneración se muestra patente al conculcar la clandestinidad partidaria que Lenin exigía y al expresar su total sometimiento al Gobierno; lo cual llega al colmo cuando el llamado «Congreso Nacional de la Juventud Comunista» se reúne en el Teatro Colón «con la respectiva autorización de la Prefectura del departamento y de la Inspección de Espectáculos», como alborozado anuncia *Unidad*, siguiendo así la línea de su «quinto congreso» reunido en un coliseo limeño dedicado al folklore. Esta labor corrosiva y prostituida es el remate de la larga actividad antimarxista y antipartido del oportunismo de derecha en el país.

Pero en esto no acaba la acción del oportunismo contra el Partido. Una modalidad aún más reciente, pero no menos nociva, es el liquidacionismo aparecido hace dos años dentro del Partido Comunista, línea que apunta a la destrucción del Partido presentándose hoy tras la cortina de centrar la acción en las masas para camuflar su labor, liquidacionismo que rápidamente ha mostrado su juego y que también con rapidez ha entrado en descomposición y disgregación, aunque no pueda decirse que su acción haya concluido.

Finalmente, otra modalidad del antipartidismo, aunque de otros caracteres, es la que realizan organizaciones pequeñoburguesas que repitiendo lo que dice la reacción hacen un balance sumario de la vida de la vanguardia del proletariado, reducen la misma a una negra historia de traiciones, concluyen con la inutilidad del Partido clamando por uno «nuevo y auténtico». En estas posiciones, sobre su base de clase, su raíz práctica está en su afán reconocido de querer medrar a costa del Partido Comunista al que, incluso instintivamente, sienten como rival.

III. EJÉRCITO E IGLESIA EN EL PROCESO ACTUAL

El proceso contrarrevolucionario que el país vive no solo ha desatado una ofensiva antipartido, auxiliado por sus servidores y agentes, sino que además pretende basarse en una ideología peculiar y diferente —arraigada, dice, «en ideales socialistas, libertarios, humanistas y cristianos»— y reducir la vida política a un organismo: las Fuerzas Armadas, institución que, con la Iglesia, llena el «vacío político que ha dejado en el país la caducidad de los partidos», según los ideólogos gobiernistas.

Ya Velasco Alvarado, hace un año, proclamó que las Fuerzas Armadas eran la base y la dirección del proceso y que no permitirían que «nadie más dirigiera ni aprovechara a las masas». Hoy el ministro del Interior sentencia que la Policía de Investigaciones del Perú es la «salvaguarda del sistema y del proceso pacífico de la revolución». Y ante la campaña que muestra los privilegios de los militares, afirma que su «Ejército es un seguro al que la nación no puede renunciar».

¿Qué implica todo esto? Concretamente, que, ante la impotencia e ineficacia del sistema representativo que hizo crisis con Belaunde, no había otra salida que impulsar a la columna vertebral del Estado reaccionario, al Ejército reaccionario, pues solo él podía garantizar el mantenimiento de la opresión y el perfeccionamiento del mismo sistema. Si tenemos en cuenta que todo ejército, absolutamente, tiene carácter de clase, el ejército del Estado peruano tiene también el suyo y este no puede ser más que el carácter de las clases que lo crearon y amamantaron. Por tanto, está cumpliendo las tareas políticas que esas clases le han encomendado en la presente coyuntura histórica. Y en modo alguno puede ni está cumpliendo tareas políticas del pueblo, pues estas, históricamente está probado, solo las cumplen los ejércitos populares creados y surgidos de las luchas de las masas y dirigidos por el partido del proletariado. Cada ejército defiende su clase, y al pueblo solo lo defiende el ejército popular y no ningún ejército reaccionario. De ahí que Mao Tsetung haya concluido: «Sin un ejército popular nada tendrá el pueblo».

¿Qué significa que la Policía de Investigaciones del Perú sea la salvaguarda de la sociedad y el progreso? Sencillamente, que la persecución, la vigilancia y el control sobre el pueblo, la clase obrera y su Partido es la condición para el florecimiento y desarrollo del proceso contrarrevolucionario, y es alerta para los revolucionarios y el pueblo de que sus supuestos defensores afinan sus oídos y afilan sus cuchillos para decapitar

la acción revolucionaria, destruir las organizaciones de masas y aniquilar el Partido Comunista.

Dentro de este contexto, la Iglesia, como siempre, se apresta a jugar su gran papel ideológico retardatario; la Reunión de Obispos ha sancionado y proclamado la total identidad y el diligente apoyo que le merece el gobierno fascista. Así Iglesia y Fuerzas Armadas pregonan, una vez más, la unión de la cruz y la espada para impulsar y desarrollar esta nueva vía crucis del pueblo: la «nueva sociedad justa, libertaria, humanista y cristiana».

Una vez más, la Iglesia oficial se apresta a santificar y bendecir la renovada opresión del pueblo; todo lo demás es incienso y adormecedora palabrería. Se está manifestando en el país lo que Nelson Rockefeller consideraba la gran alianza para América Latina: la de la cruz y la espada como centenarias y probadas fuerzas del orden y la paz social de los explotadores.

En cuanto a la peculiaridad ideológica, la llamada «independencia conceptual»; no hay peculiaridad ni independencia, sus raíces y nexos ideológicos fascistas son notorios. Por lo demás, la coincidencia con la Iglesia oficial esclarece más su raigambre socialcristiana, y las mismas declaraciones de los actuales gobernantes bolivianos —que también se proclaman «nacionalistas, socialistas y cristianos»— sirven para ver más claramente la ideología del régimen. Lo demás es demagogia y oropel.

IV. EL CAMINO DEL PUEBLO

La ideología del proletariado, el marxismo, probado en cien años de lucha revolucionaria ascendente y triunfante, con una tercera parte de la humanidad liberada bajo su guía, sentenció y demostró que sin un partido revolucionario no hay liberación para el proletariado ni las masas oprimidas. De Marx a Mao pasando por Lenin, todos los grandes líderes de la clase obrera proclamaron esta verdad; en nuestra patria Mariátegui la proclamó y la plasmó con su creación del Partido Comunista.

Sin embargo, desde antiguo también se ha negado y combatido al Partido Comunista para cerrar las puertas a la liberación de los oprimidos, posición que es una antigua y podrida actividad reaccionaria. Hoy en el país se enarbola, como programa y acción por la contrarrevolución en marcha, la misma posición que cuenta con la labor del oportunismo para la consecución de sus negros fines.

¿Qué hacer ante esta difícil y dura situación y perspectiva?

El Partido Comunista, los revolucionarios, la clase obrera y el pueblo peruano, hoy más que nunca tienen que adherirse al marxismo, pues es su teoría de clase, la única que los puede armar ideológicamente para analizar y comprender en toda su dimensión el complejo y difícil presente y, lo más importante, descubrir su futuro y brillante camino. Adhiriéndose al marxismo no puede menos que aceptarse absolutamente lo siguiente: el proletariado tiene como deber histórico conquistar el poder y para conquistarlo necesita un partido revolucionario que lo dirija al triunfo a través de la destrucción del Estado reaccionario por la violencia revolucionaria, mediante un ejército popular y la aglutinación de la mayoría en un frente único. Este es el único camino para la clase obrera y el pueblo, y la llave que abre el camino es el Partido Comunista, sin él no hay ejército popular, sin él no hay frente, sin él no hay perspectiva de triunfo para las masas.

Hoy en nuestra patria está a la orden del día la lucha por el partido del proletariado. Hay que combatir las venenosas tesis y las siniestras maquinaciones reaccionarias; hay que aplastar las degeneraciones del oportunismo de Del Prado y del liquidacionismo; y, sobre todo, en la forja de la lucha popular, cumplir la tarea de crítica y preparación en que ha entrado el proceso revolucionario peruano cuya clave es la reconstitución del Partido Comunista sobre la base inmarcesible del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, cuya concreción en el país es el pensamiento de Mariátegui, piedra angular del Partido y de la revolución en el Perú.

¡VIVA LA GLORIOSA REVOLUCIÓN CHINA!

¡VIVA EL MARXISMO-LENINISMO-PENSAMIENTO MAOTSETUNG!

¡VIVA EL PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ!

LA SITUACIÓN POLÍTICA[1]

Enero de 1972

El país vive el cuarto año de gobierno militar del segundo «golpe institucional» de su historia (primero, el de 1962); y hasta hoy sus representantes solo plantean que se retirarán «cuando estén garantizadas sólidamente las transformaciones y sean irreversibles».

Sobre este proceso se ha propagandizado extraordinariamente dentro y fuera del país. Connotados medios informativos hablan de «un nuevo y revolucionario camino para los países atrasados» y afamados intelectuales y periodistas compiten en alabanzas; y mientras la URSS y Cuba apoyan al «movimiento revolucionario peruano», conocidos «revolucionarios» y hasta exguerrilleros pasan a engrosar las filas del régimen actual.

Esto unido a las celebradas leyes y medidas gubernamentales confunden al pueblo peruano y hacen perentorio un balance, aún breve, que sirva a determinar su carácter y precisar a quiénes sirve y a quiénes oprime. A este fin sirve este balance-informe.

I. EL ACTUAL PROCESO EN DESARROLLO

Es sabido el grado de crisis y desprestigio a que llegó el Gobierno de Belaunde y su inutilidad para proseguir el desarrollo de la economía peruana y, más aún, su incapacidad para impulsarla dentro de las pautas y normas de interés del imperialismo y las clases dominantes.

En esas circunstancias se produjo el «golpe institucional de las Fuerzas Armadas» del 3 de octubre de 1968, inicio visible del actual régimen cuyo verdadero comienzo y preparación, cada día está más claro, se remonta años atrás. Insurge suspendiendo la Constitución estatal y sus

[1] Publicado en *Voz Popular* N° 2.

organismos de «gobierno representativo»; plantea, según su manifiesto, la «renovación de las estructuras», «la defensa de la soberanía», «la moralización», así como «restablecer el principio de autoridad» y su respeto a los principios de la «cultura occidental y cristiana».

A más de tres años, tenemos un cuadro completo de lo que plantearon y han propagandizado y ejecutado. Veamos sus hechos, analicemos sus palabras y sabremos qué prepararon las Fuerzas Armadas y cómo plasman su «nueva sociedad justa, libertaria, socialista y cristiana».

1. Las medidas fundamentales

Como lo reconocen los representantes del Gobierno, tres son sus medidas fundamentales: la ley agraria, la ley industrial y la ley de educación que está a la vista.

En junio del 69 se promulgó el Decreto Ley 17716, llamado de reforma agraria. En dicho dispositivo se profundiza el camino que se reinició con la Ley de Bases de la Junta Militar de Pérez Godoy; en esencia, no es, como se pretende, la destrucción sino simplemente la limitación de la propiedad terrateniente, como la misma ley reconoce en uno de sus títulos. No establece la confiscación, como es norma revolucionaria, sino la expropiación de la tierra con el pago correspondiente en bonos y a plazos; y su ejecución excluye al campesinado introduciendo un procedimiento supercentralista, vertical y burocratizado. Características totalmente opuestas a las que Lenin exigía a una reforma agraria revolucionaria: destrucción del latifundio, confiscación y ejecución directa por el campesinado.

La aplicación de esta ley agraria, iniciada con tanta demagogia, ha recaído en primer lugar sobre los fundos agroindustriales azucareros de la costa; empresas cuya situación y perspectiva económica era muy difícil. Así, los trabajadores han asumido pesada carga y pagado ya más de un 50 % del precio con sus beneficios sociales, quedando el Estado, a través de sus representantes militares y civiles, como interventor y garante del pago y como verdadero y exigente patrón. Las luchas de los trabajadores y la acción represiva del Estado prueban lo dicho.

Asimismo, se han expropiado fundos ganaderos en el centro y sur de la sierra; en ellos la situación era similar (baja de precios de la lana), a más de que antiguas reclamaciones de las comunidades usurpadas amenazaban la propiedad con sus luchas. En estas empresas ganaderas y otras se han creado Sociedades Agrícolas de Interés Social, SAIS, en las que Es-

tado, bancos y campesinos son socios, donde estos últimos trabajan —bajo control estatal— para el pago de los terratenientes (entre ellos la Cerro de Pasco) y beneficio de los dos primeros. Las cooperativas azucareras y las SAIS son buenas raíces económicas y políticas del Estado en el campo.

Otra aplicación del Decreto Ley 17716 ha sido la parcelación privada, especialmente en la costa central; procedimiento que burló derechos y expectativas de miles de trabajadores agrícolas generando grandes luchas del campesinado costeño que obligaron a la anulación de tales parcelaciones. Pero la situación se encuentra estancada y entrabada por los terratenientes y la propia maquinaria burocrática y represiva, enemiga de toda verdadera movilización de masas, más aún la del campesinado.

En cuanto a la aplicación en la amplia serranía peruana, la ley avanza con pies de plomo; si bien hay múltiples resoluciones de afectación, duermen en el papeleo burocrático, aunque apunten a que el campesinado pague las tierras que le usurparon. En la sierra, no habiendo inmediatas perspectivas de rendimiento por razones políticas y falta de medios económicos estatales, está mucho más retrasada de lo que el régimen quisiera.

La selva, como es sabido, está al margen de la ley agraria.

En conclusión, el análisis y la aplicación de la ley demuestran palmariamente que el proceso agrario que hoy se impulsa no es, pese a todo lo que se diga, sino prosecución del viejo camino que beneficia a los terratenientes feudales del país, el conocido camino terrateniente contrario al interés campesino, camino que es parte del proceso capitalista dependiente del imperialismo yanqui que el país vive desde comienzos de este siglo y, por tanto, un nuevo peso sobre el campesinado: el pago, a la larga, de miles de millones de soles en beneficio de los terratenientes —que cobran y cobrarán con garantía del Estado y sus Fuerzas Armadas— para la voceada industrialización. Sigue, pues, la explotación del campo por la ciudad y la del campesinado por el gamonal.

Un año después, en julio del 70, se promulgó el Decreto Ley 18350, la Ley General de Industrias. Esta, como la anterior en su terreno, parte por reconocer la propiedad industrial imperialista y en señalarle, cual corresponde a los tiempos, limitaciones de porcentaje a la inversión extranjera; la clave es lo primero, pues, como reconoció el ministro de Industrias de entonces, el imperialismo cifra sus ganancias —más que en los beneficios del capital— en lo que recibe por patentes, sistemas, técnicas y otras formas de su propiedad industrial. En tanto que las limitaciones

responden a las necesidades imperialistas de que participen los capitalistas nativos o el Estado a fin de camuflar y defender sus intereses bajo el rótulo de nacionales.

Otra de las «novedades» de la ley de industrias es la participación de los obreros en las ganancias empresariales: 10 % para repartirlo entre los trabajadores y 15 % para adquirir acciones de la empresa en beneficio de los mismos. De la primera basta recordar que fue establecida por leyes anteriores y en mayor monto directo (por Odría en su Ochenio). Que no se cumplió, se dirá, pero es cuestión diferente; por lo demás, la inmensa mayoría de empresas arrojó pérdidas en 1970 y, por tanto, no hubo participación. Además, destaquemos que del 10 % de ganancias, solo la mitad se reparte por igual a todos y el resto en proporción a los sueldos y salarios que percibe cada trabajador, considerando como tal (¡oh santa igualdad!) desde el gerente general al más nuevo y modesto aprendiz.

La adquisición de acciones para los obreros será hasta alcanzar el 50 % de capital empresarial, formando la comunidad industrial. Con esta ilusoria maniobra (se necesitaría de 20 a 30 años para conseguir el 50 % en el supuesto caso de que el patrón no invirtiera) se pretende atar al obrero al carro de sus explotadores haciéndole sentirse empresario, un capitalista, y exigiéndole, por tanto, comportarse como tal: «luchando por su empresa y sus intereses». Por otro lado, se busca aumentar la productividad y frenar simultáneamente el aumento salarial y dejar en manos del empresario la masa de capital retenida a los obreros con el cuento de las acciones que va adquiriendo.

En el fondo, la Ley General de Industrias es un gran engaño político que impone el «ahorro forzoso» a la clase obrera y a los trabajadores en general a fin de acumular capital en detrimento de salarios y sueldos, esto en lo económico; y políticamente, un gran plan promocional de la conciliación de clases. Esta ley es pieza importante en el desarrollo dependiente del país (capitalismo burocrático, científicamente hablando) y, por tanto, sirve al imperialismo norteamericano, en particular, y a su intermediario, la burguesía burocrática; mediante ella se pretende someter al proletariado a una redoblada explotación —cuya esencia es mayor plusvalía y menor salario— para la industrialización a costa, como siempre, de los trabajadores y en beneficio de los opresores imperialistas en especial.

En cuanto a su aplicación, basta destacar que las tan ansiadas inversiones no se realizan en la medida esperada (de ahí que el Gobierno

impulse una amplia política de exoneraciones e incentivos a la industria privada, similar y mayor a la del criticado régimen de Belaunde); que la comunidad industrial solo abarca un ínfimo número de empresas; y que a su amparo se desarrolla amplia acción tendiente a desaparecer a los sindicatos. Pero si las inversiones aún no afluyen por razones de que el imperialismo tiende a invertir en países de mayor desarrollo industrial y por presionar para conseguir mayores beneficios, a quién beneficia la ley se ve claramente en la opinión del gerente de la Chrysler, empresa yanqui:

> Yo soy trabajador, y como tal soy comunero, de lo que me siento orgulloso y feliz [...] Todos somos parte de la comunidad industrial [...] Todos, absolutamente todos, ahora constituimos una sola unidad. Y eso se ha logrado con la Ley de Comunidad Industrial [...] Para nosotros la comunidad industrial es un concepto netamente revolucionario.

Dime con quién andas... y más, dime quién te aplaude y te diré a quién sirves.

Desde hace más de un año, con la publicación del Informe General y el Proyecto de Ley General de Educación, se viene preparando la modificación del sistema educativo del país. En base a estos documentos se puede plantear que esta disposición remata el sistema de cambios que plantea el régimen; es la adecuación del sistema educacional al servicio del llamado «camino ni capitalista ni comunista». Su sustento ideológico es un trasnochado humanismo del más rancio corte idealista que presenta al hombre abstracto como centro del fenómeno educativo y al trabajo como «expresión creadora del espíritu libre del hombre», desconociendo y ocultando el carácter concreto e histórico del hombre y del trabajo sujetos a relaciones de explotación; así, de arranque, pretende negar el carácter de clase de la educación y hacer consentir que la reforma apunta —por sobre las clases— al servicio del hombre en tanto que tal, como «espíritu libre y creador».

En sus objetivos apunta a formar a la inmensa mayoría de peruanos como simples brazos para el proceso productivo, partiendo de la caduca concepción de que solo las minorías que mandan tienen derecho a una verdadera formación intelectual; pretende atar al pueblo a servir a los cambios antipopulares que se propugna, borrar la lucha de clases con un colaboracionismo camuflado de patriótico nacionalismo.

Se orienta el proyecto a «concientizar» a las masas en el «camino propio» como la única vía real y posible a fin de castrar la conciencia de clase de los oprimidos; y propugna una «participación» que, burlando la auténtica concurrencia de las masas agrupadas en clases, apunta a ampliar y reforzar el dominio de la familia, la Iglesia y el Ejército, amén de todas las «fuerzas vivas del trabajo y la comunidad» en la vida nacional.

En esta reestructuración de la sociedad peruana tiene capital importancia la «educación básica» encargada de proveer, en aras de la productividad, de brazos jóvenes y calificados que, por competencia en un país de desocupación permanente, ofrezcan su sangre nueva a bajo precio para rebajar salarios. En cuanto al sistema universitario, baste destacar que el proyecto tiende a una reducción sistemática y paulatina de la universidad a través de las llamadas Escuelas Superiores de Educación Profesional y que se la condena a una absoluta sujeción al Ministerio de Educación.

En conclusión, informe y proyecto niegan conquistas del pueblo e implican el reajuste sistemático del sistema educativo en beneficio del capitalismo burocrático, viniendo a ser, como en las leyes anteriores, el remate corregido y aumentado de la línea que en educación impuso al país el imperialismo norteamericano.

Además de las anteriores medidas fundamentales, el Gobierno ha tomado otras sobre minería, pesquería, comercio, divisas, etc., las que deben entenderse como necesidad de concentrar en manos estatales grandes medios monetarios para orientarlos en pro de su vía, cubrir ramas desatendidas y propiciar mejores condiciones a la producción y comercialización en las cada día más difíciles relaciones de competencia y crisis internacionales.

Merece referirse a dos cuestiones que se propagandizan como prueba del revolucionarismo del régimen: la de la Internacional Petroleum y la de las 200 millas del mar territorial. La comprensión de la primera debe partir de ver claramente la casi ninguna importancia económica de los yacimientos petrolíferos de Talara y el poco valor de sus instalaciones que devinieron en traba para una más amplia explotación; y ver que, por haberse convertido en un símbolo de la lucha antiimperialista, fue pieza que el Gobierno militar jugó para camuflarse de antiimperialista y revolucionario. La posterior política petrolera prueba fehacientemente lo dicho; vemos hoy la creciente y amplia participación del imperialismo, norteamericano en especial, en la explotación del «nuevo dorado»: el petróleo de la selva.

La defensa de las 200 millas de mar territorial es una reivindicación planteada por el Perú en 1947 que ha devenido en tesis de países de América Latina: Brasil, Argentina, Uruguay, entre otros. Queda claro, pues, que no es, como pretenden, una tesis revolucionaria (ya que la defienden gobiernos que nada tienen de tal), sino que la defensa del mar territorial, como parte de la soberanía nacional y defensa de recursos naturales, es asumida por los propios gobiernos reaccionarios ante la intensificación del saqueo del mar que perpetran Estados Unidos y otras potencias en aguas latinoamericanas; y combaten esos gobiernos (entre ellos el de turno en el país) la burla de cánones pesqueros que el imperialismo se niega a pagar, y defienden, concretamente, una fuente de ingresos fiscales a la vez que la actividad de los monopolios establecidos en los diferentes países.

2. La ofensiva antidemocrática

Uno de los puntos centrales del manifiesto del Gobierno militar fue el «restablecimiento del principio de autoridad», y bien pronto el pueblo vio lo que tal enunciado significaba: una abierta ofensiva antidemocrática que barre derechos y conquistas de las masas, desata persecución y represión y siembra la muerte. Se iniciaba un nuevo capítulo de la vieja política de «encierro, destierro y entierro», presentada demagógicamente como «defensa del proceso» y como «derecho de la revolución a defenderse de sus enemigos: la derecha y la ultraizquierda». Es bueno reseñar esta ofensiva para precisar contra quién se dirige.

Comencemos por reseñar que se inició por suspender la Constitución estatal sin saber qué partes de esta lo están, pues solamente se dijo que se suspendía lo que estuviera opuesto a la nueva situación; y como esta no ha sido precisada, aquella en buena cuenta simplemente no rige, especialmente en cuanto al pueblo se refiere.

Lo primero en restringirse fue la libertad de palabra y los derechos de prensa, reunión y asociación y, sobre todo, el derecho de huelga. Pese a lo que se diga en contrario, lo real es que la libertad de ideas y su expresión no existen en el país y la persecución en estos planos está a la orden del día; se pretende imponer por la amenaza y la vigilancia el pregonado «camino propio, ni capitalista ni comunista». El derecho de reunión es negado totalmente para el pueblo o se impide tras arbitrarias y prepotentes exigencias, y los que ganan las calles con sus luchas tienen que enfrentarse a las fuerzas policiales. El derecho de asociación, sobre todo

de obreros y campesinos, es entorpecido y combatido burocráticamente con nuevas exigencias sobre requisitos de legalización de instituciones, mientras que las de carácter estudiantil son olímpicamente ignoradas o ilegalizadas.

El derecho de prensa ha sufrido en el país un duro golpe y sobre él impera la amenaza. El llamado «estatuto de la libertad de prensa» es un instrumento para destruir la prensa de clase y una abierta represión de la capacidad de expresión de las masas y, en general, una restricción del derecho de crítica del pueblo. Dentro de esta línea hay que inscribir a la ley de telecomunicaciones que, unida a lo anterior, busca poner en manos del Gobierno indispensables medios de comunicación masiva al servicio de sus intereses de clase.

Pero el derecho que más ha combatido el régimen es el de huelga. Contra la defensa de los intereses de la clase obrera mediante la huelga, el Gobierno ha respondido utilizando todos los medios: el entrabamiento rabulesco, la amenaza, el chantaje, la ilegalización, el encarcelamiento de dirigentes, el destierro y hasta la represión con palo, bomba y plomo. Una de las normas fundamentales dadas, precisamente, apunta a minar o destruir los sindicatos y a desaparecer las huelgas.

Mas aquí no termina la cuenta, fue solo el comienzo; siguió la represión de los movimientos populares. Ante la lucha de las masas por el derecho a educarse, el Gobierno respondió con la matanza de Huanta y Ayacucho; ante los reclamos y luchas campesinas el lenguaje de las balas sonó en Cospán, Eccash, Huando...; ante la necesidad de los pobladores de las barriadas la respuesta fue Pamplona; y ante las huelgas por mejor salario de los obreros y trabajadores la palabra fue «encierro, destierro y entierro»: la represión de los maestros y la matanza de Cobriza lo prueban. Huelgan las palabras.

II. SOBRE EL CARÁCTER DEL RÉGIMEN

De lo anterior se desprende que este no es, en modo alguno, un gobierno del pueblo. ¿Por qué este régimen?, ¿cuál es su razón? Una muy clara y concreta: solo un régimen militar podría llevar adelante la reestructuración social que las clases dominantes necesitan. El proceso social y político explotador de la década del sesenta, que exigía profundizar el desarrollo del capitalismo dependiente del imperialismo norteamericano, no podía proseguir con la llamada «democracia representativa». Las

condiciones históricas (dentro de un contexto mundial y particularmente latinoamericano de gobiernos y regímenes fascistas en Brasil y Argentina, principalmente) requerían que las Fuerzas Armadas «institucionalmente» tomaran el poder directamente para cumplir las tareas políticas perentorias que un régimen civil era incapaz de cumplir; más aún si se tiene en cuenta el descalabro político que tal época implicó para los partidos antipopulares y la gran experiencia política que para las masas representaron los años sesenta.

Así, una necesidad opresora y un plan larga y pacientemente preparado trajeron al actual régimen militar. Dentro de este contexto, ¿a quiénes sirven las Fuerzas Armadas en el poder? Siendo la profundización del viejo camino de desarrollar el capitalismo dependiente del imperialismo yanqui, las Fuerzas Armadas sirven a los intereses de las clases explotadoras y cumplen la tarea política de reestructurar la sociedad peruana para despejar más el camino al capitalismo burocrático. Como vimos, la ley agraria aplicando la línea terrateniente en el agro no destruye el poder económico de la clase terrateniente feudal, solo intenta reorientarlo hacia la industria; la ley industrial sienta bases para el esfuerzo de industrialización en beneficio del imperialismo y los grandes burgueses burocráticos; finalmente, la futura ley de educación sienta la línea de formación de las masas en función del «nuevo camino», el incremento de la productividad y el fortalecimiento del dominio ideológico de las clases opresoras. En conclusión, este régimen miliar sirve a la clase terrateniente feudal, a la burguesía burocrática y al amo imperialista yanqui.

Esta es la esencia de la cuestión: la reestructuración social bajo y para mayor dominio imperialista; siendo el antiimperialismo del Gobierno militar, en el fondo, un tocar tambores en el norte para golpear en el sur, un agitar demagógico de la independencia y soberanía nacionales y la «lucha por la nueva independencia», mientras reestructuran la sociedad peruana bajo la égida y para el dominio imperialista.

El Gobierno militar plantea que sienta las bases de una «nueva sociedad justa, humanista, libertaria, socialista y cristiana», y que ante la caducidad de los partidos políticos de la «era prerrevolucionaria», las Fuerzas Armadas, como «único partido de la revolución», tuvieron que asumir el poder para acabar con la crisis y el caos y para reivindicar la soberanía nacional y servir a las masas populares. Esta es la cantinela que repite hasta el cansancio con la esperanza de que el engaño prenda y lo falso devenga creíble en la cabeza del pueblo; mas tres años de gobierno

con sus leyes, medidas y acciones desinflan el engaño y lo presentan tal cual es: un plan preventivo en tanto se lleva a cabo para preservarse de la revolución y un plan piloto en cuanto se aplica en el país como ensayo a llevarse después a otros países oprimidos.

Tres años de régimen militar están señalando a las masas —a través de la explotación reforzada y la lucha que contra ella libran heroicamente el proletariado, en especial, el campesinado y los demás explotados— que este no es su gobierno en modo alguno, sino, en contrario, se trata de un régimen militar nutrido de ideología fascista que sienta las bases de un Estado corporativista y, por tanto, al servicio de sus enemigos de clase y del imperialismo yanqui. Ante esta difícil y dura perspectiva, nuestro pueblo aprende que «solo los oprimidos se liberan a sí mismos» y que, en último término, «el pueblo y solo el pueblo es la fuerza motriz de la historia».

SOBRE LA EDUCACIÓN Y LA NUEVA LEY GENERAL DE EDUCACIÓN 19326[1]

Mediados de 1972

En primer lugar, vamos a esbozar el proceso educativo nacional en este siglo, porque no podríamos comprender la nueva Ley General de Educación si es que previamente no hacemos, aunque sea, un esbozo de las distintas reformas educacionales.

En la segunda parte nos referimos a la nueva Ley General de Educación, tratando de precisar sus conceptos centrales. Nos basamos en Mariátegui: su ensayo sobre la instrucción pública es fundamental porque historia la educación en el país y plantea que después de la reforma del 20, del fracaso de las tesis de Villarán, en el Perú comienza una nueva posición. Esta tesis es central para la comprensión del proceso educativo nacional. También es importante remitirnos al libro de Mariátegui *Temas de Educación*, donde están las cuestiones básicas para comprender o plantear la nueva educación en el Perú, así como aspectos relacionados a la situación sindical y a la reforma educacional.

I. ESQUEMA DEL PROCESO EDUCATIVO EN EL SIGLO XX

Mariátegui, en su trabajo sobre instrucción pública, plantea el carácter que tenía la educación en la colonia. En síntesis, nos dice: Siendo el coloniaje un sistema feudal, la educación también era feudal, estaba orientada fundamentalmente para formar letrados, mas no a formar gentes trabajadoras; el trabajo era tenido a menos. La emancipación implica un giro en la necesidad de difundir la educación al amparo de las nuevas ideas de Francia; sin embargo, cuando se plantea la necesidad de educar

[1] Publicado por el SUTE Huamanga y reproducido en *Voz Popular* N° 4.

a todos los peruanos, no se plantea la educación del pueblo en modo alguno, sino que, por el empobrecimiento de miembros de la clase dominante —en especial de los terratenientes—, se establece la necesidad de una educación que pueda ser impartida a los aristócratas venidos a menos. No es, pues, amor al pueblo; es simplemente la necesidad de prestar un servicio a los aristócratas.

Mariátegui enseñó que en este siglo se produce virajes en el proceso educativo nacional, en la orientación y en la concepción. El siglo XX hay que dividirlo en dos grandes períodos: el que va hasta 1919, por cuanto hasta ese año dominan las tendencias y las concepciones inglesas; y desde esa fecha hasta la actualidad, período bajo el dominio imperialista norteamericano.

El proceso educativo hasta el 19 se presenta así. La educación en el siglo pasado estuvo bastante abandonada: no había una profesión magisterial ni una formación de maestros, tampoco había educación sistemáticamente organizada. Cuando se reconstruye el país después de la guerra con Chile, se apunta a modificar la educación, pero esta modificación recién se inició a comienzos de siglo, 1901-1902; es el ministro Polar quien plantea la necesidad de modificar la educación, que sirva a más peruanos, porque la anterior es elitista, demasiado reducida. Así se plantea la necesidad de una escuela elemental de dos años para todos, que enseñe las cuatro operaciones, leer y escribir, «catecismo político» y doctrina religiosa. Cuatro cosas que debe aprenderse en dos años. Además, Polar considera que la educación exige instalaciones, planteles, que sin locales adecuados no se puede impartir la educación nueva; y que el nuevo contenido de la escuela exige maestros, un nuevo tipo de maestros profesionalizados y con haberes garantizados, y eleva el haber de los maestros de diez a treinta soles, sosteniendo que sin haberes adecuados es imposible exigirse que sea profesional de la enseñanza y seguiría siendo mitad maestro, mitad comerciante o mitad otra cosa. Así, la educación en el país comienza a impulsarse.

Por otro lado, se empieza a prestar atención a la formación magisterial, planteándose que se necesita escuelas normales; claro está que se concibe como una formación no universitaria, impartida en escuelas sostenidas y regentadas por el Gobierno.

Por esos tiempos, la penetración norteamericana comienza en la esfera educativa. Bard[2] hace un balance de la educación peruana y sos-

[2] Erwin Bard: asesor estadounidense en educación en el gobierno de Leguía.

tiene la necesidad de reestructurarla totalmente, desde la primaria hasta la universitaria.

También en este primer período, Manuel Vicente Villarán en un famoso discurso cuestiona la formación universitaria del país y, posteriormente, la educación en general. Sostenía: las naciones modernas no necesitan de tantos doctores; no podemos seguir formando aristócratas, literatos y académicos. Los países modernos se ciñen a una nueva concepción. Fomentar la escuela para formar trabajadores de manos competentes, diestras en manejar máquinas para apoyar el comercio, la agricultura, la industria incipiente. En el mundo el sistema americano comienza a señorear mientras el sistema europeo está pasando de moda; más aún, los mismos europeos aceptan ya las ideas practicistas norteamericanas en cuanto a educar en función de los procesos económicos.

En el segundo período, de la etapa del 19 al 30, lo más importante fue la reforma del 20; por primera vez se adopta una escuela orientada bajo las ideas practicistas norteamericanas, esta es la importancia del año 1922. A este fin sirvió Villarán como presidente de la Comisión Reorganizadora de la educación y con su arduo debate contra las ideas de Deustua. Villarán representó por entonces una idea y una posición avanzadas; Deustua, una posición conservadora. Villarán decía: la educación debe servir a la producción mediante el trabajo; la educación no puede seguir igual, tiene que estar en función de la producción; el país necesita desarrollar y debe apoyarse la producción mediante una educación para el trabajo, habilitando gentes que sean competentes en el trabajo. Frente a esto Deustua planteó: la educación debe servir a la formación del espíritu, no al trabajo; el trabajo degrada, mientras que la formación espiritual eleva y dignifica al hombre que es un ser espiritual por excelencia; es prostituirlo plantear que el hombre es un ser productivo, un ser económico. Deustua, considerado el padre de la filosofía peruana, es conservador y sostiene ideas feudales, pensamientos caducos. La tesis de Villarán respondía a la realidad del país que comenzaba su camino capitalista burocrático, servía a la burguesía intermediaria que Estados Unidos formaba.

Villarán concibe la escuela como única, que todos deben ir a un solo tipo de escuela (sin embargo, por fuertes presiones se vio obligado a ceder); que la escuela debe ser para hombres y para mujeres; que la escuela primaria debe formar manos hábiles para la agricultura, la industria y el comercio; además que la escuela secundaria también debe servir al proceso productivo. Estas son las tesis de Villarán en 1920 que después se

van a plasmar en la ley de 1922; sin embargo, esta ley no incorporó todas las ideas planteadas, más aún su proyecto fue modificado, en algunos casos sustancialmente.

Esta reforma no pudo llevarse adelante porque había fuertes rezagos feudales que, al no cambiarse sustancialmente, hicieron letra muerta los dispositivos de la ley de 1922 que solo se aplicaron en determinadas zonas citadinas; la sierra quedó prácticamente al margen de ella.

Dentro del proceso del 30 al 60, nos interesa destacar la Ley Orgánica de Educación, ley 9359 (de vigencia hasta hace poco tiempo, es la ley anterior a la actual), una ley del 41 dada por Prado en su primer gobierno, elaborada por su ministro Oliveira. Plantea que la educación en el país debe basarse, primero, en la doctrina cristiana; esto es, tiene como fundamento ideológico la concepción cristiana del mundo. Luego, que la educación en el país debe servir para proporcionar brazos al proceso del trabajo y debe desarrollar en los estudiantes el espíritu de la laboriosidad; que en la primaria debe formarse personal que sirva como capataces en la agricultura, en la industria; y que debe orientarse a la calificación y al perfeccionamiento de los obreros a fin de que puedan adiestrarse más y rendir mejor. Estas son las tesis centrales de la ley del 41, la que sigue rigiendo con cambios no sustanciales. Esta ley dio importancia a la formación técnica hasta en la primaria y planteó también la necesidad de crear escuelas rurales para formar personal al servicio del proceso agrícola.

La década del 60 es muy importante en tanto que el proceso económico del país se acelera, que la destrucción de la feudalidad, no decimos la desaparición, se acelera; en tanto que las fuerzas económicas del país avanzan. Ya no son los viejos tiempos; por los años 60 el país tiene dos millones de primarios y unos cien mil universitarios (en los años 20 solamente alrededor de 160 000 primarios y 1 200 universitarios), además del gran crecimiento de la secundaria. Todo esto, unido a problemas académicos y otros, genera una crisis del proceso educativo del país cuya base es la crisis social del país. A raíz de esto se plantea la necesidad de reformar el sistema educativo; es que el sistema educativo nacional ya no responde a las nuevas necesidades que plantea el proceso económico, no responde a las nuevas necesidades de la lucha de clases en el país, no responde a la nueva contienda ideológica que se ventila. Razones económicas, políticas e ideológicas exigían renovar el proceso educacional.

En 1961 el presidente norteamericano convocó en Punta del Este a los presidentes de América Latina. Allí se aprobó la Carta de Punta

del Este de donde sale la Alianza para el Progreso; en ella se plantean reformas, una es la reforma educacional, pues, sostienen, en la educación latinoamericana se invierte muchos millones y rinde poco y porque no proporciona el personal calificado que necesita la economía. Así, la Alianza para el Progreso exige remozar totalmente la educación en América Latina como una de las cuestiones básicas para cuyo fin está dispuesto a proporcionar asesoramiento técnico y cultural, destacando que el ejemplo a seguir es la educación norteamericana, pues, dice, los países atrasados de América Latina tienen ejemplos en los países desarrollados que les permiten evitar errores y costosas experimentaciones. Más aún, dicen sus seguidores, en América Latina hay ya una escuela experimental que está sentando las bases para la nueva educación reformada, la Escuela de Puerto Rico.

Asimismo, la Alianza para el Progreso proclama que concuerda y acepta plenamente los planteamientos de Juan XXIII en la Encíclica *Madre y Maestro*, es decir que el cristianismo sea el sustento de la educación latinoamericana.

Estas orientaciones salidas de la reunión de Punta del Este las tuvieron muy en cuenta los diferentes regímenes de América Latina. Y, así, en el país se elabora un proyecto de Ley Orgánica de Educación, el llamado «Proyecto Sánchez». Este proyecto establecía como objetivos fomentar la educación moral y cívica, la enseñanza tecnológica, la formación de profesionales de mando medio y de trabajadores calificados al servicio del desarrollo del país, y el fomento del espíritu cooperativo. Asimismo, garantizaba la libertad de educación y la enseñanza privada. En el sistema educativo, consideraba una primaria común para educar a los educandos, a la familia y a la sociedad; una secundaria de seis años, cuatro comunes y dos de especialidad en humanidades y técnicas; una educación postsecundaria no universitaria, la hoy llamada ESEP, Escuela de Educación Superior Profesional; y programas de extensión educativa y educación laboral. El «Proyecto Sánchez» no pudo avanzar porque encontró fuerte resistencia, fundamentalmente de los estudiantes, que arremetieron en su contra porque desvirtuaba la universidad, intentando reducirla, crear las ESEP de hoy, suprimir la autonomía, etc.

El Proyecto de Belaunde. En el régimen de Belaunde el Instituto Nacional de Planificación elaboró el Plan de Desarrollo Económico Social de 1967-1970, que previó una reforma educativa. En ese plan de crear una nueva sociedad, se concibió la educación como fundamental para for-

jar esa nueva sociedad con un nuevo hombre; hoy se dice igual: un nuevo hombre en una nueva sociedad con una nueva educación.

El Plan en referencia dice: «Objetivos de la educación». Los problemas físicos, económicos y culturales del país han sido ya objeto de profundo análisis, el cual era indispensable para servir de base a la elaboración de las políticas de desarrollo nacional, descritas más adelante, que conducen a formar en el país una auténtica sociedad justa e históricamente nueva. Esa nueva sociedad peruana estará fundada en los principales postulados ideológicos siguientes:

> Humanista: El hombre como fin es el postulado humanista de nuestra civilización y, dentro de este espíritu, es libre de decidir su propio destino siempre que no atente contra la libertad de los demás.
>
> Cristiano: El hombre tiene un destino trascendente gracias a su dignidad de hijo de Dios, cuyo fin último es la unión con Dios.
>
> Democrático: El hombre debe ser protagonista y aceptar la responsabilidad de las decisiones de la colectividad.
>
> Nacionalista: El hombre peruano debe adquirir una positiva conciencia nacional sin desmedro de los objetivos de paz, comprensión mutua, solidaridad, integración y cooperación internacional.

Así, la sociedad nueva es humanista, cristiana, democrática y nacionalista; le faltó las notas «socialista» y «libertario» que se han agregado ahora.

Sobre los objetivos de la educación dice:

> Consecuentemente los objetivos de la educación peruana pueden resumirse en los dos enunciados siguientes:
>
> La educación es un derecho inherente a la persona humana como medio de formación del hombre y de la sociedad; y como tal corresponde al Estado y a la sociedad asumir mancomunadamente el deber de garantizar ese derecho a toda la población del país [...]
>
> La educación peruana se orientará en forma concurrente a los objetivos de desarrollo económico y social del país, expresado en los planes nacionales.

Estos son los objetivos, se sustentan en la persona cuya dignidad debe garantizarse y, en segundo lugar, servir al proceso productivo. Es conveniente recordar estas dos cuestiones. Luego prosigue el Plan:

> Debe destacarse que esta nueva concepción de la educación es amplia y lleva implícita la extensión de la oferta educacional a la población de todas las edades en todos los ámbitos del país al llevar la educación al campo, a los talleres, a las calles, a las fábricas, a los cuarteles, a las cárceles, utilizando, inclusive, todos los medios de comunicación masiva; al convertir a cada peruano en maestro de los demás peruanos superando la idea tradicional como 'albergue' o 'vivero' de las nuevas generaciones; al concebir a la escuela como un órgano especializado que irradia su acción permanente y, en fin, al orientar una educación propia de un país en vías de desarrollo.

Por otro lado, el Sector Educación está encuadrado y contribuye a los «Objetivos Generales» del Plan, que son: «1) Incremento de la producción y de la productividad», «2) Mejor distribución del ingreso», «3) Incremento y apropiada distribución de la ocupación» y «4) reducción de la vulnerabilidad externa»; objetivos traducidos a los del Plan del actual régimen: el primero en «aumento de producción y productividad para el desarrollo», el segundo y tercero en «reforma estructural para una sociedad más justa» y el cuarto en «afianzamiento de la soberanía nacional».

Además, el plan educativo de Belaunde pone como sustento del sistema una educación básica con nueve grados, como la actual: educación básica que sirve para proporcionar brazos y formar espiritualmente a la persona con una escuela posterior profesional no universitaria para formar profesionales intermedios, lo que hoy es la ESEP. Plantea una universidad dentro de un sistema con un Consejo Superior que controle toda la vida universitaria, igual a la ley universitaria en vigencia; plantea, asimismo, extender la educación desarrollándola más allá de la escuela usando medios de comunicación masiva; y que la educación privada es complemento importante de la estatal.

En conclusión, el plan educacional de Belaunde sustentaba una educación basada en la persona humana y al servicio del proceso económico para crear una nueva sociedad justa, humanista, cristiana, democrática y nacionalista; y las similitudes de la actual ley educacional con aquel plan no son simples coincidencias, sino la prosecución de un mismo camino.

Sintetizando, podemos decir que todo el proceso educativo del país en este siglo demuestra lo siguiente: se intenta organizar una educación que sirva al capitalismo burocrático desarrollado en el país bajo el impulso del imperialismo norteamericano y de las clases dominantes. Esta educación ha sido impulsada por la burguesía intermediaria; sin embargo, esta no ha podido imponer sus concepciones ampliamente, pues ha encontrado trabas en el sistema educacional de sustento feudal que ha anquilosado las normas educativas nuevas. Pero la educación impulsada por la burguesía intermediaria no es una educación nacional, al contrario, siempre ha sido una educación copiada, calcada de moldes extranjeros; dentro del problema de que es una educación no nacional está el menosprecio y el abandono en que siempre la educación tuvo al campesinado (decimos que está en ligazón con el problema nacional, porque un sustento de la nueva nacionalidad es el campesinado). Además, en el país, la burguesía intermediaria ha sostenido siempre una castellanización con total olvido de la lengua autóctona.

Otra cuestión: la educación impulsada en nuestro país en este siglo nunca ha sido una educación popular, democrática; esto es, no ha sido una educación para la mayoría, siempre ha tenido una tendencia a seleccionar, de tal manera que las masas en el país no tienen libre acceso a la educación; el que la ley diga que es gratuita y obligatoria no pasa de ser mera declaración. Así, la educación oficial en el país no es sino una educación que sigue una línea ideológica burocrática, es la expresión ideológica del capitalismo burocrático que tiene un conjunto de sinuosidades de desarrollo en nuestra patria. Esta es la educación oficial hasta el día de hoy, inclusive. Sin embargo, consideramos que en el país el desarrollo de las clases populares ha ido imponiendo algunas condiciones, que el mismo desarrollo social ha ido abriendo el acceso a la educación a los hijos de los trabajadores. Una expresión muy clara de esto es la universidad: de 1 200 universitarios allá por la década del diez, hoy día tenemos 130 000 universitarios; asimismo, teníamos 160 000 primarios, hoy alrededor de tres millones, y hubo 4 000 secundarios o de liceos, ahora son unos 600 000. Los tiempos han cambiado; no se puede desconocer que, frente a una línea burocrática dominante, por las condiciones sociales del mismo proceso de ir destruyendo la feudalidad y por las mismas luchas que han librado los obreros, los campesinos y los estudiantes, se ha ido abriendo paso una posición educacional contraria que ha logrado abrir algo la educación al pueblo. Hay dos líneas en la lucha en torno a la cuestión educacional; sin embargo, destacamos que muy poco se ha hecho por

historiar y precisar el desarrollo de la línea democrática en el proceso educativo peruano.

II. LA NUEVA LEY GENERAL DE EDUCACIÓN

Partamos de lo siguiente. Lo que los regímenes «representativos» no pudieron, lo está cumpliendo el régimen actual; esto es acorde con lo sostenido de que el capitalismo burocrático exigía un nuevo tipo de sistema gubernativo para imponer sus líneas y abrir más trocha al capitalismo burocrático. Por eso es por lo que ni Belaunde ni Sánchez pudieron imponer sus planteamientos.

La nueva Ley General de Educación es un remate perfeccionado de los proyectos anteriores, y esto lo veremos estudiando tres cuestiones.

1. Los fundamentos de la Ley General de Educación

En primer lugar, veremos el fundamento ideológico de la ley, luego sus metas políticas, su meta económica y su principio pedagógico; asimismo, veremos los medios que utiliza y finalmente la nuclearización.

Fundamento ideológico de la Ley General de Educación. El fundamento ideológico de la ley es el humanismo burgués, con la característica de ser un humanismo ideológicamente adherido a la feudalidad, un humanismo que, basado en el hombre como «dignidad de la persona», se funde con el cristianismo.

La educación es una cuestión política. No se puede seguir sosteniendo que la educación no es política. Ya pasó el tiempo de los textos caducos que hablaban de una educación puramente educativa, por encima de la política. Hasta el gobierno ha tenido que reconocer que es un problema político; y sostiene que se quiere frenar su proceso educacional como un intento de sabotear su impulso político. Así hablan los ministros y demás representantes del régimen, que el problema educacional es político. Sin embargo, en su ley plantean que la educación está al servicio del hombre, que sirve para desarrollar la dignidad personal, las condiciones de la persona y sus modalidades trascendentes. Se establece en el artículo 6° de la ley: «la educación peruana tiene como finalidad fundamental la formación integral de la persona humana en sus proyecciones inmanentes y trascendentes». (Inmanente es lo de aquí, de la Tierra. Lo que está más allá de la Tierra, eso es lo trascendente; lo trascendente es Dios, lo cristiano. A esto, con mayor claridad, se refería el plan de Belaunde).

Así, en esencia, sostienen que la educación es para el hombre en tanto que hombre, y que apunta a la formación inmanente y trascendente en cuanto desarrollo integral de la personalidad. ¿Existe una educación al servicio del hombre en cuanto hombre? No. Por la sencilla razón de que el hombre en abstracto no existe, lo que existe es un hombre concreto; existe un hombre que es maestro y otro que es ministro, el primero es trabajador y el segundo es cabeza de un aparato burocrático; no son lo mismo, aquel combate por las reivindicaciones del magisterio y del pueblo y este busca aplastarlas. No es, por tanto, la existencia del hombre en general lo que se debe tener en cuenta, sino la condición de trabajador o explotador, la condición de obrero o de capitalista o burócrata lo que importa; condiciones que son radicalmente diferentes y contrapuestas.

¿Por qué plantean una educación al servicio del hombre? Porque pretenden ocultar el carácter político de la educación. La educación, en última instancia, es una función política por la cual la clase dominante conforma a los dominados de acuerdo con su mentalidad y en función de sus necesidades. Cuando nos dicen que la educación es para el hombre, ocultan que la educación tiene un fin político al servicio de las clases dominantes y del aparato estatal imperante; por eso sustentan tesis humanistas, planteando que el hombre es persona, un ente abstracto, espiritual. Pero hace más de cien años se ha reiterado científicamente que el hombre es un ente material real, concreto, con necesidades materiales de alimento, vestido, vivienda, cultura, etc., por lo cual trabaja transformando el mundo para satisfacerlas y lucha por defender sus intereses. Entonces, pues, no hay hombre en abstracto. Aquí nos plantean viejas concepciones que podríamos entroncarlas, por ejemplo, con el siglo IV antes de nuestra era, podríamos remontarnos a los sofistas del pensamiento griego quienes plantearon que había hombres en general. Solo que a esta concepción sostenida por la burguesía se le está agregando un tinte cristiano personalista. Cuando ellos destacan la persona como centro, lo que están destacando es el carácter espiritual del individuo. Para ellos, el hombre viene a ser una persona, una espiritualidad que se plasma en el trabajo, que se crea o se autocrea mediante el trabajo. Con esto lo que hacen es negar el carácter político de la educación y lo sustentan de tal manera que se educa en función de sus intereses. Solo transmiten aquello que les conviene y esto lo comprobamos en aquello de que la concientización, como veremos, sirve para difundir entre los peruanos y formar a los peruanos en el camino propio de la llamada «revolución peruana».

¿Esto no es formarlos en las ideas del régimen? Eso es una clara muestra del carácter político que simplemente se oculta con la tesis del personalismo.

Así pues, el fundamento ideológico de la Ley General de Educación es el viejo humanismo idealista burgués adobado con concepciones medioevales devenidas hoy en personalismo cristiano. Esto se ve en la exposición de motivos: «Es preciso poner de relieve, en primer lugar, la inspiración profundamente humanista y la vocación genuinamente democrática de la nueva educación. El valor fundamental que ella reconoce es la dignidad de los hombres [...] (que) solo puede sustentarse y preservarse mediante el reconocimiento de la autonomía de la persona y de la capacidad soberana de decidir su vida», así como en el ya referido artículo 6°.

Fundamento político de la Ley General de Educación. Lo vemos en los tres fines: la educación para el trabajo, la educación para el cambio de las estructuras y la educación para la defensa de la soberanía nacional.

a) La educación para el trabajo está íntimamente ligada con la concepción humanista de la ley, la que luego del párrafo citado dice: «de allí la necesidad de relacionar estrechamente la educación con el trabajo, tradicionalmente menospreciado, especialmente en su forma manual, por prejuicios de una mentalidad colonial y aristocratizante». El trabajo es concebido en la ley como ejercicio solidario de la capacidad de autorrealización de la persona, que trabajamos para autorrealizarnos como espíritu y, por tanto, es una sacrosanta acción espiritual.

Esta interpretación del trabajo es incorrecta. Es una tesis idealista que solamente sirve para engañar, ocultar el fondo de la cuestión porque el trabajo no es sino la relación de explotación en una sociedad como la nuestra. Una relación por la cual quien tiene los medios de producción contrata la fuerza de trabajo de quien no tiene los medios de producción; de tal modo que quien tiene los medios de producción se convierte en explotador de la fuerza de trabajo de quien no los tiene, del obrero o trabajador en general. Esto es lo real. No nos van a hacer consentir que el maestro es la vocación espiritual por desarrollarse en función del magisterio; la relación del magisterio es una relación actual en la cual el maestro vende su fuerza de trabajo al Estado para cumplir una función social que es la educación. Y en esta relación el Estado impone condiciones que el maestro tiene que cumplir, más aún le impone un salario, un sueldo que no aumenta si no se le exige. ¿Y por qué plantean la autorrealización del

espíritu? Para ocultar la relación de explotación, para sustentar su tesis de educación para el trabajo negadora del carácter de clase de la relación de explotación que tiene el trabajo en el país.

¿Quién planteó la teoría de que la educación es para el trabajo? John Dewey, quien sostenía: en el mundo hay dos tipos de hombres, «unos que tienen cabeza» y otros «que tienen manos»; los primeros son los intelectuales, superiormente dotados, pero pocos, y la inmensa mayoría son solo elementos manuales, aptos únicamente para el aprendizaje manual y para el adiestramiento en el manejo de máquinas y herramientas. Y hoy esta tesis surge en el país como una concepción revolucionaria, restableciendo una reaccionaria y caduca tesis del pragmatismo norteamericano. ¿Por qué plantean la educación para el trabajo? Porque quieren formar brazos diestros para el servicio de su sistema productivo; de ahí que sostengan que la educación es para la producción, como Belaunde.

b) La educación para el cambio de las estructuras. Hace diez años que Salazar Bondy, asesor educativo y funcionario del régimen, sostiene que toda la educación debe servir a la producción y para cambiar las condiciones sociales. Con esta tesis se quiere plantear una educación que sirva para imponer el molde estructural del capitalismo burocrático; la educación deberá servir a esos fines ideológica y prácticamente. Y se presenta este proceso de capitalismo dependiente como el único camino a seguir, difundiendo que en el mundo hay un «camino ni comunista ni capitalista», único transitable en el cual la educación debe adoctrinar al pueblo.

En conclusión, el cambio de estructuras que la ley plantea no es sino las modificaciones que se implementan en función del camino burocrático y al mismo debe servir la educación, según el enunciado de educación para el cambio de las estructuras.

c) La educación para afirmar la nacionalidad. Se impulsa el nacionalismo, se difunde el orgullo por un gran pasado, se destacan virtudes, se exalta —como único y grandioso— el proceso presente, señalándose un justo y óptimo futuro común, con lo cual no hacen sino ocultar la diferencia de intereses de clase tras la unificación nacional; enarbolan, pues, el nacionalismo para destruir y ocultar la lucha de clases. Los representantes del régimen niegan la lucha de clases; dicen que la lucha de clases es un concepto desquiciador, y uno de los fines de SINAMOS es precisamente disolver de la mente del pueblo la idea de la lucha de clases. Pero

cuanto más intentan disolverla más la atizan. Negar la lucha de clases es el fondo del enunciado de la educación para autoafirmar la nacionalidad.

Los fines políticos, resumiendo, son: habilitar brazos nuevos más diestros y más baratos para sus fines productivos; utilizar la educación en función de los cambios estructurales para desarrollar el capitalismo burocrático; impulsar el nacionalismo para destruir y negar la lucha de clases en el país.

Meta económica de la Ley General de Educación. ¿Cuál es la meta económica que se fija la ley? Dice: «La educación debe servir para elaborar planes educativos a fin de alimentar flexiblemente un aparato económico-social en desenvolvimiento». Aquí está la madre del cordero, ¿y dónde está aquello de que nos realizamos espiritualmente cuando trabajamos y todo lo demás?, es puro canto de sirena. El problema es lo que está en el primer principio planteado por Belaunde, el incremento de la producción y de la productividad. Los ministros de Economía y Trabajo siempre han dicho: el aumento salarial debe estar en función del aumento de la productividad. La meta que se pretende consolidar es esta: servir al camino capitalista burocrático, esto es, incrementar la producción, acelerar la acumulación originaria, pagar todas las deudas a los Estados Unidos y desarrollar el capitalismo burocrático en beneficio de los explotadores y el imperialismo en especial. Esta es la esencia de la meta económica que se fija el Decreto Ley 19326.

El principio pedagógico. Los tres conceptos pedagógicos fundamentales de la nueva Ley General de Educación son la crítica, la creación y la cooperación, planteados así:

> En todas y en cada una de sus acciones la educación debe cultivar el espíritu crítico de los educandos para desarrollar el sentido de la observación y de la reflexión racional que les permita entender el mundo y operar eficazmente sobre él. Asimismo, debe promover la actividad creadora, gracias a la cual los educandos expanden su personalidad y contribuyen a enriquecer la existencia. Debe además vigorizar la actividad cooperativa que está en la auténtica comunidad humana.

Esto merece comentarse.

Primera cuestión: «la educación debe ser crítica». Esto quiere decir ser objetivo y comprender las cosas tal cual en el mundo son. Hace más

de dos mil años se nos viene repitiendo lo mismo; los filósofos actuales se devanan los sesos para demostrar que hay un conocimiento objetivo, limpio, puro, al margen de la lucha de clases. Esto es una falacia. No hay espíritu crítico independiente; lo único que hay es espíritu crítico de clase. Se puede formar en el espíritu crítico de la burguesía o en el espíritu crítico del proletariado; se puede ser crítico y objetivo desde el lado de los explotadores o desde el lado de los explotados. Pero ponerse en el medio no es sino idealismo podrido que tiene más de dos mil años. Esta tesis busca que los educandos acepten todo lo que se les enseñe como una verdad pura, neutra, sin carácter de clase. Pero todo lo que se enseña sirve a una clase, entonces recibirán las enseñanzas de la clase explotadora como beneficiosas para todos. Este es un envenenamiento sistemático bajo el nombre de crítica objetiva.

Segunda cuestión: «promover la actividad creadora del educando». Esta es la teoría de que el centro de la educación es el niño y es también una tesis de Dewey, quien propugnaba: «permitir que los niños expresen libremente su capacidad creadora», desarrollando su capacidad instintiva, su capacidad práctica, su capacidad sentimental, etc., «guiando su actividad libremente para que hagan su libre futuro en una sociedad democrática». ¿Es cierto que los niños tienen libre capacidad creadora, un conjunto de capacidades y posibilidades de acción al margen del mundo social y de la clase a la que pertenecen? No. Si tomamos niños de las clases dominantes y de las clases explotadas, desde el lenguaje se ve que es más rico en los explotadores porque tienen más experiencias y más medios glósicos, mientras las clases explotadas tienen, por su misma situación social, un lenguaje mucho más reducido. Por otro lado, cuando se plantea «dejar libre capacidad creadora a los niños» se quiere hacer consentir que el maestro no imprime ideas en los niños, y todos sabemos que los maestros transmiten ideas, que el maestro transmite conocimientos, concepciones o ideas. Esto es lo real. Si el maestro tiene ideas avanzadas, por muchas trabas que le pongan los vigilantes de turno, transmitirá al niño nuevas ideas y nuevas concepciones; pero si el niño tiene un maestro retrógrado, hará también del niño un retrógrado. El maestro es decisivo en imprimir ideas en el pensamiento de los niños, porque la mente de los niños es, incluso, permeable. Quieren hacer consentir que en los niños no se imprimen ideas; sin embargo, imponen un sistema, un programa con todo lo que debe transmitirse a los niños bajo la idea de que se trata de «libre desarrollo creador». Este planteamiento no es, pues, sino una taimada posición para facilitar el adoctrinamiento en pro del sistema.

Finalmente, en lo referente a «vigorizar la actividad cooperativa», se plantea la fraternal solidaridad general de todos. Está bien que sean solidarios quienes tienen intereses de clase solidarios, pero no puede haber solidaridad entre explotadores y explotados. Lo que se pretende es fomentar el cooperativismo y la solidaridad de los opresores, «todos iguales y unidos», para negar el interés de clase de los oprimidos. Se puede tener interés cooperativo y solidario de clase, los obreros entre ellos son solidarios, pero no con los explotadores y sus agentes.

Los medios o mecanismos de la ley. Aquí tenemos el problema de la concientización y de la participación. La ley plantea que la concientización es un objetivo, algo que debe cumplir la «nueva» educación o la educación sostenida por el régimen. ¿Qué es concientización? El Informe General de la Reforma, publicado en 1970, es muy útil para precisar este concepto. Dice: concientizar es formar en los educandos un concepto crítico y objetivo de su medio, de las condiciones, para que participen responsablemente en el proceso; esto es, darles una concepción para que puedan comprender la sociedad y actuar sobre ella, proceso que implica borrar otras concepciones, por lo cual concluye sentando: «concientizar es, pues, desalienar».

Así, concientizar implica desalienar o borrar otras concepciones para formar en la propia del régimen; pero ¿qué ideas borra?, simplemente todas las ideas opuestas, especialmente el marxismo y sus ideas políticas. Desalienar, en buena cuenta, quiere decir despolitizar, esto lo prueba el artículo 19 de la ley, donde dice que no habrá politización, sino concientización. Por otro lado, concientizar apunta a dar una concepción pura, limpia, al margen de la política, esto es, a difundir sin oposición su concepción reaccionaria. El referido informe dice a la letra: «Nada de esto (de la concientización) supone intentar la politización partidarista de la educación. La concientización de toda la población peruana comprenderá la problemática histórica y social del Perú como país subdesarrollado», y prosiguiendo resalta: «las exigencias y beneficios del cambio estructural, la necesidad de este cambio, de acuerdo con el modelo peruano de desarrollo que se está definiendo a través del proceso revolucionario». De esta manera, concientizar es adoctrinar en el «camino ni capitalista ni comunista» con exclusión de toda otra posición, pues sería «politización partidarista».

El plan es, por tanto, concientizar, formar en las ideas del régimen, en la imagen y en el sentido «de la sociedad humanista, socialista, cristiana y nacionalista». En conclusión, la concientización viene a ser la con-

formación ideológica y política del pueblo peruano en el sistema fascista y en el sistema corporativista. La concientización es para la participación que es una de las metas de la educación.

Acerca de la participación se dice: «Todos debemos participar a través de las comunidades o sea de los diferentes organismos sociales», por ejemplo, del municipio, del «sindicato», de los organismos estatales, etc. Aquí lo que se plantea es el participacionismo comunitario para oponerse a la participación organizada de las clases. Ese es el fundamento de la participación. Negar la participación clasista de las organizaciones de masas según sus intereses de clase y promover la acción de «organizaciones comunales», como la comunidad industrial (de patrones, técnicos y obreros, todos «trabajadores»), «sindicatos participacionistas», etc.

En segundo lugar, las grandes comunidades de participación son la familia, la Iglesia y el Ejército y demás organizaciones comunales. En un país como el nuestro la familia tiene caracteres semifeudales, como el paternalismo; pues bien, lo que se busca es utilizar los elementos conservadores de la familia para frenar el proceso avanzado a partir de la familia. La ley de educación para ello da mayor injerencia a las asociaciones de padres de familia sobre el problema de dirección escolar.

En cuanto a la Iglesia, la Ley General de Educación garantiza la difusión religiosa en todos los niveles, incluido el universitario. ¿No es esto garantizar la injerencia de la Iglesia en la educación? La Iglesia en el país es un gran peso conservador (no hablamos de la conciencia religiosa de nadie, sino del aparato institucional ligado al Estado) y ejerce amplia y fuerte influencia, todo lo que ahora por mandato legal pesará más para contener el desarrollo de la educación en el país.

El Ejército tiene también directa y mayor injerencia ahora porque la educación, según la ley, debe servir a los planes de seguridad y defensa nacionales. Se dispone que los ministerios de Guerra, Marina, Aeronáutica e Interior organicen programas educativos cívicos, para formar en el civismo, la defensa y capacitar contra las calamidades naturales o humanas. ¿Cuáles son esas calamidades humanas?, ¿no serán las guerrillas y otras luchas populares?; entonces, ¿tendrán que organizarse programas de persecución y represión de las acciones populares?, ¿todo esto no viene a ser parte del sistema de defensa civil?

En cuanto a la participación de «otras organizaciones», ¿cuáles son? Lógicamente las organizaciones políticas del Estado, claro que no las

«político partidaristas». ¿Y qué va a pasar si agregan otras distinguidas organizaciones como cámaras de productores, de comercio, de banca y sociedades filantrópicas y de buena moral? Simplemente que, en síntesis, se monta todo un sistema de control y sometimiento de la educación para combatir todo lo que es progresista y revolucionario.

Finalmente se plantea la participación ligada a la libertad. Todos los peruanos tenemos que educarnos toda nuestra vida, escolar y extraescolar, según la Ley General de Educación. Pero, así como hay «derecho para educarse» hay libertad para educar y, por tanto, la educación privada es una educación que se basa en la libertad de educación, garantizando la existencia de escuelas privadas. Y, más aún, las escuelas privadas son un gran aporte positivo que soportan —dice la ley— la responsabilidad de educar a más peruanos cada día. Así, en nombre de la libertad y de la participación se garantiza hoy la escuela particular; y yendo más allá, se plantea garantizar sus ganancias —aunque no el lucro definido— en el artículo 320 como: «todo ingreso que exceda a los gastos que se originen en la ejecución, depreciación de la edificación e instalación de equipos, así como para incentivar las inversiones educativas de interés social». En conclusión, pueden invertir y tener su justa ganancia que garantice incentivar más inversiones en la educación y privatizarla más en nombre de la libertad y de la participación.

La nuclearización. En lo referente a la nuclearización, la Ley General de Educación no puede llevarse adelante sin ella porque es el medio a través del cual se pretende utilizar las instalaciones educativas actuales, las instalaciones privadas y abrir las puertas a la participación de la empresa privada en la educación nacional. Por eso se la considera indispensable.

2. El sistema educativo

La nueva ley crea el Nivel Inicial para acabar, dice, con la expresión de la violencia sistemática y crónica que sufren los niños por el hambre. Esa es la meta planteada y se habla de proveer medios que sirvan para acabar con esos males que aquejan a la niñez peruana. Sin embargo, hay que destacar lo siguiente: la ley considera que el centro de la educación inicial es la preparación de los padres para comportarse mejor en sus relaciones familiares; así, entonces el problema de resolver los males que padecen los niños es un problema familiar y no un problema social. Lo que quiere hacerse es utilizar el problema de los niños para desarrollar y fortalecer la familia.

El Nivel Básico viene a ser el fundamento mismo del sistema educativo. La ley dice: sirve para desarrollarse como persona y lograr habilitación específica en un trabajo útil para sí mismo y la comunidad.

El Nivel Básico apunta a la habilitación específica en un trabajo útil, quiere decir que los nueve grados que conforman la educación básica servirán para formar personas con una capacidad y habilidad de trabajo. Preguntémonos, una persona que sale con 15 años, por mucha habilidad que tenga, ¿podrá ser considerado un especialista en su trabajo? En modo alguno. Lo que se va a producir son aprendices, personas con cierta habilidad manual mas no conocedores de una actividad técnica y solo podrán ingresar como aprendices al servicio de otros. ¿Al servicio de quiénes? Si vemos el Plan Económico, el crecimiento y la utilización de la mano de obra en el Perú recae sobre la pequeña industria y en la organización de la producción artesanal; pues a ella ingresarían estos «nuevos aprendices» y, como tales, sus salarios serán menores. Si, por otro lado, consideramos la desocupación y sus perspectivas, los salarios se van a reducir por mayor oferta de brazos; de tal manera que esta piedra maestra de la educación es un instrumento de graves consecuencias para la clase trabajadora.

Hay otros problemas en la educación básica, cuestiones académicas. Habrá un certificado único cuando se termine el nivel; si no se termina el nivel, ¿no se tendrá certificado? En un país como el nuestro, donde un porcentaje muy reducido de los que comienzan sus estudios los terminan, ¿qué va a pasar?, ¿va a ser una primaria de cinco con un nivel básico de nueve años?, claro es que se dice que no habrá repetición de grado y además habrá promoción automática, ¿es cierto lo primero y, en nuestras condiciones, a quiénes beneficiaría lo segundo? Sobre la misma cuestión académica caben otras preguntas: ¿hay alguna relación entre el nivel básico y los niveles de la educación norteamericana? ¿Qué relación hay entre el nuevo sistema y el que se sigue en Puerto Rico, colonia yanqui, o sus similitudes?, ¿son simple coincidencia? Estas y otras son cuestiones académicas casi no tratadas.

Del Nivel Superior. Solo destacaremos lo siguiente: se introduce la ESEP, una escuela postsecundaria, no universitaria, en la que se formarán profesionales; se va a formar lo que en el Perú ha sido repudiado, el mando medio. Se pretende formar profesionales más baratos y utilizarlos para reducir el salario de los profesionales en el país, por un lado. En segundo lugar, se busca reducir la acción universitaria y formar profesionales en condiciones aisladas del mundo social; la ESEP estará en manos

del Ministerio de Educación y de la empresa particular. A este paso la empresa minera Cerro de Pasco va a formar una ESEP para mineros (no serán ingenieros mineros sino profesionales de ESEP), pero la ley dice que una ESEP puede transformarse en universidad con autorización ministerial (mas una universidad no puede tener ESEP). Así, formarán profesionales al gusto y medida de los amos; para eso sirve la ESEP. Es un instrumento peligroso; pero para la Ley General de Educación, la ESEP es trascendental.

Además, se desarrollan programas de educación especial, entre estos el de calificación profesional extraordinaria. Sobre esto la ley dice que prepara, perfecciona y especializa a sus respectivos cuadros de personal. Es considerada prioritaria porque el desarrollo del país plantea elevar la productividad peruana. Lo que decíamos antes está puesto aquí con todas sus letras. No es problema del trabajo en función del espíritu, es problema de hacer rendir más porque el problema es la productividad.

La extensión educativa es inseparable de la concientización. La extensión educativa es llevar la educación a todas las masas, adoctrinarlas en el sistema «ni capitalista ni comunista»; esto es, en las ideas fascistas y en el sistema corporativista. ¿Quién realiza la extensión educativa? El Estado, las empresas particulares o los particulares autorizados por el Estado. ¿El Estado facultará al SUTEP para hacer extensión educativa?, ¿o a la FENTEP[3]? Demás está decir, autorizará a quienes le sirvan.

Finalmente, la ley plantea Programas para la seguridad que «incluirán instrucción premilitar y además comprenderán la educación relacionada con la defensa civil y el auxilio social, que los miembros de la comunidad deben prestar en casos de desastres causados por las fuerzas de la naturaleza y por la acción humana» (artículo 249). «Y esos programas imparten el Ministerio de Guerra, Marina, Aeronáutica e Interior».

3. El magisterio

Primera cuestión. ¿En qué condición queda ahora el maestro? El maestro se dice que ha sido dignificado y que se le reconoce su alta capacidad y jerarquía, etc. Sin embargo, el maestro debe estar al servicio de la comunidad y debe irse perfeccionando constantemente para la evaluación permanente; esto quiere decir que los maestros constantemente deben ser

[3] FENTEP era la Federación Nacional de Trabajadores de la Educación del Perú contraria al SUTEP.

evaluados en su función magisterial y en su capacidad de concientizador y promotor social. Y si no concientiza le evalúan mal y ¿lo subrogarán?; en el artículo 346 se dice que todos los actuales maestros prosiguen en funciones y que participarán en cursos de capacitación, etc., «con vistas al respectivo nombramiento». Mal pueden reivindicar al maestro quienes montan un sistema que cuestiona su estabilidad.

Segunda cuestión. ¿La ley ha resuelto el problema económico de los maestros? No. Este es un grave e importante problema no tratado y al que planean enfrentar usando de la Cooperativa Magisterial. Baste recordar aquí que, cuando hace 70 años se planteaba modificar la educación, se dio capital importancia al problema del haber de los maestros elevándoselo como condición indispensable para promover la educación.

Tercera cuestión. ¿Cómo participarán los maestros en el proceso educativo? Se dice que los maestros son el soporte de la educación y que ellos participarán a través de los organismos legales. ¿Cuáles son los organismos legales? Los Consejos Educativos cuya conformación es: 40 % maestros, 30 % padres de familia y 30 % las autoridades comunales. La mayoría son los no maestros, y los maestros solo podrán presentar sus peticiones, sus opiniones, sus aportes a través de esos organismos legales; si los maestros hicieran un plan sobre cualquier cuestión quienes decidirán, en un pequeño pueblo, por ejemplo, serán el gobernador, el juez, el alcalde, el párroco, etc. Y si ayer lo hacían por su poder, hoy lo hacen más y «obligados por la Ley». Así se introduce un mayor control y sometimiento del maestro mientras se habla de reivindicar su dignidad.

Cuarta cuestión, la formación del magisterio. Decíamos que a comienzos de siglo se preocuparon por formar profesionalmente a los maestros y se creó una Escuela Normal hace más de medio siglo. Hace también muchos años Javier Prado planteó lo siguiente: las universidades deben ser centros formadores de maestros, porque el magisterio necesita tener un alto nivel formativo, pues si no, en qué manos se pone la formación de las juventudes del país. Poco a poco se impuso la formación de maestros en universidades y en 1945 se crea por primera vez una Facultad de Pedagogía en San Marcos, después en Cuzco y Arequipa, hasta que las universidades reivindican la formación magisterial de secundarios primero y posteriormente de primarios. En esto, La Cantuta cumplió un gran papel. La ventaja de que los maestros se formen en universidades está en que adquieren un nivel de formación más alto y por ende un reconocimiento profesional elevado, más claramente definido.

Sintetizando, la experiencia del país nos demuestra que toda posición de avanzada o que ha querido plantear ideas progresistas en educación ha exigido que la formación magisterial sea universitaria, no de escuela normal; porque las escuelas normales, dependientes absolutamente del Ministerio, no dan a los maestros la formación que necesitan (si históricamente tenemos maestros formados en normales, en buena hora, para ellos se puede hacer ciclos de perfeccionamiento; pero si tenemos maestros en universidades, mejor que mejor). Nuestra marcha es, pues, hacia la formación universitaria del magisterio; pero la ley plantea volver atrás a la formación en escuelas normales, en ESEP. La ley quiere sacar de la universidad la formación profesional del profesorado y plantea que, desde 1972, para que las universidades formen profesores, necesitan firmar un convenio con el Ministerio que implica ver si dispensan o no la autorización. Sin embargo, el Ministerio sí puede formar escuelas normales, ESEP, entregarlas a quien le convenga y luego convertirlas en universidades.

En general, en el Perú la línea progresista es que las profesiones las formen las universidades. Y esta ley pretende al revés. En esto, evidentemente, el beneficiado es el Estado en detrimento de la formación del maestro y de la educación.

III. CONCLUSIÓN

La Ley General de Educación no viene a ser sino el camino burocrático en lo ideológico; esto quiere decir que esa concepción corresponde al proceso del capitalismo burocrático. Por tanto, lo que intenta la ley es formar ideológicamente a las masas para servir a ese proceso, en modo alguno al pueblo. ¿A quién beneficia? Claramente beneficia al imperialismo, a la burguesía intermediaria y a los latifundistas; ellos son los directos beneficiarios.

¿Qué importancia tiene en el proceso? Con ella el régimen ha dado sus tres leyes fundamentales. La primera ha sido la agraria; la segunda, la industrial; y la tercera es esta, la Ley General de Educación, es el remate del sistema. Por eso sostienen que para el Gobierno es una prueba de fuerza su aplicación. Esta ley es clave porque con ella se apunta a uniformar ideológicamente al pueblo para llevarlo por el camino del régimen. Asimismo, por este medio pretende —aunque nunca lo va a conseguir— borrar las concepciones del pueblo, borrar el marxismo para

imponer el fascismo; pretende imponer el sistema corporativista como la sociedad ideal y pretende hacer consentir que el sistema está «al servicio de todos los peruanos» cuando lo único cierto es la explotación del pueblo en beneficio de unos pocos presididos por el imperialismo. Esto es lo importante de esta ley.

Concluyendo, hemos planteado que este sistema educacional no responde a las necesidades del país; por tanto, ¿qué educación es la que se necesita? La educación que el país necesita es la nueva educación, nos referiremos al nuevo sistema de educación del país, no a la llamada escuela nueva. La nueva educación debe tener un claro carácter de clase y debe servir a las mayorías nacionales. Esta es la primera cuestión. Debe servir a obreros y campesinos. Claramente tiene que definir que ese es su signo; no puede decirse que sea para el hombre. Por otro lado, tiene sus características. Ser nacional o sea antiimperialista, tiene que permitir el desarrollo de la nacionalidad a partir de las masas explotadas porque no hay otra forma de hacer nacionalidad en el país. Tiene que ser democrática, esto es, una educación que abra las puertas a los hijos de las clases explotadas porque son las inmensas mayorías. La nueva educación tiene que ser escuela única, una sola escuela para todos; no puede haber escuela particular porque sirve para formar a unos como señores y a otros como siervos. Tiene que dar paso a una escuela coeducativa, donde hombres y mujeres estudian juntos, porque habiendo unión de clase no pueden dividirse por la simple cuestión de sexo. Deberá ser politécnica, donde basándose en el trabajo aprendan a dignificarlo forjando manos diestras para trabajar, así como una cabeza para pensar.

En conclusión, la nueva educación, como dice Mariátegui, «democrática e igualitaria en virtud de la cual cada miembro de la sociedad reciba toda la instrucción a que su capacidad le dé derecho», basada en el principio de educación y trabajo. Esa es la nueva educación que necesita nuestra patria para el futuro; ella no puede ser creada por la burguesía, esta educación solo puede ser obra del campesinado y de la clase obrera, nadie más la puede crear.

ANÁLISIS DEL PLAN NACIONAL DE DESARROLLO 71-75[1]

(Extractos)

Marzo de 1972

I. LAS MEDIDAS PREPARATORIAS

Por Decreto Supremo del 28 de mayo de 1971 el Gobierno aprobó el Plan Global o Volumen I del Plan Nacional de Desarrollo para 1971-1975, elaborado según los «lineamientos básicos de política de desarrollo a mediano plazo» de 1970. Con él pretende el Gobierno planificar y dirigir la economía en función de sus objetivos y concepciones.

[...]

II. EL PLAN 1971-1975

1. Concepción, objetivos y metas

El Plan parte de que el país es subdesarrollado, entendiendo por tal una situación histórica concreta, singular, una realidad «específica» no generalizable universalmente sino solo en lineamientos, en tanto que similitudes dadas por la dependencia internacional. Definiendo dependencia como «el fenómeno imperialista, es decir la penetración de los intereses económicos de los centros industriales de gran poder sobre áreas de economía menos diversificada y de carácter preindustrial».

Así, se oculta o encubre el carácter semifeudal del país, la raíz del atraso sobre la que actúa la explotación imperialista; es muy importante

[1] Publicado en *Voz Popular* N° 3.

destacar esto señalando que, como está de moda en algunos intelectuales, solo se indica el «carácter preindustrial» de nuestra sociedad para luego disolverlo tras el concepto de dependencia. Se niega la base semifeudal de la sociedad peruana y, por tanto, la necesidad de la lucha campesina para barrerla; mientras, por otro lado, se intenta esbozar un antiimperialismo que, carente de su base natural, la movilización antifeudal del campesinado, se disuelve en palabrería y pose demagógicas.

Para el Plan, el subdesarrollo «se manifiesta en profundos desequilibrios estructurales que, internamente, generan relaciones de subordinación de unos sectores sociales con respecto a otros»; desequilibrios que tendrían un carácter específico y propio, peculiar. Deduciéndose que el problema solo consiste en superar desequilibrios internos, los que no estarían sujetos a las leyes sociales que se dan universalmente; en concreto, al margen de la lucha de clases.

Por otro lado, el Plan define la sociedad peruana como «dependiente dentro del sistema capitalista», o sea sujeta «a la penetración de los intereses económicos de los centros industriales de gran poder». Se parte de la aceptación de que hay países industriales y preindustriales y en modo alguno se comprende científicamente el fenómeno imperialista y su esencia expansiva y colonialista; de ahí que se pretenda simplemente reglar la inversión extranjera, se la busque ansiosamente y como se dice en el prólogo: «en síntesis, el Plan Nacional de Desarrollo [...] postula un óptimo crecimiento económico para lo cual supone un adecuado flujo de capitales del exterior». Esto es plantear una lucha antiimperialista con ayuda del imperialismo.

Finalmente, en la concepción del desarrollo, a más de concebirlo como acción reductora de desequilibrios internos y de la condición dependiente del país, «el desarrollo se torna en el sinónimo más perfecto de la paz social» y al mismo tiempo sirve a la planificación. Así, en síntesis, plantea que el desarrollo de las fuerzas productivas, sin romper las relaciones semifeudales y semicoloniales dominantes, tiende a la paz social para oponerse a la lucha de clases, y cree en la posibilidad de planificar en un régimen como el actual.

[...]

2. Política social

[...]

Claramente se expresa la política social del Gobierno que busca movilizar a las masas tras su camino «ni capitalista ni comunista», imprimirles estas metas por la concientización y organizarlas en función de sus planes gubernamentales, apartándolas y preservándolas de toda otra ideología, especialmente la temible ideología del proletariado. La «movilización social» es clave en el Plan, y SINAMOS es su gran instrumento.

3. Política económica

En este importante capítulo III del Plan se establecen cuestiones básicas para la comprensión del mismo. Se plantea el papel fundamental que cumplirá el Estado, convirtiéndose en el motor impulsor del proceso económico que se planifica; así, refiriéndose al proceso industrial, meta del proceso, dice que el Estado «asumirá prácticamente la conducción de la actividad industrial y la responsabilidad de impulsarla», para lo cual se ha reservado la industria básica para contribuir «en forma importante en el proceso de formación de capital del sector industrial».

[...]

Como dice el propio Plan:

> En síntesis, la política económica diseñada para el mediano plazo incide en la realización de un extraordinario esfuerzo de inversión, financiado fundamentalmente con ahorro interno y en el que el Sector Público desempeñará un papel predominante, destinado a garantizar las posibilidades de un desarrollo permanente y autosostenido.

Hasta aquí la franqueza de los planificadores que no podría ir más allá, por tanto debe entenderse lo que dicen teniendo en cuenta lo anterior; en síntesis, traducido a los intereses contrarios, a los del pueblo: un gran esfuerzo más de obreros, campesinos y trabajadores en general para que, reduciendo su consumo, aumentando las ganancias empresariales e incrementando las arcas fiscales con más impuestos indirectos, pueda el Estado impulsar un proceso «desarrollista» en unión con los grandes capitalistas nacionales y al amparo de las inversiones imperialistas. Así, al término del plan se cumplirá con la deuda externa, los esforzados latifundistas y empresarios habrán consolidado sus posiciones, el Estado se habrá fortalecido y «recobrado autoridad» y el país «más desarrollado» y ya en pleno «despegue permanente y autosostenido» seguirá bajo la desplumada águila imperialista yanqui; y las masas en «participación

plena», aunque más pobres y aherrojadas, tendrán «la invalorable y orgullosa satisfacción de haber cumplido un papel histórico» siguiendo el camino propio y peculiar del ni capitalismo ni comunismo, «humanista, socialista, libertario y cristiano».

4. Política de acondicionamiento del territorio

[...]

Esta política habla por sí sola: desarrollo para unos y atraso para otros, especialmente para la serranía peruana; el Plan sigue la tradicional creencia de que el país es la costa; y ¿cómo pedirles lo contrario? En las masas solo ven brazos para explotar, ya lo dijo Engels, y las ideas de clase siempre se manifiestan, no importa cuán demagogo se quiera ser.

5. Política de transformación del Estado

Aquí el Plan comienza destacando la nueva y gran misión del Estado peruano de crear una «nueva sociedad justa, humanista, libre y cristiana», y para:

> Viabilizar tales objetivos nacionales [...] requiere de una nueva administración pública, lo que prefigura la constitución de un Estado sobre una nueva base institucional de interrelación con la sociedad global y sus grupos e instituciones. Temporalmente, es el Estado, a través de su administración, el que asume los recursos y poderes antes concentrados en la clase dominante.

Aquí lo principal es la necesidad de reforma administrativa, la cuestión es la concepción del Estado. Se nos habla conmovedoramente de un nuevo Estado sobre una base de relaciones con toda la sociedad; y, luego, conscientes de su misión histórica, plantean una transitoria concentración de «los recursos y poderes antes concentrados en la clase dominante» en manos del nuevo Estado. ¿Es que las clases dominantes han perdido el poder?, ¿a qué clase ha pasado?, ¿a qué clase representa el gobierno que asumió el Estado peruano?, ¿es que luego de la concentración transitoria va a entregar el poder al proletariado? Demagogia y palabrería sin sentido que solo puede engañar a intonsos políticos y satisfacer a poltrones y encallecidos oportunistas. La verdad monda y lironda se aclara en la página 68 del Plan Global, donde a la letra dice:

> Se propone una filosofía que otorgue al Estado capacidad plena de acción directriz: es el Estado, en tanto que expresión y repre-

sentación total de la sociedad que corresponde el poder, que el país requiere para su acción de promoción, cambio y redistribución de los recursos y roles sociales que habían estado impuestos a partir del predomino ejercido por las clases dominantes.

Aquí tenemos la teoría del Estado como representación de toda la sociedad, del Estado por encima de las clases; esta no es una nueva filosofía, es la antigua tesis de todas las clases explotadoras de la historia, tesis archisabida y lapidada hace más de cien años por el marxismo, pero que renacerá mientras haya explotadores. Y de este Estado por encima de las clases (en concreto contra las clases oprimidas), dicen que las masas deben esperar su liberación y, más aún, que ya han recibido el comienzo de su liberación del centenario orden de explotación. Esta es en esencia la tesis fundamental del Plan en cuanto a política de transformación estatal; esencia confirmada cientos de veces cuando el régimen, a través de sus más altos exponentes, repudia la doctrina de la lucha de clases y aplasta con saña sus manifestaciones; y esencia en la cual pretenden «concientizar» a las masas para mantenerlas aherrojadas.

[...]

III. 1971: PRIMER AÑO DE APLICACIÓN DEL PLAN

[...]

El ejercicio presupuestario del 71 muestra, a las claras, las mismas tendencias de nuestra historia presupuestaria; el Gobierno pudo sanear el presupuesto mientras no intentaba impulsar un proceso económico, mas al hacerlo y querer hacer del Estado el impulsor, necesariamente se encuentra con los mismos problemas que ya otros, antes que él, tuvieron; las perspectivas presupuestarias no son buenas en modo alguno y las consecuencias, es obvio, se ve sobre quienes recaerán.

Finalmente, la aplicación del Plan en 1971 muestra real y concretamente que el ejercicio económico del año pasado no es en modo alguno favorable al Plan de Desarrollo y más bien presenta ya, en su primer año de vigencia, sus puntos débiles y favorables a las clases dominantes y al imperialismo, permite ver con nitidez sus perspectivas y carácter de clase, muestra más claramente sus similitudes con el Plan 67-70 y, lo que es más importante, deja ver que su esencia económica es reducir la participación de las masas trabajadoras para servir a la formación del capital

en beneficio no, como algunos pregonan, de las masas, sino de sus explotadores internos y del imperialismo. Toda otra interpretación no es sino ilusión y vana esperanza, buena solo para que los miembros del Gobierno y sus agentes pretendan influir en las clases oprimidas. Pero, como toda superchería, no resiste la confrontación con la realidad, y su aplicación la va desvaneciendo en las mentes del pueblo que logra embriagar, más aún en la lucha de clases que se libra, y más y mejor si quienes sirven al pueblo libran campaña en pro del desenmascaramiento del engaño y por la difusión de la verdad entre las mayorías.

IV. ANÁLISIS DEL PLAN NACIONAL DE DESARROLLO PARA 1971-75

1. Antecedentes

El Plan que comentamos tiene su innegable antecedente en el Plan de Desarrollo Económico y Social 1967-70 elaborado por el Instituto Nacional de Planificación bajo el Gobierno de Belaunde.

[...]

Plan de Desarrollo Económico y Social 1967-1970 que elaborara y llevara adelante el criticado régimen de Belaunde y cuya aplicación cortó el golpe militar institucional del 3 de octubre de 1968; sin embargo, una simple lectura del mismo y el más elemental análisis del mismo nos lleva a una conclusión: el actual Plan del Perú 1971-75 encuentra sus raíces en aquel y en buena cuenta es su continuación y profundización en nuevas condiciones concretas, especialmente internacionales, dictadas por el imperialismo y el natural desarrollo de las fuerzas en nuestra sociedad.

[...]

2. Síntesis y carácter del Plan

El Plan del Perú 1971-1975 es, pues, en síntesis, un nuevo plan para impulsar la acumulación o formación del capital en pro del capitalismo dependiente en beneficio de las clases explotadoras y del imperialismo, de la burguesía intermediaria en especial; que se plantea como:

– Orientado a la industrialización dependiente del país, a cuyo fin parte de promover la modificación de las relaciones de propiedad territorial, mediante la llamada reforma agraria, para liberar medios y fuerzas productivas en beneficio de aquella, impulsa paralelamente sectores eco-

nómicos que producen más divisas, la minería en especial, y reestructura integralmente la educación. Por ello las metas del Plan apuntan a tres campos fundamentalmente: el agrario, el industrial y el educacional, plasmándose en las tres leyes básicas del régimen.

– Basado en la acumulación o formación de capital a través del ahorro forzoso, el que se expresa en la deuda agraria del campesinado, derivada de la ley agraria, y la compra de acciones industriales por la clase obrera y los trabajadores, mediante la «participación de utilidades». En este punto las cooperativas, las SAIS y las comunidades industriales son organismos claves del proceso.

– Financiado fundamentalmente por el Estado que asume un papel impulsor directriz y de intervención directa en el proceso productivo, solo o asociado al capital privado nacional o extranjero.

– Sentando bases para la intervención privada, especialmente imperialista, de la que se espera financiación en amplia escala, asociada al Estado en particular; inversiones que se garantizan en función del amplio mercado del Grupo Andino.

– Pretendiendo la movilización de las masas mediante el fomento de la pequeña propiedad, la concientización y la organización de las masas populares; en este punto, SINAMOS es un organismo capital del plan económico y social en marcha.

– Y concebido como parte de las acciones prolongadas en pro de una «nueva sociedad justa, humanista, socialista, libertaria y cristiana, y generadora de un nuevo hombre», a cuyo surgimiento serviría «la revolución nacionalista y antiimperialista» y para cuya consecución el pueblo tendría «un único y gran instrumento: la fuerza armada» que, arrojando a la oligarquía, habría tomado el poder del Estado que estaría hoy por encima de las clases.

En concreto, nos hallamos ante un nuevo plan de acumulación de capital que generaliza y profundiza el anterior elaborado y aplicado por el gobierno belaundista, lo que viene a ser: desarrollar e impulsar la línea del capitalismo dependiente del imperialismo yanqui. El proceso de industrialización que se promueve basado en el ahorro forzoso pesa sobre obreros, campesinos y trabajadores en general; y requiere del papel dinámico del Estado a fin de sentar bases en beneficio de la inversión privada e imperialista en especial. La movilización social dirigida por SINAMOS es vital para el proceso de desarrollo; una vez más, se habla

al pueblo peruano de sacrificarse hoy en pro de un brillante porvenir, la propagandizada «nueva sociedad», la que solo es engañosa ilusión para pintar de alegres colores el reforzamiento de la explotación y atar al pueblo a la columna vertebral del Estado reaccionario, las Fuerzas Armadas, tras el cuento de que hoy el Estado está por encima de todas las clases y al servicio del pueblo.

Reiteramos, ¿a quiénes sirve este Plan? Para aclarar este punto será conveniente plantear algunas cuestiones.

Sin remontarnos más, podemos afirmar que el país desde los años 20 de este siglo prosigue un camino de desarrollo de capitalismo dependiente del imperialismo norteamericano. Desde aquellos años Estados Unidos, desplazando a Inglaterra, impuso su dominio sobre el país y, en una sociedad semifeudal y semicolonial como la peruana, introdujo modalidades de organización imperialista en los diferentes planos de la vida nacional. Así, a través de una gran burguesía ligada a sus intereses imprimió moldes capitalistas de corte monopolista que implicaron el desenvolvimiento de una línea evolutiva de los latifundios feudales (camino terrateniente) y paralelamente un desarrollo comercial, financiero e industrial al servicio de los intereses extranjeros (capitalismo burocrático); caminos estos que impulsan en el país un capitalismo dependiente totalmente del imperialismo norteamericano (capitalismo burocrático, concretamente hablando), base que genera modalidades políticas e ideológicas correspondientes.

Así, la historia peruana del siglo XX habría que interpretarla como la lucha del capitalismo burocrático impulsado por el imperialismo yanqui y las clases dominantes del país, enfrentados con las fuerzas motrices y lucha revolucionaria que pugnan por la destrucción confiscatoria del latifundio y por el quebrantamiento del dominio imperialista. A lo largo de los años el imperialismo, a través de diferentes modalidades, organismos y representantes, ha impulsado el capitalismo dependiente en el país.

Un giro importante en este proceso significó para el Perú y para América Latina el programa de la Alianza para el Progreso que, ante las repercusiones de la revolución cubana, planteó la reestructuración de la sociedad latinoamericana como prevención contra los estallidos revolucionarios que avizoraban. Es importante rememorar los planteamientos de esta Alianza para comprender el proceso que vive el país.

La Carta de Punta del Este planteaba, en su preámbulo, la asociación de las repúblicas americanas para «un progreso económico más

acelerado y una más amplia justicia social para sus pueblos, respetando la dignidad del hombre y la libertad política»; y en sus objetivos para el desarrollo disponía: se tratará «de que los recursos dedicados a la inversión representen una porción mayor del producto nacional»; asimismo planteaba:

> Acelerar el proceso de una industrialización racional, para aumentar la productividad global de la economía utilizando plenamente la capacidad y los servicios tanto del sector privado como el público [...] Dentro de este proceso de industrialización prestar atención especial al establecimiento y desarrollo de las industrias productoras de bienes de capital.

Ligado a este problema se recomendaba:

> Asegurar a los trabajadores una justa remuneración y adecuadas condiciones de trabajo; establecer eficientes sistemas de relaciones obrero-patronales y procedimientos de consulta y colaboración entre las autoridades, las asociaciones patronales y las organizaciones de trabajadores, para el desarrollo económico y social.

Sobre la cuestión agraria se decía:

> Impulsar, dentro de las particularidades de cada país, programas de reforma agraria integral orientada a la efectiva transformación de las estructuras e injustos sistemas de tenencia y explotación de la tierra donde así lo requiera, con miras a sustituir el régimen de latifundio y minifundio por un sistema justo de propiedad [...] [Y establecer] cooperativas y asociaciones campesinas, y programas de desarrollo comunal.

Y sobre la educación:

> Eliminar el analfabetismo [...]; modernizar y ampliar los medios para la enseñanza secundaria, vocacional, técnica y superior; aumentar la capacidad para la investigación pura y aplicada, y proveer el personal capacitado que requieren las sociedades en rápido desarrollo.

Para el desarrollo planteaba requisitos básicos:

> Programas nacionales de desarrollo económico y social, amplios y bien concebidos, encaminados a lograr un crecimiento autosuficiente; [...] que tales programas se apoyen en el principio del esfuerzo propio y del máximo empleo de los recursos nacionales; [...] que los países latinoamericanos obtengan suficiente ayuda financiera del exterior [...] para completar la formación del capital nacional y reforzar la capacidad importadora de dichos países; [...] que las instituciones, tanto en los sectores públicos como en los privados, entre ellas las organizaciones laborales, cooperativas e instituciones comerciales, industriales y financieras, sean fortalecidas y mejoradas para la creciente y eficaz utilización de los recursos nacionales; y que se lleven a cabo las reformas sociales necesarias para permitir una distribución equitativa del fruto del progreso económico y social.

Finalmente, sobre integración económica planteaba:

> Ampliar los actuales mercados nacionales latinoamericanos, como condición indispensable para acelerar el proceso de desarrollo económico del continente y como medio adecuado para obtener una mayor productividad mediante la complementación y especialización industrial [...] Esa ampliación de los mercados permitirá una mejor utilización de los recursos previstos en la Alianza para el Progreso.

Este fue el programa de la Alianza que planteó el imperialismo norteamericano el año 1961 a través del presidente Kennedy para el «desarrollo» de América Latina; programa que, se decía, «se funda en el principio de que al amparo de la libertad y mediante las instituciones de la democracia representativa, es como mejor se satisfacen, entre otros anhelos, los de trabajo, techo y tierra, escuela y salud», pacto que pondría «a disposición de los países latinoamericanos un aporte de capital de todas las fuentes exteriores, durante los próximos diez años, de por lo menos 20 000 millones de dólares». El Plan de Desarrollo Económico y Social 1967-1970 fue concebido dentro de estos lineamientos económico-sociales y basado en la «democracia representativa».

Las condiciones políticas internacionales que golpearon al imperialismo yanqui y su crisis económica frustraron en gran medida su Alian-

za, replanteándosela en dos cuestiones capitales: la reducción del aporte imperialista y el incremento de los esfuerzos propios por un lado y, por el otro, el abandono de la «democracia representativa» que se mostró incapaz para conducir los cambios programados y su sustitución, en plano continental, por regímenes de ideología fascista y de programas corporativistas; replanteamientos que se generalizan en el tercio final de la década del 60.

Así, Nixon planteó la «latinización de los esfuerzos» tanto en el desarrollo como en el mantenimiento de la seguridad hemisférica, expresando su tendencia a reducir los compromisos norteamericanos; dijo: «Por espacio de varios años nosotros, en los Estados Unidos, habíamos cifrado ilusiones en la posibilidad de reformar los continentes [...] pero la experiencia nos ha enseñado otra cosa», y planteó la consigna de «apoyo en las propias fuerzas» y propuso «programa de acción en aras del progreso» que en sus propias palabras es «nuevo enfoque consistente en lograr que los demás países del hemisferio occidental tengan posibilidades de ayudarse a sí mismos». Sin embargo, Nixon no planteaba abandonar el «desarrollo», como se ve en su mensaje al Congreso el año 1970:

> Nuestro interés en el desarrollo a largo plazo debe contemplarse en el contexto de su contribución a nuestra propia seguridad. El desarrollo por sí no garantizará, ciertamente que no a corto plazo, la estabilidad política que todos los países anhelan, pero la estabilidad política no es probable sin un desarrollo económico.

Es a la luz de los planteamientos de la Alianza para el Progreso, y de los reajustes y replanteamientos que la misma sufrió a lo largo de los años 60, como podemos ubicar históricamente y comprender el actual Plan Perú 1971-1975. Este plan no viene a ser sino la prosecución del iniciado bajo el gobierno de Belaunde en las nuevas condiciones internacionales, especialmente de América Latina, y sobre todo acorde con las condiciones concretas del proceso económico del país y sus experiencias y perspectivas políticas. Hay que destacar que el Plan en aplicación sienta bases sociales y económicas para el desarrollo del capitalismo burocrático, lo que se comprueba al ver que sus resultados solo se apreciarán después del 75 en tanto que incrementos productivos, y en la insistencia de los actuales gobernantes de que estamos en un período de esfuerzos y sacrificios, a la vez que destacan la creación futura de las modalidades orgánicas del proceso que dirigen.

También hay que comprender especialmente el plan económico en marcha dentro de las necesidades de la «seguridad nacional» que sirve a la seguridad continental y el papel que el desarrollo cumple dentro de aquella. Esto se comprueba claramente en las siguientes palabras del general Mercado Jarrín:

> Pero indudablemente es en el año 1965, cuando surge la subversión, cuando me doy cuenta —nos damos cuenta porque la realidad nos lo confirma— que el problema militar no es un problema aislado [...] No se trata de oponer una solución puramente militar a la violencia. Hay que ir a las causas del mal; eliminar las situaciones que le den origen en ese momento, primando las consideraciones políticas sobre las militares [...] Es evidente que en ese momento nos damos cuenta de que las medidas represivas no son la solución; que solamente un profundo cambio de estructuras podrá remediar males tan arraigados en nuestro pueblo.

Para concluir el acopio de elementos que nos permitan precisar a quiénes sirve en esencia el Plan, anotemos las opiniones sobre el presente régimen del país y sus planes.

El señor Sorensen, que fuera asesor de Kennedy, dijo en Lima luego de visitar a Velasco: «Los ideales del presidente Kennedy están siendo realizados en el Perú por un equipo de hombres capaces que han sabido conciliar el interés legítimo de las mayorías con el respeto a la libertad y a la dignidad de la persona humana». Añádase a esto las palabras de John Riccardo, Presidente del Directorio Mundial de Chrysler, también después de visitar a Velasco: «Tenemos fe en el proceso que aguarda al Perú y estamos seguros de que haremos una obra constructiva en el país. Invertiremos todo lo que sea necesario para contribuir al desarrollo industrial del país». Por su lado, *The Times* de Londres a mediados del 70 escribía: «El Perú tiene, por fin, un régimen que ofrece perspectivas reales de estabilidad económica y política», expresando la opinión inglesa.

Es muy importante traer la opinión de dos norteamericanos, vertidas en octubre del 71; la primera de Irwing Horowitz, investigador de la Rudgers University, quien sostuvo: «Los regímenes militares son más aptos que los civiles para promover el desarrollo básico y están mejor equipados para promover los servicios sociales básicos». Y la segunda del secretario de defensa de Estados Unidos, M. Laird, quien en el Congreso

sostuvo: «Debemos tener en mente que la institución militar es el único grupo coherente en muchos de los países latinoamericanos. Tenemos que recordar que ellos son muy importantes». He aquí la opinión norteamericana oficial sobre los regímenes militares y su papel.

Es también valiosa la opinión del imperialismo japonés que considera «socios naturales» a los países del Grupo Andino; en setiembre del año pasado una misión de representantes de la Dieta japonesa, a través de su vocero manifestó que admiraba el proceso peruano por la «construcción de una sociedad más justa, en la cual, recibiendo la influencia del humanismo, socialismo y cristianismo predominan la justicia y la libertad», a la vez que anunciaba un nuevo crédito al Perú por 2 700 millones de soles. Y recordemos que, en febrero de este año, el ministro Morales Bermúdez expresaba que el grupo de los acreedores del país, reunidos en París por iniciativa del Banco Mundial, reconocieron los progresos económicos del Perú y expresaron su satisfacción por la estabilidad económica y financiera, reformas económicas estructurales y atención a grupos marginales de la población; a la vez que prometían invertir 780 millones de dólares en tres años.

He aquí las claras y concretas opiniones de los imperialistas sobre el proceso económico del país y su reconocimiento a los ideales de la «nueva sociedad»; sus palabras son muy elocuentes si recordamos que el imperialismo no cambia de naturaleza y tiene una meta invariable: la opresión y explotación de los países atrasados.

Sobre las opiniones de los terratenientes basta recordar que su posición, expresada por la Sociedad Nacional Agraria, no fue más allá de criticar la ley agraria en cuanto a la efectivización del pago de las expropiaciones y en qué invertir los bonos de la deuda agraria. En cuanto a los grandes capitalistas, íntimamente ligados a los anteriores, tampoco fueron más allá de críticas superficiales a la ley industrial en particular y es de destacar las buenas relaciones que mantienen con el Gobierno, expresadas en las múltiples reuniones que han tenido con sus más altos representantes.

De lo expuesto, no puede menos que concluirse que el Plan Nacional de Desarrollo para 1971-1975 sirve y está dentro de los planes del imperialismo norteamericano para Latinoamérica y sirve a las clases explotadoras nativas, en especial a los grandes capitalistas de la burguesía intermediaria. Así pues, este nuevo plan económico-social no es sino,

como dijéramos, la profundización del camino capitalista burocrático que el imperialismo impone al país; con la particularidad de que hoy se lleva a cabo bajo el impulso dinámico y participación directa del Estado en la economía y mediante las Fuerzas Armadas como columna central y fundamento del Estado peruano. Plan que ha sido concebido y se ejecuta dentro de las condiciones internacionales específicas de nuestros tiempos y, muy especialmente, en función del desarrollo de las fuerzas sociales y la lucha de clases en el país.

SOBRE LA UNIVERSIDAD NACIONAL SAN CRISTÓBAL DE HUAMANGA[1]

Cuando volvimos a Ayacucho (julio del 68), la influencia del Partido se había extendido, era mucho mayor y más profunda entre las masas pobres, especialmente de las barriadas. Yo estuve poco antes, en 1967 y por unos días, en Ayacucho para tratar problemas partidarios; en esa ocasión pude apreciar directamente el grado de avance alcanzado y las perspectivas del Comité Regional. En cuanto a la universidad, la influencia partidaria también se había incrementado considerablemente; en ella encontré caras conocidas de antiguos profesores y muchos nuevos, incluso alumnos devenidos profesores; y el estudiantado había aumentado en las carreras de ingeniería. El APRA pugnaba por ganar posiciones y la Democracia Cristiana por abrirse paso entre los estudiantes; mientras los revisionistas eran unos cuantos, como los trotskistas, en tanto los miristas o que se decían tales y los de Vanguardia Revolucionaria no tenían mayor peso en la UNSCH, sin embargo, todos ellos convergían en hablar de guerrillerismo castrista y elevaban la figura de Guevara para promoverse, a la vez que se oponían al pensamiento maotsetung, a la vigencia de Mariátegui y al Partido.

El Comité Regional, en respuesta, organizó una ofensiva ideológica y política enarbolando el pensamiento maotsetung y la defensa de la Gran Revolución Cultural Proletaria, sosteniendo la vigencia de Mariátegui y la necesidad de estudiarlo. Se llevó a cabo la celebración del Seminario de Reforma Universitaria José Carlos Mariátegui (por entonces se celebró uno similar en la Universidad Nacional de Ingeniería bajo el nombre de Ernesto «Che» Guevara, naturalmente de «ultristas» reales o supuestos y revisionistas) y la publicación, a nombre del FER, de un folleto sobre el castrismo en cinco cuestiones fundamentales. Exitosa ofensiva ideológica y política ante cuya contundencia los opositores del Partido solo atinaron

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

a rasgar vestiduras chillando arteramente «¡terrorismo ideológico!», en su impotencia ideológica y política.

¿Y qué hicieron y apoyaron el Partido y la fracción roja por la universidad en función del pueblo durante los años de 1968 a 1972? Desplegando la lucha del movimiento universitario, esto es de las fuerzas progresistas y revolucionarias de profesores, estudiantes y trabajadores de la UNSCH, principalmente del estudiantado y con el apoyo y acción directa del pueblo, se obtuvieron victorias democráticas de la educación popular. Primero, el amplio aumento de vacantes, cada año creciente, que permitió una considerable expansión de la población estudiantil, fundamentalmente en beneficio de las masas postergadas de la región (gozaban de un porcentaje mayor de vacantes), en la perspectiva de conformar una universidad de tamaño medio, cinco a seis mil estudiantes, acorde con las condiciones de la ciudad de Ayacucho. Segundo, modificación del sistema de ingreso reduciéndolo, en lo principal, a la elaboración de un cuadro de orden del rendimiento escolar de los postulantes (de los más altos a los más bajos, durante los cinco años de educación secundaria, comprobados con los correspondientes certificados oficiales), considerándose una ponderación en beneficio de los alumnos provenientes de colegios estatales, dado que en los colegios particulares suele calificarse con notas más altas. Tercero, modificación de los planes de estudio orientada a conjurar el alargamiento inútil del número de años para poder concluir regularmente los estudios de una profesión, erradicando la «necesidad» ficticiamente creada de tener que dedicar más años que los curricularmente establecidos; y elaboración de planes de estudio sustentados en formación científica básica, profesional específica y práctica profesional. Cuarto, obtención del título profesional sin tesis, siendo suficiente para recibirlo la aprobación de todos los cursos teórico-prácticos y la práctica profesional establecidos en el currículum correspondiente. Quinto, defensa de la gratuidad de la enseñanza en cuanto reducción de los pagos por postulación, matrícula, trámites y titulación, incremento de becas y prestación de servicios de comedor y residencia estudiantiles y atención médica. Sexto, categorización de profesores, nombramiento de contratados, trabajo de investigación y organización del Sindicato Único de Trabajadores de la Enseñanza de la UNSCH, SUTE UNSCH, y de la Federación Nacional de Docentes Universitarios del Perú, FENDUP. Sétimo, recategorización de los trabajadores dentro de una reorganización, promoción y nombramiento de contratados, elevación de sueldos y salarios y concurso para nuevas plazas con la participación de su organización sindical. Octavo, ligazón con las

masas populares y apoyo a sus necesidades, concretada en asesoría a obras de barriadas y comunidades campesinas, servicios de educación y salud a las mismas, apoyo a la cultura y arte populares, así como utilización de locales universitarios por las masas y sus organizaciones.

Ocho cuestiones fundamentales que, incuestionablemente, sirvieron al desarrollo de la UNSCH como universidad y, más aún, en cuanto a su obligación de desenvolverse en función del pueblo para resarcir, aunque sea poco y parcialmente, lo que su sostenimiento le cuesta, lo que casi nunca se recuerda y muy pocos tienen en cuenta, pues ¿cómo habría universidad sin el incesante sudor de la clase y del pueblo?

De la Escuela de Aplicación Wamán Poma de Ayala digamos simple, clara y concretamente: su creación fue una necesidad de la Facultad de Educación de la UNSCH y obra esforzada de sus profesores, principalmente del profesor Álvaro Villavicencio Whittembury; nos cupo apoyarla con decisión. Fue una buena escuela que con dedicación y calidad pedagógica sirvió al pueblo ayacuchano. Fue desde su surgimiento, y antes incluso, objeto de aguda lucha: unos por que sirviera a los de abajo, a los explotados, y otros por que sirviera a los de arriba, los explotadores. Y no podía ser de otro modo, pues, aunque se silencie y diga lo contrario, la educación es también teatro de la lucha de clases, y más tenía que serlo la Wamán Poma de Ayala en el altamente politizado Ayacucho de entonces. Más, en conclusión, y dígase lo que se quiera, fue una muy buena escuela de aplicación y sirvió al pueblo.

Aparte de todo lo anterior, lo principal fue la elevación ideológica y la lucha de ideas desenvueltas amplia y masivamente con profundidad y fundamento, lejos de la repetición mecánica y la formal frase vacía, pugnando por difundir y aplicar a nuestra realidad, específicamente universitaria, la verdad del proletariado, el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung; combatiendo siempre contra las ideas imperialistas y burguesas del cientificismo y tecnocratismo antipopulares de eclecticismo reaccionario, y en defensa de la ciencia y la técnica al servicio de las masas. Asimismo, lidiando y desenmascarando supuestos desarrollos, superaciones o negaciones del marxismo, a la sazón convertidos en moda intelectual entonces, sustentada y difundida por quienes querían fungir de marxistas, de un «marxismo desarrollado» según ellos (Carlos Tapia, Carlos Degregori, Aracelio Castillo entre otros); y propalaban las posiciones económicas trotskistas de Ernst Mandel, las tergiversaciones revisionistas del materialismo histórico de Marta Harnecker, el desarrollo plu-

rilineal de la sociedad —opuesto al unilineal del marxismo— de Maurice Godelier, la superchería del «joven Marx» y el «humanismo marxista» de Erich Fromm y Adam Schaff, la negación revisionista de la filosofía marxista de Louis Althusser, la entonces inicial y aplaudida «caducidad de las ideologías», etc., etc.

Además de esta batalla y deslinde ideológico, igualmente importante fue la lucha política que, en síntesis, sirvió a dar a la UNSCH un rumbo progresista y de renovación en beneficio del pueblo. Y también lo fue el fortalecimiento de las organizaciones gremiales de los tres estamentos universitarios y de las ligazones de la UNSCH con las organizaciones populares.

Lo descrito es lo que el Partido y la fracción roja hicieron o apoyaron entre los años 68-72; y quien quiera juzgue con elemental objetividad, más aún si lo hace desde posiciones progresistas y de servicio a los intereses del pueblo, reconocerá verazmente la decisiva acción del Partido Comunista del Perú en la consecución de esos fundamentales avances, entre otros más, que hicieron de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga una universidad reconocidamente de avanzada y digna de atención para las fuerzas progresistas y revolucionarias nacionales.

En cuanto a la ley universitaria velasquista y su repercusión en la UNSCH y las filas partidarias, señalemos. Uno, en las circunstancias políticas de entonces y para defender la UNSCH frente a la ofensiva antiuniversitaria que implicaba la ley, aglutinamos a las fuerzas progresistas y participamos en el gobierno de la universidad. Dos, en la Asamblea Universitaria Estatutaria, la delegación de la UNSCH consiguió se aprobara nuestra propuesta de Declaración de principios y objetivos como cuestión previa; mas la redacción del estatuto fue negándola punto por punto, y al final de la Asamblea, entre gallos y medianoche, la Declaración fue sustituida por la componenda que protagonizó «Patria Roja». Tres, la defensa de la UNSCH hubo de enfrentarse a la acción del gobierno (desde 1969, a raíz de las luchas de junio, arreció la persecución contra el Comité Regional y las masas populares ayacuchanas). Tras el llamado «gobierno revolucionario» se fueron agrupando las fuerzas cuestionadoras del Partido y reaccionarias; y años después, según entiendo, coparon la dirección de la UNSCH, dejando esta de ser lo que fue.

Sobre mi labor en esta segunda estadía ayacuchana, es suficiente decir: obviamente, la UNSCH fue menos aún el centro de mi atención,

no obstante el trabajo que le dediqué sirviendo al logro de los avances anotados; y fui director de personal, pero manteniendo mi carga académica, como lo hicieron los demás directores. Hasta 1972 viví regularmente en Ayacucho, a partir del 73 más vivía en Lima, nuevo centro de mi actividad partidaria. Salí de año sabático y renuncié en 1975.

V PLENO AMPLIADO DEL COMITÉ REGIONAL DE AYACUCHO[1]

Fines de 1972

Camaradas:

El centro del debate es el balance; por tanto, el informe será concreto y el meollo será la situación política.

SITUACIÓN POLÍTICA

Apuntamos a establecer cuestiones generales y puntos de debate.

Situación internacional. La revolución es la nueva coyuntura internacional; la revolución persiste en ascenso y su situación es excelente. La característica es que el ascenso marcado de los años sesenta persiste; sin embargo, como todo camino, tiene sinuosidades. En el mundo hay un nuevo periodo histórico, esto exige ajustarse a las nuevas condiciones históricas; tomar los principios del marxismo-leninismo para analizar los cambios y la nueva correlación de fuerzas.

Los últimos años delinean mejor la situación del imperialismo yanqui. Este entra a un periodo de destrucción, de su bancarrota económica no podrá reponerse y las luchas de liberación lo socavan más; lo sustituirán otros imperialismos, varios se presentan como rivales, pero el inmediato es el socialimperialismo. De ahí su colusión, su compromiso mutuo de distribución de zonas de influencia y de no permitir nada que ponga en peligro su situación dominante. Esta situación implica también una

[1] En 1972 se realizó el V Pleno Ampliado del Comité Regional de Ayacucho; este evento, de suma importancia no solo para el Comité, acordó un Plan Estratégico Inicial para poner el peso del Partido en el campo. El informe presentado en él, aparte de la situación internacional, trata tres sustanciales problemas políticos: capitalismo burocrático, fascismo y corporativismo (repárese en «renovación de la burguesía intermediaria» y movimiento de masas). Merece transcribir extractos del mismo. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

agudización de las contradicciones interimperialistas. El debilitamiento del imperialismo yanqui lo lleva a romper los moldes anteriores y plantear un «nuevo equilibrio» en base a cinco centros para una nueva distribución. Pero en el mundo se impone combatir a las dos superpotencias; y «los países quieren la independencia», «las naciones quieren la emancipación» y «los pueblos quieren la revolución» se convierte en tendencia general. Este gran movimiento genera un frente antiimperialista. En estas condiciones cobra importancia la lucha diplomática; la diplomacia no va a resolver el problema, sino que es una antesala de la guerra. Sigue vigente la tesis de que en la mesa diplomática se resuelve solo aquello que está resuelto en el campo de batalla.

En conclusión, la nueva coyuntura plantea el persistente ascenso de la revolución y la declinación del imperialismo yanqui, lo que determina una nueva correlación de fuerzas e implica que China no puede ser más ignorada. Estados Unidos y la URSS se coluden y pugnan mientras el frente antiimperialista cobra mayor fuerza, es un combate mundial no organizado, sino son acciones coincidentes. Es una época nueva que exige nuevas soluciones.

América Latina. Zona retrasada junto a Asia y África; hay dominio hegemónico de Estados Unidos, sin embargo, la penetración de otros crece. La URSS comienza a invertir en América Latina y es también peligro militar en el Caribe. Mientras Asia no ha vivido proceso de emancipación, América sí; hay que comprender sus condiciones específicas. En América Latina, el año 67 marca el término del impulso guerrillero pequeñoburgués y demuestra la caducidad de esa teoría; marca también la conclusión del desarrollo de la Alianza para el Progreso con regímenes civiles y el inicio de regímenes militares fascistas corporativistas para impulsar las medidas de la Alianza; el sistema de «democracia representativa» les resultó insuficiente. América Latina entró en un proceso de cambios que se propagandizan como revolucionarios; en Chile, Perú, Brasil pregonan la caducidad del marxismo, especialmente en Venezuela donde han «decretado» la caducidad del Partido Comunista; así se difunden yerbas venenosas. Si Estados Unidos replantea su política, no va a soltar fácilmente su dominio en América Latina, defenderá sus grandes beneficios.

La perspectiva en América Latina es de dura lucha, por eso preparan a los Estados nativos para aplastar la revolución. En nuestra perspectiva está que la mayor opresión imperialista genere más lucha antiimpe-

rialista y se rechace la injerencia de otros imperialismos. En esta fragua, América Latina desarrollará posiciones marxistas y se preparará para tomar las armas y quebrar el dominio reaccionario. Es muy necesario estudiar seriamente la situación internacional, pues sin ello es imposible comprender la situación nacional, máxime si ante las nuevas condiciones mundiales hay desconcierto en el país.

Situación nacional. Las previsiones hechas por el Partido sobre el carácter del gobierno y otros problemas han sido plenamente confirmadas. El Partido Comunista del Perú está logrando coherencia política y desarrollo de sus tesis, es que estamos comprendiendo mejor el camino de Mariátegui. Debemos abocarnos al estudio y análisis de tres problemas sobre la situación nacional:

1. El capitalismo burocrático. Se desarrolla desde este siglo bajo la égida del imperialismo yanqui generando una burguesía intermediaria proyanqui que en los años veinte desplazó a la burguesía intermediaria anglófila, proceso presentado como gran avance nacional agitando la reivindicación de nuestros recursos, el problema de la tierra y la reforma de la educación, todo esto en nombre de la «Patria Nueva», se decía, y «en defensa de la nación y de las masas». Comprender el capitalismo burocrático nos permite entender lo que está pasando; si no comprendemos este problema no sabremos el papel que debemos cumplir.

¿Cómo se impulsa hoy este capitalismo burocrático? Con el Plan 71-75, con él apuntan a poner bases para profundizar el capitalismo burocrático ligado y sometido al imperialismo. ¿Se está cumpliendo este plan? Económicamente el país está bastante mal, el gobierno no tiene los medios necesarios para poner en marcha sus planes industriales y se sigue la política económica de Belaunde de una floreciente industria constructora. La situación económica de las masas es muy difícil y se avecina una fuerte carestía; existe el «control racional de los salarios» que trata de evitar el aumento salarial, pues «el esfuerzo nacional es lo primero». Las inversiones no se orientan ni aumentan como desean y la comunidad industrial no marcha. No hay inversiones sino reinversiones. La ley agraria no se puede impulsar y hasta el momento ni un centavo de los bonos ha sido convertido en dinero.

Las medidas del régimen no avanzan porque no barre a la clase feudal, sino que quiere hacerla evolucionar, capitalizarla; esta clase constituye su traba. El ministro Jiménez de Lucio justifica el proceso alegando

que es una «revolución gradual»; pero la cuestión es que el camino terrateniente es un largo proceso que mantiene las formas feudales que son fuertes trabas. La burguesía intermediaria, que es más clara, encuentra incomprensión en su propia aliada y va de traba en traba, pues quiere preservar a la clase feudal. En otros lugares, en esta misma situación, se han dado más choques, pues una clase se reprime a sí misma golpeando a los que no comprenden su propio proceso. Esta es la traba interna del capitalismo burocrático. Además, las masas combaten, dificultan al régimen y arrancan aumentos de salario por su propia acción, mientras el gobierno fortalece el aparato represivo y, a la vez que demagógicamente habla de derechos, libertades, etc., descarga golpes contra el pueblo.

2. El fascismo y el corporativismo. La concepción política de la burguesía intermediaria es hoy el fascismo. Para garantizar su poder, no necesitan Parlamento porque es una caja de resonancia, no necesitan de elecciones porque facilitan la capacidad de agitación del pueblo; las libertades no están dentro de sus principios. Lo que destaca en su concepción política es la negación de los principios de la burguesía tradicional. Los fascistas apuntan a un Estado corporativista; esta idea no surge de la noche a la mañana ni tal Estado se construye de un día para otro.

Algunos identifican fascismo y violencia. La violencia es un método para tener sujetas a las masas; la violencia es una manifestación de todo Estado. Se interpreta mal a Dimitrov. El Estado tiene un proceso de desarrollo; la burguesía construye un Estado demoliberal, pero cuando llega al imperialismo tal Estado deviene caduco. Hoy, en el país, la burguesía intermediaria pugna por un Estado corporativista de ideología fascista. La violencia es un ingrediente, pero no la esencia del fascismo; su esencia es el cuestionamiento del orden demoliberal y así enarbola moldes del pasado, remozados, para oponerse a la lucha de las masas; trata de implantar instituciones consagradas como «naturales», sus normas fundamentales son: persona, propiedad, familia y junto a esto el Estado, la Iglesia («enaltecedora del hombre») y el Ejército como «espíritu de nacionalidad viva». El fascismo no es simple problema de militares o civiles, sino de eficacia para cumplirlo. Se debe esclarecer el carácter del Estado corporativo. El gobierno no se presenta abiertamente como fascista ni corporativista por evitar su desprestigio; sin embargo, sus medidas demuestran su ideología y su meta.

¿Cuál es la ideología filosófica que los guía? El neotomismo (las tesis de la Democracia Cristiana son coincidentes), posición de la Iglesia

que planteó el corporativismo. Pero, aunque hoy buscan otra palabra, lo que importa es el contenido; hoy hablan de «comunitarismo» y de «revolución comunitaria»; sin embargo, la palabra «comunidad» ha sido siempre usada por los fascistas y la palabra «revolución» igualmente. El corporativismo se sustenta en la propiedad privada, el Estado interviene porque la burguesía intermediaria es incapaz económicamente.

Estamos viviendo una renovación de la burguesía intermediaria; la vieja burguesía intermediaria estaba gastada, necesitan otros elementos de determinada formación técnica y, recordemos, la burguesía en el Perú nace ligada al aparato estatal, a las capas altas del Estado y a los terratenientes. Hay renovación evolutiva de las relaciones sociales de producción. Los intereses de la burguesía intermediaria son solidarios con los del imperialismo, pero no idénticos; los burócratas devienen en poder económico y de ahí sus contradicciones con el imperialismo, eso es lo que se expresa como defensa de la soberanía estatal. Hay evolución del sistema semifeudal. El imperialismo engendra burguesía intermediaria, pero esta tiene su particular interés; viene desde capas medias, pero deviene en burguesía intermediaria que se prepara para aplastar la revolución, de ahí que tenga que fortalecer el Estado.

3. Movimiento de masas. Las masas no han dejado de luchar, entraron en repliegue, así como en 1965-66. Hay confusión en obreros y campesinos; la confusión la llevan la mayoría de intelectuales al servicio del imperialismo y la burguesía intermediaria. Cada año se dan lucha y represión: Ayacucho (1969), Ancash (1970), Cobriza (1971), Puno (1972). Las contradicciones subsisten y hay explosividad en el país; la contraparte es que ello genera acciones espontáneas, pero nos demuestra la combatividad del pueblo, mientras la reacción se prepara a sofocar levantamientos. ¿Cómo dar a las masas un contenido consciente? Es tarea del Partido.

El movimiento campesino está adormecido, carece de claro contenido, hay mayor confusión; los mismos que dirigen lo adormecen. El plan del Gobierno es guiar al campesinado, esto es estratégico, porque quien gana al campesinado asegura su hegemonía; de ahí que le den mayor importancia. En la sierra difieren en cinco años el pago de las tierras, pero se calcula que 60 000 millones tiene que pagar el campesinado y esto implica descapitalización del agro. Así, el campesinado como clase soporta una gran deuda. El latifundio empieza a convertirse en dinero, de ahí que el Gobierno tendrá mayor cuidado en el campo para mantenerlo atado a su cola; este punto refuerza su afán de ganarse al campesinado. Tenemos

que ver cómo trabajar entre el campesinado, cómo ganarlo; la ventaja que tenemos es que el campesinado tiene que pagar la tierra y se opone.

Obreros. El proletariado muestra mayor acción, esto se aprecia más en los mineros. Existe conciencia política entre los obreros de fábrica, sujetos a la comunidad industrial, pero que no logra adormecerlos. El problema salarial es clave y a esto se junta la carestía; se destaca más la importancia del sindicato y de la huelga. El Gobierno trata de impulsar su comunidad industrial y prepara la ley sindical. Otra lucha de masas es la de los maestros, expresión de los asalariados del gobierno. Ha habido tres paros departamentales en menos de tres meses; así, paran en masa para luchar y varias organizaciones se unen a la lucha para combatir contra el enemigo común.

Esto nos revela que está terminando el repliegue, pero todavía no estamos en ascenso; el ascenso en el país es la ascensión del campesinado; comienza el reactivamiento de la lucha de los obreros y estudiantes, el movimiento campesino vendrá después. El Partido ha planteado que la lucha tiene la perspectiva de desenmascarar al Gobierno; con el término del repliegue se dan mejores condiciones para tal desenmascaramiento.

Hay tres leyes fundamentales (agraria, industrial y educacional) ya sancionadas y en su aplicación se da la etapa organizativa de las masas y el control de estas; la etapa organizativa se da con el término del repliegue y con el propio desgaste del gobierno, lo que exige más control y mayor uso de represión. En este período el ministro del Interior dice que «la Policía de Investigaciones del Perú es un organismo sustancial para la paz social» y que «la aplicación de la ley educacional será una prueba de fuerza con la ultraizquierda». El Ejército tendrá que cumplir el papel de control de las masas a través de SINAMOS, pero su preparación apunta a sofocar los levantamientos populares.

El Gobierno busca controlar y canalizar la acción de las masas a través de SINAMOS; «las masas deben participar en función de la propiedad social y de adherirse a la revolución», así apuntan al control de las masas ideológica, orgánica y políticamente; cuenta para esto con grandes medios económicos e intelectualidad que se pelea por trabajar en SINAMOS. Para organizar a las masas se necesita una ideología, una política y principios orgánicos; y esto es lo que necesitan hoy, sin lo cual no podrán cumplir su misión. Más aún, a las masas solo se las organiza partiendo de sus propios intereses. Así, el fascismo puede maniobrar con las masas

porque cuenta con economía, lumpen y arribistas, esto les puede permitir formar «organismos populares»; no obstante, les es muy difícil movilizar al pueblo porque este no actuará contra sus intereses.

El Gobierno para superar sus dificultades trata de impulsar la patriotería, es básico para ellos; el culto a los héroes hace mucho que se difunde, ya el régimen anterior prohibió hablar contra los héroes. Por otro lado, el uso del deporte, la celebración del 28, las verbenas populares son formas para ganarse a las masas; esto demuestra su debilidad para ganárselas porque quienes organizan no son las masas. Y con afán se adhieren a la Iglesia católica, también para ganarse al pueblo. Pero su grave falla de base arranca de que su ideología y su política no prenden en las masas porque no representan sus intereses. Hoy tienen que buscar «fantasmas», uno de ellos es el comunismo, para desarrollar la patriotería; ya antes han utilizado el sentimiento patriótico para sus fines y represiones. Dentro de estas circunstancias están preparándose para el año 74 y pueden utilizar las cuestiones revanchistas con Chile, más aún hoy cuando Bolivia ha replanteado su problema. El régimen tiene que buscar medios para canalizar a las masas, a esto sirve la escenificación del 9 de diciembre (batalla de Ayacucho) y ahora tendrán que adherirse más a la Iglesia católica. Dentro del desarrollo de sus planes, la represión a los comunistas es un hecho que están preparando. SINAMOS cumplirá un papel muy importante; «atacar a SINAMOS es atacar a la revolución», han dicho. SINAMOS no es un partido; ante la vacuidad política es el Ejército el que cumple el papel de partido.

ESQUEMA DEL TERCER PLENO DEL COMITÉ CENTRAL[1]

Sobre la reconstitución

Julio de 1973

BASES POLÍTICAS DE LA RECONSTITUCIÓN

I. CONTEXTO INTERNACIONAL

1. La lucha antiimperialista mundial.
2. Replanteamiento de la política internacional.
3. La política internacional de la República Popular China.
4. Situación de América Latina.
5. Diez años de lucha contra el revisionismo.

II. ANTECEDENTES DE LA SITUACIÓN NACIONAL ACTUAL

La década del sesenta.

---

[1] En julio de 1973 se realizó el III Pleno del Comité Central. Habían transcurrido tres años difíciles para el Partido Comunista del Perú; su vida, su propia existencia estuvo en juego. Mas el III Pleno, Sobre la Reconstitución, marca el término de la defensa de la vida del Partido y el comienzo del desarrollo de la aplicación de la reconstitución, destructoramente socavada por el liquidacionismo paredista. Este importante Pleno estableció las bases políticas de la reconstitución, principalmente; pero, además, sancionó cuestiones fundamentales sobre las bases organizativas y el trabajo de masas de la reconstitución. La importancia de este evento queda clara si recordamos que la constitución del Partido se levanta sobre bases ideológicas y políticas; y fueron estas las que no solo definió, sino desarrolló o reajustó analizando las nuevas circunstancias. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

III. LAS MEDIDAS FUNDAMENTALES DEL RÉGIMEN

1. La ley agraria.
2. La ley industrial.
3. La ley educacional.
4. Otras medidas.

IV. TRES PROBLEMAS IMPORTANTES

1. Capitalismo burocrático.
2. Fascismo y corporativismo.
3. Movilización de las masas. SINAMOS.

V. SITUACIÓN POLÍTICA ACTUAL

1. Situación económica.
2. Desarrollo del actual régimen y sus contradicciones.
3. Las clases y la lucha de clases.
4. Posiciones políticas.
5. Balance del Partido.

BASES ORGANIZATIVAS DE LA RECONSTITUCIÓN

I. DESARROLLO DE LAS IDEAS MARXISTAS EN EL PERÚ

1. Lucha por la constitución del Partido Comunista.
2. Rol de Mariátegui.

II. BASE DE UNIDAD PARTIDARIA

1. Establecimiento de la base de unidad partidaria.
2. Formulación de la base de unidad partidaria.

III. LA RECONSTITUCIÓN DEL PARTIDO

1. El principio de la reconstitución. El Partido es clandestino o no es nada.

2. La reconstitución desde el punto de vista ideológico.
   - Adhesión a la base de unidad partidaria.
   - Desarrollo de la teoría.
3. La reconstitución desde el punto de vista político.
   - Principio de la lucha de clases. Programa y tesis.
   - El problema de las relaciones entre clases. Frente único.
   - El problema militar.
4. La reconstitución desde el punto de vista organizativo.
   - La organización. Estructura, sistema y trabajo orgánico.
   - La militancia.
   - La propaganda.
   - Los estatutos.

EL TRABAJO DE MASAS Y LA RECONSTITUCIÓN

I. TRABAJO DE MASAS

1. El trabajo de masas de la contrarrevolución.
   - Línea orgánica corporativista. SINAMOS.
   - El cooperativismo corporativo.
   - El corporativismo en los diferentes frentes.
2. El trabajo de masas del Partido Comunista.
   - Línea de clase y reconstitución de las organizaciones.
   - Política frente a las «centrales».
   - Movimientos generados por el proletariado en los diferentes frentes.

II. EL TRABAJO DEL PARTIDO COMUNISTA EN EL FRENTE SINDICAL

1. Línea sindical clasista.
2. La autoeducación proletaria.
3. Lucha contra el oportunismo.
4. El programa.

III. EL TRABAJO DEL PARTIDO COMUNISTA EN EL FRENTE CAMPESINO

1. La tierra para quien la trabaja.
2. La educación revolucionaria del campesinado.
3. La lucha contra el oportunismo. Reconstitución de las organizaciones campesinas.
4. El programa.

IV. EL TRABAJO DEL PARTIDO COMUNISTA EN OTROS FRENTES

1. Movimiento universitario.
2. Movimiento intelectual.
3. Movimiento femenino.
4. Movimiento secundario.

PERPECTIVAS DE LA RECONSTITTUCIÓN

1. General. Internacional y nacional.
2. En las bases políticas.
3. En las bases organizativas.
4. En el trabajo de masas.
5. Tareas:
   - Órgano del Comité Central.
   - Desarrollar el trabajo por la clandestinidad del Partido Comunista.
   - Llevar a cabo conferencias de investigación.
   - Trabajar por el V Congreso.

BASES POLÍTICAS DE LA RECONSTITUCIÓN[1]

Julio de 1973

Las «Bases políticas de la reconstitución» analizaron y definieron cinco cuestiones fundamentales.

«I. Contexto internacional actual». Partiendo de la lucha antiimperialista, plantea la tendencia ascensional: «los países quieren la independencia, las naciones la emancipación y los pueblos la revolución» y resalta el tercer mundo como la fuerza principal. Registra los replanteamientos de la política mundial, la crisis del imperialismo yanqui y la pugna de la URSS por la hegemonía mundial; así como los cambios en la política internacional de China: viaje de Nixon (1972) e impulso de su diplomacia, señalando que la República Popular China «debe maniobrar en medio de la lucha de las dos superpotencias por un nuevo reparto del mundo». Destaca la situación de América Latina: crisis de la democracia representativa, penetración de la URSS, Japón e imperialistas europeos y, muy importante, el desarrollo del capitalismo burocrático en países como Brasil, Argentina y Chile. Y concluye analizando «diez años de lucha contra el revisionismo» (a partir de 1963): la «Polémica acerca de la línea general del movimiento comunista internacional», situación del revisionismo en América Latina, la Gran Revolución Cultural Proletaria y el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung.

«II. Antecedentes de la actual situación nacional». Estudió el plan económico 1967-70 de Belaunde como parte del capitalismo burocrático, concebido dentro de la Alianza para el Progreso del imperialismo yanqui y antecedente del plan del gobierno militar de Velasco. En el plano político trató la lucha de masas, especialmente el gran movimiento campesino

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

de 1963; asimismo las guerrillas del 65, los planes militares de las Fuerzas Armadas para combatirlas y sus experiencias de La Convención y de la derrota del MIR. Destacó la crisis de la «democracia representativa» y el golpe de Estado de 1968. Termina este punto analizando los diez años transcurridos desde la IV Conferencia (1964) y «la vuelta al camino de Mariátegui».

«III: Las medidas fundamentales del régimen». Estudia las tres leyes fundamentales del gobierno militar dentro del proceso del capitalismo burocrático, señalando las leyes que las antecedieron; así define las leyes agraria, industrial y de educación como parte de las líneas burocráticas que desenvuelve el capitalismo burocrático en el agro, la industria y la educación para, precisamente, profundizarlo. Además de enjuiciar estas leyes dentro de lo establecido por documentos partidarios anteriores, en cuanto a la ley 17716, llamada de «reforma agraria», el III Pleno define que implica el mantenimiento y evolución de la gran propiedad terrateniente basada en el trabajo personal de raigambre semifeudal. Y frente a ella reitera el principio de «La tierra para quien la trabaja» y la necesidad de la revolución democrática para destruir la propiedad semifeudal sobre la tierra.

En la ley 18350, Ley General de Industrias, se apunta a promover una industrialización dependiente del imperialismo mientras somete al campesinado, a través de la deuda agraria en especial, a servir a la llamada «industrialización» del país. Y refiriéndose al plan económico 1971-75, uno de cuyos objetivos es «acrecentar la industria», señala que solo sentará bases para una mayor penetración imperialista.

Sobre la ley 19326, Ley General de Educación, insistiendo en su carácter de seguir la línea burocrática en lo ideológico, desentraña su triple fundamento político: educación para el trabajo, educación para el cambio de las estructuras y educación para la defensa de la soberanía nacional. Cuyos fines políticos resumidos son: habilitar brazos nuevos más diestros y más baratos para sus fines productivos; utilizar la educación en función de los cambios estructurales para desarrollar el capitalismo burocrático; impulsar el nacionalismo para destruir y negar la lucha de clases en el país; y, obviamente, servir a la corporativización de la sociedad peruana. Igualmente revela el fundamento ideológico de la ley, el humanismo burgués pero adherido a la feudalidad: un humanismo que, basado en el hombre como «dignidad de la persona», se funde con el cristianismo medieval; desenmascarando asimismo el «socialismo libertario» de los

«teóricos» sinamistas, prestidigitadores de un socialismo burgués de corte anarquista, al servicio de la supuesta «revolución peruana no capitalista ni comunista» y su propagandizada especulación ad hoc, la bautizada «democracia social de participación plena».

Finalmente, otras medidas sobre banca y finanzas así como cuestiones de seguridad nacional y política internacional del régimen también fueron analizadas en este punto.

«IV. Tres problemas fundamentales». Al considerar el capitalismo burocrático, el primero de los tres problemas fundamentales, el Pleno parte de concebirlo como clave para comprender la sociedad peruana. Establece: el proceso de capitalismo burocrático en el país depende del imperialismo yanqui; este le impone cambios, giros y, dice, así: «hoy: fascismo y corporativismo». El capitalismo burocrático se levanta sobre relaciones de explotación semifeudales y semicoloniales. Y en sus componentes debe verse la mantención y desarrollo de la gran propiedad y gran empresa, elemento imperialista, y la antigua prestación personal presentada bajo nuevas formas, como «inversión-trabajo», elemento semifeudal. En la actualidad el Estado se desenvuelve como motor impulsor principal de la profundización del capitalismo burocrático participando directa y ampliamente en el proceso económico, destaca el documento. Similarmente sentó: Debe prestarse atención a cómo el capitalismo burocrático está desenvolviendo cinco líneas burocráticas; pues hoy, aparte de las tres aplicadas en el agro, la industria y en el plano ideológico, aun de mayor importancia son la línea política fascista y la línea organizativa corporativista que lleva adelante, también como líneas burocráticas (esto es generadas por el capitalismo burocrático, y actualmente por su profundización), en los planos de la política y la organización social, respectivamente.

Concluye, sobre este problema, con el análisis de las modalidades de propiedad que legalmente estaban siendo instituidas: nuevas cooperativas, SAIS, comunidad laboral, empresas de cogestión y la denominada «propiedad social», sobre las cuales se sustentaría la supuesta «democracia social de participación plena» y hasta nueva «sociedad socialista» para algunos. La Sesión definió: Todas estas modalidades no son sino formas de propiedad privada de los medios de producción; más aún, de las formas enumeradas y aplicadas, la inmensa mayoría está bajo control del Estado que ejerce realmente la propiedad, pese a lo que se invoque o arguya. Y si a esto sumamos la gran propiedad no estatal, entonces el resto no sería sino una propiedad también privada, pero sin peso alguno dentro

del capitalismo burocrático; lo demás son palabras. Y debemos tener muy presente lo principal: las relaciones socialistas de propiedad solo surgen y desarrollan bajo el nuevo poder dirigido por el proletariado encabezado por el Partido Comunista, como creación de la revolución sustentada en la guerra popular; y el socialismo es el predomino de la propiedad estatal y social en las relaciones de producción y la restricción creciente del capitalismo, bajo la dictadura del proletariado en función del comunismo.

En cuanto a fascismo y corporativismo, segundo problema fundamental tratado, parte de: el fascismo es la negación del sistema demoliberal por la propia burguesía, más precisamente por la gran burguesía, la burguesía monopolista en la época del imperialismo. Negación de las libertades, los derechos sociales y las formas políticas de «democracia representativa»; esto es, negación del sistema de gobierno demoliberal, pero no de la dictadura de clase de la burguesía. Fascismo que, si bien implica los mismos principios seguidos en Alemania, Italia o España, por Hitler, Mussolini o Franco, no significa su aplicación idéntica, pues tiempos, circunstancias y condiciones concretas han cambiado y, más aún, son específicos. Tener presente, no soslayar en modo alguno que, para la revolución y la contrarrevolución, la sociedad peruana, como toda sociedad particular, es concreta, propia, específica.

En la década del sesenta, la intensificación de la lucha de clases, la necesidad de profundizar el capitalismo burocrático y la crisis de la «democracia representativa» llevaron al golpe de Estado de octubre de 1968 generando de esta manera un régimen militar que desde entonces desenvuelve una línea política fascista y hoy impulsa una línea organizativa corporativista mediante el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social. Y continuaba planteando el III Pleno: Así, en la actualidad el gobierno está empeñado en la corporativización de la sociedad peruana; ha comenzado, pues, una etapa organizativa, de «institucionalización corporativista», mas esta no solo está atrasada en sus planes, sino que enfrente seria y tenaz oposición de las masas populares.

De esta manera debatió el Pleno el carácter del gobierno militar en 1973 y las posiciones que se daban frente a él, planteándose además la siguiente interrogante: ¿Es el fascismo esencialmente violencia? Hay quienes sostienen, decía, que el fascismo es, en esencia, violencia, que la violencia es la característica esencial que lo define; esta es la posición de revisionistas y revolucionaristas, de lo cual derivan que el régimen de Velasco Alvarado no es fascista sino revolucionario y reformista, respec-

tivamente. Esta posición es oportunista y falsa, reducir el fascismo simplemente a violencia no correspondió ni al anterior a la Segunda Guerra Mundial, menos al posterior a ella. El fascismo, en esencia, es la negación del sistema de gobierno demoliberal (no de la dictadura burguesa), y el que lleve adelante sus planes por la violencia no es sino el camino para defender y mantener el viejo orden según sus necesidades y circunstancias; así el fascismo de Hitler, Mussolini, Franco y otros recurrió a la más desenfrenada y brutal violencia. Por otro lado, piénsese que el Estado es la «violencia organizada» y que, de la doble táctica reaccionaria, ha potenciado inmensamente la violencia contrarrevolucionaria en la época del imperialismo. Mas lo anterior no niega el carácter de clase del Estado ni la esencia política de sus objetivos ni tampoco que la violencia elevada a nivel de guerra sea la forma principal para resolver las contradicciones fundamentales y trascendentes del mundo social. Tal fue, en líneas generales, el debate sobre este importante problema en el III Pleno.

Finalmente, sobre movilización de las masas, el tercero de los problemas fundamentales. El evento resalta: Se ha entrado a la etapa de quién y cómo moviliza y organiza a las masas; subrayando que la línea organizativa democrática y la línea organizativa corporativista se enfrentan teniendo a las masas como arena de contienda. El gobierno fascista desenvuelve una campaña antipartidos políticos, principalmente contra el partido del proletariado para dejar a la clase sin vanguardia, por eso la punta del antipartidismo reaccionario va contra el Partido Comunista; mientras las Fuerzas Armadas asumen el papel de partido político de la reacción, en especial de la gran burguesía y principalmente de su facción burocrática, contando con el auxilio ideológico y el apoyo organizado de la Iglesia. Tal como decía un documento de octubre de 1971 del Comité Regional de Ayacucho: «Se está manifestando en el país lo que Nelson Rockefeller consideraba la gran alianza para América Latina: la de la cruz y la espada como centenarias y probadas fuerzas del orden y la paz social de los explotadores». El Gobierno, al desarrollar su movilización corporativista de las masas, apunta a imponer la colaboración de clases, aplacar la lucha de clases y hasta sueña con erradicarla; para ello utiliza los fundamentos corporativos de su legislación, en especial de las leyes agraria, industrial y de educación, y principalmente pone como base y punto de partida sus supuestas «formas asociativas de propiedad», sobre todo la exaltada «propiedad social»; y para cuya movilización, «concientización» y organización ha montado SINAMOS. Así, en resumen, cerrando el problema, el evento destacaba como principal el avance creciente de la lucha

de masas, uno de cuyos más altos picos fue el movimiento huelguístico de 1971 que mostró el término del repliegue de las masas y el comienzo de un nuevo desarrollo de la lucha popular.

«V. Situación política actual». Sobre la «situación económica», el III Pleno del Comité Central destaca la profundización del dominio imperialista y el reparto del país por las empresas monopolistas a través de empresas multinacionales y empresas mixtas de capital extranjero y nacional, privado o estatal; en tanto, simultáneamente se restringe el capital nacional, sobre todo el de la burguesía media, y la pequeña burguesía ve socavada su propiedad. Plantea que el plan económico 1971-75 está retrasado y no se cumple su programación; mientras al pueblo se le demanda «años de esfuerzo y esperanzas para el período 76-80». Las masas populares, principalmente los trabajadores, sufren dura reducción de sus salarios e ingresos, enfrentando a la vez alza del costo de vida y escasez de productos de primera necesidad; y las masas campesinas pobres comienzan a ser lanzadas del campo a las ciudades donde les esperan desocupación y miseria crecientes. En resumen, la economía cruje y la lucha de clases se agita.

En cuanto al «régimen y sus contradicciones» se señalan dos etapas en su proceso, una primera de la promulgación de sus leyes fundamentales y una segunda de organización corporativista. Y lo principal, sobre las contradicciones internas del régimen, define la existencia de dos posiciones: «1) posición fascista, corporativista que busca renovación de burguesía intermediaria e impulsar participación directa del Estado; 2) posición de raíces demoliberales, ligada a «democracia representativa», defiende la burguesía intermediaria tradicional y sostiene papel primordial de empresa privada». Concluye subrayando que la posición fascista está siendo contenida; mas la definición de la contienda ha sido diferida, mientras la posición fascista persiste en seguir avanzando.

Otro punto de la situación política actual, «sobre las clases y su acción», subraya: el campesinado enfrenta la ley agraria, la esquilmación por la deuda agraria y los gastos burocráticos de la ley, así como la represión para imponerla, y la sangre campesina vuelve a correr: Ancash, Cajamarca lo comprueban. El proletariado a su vez enfrenta la ley industrial y el peso principal de la acumulación originaria que el régimen impulsa; mientras el movimiento huelguístico recibe nuevamente la consagración del baño de sangre que jalona la lucha proletaria, Cobriza es testimonio. La pequeña burguesía ve acrecentarse su proletarización con todas sus

secuelas, y la intelectualidad, parte importante de aquella, ve cerrarse más sus posibilidades y expectativas; en tanto simultáneamente la necesidad de la revolución golpea su conciencia. La burguesía nacional, cada vez más restringida en sus perspectivas, tiende hacia el camino democrático. Y a la interrogante «¿es cierto que desaparece la burguesía intermediaria y los terratenientes feudales?» (la llamada «oligarquía» cuyo espinazo había quebrantado el gobierno fascista, según los revisionistas y oportunistas de diverso pelambre), se responde simple y concretamente: la gran burguesía, esto es la burguesía intermediaria, se fortalece y la clase terrateniente feudal se mantiene y evoluciona. Y definiendo un punto de suma importancia sobre las dos facciones de la gran burguesía dice: «la burguesía compradora da paso a la burguesía burocrática»; es decir, sostiene, la burguesía burocrática ha asumido la conducción del Estado peruano, aunque a través de las Fuerzas Armadas.

Además, analizando las «posiciones políticas», se establecen dos puntos de suma importancia: 1) La comprensión de la existencia de dos caminos —el camino burocrático y el camino democrático— y de dos líneas —la línea burocrática y la línea democrática— en toda cuestión, es clave para analizar la sociedad peruana, aprehender sus contradicciones, pugnas en su lucha de clases y participar en su transformación revolucionaria, sobre todo para combatir desde la posición del proletariado; 2) Deslindar posiciones con el revolucionarismo y combatir implacablemente al revisionismo como la mayor expresión del oportunismo; entendiendo por revolucionarismo a posiciones como las de Vanguardia Revolucionaria, «Patria Roja», el liquidacionismo y similares, en tanto estén por la revolución democrática. Esta es una importante cuestión de táctica política.

Finalmente, sobre «balance del Partido», el evento resumiendo el camino recorrido de 1970 a 1973 dice: «Del II Pleno a hoy: lucha por la existencia misma del Partido y por mantener las banderas revolucionarias»; esto es, en síntesis, del II al III Plenos la lucha ha sido por la existencia del Partido y contra el liquidacionismo de derecha. Así pues, ha terminado la defensa de la vida del Partido y comienza una nueva etapa, la de su desarrollo. «La Polémica en torno a Mariátegui como piedra angular de la base de unidad partidaria» se desenvuelve exitosamente y entra a desarrollarse; como estableciera el II Pleno, el pensamiento de Mariátegui es piedra angular en cuanto significa aplicación de la verdad universal del marxismo, de la ideología del proletariado a las condiciones concretas de la revolución peruana. Igualmente subraya, muy en especial,

la necesidad del «desarrollo de la teoría: retomando el camino de Mariátegui»; que sin teoría revolucionaria no hay revolución, y esta verdad surge más perentoria en el establecimiento de bases para la reconstitución del Partido, la que demandaba aplicar el marxismo-leninismo-maoísmo a las nuevas situaciones concretas de la revolución en el país. Surgía, así, cada vez más nítida y urgente la necesidad no solo de retomar el camino de Mariátegui sino, sobre todo, de desarrollarlo. Y rematando el balance, determinó la perspectiva: «Desarrollar el Partido en la lucha de masas que lo lleve a insurgir dirigiendo al pueblo».

Las «Bases políticas de la reconstitución» expuestas, si bien constituyen lo principal del III Pleno del Comité Central no agotan su contenido; el Pleno trató y definió otras dos cuestiones fundamentales de trascendencia: «Bases organizativas de la reconstitución» y «El trabajo de masas y la reconstitución».

Las «Bases organizativas de la reconstitución» analizaron tres problemas sustantivos.

I. «Desarrollo de las ideas marxistas en el Perú», centrándose en dos puntos: uno, la lucha por la constitución del Partido se sustentó en el marxismo-leninismo aplicado a las condiciones de la realidad peruana; dos, el papel de Mariátegui: al fundar el Partido, Mariátegui le dio un camino, esto es una línea política, y asimismo un pensamiento que es vigente; mas su aplicación demanda desarrollarlo, considerando los cambios producidos y la situación actual de nuestra realidad.

II. «Base de unidad partidaria», que, reafirmando la base de unidad sancionada en la VI Conferencia Nacional, estableció su formulación más precisa y correcta: marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, pensamiento de Mariátegui y línea de la V Conferencia.

III. «La reconstitución del Partido», que, partiendo de «el Partido es clandestino o no es nada», sancionó la cabal e insoslayable adhesión a la base de unidad partidaria, en la teoría y la práctica, y la necesidad del desarrollo de la teoría marxista del Partido aplicada a nuestra realidad concreta y específica para resolver los problemas políticos candentes de la revolución peruana, como base organizativa de la reconstitución desde el punto de vista ideológico. Similarmente, desde el punto de vista

político —y también como base organizativa de la reconstitución, a partir de la lucha de clases como principio y resaltando la importancia del programa y las tesis que lo fundamentan— trató el frente único como problema de la relación entre las cuatro clases que integran el pueblo, basado en la alianza obrero-campesina y dirigido por el proletariado mediante su Partido; y el medular problema militar, la cuestión de la violencia revolucionaria concretada en el camino de cercar las ciudades desde el campo, la futura guerra popular como insustituible camino para conquistar el poder. Y desde el punto de vista organizativo —igualmente como base organizativa de la reconstitución—, las tres cuestiones fundamentales de todo Partido Comunista, en cuanto a construcción orgánica se refiere: estructura, sistema y trabajo partidarios; así como los problemas de la militancia, la propaganda y los estatutos.

«El trabajo de masas y la reconstitución». Aparte de desenmascarar a fondo la línea orgánica corporativista del régimen implementada por SINAMOS, directamente conducido por el Ejército, la cuestión central fue el trabajo de masas del Partido Comunista. El Pleno sancionó reafirmarse en la línea de clase como guía para organizar a las masas y conducir sus luchas; esto es, la línea del proletariado, cuyo eje es la lucha de clases, para movilizar, organizar y dirigir la lucha de masas en sus diferentes frentes, partiendo de sus reivindicaciones, apoyando las demandas del pueblo y sirviendo a los objetivos de la revolución. Igualmente sancionó bregar por la reconstitución de las organizaciones de masas aplicando la línea de clase. Pero lo principal resuelto por el Pleno, en cuanto trabajo de masas, fue la formación y desarrollo de los «movimientos generados», los también conocidos como «organismos generados» que, en concreto, no son sino puntos de apoyo de la organización clandestina del Partido para llevar y extender su influencia en las masas y dirigirlas en sus luchas. El acuerdo sobre «organismos generados» («generados» implica generados por el proletariado a través del Partido) ha sido uno de los acuerdos más importantes y de mayor repercusión tomados por el Partido sobre el trabajo de masas y, entonces, cuando fue sancionado, de importancia fundamental para la reconstitución. Permitió al Partido ligarse ampliamente a las masas, impulsar su desarrollo al término de la lucha por la existencia del Partido e incrementar su militancia con contingentes de sangre nueva; sirvió a culminar la reconstitución y a la construcción

nacional del Partido a fines de la década del setenta. Finalmente, y en la perspectiva de desarrollar los organismos generados, se analizó la línea sindical de clase y «La tierra para quien la trabaja», como guías para el trabajo obrero y campesino, respectivamente; asimismo se debatieron orientaciones y lineamientos para desenvolver los movimientos universitario, intelectual, femenino y secundario, sentando fructíferas bases para su desarrollo futuro. Así, el trabajo de masas del Partido fue nuevamente puesto en marcha abriéndose brillantes perspectivas, como los hechos comprobaron con la contundencia irrefutable de la práctica.

El III Pleno del Comité Central del Partido Comunista del Perú, «Sobre la Reconstitución», es, pues, como fluye nítidamente de lo expuesto, un Pleno de gran importancia y trascendencia en la vida del Partido; marca el término de la lucha por la defensa de la vida del Partido, de su existencia como vanguardia organizada del proletariado peruano, y el comienzo de un nuevo momento. Si el II Pleno de 1970 enarboló la defensa del Partido Comunista del Perú, el III Pleno de 1973 sentó las bases de la reconstitución.

CARTA DEL COMITÉ PERMANENTE SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS POLÍTICOS[1]

(Extractos)

Diciembre de 1973

I. PARO MAGISTERIAL Y SUCESOS DE AREQUIPA, PUNO Y CUZCO

1. El análisis de los hechos anteriores y posteriores al paro, la amplia campaña desencadenada en contra del mismo en forma sistemática, las consecuencias y las «razones» del paro muestran que el régimen montó una provocación para descabezar a los SUTE a fin de destruirlos. En este plan, como ya se ha visto en otros casos, sus agentes infiltrados sirvieron a montarlo arrastrando inconsciente o conscientemente a quienes buscaban interés de grupo.

2. De tenerse en cuenta la situación política, las «razones» del paro y la amplia campaña en contra, desatada con bastante anticipación, lo lógico desde el punto de los intereses del magisterio hubiera sido la postergación del paro; sin embargo, ni la dirección (que no podía hacerlo) ni otras posiciones ni nosotros planteamos esta cuestión. En el fondo ha habido o falta de comprensión de la realidad y plan en marcha o temor a aparecer como apoyando al régimen; en el primer caso no se ha «partido de la realidad» ni «tenido en cuenta la correlación de fuerzas», lo que lleva a la posición «izquierdista» de «predicadores pusilánimes de la provocación», según enseñó Lenin; en el segundo se habría cuidado

[1] Carta redactada para el Comité Permanente. Publicado en *Bandera Roja* N° 45.

más la posición individual o de grupo. Ambas actitudes son contrarias al principio de «servir al pueblo» que es poner por delante los intereses de las masas.

3. El APRA ha participado activamente en los sucesos del sur. ¿Qué buscaba? Desgastar al régimen, hacer sentir su fuerza y presionar hacia una futura salida eleccionaria; ha actuado como parte movilizadora de masas de la «tendencia de rezagos demoliberales» y, a buen seguro, íntimamente unida a otros miembros de la misma que aportan económicamente y con ligazones dentro del propio aparato del régimen. Esto es parte de las contradicciones en el seno de la burguesía intermediaria y tiene similitudes con la lucha de la «Coalición Nacional» contra Odría.

4. [...]

5. El paro y sus derivaciones han importado duros golpes: centenares de detenidos, particularmente casi la totalidad de dirigentes o activistas del SUTEP y los SUTE; muchos cientos de destituidos y una amenaza pendiente de destitución sobre cualquier maestro por el lapso de un año; oficialmente seis muertos y alrededor de un centenar de heridos; el SUTEP a nivel nacional fuertemente debilitado y un temeroso y pasivo retraimiento del magisterio; a más de enjuiciamientos pendientes y posibles procesos judiciales contra muchos que no han sido detenidos o que se prefiere dejar para otra oportunidad para no agravar la situación. Es, pues, a todas luces, un saldo negativo que debe tenerse muy en cuenta para, sacando lecciones, superar la situación progresivamente.

6. ¿Es todo negativo? No. Piénsese que, pese a las condiciones —especialmente la gran campaña en contra— la inmensa mayoría del magisterio paró; esto demuestra el arraigo del SUTEP entre los maestros; el SUTEP, como los otros sindicatos, no puede ser barrido por simple represión. Los trabajadores, en el fondo, se movilizan en defensa de sus derechos conquistados y el pueblo en general apoya, directa e indirectamente, la lucha democrática. El régimen muestra debilidades y agrava sus contradicciones. Todo esto es positivo y siembra para el futuro.

7. La lucha democrática por la defensa de las libertades y derechos ha sentado bases, por un lado; y por otro, se ha abierto una buena perspectiva para el desarrollo de una línea sindical clasista. Los golpes y derrotas hacen ver a las masas la necesidad de rectificar caminos; dentro de poco esta necesidad será sentida en el movimiento de masas en general. Todo esto nos favorece a condición de ganar la iniciativa y fundir nues-

tras posiciones y políticas con la movilización y lucha de las masas. La perspectiva es, pues, buena, aunque se avistan escollos y dificultades; el problema es saber sortearlos y los hechos están demostrando que tenemos experiencia y capacidad para superarlos. ¡Esforcémonos más!

8. Un volante difundido por el FER-FEP[2] plantea: «Las organizaciones progresistas del sur del país han iniciado una serie de ofensivas de violencia revolucionaria como punto de partida, sangrienta, de la clase trabajadora para lograr su liberación e instaurar un Gobierno de Democracia Popular, liquidar a las clases explotadoras y su sostén principal: la Junta Militar gorila y arrojar realmente al imperialismo norteamericano de nuestra patria», «se respondió a la violencia reaccionaria con la violencia revolucionaria».

He aquí un ejemplo de frases pomposas y declaraciones vacías que no responden a la realidad ni reflejan la perspectiva y la necesidad de las masas y de la lucha de clases. La cuestión es otra: nos estamos desenvolviendo en los términos de la oposición aislada para entrar en luchas que nos llevarán a la oposición general, estamos, pues, concluyendo la oposición aislada que por partes está siendo batida por el régimen; pero estamos viendo que insurge la lucha contra la ofensiva antidemocrática, la lucha por las libertades y derechos democráticos, por los derechos y conquistas de las masas trabajadoras, movimiento que irá creciendo y en función del cual hay que prepararse y librar luchas progresistas de «resistencia racional», como planteara Lenin. Nuestro problema es, pues, prepararnos y preparar la oposición democrática general a través de luchas parciales, uniendo a los susceptibles, rehuyendo las amplias confrontaciones, a fin de servir a que la oposición democrática general engendre la resistencia popular futura.

Esto es lo que hay que ver, estudiar e investigar en las luchas del sur y no llenarse la boca con palabras hueras y declamatorias que no sirven sino a la contrarrevolución, muestra empedernida de revolucionarismo pequeñoburgués y de «fraseología revolucionaria».

II. [...]

III. DOCUMENTOS DE MAO Y SITUACIÓN ACTUAL

1. Para una mejor comprensión de la situación actual es conveniente estudiar algunos textos del camarada Mao Tsetung:

---

[2] FER-FEP: organismo estudiantil ligado a «Patria Roja».

– *Entrevista con el periodista inglés James Bertram;*

– *La situación y las tareas en la guerra de resistencia contra el Japón después de la caída de Shanghái y Taiyuan;*

– *Sobre la guerra prolongada,* los seis primeros temas, el 10º, el 12º, 14º y 15º.

Estos temas de estudio nos pueden ayudar a comprender el problema de la oposición en el país, así como algunos problemas de dirección.

2. Teniendo en cuenta las enseñanzas del camarada Mao y analizando las recientes luchas antes referidas y nuestra situación, planteamos las siguientes cuestiones como esquema para estudiar y comprender nuestra situación y perspectiva:

1) En nuestro país no hay resistencia armada ni es una perspectiva inmediata.

2) Lo que persiste y se desarrolla es una oposición.

3) A esta oposición se pretende destruirla por partes y progresivamente (campesinos, mineros, maestros, universitarios).

4) Se dan posibilidades de oposición general, supresión de oposición y conciliación general, y coexistencia de conciliación y oposición; hoy el régimen busca la «pacificación» por la fuerza (mediante plan que sus agentes implementan), pero la situación económica y política lleva a oposición general a través de la coexistencia de corporativización y oposición.

5) El periodo que estamos viviendo es crítico y se agudizará más: la clave es unir al pueblo combatiendo al régimen y a los que abierta y directamente trabajan para él (revisionismo y Democracia Cristiana) y superar el revolucionarismo.

6) Se presenta buena perspectiva para llevar adelante línea clasista de masas, pero la cuestión es preparar gran lucha a través de pequeñas luchas y movilizaciones (lucha de masas es terreno de contienda, en él el revolucionarismo buscará recuperarse, y al que la posición clasista tiene que prestarle atención para preservar a las masas y como medio para plasmar y desarrollar su línea).

7) En las recientes luchas hay que ver: a) plan y provocación gubernamentales; b) acción y papel del revisionismo y defensores del gobierno;

c) acción de lucha de facción «demoliberal» especialmente aprista; d) acción del revolucionarismo, especialmente de «Patria Roja»; e) la lucha de las masas por la democracia; f) participación y limitaciones de posición clasista.

8) Las luchas populares hay que librarlas según el principio de razón, ventaja y límite.

9) El centro del proceso popular tiene que ser el Partido, pero este tiene limitaciones, especialmente organizativas, que conspiran contra el cumplimiento de su papel.

CARTA DEL COMITÉ PERMANENTE SOBRE EL IV PLENO[1]

(Extractos)

Agosto de 1974

El Comité Permanente reunido recientemente analizó la situación de la marcha del Partido, prestando atención especialmente al Pleno. Se estudió principalmente la necesidad de que el Pleno considerara los problemas generales del trabajo de masas y se extrajeran las experiencias logradas sobre los distintos frentes, pues el trabajo de masas origina diferencias de criterio que deben ser tratadas a fin de cohesionar opiniones y seguir desarrollando este trabajo para cumplir, posteriormente, con el tratamiento de los diferentes frentes en forma especial.

Asimismo, se vio la necesidad de tratar los problemas de la construcción del Partido; pues si bien este gran problema debe ser tratado como remate —según la planificación acordada hace tiempo y cuya culminación prevé el V Congreso—, es perentorio ir considerando sucesivamente diferentes puntos de la construcción del Partido que ya exigen definición, reiteración o nuevos acuerdos, a fin de ir desarrollando paralelamente estas cuestiones. Merece particular atención la aplicación de los acuerdos del Comité Central derivados o tomados en el Pleno último, así como las experiencias y posiciones definidas en el II Pleno. [...]

TRABAJO DE MASAS Y PROBLEMAS

Necesidad de resumir experiencias de los diferentes frentes del trabajo de masas partiendo de sentar las cuestiones generales del mismo. En este problema, que reviste complejidad y nuevas circunstancias, se

[1] Carta redactada para el Comité Permanente. Publicado en *Bandera Roja* N° 45.

manifiestan discrepancias; por tanto, es muy importante establecer las cuestiones generales y experiencias específicas que cohesionen comprensión, políticas, planes, acciones y mandos. Tenemos para esto puntos de partida: marxismo; Mariátegui (cuyo pensamiento y experiencia en estas cuestiones específicas deben ser seriamente estudiados y comprendidos, pues poco se los conoce o no suficientemente); las experiencias de lucha y acuerdos del II Pleno y del III Pleno (este sancionó la aplicación de la línea de clase en el trabajo de masas y el desarrollo de organizaciones generadas por el proletariado con los tres caracteres conocidos, cuya aplicación concreta nos dará la necesidad o no de corregir, modificar o desarrollar los acuerdos tomados; pero esto necesariamente requiere y exige su aplicación. Los organismos de dirección del Partido tienen la obligación de exigir la aplicación de los acuerdos y requerir que se saquen las experiencias de esta aplicación); tenemos, además, la experiencia de años en ciertos frentes; y, finalmente, los problemas concretos y la solución conseguida o las dificultades que encontramos, referidas especialmente a nuevas condiciones.

[...]

El trabajo de masas es fuente de discrepancias en el Partido. Esto ya lo sabemos desde el III Pleno, no nos puede sorprender, y tiene raíces materiales, entre ellas las circunstancias nuevas que lo circundan. Así, la cuestión clave es adherir con firmeza a las ideas correctas y combatir las ideas erróneas en la lucha de clases de las masas; confrontando nuestras ideas con la realidad es como veremos la corrección o incorrección de los planteamientos o puntos de vista y, por tanto, será más factible la corrección de errores.

Así, hoy las contradicciones en el Partido vienen principalmente del desarrollo del trabajo de masas, pero estas son contradicciones en el seno del pueblo y como tal hay que tratarlas. Para una mejor comprensión de este problema y para un mejor tratamiento del mismo es muy útil estudiar seria y conscientemente *Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo* del camarada Mao Tsetung; pero, insistimos, su estudio y aplicación deben ser concienzudos, pues a veces se toma muy a la ligera sus planteamientos; esto exige una recomendación especial a los militantes, amigos y afines que laboran en organizaciones de masas adheridas al proletariado, en particular.

LA PROBLEMÁTICA NACIONAL[1]

1974

Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan.

La polémica es útil cuando se propone verdaderamente esclarecer las teorías y los hechos, y cuando no se trae a ella sino ideas y móviles claros.

José Carlos Mariátegui

Evidentemente es muy importante analizar la problemática de la sociedad peruana. Consideramos que es necesario conocerla, por cuanto sin su conocimiento no es posible comprender los procesos que se dan; si no estamos claros sobre el carácter de la sociedad peruana, sobre el proceso que se vive hoy, mal podemos entender lo que representa la ley de educación o la ley de minería. Esto es, no es posible comprender el problema concreto en el país, como el de la educación, sin comprender cuál es el carácter de la sociedad peruana actualmente y cuál la situación política. Lamentablemente muy poco se conoce sobre la problemática nacional, y más en los últimos tiempos en que el Estado ha montado toda una campaña deformadora de estas cuestiones; por tanto, es más perentoria la necesidad de analizar estos problemas.

LA SOCIEDAD PERUANA ACTUAL

1. Carácter de nuestra sociedad

Planteamos: el Perú es una sociedad semifeudal y semicolonial. ¿Qué entendemos por semifeudal y semicolonial? Veamos estas cuestiones.

---

[1] Apuntes tomados de una conferencia dictada en evento del Sindicato Único de Trabajadores en la Educación de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

Nuestro país en el siglo pasado se emancipó. Hace 150 años, éramos una colonia; vivíamos sujetos a una metrópoli (España), no teníamos independencia política. Por otro lado, a comienzos del siglo pasado era un país feudal, es decir que nuestra sociedad se basaba fundamentalmente en el trabajo de la tierra que era el sustento de la economía. Naturalmente había comercio y modalidades industriales incipientes, pero el fundamento económico era la feudalidad. Basada en la existencia de grandes latifundios que pertenecían a unas cuantas personas, sobre esta propiedad latifundista se levantaba la servidumbre, la explotación de los campesinos, quienes por un pedazo de tierra tenían que prestar servicios personales, labrando la tierra del señor u otros servicios, incluso doméstico.

Nuestro país era atrasado, donde lo fundamental eran las viejas formas de producción y modalidades de gobierno totalmente caducas. Nuestro país, a comienzos del siglo XIX, tenía dos problemas, los que con variaciones persisten aún: uno, el problema de la tierra, el problema de la feudalidad, el de la servidumbre del campesinado levantada sobre la propiedad latifundista; dos, el problema de la soberanía nacional, el de que nuestra nación era una colonia de España.

La emancipación se enfrentó a ambos problemas; lo prueban las luchas de la independencia, en cuanto a la soberanía, y los decretos de Bolívar sobre la propiedad territorial y los debates parlamentarios (en los que se planteaba que la emancipación solo podía asegurarse entregando la tierra a los campesinos) en lo tocante al problema de la tierra. Pero la emancipación solo implicó romper las ataduras con España. Sin embargo, el país bien pronto fue controlado y luego dominado por Inglaterra. Esta, entonces gran potencia capitalista, dominó en toda América Latina y, por tanto, en nuestro país. ¿Qué importancia tiene el dominio inglés en nuestro país? Hasta antes de la emancipación éramos un país feudal y colonial. Cuando nos emancipamos, seguimos teniendo base feudal, pero con cierta independencia política; conformamos una república pese a los avatares de la emancipación e inicios republicanos. Pero Inglaterra introduce al país modalidades más altas de desarrollo, modalidades capitalistas, fundamentalmente a través de su comercio y nos ata al comercio mundial del guano. Esto implica que se comience a acelerar la destrucción de la feudalidad; el hecho de que Inglaterra traiga mercancías e introduzca métodos capitalistas acelera, acicatea la destrucción de la feudalidad. Por otro lado, Inglaterra comienza a controlar e introducir un proceso de colonización en el país. Así, la dominación inglesa implicó el

comienzo de un cambio, el pase hacia la conformación de una sociedad semifeudal y semicolonial en el país.

En este siglo, Estados Unidos logra desplazar el dominio inglés y convertirse en el amo, allá por los años 20. Así, nuestro país se ve dominado por otra potencia mundial, pero imperialista. Estados Unidos, cuando nos domina, es un país imperialista, ha desarrollado un sistema monopolista, grandes empresas que concentran la economía del país; por otro lado, es una potencia en expansión colonialista en América Latina y hasta en parte de Asia.

En estas condiciones de dominio imperialista yanqui, nuestra sociedad evoluciona su carácter semifeudal, pero no se destruye totalmente, sigue superviviendo. Como bajo el dominio inglés (especialmente después de la guerra con Chile) se da un mayor impulso a la destrucción de la feudalidad bajo el desarrollo de una forma de capitalismo ligada a los grandes monopolios y dependiente del imperialismo. Además de mantener su carácter semifeudal, nuestro país sigue siendo semicolonial; esto es, un país dominado que, si bien tiene independencia política declarada, vive bajo el dominio de una potencia imperialista en lo económico, diplomático, cultural y militar, que hacen de la independencia política una cuestión formal.

Así la sociedad peruana, desde el siglo XIX, ha evolucionado de una sociedad feudal a una semifeudal y de una sociedad colonial a una semicolonial. En este largo proceso, tres potencias la han dominado y explotado. Primero, España hasta 1824 (sin embargo, lo español siguió dominando muchas décadas más). Posteriormente, Inglaterra, que más sutilmente nos dominó; hasta nos fabricó partidos políticos de corte burgués y un mejor aparato estatal para sujetarnos mejor con un dominio solapado, más encubierto, pero no menos explotador. Finalmente, Estados Unidos, que aún nos oprime y explota; imperialismo que, pese a todo lo que se diga, nos domina en todos los planos.

Cuando éramos un país colonial teníamos dos problemas: el problema de la tierra y el problema nacional. Bajo el dominio inglés éramos una sociedad semifeudal y semicolonial, mucho más elemental que la actual, evidentemente, y teníamos dos problemas: el de la tierra y el nacional; porque la tierra seguía en pocas manos y la servidumbre seguía campeando en el país, y porque Inglaterra nos dominaba. En este siglo nos domina Estados Unidos, seguimos siendo una sociedad semifeudal y

semicolonial, mucho más evolucionada que la anterior, indudablemente, pero los problemas básicos del país siguen siendo dos: el de la tierra y el nacional. El problema de la tierra, porque aún las modalidades feudales de explotación superviven tiñendo toda nuestra sociedad (nuestra mentalidad acientífica y supersticiosa, nuestra ideología en general, así como nuestras relaciones sociales y políticas tienen mucho de feudalidad). El problema nacional, porque somos una nación oprimida (aparentemente libre, pero en el fondo sujeta a mil formas de dominación).

Sintetizando, la historia patria, desde el siglo pasado hasta hoy, es la de la lucha de clases feudal y colonial que, bajo el dominio capitalista inglés y del imperialismo yanqui sucesivamente, ha evolucionado la sociedad hasta convertirla y ser en la actualidad una sociedad semifeudal y semicolonial con dos problemas básicos no resueltos hasta hoy: el problema de la tierra y el problema nacional.

2. Carácter del proceso revolucionario de la sociedad peruana

Sentado el carácter de la sociedad peruana surge una pregunta: ¿cuál es el camino de la transformación revolucionaria?; en concreto, ¿cuál es el carácter de la revolución peruana? Hemos establecido que hay dos problemas: el de la tierra y el nacional, de cuya solución deriva la solución del resto de los problemas del país, pues toda la problemática nacional depende del carácter semifeudal y semicolonial de la sociedad peruana. Esto quiere decir que para que la sociedad peruana cambie, se revolucione verdaderamente, tienen que resolverse esas dos cuestiones: 1) el problema de la tierra, cuya solución exige barrer la semifeudalidad, pues mientras no se la barra no se resuelve el problema de la tierra; 2) el problema nacional, cuya solución exige barrer con la opresión imperialista yanqui, pues mientras no se barra este dominio semicolonial no se resolverá el problema nacional. Así, mientras no barramos la semifeudalidad y la semicolonialidad no es posible transformar real y verdaderamente la sociedad peruana, pese a todo lo que nos digan. Por lo demás, lo que hoy pregonan no es nuevo; por ejemplo, en el año 19 de este siglo, ya escuchamos similares cantos de sirena.

En consecuencia, el proceso de transformación de la sociedad peruana, lo que científicamente se llama revolución peruana, tiene dos tareas que cumplir: 1) destruir la semifeudalidad y 2) destruir la semicolonialidad. Estas son las tareas de la revolución peruana en su etapa primera. Lo anterior significa que la revolución peruana es antifeudal y

antiimperialista; esto es, necesariamente debe destruirse la supervivencia feudal y el dominio del imperialismo. Por ello, la revolución peruana necesariamente es democrática y nacional. Científicamente hablando, el carácter de la revolución peruana es ser una revolución democrático-nacional; democrática en cuanto va contra la feudalidad, orientada a destruir las relaciones feudales en el país; y nacional en cuanto es antiimperialista, dirigida a aplastar la opresión imperialista yanqui. Así, en la actual sociedad peruana semifeudal y semicolonial solo cabe una revolución democrático-nacional, antifeudal y antiimperialista.

Analicemos el carácter de la revolución peruana en relación con las condiciones históricas concretas. Teníamos dos problemas desde el siglo pasado: el de la tierra y el nacional; pero el siglo pasado y el actual tienen grandes diferencias. En el siglo pasado no había imperialismo, en este siglo sí; en el siglo pasado no había clase obrera internacionalmente convertida en conductora de la revolución ni había en el país una clase obrera desarrollada, en la actualidad tenemos una clase obrera triunfante y en el país una clase obrera con una larga historia de lucha. Estas son diferencias importantísimas en el proceso revolucionario de nuestro país.

En el siglo pasado y hasta los años 20 del actual, la burguesía en el país podía conducir el proceso de transformación para la solución de esos dos problemas. Pero en nuestro país, desde antes del año 20, se van a producir grandes luchas —heroicas luchas y sucesivos levantamientos campesinos, movilizaciones y luchas estudiantiles y poderosos grandes combates de la clase obrera— generándose un gran proceso de lucha política en medio del cual comienza a difundirse y aplicarse a nuestra realidad la ideología del proletariado a través de una extraordinaria figura: José Carlos Mariátegui, cuya labor combatiente de hombre pensante y operante marca un hito en la historia al fundar, en 1928, el partido de la clase obrera del Perú, el Partido Comunista.

Así, este periodo determina un cambio fundamental en nuestra revolución, por el cual la burguesía, en las condiciones de dominio del imperialismo y de existencia de una clase obrera fraguada en la lucha, ya no puede conducir el proceso revolucionario en nuestro país, pues ya ha surgido y se desarrolla la clase obrera que —además de disputarle la dirección a la burguesía— es la única clase consecuente y capaz de llevar la revolución peruana a su triunfo. De esta forma, la revolución burguesa en el país tiene dos periodos: 1) la vieja revolución burguesa que pudo cumplirse hasta comienzos del siglo, bajo dirección burguesa; y 2) la nue-

va revolución burguesa o revolución democrático-nacional, o revolución burguesa de nuevo tipo, bajo la dirección del proletariado que es la única perspectiva histórica del país. Los burgueses, por razones históricas, no han podido cumplir con su papel en el país; pero después del año 28 insurge el proletariado políticamente organizado y arrebata a la burguesía la conducción histórica del proceso revolucionario, como única clase que puede cumplirlo. Por tanto, la revolución en el país —la destrucción de la feudalidad y del dominio imperialista— solo puede cumplirse, a partir del año 28, mediante una revolución democrático-nacional y bajo la dirección del proletariado, clase que para cumplir su rol histórico tiene que unirse con el campesinado en una sólida alianza obrero-campesina, por ser el campesinado la fuerza principal, aunque no dirigente, del proceso.

Estos problemas del carácter de la sociedad y de la revolución son de vital importancia, pues adherimos firmemente a la posición de que en el país o el proletariado con su partido conduce el movimiento o no hay revolución democrático-nacional; así no seremos engañados, o directa o indirectamente serviremos a los enemigos de la clase.

Para concluir este tema, señalamos que hay otras tesis contrarias a las expuestas, destacando que la tesis de que la sociedad peruana es capitalista es hoy la más peligrosa. Si el país es capitalista y si la revolución es socialista, el proletariado y no el campesinado sería la fuerza principal. Esta tesis cambia a fondo el importantísimo problema del camino de la revolución. Como viéramos, hay dos caminos: 1) el de la Revolución de Octubre, que es de la ciudad al campo y lo siguen los países capitalistas a través de una revolución socialista, camino que siguió la vieja Rusia o que hoy tendría que seguir Francia, por ejemplo, y 2) el camino de la revolución china, que es del campo a la ciudad y siguen los países semifeudales y semicoloniales o coloniales mediante una revolución democrático-nacional, camino que hoy sigue Vietnam, entre otros. Por tanto, que el país sea semifeudal o capitalista no es simple discusión bizantina, pues si se yerra en el carácter de la sociedad, se yerra en el camino de la revolución y, en consecuencia, esta no triunfará.

La tesis del carácter capitalista de la sociedad peruana ha sido y es sostenida por el trotskismo y posiciones cercanas a él; sin embargo, tal tipificación comienza a ser sostenida por el revisionismo para profundizar más su entreguismo al régimen.

EL CAPITALISMO BUROCRÁTICO

Este problema es importante para la comprensión de la sociedad peruana, y su desconocimiento es raíz de graves errores políticos; la tesis del capitalismo burocrático la encontramos en los clásicos y en Mariátegui, aunque en este con otro nombre.

1. ¿Qué entendemos por capitalismo burocrático?

Es el capitalismo que impulsa el imperialismo en un país atrasado; es el tipo de capitalismo, la forma especial de capitalismo, que impone un país imperialista en un país atrasado, semifeudal y semicolonial. Analicemos este proceso histórico.

¿Cómo se desarrolló el capitalismo en las viejas naciones europeas? Supongamos Francia. A fines del siglo XVIII era un país feudal, tenía de 20 a 22 millones de campesinos, los obreros y trabajadores no sumaban sino 600 000 (ahí se puede ver el peso feudal que tenía); se basaba sobre la servidumbre en sus diferentes formas. Sin embargo, en la entraña feudal de Francia se generaron nuevas formas productivas, fabriles, capitalistas; y una clase, la burguesía, fue cobrando cada vez más fuerza, más poder económico, incluso influencia política. Preguntémonos: ¿Francia era un país sujeto a otro? ¿Era un país oprimido? No. Francia era una monarquía absoluta que disputaba con Inglaterra la hegemonía del mundo; no estaba oprimida por nadie. Sus condiciones socioeconómicas e históricas la habían hecho desarrollarse así. ¿En esa época había imperialismo? No. El imperialismo es de este siglo. Lo que había era países en desarrollo capitalista como Inglaterra, por ejemplo; y Francia iba desarrollando independientemente una sociedad capitalista. Igual camino siguieron otros países, y cuando llega el siglo XIX, Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, etc., ya son países capitalistas independientes desarrollados.

¿Cuál era la situación de las naciones latinoamericanas en el siglo XIX? Cuando comienza la emancipación de América (1810), las naciones de Europa ya eran poderosas; en cambio, las latinoamericanas recién empezaban a estructurar su nacionalidad, problema que aún no ha concluido. Más aún, estas naciones a poco de emanciparse caen bajo el dominio de una potencia, Inglaterra; así su capitalismo se va a desarrollar, bajo dominio inglés, como un capitalismo dependiente. Hay, pues, diferencia histórica, económica y política notoria frente al proceso europeo.

Por otro lado, las burguesías que se desarrollan en Latinoamérica se van ligando cada vez más al país dominante, de tal manera que es-

tas débiles burguesías en vez de desarrollarse independientemente, como lo hicieron las europeas al servicio de los intereses nacionales, se irán desenvolviendo como burguesías sometidas, dependientes, entregadas en cuerpo y alma a las potencias imperialistas (Inglaterra o Estados Unidos) en la medida en que crecen hasta convertirse en pudientes y desarrolladas burguesías intermediarias, como lo muestra la historia de este siglo.

Este último camino es el que se dio en el Perú. Como viéramos, en la segunda década de este siglo el imperialismo yanqui sustituyó el dominio inglés. Para esto, Estados Unidos utilizó a sus intermediarios y copó el poder estatal; este es el significado y la función del golpe estatal de 1919, de Leguía y su oncenio. Este periodo es clave en el proceso nacional. Leguía, el 19, planteó algunas cuestiones: la reivindicación de las riquezas naturales, la concesión de tierras a quien las trabaja, la participación del pueblo a través del plebiscito y el remozamiento del aparato estatal. Leguía fue el instrumento político directo de Estados Unidos para impulsar su capitalismo burocrático dependiente en el país, a cuyo fin promovió su propia burguesía intermediaria y desplazó del aparato estatal la ligada a Inglaterra mediante una renovación de la burguesía intermediaria en aguda lucha contra la llamada oligarquía. De este proceso debemos sacar una lección, entre otras: no basta que un régimen ataque a la oligarquía o plantee reivindicar las riquezas naturales o hable de entregar la tierra a quien la trabaja para que se lo tenga por revolucionario; puede tratarse, como cuando Leguía, de una renovación de burguesía intermediaria y desarrollo del capitalismo burocrático.

Así Estados Unidos comenzó su dominio en el país; poco a poco fue introduciéndose en nuestra economía, cambiando sus formas según las fluctuaciones internacionales y la correlación de clases dentro del país. En un periodo, el imperialismo norteamericano usa modalidades capitalistas de Estado, y en otro, la libre empresa como lo fundamental; en función de lo cual el Estado interviene directamente en forma más amplia en el proceso económico, impulsándolo, o pone en primer plano su papel de cautelador de las libres relaciones de la empresa privada.

2. Tres líneas del capitalismo burocrático

El capitalismo burocrático desarrolla tres líneas en su proceso: una línea terrateniente en el campo, una burocrática en la industria y una tercera, también burocrática, en lo ideológico; sin pretender que estas sean las únicas.

Introduce la línea terrateniente en el campo mediante leyes agrarias expropiatorias que no apuntan a destruir a la clase terrateniente feudal y su propiedad, sino a evolucionarlas progresivamente mediante la compra y pago de la tierra por los campesinos. La línea burocrática en la industria apunta a controlar y a centralizar la producción industrial, el comercio, etc., poniéndolos cada vez más en manos monopolistas a fin de propiciar una acumulación más rápida y sistemática de capital en detrimento de la clase obrera y demás trabajadores, naturalmente, y en beneficio de los más grandes monopolios y del imperialismo en consecuencia; en este proceso tiene gran importancia el ahorro forzoso a que se somete a los trabajadores, como se ve en la ley industrial. La línea burocrática en lo ideológico consiste en el proceso para moldear a todo el pueblo, mediante medios masivos de difusión especialmente, en la concepción e ideas políticas, particularmente, que sirven al capitalismo burocrático; la Ley General de Educación es la expresión concentrada de esta línea; y una de las constantes de esta línea es su anticomunismo, su antimarxismo, abierto o solapado.

Estas tres líneas forman parte del camino burocrático al cual se opone el camino democrático, el camino revolucionario del pueblo; si aquel defiende la propiedad feudal, este plantea su destrucción, y ante el pago de la tierra opone la confiscación; si aquel reconoce y fortalece la propiedad industrial imperialista, este la niega y lucha por su confiscación; si aquel pugna por sojuzgar ideológicamente al pueblo, este por armarlo ideológicamente; y si aquel persigue al marxismo, este sostiene que hay que guiarse por el marxismo como único instrumento científico para comprender la realidad. Son, pues, dos caminos absolutamente contrarios. La historia del país en este siglo es la historia de la lucha de estos dos caminos: del camino burocrático, o sea del capitalismo sometido al imperialismo, y del camino democrático, del camino de la clase obrera, del campesinado, de la pequeña burguesía y, en ciertas circunstancias, de la burguesía nacional.

Para comprender el capitalismo burocrático es muy útil el estudio y análisis de la década del 60, en ella avanzó más el proceso de destrucción de la feudalidad; en este periodo se impulsa la industria y las relaciones capitalistas en el agro. Por otro lado, se desarrolló grandemente la lucha de clases; el movimiento sindical, el campesino y el estudiantil alcanzaron altos niveles. Así, se desarrolló un fuerte movimiento sindical que en determinado momento tomó locales y jefes como rehenes; el movimiento campesino también tuvo un gran auge, en el segundo semestre del 63 co-

mo un reguero de pólvora corrió desde el centro del país hasta el sur; y el movimiento estudiantil tuvo bastante ascenso. En síntesis, la lucha de las masas ha vivido grandes experiencias, en ese periodo, de lucha política.

Así mismo la política partidista tuvo un gran auge. Por un lado, los partidos políticos de la reacción entraron en graves dificultades y pugnas que llevaron a la crisis de la llamada democracia representativa, años 67 y 68; por otro lado, la izquierda desarrolló una vigorosa vida política, dentro de la cual se libró la lucha entre marxismo y revisionismo, que posteriormente llevó a retomar el camino de Mariátegui como condición para desarrollar la revolución.

Otro hecho bastante importante y no suficientemente estudiado es el problema de las guerrillas: año 65, incluso en esta zona se vivió un brote guerrillero. El movimiento guerrillero en el país es parte del proceso nacional. Es una primera cuestión que hay que destacar porque sectariamente, a veces, se pretende considerar que es la simple experiencia de un organismo y no se la ve como experiencia del pueblo peruano. Es un movimiento íntimamente ligado al proceso político del país, desarrollado según concepciones pequeñoburguesas; es una gran experiencia que necesita ser analizada desde la posición del proletariado para sacar lecciones fructíferas.

Es imposible comprender nuestra situación de los años 70 y su perspectiva sin comprender las condiciones concretas de los años 60. Hay una cosa buena: en los últimos años, la intelectualidad peruana va comprendiendo la necesidad de estudiar la década del 60. Solo comprendiendo este periodo estaremos mejor armados ideológicamente para comprender la situación actual.

El problema del capitalismo burocrático es importante porque nos permite comprender cuál es el camino dominante que el imperialismo imprime en un país atrasado, en un país semifeudal y semicolonial; comprendiendo este problema estaremos pertrechados para combatir la tesis del carácter capitalista del país y sus derivaciones políticas.

Para concluir este tema tratemos lo siguiente: algunos sostienen que plantear el capitalismo burocrático en el país es desconocer su carácter semifeudal y semicolonial; dicen que encubiertamente se plantea que el país es capitalista. Este es un error que desconoce las leyes del desarrollo social de nuestro país y de los países atrasados porque, precisamente, el capitalismo burocrático no es sino el camino del imperialismo en un país semifeudal y semicolonial; sin condición semifeudal y semicolonial

no habría capitalismo burocrático. Así, plantear existencia de capitalismo burocrático es plantear como premisa que el país es semifeudal y semicolonial.

LA SITUACIÓN ACTUAL DEL PAÍS

Condiciones en que surge el régimen actual

¿En qué condiciones surge el régimen actual? Reparemos en los fines de la década del 60. ¿Qué pasaba? Problema económico el 67: devaluación monetaria, congelación de haberes, etc.; crisis económica. Por otro lado, las luchas de masas en ascenso —fuertes luchas obreras y campesinas—, se veía nítidamente que comenzaban a presentarse caracteres similares a los dados en los años iniciales de la década; a la vista un futuro ascenso del movimiento de masas. En lo político, enfrentamientos y fraccionamientos entre y en las organizaciones políticas de las clases dominantes; las famosas disputas entre Parlamento y Ejecutivo. Además, se acercaban las elecciones dando coyuntura para que se esclarecieran muchos problemas del país e incluso para que los propios partidos en disputa, en su afán de acaparar votos, sacaran trapitos al sol. Ideológicamente, nuestro país había pasado por un profundo debate de ideas y se había esclarecido bastante bien lo que es marxismo y lo que es revisionismo; más aún comenzaba a retomarse el camino de Mariátegui, a aplicarse el marxismo a las condiciones concretas del país.

Además de lo dicho hay que destacar dos situaciones:

a) La situación económica del país, esto es, el desarrollo del capitalismo burocrático; ya no podía seguir desarrollándose en la forma anterior, urgía su profundización. Necesitaban abrir más ancha trocha para que avanzara ese proceso en función del imperialismo; con las formas anteriores no podían avanzar. No olvidemos que hacía muchos años que se discutía el problema agrario, incluso había leyes agrarias: proyecto Beltrán, leyes de Pérez Godoy y de Belaunde. Otra cuestión: en el problema industrial, la ley del segundo gobierno de Prado ya era insuficiente y se replanteaba la necesidad de hacer parques industriales, dar prioridad al papel estatal, planificar, etc.; ahí está el plan de Belaunde de 1967 a 1970 que, más aún, planteaba la necesidad de cambiar la condición social del país para construir una nueva sociedad, nacional, democrática, cristiana. En conclusión, el proceso del capitalismo burocrático necesitaba profundizarse.

b) En el país se daba la llamada democracia representativa, pero el parlamentarismo no satisfacía las necesidades de los explotadores; las masas populares avanzaban con relativa facilidad poniendo en dificultades, aunque transitorias, a las clases explotadoras. Necesitaban entonces sustituir la modalidad representativa, el parlamentarismo. ¿Era esto un caso típico que se daba solo en el país? No. La década del 60 implica en América Latina la fragilidad del llamado régimen de democracia representativa, la crisis del parlamentarismo y, por ende, la necesidad de sustituirlo por modalidades estatales más eficaces para la reacción.

En síntesis, la necesidad económica de profundizar el capitalismo burocrático y la fragilidad del parlamentarismo, en las condiciones señaladas, plantearon a las clases explotadoras y al imperialismo la necesidad de un nuevo planteamiento político para el país. Así, el régimen actual surge por necesidades económicas, sociales y políticas de profundizar el capitalismo burocrático.

Existe actualmente un plan económico-social del cual poco se habla. En síntesis, establece la necesidad de impulsar el capitalismo burocrático mediante el esfuerzo de obreros y campesinos, los primeros aportando mediante la ley industrial y los otros mediante la ley agraria. A su vez plantea la acción directa y primordial del Estado para abrir condiciones de inversión del capital privado; que la financiación necesariamente tiene que provenir del imperialismo y, como esta financiación es insuficiente, lo fundamental radica en los propios recursos. Este plan pinta muy claramente su ligazón con el proceso del capitalismo burocrático del país; nítidamente se liga este plan al de Belaunde, y este con todo el sistema del capitalismo burocrático del país.

Hay muy íntima relación entre el plan económico y la movilización social, esta es otra cosa que no está muy clara. El régimen, sancionadas sus medidas fundamentales (la agraria, la industrial y la educacional), ha pasado a una etapa organizativa. Hoy y en lo inmediato nos desenvolvemos dentro de la etapa de organización, de movilización y participación que el régimen está impulsando. La movilización social hay que entenderla ligada al proceso económico; el mismo Gobierno dice que sin movilización social no podrá cumplir su plan económico-social, y plantea que la movilización social tiene un sustento, la participación en la propiedad. Últimamente los representantes del régimen hablan de la propiedad social, ¿para qué sirve esta? La propiedad sirve para, tras el señuelo de participar en la propiedad, movilizar a las masas en beneficio del capitalismo burocrático. Por esto, el sustento de la movilización social es la participación en la propiedad.

¿Para qué sirve la movilización social? La movilización social es un instrumento político en manos del régimen para impulsar sus concepciones y abrir un camino «ni capitalista ni comunista», esto es para difundir sus ideas. Y al difundir sus ideas busca evitar que en las masas se impriman ideas «extrañas», «exóticas», «extranjeras». ¿A qué ideas se refiere?, al marxismo; este proceso ideológico es para evitar que las masas aprendan el marxismo y así atarlas al camino burocrático. Asimismo, la movilización es un medio para organizar a las masas a partir de las modalidades de propiedad y canalizarlas bajo un mando vertical. Esto es lo que entienden por movilización social; es una pieza maestra del sistema al servicio de su plan económico y político. Una de las razones por las cuales el plan económico no avanza, como esperaban que avanzara, es la falta de su llamada movilización social.

De lo dicho, derivamos: la situación política actual del país se está centrando en el problema de la movilización de las masas; ahora y en lo inmediato nos movemos en esta coyuntura: quién y cómo moviliza a las masas. El Gobierno pretende moverlas según su concepción; los hechos así lo demuestran. El régimen apunta a organizar las masas campesinas, a esto sirve la ley 19400; apuntan a organizar a los obreros mediante la llamada Central de Trabajadores de la Revolución Peruana, CTRP[2]; entre el estudiantado crea organizaciones que nacen un día y al siguiente desaparecen. Todo esto significa el intento de organizar a las masas obreras, campesinas y estudiantiles, lo que revela que la contienda se está dando en el plano organizativo.

---

[2] Contra el desarrollo del movimiento de masas, el régimen lanzó su ofensiva política fascista y corporativizadora pretendiendo organizar a las masas populares en sus llamadas «organizaciones de bases» para uncirlas a su programa contrarrevolucionario; sin embargo, sus planes no cumplieron plenamente sus objetivos. Una muestra la vemos en el frente sindical; en él, el Gobierno comenzó negando la necesidad de los sindicatos, sostuvo luego el «pluralismo sindical» pasando, después, a organizar sus propios sindicatos corporativos, la propagandizada Central de Trabajadores de la Revolución Peruana, CTRP; posteriormente impulsó su Movimiento Laboral Revolucionario, MLR, apuntando a asaltar los sindicatos y usurpar sus direcciones. Evolución de su política sindical, paralela al constante «diálogo» y relaciones de coordinación y colaboración que sostuvo con las «centrales reconocidas»: CGTP, CNT y CTP, las que con discrepancias menores lo han apoyado, principalmente la CGTP; y también paralela a su constante y sistemático uso de la violencia represiva que aplicó desde los inicios de su gestión y que, a partir del 76, se convirtió en un año de suspensión de garantías, estado de emergencia y ofensiva antisindical y antipopular. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

Sin embargo, pese a la propaganda y a los esfuerzos del régimen y sus seguidores, la lucha de masas se aviva y desarrolla; ¿por qué?, porque las condiciones de vida de las masas se agravan como consecuencia del propio sistema; por eso, por más que griten que es la ultraizquierda que mueve a las masas y las agita, lo cierto es que las masas se mueven por sus intereses, y en la medida en que son más conscientes más los defienden. Sintetizando, las condiciones sociales, económicas y políticas llevan a una agudización de la lucha de las masas; y la cuestión organizativa se ve enfrentada a graves dificultades ante la ofensiva organizativa del régimen, el mismo que, incapaz de imponer su control total, tendrá que apelar más a la represión sistemática (muestras de la cual hay varias y muy aleccionadoras).

En conclusión: la ideología y la política del régimen, incluso la organización, expresan un carácter fascista. Las medidas del régimen, lo que expresan sus dirigentes, su manera de organizar, las expresiones que tiene frente al régimen representativo, la manera de tratar las libertades ciudadanas, no demuestran sino una cosa: el abandono del sistema demoliberal y representativo y la adhesión al fascismo. El propio jefe del SINAMOS dice que hay un periodo prerrevolucionario y que todos los regímenes y las organizaciones políticas han caducado en las nuevas condiciones sociales.

Por otro lado, las medidas aplicadas en lo político, en lo económico y en lo organizativo prueban fehacientemente que están sentando bases de un sistema corporativista. La esencia de esta cuestión son las organizaciones en los diferentes niveles, en los cuales deben participar los patrones, los trabajadores y el Estado. Tres partes en las organizaciones, esto está definido como corporación desde el siglo pasado. Así lo han planteado quienes han sostenido el corporativismo en el año 20 y así lo sostienen hoy en España y Portugal.

Así, el régimen actual es un sistema que tiene una orientación ideológica de corte fascista y está sentando bases de un sistema corporativista. Se dirá que hay otras tesis, claro está. Hay tesis que sostienen que esto no es cierto, sostienen unos que se trata de un régimen revolucionario burgués que está cumpliendo una etapa de la revolución; si recordamos lo que hemos visto, esta es una afirmación sin fundamento político, ideológico ni económico. Otra tesis sostiene que el régimen es reformista burgués, que está aplicando reformas. ¿Qué es reforma? Reforma es la concesión que arranca el pueblo con sus luchas o es el subproducto de la

revolución, decía Lenin. ¿Son concesiones al pueblo las leyes agraria, industrial o educacional?, esto basta para ver la inconsistencia de esta tesis.

Finalmente. Cuando nos emancipamos teníamos dos problemas, el de la tierra y el nacional, el problema de la feudalidad y el problema del dominio de una potencia extranjera. Han pasado muchos años, nuestra sociedad ha avanzado. El pueblo de hoy no es el pueblo de ayer. Consideramos que hoy día, después de tantos años, seguimos teniendo dos problemas: el de la tierra y el nacional. De ahí que el proceso de transformación en nuestro país, científicamente definido, sigue siendo una revolución democrático-nacional y esta solamente la puede conducir el proletariado.

IV PLENO DEL COMITÉ CENTRAL[1]

Retomar plenamente el camino de Mariátegui para desarrollar el trabajo de masas tomando como centro el Partido

Octubre de 1974

I. CONSTITUCIÓN Y RECONSTITUCIÓN DEL PARTIDO

1. Impulso y desarrollo del capitalismo burocrático y constitución y reconstitución. Particularidades de la reconstitución: Retomar plenamente el camino de Mariátegui y desarrollarlo.
2. VI Conferencia y lucha contra el liquidacionismo. Lucha por la existencia del Partido ligada a la lucha de las masas. Planteamientos del II Pleno.

---

[1] Fue la reunión plenaria en que más ampliamente y a fondo se combatieron las posiciones del liquidacionismo de «izquierda»; el centro de la lucha de dos líneas estuvo en el trabajo de masas, principalmente contra la oposición de estos a desarrollar organismos generados. Sin embargo, claro está que, tras los planteamientos organizativos e incumplimiento socavador de los acuerdos del III Pleno por el liquidacionismo de «izquierda», estaban sus posiciones políticas sobre la ofensiva corporativista del Gobierno y, en esencia, su concepción del fascismo como violencia incontenible que todo lo barre y desaparece. Para ellos, pues, no era posible desarrollar la construcción orgánica, menos aún el trabajo de masas, porque consideraban que se venía un «baño de sangre» y solo cabía esperar que pasara la tormenta fascista; criterios sostenidos, precisamente, cuando la lucha popular ponía término al repliegue de las masas. Estos nuevos liquidadores, profundizando sus criterios anteriores, habían devenido en practicantes acérrimos del ocultismo y pregoneros en corrillos de «basta línea». Pero las posiciones del liquidacionismo de «izquierda» fueron barridas, ya que sus sustentadores en cenáculos no fueron capaces de sostenerlas y menos defenderlas en el Comité Central. No hubo, por lo demás, sanción alguna contra nadie en el IV Pleno; la fracción roja llevó adelante exitosamente la sesión y los acuerdos se tomaron por unanimidad. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*). Publicado en *Bandera Roja* N° 45.

3. III Pleno. Sobre la reconstitución. Desarrollo del Partido en medio de la lucha de masas que lo debe llevar a insurgir dirigiendo al pueblo en su proceso democrático-nacional. Línea de clase y movimientos generados por el proletariado.
4. El trabajo de masas, fuente de discrepancias en el Partido. Situación política confluye en el trabajo de masas haciéndolo cada día más importante y arena de contienda mayor. Desarrollo de lucha en frentes de masas llevará a desarrollar la línea política y, así, a prevenir contra escisión, y servirá a fortalecimiento del Partido.
5. Desarrollo de la reconstitución. Del I al IV Plenos. De defender la vida del Partido a desarrollar el trabajo de masas para impulsar la reconstitución.

II. COYUNTURA POLÍTICA Y PERSPECTIVA DE LA LUCHA DE CLASES

1. El programa contrarrevolucionario: «nueva economía, sociedad y Estado». La aplicación de sus planes y perspectiva.
2. Los sucesos del sur: término de la oposición aislada y desarrollo de la oposición general a través de la lucha democrática.
3. La ofensiva corporativista. Desarrollo de organizaciones corporativas y defensa de las organizaciones populares que persistirán. Papel de las organizaciones generadas por el proletariado y su importancia en esta situación; buena perspectiva para organizaciones que siguen línea de clase.
4. Unir al pueblo contra el régimen y sus servidores: el socialcorporativismo y la Democracia Cristiana, etc., y superar el revolucionarismo de «Patria Roja», Vanguardia Revolucionaria, etc. Importancia de la táctica.

III. PROBLEMAS DE LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO

1. Teórico:

a) La vigencia de Mariátegui. Vigencia. Retomar plenamente el camino de Mariátegui.
b) Desarrollo de la investigación.
c) Centralización de la polémica.

2. **Político:**

   a) El análisis de clase: Partido, grupos y tendencias.

   b) El marxismo y el trabajo abierto.

   c) La centralización de la lucha.

3. **Orgánico:**

   a) Ilegalidad del PC y legalidad social de sus militantes.

   b) El centralismo democrático: la autoridad. Engels.

   c) Comité Central, Comités Regionales, comisiones. Celularización.

   d) La militancia: camarada, amigo, familiar.

4. **El V Congreso:**

   a) Constitución y reconstitución. Etapas.

   b) Lucha entre dos líneas. Crítica y autocrítica.

   c) Antagonismo de la contradicción. Fracciones.

5. **Otros problemas de la reconstitución:**

   a) Construcción y funcionamiento regular de los organismos. Estudiar e investigar construcción.

   b) Sesiones plenarias del Comité Central para conferencias de investigación sindical, campesina, etc.

   c) Celebración de conferencias regionales.

   d) Celebración del 80 aniversario de Mariátegui.

   e) Relaciones del Partido Comunista del Perú.

IV. EL TRABAJO DE MASAS Y SUS PROBLEMAS

1. **Problemas generales.** Sentar las cuestiones generales del trabajo de masas y resumir experiencias de sus diferentes frentes. El desarrollo del trabajo de masas plantea nuevos problemas y dificultades. Es indispensable prestar atención a la situación política y sus giros para un correcto trabajo de masas.

2. **Los movimientos propios** como organizaciones generadas por el proletariado en los diferentes frentes de trabajo; sus tres ca-

racteres: adheridos a Mariátegui, organizaciones de masas y ceñidos al centralismo democrático. Su carácter, construcción, desarrollo e importancia para la aplicación de la línea de clase.

3. **Frentes específicos:**
   - Frente obrero
   - Frente campesino
   - Frente barrial
   - Frente intelectual
   - Frente magisterial
   - Frente universitario
   - Frente femenino
   - Frente secundario
4. **Conferencia de Investigación.** Desarrollar conferencias de investigación a través de plenarios, de los diferentes frentes, comenzando por el sindical, siguiendo con el campesino y cumpliendo los demás planificadamente. Apuntar a sistematizar las líneas específicas de Mariátegui para cada uno de los frentes de trabajo de masas, desarrollándolas; esta cuestión es vital para el trabajo de masas y el desarrollo de las organizaciones generadas por el proletariado y para impulsar correctamente la lucha popular.

V. CONTEXTO INTERNACIONAL

Es muy importante prestar atención a las condiciones de la lucha de clases en el plano internacional en que nos desenvolvemos. Es imposible tener una correcta comprensión del desarrollo revolucionario de la sociedad peruana al margen de las cada día más agudas luchas mundiales; tiene especial importancia investigar el proceso que vive América Latina. Debemos estudiar concienzudamente los documentos del Partido Comunista de China sobre la situación internacional.

EL MARXISMO, MARIÁTEGUI Y EL MOVIMIENTO FEMENINO[1]

1974

PRESENTACIÓN

El problema de la mujer, el de la emancipación de la mujer vista la cuestión desde el marxismo, cobra cada día mayor importancia; una muestra es que la ONU haya acordado celebrar en 1975 el año mundial de la mujer, otras son las múltiples publicaciones que sobre el particular circulan y, lo que tiene mayor transcendencia, las movilizaciones crecientes de las masas femeninas en el mundo entero.

En nuestro país también, desde hace años, se ve el reimpulso de la movilización femenina, una de cuyas manifestaciones es la multiplicación de organizaciones, así como el notorio y creciente interés por el problema de la mujer expresado en publicaciones y propaganda. Es que la mayor incorporación de la mujer al proceso de la producción y la agudización de la lucha de clases en el país plantea, evidentemente, el problema central de la politización de la mujer como parte indispensable de la marcha revolucionaria de nuestro pueblo. Más aún, si recordamos las palabras del gran Lenin: «el éxito de la revolución depende del grado en que participen las mujeres».

Así, para nosotros hoy, en nuestra patria, resuenan perentorias las tesis de José Carlos Mariátegui: «No se estudia, en nuestro tiempo, la vida de una sociedad sin averiguar y analizar su base: la organización de la familia, la situación de la mujer»; y avizorando el porvenir del movimiento femenino: «A este movimiento no deben ni pueden sentirse extraños ni indiferentes los hombres sensibles a las grandes emociones de la época. La cuestión femenina es una parte de la cuestión humana». Tengamos

[1] Documento preparado para el Centro Femenino Popular.

muy presentes estas palabras si queremos ser «hombres sensibles a las emociones de la época», si queremos servir al proceso revolucionario democrático-nacional en que está empeñado nuestro pueblo y que aún espera realización; así, preservándonos de la cómoda indiferencia, la fácil crítica o el ataque negador (en cuyo fondo late una profunda incomprensión), apoyando la movilización de la mujer peruana serviremos realmente al pueblo y su revolución que nadie más que él puede cumplir.

Planteadas así las cosas, surge una interrogante, ¿qué tipo de movimiento femenino impulsar y apoyar? Pregunta que tiene vital importancia cuando se sienta, ampara y difunde el feminismo burgués a tambor batiente. La respuesta es una y concreta: un movimiento femenino popular verdadero no puede construirse y desarrollarse sino desde la posición de la clase obrera, desde el marxismo, y como parte del movimiento popular de cuya liberación depende la emancipación de la mujer. Un movimiento femenino popular solo puede surgir, por tanto, sustentado en el marxismo-leninismo; lo que en nuestra patria quiere decir basado en el pensamiento de Mariátegui. En conclusión, el desarrollo del movimiento femenino en el Perú depende de retomar el camino de Mariátegui, enarbolar la política que sentara sobre la emancipación de la mujer y librar esta batalla ideológico-política como parte de la polémica por poner el pensamiento de Mariátegui al mando de nuestro pueblo. Así estaremos preservados de feminismo burgués, de divisionismos que, contraponiendo mujeres a hombres, quiebran las organizaciones y escinden a las masas. Así pues, solo adhiriéndose a la política de Mariátegui, sobre la emancipación de la mujer en particular, será posible crear organizaciones femeninas y secciones femeninas en los organismos de masas —como indicara el Amauta para los sindicatos— que fortalezcan y desarrollen las organizaciones de las masas y sirvan a la unidad combatiente del pueblo.

Dentro de esta línea se desenvuelve el Centro Femenino Popular y, como sus hechos prueban, brega (consciente de la impostergable necesidad de la politización de la mujer peruana, rezagada por condiciones sociales opresivas derivadas de nuestra condición de nación semifeudal y semicolonial) y lucha por la creación y desarrollo de un movimiento femenino popular del Perú, tarea cuyo cumplimiento requiere larga y tesonera acción que hace de la misma una consigna de la labor en que —junto con otras organizaciones afines de diversos puntos del país— el Centro se halla empeñado. Y, en síntesis, ¿cómo se concibe este movimiento al cual servimos?, simple y llanamente como un movimiento generado por el

proletariado en las masas femeninas caracterizado por adherirse a Mariátegui, desenvolverse como organización de masas y ceñirse al centralismo democrático.

El Centro Femenino Popular —seguro de la tarea común que desarrolla y consciente de la necesidad de la construcción ideológico-política del movimiento femenino popular por el cual brega— publica el presente trabajo *El marxismo, Mariátegui y el movimiento femenino* como aporte al análisis, debate y establecimiento de las bases del verdadero proceso de politización, movilización y organización de la mujer peruana que está en marcha. Está seguro de que el debate se abre para quienes quieren debatir clara y abiertamente y que las masas oyen a los que afirman, no a los que solamente niegan, como enseñara Mariátegui; y que, si bien el camino es largo, en él no habrá norte si no nos sustentamos en una clara y definida política sobre la emancipación de la mujer y, para nosotros como para la mujer peruana en general, esta no puede ser otra que retomar y desarrollar el camino de Mariátegui.

Tal es el espíritu que nos anima, y si logramos impulsar la polémica desde la posición del proletariado sirviendo a la politización de la mujer peruana, bien empeñado y retribuido con creces estará nuestro esfuerzo; por lo demás, la propagación de las ideas del proletariado nunca se pierde, por más tiempo que separe la cosecha de la siembra, dijo Lenin. A esto nos adherimos con fe en la mujer peruana y en nuestro pueblo.

EL MARXISMO, MARIÁTEGUI Y EL MOVIMIENTO FEMENINO

I. EL PROBLEMA FEMENINO Y EL MARXISMO

El problema femenino es una cuestión importante para la lucha popular. Y su importancia es hoy mayor porque se intensifican acciones tendientes a la movilización de las mujeres; movilización necesaria y fructífera desde la posición de la clase obrera y al servicio de las masas populares, pero que impulsada por y en beneficio de las clases explotadoras actúa como elemento de divisionismo y freno de la lucha popular.

En este nuevo período de politización de las masas femeninas en el cual nos desenvolvemos, teniendo como base una mayor participación económica de las mujeres en el país, es indispensable prestar seria atención al problema femenino en tanto estudio e investigación, incorporación política y consecuente labor organizativa. Tarea que plantea tener presente la gran tesis de Mariátegui que enseña: «Las mujeres, como los hombres, son reaccionarias, centristas o revolucionarias. No pueden, por consiguiente, combatir juntas la misma batalla. En el actual panorama humano, la clase diferencia a los individuos más que el sexo». Así, desde el comienzo, la necesidad de una comprensión científica del problema femenino exige partir incuestionablemente de la concepción de la clase obrera, del marxismo.

1. La teoría de la mujer como «naturaleza femenina deficitaria»

A lo largo de los siglos las clases explotadoras han sostenido e impuesto la seudoteoría de la «naturaleza femenina deficitaria» que ha servido para justificar la opresión que hasta hoy experimentan las mujeres en las sociedades en que la explotación sigue imperando.

Así, la alabanza de los judíos: «Bendito sea Dios, nuestro Señor y Señor de todos los mundos, por no haberme hecho mujer», y el conformismo de las judías que rezan: «Bendito sea el Señor que me ha creado según su voluntad», expresan claramente el menosprecio del mundo antiguo por la condición de la mujer. Estas ideas también predominaron en el esclavismo griego. El famoso Pitágoras decía: «Hay un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer»; y hasta el gran filósofo Aristóteles

sentenció: «La hembra es hembra en virtud de cierta falta de cualidades», «El carácter de las mujeres padece de un defecto natural».

Estos planteamientos pasaron al periodo final del esclavismo romano y al Medioevo, acentuándose en los pensadores cristianos el menosprecio a la mujer con imputaciones de ser esta fuente de pecado y antesala del infierno. Tertuliano clamó: «Mujer, eres la puerta del diablo. Has persuadido a aquel a quien el diablo no se atrevía a atacar de frente. Por tu culpa tuvo que morir el hijo de Dios; deberías ir siempre vestida de duelo y de harapos»; y Agustín de Hipona: «La mujer es una bestia que no es firme ni estable». Mientras aquellos condenaban, otros sentenciaron la inferioridad y obediencia femeninas; así Pablo de Tarso, el apóstol, predicó: «El hombre no ha sido sacado de la mujer, sino la mujer del hombre; y el hombre no ha sido creado para la mujer, sino la mujer para el hombre», «Así como la iglesia está sometida a Cristo, así sean sumisas en toda cosa las mujeres a su marido». Y cientos de años después, en el siglo XIII, Tomás de Aquino prosiguió igual prédica: «El hombre es la cabeza de la mujer, del mismo modo que Cristo es la cabeza del hombre». «Es un hecho que la mujer está destinada a vivir bajo la autoridad del hombre y que no tiene autoridad por sí misma».

La comprensión de la condición femenina no avanzó mayormente con el desarrollo del capitalismo, pues si bien Condorcet apunta a señalar su raíz social al decir: «Se ha dicho que las mujeres [...] carecían del sentimiento de justicia, y que obedecían antes a su sentimiento que a su conciencia [...] esa diferencia ha sido causada por la educación y la existencia social, no por la naturaleza», y el gran materialista Diderot escribía: «Os compadezco, mujeres», «en todas las costumbres la crueldad de las leyes civiles se ha unido a la crueldad de la naturaleza en contra de las mujeres. Han sido tratadas como seres imbéciles»; en cambio, Rousseau, avanzado ideólogo de la revolución francesa, estampó: «Toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres [...] La mujer está hecha para ceder al hombre y soportar sus injusticias». Esta posición burguesa se proyecta hasta la época del imperialismo, reaccionarizándose cada vez más; la que, unida a posiciones cristianas y reiterando viejas tesis, sentencia a través de Juan XXIII: «Dios y la naturaleza dieron a la mujer diversas labores que perfeccionan y complementan la obra encargada a los hombres».

Así vemos cómo a través del tiempo las clases explotadoras han predicado la «naturaleza femenina deficitaria». Sustentándose en con-

cepciones idealistas, han reiterado la existencia de una «naturaleza femenina» independiente de las condiciones sociales, esta no es sino parte de la tesis anticientífica de la «naturaleza humana»; pero a esta llamada «naturaleza femenina», esencia eterna e invariable, se le añade el adjetivo «deficitaria» para indicar que la condición de la mujer y su opresión y tutelaje son producto de su «natural inferioridad frente al hombre». Con esta seudoteoría se ha intentado mantener y justificar el sometimiento de la mujer.

Finalmente, es conveniente señalar que incluso un notable pensador materialista como Demócrito tenía prejuicios frente a la mujer («Mujer ducha en lógica: algo espantable», «La mujer es mucho más pronta que el varón para pensar mal»); que la defensa de la misma se basaba en argumentos metafísicos o religiosos (Eva quiere decir vida y Adán tierra; creada después del hombre, la mujer ha sido mejor terminada que él); y que incluso la burguesía, cuando era clase revolucionaria, solo concibió a la mujer en referencia al hombre, no como un ser independiente.

2. El desarrollo del capitalismo y el movimiento femenino

El desarrollo del capitalismo va a incorporar a la mujer al trabajo dando bases, condiciones para que pueda desarrollarse; así, con la incorporación al proceso productivo las mujeres tendrán la posibilidad de unirse más directamente a la lucha de clases y a la acción combatiente. El capitalismo llevó a las revoluciones burguesas y en esta fragua las masas femeninas, especialmente trabajadoras, avanzaron.

La revolución francesa, la más avanzada de las que la burguesía condujo, fue un buen caldo de cultivo para la acción femenina. Las mujeres se movilizaron junto a las masas y, participando en los clubes políticos, desarrollaron acción revolucionaria; en estas luchas organizaron una Sociedad de Mujeres Republicanas y Revolucionarias y, a través de Olimpia de Gouges, en 1789, piden una Declaración de Derechos de la mujer y crean periódicos como *El impaciente* para reivindicar su condición. En el desarrollo del proceso revolucionario, las mujeres conquistaron la supresión del derecho de primogenitura y abolición de los privilegios de masculinidad, obtuvieron igual derecho de sucesión que los varones y consiguieron el divorcio. Su participación combatiente dio algunos frutos.

Pero, contenido el gran impulso revolucionario, a las mujeres se les niega el acceso a los clubes políticos, se combate su politización y se las recrimina predicando su vuelta al hogar; se les dice: «¿Desde cuándo

les está permitido a las mujeres abjurar de su sexo y hacerse hombres? La naturaleza ha dicho a la mujer: Sé mujer. Tus trabajos son el cuidado de la infancia, los detalles del hogar y las diversas inquietudes de la maternidad». Más aún, con la reorganización burguesa que inicia Napoleón, con el Código Civil, la mujer casada vuelve a ser sometida a tutela, cae bajo el dominio del marido en su persona y en sus bienes, se niega la indagación de la paternidad, se quita a la casada derechos civiles como a las prostitutas y se les prohíbe el divorcio y el derecho de enajenar sus propiedades.

En la revolución francesa ya se puede ver con claridad cómo el avance de las mujeres y su retroceso están ligados a los avances y los retrocesos del pueblo y la revolución. Esta es una lección importante: la identidad de intereses del movimiento femenino y la lucha popular; cómo aquel es parte de esta.

Asimismo, esta revolución burguesa muestra cómo las ideas sobre la mujer siguen un proceso igual al político; frenado y combatido el ascenso revolucionario, surgieron ideas reaccionarias sobre la mujer. Bonald sostuvo: «El hombre es a la mujer lo que la mujer es al niño»; Comte, tenido como «padre de la sociología», planteó que la femineidad es una suerte de continua infancia y que esa infancia biológica se expresa en debilidad intelectual; Balzac escribió: «El destino de la mujer y su única gloria es hacer latir el corazón de los hombres. La mujer es una propiedad que se adquiere por contrato, un bien mueble, porque la posesión vale un título; en fin, hablando propiamente, la mujer no es más que un anexo del hombre». Todo este reaccionarismo se sintetizó en las siguientes palabras de Napoleón: «La naturaleza quiso que las mujeres fuesen nuestras esclavas [...] Son nuestra propiedad [...]; la mujer no es más que una máquina para producir hijos»; personaje para quien la vida femenina debía orientarse por «Cocina, Iglesia, hijos», lema al que Hitler se adhiriera en este siglo.

La revolución francesa enarboló sus tres principios: libertad, igualdad y fraternidad, y prometió justicia y reivindicar al pueblo. Bien pronto mostró sus límites y que sus declaraciones principistas no eran sino declaraciones formales, a la vez que sus intereses de clase se contraponían a los de las masas; la miseria, el hambre y la injusticia siguieron reinando, aunque bajo nuevas formas. Contra este orden de cosas se lanzaron los utópicos con una crítica demoledora y sagaz, aunque, por las condiciones históricas, no pudieran llegar a la raíz del mal. Los socialistas utópicos también condenaron la condición de la mujer bajo el capitalismo; Fourier,

representante de esta posición señaló: «El cambio de una época histórica puede determinarse siempre por la actitud de progreso de la mujer [...] el grado de emancipación femenina constituye la pauta natural de la emancipación general».

Frente a esta gran afirmación es bueno contraponer el pensamiento del anarquista Proudhon sobre la mujer y tener presente sus ideas, hoy que se quiere presentar a los anarquistas como ejemplo de visión y consecuencia revolucionarias y se les propagandiza a los cuatro vientos. Sostenía Proudhon que la mujer es inferior al hombre por su fuerza física, intelectual y moralmente, y que, en su conjunto, representado numéricamente, la mujer tiene un valor de 8/27 del valor del hombre. Así, para este paladín, la mujer representa menos de un tercio del valor del hombre; esto no es sino expresión del pensamiento pequeño burgués de su autor, raíz común de todo anarquismo.

A lo largo del siglo XIX, con su creciente incorporación al proceso productivo, la mujer siguió desarrollando su lucha en pro de sus reivindicaciones uniéndose al movimiento sindical y revolucionario del proletariado; un ejemplo de esta participación fue Luisa Michel, combatiente de la Comuna de París de 1871. Pero el movimiento femenino en general fue orientado hacia el sufragismo, a la lucha por obtener el voto para las mujeres, tras la falsa idea de que consiguiendo votos y posiciones parlamentarias se reivindicarían sus derechos; así se canalizó la acción feminista hacia el cretinismo parlamentario. Sin embargo, es bueno recordar que el voto no fue alcanzado gratuitamente, sino que, en el siglo pasado y comienzos de este, lucharon abierta y decididamente para conseguirlo. La lucha por el voto femenino y su consecución demuestran una vez más que, si bien esta es una conquista, no es el medio que permite una transformación verdadera de la condición de la mujer.

El siglo XX implica un mayor desarrollo de la acción económica femenina: las obreras aumentan masivamente, así como las empleadas, a quienes se suman fuertes contingentes de profesionales; las mujeres incursionan en todos los campos de la actividad. En este proceso tienen gran importancia las guerras mundiales, que incorporan millones de mujeres a la economía en sustitución de los hombres que son movilizados al frente. Todo esto impulsa la movilización, organización y politización de las mujeres; y a partir de los años cincuenta se reinicia con mayor fuerza la lucha femenina, que se amplía en los años sesenta con una gran perspectiva para el futuro.

En conclusión, el capitalismo, mediante la incorporación económica de la mujer, sienta bases para su movilización reivindicativa; pero el capitalismo solo es capaz de dar una igualdad jurídica formal a las mujeres, en modo alguno puede emanciparlas. Esto está demostrado por toda la historia de la burguesía, clase que, incluso en su más avanzada revolución —la francesa del siglo XVIII—, no pudo avanzar más allá de una reivindicación formal. Más aún, el desarrollo posterior a los procesos revolucionarios burgueses y el siglo XX demuestran que no solamente la burguesía no puede dar la emancipación a las masas femeninas, sino que, con el desarrollo del imperialismo, la concepción burguesa frente a la condición femenina se reaccionariza cada vez más y remacha la opresión social, económica, política e ideológica sobre las mujeres, aunque la pinte y camufle de mil maneras.

3. El marxismo y la emancipación de la mujer

El marxismo, la concepción de la clase obrera, concibe al hombre como un conjunto de relaciones sociales históricamente variables que cambian en función del proceso social. Así pues, el marxismo es absolutamente contrario a la tesis de la «naturaleza humana» como realidad eterna, inmutable al margen de las condiciones sociales, posición que es la del idealismo y de la reacción. La posición marxista implica también la superación del materialismo mecanicista (de los viejos materialistas anteriores a Marx y Engels) que, incapaz de comprender el carácter histórico social del hombre como transformador de la realidad, recaía insensiblemente en concepciones metafísicas o espiritualistas; tal el caso de Feuerbach.

Así como el marxismo considera al hombre como una concreta realidad históricamente generada por la sociedad, no acepta la tesis de la «naturaleza femenina», pues esta no es sino complemento de la llamada «naturaleza humana» y, por tanto, reiteración de que la mujer es una naturaleza eterna e inmutable; con el agravante, como viéramos, de que el idealismo y la reacción entienden por «naturaleza femenina» una «naturaleza deficitaria e inferior a la del hombre».

Para el marxismo, así como el hombre, la mujer no es sino un conjunto de relaciones sociales históricamente conformadas y cambiante en función de las variaciones de la sociedad en su proceso de desarrollo; la mujer es, pues, un producto social y su transformación exige la transformación de la sociedad.

Cuando el marxismo enfoca el problema femenino lo hace, por tanto, desde una posición materialista y dialéctica, desde una concepción científica que sí permite una cabal comprensión. En el estudio, investigación y comprensión de la mujer y su condición, el marxismo trata el problema femenino en relación con la propiedad, la familia y el Estado, ya que, en el proceso histórico, la condición de la mujer y su ubicación histórica está íntimamente ligada a estas tres cuestiones.

Un extraordinario ejemplo de análisis concreto del problema femenino, desde estos puntos de vista, lo tenemos en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de F. Engels, quien, señalando la sustitución del derecho materno por el paterno como inicio del sometimiento femenino, escribía:

> Así pues, las riquezas, a medida que iban en aumento, daban, por una parte, al hombre una posición más importante que a la mujer en la familia y, por otra parte, hacían que naciera en él la idea de valerse de esta ventaja para modificar en provecho de sus hijos el orden de herencia establecido [...] Aquella revolución —una de las más profundas que la humanidad ha conocido— no tuvo necesidad de tocar ni a uno solo de sus miembros vivos de la gens. Todos los miembros de esta pudieron seguir siendo lo que hasta entonces habían sido. Bastó decir sencillamente que en lo venidero los descendientes de un miembro masculino permanecerían en la gens, pero los de un miembro femenino saldrían de ella pasando a la gens de su padre. Así quedaron abolidos la filiación materna y el derecho hereditario materno, sustituyéndolos la filiación masculina y el derecho hereditario paterno. Nada sabemos de cómo se produjo esta revolución en los pueblos cultos, pues se remonta a los tiempos prehistóricos [...] El derrocamiento del derecho materno fue la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo. El hombre empuñó también las riendas de la casa; la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción.

Este párrafo de Engels sienta la tesis fundamental del marxismo sobre el problema femenino: la condición de la mujer se sustenta en las relaciones de propiedad, en la forma de propiedad que se ejerce sobre los medios de producción y en las relaciones productivas que sobre aquellas se levantan. Esta tesis del marxismo es importantísima, pues sienta que

la opresión anexa a la condición femenina tiene como raíz la formación, surgimiento y desarrollo del derecho de propiedad sobre los medios de producción y que, por tanto, su emancipación está ligada a la destrucción de tal derecho. Es indispensable, pues, para una comprensión marxista del problema femenino, partir de esta gran tesis hoy más que nunca, cuando supuestos revolucionarios y hasta autotitulados marxistas pretenden hacer surgir la opresión femenina no de la formación y surgimiento de la propiedad, sino de la simple división del trabajo en función de los sexos, la que habría atribuido a la mujer ocupación menos importante que al hombre, reduciéndola al ámbito doméstico. Este planteamiento, pese a toda la propagandización e intento de presentarlo como revolucionario, no es sino la sustitución de la posición marxista sobre la emancipación de la mujer por planteamientos burgueses que, en esencia, son nuevas formas de la supuesta «naturaleza femenina» inmutable.

Desarrollando este punto de partida materialista dialéctico, Engels enseña cómo sobre esa base se instituyó la familia monogámica de la cual dice: «Fue la primera forma de familia que no se basaba en condiciones naturales, sino económicas, y concretamente en el triunfo de la propiedad privada sobre la propiedad común primitiva, originada espontáneamente». Y:

> Por tanto, la monogamia no aparece de ninguna manera en la historia como una reconciliación entre el hombre y la mujer, y menos aún como la forma más elevada de matrimonio. Por el contrario, entra en escena bajo la forma del esclavizamiento de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en la prehistoria.

Luego de sentar que la propiedad privada sustenta la forma familiar monogámica que sanciona la opresión de la mujer, Engels establece la correspondencia de las tres formas fundamentales de matrimonio con los tres grandes estadios de evolución humana: salvajismo y matrimonio por grupos; barbarie y matrimonio sindiásmico; civilización y monogamia «con sus complementos, el adulterio y la prostitución». Así, los clásicos del marxismo desarrollan las tesis sobre la condición social históricamente variable de la mujer y su ubicación en la sociedad, señalando cómo la condición femenina está íntimamente relacionada con la propiedad, la familia y el Estado, que es el aparato que organiza legalmente aquellas relaciones y las impone y sostiene por la fuerza.

Este planteamiento científico sistematizado por Engels es producto del análisis marxista de la condición de la mujer a través de la historia, y el más elemental estudio comprueba plenamente la certeza y vigencia de estos planteamientos que son el fundamento y punto de partida de la clase obrera para la comprensión del problema femenino. Hagamos un recuento histórico que nos sirva a ejemplificar lo sentado por Engels y los clásicos.

En la comunidad primitiva, sobre una división natural del trabajo basada en la edad y el sexo, los hombres y las mujeres desenvolvían sus vidas en una espontánea igualdad y participación de la mujer en las decisiones del grupo social; más aún, las mujeres estaban rodeadas de respeto y consideración, trato deferente y hasta privilegiado. Iniciado el aumento de riquezas que resalta la posición del hombre en la familia e impulsándose la sustitución del derecho materno por el paterno, comienza la posposición de la mujer y su resquebrajamiento cuyos ecos llegan hasta el mismo Esquilo, el gran trágico griego, quien en su obra *Las Euménides* escribiera: «No es la madre quien engendra eso que se llama su hijo; ella es solo la nodriza del germen depositado en su entraña; quien engendra es el padre. La mujer recibe el germen como una depositaria extraña, y lo conserva si así place a los dioses».

Así, en el esclavismo griego la condición femenina es de sometimiento e inferioridad social y objeto de menosprecio. De ellas se decía: «El esclavo carece absolutamente de la libertad de deliberar; la mujer tiene, pero de manera débil e ineficaz» (Aristóteles); «La mejor mujer es aquella de la cual menos hablan los hombres» (Pericles); y la respuesta del marido a su mujer que indaga sobre los negocios públicos: «No es cosa tuya. Calla si no quieres que te pegue [...] Sigue tejiendo» (Aristófanes, *Lisístrata*). ¿Qué realidad expresaban estas palabras? Las mujeres en Grecia estaban en una perpetua minoría de edad. Bajo el poder del tutor –ya sea el padre, el marido, el heredero del marido– o del Estado, su vida transcurrió bajo permanente tutela; se le proveía una dote matrimonial para que tuviera de qué vivir y no padeciera hambre, y en algunos casos se le autorizaba el divorcio; por lo demás, estaba reducida al gineceo en la casa, y en la sociedad bajo el control de autoridades especiales. La mujer podía heredar a falta de descendiente varón directo, en cuyo caso debía casarse con el pariente de más edad dentro de la gens paterna; así no heredaba directamente, sino que era una transmisora de herencia, todo en resguardo de la propiedad familiar.

La condición de la mujer en Roma, también sociedad esclavista, permite una mejor comprensión de aquella como derivada de la propiedad, de la familia y del Estado. Después del reinado de Tarquino y afirmado el derecho patriarcal, la propiedad privada —y por tanto la familia (gens)— deviene base de la sociedad: la mujer quedará sujeta al patrimonio y a la familia; quedó excluida de todo «oficio viril», de la vida pública y es una «menor civil»; no se le niega directamente la herencia, pero se la somete a tutoría. Sobre este punto dijo Gayo, el jurista romano: «La tutela ha sido establecida en el interés de los mismos tutores, a fin de que la mujer de la cual son presuntos herederos no pueda arrebatarles su herencia por testamento ni empobrecerla por medio de enajenaciones o deudas». La raíz patrimonial de la tutela que sobre la mujer se impone quedó, pues, claramente expuesta y definida.

Después de *Las XII Tablas*, el hecho de que la mujer perteneciese a la gens paterna y la gens conyugal (también por estrictas razones de resguardo de la propiedad), generó conflictos que fueron la base del avance de la «emancipación legal» de la romana. Aparece el matrimonio *sine manu*: sus bienes permanecen bajo la dependencia de sus tutores, y el esposo solo tiene derecho sobre su persona y aún comparte este poder con el *pater familias* que conserva una autoridad absoluta sobre su hija. Y surge un tribunal doméstico para resolver las discrepancias que puedan surgir entre padre y marido; así la mujer puede recurrir ante el padre por sus desavenencias con el marido y viceversa: «ya no es ella la cosa del individuo».

Sobre esta base económica (su participación en la herencia, aunque tutoriada) y sobre la contienda entre los derechos de las gens paterna y marital sobre la mujer y sus bienes, se desarrolla una mayor participación de las romanas en su sociedad, pese a todas las restricciones legales. Se sienta en el *atrium* (el centro de la casa); preside el trabajo de los esclavos; dirige la educación de los niños y tiene influencia sobre ellos hasta edad bien avanzada; comparte trabajos y problemas del cónyuge y es considerada copropietaria de sus bienes; concurre a fiestas y en la calle se le cede el paso, incluso por cónsules y lictores. El peso de las romanas en su sociedad se refleja en la figura de Cornelia, la madre de los Gracos.

Con el desarrollo social romano, el Estado desplaza la contienda entre las gens asumiendo las disputas sobre la mujer, el divorcio, el adulterio, etc., que pasaron a ventilarse en tribunales públicos aboliendo el tribunal doméstico. Posteriormente se abolirá —como consecuencia de exigencias económicas y sociales— la tutela sobre la mujer bajo la legisla-

ción imperial. A la mujer se le fija una dote propia (un patrimonio particular) que no vuelva a los agnados (parientes paternos) ni pertenece al marido; así, se le da una base económica para su independencia y desenvolvimiento. Al final de la República, a la madre se le reconoció derechos sobre sus hijos dándosele la custodia de los mismos por mala conducta del padre o por ser sometido a tutela.

Bajo el emperador Marco Aurelio, en el año 178, se da gran paso en el proceso de propiedad y familia: los hijos son declarados herederos de la madre con preferencia a los agnados. Así, la familia se funda sobre el vínculo consanguíneo y la madre surge como la igual del padre frente a los hijos, los hijos se reconocen también como hijos de la mujer; y derivado de lo anterior, la hija hereda igual que sus hermanos varones.

Pero a la vez que el Estado «emancipa» a la mujer de la familia, la somete a su tutela y restringe su acción. Y simultáneamente al ascenso social de la mujer en Roma, se inició una campaña antifemenina invocando su inferioridad, y para reducirla legalmente se invocó la «imbecilidad y fragilidad del sexo».

En Roma, pues, la mujer tuvo una mejor condición social que en Grecia y adquirió respeto y hasta gran influencia en la vida social, como se refleja en las palabras de Catón: «En todas partes los hombres gobiernan a las mujeres, y nosotros, que gobernamos a todos los hombres, somos gobernados por nuestras mujeres». La historia romana tiene destacadas mujeres enaltecidas desde las sabinas, pasando por Lucrecia y Virginia hasta Cornelia. Las críticas a las féminas se desarrollaron a fines del siglo I y en el II de nuestra era; así Juvenal les reprochaba: lujuria, glotonería, dedicarse a ocupaciones de hombres y apasionarse por la caza y los deportes.

La sociedad romana reconoció algunos derechos a las mujeres, especialmente el derecho de propiedad, pero no les abrió la actividad civil ni mucho menos la pública, actividades que desarrollaron «ilegalmente» y en forma restringida; por ello las matronas romanas («perdidas sus virtudes antiguas») tendieron a buscar en otros campos el uso de sus energías.

En el hundimiento del esclavismo y el desarrollo de la feudalidad hay que tener en cuenta la influencia del cristianismo y el aporte germano al considerar la situación femenina. El cristianismo contribuyó no poco a la opresión de la mujer; en los padres de la Iglesia hay un definido

menosprecio hacia las mujeres a quienes consideraban inferiores, siervas del hombre y fuentes del mal. A lo ya dicho, basta añadir la condena de San Juan Crisóstomo, santo de la Iglesia católica: «No hay ninguna bestia salvaje tan dañina como la mujer». Bajo esta influencia se mitiga y luego niega los avances de la legislación romana.

Las sociedades germanas basadas en la guerra dieron a la mujer situación secundaria por su menor fortaleza física y fuerza; pero, no obstante, era respetada y tenía derechos que hacían de ella una asociada de su cónyuge. Recuérdese lo que Tácito escribió al respecto: «en la paz y en la guerra comparte su suerte; vive con él, y con él muere».

Cristianismo y germanismo influenciaron la condición de la mujer en la feudalidad. La mujer se hallaba en situación de dependencia absoluta respecto del padre y del marido; en tiempos del rey Clovis «el *mundium* pesa sobre ella durante toda su vida». Las mujeres desenvuelven su vida totalmente sometidas al señor feudal, aunque protegidas por las leyes «como propiedad del hombre y madre de hijos»; su valor aumenta con la fecundidad valiendo el triple de un hombre libre, valor que pierde cuando ya no puede ser madre: la mujer es un útero reproductor.

En la feudalidad también se aprecia la evolución de la condición femenina, como en Roma, en función de la restricción de los derechos de los señores y del aumento del poder real: el *mundium* pasa de los señores al rey; el *mundium* se convierte en una carga para el tutor, pero se mantiene el sometimiento de la tutelada.

En los tiempos convulsos de la formación del feudalismo la condición de la mujer es incierta; no estando claramente deslindados los derechos de soberanía y propiedad, los públicos y privados, la condición de la mujer es cambiante y elevada o rebajada, según las contingencias sociales.

Primero se le niegan los derechos privados, pues la mujer no tiene derechos públicos. Hasta el siglo XI la fuerza y las armas imponen el orden y sustentan directamente la propiedad. Para los juristas, feudo «es una tierra que se tiene con cargo de servicio militar», y la mujer no podía tener derecho feudal pues no podía defenderla por las armas ni prestar servicio militar. Cuando los feudos se tornan patrimonio y son hereditarios (de conformidad con normas germánicas, las mujeres también pueden heredar), se admite la sucesión femenina; pero esto no mejora su condición. La mujer necesita un tutor que haga valer sus derechos, así el marido es quien lleva el feudo y lo usufructúa. La mujer es solo el instrumento a través del cual se transmite el dominio, como en Grecia.

La propiedad feudal no es familiar como en Roma, es del soberano, del señor; y la mujer también pertenece al soberano, él es quien le escoge esposo. Como se ha escrito, «una heredera es una tierra y un castillo: los pretendientes se disputan esa presa, y la joven a veces solo tiene 12 años, o menos aún, cuando su padre o señor la da en regalo a cualquier barón». La mujer necesita de un señor que la «ampare» y haga valer sus derechos; así una duquesa de Borgoña clamaba al rey: «Mi marido acaba de morir, pero ¿de qué sirve el duelo...? Encontradme un marido que sea poderoso, porque lo necesito mucho para defender mis tierras». De esta forma el cónyuge tenía gran poder marital sobre la mujer a la que trataba sin consideración, maltrataba, abofeteaba, etc., y del cual solo se requería que «castigue razonablemente», como hoy algunos códigos exigen en la corrección de los hijos.

La concepción guerrerista imperante hacía que el caballero medieval prestara más atención a sus caballos que a su cónyuge, y los señores predicaban: «maldito sea el caballero que va a pedir consejo a una dama cuando debe participar en un torneo»; a la vez que se apostrofaba a las mujeres: «Entrad en vuestros apartamentos pintadas y doradas, sentaos en la sombra, bebed, comed, bordad, teñid la seda, pero no os ocupéis de nuestros asuntos. Nuestros asuntos consisten en luchar con la espada y el acero. ¡Silencio!» Así menospreciaba y marginaba el mundo medieval de los señores a sus féminas.

En el siglo XIII se desarrolló un movimiento de mujeres letradas, el que desplazándose del Mediodía al Norte las prestigió; el mismo que estuvo ligado al amor caballeresco y al marianismo intenso de esa época. Pero «si la cortesía dulcifica la suerte de la mujer, no la modifica profundamente», como dice Simone de Beauvoir en *El segundo sexo,* libro donde se encuentra abundante información sobre la historia de la mujer; datos que son útiles, claro está, al margen de la concepción existencialista de su autora. Ya que no son las ideas las que cambian la condición femenina en lo fundamental, sino las bases económicas que le sirven de sustento, cuando el feudo pasa de ser derecho basado en el servicio militar a tornarse obligación económica se da una reivindicación de la condición de la mujer, pues esta es perfectamente hábil para cumplir una obligación monetaria; así se suprime el derecho señorial de casar a sus vasallos y se extingue la tutela sobre la mujer.

De esta forma, soltera o viuda, la mujer tiene los derechos del hombre; si posee un feudo lo gobierna y cumple sus funciones adminis-

trativas y hasta comanda su defensa participando en los combates. Pero la sociedad feudal, como todas las basadas en la explotación, requiere del sometimiento femenino en el matrimonio y en ella sobrevive el poder marital: «el esposo es el tutor de la esposa», se predica; o como decía Beauvoir: «Tan pronto como el matrimonio ha sido consumado, los bienes de uno y otro son comunes por virtud del matrimonio», justificándose el tutelaje marital.

En la sociedad feudal (como en otras al mando de explotadores: esclavismo o capitalismo), lo dicho sobre la condición de la mujer ha regido y rige; pero es necesario destacar que solo en la condición de las mujeres pobres se nota una situación diferente y suavizada frente al poder marital; la raíz de esta situación hay que verla en la participación económica de las mujeres de las clases populares y en la carencia de grandes bienes.

El desarrollo del capitalismo lleva a la descomposición de la feudalidad, situación que imprime sus huellas en la condición de la mujer, como ya señaláramos. Solo cabe destacar que, en el inicio y desenvolvimiento de los burgos, la mujer tomaba parte en las elecciones de diputados para los Estados Generales (lo que nos muestra la participación política femenina), así como la existencia de derechos sobre los bienes familiares, pues el marido no podía enajenar los inmuebles sin consentimiento de la mujer. Sin embargo, la legislación absolutista bien pronto va a frenar estas normas para combatir la difusión del mal ejemplo burgués.

Esta exposición histórica ejemplifica la tesis de Engels y los clásicos sobre la raíz social de la condición de la mujer y sus relaciones con la propiedad, la familia y el Estado, sirve a comprender su certeza y ayuda a ver con mayor nitidez su vigencia. Todo esto nos lleva a una conclusión: la necesidad de adherir firmemente a las posiciones de la clase obrera y aplicarlas (para comprender la problemática femenina y participar en su solución); y a rechazar, perentoria y constantemente, las tergiversaciones de las tesis marxistas sobre esta cuestión en concreto y combatir los supuestos desarrollos superados (que no son sino intentos de sustituir la concepción proletaria por la burguesa, en este frente, para desorientar el movimiento femenino en marcha).

Expuesta la condición social de la mujer y el esbozo histórico de su desarrollo ligado a la propiedad, la familia y el Estado, resta tratar el problema de la emancipación de la mujer desde la posición del marxismo.

El marxismo sostiene fundadamente que el desarrollo del maquinismo incorpora a la mujer, así como a los niños, al proceso productivo,

con lo cual multiplica los brazos a explotar, destruyendo la familia obrera, degenerando físicamente a la mujer y hundiéndola material y moralmente en las miserias de la explotación.

Carlos Marx analizando el trabajo femenino e infantil escribió:

> La maquinaria, al hacer inútil la fuerza del músculo, permite emplear obreros sin fuerza muscular o sin un desarrollo físico completo que posean, en cambio, una gran flexibilidad en sus miembros. El trabajo de la mujer y el niño fue, por tanto, el primer grito de la aplicación capitalista de la maquinaria. De este modo aquel instrumento gigantesco creado para eliminar trabajo y obreros se convertía inmediatamente en medio de multiplicación del número de asalariados, colocando a todos los individuos de la familia obrera, sin distinción de edad ni sexo, bajo la dependencia inmediata del capital. Los trabajos forzados al servicio del capitalista vinieron a invadir y usurpar no solo el lugar reservado a los juegos infantiles, sino también el puesto de trabajo libre dentro de la esfera doméstica y a romper con las barreras morales, invadiendo la órbita reservada incluso al mismo hogar.

El valor de la fuerza de trabajo no se determina ya por el tiempo de trabajo necesario para el sustento del obrero adulto individual, sino por el tiempo de trabajo indispensable para el mantenimiento de la familia obrera. La maquinaria, al lanzar al mercado de trabajo a todos los individuos de la familia obrera, distribuyó entre toda su familia el valor de la fuerza de trabajo de su jefe. Lo que hace, por tanto, es despreciar la fuerza de trabajo del individuo [...] Como se ve, la maquinaria amplía desde el primer momento, no solo el material humano de explotación, la verdadera cantera del capital, sino también su grado de explotación.

> Al abrir las puertas de las fábricas a las mujeres y a los niños, haciendo que estos fluyan en gran número a las filas del personal obrero combinado, la maquinaria rompe por fin la resistencia que el obrero varón oponía aún, dentro de la manufactura, al despotismo del capital. (*El Capital*, Tomo I).

Prosiguiendo en su magistral análisis, el mismo Marx nos describe cómo el capitalismo utiliza en su beneficio hasta las virtudes femeninas y sus obligaciones:

> Mr. E. fabricante, me informó que en sus telares mecánicos empleaba exclusivamente mujeres, dando preferencia a las casadas, y sobre todo a las que tenían en casa una familia que vivía o dependía de su salario, pues estas eran mucho más activas y celosas que las mujeres solteras; además, la necesidad de procurar a su familia el sustento las obligaba a trabajar con mayor ahínco. De este modo, las virtudes características de la mujer revierten en perjuicio suyo: toda la pureza y dulzura de su carácter se convierte en instrumento de tortura y esclavitud. (Nota 57 del tomo referido de *El Capital*).

Pero así como el capitalismo con la incorporación de la mujer a la producción amplía su explotación, simultáneamente con este proceso se da una base material real para que la mujer luche por reivindicar derechos y es un punto de partida para que combata por su emancipación; pues, como enseñaba Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*: «La manumisión de la mujer exige, como condición primera, la reincorporación de todo el sexo femenino a la industria social, lo que a su vez requiere que se suprima la familia individual como unidad económica de la sociedad». Y evidentemente, el capitalismo —con sus propios intereses futuros— sienta bases para la futura emancipación de la mujer, así como al desarrollarse crea, también, la clase que ha de destruirlo, el proletariado.

Por otro lado, la participación económica y el desarrollo de la lucha de clases impulsan la politización de la mujer. Ya destacamos cómo la revolución francesa impulsó el desarrollo político y organizativo de las mujeres y cómo uniéndolas, movilizándolas y haciéndolas combatir sentó bases para el movimiento femenino; vimos también cómo las reivindicaciones femeninas fueron alcanzadas a través del ascenso revolucionario, y cómo fueron conculcados sus derechos y barridas sus conquistas cuando se frenó y reaccionarizó el proceso. Sin embargo, con todo lo positivo que tuvo la incorporación femenina a la revolución francesa, la politización de la mujer resultante no es sino elemental, restringida y pequeñísima comparada con el grandioso avance que implica la politización de las mujeres por la clase obrera. ¿Qué implica esta politización? Al incorporar el capitalismo masivamente a las mujeres al proceso económico, las arranca de las cuatro paredes domésticas para atraerlas en su inmensa mayoría a la explotación fabril convirtiéndolas en obreras. Así las mujeres se forjan y desarrollan como parte constituyente de la clase más avanzada y última

de la historia; la mujer inicia su radical proceso de politización a través de su incorporación a la lucha sindical (el gran cambio que esto implica lo vemos en concreto —en nuestra patria— en la transformación que se opera en las obreras, campesinas y maestras del Perú, en medio de la lucha sindical); la mujer adviene a formas más desarrolladas de organización, va siendo ganada y formada ideológicamente por la concepción del proletariado; y, finalmente, arriba a las formas superiores de la lucha y organización políticas incorporándose —a través de sus mejores exponentes— a las filas del partido de la clase obrera para servir al pueblo en todas las formas y frentes de lucha que organiza y dirige la clase obrera mediante su vanguardia política. Este proceso de politización, que solo es capaz de producir el proletariado y el nuevo tipo de mujeres combatientes que genera, se ha concretizado en múltiples y gloriosas luchadoras cuyos nombres registra la historia: Luisa Michel, N. Krupskaya, Rosa Luxemburgo, Liu Julan y otras cuya memoria guardan el pueblo y el proletariado.

Para el marxismo, ayer como hoy, la politización de la mujer es el problema clave de su emancipación y a ella los clásicos le prestaron especial atención. Marx enseñaba: «Cualquiera que conozca algo de historia sabe que los grandes cambios sociales son imposibles sin el fermento femenino. El progreso social puede medirse exactamente por la posición social del sexo débil» (*Carta a Kugelmann,* 1868). Y para Lenin la participación de la mujer es mucho más urgente e importante para la revolución: «La experiencia de todos los movimientos liberadores confirma que el éxito de la revolución depende del grado en que participen las mujeres».

Así, el desarrollo de la lucha de clases y su agudización, cada día mayor, a la vez que las condiciones sociales concretas de la lucha revolucionaria bajo las condiciones del imperialismo, plantean y exigen más perentoriamente la politización de la mujer; por eso el mismo Lenin, en plena Primera Guerra Mundial y previendo futuras batallas de la clase obrera en función de las cuales hay que prepararse, llamaba a combatir por:

> 17. Abolición de todas las limitaciones sin excepción de los derechos políticos de la mujer en comparación con los derechos del hombre. Explicación a las masas de la especial urgencia de esta transformación en unos momentos en que la guerra y la carestía inquietan a las amplias masas populares y suscitan en la mujer de manera particular el interés y la atención hacia la política.

Y planteaba:

> Es necesario que desarrollemos plenamente una labor sistemática entre estas masas femeninas. Debemos educar a las mujeres que hayamos conseguido sacar de la pasividad, debemos reclutarlas y armarlas para la lucha, no solo a las proletarias que trabajan en las fábricas o se afanan en el hogar, sino también a las campesinas, a las mujeres de las distintas capas de la pequeña burguesía. Ellas también son víctimas del capitalismo.

Con estas palabras exigía Lenin la politización de la mujer, la lucha por la reivindicación de los derechos políticos, la necesidad de explicar a las masas la urgencia de la incorporación política de la mujer, la necesidad de trabajar con ellas, educándolas, organizándolas y preparándolas para todas las formas de lucha; finalmente destacaba el orientarse hacia las obreras, pero sin olvidar la importancia de las campesinas y recordar a las distintas clases o capas de mujeres que soportan explotación, pues todas ellas pueden y deben ser movilizadas para la lucha popular.

De lo expuesto se ve que la politización de la mujer ha sido planteada por el marxismo desde sus inicios, concibiendo la lucha femenina como solidaria con la lucha de la clase obrera; de ahí que Bebel en el siglo pasado dijera que «la mujer y el trabajador tienen en común su condición de oprimidos», y que en el Congreso Socialista de 1879 proclamara la igualdad de los sexos y la necesidad de luchar por ella, reiterando la solidaridad del movimiento femenino revolucionario y la lucha de la clase obrera. O como hoy proclama China con mayor precisión, siguiendo la tesis de Mao Tsetung: «La emancipación de las mujeres forma parte de la liberación del proletariado» (*Pekín Informa,* N° 10, 1972).

Esto nos lleva a plantearnos: ¿cómo conseguir la emancipación de la mujer?

Investigando la sociedad capitalista y donde impera la explotación y opresión en general, Engels comprobaba que existen la miseria, la desigualdad, el sometimiento entre los hombres, y resaltando el problema femenino puntualizaba: «No es mejor el estado de cosas en cuanto a la igualdad del hombre y de la mujer [...] Su desigualdad legal, que hemos heredado de condiciones sociales anteriores, no es causa sino efecto de la opresión económica de la mujer».

Y prosiguiendo:

> La mujer no podrá ser emancipada si no toma parte en gran medida social en la producción y solo vuelve a ser reclamada en medida insignificante por el trabajo doméstico. Y esto no ha sido posible sino en la gran industria moderna, que no solo admite en gran escala el trabajo de la mujer, sino que lo exige fatalmente.

Esta afirmación de Engels, sacada de contexto y sin relacionarla con otras del mismo *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* sirve a algunos, seudomarxistas y tergiversadores, para, violentando las ideas de aquel, sostener que basta la incorporación de la mujer al proceso económico para que se produzca su emancipación. Engels plantea que la incorporación de la mujer al proceso productivo es condición, esto es, base sobre la cual la mujer actúa en pro de su emancipación, y que esta exige acabar socialmente con el trabajo doméstico que absorbe y anquilosa a las mujeres, lo que para Engels implica destruir la propiedad privada sobre los medios de producción y desarrollar la gran producción basada sobre la propiedad social de los medios productivos. Es bueno estar muy claros en cuanto a la tesis de Engels, repetimos, pues hoy se pretende buscar amparo en este clásico para distorsionar la posición marxista sobre el problema femenino y pregonar, en beneficio de las clases explotadoras, la simple y llana participación de la mujer en el proceso económico ocultando la raíz de la opresión femenina que es la propiedad privada y soslayar la gran producción social basada en la destrucción de la propiedad privada.

Previendo esta tergiversación, como en otros casos, los clásicos analizan el problema de si la incorporación de la mujer al proceso productivo, que el capitalismo iniciara, es capaz de hacer iguales realmente a hombres y mujeres. La respuesta concisa y contundente nos la dio una vez más Mao Tsetung en la década del 50: «La verdadera igualdad entre el hombre y la mujer solo puede alcanzarse en el proceso de la transformación socialista de la sociedad en su conjunto».

Lenin investigó la situación de la mujer bajo la democracia burguesa y la comparó con la que tenía bajo la dictadura del proletariado; análisis que lo llevó a establecer:

> Desde tiempos lejanos, los representantes de todos los movimientos liberadores en Europa occidental, no durante decenios,

> sino durante siglos, propugnaron la abolición de estas leyes anticuadas y reivindicaron la igualdad jurídica de la mujer y del hombre, pero ningún Estado democrático europeo, ni siquiera las repúblicas más avanzadas, han conseguido realizar esto, porque donde existe el capitalismo, donde se mantiene la propiedad privada de las fábricas, donde se mantiene el poder del capital, los hombres siguen gozando de privilegios.Desde los primeros meses de su existencia, el poder soviético, como poder de los trabajadores, realizó el cambio radical más decidido en la legislación referente a la mujer. En la República Soviética no ha quedado piedra sobre piedra de todas las leyes que colocaban a la mujer en una situación de dependencia. Me refiero precisamente a las leyes que utilizaban de modo especial la situación desventajosa de la mujer, haciéndola víctima de la desigualdad de derechos y a menudo hasta de humillaciones, es decir a las leyes sobre el divorcio, sobre los hijos naturales y sobre el derecho de la mujer a demandar judicialmente del padre alimentos para el sostenimiento del hijo. (*Las tareas del movimiento obrero femenino en la República Soviética*).

De este análisis comparativo se extrae la conclusión de que solamente la revolución que lleva al poder a la clase obrera en alianza con el campesinado es capaz de sancionar la verdadera igualdad jurídica entre hombres y mujeres y, más aún, hacerla cumplir. Sin embargo, como el mismo Lenin enseñaba, esta real igualdad jurídica que inicia la revolución no es sino el comienzo de una larga lucha por la plena y completa igualdad ante la vida entre hombres y mujeres: «Pero cuanto más nos deshacemos del fárrago de viejas leyes e instituciones burguesas, tanto más claro vamos viendo que solo se ha descombrado el terreno para la construcción, pero no se ha comenzado la construcción misma». Lenin prosigue:

> La mujer continúa siendo esclava del hogar, a pesar de todas las leyes liberadoras, porque está agobiada, oprimida, embrutecida, humillada por los pequeños quehaceres domésticos, que la convierten en cocinera y en niñera, que malgastan su actividad en un trabajo absurdamente improductivo, mezquino, enervante, embrutecedor y fastidioso. La palabra emancipación de la mujer no comenzará sino en el país y en el momento en que empiece

> la lucha en masa (dirigida por el proletariado dueño del poder del Estado) contra esta pequeña economía doméstica, o más exactamente, cuando empiece su transformación en masa en una gran economía socialista. (*Una gran iniciativa*).

Así, Lenin y Mao Tsetung respondieron anticipadamente a las tergiversaciones oportunistas y seudodesarrollos del marxismo que hoy pretenden torcer las tesis de Engels y confundir la posición de la clase obrera sobre la cuestión femenina.

El marxismo concibe la lucha por la emancipación de la mujer como una lucha larga, aunque victoriosa: «Esta es una lucha prolongada que requiere una radical transformación de la técnica social y de las costumbres. Pero esta lucha terminará con la plena victoria del comunismo» (Lenin, *Con motivo del Día Internacional de la Obrera*).

Lo anterior, en esencia, muestra la identidad de lucha que hay entre el movimiento femenino revolucionario y la lucha de la clase obrera por la construcción de una nueva sociedad; y, además, sirve para comprender el sentido de las palabras que Lenin estampara, llamando a las obreras a desarrollar las instituciones y medios que la revolución ponía a su alcance: «Decimos que la emancipación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos y de igual modo la emancipación de las obreras debe ser obra de las obreras mismas» (*Las tareas del movimiento obrero femenino en la República Soviética*).

Estas son las tesis centrales del marxismo sobre el problema de la emancipación, la politización y la condición de la mujer; posiciones que preferimos transcribir, en su mayor parte, mediante citas de los clásicos, por cuanto estos planteamientos no son suficientemente conocidos y porque, además, fueron magistral y concisamente expresados por sus propios autores, lo que nos releva de la tarea de pretender darles una nueva redacción, máxime si tenemos en cuenta su plena y completa vigencia. Por otro lado, las tergiversaciones que hoy se intenta de las posiciones marxistas referentes a la cuestión femenina exige, también, el difundir las propias palabras de los clásicos.

Finalmente, es indispensable, aunque solo sea de paso, hacer notar que Marx, Engels, Lenin y Mao Tsetung plantean la tesis de la emancipación de la mujer y no de la liberación femenina, como se puede apreciar de las citas transcritas. Sobre el particular, baste decir que el análisis de la condición de la mujer a través de la historia nos presenta a esta como

sujeta a tutela y en una situación de sometimiento con respecto al varón, lo que hace de la mujer un ser que —perteneciendo a la misma clase del cónyuge o del hombre a la que está relacionada— se encuentra en una situación de inferioridad ante aquel, rebajamiento que las leyes consagran e imponen. Concordante con esta situación de minusvalía, a lo largo de la historia vemos cómo ha debido reivindicar sus derechos para lograr una igualdad formal con el hombre bajo el dominio capitalista, y cómo solo la lucha revolucionaria triunfante bajo dirección del proletariado es capaz de sentar y hacer cumplir una real igualdad jurídica de hombres y mujeres, aunque, como viéramos, la igualdad plena ante la vida, como dijera Lenin, se desarrollará a medida que se desenvuelve la gran producción socialista. Estas simples observaciones muestran la certeza de la tesis de la emancipación de la mujer, la que se concibe como parte de la liberación del proletariado; en tanto que la tesis de la liberación femenina históricamente aparece como una tesis burguesa en cuyo fondo se oculta la contraposición de hombres y mujeres por el sexo y se camufla la raíz de la opresión de la mujer. Hoy vemos cómo se desenmascara cada vez más la liberación femenina como feminismo burgués que apunta a la división del movimiento popular apartando del mismo a las masas femeninas y que busca principalmente oponerse al desarrollo del movimiento femenino bajo la guía y conducción de la clase obrera.

II. EL PROBLEMA FEMENINO EN MARIÁTEGUI

Hace 50 años Mariátegui, con su aguda visión revolucionaria, caló la importancia del problema femenino en el país y su perspectiva («Laten en el Perú las primeras inquietudes feministas»); a esta cuestión dedicó dos importantes trabajos, *La mujer y la política* y *Las reivindicaciones feministas*, a más de múltiples aportes que se encuentran en sus escritos. A esta fuente es indispensable remontarse porque en ella está la posición de la clase obrera peruana frente a la cuestión femenina; más aún, si esta problemática es una faceta poco conocida y estudiada de la obra mariateguiana.

José Carlos Mariátegui nos enseñó: «No se estudia, en nuestro tiempo, la vida de una sociedad, sin averiguar y analizar su base: la organización de la familia, la situación de la mujer»; e investigando el naciente movimiento feminista peruano decía: «A este movimiento no deben ni pueden sentirse extraños ni indiferentes los hombres sensibles a las grandes emociones de la época. La cuestión femenina es una parte de la cuestión humana».

Tengamos presente, pues, que desde su surgimiento político la clase obrera del país prestó atención a la situación de la mujer —estableciendo a través de su gran representante su posición frente a aquella—, así como brindó apoyo combatiente a las luchas femeninas, como lo prueba la solidaridad de textiles y choferes con las obreras de la compañía A. Field, el año 1926.

¿Cuál fue el desarrollo femenino que atrajo tan certera atención? La situación de la mujer en el país ha sufrido notorio cambio especialmente en este siglo y en particular después de la Primera y Segunda Guerras Mundiales. Si bien la condición de la campesina ha variado más lentamente, la de sus hermanas devenidas obreras y profesionales ha experimentado más rápida y profunda modificación. Evidentemente, la presencia de la mujer en nuestra sociedad ha ido conquistando posiciones cada vez más ampliamente.

En el siglo pasado la acción y la obra literaria de Clorinda Matto de Turner, Mercedes Cabello de Carbonera y Margarita Práxedes Muñoz destacan la presencia femenina sobre un fondo de millones de campesinas, trabajadoras y mujeres, a la vez que anónimas, sujetas a dura opresión social de raigambre feudal. La mujer peruana del siglo pasado tenía mínimo acceso a los estudios y, cuando se le permite seguir estudios secundarios, las normas educacionales van a establecer para ella un currículum mediatizado conformado por el último grado de la primaria de los varones y algunos cursos secundarios de los que estos seguían. El abandono de la educación femenina se expresa claramente en que, si bien había instituciones privadas que la atendían o preparaban para el ingreso a la universidad, recién en 1928 se abrió en Lima el Colegio Nacional de Mujeres de Lima; hasta entonces la capital no había tenido un plantel de este carácter. Es bueno destacar cómo, en la parte final del siglo pasado, algunas educadoras se preocupaban de la educación de las mujeres planteando su renovación: exigen superar la errónea concepción de «educarlas solo para el matrimonio, pues hace pensar que es su único fin sobre la Tierra», que su educación no debe estar en manos de monjas —las que habiendo abandonado el mundo no pueden formar buenas mujeres— y que es necesario acabar con el error de que la señorita o señora que trabaja decae socialmente, a la vez que demandan y crean nuevos centros educacionales; en esta labor destacó Teresa González de Fanning.

Asimismo, la educación universitaria les estaba vedada; recién en la década del 90 del siglo pasado se registra su presencia en la univer-

sidad y solo en 1908 se autorizó a las mujeres ingresar y optar grado en las universidades y ejercer profesiones. En la educación nítidamente se ve, pues, el menosprecio de la mujer y su postergación social. Pero con las transformaciones del siglo XX se van ampliando las posibilidades de estudio y de profesionalización de las mujeres, siendo el magisterio la profesión a la que más acuden; solo a partir de la Segunda Guerra Mundial se registra una diversificación profesional femenina. Las universitarias, que a comienzos del siglo se contaban con los dedos de la mano, llegan al presente casi al 30 % de los universitarios del país.

Pero lo que realmente va a implicar un cambio profundo, radical y de larga perspectiva es la incorporación de la mujer a la producción fabril. En este siglo comienza a producirse la proletarización de la mujer peruana al compás de la introducción de la máquina y el desarrollo del capitalismo burocrático, dándose en nuestro medio, con sus condiciones específicas, la situación que describe Marx y que hemos transcrito en la primera parte de este trabajo. Con la incorporación productiva de la mujer como obrera, se abre paso el proceso de la politización proletaria de las masas femeninas peruanas; se inicia la participación femenina en los sindicatos, las mujeres se adhieren a la lucha por salarios, jornada de ocho horas y condiciones de trabajo, participan en las luchas populares junto a los obreros en las acciones contra la carestía de la vida y el alza de precios, desarrollan su comprensión ideológica y, finalmente, las mujeres del país, en medio del combate revolucionario, devienen militantes políticas de la clase obrera.

El proceso de desarrollo político de la mujer peruana, paralelo a su incorporación laboral, dio grandes aportes a la lucha de clases del país en el primer tercio de este siglo, entre cuyos hitos merece destacar la lucha que por las ocho horas libraron los obreros agrícolas de Huaral, Barranca, Pativilca y Huacho, en la que ofrendaron su vida cinco obreras, en el año 1916, sellando con su sangre la adhesión a su clase. Asimismo su participación en las grandes acciones contra el alza de precios y la carestía de la vida, de mayo de 1919; acciones en las que las trabajadoras organizaron un Comité Femenino a fin de canalizar sus luchas de apoyo y acordaron: «Hacer un llamamiento a todas las mujeres sin distinción de clases para que cooperen con su acción a la defensa de los derechos de la mujer peruana»; en esta gran lucha las mujeres se enfrentaron a las fuerzas policiales en su mitin del 25 de mayo en el que, luego de imponerse a la represión policial sangrienta, proclaman las siguientes conclusiones:

> Las mujeres de Lima, pueblos circunvecinos y campesinos reunidos en gran comicio público el domingo 25 de mayo de 1919 en el Parque Neptuno, teniendo en consideración:
>
> Que no es posible tolerar por más tiempo, la situación de miseria a que la carestía de las subsistencias y alquileres de habitación y todo lo necesario para la vida ha reducido al pueblo;
>
> Que la mujer peruana, al igual que la de todos los pueblos civilizados, ha comprendido su alta misión de intervenir en la resolución de los problemas económico-sociales que la afectan;
>
> Han acordado:
>
> 1º Hacer suyas las conclusiones del mitin popular realizado en la Alameda de los Descalzos el 4 del presente.
>
> 2º En caso de no ser aceptadas dichas conclusiones, proclamar un paro general femenino en todos los ramos, dejando la fecha a juicio del Comité Masculino Pro-Abaratamiento de las Subsistencias. (Martínez de la Torre, *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú,* Tomo I, Lima 1947).

Otro capítulo de esta historia en la lucha femenina fue la librada por el Socorro Rojo contra la persecución, represión, prisión y política de sangre que desencadenó la dictadura de Sánchez Cerro, en defensa de los derechos y libertades del pueblo, especialmente del proletariado.

En estas luchas indicadas, a más de la politización de la mujer o, más estrictamente, como índice de una correcta perspectiva, debe destacarse que en ellas las masas femeninas libraron sus acciones íntimamente unidas a los intereses populares que son los suyos y en directa adhesión y apoyo de las luchas de la clase obrera que es su clase.

En síntesis, el camino recorrido por las mujeres peruanas en este siglo y en la parte final del anterior está signado por su incorporación a la producción en forma amplia y bajo el capitalismo burocrático que impulsa el imperialismo norteamericano y por la ampliación de su acceso a los estudios, especialmente universitarios. Siendo estas las bases sobre las cuales se incubarán los primeros ímpetus feministas en el país, fenómeno que Mariátegui registra en las siguientes palabras:

> El feminismo no ha aparecido en el Perú artificial ni arbitrariamente. Ha aparecido como consecuencia de las nuevas formas

> del trabajo intelectual y manual de la mujer. Las mujeres de real filiación feminista son las mujeres que trabajan, las mujeres que estudian. La idea feminista prospera entre las mujeres de oficio intelectual o de oficio manual: profesoras, universitarias, obreras. Encuentra un ambiente propicio a su desarrollo en las aulas universitarias, que atraen cada vez más a las mujeres peruanas, y en los sindicatos obreros, en los cuales las mujeres de las fábricas se enrolan y organizan con los mismos derechos y los mismos deberes que los hombres. Aparte de este feminismo espontáneo y orgánico, que recluta sus adherentes entre las diversas categorías del trabajo femenino, existe aquí, como en otras partes, un feminismo de diletantes un poco pedante y otro poco mundano. Las feministas de este rango convierten el feminismo en un simple ejercicio literario, en un mero deporte de moda. (*Las reivindicaciones feministas*).

Sobre esta base es que Mariátegui elaboró en el país la posición del proletariado peruano sobre la cuestión femenina estableciendo la línea general a seguir en este problema, para quien quiera desarrollarla desde el marxismo. Veamos los problemas básicos de esta posición.

1. La situación de la mujer

El punto de partida del estudio del problema femenino, desde la posición del proletariado peruano, exige tener presente que Mariátegui representa en el país la aplicación de la verdad universal del marxismo-leninismo a las condiciones concretas de un país atrasado y oprimido, aplicación que lo lleva a sentar científicamente el carácter semifeudal y semicolonial de nuestra sociedad en cuyo seno se desenvuelve una revolución democrático-nacional desde el año 1928 a través de un largo y sinuoso proceso cuya etapa superior aún está pendiente. Este es el sustento y guía del pensamiento de Mariátegui y a partir de estas consideraciones hay que tratar todos los problemas y políticas por él establecidas, entre ellas la referente al problema femenino.

Así pues, Mariátegui parte del carácter semifeudal y semicolonial de la sociedad peruana para enjuiciar la situación de la mujer; esto ya implica que él rechaza desde el inicio la caduca teoría de la «naturaleza femenina», concibiendo a la mujer como una situación o condición que deriva de la estructura de la sociedad en que se desenvuelve; y destacando

el carácter dinámico, cambiante, de la situación femenina señala el papel transformador que tiene el trabajo en la condición de la mujer en tanto a ubicación social e idea sobre ella. El párrafo siguiente es muy expresivo en este y otros puntos.

> Mas si la democracia burguesa no ha realizado el feminismo, ha creado involuntariamente las condiciones y premisas morales y materiales de su realización. La ha valorizado como elemento productor, como factor económico, al hacer de su trabajo un uso cada día más extenso y más intenso. El trabajo muda radicalmente la mentalidad y el espíritu femeninos. La mujer adquiere, en virtud del trabajo, una nueva noción de sí misma. Antiguamente, la sociedad destinaba a la mujer al matrimonio o a la barraganía. Presentemente, la destina, ante todo, al trabajo. Este hecho ha cambiado y ha elevado la posición de la mujer en la vida.

Así queda claro, para el proletariado peruano, que es la sociedad la que da una condición a la mujer y no ninguna malhadada naturaleza, que la condición femenina es variante y que es el trabajo el que está imprimiendo un gran salto en la posición y en la concepción de la mujer. Este es el punto de partida mariateguiano a la vez que arremete contra la reducción biologista de la mujer a simple reproductora, y las emprende contra los mitos rosa que solo sirven taimadamente a remachar su opresión:

> La defensa de la poesía del hogar es, en realidad, una defensa de la servidumbre de la mujer. En vez de ennoblecer y dignificar el rol de la mujer, lo disminuye y lo rebaja. La mujer es algo más que una madre y que una hembra, así como el hombre es algo más que un macho. (A *Las reivindicaciones feministas* pertenecen los últimos dos párrafos).

Desarrollando la tesis de la raíz social de la condición femenina, Mariátegui sienta la diferencia entre latinas y sajonas estableciendo la conexión causal entre fondo feudal y manera de ser y variación de la mujer:

> La latina vive con más prudencia, con menos pasión. No tiene esta ansia de verdad. La española, sobre todo, es muy cauta y muy práctica. Waldo Frank, precisamente, la ha definido con precisión admirable. «La mujer española —ha escrito— es prag-

> matista en amor. Considera el amor como el medio de criar hijos para el cielo. No existe en Europa mujer menos sensual, menos amorosa. De muchacha es bonita; fresca esperanza colorea su tez y agranda sus negros ojos. Para ella, el matrimonio es el estado más alto a que puede aspirar. Una vez casada desaparece en ella, cual una estación, la innata coquetería de la primavera: al momento se torna juiciosa, gruesa, maternal». («*Rahab*, de Waldo Frank», en *Signos y Obras*).

Lo dicho sobre la mujer española naturalmente que se extiende a la latinoamericana y dentro de ella a la del país, y muestra la mentalidad femenina que genera el antiguo y presente trasfondo semifeudal aún no superado. Pero a más de esto, analizando las relaciones entre el imperialismo y las naciones oprimidas en América, Mariátegui destaca la mentalidad extranjerizante que el dominio yanqui imprime en la mentalidad femenina:

> La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aun con sus simples empleados, en el Country Club, en el Tennis y en las calles. El yanqui desposa, sin inconveniente de raza ni religión, a la señorita criolla, y esta no siente escrúpulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrúpulo la muchacha de la clase media. La «huachafita» que puede atrapar un yanqui empleado de la Grace o de la Foundation, lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. (*Punto de vista antiimperialista*).

Así, tipificada la condición femenina en nuestra sociedad como servidumbre de la mujer, se establece el fondo social semifeudal y semicolonial que es su raíz, desechándose toda interpretación sustentada en la llamada «naturaleza femenina deficitaria».

Sobre esta base, Mariátegui pasa al análisis concreto de las mujeres peruanas pertenecientes a las diferentes clases; en magistral descripción se pinta a las obreras:

> Si las masas juveniles son tan cruelmente explotadas, las mujeres proletarias sufren igual o peor explotación. Hasta hace muy poco, la mujer proletaria tenía circunscrita su labor a las actividades domésticas en el hogar. Con el avance del industrialismo

> entra a competir con el obrero en la fábrica, taller, empresa, etc., [...] Así la vemos en las fábricas textiles, galleterías, lavanderías, fábricas de envases y cajas de cartón, jabones, etc., en que desempeñando las mismas funciones que el obrero, desde el manejo de la máquina hasta la más mínima ocupación, gana siempre de 40 a 60 por ciento menos que el varón. Al mismo tiempo que la mujer se adiestra para desempeñar funciones en la industria, penetra también a las actividades de oficinas, casas comerciales, etc., compitiendo siempre con el hombre y con gran provecho de las empresas industriales que obtienen una baja apreciable de los salarios y aumento inmediato de sus ganancias. En la agricultura y en las minas encontramos a la mujer proletaria en franca competencia con el trabajador, y donde quiera que investiguemos encontramos a grandes masas de mujeres explotadas prestando sus servicios en toda clase de actividades [...] En el proceso de nuestras luchas sociales, el proletariado ha tenido que plantear reivindicaciones precisas en su defensa; los sindicatos textiles, que son los que hasta hoy más se han preocupado de este problema, aunque deficientemente, en más de una ocasión han ido a la huelga con el objeto de hacer cumplir disposiciones que, estando enmarcadas en la ley, los gerentes se han negado a cumplir. Tenemos capitalistas (como el «amigo» del obrero, señor Tizón y Bueno) que no han trepidado en considerar como «delito» el hecho que una trabajadora haya dado indicios de que iba a ser madre, «delito» que ha determinado su despedida violenta para eludir las disposiciones de la ley. En las galleterías, la explotación de la mujer es inicua. (*Manifiesto de la CGTP a la clase trabajadora del país. Problema de la Mujer*; documento cuya redacción estuvo bajo la dirección de Mariátegui).

¿Es válida esta descripción? Sí; en esencia la situación de la obrera es igual: amplia explotación en cada vez más ramas de la producción, la que en algunas es verdaderamente inicua; utilización del trabajo femenino para rebajar salarios, a más de que estos son inferiores a los que se pagan a los obreros; incumplimiento de las leyes que benefician a las mujeres y oculto antiobrerismo de los falsos amigos del proletariado. Es también muy vigente la necesidad de apoyar las conquistas de las obreras.

Asimismo, Mariátegui pasa revista a la condición de las campesinas indígenas de las que dice que, junto a sus niños y maridos, están obligadas

«a la prestación de servicios gratuitos a los propietarios y a sus familiares, lo mismo que a las autoridades»; su mísera condición y ubicación social tiene una raíz: el latifundio y la servidumbre.

En cuanto a la pequeña burguesía, a más de destacar las tribulaciones de las mujeres de esta clase, el análisis de las maestras primarias sirve a Mariátegui para exponer cómo el medio social, la cercanía al pueblo y su dedicación a tiempo completo a la enseñanza, modifica su actitud y su espíritu abriéndolo para que en él prendan «fácilmente los ideales de los forjadores de un nuevo Estado social», ya que: «Nada la mancomuna a los intereses del régimen capitalista. Su vida, su pobreza, su trabajo, las confunde con la masa proletaria», planteando dirigirse a ellas, pues «en sus filas reclutará la vanguardia más y mejores elementos».

2. Antecedentes históricos de la lucha femenina

Como viéramos, para Mariátegui la industrialización incorpora a la mujer al trabajo y, mediante este, muda su condición y su espíritu, señalando, como los clásicos, la doble situación que esto significa: «si la mujer avanza en la vía de su emancipación en un terreno democrático burgués, en cambio este hecho suministra al capitalista mano de obra barata a la par que un serio competidor al trabajador masculino» (en el *Manifiesto* ya referido). Por otro lado, exponiendo que la revolución francesa contiene elementos del movimiento feminista, reivindica la figura de Babeuf, dirigente de los igualitarios, a quien considera «un asertor de las reivindicaciones feministas» y de quien trae estas lúcidas palabras: «no impongáis silencio a este sexo que no merece que se le desdeñe [...] Si no contáis para nada a las mujeres en vuestra república, haréis de ellas pequeñas amantes de la monarquía», «este sexo que la tiranía de los hombres ha querido siempre anonadar, de este sexo que no ha sido inútil jamás en las revoluciones».

Y balanceando el aporte de la revolución francesa a la emancipación femenina, en *La mujer y la política* dijo:

> La Revolución Francesa, en cambio, inauguró un régimen de igualdad política para los hombres; no para las mujeres. Los Derechos del Hombre podían haberse llamado, más bien, Derechos del Varón. Con la burguesía las mujeres quedaron mucho más eliminadas de la política que con la aristocracia. La democracia burguesa era una democracia exclusivamente masculina.

> Su desarrollo tenía que resultar, sin embargo, intensamente favorable a la emancipación de la mujer. La civilización capitalista dio a la mujer los medios de aumentar su capacidad y mejorar su posición en la vida.

Certeramente, pues, se nos planteó lo que la clase burguesa hace por la mujer: si bien es capaz de dar condiciones para su desarrollo, es incapaz de emanciparla. Mariátegui lo sabía muy bien; como que, no obstante esta limitación, el capitalismo en su desarrollo va abriendo a la mujer las puertas a las diferentes actividades, incluida la política, muy especialmente en el siglo XX, tanto que se convierte en un signo de este. Desarrollando este planteamiento, el mismo Mariátegui reivindica figuras femeninas y señala y difunde el aporte que múltiples mujeres han hecho a la poesía, la novela, el arte en general, la lucha y la política. Así nos enseña cómo juzgar a las mujeres de las diferentes clases y a las celebridades, señalando sus méritos y deméritos e indicando lo principal en cada caso y, lo que es más importante, destaca su aporte al avance femenino.

3. Movimiento Femenino

Punto central y de gran importancia hoy en el planteamiento mariateguiano sobre el problema de la mujer son sus tesis referentes al movimiento femenino, cuestión en la que se debe destacar tres partes: feminismo, politización de la mujer y organización.

En cuanto al feminismo, Mariátegui sostiene que no aparece «ni artificial ni arbitrariamente» entre nosotros, sino que respondió a la incorporación de las mujeres al trabajo manual e intelectual; en este punto destaca principalmente que aquel prospera entre las mujeres que trabajan y —señalando como ambiente propicio al desarrollo del movimiento femenino las aulas universitarias y los sindicatos— plantea la directiva de orientarnos hacia esos frentes para impulsar la movilización de la mujer. Aunque debe decirse que tal orientación no implica, en modo alguno, marginar a las campesinas; pues si recordamos que Mariátegui tiene como clase principal de nuestro proceso al campesinado, no cabrá la menor duda de que también las mujeres campesinas son frente de movilización y, más aún, fuente principal que todo movimiento femenino ceñido al proletariado aspira alcanzar.

En *Las reivindicaciones feministas* Mariátegui nos plantea la esencia del movimiento femenino:

> Nadie debe sorprenderse de que todas las mujeres no se reúnan en un movimiento feminista único. El feminismo tiene, necesariamente, varios colores, diversas tendencias. Se puede distinguir en el feminismo tres tendencias fundamentales, tres colores sustantivos: feminismo burgués, feminismo pequeñoburgués y feminismo proletario. Cada uno de estos feminismos formula sus reivindicaciones de una manera distinta. La mujer burguesa solidariza su feminismo con el interés de la clase conservadora. La mujer proletaria consustancia su feminismo con la fe de las multitudes revolucionarias en la sociedad futura. La lucha de clases —hecho histórico y no aserción teórica— se refleja en el plano feminista. Las mujeres, como los hombres, son reaccionarias, centristas o revolucionarias. No pueden, por consiguiente, combatir juntas la misma batalla. En el actual panorama humano, la clase diferencia más a los individuos que el sexo.

Esta es la esencia de la cuestión femenina: el carácter de clase de todo movimiento femenino. Y esto debemos tenerlo presente hoy más que nunca, pues nuevamente se reimpulsa la organización de las mujeres. Surgen múltiples grupos, los que, por general, callan u ocultan el carácter de clase que los sustenta, esto es, la clase a la cual sirven, y pregonan desde una unificación de las mujeres por la reivindicación de sus derechos frente a los hombres, hasta un servir unidas todas —sin distinción de clases— a una supuesta transformación social «humanista, cristiana y solidaria», pasando por modalidades intermedias de no muy claras o confusas posiciones de clase. El problema sustantivo es, pues, una vez más, desentrañar la raíz clasista que encierra todo grupo, organismo, frente o movimiento femenino, para deslindar posiciones y establecer a quién sirven, si realmente están o no del lado del pueblo.

Estas cuestiones nos llevan a un problema capital: conforme a qué principios, a qué criterio de clase y orientación seguir en la construcción de un movimiento femenino al servicio del pueblo. Aquí la posición de Mariátegui es luminosa y concreta: «El feminismo, como idea pura, es esencialmente revolucionario». Y revolucionario para él quiere decir, en esencia, proletario; así todo el movimiento femenino popular que en la teoría y en la práctica quiera servir realmente al pueblo, a la revolución, tiene que ser un movimiento femenino adherido al proletariado, y adherido al proletariado quiere decir hoy, en nuestra patria, adherido al pensamiento de Mariátegui.

En lo referente a la politización de la mujer. Los clásicos del marxismo siempre han dado capital importancia a este punto, pues, sin aquella, es imposible desarrollar la movilización y organización de las mujeres, y sin estas la mujer no puede combatir junto al proletariado por su propia emancipación. Siguiendo su gran ejemplo, la clase obrera peruana a través de Mariátegui señaló la importancia de la politización de la mujer, resaltando que su deficiencia o carencia servía a la reacción: «Las mujeres, en su mayor parte, por su exigua o nula educación política, no son en la lucha contemporánea una fuerza renovadora sino una fuerza reaccionaria» (*Figuras y aspectos de la vida mundial*).

Esto es suficientemente claro, mas lo que cabe es preguntarnos ¿en qué consiste esta politización? Para el fundador del Partido Comunista: la incorporación decidida y combatiente de la mujer a la lucha de clases, su movilización junto a los intereses populares, su integración a las organizaciones de clase y del pueblo y la formación de las propias mujeres, su formación en la ideología de la clase obrera y todo esto en adhesión, con asesoría y bajo dirección del proletariado. En síntesis, la incorporación de la mujer a la política, a la lucha de clases, bajo la dirección de la clase obrera.

Sobre la organización de las mujeres. Para enfrentar a sus enemigos y luchar por sus intereses de clase, el proletariado no tiene más arma que su organización, enseña el marxismo; este principio se aplica al pueblo que solo es fuerte si está organizado y, por tanto, también a las mujeres, las que solo pueden combatir con éxito organizadamente.

Como «marxista convicto y confeso», Mariátegui aplicó estos principios creadoramente. Prestó especialísima atención a la organización de las obreras, como se ve de lo planteado en el *Manifiesto de la CGTP* aludido:

> Todo este cúmulo de «calamidades» que pesa sobre la mujer explotada no puede resolverse, si no es a base de la organización inmediata; de la misma manera que los sindicatos tienen que construir sus cuadros juveniles, deben de crear sus secciones femeninas, donde se educarán nuestras futuras militantes.

Igual preocupación expresaba Mariátegui cuando, bajo su orientación, el estatuto de la referida Confederación disponía formar una Comisión Femenina Permanente a nivel de Comité Ejecutivo. Lamentablemente, estas orientaciones no se han llevado a la práctica correctamente; ha quedado como un simple cargo burocrático sindical llamado «asuntos

femeninos» o una nominación similar, cuando lo hay, sin que cuajen orgánicamente las secciones femeninas de los sindicatos, quedando así como tarea pendiente.

Posteriormente, el 4 de marzo de 1930, el Partido Comunista aprueba la siguiente moción:

> Primero.- Creación de un Secretariado Provisional para la organización de la juventud socialista, bajo el control inmediato del Partido.
>
> Segundo.- Creación de un Secretariado Provisional para la organización de las mujeres trabajadoras, bajo la dirección y control del Partido.
>
> Tercero.- Ambos secretariados lucharán por la organización inmediata de los jóvenes de ambos sexos, por su capacitación política e ideológica, como etapa de preparación para su ingreso al Partido. (Martínez de la Torre, obra citada, Tomo II).

Aquí se concretó la tesis de Mariátegui de la necesidad de prestar atención a la organización femenina, incluso en los niveles políticos más desarrollados; y se expresa su posición de que la organización de las mujeres es, en última instancia, el problema de su organización bajo la dirección y control de la clase obrera y su Partido. Tales planteamientos conducen a la exigencia de interrogarse, ante cada grupo, organismo, frente o movimiento femenino: ¿qué clase, cómo y para qué organiza a las mujeres?; y tener presente que estos puntos solo pueden resolverse satisfactoriamente, esto es, para la clase y el pueblo, adhiriéndose a las posiciones de la clase obrera.

Estas tres cuestiones: feminismo, politización de la mujer y organización de las mujeres, y las tesis que sobre las mismas ha sentado Mariátegui, deben estudiarse y aplicarse consecuentemente, pues solo así se podrá desarrollar un auténtico movimiento femenino popular.

4. La emancipación de la mujer

En este punto, también como en los clásicos, Mariátegui sostiene que con el capitalismo y su industrialización «la mujer avanza en la vía de su emancipación», pero en este sistema ni siquiera consigue la real igualdad jurídica; por ello un consecuente movimiento femenino busca ir más allá y en este camino necesariamente tiene que unirse a la lucha

del proletariado. Esta comprensión llevó al gran pensador proletario de nuestra patria a sentar: «El movimiento feminista aparece marcadamente solidarizado con el movimiento revolucionario»; y que, aunque nacido liberal, el feminismo solo comenzaba a realizarse con la revolución:

> Nacido de la matriz liberal, el feminismo no ha podido ser actuado durante el proceso capitalista. Es ahora, cuando la trayectoria histórica de la democracia llega a su fin, que la mujer adquiere los derechos políticos y jurídicos del varón. Y es la revolución rusa la que ha concedido explícita y categóricamente a la mujer la igualdad y la libertad que hace más de un siglo reclamaban en vano de la revolución francesa Babeuf y los igualitarios. (*Las reivindicaciones feministas*).

Y es así que solo con la construcción de una nueva sociedad irá surgiendo paralelamente la nueva mujer que habrá de ser «substancialmente distinta de la que ha formado la civilización que actualmente declina»; y estas nuevas mujeres se irán forjando en la fragua revolucionaria y relegando al desván histórico el viejo tipo de mujer deformado por el viejo sistema de explotación que ya se hunde para la verdadera dignificación de la mujer.

> A medida que el sistema socialista reemplace al sistema individualista decaerán el lujo y la elegancia femenina [...] La humanidad perderá algunos mamíferos de lujo; pero ganará muchas mujeres. Los trajes de la mujer del futuro serán menos caros y suntuosos; pero la condición de esa mujer será más digna. Y el eje de la vida femenina se desplazará de lo individual a lo social [...] Una mujer, en suma, costará menos, pero valdrá más. (*La mujer y la política*).

A más de estas ideas básicas, Mariátegui se ocupa de otros problemas íntimamente ligados a la mujer en especial: divorcio, matrimonio, amor, etc.; los trata con fina ironía y con agudas críticas toma posición frente a ellos. Sin embargo, como buen marxista, no centra su atención en los mismos hasta tornarlos cuestión principal; pues hacer tal cosa es olvidar la lucha principal y la meta fundamental, a la vez que sembrar confusión y desorientar la lucha revolucionaria.

Hasta aquí la exposición de las tesis centrales del pensamiento de Mariátegui sobre el problema de la mujer, en cuya exposición si hemos

acudido a abundancia de citas ha sido por iguales razones a las tenidas al plantear la posición marxista en este trabajo.

III. DESARROLLAR EL MOVIMIENTO FEMENINO SIGUIENDO A MARIÁTEGUI

1. Vigencia de Mariátegui

Por todo lo expuesto, una conclusión se impone: las tesis que Mariátegui sostuvo sobre el problema femenino son resultado de la consecuente aplicación del marxismo-leninismo a las condiciones específicas de una sociedad semifeudal y semicolonial como la nuestra. Sobre esto, por lo general, no hay discrepancia y, aunque no se expresa una adhesión abierta, por lo menos con el silencio se muestra una aparente aceptación de aquella conclusión. Mas el problema no es si el pensamiento de Mariátegui es una correcta aplicación del marxismo al país, la cuestión central es una: la vigencia actual de su pensamiento; tema acerca del cual —y para no romper lanzas contra el inmenso y creciente prestigio de Mariátegui—, a la vez que se expresa un aparente reconocimiento, se cuestiona su vigencia invocando el transcurso de más de cuarenta años y enarbolando, errónea y taimadamente, la necesidad de tener en cuenta «los desarrollos creadores del marxismo para superarlo».

El análisis de este punto nos lleva a revisar, aunque sea de paso, algunas posiciones que sobre el problema femenino han sido sustentadas en el país. Así, el notable y pugnaz pensador don Manuel González Prada se ocupó de este problema en su *Las esclavas de la Iglesia*, en 1904, trabajo que se encuentra en *Horas de lucha*; allí expone importantes conceptos como: «No se conoce bien al pueblo sin haber estudiado la condición social y jurídica de la mujer», «La elevación moral de un hombre se mide por el concepto que se forma de la mujer: para el ignorante y brutal no pasa de ser una hembra, para el culto y pensador es un cerebro y un corazón», «Si llevamos el nombre de nuestro padre, representamos la hechura moral de nuestra madre [...] La fuerza motriz, el gran propulsor de las sociedades, no funciona bulliciosamente en la plaza ni en el club revolucionario, trabaja silenciosamente en el hogar»; los que sirven a centrar la atención en la importancia de la mujer. Por otro lado, expresaba ideas tales como «La emancipación de la mujer, como la libertad del esclavo, no se debe al cristianismo, sino a la filosofía», «En las naciones protestantes se realiza tan seguramente la ascensión femenina que ya se prevé la completa emancipación», «Los esclavos y los siervos deben su dignidad de personas

al esfuerzo de los espíritus nobles y abnegados; la mujer católica se emancipará solamente por la acción enérgica del hombre» y «en las batallas por la idea no se conoce auxiliar más poderoso que el amor».

Así se ve que González Prada, a la vez que señala y denuncia la opresión sobre la mujer, el importante papel que cumple y la necesidad de ocuparse del problema femenino y plantea la emancipación de la mujer —aunque para él la raíz de la cuestión sea el catolicismo que domina en las mujeres—, cree en la posible emancipación femenina bajo el capitalismo y centra el problema en el individuo; sus ideas significan un aporte, como en otros temas, al estudio del problema de la mujer en el país.

Y estas ideas resaltan más cuando vemos casi treinta años después que Jorge Basadre plantea:

> Gregorio Marañón ha reivindicado el rol esencial de la mujer que es el amor; en tanto, que el rol esencial del hombre es el trabajo [...] Por eso el niño prefiere jugar con soldados, símbolo de lucha, de esfuerzo, afán de supremacía; mientras la niña prefiere jugar con las muñecas, precozmente maternal. En virtud de un mandato de la naturaleza, el encanto de la mujer criolla, aun en el caso de que no es mestiza, se diferencia del de las mujeres de otras latitudes con un propio sabor frutal o vegetal [...] Como, en cambio, la superioridad más alta del hombre está en la mente y como la mente americana vegeta todavía influenciada en forma determinante por Europa, el hombre es en América inferior, en su conjunto, a la mujer [...] En suma, una gloria americana se pierde o se achica [...] Una mujer de América que sea representativamente hermosa puede, en cambio, interesar en cualquier parte. (*Perú: Problema y Posibilidad*, cap. XI).

Aquí la posición es tan claramente reaccionaria que huelgan los comentarios.

Si en Basadre las clases dominantes nos hablan de una «naturaleza femenina» cuya esencia es el amor, las mismas en 1940 se expresan a través de Carlos Miró Quesada Laos de la siguiente manera:

> El rol de la mujer en la vida moderna es múltiple. Ya no son los tiempos —para siempre idos— en que el trabajo le estaba vedado. Todo lo contrario. Hoy la mujer trabaja en diversas actividades [...] Porque ha demostrado que puede actuar tan eficientemen-

> te como el hombre [...] Está, pues, en el deber de estudiar, de prepararse para el porvenir. Y si en esas labores las mujeres comparten las obligaciones con los hombres, en otra son y serán siempre mejores que los hombres. Y es que la mujer pone en la vida muchas cosas que le son innatas. Tiene manos de madre y de enfermera [...] Esa es la feminidad que gracias a Dios no perderán jamás, a despecho del siglo XX, de las guerras y de las teorías revolucionarias. La palabra consuelo evoca a la mujer [...] El creador después de hacer al hombre [...] la puso a su lado para que fuera su compañera, para que le sirviera de estímulo y dulzura en la existencia [...] Hay que obedecer primero a los padres, luego a los maestros, más tarde al marido y siempre al deber. (*Tres Conferencias*, Lima 1941).

Con Basadre los explotadores posponen el trabajo femenino; con Miró Quesada, habidas nuevas exigencias, exaltan y demandan el trabajo de la mujer. Mas en el fondo de ambos late la «naturaleza femenina». Pero no solamente en este campo se dan estas ideas. Posiciones incorrectas se encuentran también en escritos y revistas que dicen ser revolucionarias y hasta adherir al marxismo; en ellas se expresan conceptos como los siguientes.

Hablando del «sentido de la vida», dicen que participar en el «cambio social» permitirá —entendemos que a la mujer— «deshacerse de su problema existencial, ya que el sentido de la vida reside entonces en el provecho que cada individuo puede ofrecer a su prójimo por medio de su voluntad y esfuerzo». Tratando el tema Mujer y Sociedad, luego de intentar esbozar la tesis de Engels sobre el desarrollo de la familia, se plantea: «estamos posesionados del mito de la inferioridad de la mujer. Y de esto se deriva la necesidad de la liberación de la mujer [...] su liberación solo puede darse cuando se cambie tal estructura económico-social con el desarrollo de una sociedad nueva»; se destaca así la liberación y ambigua e imprecisamente su fondo social para concluir centrándose en cómo normar «la relación entre sexos que responde a la nueva ideología»:

Si la mujer es igual o debe ser igual al hombre, las bases de tal relación serían:

> a) liberar a la mujer de las alienaciones religiosas [...], b) ejercitar el derecho a elegir a su compañero, sin obedecer a prejuicios

> sobre la iniciativa masculina [...], c) no entender la liberación de la mujer como sinónimo de amor libre [...] y [¡menos mal!], d) siendo la mujer igual al hombre, no deberá apartarse de la política, aduciendo su condición femenina [...] el amor, como punto de partida de un cambio social, debería ser el estímulo para que la juventud (hombres y mujeres) luchen por construir un mundo igualitario sin opresiones ni injusticias.

Y publicando el cuento *El panetón del desocupado*, cuento navideño, se difunde sagazmente la «generosidad de la mujer» y el «egoísmo del hombre», solapada versión de «naturaleza femenina»:

> Luego los dos fantasmas se han quedado en silencio. Cada uno de los pensamientos por su lado. La mujer en su pasado; el hombre en su futuro. La mujer, en lo que debe hacerse; el hombre en lo que puede hacer para él. Una generosidad y un egoísmo, siempre clavados de frente, siempre forcejeando en lo oscuro de su conciencia. (Revista *Mujer* números 1 y 2: aunque no están fechadas se ubican en la parte final de la década del 60).

Evidentemente, las ideas contenidas en las revistas *Mujer*, pese a su aparente posición revolucionaria y marxista, revelan un nítido fondo burgués; en modo alguno expresan una posición proletaria sobre el problema femenino.

¿Qué nos demuestra este recuento? Una verdad monda y lironda: que la cuestión no es en absoluto el tiempo en que se plantean las posiciones ni el problema es «tener en cuenta los desarrollos creadores del marxismo», lo central es la posición de clase en que se sustenta un planteamiento. Hemos visto una posición anterior a Mariátegui, la de González Prada que, no obstante ser anterior a él en unos treinta años, encierra elementos positivos; así como una posición coetánea, la de Basadre, que es abiertamente reaccionaria; finalmente dos posiciones posteriores a él, la de Miró Quesada, aunque renovando criterios, también reaccionaria y la de la revista *Mujer*, más de treinta años posterior a Mariátegui y hasta con pujos de marxista, definidamente adhiriéndose a posiciones burguesas, pero con pretensiones de presentarse revolucionaria y al servicio de la emancipación femenina.

¿Qué se concluye? Lo que decíamos, el problema es el fundamento de clase que sustenta una posición, en este caso una posición sobre el

problema femenino. Con Mariátegui, exponente cumbre de nuestra clase obrera, se establece la posición del proletariado sobre el problema de la mujer; él ha sentado las bases de la línea política proletaria sobre esta cuestión y sus posiciones son plenamente vigentes en esta como sobre las demás cuestiones de la política revolucionaria del proletariado en nuestro país. Por tanto, el desarrollar un movimiento femenino popular exige, hoy más que nunca, adherir firme y consecuentemente al pensamiento de Mariátegui partiendo de aceptar su vigencia.

2. Retomar el camino de Mariátegui

La lucha de las mujeres peruanas tiene larga tradición, y la de las proletarias, sellada con su sangre, más de cincuenta años. Asimismo, las organizaciones femeninas tienen larga data; sin embargo, el proceso organizativo de la mujer peruana ha entrado en expansión en la década del sesenta avizorándose su brillante perspectiva, aunque larga y sinuosa.

Actualmente tenemos una multiplicidad de organizaciones de diferente extensión y nivel y, lo que es más importante, germinando antiguas semillas, apunta ya la formación de un verdadero movimiento femenino popular. Tenemos hoy un ya cincuentenario Consejo Nacional de Mujeres sustentado en la caduca y superada tesis de la «naturaleza femenina»; un Movimiento de Derechos de la Mujer que enarbola un feminismo que apunta a la liberación de la dependencia del hombre; una gama de organismos en formación que alienta el régimen vigente en beneficio de su proceso corporativista bajo la orientación y control de SINAMOS y bajo la concepción de su «participación de la mujer» —parte de su «democracia de participación plena»— que oculta que la raíz de la opresión femenina es la propiedad privada y que el sometimiento de la mujer se inició con ella; que tergiversando nuestra historia y usando un materialismo vulgar y rastrero propagandiza que «en 1968 se inicia el proceso revolucionario que busca la auténtica liberación de la mujer con igualdad política y participación activa», para concluir que «somos nosotras las que debemos crear las diferentes formas de organización femenina», recalando en solapado y artero feminismo burgués. Y una Unión Popular Nacional de Mujeres Peruanas, organismo del oportunismo de derecha que ha montado, como siempre, un aparato colaboracionista dedicado totalmente al servicio del régimen.

Este incremento y reimpulso organizativo de las masas femeninas exige investigar seriamente el problema de la mujer y analizar clásica-

mente las organizaciones existentes o en formación; así se deslindará campos para establecerse, como en otros terrenos, las dos líneas en el problema de la mujer: la contrarrevolucionaria bajo el comando del imperialismo y la burguesía intermediaria, y la revolucionaria cuyo mando y centro es el proletariado. Así se servirá al desarrollo organizativo del movimiento femenino popular, el que requiere necesariamente que su construcción se libre en medio de la lucha de las dos líneas, expresión de la lucha de clases y de los intereses afines y contrapuestos de las clases en contienda. Claro está, y esto no se debe olvidar, que dentro de cada línea hay variantes y diferencias en función de las clases agrupadas en torno a cada línea; de ahí que el problema consista en establecer las dos líneas contrarias y, dentro de cada una, las variaciones y matices de las mismas y la posición que está al mando en cada línea que, respondiendo a la clase que dirige, da su carácter revolucionario o contrarrevolucionario a cada una de las líneas en lucha.

Todo lo expuesto nos lleva, pues, a la necesidad de «retomar el camino de Mariátegui en el problema de la mujer», a fin de servir a la formación y desarrollo de un Movimiento Femenino Popular concebido como un movimiento generado por el proletariado en las masas femeninas con las siguientes características: 1) adherido al pensamiento de Mariátegui, 2) organización clasista de masas y 3) sujeto al centralismo democrático.

La construcción de tal movimiento nos plantea dos problemas: 1) la construcción ideológico-política que implica, necesariamente, dotarlo de principios y programa; 2) la construcción orgánica, a la que podemos servir formando núcleos o grupos de activistas que, llevando principios y programa a las masas femeninas —obreras, campesinas, profesionales, universitarias, secundarias, etc.—, trabajen por la politización de la mujer, movilizándola a través de sus luchas y organizándola para adherirla a la lucha política, acorde con la orientación y política del proletariado.

Para concluir este aporte al estudio y comprensión del problema de la mujer, es pertinente transcribir una Declaración de Principios y Programa que hace algún tiempo circula en nuestro medio, documentos que, entendemos, subrayando su carácter de proyectos, pueden servir como base de discusión útil a la construcción ideológico-política del Movimiento Femenino Popular en marcha.

DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS

Con la aparición de las clases, que marca el comienzo de la explotación, se inició también el peso opresor sobre la mujer; de esclava a sierva, de sierva a obrera. Hasta hoy, donde hay explotadores la mujer está sojuzgada y esta situación solo puede acabar cuando caigan de raíz las bases clasistas de opresión.

De la esclavitud femenina de ayer a la igualdad formal de hoy median siglos de lucha callada y tenaz o de violencia de masas que arrancaron conquistas en batallas sin cuartel. La sociedad se desarrolla en medio de la lucha de clases y las masas en combate la hacen progresar.

El avance de las mujeres ha sido y es el avance del pueblo. Pero no han sido pasivas beneficiarias, sino hermanas combatientes y luchadoras decididas de la causa de los oprimidos y militantes de primera fila; las trincheras del pueblo en todas partes llevan también las huellas imborrables de su sangre. La mujer no es, como se dice, apolítica e indiferente; la mujer es, en especial la del pueblo, combatiente revolucionaria.

Las hijas de las clases oprimidas, obreras, campesinas y trabajadoras han dado gloriosos nombres que engalanan las gestas emancipadoras de las masas: Rosa Luxemburgo y Liu Julan, son ejemplos de la lucha revolucionaria internacional, y en nuestro pueblo, Micaela Bastidas.

Es que la mujer no es un simple ser pasivo ni banal adorno doméstico ni apolítico instrumento; la mujer con conciencia de clase es luchadora infatigable y militante decidida.

La mujer peruana también ha sido y es combatiente popular y, como parte de nuestro pueblo, ha combatido junto a él a lo largo de nuestra historia; la lucha de la mujer de nuestra patria tiene su síntesis: Micaela Bastidas.

Las mujeres de hoy sufren opresión y explotación y estas tienen una causa: la situación semicolonial y semifeudal de nuestro país; situación que al pesar como montañas sobre nuestro pueblo redoblan su peso sobre las masas femeninas del Perú.

En esta sociedad cuyas masas se alzan contra el imperialismo y el feudalismo, las mujeres están tomando emplazamiento de combate y lanzan su claro grito de guerra para unirse al rugiente grito de nuestro pueblo. La lucha de la mujer peruana es parte de la lucha del pueblo

oprimido y explotado y sus enemigos son los mismos. Sus luchas comunes y su éxito final incontenible y necesario será también el mismo éxito triunfal y liberador.

Si bien la mujer peruana nunca ha dejado de combatir, los tiempos que corren exigen su participación más amplia y profunda.

Hoy cuando las clases dominantes profundizan el capitalismo dependiente del imperialismo en el país; cuando aplicando concepciones antidemocráticas y verticalistas se apunta a organizar a las masas con moldes corporativistas negadores del principio de la lucha de clases; cuando se propicia la movilización y la organización femenina al margen de la lucha popular y en pro de los dominantes; el Movimiento Femenino Popular de Ayacucho reinicia su marcha combatiente y, con clara conciencia de la situación de nuestra patria, se lanza a la lucha por la movilización clasista de la mujer peruana, al servicio de la revolución democrático-nacional.

Esta tarea se cumplirá ciñéndose a principios sustanciales:

- Solo es posible cumplir un papel revolucionario consecuente y firme siguiendo la invencible luz del pensamiento de Mariátegui.
- Las masas se liberan a sí mismas y a ellas hay que servir haciéndoles tomar conciencia de su papel creador en la historia.
- En nuestro país las masas a las cuales debemos ir son las obreras y campesinas principalmente, y siempre orientándonos a las más pobres y explotadas.
- Para movilizar y organizar es necesario investigar y propagandizar; esto es conocer los problemas concretos de las masas y desarrollar en medio de ellas agitación y propaganda revolucionarias.
- Hay que organizarse en todas las formas que el proletariado ha creado y desarrollado. La mujer debe participar en todas ellas.
- Las mujeres solo pueden organizarse correctamente si es que lo hacen siguiendo un principio clasista de agrupar a las mujeres partiendo de su posición de clase.
- Sin conciencia política clara y justa no hay alma, esto es seguir consciente y firmemente las leyes de la lucha popular en nuestra patria.

– Partir de las necesidades fundamentales y primarias de las masas para elevar paso a paso, mediante la lucha, la conciencia política,

partir de las necesidades y problemas más concretos de las mayorías y elevarlas políticamente

– La lucha revolucionaria solo puede triunfar uniéndose todos los pueblos y clases oprimidos, pero lo principal es apoyarse en los propios esfuerzos.

Bajo estos principios, para cumplir el objetivo de movilización clasista de la mujer peruana, el Movimiento Femenino Popular de Ayacucho empeña su esfuerzo, tenacidad y lucha para, uniéndose a otros similares, crear y desarrollar el Movimiento Femenino Popular de nuestra patria como movimiento generado por el proletariado en las masas femeninas, con tres características: 1) adherido al pensamiento de Mariátegui, 2) como organización clasista de masas y 3) sujeto al centralismo democrático.

PROGRAMA

1. Movilización clasista de las mujeres en torno a los objetivos de la revolución peruana, antimperialista y antifeudal.
2. Luchar contra la opresión que pesa sobre la mujer en lo económico, político e ideológico. Salario igual para trabajo igual, igualdad efectiva ante la ley, posibilidades iguales de educación; dignificación de la mujer; contra prejuicios, supersticiones y apoliticismo; contra la deformación ideológica.
3. Por el cumplimiento de los derechos y beneficios de la mujer; defender las conquistas logradas y ampliar los derechos a través de la lucha.
4. Movilizar ideológico-políticamente a la mujer desarrollando propaganda y agitación basadas en el pensamiento de Mariátegui y combatiendo al imperialismo y a la feudalidad y todas las posiciones oportunistas de derecha e izquierda.
5. Formación de conciencia clasista y espíritu de servir al pueblo, ligarse a las masas, principalmente obreras y campesinas y combatir junto a ellas por sus derechos y conquistas y las libertades democráticas.

6. Organización de las mujeres en todos los planos. Combatir por la formación de la Federación Nacional de Mujeres del Perú, como parte del frente único del pueblo.
7. Propiciar eventos y reuniones femeninas para lograr la organización revolucionaria de la mujer peruana, y participar en los eventos populares llevando su voz.
8. Movilizar a las mujeres para unirlas a las masas populares y ligarlas a las luchas del pueblo.
9. Crear un órgano de prensa que sea expresión clasista de la mujer peruana. *Rimariyña Warmi* sirve a este fin.
10. Concurrir a forjar el Socorro Rojo de nuestro pueblo. Y fomentar campañas económicas para que el pueblo cuente con sus propios medios.
11. Difundir y desarrollar la cultura popular.
12. Cultivar la solidaridad con la lucha de los pueblos oprimidos y clases explotadas uniéndonos a su lucha contra el frente reaccionario del imperialismo norteamericano y el revisionismo soviético. Ligarse a las organizaciones consecuentes, especialmente a las mujeres que luchan en el frente revolucionario mundial.

EL LIQUIDACIONISMO DE «IZQUIERDA»[1]

El Comité Regional de Lima (denominado «14 de junio», como «José Carlos Mariátegui» el de Ayacucho o «Túpac Amaru» el de Cuzco, de manera no sujeta a las normas comunistas), en la década del sesenta, sirvió de base a Sotomayor, primero; posteriormente, copada su dirección por paredistas, fue utilizado contra la Juventud Comunista y, finalizando el decenio, en 1969, en plena lucha del Partido y la fracción roja contra el liquidacionismo de derecha, apoyaba a Paredes. Sin embargo, una parte del mismo apoyó la defensa del Partido asumida en el II Pleno; pero el Comité quedó muy debilitado y desarticulado, correspondiendo a los camaradas de Lima la tarea de reagrupar la militancia y organizarla. En ese caldo de cultivo y circunstancias surgió el liquidacionismo de «izquierda» encabezado por Sergio y Manuel; liquidacionismo cuya esencia y parte de sus posiciones ideológicas y políticas era aniquilar el Partido aislándolo de las masas y la lucha de clases, así como el liquidacionismo de derecha aniquilaba el Partido disolviéndolo en las masas.

La fracción roja y el «grupo bolchevique» convergieron en la defensa del Partido en la VI Conferencia, en la lucha contra la destrucción de la organización partidaria clandestina perpetrada por el liquidacionismo de derecha y, principalmente, en la defensa de la vida, de la existencia del Partido en el II Pleno (1970). No obstante, en este evento ya surgieron las contradicciones entre ambos en relación con el fascismo; para los autodenominados «bolcheviques» el fascismo, en esencia, era represión; las contradicciones se irían desarrollando hasta su solución el año 1975, tras antagonizarse.

En 1970 Sergio escribió «Fortalecer nuestras filas», documento en el que plantea la «estabilidad del capitalismo» y reduce la base de uni-

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

dad a legado de Mariátegui; así como soslaya el trabajo campesino, el poner el peso del Partido en el campo para sustentar el trabajo militar y —aprovechando los cambios y problemas surgidos el 69 y 70, incluso sin considerarlos— cuestiona el traslado de la dirección planteado el 67 como parte de poner el centro en el campo (cuestionando, pues, el correcto planteamiento de 1967 sin proponer cómo resolver el problema en las nuevas condiciones, ya que, evidentemente, no se podía el 70, tras la división del Partido, hacer el traslado en las mismas condiciones que el 67). Todo esto, sin más fundamento que generalidades, sin ver las condiciones específicas de nuestra revolución —invocando solo abstractamente la experiencia internacional— y, menos aún, ver la larga perspectiva, como el Presidente Mao enseña.

Igualmente, en editorial de *Bandera Roja* Nº 44, sacada bajo su responsabilidad en Lima, con el título «Contra el fascismo, contra el liquidacionismo, llevar la lucha hasta el fin», Sergio desenvuelve un plan programático-político diferente al del II Pleno. En él, a la vez que soslaya la Gran Revolución Cultural Proletaria, plantea que los ejércitos ya no le sirven al imperialismo y que el fascismo es la «contrarrevolución más feroz» que destruye todo tipo de organización, mientras el capitalismo burocrático lo entiende solo como capitalismo de Estado; calla que la ley agraria 17716 sienta bases para la corporativización y reduce el II Pleno a la gran polémica.

En el mismo número de *Bandera Roja*, en artículo «Reconstituir las organizaciones populares», redactado por Manuel, se soslaya el pensamiento maotsetung, la línea política, el campesinado y se centra en llamar a «prepararse para soportar la represión política». Así, se mostraba terror ante el fascismo y pérdida de perspectiva, fondo común de los liquidadores de «izquierda» basado en su «fascismo es violencia» que «barre todas las organizaciones», vieja posición revisionista.

En el «Balance de la reconstitución del Regional '14 de junio' del Partido Comunista del Perú» (1972) se sistematiza el liquidacionismo de «izquierda»: apartándose más del II Pleno, se reduce toda la actividad partidaria a «crítica y preparación». En estas, aparte de sustentarse en la supuesta existencia de «estabilidad del capitalismo», aunque no lo diga expresamente, constriñe la «crítica» al estudio del desarrollo de las ideas marxistas en el Perú (sobre este punto elaboraron un esquema), olvidando aplicar el pensamiento de Mariátegui a la situación concreta y desarrollar su línea política; mientras que la «preparación» la entiende y practica

como separación, más acentuada aún, de las masas y la lucha de clases, reduciendo la actividad «orgánica» a pequeños grupos de intelectuales en cenáculo al margen de la tempestad y la contienda para que el fascismo, que «todo lo barre» según ellos, no los tocara; a la vez que su preocupación fundamental, el «papel del individuo en la historia» y la «militancia como forma de vida», devenía en «anarquismo señorial». Así, el liquidacionismo de «izquierda» se enrumbaría más hacia la derecha hasta la deserción de sus dos cabezas en 1975, después de derrotada su oposición al desarrollo de los organismos generados (concebidos, por la fracción roja, como los puntos de apoyo construidos por las células clandestinas del Partido para desarrollar su trabajo de masas, según la tesis de Lenin); organismos generados que sirvieron para ligar el Partido a las masas y darle contingente a fin de formar base organizada en células para el Comité Regional de Lima y, principalmente, para impulsar la reconstitución del Partido en todo el país.

RETOMEMOS A MARIÁTEGUI Y RECONSTITUYAMOS SU PARTIDO[1]

Octubre de 1975

En el 80 aniversario del nacimiento de José Carlos Mariátegui y a los 47 años de su fundación, el Partido Comunista rinde homenaje a su gran fundador y guía llamando a su militancia, a la clase obrera y al pueblo de nuestra patria a que, obedeciendo la voz de nuestro tiempo y preparándonos para ocupar nuestro puesto en la historia, ¡RETOMEMOS A MARIÁTEGUI Y RECONSTITUYAMOS SU PARTIDO!

I. LA LUCHA DE CLASES GENERÓ EL PENSAMIENTO DE MARIÁTEGUI

El pensamiento de Mariátegui, expresión política de la clase obrera peruana, se forjó y desarrolló en la lucha de clases y no al margen de ella; así, para comprenderlo debe ligársele necesariamente a las luchas internacionales y de nuestro país.

La lucha de clases en el mundo

Mariátegui vivió en la época del imperialismo, según sus palabras, en el período del «capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias primas». Vivió, pues, y combatió cuando el capitalismo agoniza y la lucha de clases capacita al proletariado para el asalto del poder a través de la violencia revolucionaria.

---

[1] Documento publicado como parte de| la celebración del 80 aniversario de Mariátegui en 1975; parte de tal celebración fue la gran campaña de propaganda de 100 000 afiches con la efigie del fundador y de 30 000 ejemplares del folleto *¡Retomemos a Mariátegui y reconstituyamos su Partido!* Documento sumamente importante sobre el pensamiento de Mariátegui cuya lectura y estudio es fundamental para comprender el Partido a mediados de los setenta. (Nota tomada de *Memorias desde Némesis*).

De 1914 a 1918 el mundo fue estremecido por la Primera Guerra Mundial, la «guerra de rapiña imperialista» que, con el apoyo traidor del viejo revisionismo, lanzó a la clase obrera y al pueblo de unas potencias contra otras en beneficio de un reparto del mundo por las potencias imperialistas y sus burguesías monopolistas.

Pero, como lo previera Lenin, la guerra incubó la revolución y en 1917 el Partido bolchevique, mediante la insurrección armada, derrocó el poder de los zaristas de la vieja Rusia; así, con la Revolución de Octubre se abrió una nueva etapa para la humanidad, la de la construcción del socialismo bajo la dictadura del proletariado dirigida por el Partido Comunista. Cumpliéndose las previsiones científicas de Marx y Engels, el camino de Octubre sentó normas generales para la emancipación de la clase obrera: la necesidad de un Partido Comunista que dirija la revolución, la necesidad de la violencia revolucionaria para derrumbar el viejo orden establecido y la necesidad de instaurar la dictadura del proletariado para construir el socialismo y marchar a la futura sociedad sin clases. Lo que Marx y Engels enseñaran, el marxismo, en una palabra, quedó refrendado como realidad incontrovertible.

La Revolución de Octubre repercutió en todo el mundo. Europa se remeció hasta sus cimientos y el proletariado se lanzó a conquistar el poder —las luchas de Alemania, Italia y Hungría son ejemplos que el mismo Mariátegui divulgó en *Historia de la Crisis Mundial*—; pero si bien las masas estaban maduras para la revolución, faltaron los partidos comunistas indispensables para su conducción y se generó el fascismo. La repercusión no fue solamente europea, la Revolución de Octubre impulsó el movimiento colonial antiimperialista; Oriente entró en convulsión constituyendo la revolución china «el signo más extenso y profundo del despertar de Asia». Nuestra propia América desarrolló lucha antiimperialista y la clase obrera, alcanzando madurez, generó sus propios partidos comunistas y adquirió peso político.

En lo ideológico, se acentuó la crisis del pensamiento burgués mientras, dentro del movimiento obrero mundial, el oportunismo revisionista fue barrido, el sindicalismo revolucionario superado y el marxismo ingresaba a una nueva etapa, la del marxismo-leninismo.

Este proceso lo vivió Mariátegui directamente como combatiente de la clase obrera, y siguió y analizó la lucha de clases mundial como contexto indispensable para comprender la revolución en nuestra patria;

su certera visión está en las siguientes palabras: «La lucha de clases llena el primer plano de la crisis mundial»; «los acontecimientos dominantes del último cuarto de siglo han rebasado todos los límites. Su escenario ha estado en los cinco continentes»; «La dictadura del proletariado, por ende, no es una dictadura de partido sino una dictadura de clase, una dictadura de la clase trabajadora»; «el marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo».

Desarrollo y lucha de clases en la sociedad peruana

Desde 1895 se desarrolló la industria moderna en el Perú rematando en la década del 20, década que marca el impulso del capitalismo burocrático bajo dominio yanqui. Esta industrialización se produce en una sociedad semifeudal cuya economía se desenvuelve cada vez más sometida al imperialismo norteamericano que desplaza el dominio inglés. Así, el capitalismo burocrático implica el desarrollo de nuestra condición semicolonial y signa todo el desenvolvimiento de la sociedad peruana, y su comprensión es indispensable para interpretar la lucha de clases en el Perú del siglo XX.

En el marco anterior, el proletariado peruano creció, pero no solo numéricamente; el desarrollo de la minería, textilería y otras ramas de producción fabril le dieron una definida y cada vez más importante ubicación; en síntesis, implicó la aparición de una nueva clase y una meta precisa. Nuestro proletariado —combatiendo desde sus albores por aumento salarial, reducción de la jornada de trabajo y demás reivindicaciones— generó un movimiento obrero que, bajo la línea sindical de clase, creó sindicatos en lucha contra el anarco-sindicalismo hasta culminar en la construcción de la Confederación General de Trabajadores del Perú, tarea precisamente rematada bajo la conducción de Mariátegui. Más aún, la lucha de la clase obrera determinó la fundación de su Partido, también por obra y acción de Mariátegui; así, el proletariado peruano devino clase mayor de edad conformándose como partido político independiente y, teniendo como meta la «emancipación económica de la clase obrera», inicia una nueva etapa en el país, la de la revolución democrático-nacional dirigida por el proletariado a través de su Partido.

El campesinado, prosiguiendo sus viejas luchas, combatió también denodadamente por «la tierra para quien la trabaja»; defendió sus tierras contra la usurpación de los terratenientes feudales y las empresas monopolistas, y su lucha, reiterada y tenaz, se enfrentó a la «respuesta

marcial» del Estado peruano y sus instrumentos represivos; testigos de su combatividad son las grandes acciones de las dos primeras décadas de este siglo, las de Puno en particular. La pequeña burguesía, los empleados y estudiantes, por ejemplo, también combatieron contra sus enemigos; la lucha reivindicativa y la organización de los empleados, como la reforma universitaria, son muestras palpables de la amplia lucha popular.

En el campo político de los explotadores, el civilismo leguiísta, expresión de la «burguesía mercantil» al servicio del imperialismo yanqui, asumió el poder y convirtiéndose en eje del proceso económico desplazó a la «aristocracia terrateniente» más estrechamente ligada a Inglaterra. El leguiísmo implicó la remodelación de la sociedad y la política peruanas según moldes demoliberales, como puede verse en el ordenamiento constitucional y en la legislación, por ejemplo, en la ley educacional de 1920 y demás medidas. Así, la burguesía peruana, cuyo impulso se registró a mediados del XIX, devino burguesía compradora y eje del proceso social peruano y cabeza directriz de las clases explotadoras del país.

Lo anterior se reflejó en el campo ideológico. Por un lado, la burguesía civilista golpeó el sistema de ideas de los civilistas terratenientes, una de cuyas expresiones es la disputa Villarán-Deustua en el terreno educacional a comienzos de siglo; crítica que fue siempre moderada y tibia, así como propagandizadora de las excelencias del modelo norteamericano. Pero mientras esto se daba en el campo de los explotadores, en el seno del pueblo, y por acción de la clase obrera principalmente, fue madurando un sistema de ideas democrático que poco a poco cuajó como comprensión de nuestra sociedad desde la posición del proletariado, precisamente a través de la teoría y la práctica de José Carlos Mariátegui, quien reflejó y sistematizó todos estos treinta y tantos años de la vida peruana y pudo hacerlo por su directa y ardorosa participación en la lucha de clases.

El pensamiento de Mariátegui: expresión política de la clase obrera peruana

La vida de Mariátegui tiene un claro y preciso derrotero de hombre de nuevo tipo, de «pensante y operante», de una vida que maduró más que cambió —como él mismo decía, con «una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano»— en sus 35 años de existencia. En 1918 dijo: «nauseado de política criolla me orienté resueltamente hacia el socialismo», combatiendo por la clase obrera; y,

vuelto de Europa —donde, al contrario de muchos, se sintió e hizo más peruano—, trabajó denodadamente propagandizando el marxismo-leninismo, organizando a las masas obreras y campesinas especialmente y remató su obra fundando el Partido Comunista.

José Carlos Mariátegui fue combatiente de la clase obrera, gran protagonista del proletariado peruano que, en la teoría y en la práctica, con la palabra y la acción, creció y se desarrolló en el fragor de la lucha de clases, principalmente de nuestra patria; un militante del proletariado que, adherido firmemente al marxismo y fundiéndolo con las condiciones concretas de nuestro proceso revolucionario, devino en remate y síntesis de la lucha de la clase obrera peruana, en expresión política del proletariado en nuestra patria, en sistematizador de más de treinta años de la lucha de clases de nuestra clase obrera y de nuestro pueblo.

En pocas palabras, Mariátegui es producto de la lucha de clases, principalmente de la librada por el proletariado del cual es su más alta expresión política.

II. MARIÁTEGUI MARXISTA-LENINISTA «CONVICTO Y CONFESO»

Hace más de treinta años los enemigos apuntaron a negar la posición marxista-leninista de Mariátegui, y esta campaña ha arreciado en la parte final de los años 60 y hoy se la sigue impulsando abierta o solapadamente. Negarle su condición de marxista es quitarle todo fundamento a su obra y acción y busca socavar la lucha del proletariado, destruir su Partido y frenar la revolución. De ahí que es importante problema político reafirmar y dejar en claro, nuevamente, la posición marxista-leninista de Mariátegui, quien, recordemos, se declaró tal, «convicto y confeso».

¿Cómo dar respuesta a sus impugnadores? El camino es uno y conocido: ver la posición de Mariátegui en filosofía marxista, economía política y socialismo científico; es decir, recordar sus tesis sobre las tres partes del marxismo, pues viendo claramente su posición en estas cuestiones básicas se comprenderá el basamento marxista del fundador del Partido Comunista.

Mariátegui y la filosofía marxista

Parte de que toda sociedad genera su filosofía; en sus palabras: «cada civilización tiene su propia intuición del mundo, una propia filosofía,

una propia actitud mental que constituye su esencia, su ánima [...] las ideas brotan de la realidad e influyen luego sobre esta, modificándola». Así, la filosofía es producto social, no puede entenderse al margen de una base material que la genera, pero, también, reactúa sobre aquella. Concibe que el proceso filosófico enfrenta materialismo e idealismo y resalta el fundamento materialista de Marx y, por ende, la base materialista que sustenta al marxismo. Pero esto no es todo, para Mariátegui, como para los clásicos, la filosofía tiene un carácter de clase, es un instrumento de la lucha de clases para la conquista del poder o la defensa del conquistado. Más aún, concibe que la filosofía sigue el derrotero de la clase que la genera; así, la filosofía burguesa sigue necesariamente el camino y desarrollo de la burguesía. Y, en concreto, para él la filosofía es producto de la práctica social.

Considera la filosofía marxista como producto de un largo desarrollo, como remate ligado a la filosofía clásica alemana, particularmente a Hegel, señalando precisamente: «pero esta filiación no importa ninguna servidumbre del marxismo a Hegel ni a su filosofía que, según la célebre frase, Marx puso de pie [...] La concepción materialista de Marx nace, dialécticamente, como antítesis de la concepción idealista de Hegel». Más aún, reiterando muchas veces el carácter dialéctico de la filosofía marxista, incide en lo medular de la dialéctica como unidad y lucha de contrarios sin caer en deslices mecanicistas estableciendo nítidamente, por ejemplo, al tratar la relación entre base y superestructura, que el que una u otra sea el aspecto principal depende de las condiciones concretas. El uso sagaz de la dialéctica es, precisamente, una de las notas de la teoría y la práctica de Mariátegui.

Particularmente importante es su posición frente al materialismo histórico al que, por el desarrollo científico que implica, considera como «un método de interpretación histórica de la sociedad actual»; y clave es su planteamiento que concibe a la base —al sustento de toda sociedad— como un conjunto de relaciones sociales de producción, y a la superestructura, como integrada por instituciones y organizaciones —esto es por un ordenamiento jurídico y estatal—, superestructura cuyo remate se da en un sistema de ideas. He aquí la certera descripción de base y superestructura que es la del mismo Engels. Al hombre lo considera no como una naturaleza invariable, sino como producto de las relaciones sociales y, por tanto, históricamente generándose en la práctica social, especialmente modelado por la lucha de clases, como lo establece al referirse a la clase obrera. Asimismo, establece una unidad indivisible entre determinismo

y voluntariedad; y que el hombre, estando determinado por las leyes del mundo social en que se desenvuelve, a la vez tiene voluntariedad, una capacidad para actuar como desbrozador de camino en cumplimiento de las leyes necesarias de la historia; de ahí sus expresivas palabras: «la historia quiere que cada cual cumpla, con máxima acción, su propio rol. Y que no haya triunfo sino para los que son capaces de ganarlo con sus propias fuerzas, en inexorable combate».

Finalmente, hablando de los hombres considera que son lo más preciado que hay sobre la tierra y lo principal en todo proceso económico; que, agrupados en multitudes, en masas, son la gran fuerza de la historia; y que las masas concretadas en clase obrera se movilizan hacia una meta, hacia un mito moderno, en sus propias palabras: «el proletariado tiene un mito: la revolución social. Hacia ese mito se mueve con una fe vehemente y activa».

¿Estos planteamientos básicos no son, acaso, tesis suscritas por los clásicos del marxismo? ¿Y no son estos los fundamentos de la posición filosófica de Mariátegui? ¿Y no es esto materialismo dialéctico, no es esto filosofía marxista? En conclusión, Mariátegui se sustentó en la filosofía marxista, a ella llegó por su participación directa en la lucha de clases, y sus tesis filosóficas las encontramos, como en todos los grandes marxistas, al enjuiciar y resolver los complejos problemas de la lucha de clases. No encontrará filosofía en Mariátegui quien pretenda hallarla como meditación abstracta o labor academicista, pero sí quien la busque como arma de la lucha de clases utilizada para desentrañar las leyes de nuestra revolución y las políticas que guían a nuestro pueblo.

Mariátegui y la economía política

Parte de relacionar economía y política. Apunta a establecer las bases económicas, así enseña: «no es posible comprender la realidad peruana sin buscar y mirar el hecho económico», «el hecho económico encierra, igualmente, la clave de todas las otras fases de la historia de la República», «la economía no explica, probablemente, la totalidad de un fenómeno y de sus consecuencias. Pero explica sus raíces». Concibe la economía, las relaciones sociales de explotación, como raíz de los procesos políticos; pero ve la economía de un país dentro del sistema económico internacional, no aisladamente. Desde este punto de vista, analiza la economía en función política para encontrar las leyes que sigue la lucha de clases de un país; labor cumplida, especialmente en nuestra patria, analizando el derrotero seguido por nuestra economía en la historia, las

relaciones de producción agraria, la industrialización y demás términos económicos, todo con un solo fin: establecer las leyes generales de la revolución peruana.

Particular atención mereció a Mariátegui el imperialismo; pero, a más de ver su carácter económico, resaltó su carácter político reaccionario señalando que llegada «la etapa de los monopolios y del imperialismo, toda la ideología liberal correspondiente a la etapa de la libre concurrencia ha cesado de ser válida». Esta gran tesis es idéntica a la planteada por Lenin. Sobre el imperialismo, además, destacó la agudización de las crisis económicas: «Todo induce a creer que en esta época de monopolio, trustificación y capital financiero, las crisis se manifestarán con mayor violencia»; crisis que consideraba inherentes al sistema y no achacables a problemas transitorios, como hoy sería la elevación del precio del petróleo que, a lo mucho, pueden actuar como detonante. Asimismo, con precisión concibió la pugna interimperialista por la expansión de mercados; decía: «Los grandes Estados capitalistas han entrado, fatal e inevitablemente, en la fase del imperialismo. La lucha por los mercados y las materias primas no les permite fraternizar cristianamente. De modo inexorable, los empuja a la expansión»; y más aún, subrayando la pugna entre potencias: «además de los imperios en acción, existen, pues, los imperios en potencia. Al lado de los imperios viejos, se oponen a la paz del mundo los imperialismos jóvenes. Estos tienen un lenguaje más agresivo y ardoroso que los primeros». Extraordinarias palabras cuya importancia es mayor si consideramos la actual pugna entre las superpotencias, la imperialista y la socialimperialista, y su cacareada política de desarme y distensión, a la luz de estas otras:

> La limitación de armamentos navales discutida en Ginebra puede parecerle a más de un pacifista de viejo tipo un paso hacia el desarme. Pero la experiencia histórica nos prueba en una forma demasiado inolvidable que después de varios pasos como este, el mundo estará más cerca que nunca de la guerra.

Estas tesis sobre el imperialismo son evidentemente, a más de lúcidas, vigentes.

Mas aquí no acaban las cuestiones sobre economía. También se ocupó de la economía en los países atrasados; analizó sagazmente la condición semifeudal y semicolonial de los países de América Latina, principalmente del nuestro. Mostró que la industrialización en los países atrasados está atada y es desarrollada en función de las potencias impe-

rialistas, en el caso peruano del imperialismo yanqui. Vio con claridad que, a los países atrasados, el imperialismo no les consiente desarrollar una economía nacional ni una industrialización independientes; que sobre su base semifeudal se instaura un capitalismo de monopolios ligado a los terratenientes feudales y que genera una «burguesía mercantil», una burguesía controlada por el imperialismo del cual es intermediaria succionadora de las riquezas nacionales y de la explotación del pueblo. Y sentó la siguiente tesis, que no debemos olvidar, referida a las repúblicas latinoamericanas: «La condición económica de estas Repúblicas es, sin duda, semicolonial; y a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acentuarse este carácter de su economía». ¿Se han cumplido estas tesis? El más superficial vistazo sobre América comprueba fehacientemente el dominio semicolonial que ejerce el imperialismo yanqui. Por lo demás, las tesis de Mariátegui sobre el capitalismo en los países atrasados deben entenderse en relación con las de Mao Tsetung sobre el capitalismo burocrático y apreciarlas teniendo en cuenta las condiciones específicas de América Latina.

Al tratar la economía en los países atrasados, asimismo subrayó los planes imperialistas posteriores a la Primera Guerra Mundial para descargar sobre ellos sus problemas, impulsando el desarrollo de sus economías atrasadas en función de las necesidades económicas y políticas de las potencias imperialistas. Cabe preguntarse, ¿después de la Segunda Guerra Mundial y hoy no estaremos viviendo algo similar? Sin embargo, tengamos presente que tales planes se estrellaron y se estrellarán contra el movimiento nacional, pues, como dijera Mariátegui, con ellos:

> Se trata de reorganizar y ensanchar la explotación económica de los países coloniales, de los países incompletamente evolucionados, de los países primitivos de África, Asia, América, Oceanía y de la misma Europa [...] Se trata de que aquella parte menos civilizada de la humanidad trabaje para la parte más civilizada [...] Pero su plan de reorganizar científicamente la explotación de los países coloniales, de transformarlos en sus solícitos proveedores de materias primas y en sus solícitos consumidores de artículos manufacturados, tropieza con una dificultad histórica. Esos países coloniales se agitan por conquistar su independencia nacional.

Palabras que los años y la actualidad confirman, hoy más que nunca.

Finalmente, en economía política, recordemos sus tesis sobre cooperativismo: «En la medida en que en un país se entraba el avance del sindicalismo, se entraba también el progreso de la cooperación», «la cooperativa, dentro de un régimen de libre concurrencia, y aún con cierto favor del Estado, no es contraria sino, por el contrario, útil a las empresas capitalistas». Preguntémonos ¿puede desarrollarse, como se pretende, un cooperativismo simultáneo con una ofensiva antisindical y, más aún, cuando se impulsa un sindicalismo corporativista?, ¿puede en la época del imperialismo servir el cooperativismo, dentro de un régimen como el nuestro, de otra cosa que no sea complemento del capitalismo burocrático? A la luz de las ideas transcritas la respuesta es obvia: ¡no!, y tengamos presente que el cooperativismo puede servir a la clase obrera y al pueblo solo cuando el proletariado tiene el poder en sus manos. Y para concluir este punto, recordemos su enseñanza de que el imperialismo desarrolla crecientemente la intervención del Estado en el proceso económico y que, en representación y defensa de la burguesía, se ve urgido incluso a llevar adelante «nacionalizaciones»; así, la cuestión es ver a quién sirve las nacionalizaciones y esto lo decide qué clase detenta el poder. A la luz de lo dicho, ¿a quién sirve las nacionalizaciones del actual Gobierno?

Mariátegui y el socialismo científico

Comienza por deslindar campos entre el viejo reformismo socialdemócrata y el socialismo combatiente o comunismo, apuntando su diferencia en que los del primero «quieren realizar el socialismo colaborando políticamente con la burguesía» mientras los del segundo, los marxistas, «quieren realizar el socialismo confiscando íntegramente para el proletariado el poder político». Deslindada la cuestión, toma firmemente la posición de la Internacional Comunista, la de los seguidores de Lenin en quien reconoce a un gran conductor del movimiento comunista internacional, declarándose marxista-leninista.

Otro punto del socialismo científico de importancia para Mariátegui es la crisis de la democracia burguesa cuyos síntomas se percibían desde antes de la Primera Guerra y cuyas causas ve en «el acrecentamiento y la concentración paralelos del capitalismo y del proletariado»; así el desarrollo del monopolio, característica del imperialismo, y el cuestionamiento del orden burgués por el proletariado son las causas de la crisis de la democracia burguesa. Profundizando el problema destaca que, bajo el régimen burgués, la industria se desarrolló extraordinariamente al impulso de la máquina habiendo «surgido enormes empresas industriales»

y como las formas políticas y sociales son determinadas por la base que las sustenta concluye:

> La expansión de estas nuevas fuerzas productivas no permite la subsistencia de los antiguos moldes políticos. Ha transformado la estructura de las naciones y exige la transformación de la estructura del régimen. La democracia burguesa ha cesado de corresponder a la organización de las fuerzas económicas formidablemente transformadas y acrecentadas. Por esto la democracia está en crisis. La institución típica de la democracia es el parlamento. La crisis de la democracia es una crisis del parlamento.

He aquí una tesis íntimamente ligada a la de Lenin sobre el carácter reaccionario del imperialismo. Sobre ella sustenta Mariátegui su comprensión del fascismo como la reacción política, como fenómeno internacional no solamente italiano ni exclusivo de un país imperialista, sino también factible en países atrasados como España, fascismo el cual es típico que inculpe «todas las desgracias de la patria a la política y al parlamentarismo»; fascismo como expresión de que «la clase dominante no se siente ya suficientemente defendida por sus instituciones. El parlamento y el sufragio universal le estorban»; como «la reacción que, en todos los pueblos, se organiza al son de una música demagógica y subversiva. (Los fascistas bávaros se titulan 'socialistas nacionales'. El fascismo usó abundantemente, durante el training tumultuario, una prosa anticapitalista [...])»; como «un misticismo reaccionario y nacionalista» que «ha enseñado el camino de la dictadura y de la violencia» con su toma del poder y la represión, uso de la cachiporra y el aceite de ricino, pero que, malgrado su duración, «aparece inevitablemente destinado a exasperar la crisis contemporánea, a minar las bases de la sociedad burguesa».

El fascismo, para Mariátegui, conforme lo enseña en «Biología del Fascismo» de su obra *La Escena Contemporánea*, es un proceso político que «durante mucho tiempo no quiso calificarse ni funcionar como un partido», cuya composición social es heterogénea y en el cual «la bandera de la patria cubría todos los contrabandos y todos los equívocos doctrinarios y programáticos [...] Ambicionaban el monopolio del patriotismo». Pero en cuyo seno, siempre, se desarrollaban «las contradicciones que minaban la unidad fascista», contradicciones que enfrentaron, primeramente:

> En el fascismo dos ánimas y dos mentalidades antitéticas. Una fracción extremista o ultraísta propugnaba la inserción integral de la revolución fascista en el Estatuto del Reino de Italia. El Estado demoliberal debía, a su juicio, ser reemplazado por el Estado fascista. Una fracción revisionista reclamaba en tanto, una rectificación más o menos extensa de la política.

Contradicción que, al resolverse favorablemente a la primera tendencia, no por ello dejó de existir, sino que siguió desarrollándose bajo nuevas formas: una tendencia que propugnaba barrer «a todos los adversarios del régimen fascista en una noche de San Bartolomé», mientras otros «más intelectuales, pero no menos apocalípticos [...] invitaban al fascismo a liquidar definitivamente al régimen parlamentario», en tanto que «los teóricos del fascismo integral bosquejan la técnica del Estado fascista que concibe casi como un trust vertical de sindicatos o corporaciones». Así, el fascismo se nos presenta magistralmente analizado, esencialmente, hasta en sus contradicciones.

Más aún, en el análisis del fascismo Mariátegui avanza hasta tipificar la «actitud característica de un reformista, de un demócrata, aunque atormentado por una serie de 'dudas sobre la democracia' y de inquietudes respecto a la reforma» que tenía el escritor inglés H. G. Wells sobre el régimen de Mussolini:

> El fascismo le parece algo así como un cataclismo, más bien que como la consecuencia y el resultado en Italia de la quiebra de la democracia burguesa y de la derrota de la revolución proletaria. Evolucionista convencido, Wells no puede concebir el fascismo, como un fenómeno posible dentro de la lógica de la historia. Tiene que entenderlo como un fenómeno de excepción.

Para el reformismo, como vemos, el fascismo no es la consecuencia de la crisis de la democracia burguesa sino «una excepción», «un cataclismo»; es, como sostienen hoy algunos en nuestra patria, única y exclusivamente el terror en marcha sin ver que es «un fenómeno posible dentro de la lógica de la historia» que tiene sus causas: el desarrollo de los monopolios en el imperialismo y el cuestionamiento de la burguesía por el proletariado. Que nos sirva esta tesis para desechar las concepciones reformistas que sobre el fascismo se difunden y tener una justa y necesaria comprensión de la historia y de la situación actual de nuestro propio país.

Otros problemas del socialismo científico planteados por Mariátegui son el de la revolución violenta, el del papel del proletariado y el del Partido. Sobre ellos sostuvo: «La revolución es la gestación dolorosa, el parto sangriento del presente», «que el poder se conquista a través de la violencia» y «que se conserva el poder solo a través de la dictadura», resaltando así el papel de la violencia revolucionaria; que «el proletariado no ingresa en la historia políticamente sino como clase social; en el instante en que descubre su misión de edificar, con los elementos allegados por el esfuerzo humano, moral o amoral, justo o injusto, un orden social superior», señalando el papel de la clase obrera; y, enjuiciando la debilidad política de España, señaló que:

> En Rusia existía, además de una profunda agitación del pueblo, un partido revolucionario, conducido por un genial hombre de acción, de miras claras y netas.
>
> Esto es lo que falta presentemente en España [...] El Partido Comunista, demasiado joven, no constituye aún sino una fuerza de agitación y propaganda.

Destacando así la necesidad del partido del proletariado.

Las tesis que sobre filosofía marxista, economía política y socialismo científico se reseñan ¿son posiciones del marxismo?, ¿puede alguien decir que ellas no corresponden a planteamientos sustanciales del marxismo?, ¿puede alguien probar que tales posiciones no son las sostenidas por los clásicos del marxismo-leninismo? Evidentemente las tesis de Mariátegui se basan firme y definidamente en la concepción del proletariado, y esto no puede en modo alguno torcerse ni negarse. ¿En qué se basan y qué pretenden quienes niegan la posición marxista de Mariátegui?, simple y llanamente en artificiosos análisis carentes de realidad y, sobre todo, huérfanos de una sólida posición de clase, remotamente alejados de nuestra realidad y de la aplicación del marxismo.

La posición del fundador del Partido Comunista frente a la filosofía marxista, a la economía política y al socialismo científico revelan, para un recto y justo pensar político desde la posición de la clase obrera, que se fundamentan en el marxismo-leninismo, mostrando la maduración del pensamiento de Mariátegui en su participación teórica y práctica en la lucha de clases, y que a tal comprensión llegó, además, luchando contra el viejo revisionismo y sus representantes europeos y en contra de sus similares en el país.

III. MARIÁTEGUI ESTABLECIÓ LA LÍNEA POLÍTICA GENERAL DE LA REVOLUCIÓN PERUANA

¿Qué quiere decir que Mariátegui ha establecido la línea política general de la revolución peruana? En concreto, que ha sentado las leyes generales de la lucha de clases en el país, que ha establecido el camino que sigue la revolución en nuestra patria. Esta afirmación implica su vigencia y encierra necesariamente el retomar el camino de Mariátegui para llevar adelante la transformación revolucionaria de nuestra sociedad bajo la dirección de la clase obrera, a través de su vanguardia organizada, única clase que puede cumplir tal papel directriz.

Analicemos este problema tan sustantivo cuanto controvertido abierta o encubiertamente; de la posición que tomemos frente a él depende el destino de nuestra patria.

Carácter de la sociedad peruana

Partamos de las propias palabras del fundador del Partido Comunista:

> El capitalismo se desarrolla en un pueblo semifeudal como el nuestro, en instantes en que, llegado a la etapa de los monopolios y del imperialismo, toda la ideología liberal, correspondiente a la etapa de la libre concurrencia, ha cesado de ser válida. El imperialismo no consiente a ninguno de estos pueblos semicoloniales, que explota como mercados de su capital y sus mercancías y como depósitos de materias primas, un programa económico de nacionalización e industrialismo; los obliga a la especialización, a la monocultura (petróleo, cobre, azúcar, algodón, en el Perú), sufriendo una permanente crisis de artículos manufacturados, crisis que se deriva de esta rígida determinación de la producción nacional, por factores del mercado mundial capitalista.

En estas palabras que son del punto 3 del Programa del Partido se sienta el carácter semifeudal y semicolonial de nuestra sociedad. La primera, la semifeudalidad:

> No debe ser buscada ciertamente en la subsistencia de instituciones y formas políticas o jurídicas del orden feudal. For-

> malmente el Perú es un Estado republicano y demo-burgués. La feudalidad o semifeudalidad supervive en la estructura de nuestra economía agraria.

Y ahí hay que buscarla hoy, pese a los años transcurridos, pues se mantienen y desarrollan nuevas modalidades de raíz semifeudal, formas de trabajo gratuito, obligación familiar y salarios diferidos, prestaciones personales, mantención y fusión de viejos latifundios y predominio del gamonalismo, solo que encubierto bajo nuevas condiciones y rimbombantes palabras. La semifeudalidad, duramente atacada en años pasados, ha devenido verdad aceptada como evidente, pues la propia lucha de clases, con la explotación campesina que tantas veces hemos visto, las medidas agrarias y la acción contrarrevolucionaria desde los años sesenta, muestra la base semifeudal de la sociedad peruana.

En cuanto a la semicolonialidad, Mariátegui sustentó que un país puede ser políticamente independiente mientras su economía sigue controlada por el imperialismo; más aún, sostuvo con certeza que los países sudamericanos, como el nuestro, «políticamente independientes, son económicamente coloniales». Y esta situación se sigue desenvolviendo; nuestra economía sufre creciente y diversificada penetración imperialista y socialimperialista, directa o indirectamente. La situación semicolonial ha sido cuestionada hace pocos años sosteniéndose —como afirmación, pero sin pruebas—, que el Perú ha devenido colonia, pues tal es lo que se afirma cuando se tipifica al país como una «neocolonia»; y tal afirmación llega al extremo, cuando postulan que somos una «neocolonia», pero que tenemos al mando «un Gobierno reformista burgués».

El párrafo transcrito plantea que en el Perú se desarrolla el capitalismo, pero un capitalismo sometido al control del imperialismo norteamericano, principalmente, no un capitalismo que permita una economía nacional y una industrialización independiente, sino todo lo contrario; un capitalismo en función de la metrópoli imperialista que no consiente una verdadera economía nacional que sirva a nuestra nación ni una industrialización independiente, implicando que ambas exigen previamente el quebrantamiento del dominio imperialista. Así, Mariátegui no niega el desarrollo del capitalismo en el país, sino que precisa el tipo de nuestro capitalismo; un capitalismo en un pueblo semifeudal que vive en la época de los monopolios y de la reacción política; un capitalismo que a medida que se desarrolla acentúa nuestra condición semicolonial; un capitalismo

que engendra una burguesía compradora ligada al imperialismo norteamericano. En síntesis, un capitalismo burocrático desde el punto de vista de Mao Tsetung.

Esta es la comprensión válida y vigente que Mariátegui tuvo del carácter de la sociedad peruana; los estudios e investigaciones posteriores solo han confirmado y precisado las acertadas tesis sustentadas por nuestro fundador.

Las dos etapas de la revolución peruana

A partir de la condición semifeudal y semicolonial del país, Mariátegui analizó las fuerzas de la revolución sentando que hay dos clases básicas: el proletariado y el campesinado; que mientras esta es la fuerza principal por ser mayoría y soportar el peso semifeudal, aquella, la clase obrera, es la clase dirigente; más aún, resaltó que solo con la aparición del proletariado los campesinos podían cumplir su papel:

> La doctrina socialista es la única que puede dar un sentido moderno, constructivo, a la causa indígena que, situada en su verdadero terreno social y económico, y elevada al plano de una política creadora y realista, cuenta para la realización de esta empresa con la voluntad y la disciplina de una clase que hace hoy su aparición en nuestro proceso histórico: el proletariado.

Que al campesinado y al proletariado se une la pequeña burguesía que, si bien «ha jugado siempre un papel subsidiario y desorientado en el Perú», puesta bajo la presión del capitalismo extranjero «parece destinada a asumir, a medida que prosperen su organización y orientación, una actitud nacionalista revolucionaria». Fuerzas motrices a las que se junta, en ciertas circunstancias y condiciones, la burguesía nacional que Mariátegui llamara «izquierda burguesa». Cuatro clases que al unirse apuntan contra los blancos de la revolución: la semifeudalidad y el dominio imperialista.

En dos conocidos párrafos del Programa del Partido Comunista, redactado por el propio fundador, se definen las etapas de la revolución peruana y precisa su carácter:

> La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias con la lucha antiimperialista mundial. Solo la acción proletaria puede esti-

> mular primero y realizar después, las tareas de la revolución democrático-burguesa que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir. [...]
>
> Cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene, en sus objetivos y su doctrina, revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del poder y desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista.

He aquí magistralmente condensado el problema de la revolución peruana y sus etapas: la democrático-nacional o democrático-burguesa de nuevo tipo en lenguaje de Mao Tsetung, y la revolución proletaria. Dos etapas, la primera de las cuales vivimos desde 1928, pero que aún no ha sido cumplida ni rematada, y la futura, la proletaria; dos etapas ininterrumpidas de un mismo proceso revolucionario, pero que en modo alguno pueden confundirse en su carácter y contenido. Esta gran tesis de Mariátegui ha devenido, luego de amplios debates y luchas, verdad fundamental de la comprensión marxista de las leyes de nuestra revolución.

Pero si esto es fundamental, lo es más el que la clase obrera y solo ella, a través de su Partido, es capaz de conducir la revolución democrático-nacional y, más aún, que solo con su preparación y organización en la misma es capaz de desarrollar la segunda etapa, la proletaria; en consecuencia, si la revolución democrático-nacional no es dirigida por la clase obrera en modo alguno podrá cumplirse ni mucho menos construirse el socialismo. Esta es la cuestión sustantiva hoy, pues la contrarrevolución y el socialcorporativismo niegan esta gran verdad y afirman que en nuestra patria las Fuerzas Armadas están cumpliendo la primera etapa de la revolución y hasta afirman que están sentando las bases del socialismo. Esta cuestión clave diferencia nítidamente a revolucionarios de contrarrevolucionarios. Los primeros, con el marxismo y Mariátegui, sustentan que el proletariado y solo él «puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir». Esta es nuestra posición y enarbolándola debemos combatir las tesis contrarrevolucionarias, apuntando la lanza contra el revisionismo socialcorporativista, negador de Mariátegui y destacamento del socialimperialismo en nuestra patria, que solo sirve a su colusión y pugna con la superpotencia yanqui por el dominio mundial.

La lucha antifeudal

El problema de la tierra es básico del país y, en síntesis, es la cuestión de la feudalidad con sus dos elementos: latifundio y servidumbre; de ahí que, como dijera Mariátegui, el problema agrario del Perú es el de la destrucción de la feudalidad cuyas relaciones tiñen toda nuestra sociedad de arriba a abajo, de la base a la superestructura. El motor de las luchas campesinas ha sido y es el problema de la tierra; y que las tres leyes agrarias de la década del 60 no han destruido las bases feudales, lo muestran patentemente las actuales luchas del campesinado.

Al analizar el problema de la tierra, el fundador del Partido resaltó la lucha que enfrenta comunidad y latifundio; mostró la superioridad económica y social de la comunidad, destacando que había dado fuerzas a las mayorías campesinas para resistir el asalto usurpador de los terratenientes feudales a lo largo de los siglos y que encierra gérmenes vivos que servirán al futuro desarrollo socialista. Asimismo, pasando revista al régimen de trabajo agrario, destacó la existencia de relaciones feudales de explotación tras aparentes modalidades capitalistas. Estas cuestiones no son pasado, son presente que debemos escudriñar para encontrar la encubierta esencia semifeudal que subyace tras la aparente y propagandizada «destrucción de la feudalidad» por la llamada reforma agraria.

Considerando las luchas del campesinado peruano, incluso latinoamericano, Mariátegui sentó que su bandera es «la tierra para los que la trabajan, expropiada sin indemnización» y que su movilización exige el «armamento de obreros y campesinos para conquistar y defender sus reivindicaciones». Así, hay que destruir la feudalidad confiscando las tierras y esto solo pueden conseguirlo los obreros y campesinos armados, pues no hay otra forma de quebrantar la feudalidad, de destruir el latifundio y abolir la servidumbre. No olvidemos que las leyes peruanas vienen normando relaciones agrarias y aboliendo la servidumbre hace más de ciento cincuenta años con los resultados de mantener la feudalidad subyacente.

En consecuencia, la lucha antifeudal es el motor de la lucha de clases en el campo y es el basamento mismo de nuestra revolución democrático-nacional.

La lucha antiimperialista

Como las demás naciones de América Latina, la nuestra es una nación en formación. «La están construyendo sobre los inertes estratos

indígenas, los aluviones de la civilización occidental». Así las cosas, «el problema de los indios es el problema de cuatro millones de peruanos. Es el problema de las tres cuartas partes de la población del Perú. Es el problema de la mayoría. Es el problema de la nacionalidad», examinó Mariátegui. Y agregó:

> Una política realmente nacional no puede prescindir del indio, no puede ignorar al indio. El indio es el cimiento de nuestra nacionalidad en formación. La opresión enemista al indio con la civilidad. Lo anula, prácticamente, como elemento de progreso. Los que empobrecen y deprimen al indio, empobrecen y deprimen a la nación [...] Sin el indio no hay peruanidad posible. Esta verdad debería ser válida, sobre todo, para las personas de ideología meramente burguesa demoliberal y nacionalista.

Así, el problema del indio es el de las mayorías de las cuales prescinde la política del Estado peruano, de la república en especial, hace más de ciento cincuenta años; es el problema de actuar al margen del interés de las cuatro quintas partes de la población —decía nuestro fundador—; de mirar y actuar con los ojos puestos en la metrópoli imperialista que por turno nos domina. Profundizando el problema, Mariátegui sentó que el problema del indio es el problema de la tierra; en consecuencia, el problema nacional se basa en el problema de la tierra no pudiendo en modo alguno separarse uno de otro, planteamiento estrictamente acorde con las tesis del marxismo, probado por la práctica de la lucha de clases de nuestras propias masas y expresado, incontrovertiblemente, en el carácter de nuestra revolución.

Sobre esta base el fundador del Partido Comunista analizó las clases y la lucha antiimperialista en nuestro país y en Latinoamérica en general; partió de que las burguesías latinoamericanas «se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse de la soberanía nacional», así como solidarias y ligadas con los intereses imperialistas, agregando: «Mientras la política imperialista [...] no se ve obligada a recurrir a la intervención armada, a la ocupación militar contarán absolutamente con la colaboración de las burguesías». Así quedó esclarecida la relación de la «burguesía mercantil» peruana y su posición frente al imperialismo. Refiriéndose a nuestro país, al tratar el problema del frente único, Mariátegui planteó la posibilidad de unirse «con la izquierda burguesa liberal, dispuesta de verdad a la lucha contra los rezagos de feudalidad y contra la

penetración imperialista», definiendo la posición de lo que hoy llamamos burguesía nacional; y precisó, además, como viéramos, que la pequeña burguesía a medida que aumente el dominio extranjero desarrollará «una actitud nacionalista revolucionaria».

Por otro lado, arremetiendo contra los apristas que elevaban el antiimperialismo «a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social», y desenmascarando su tesis de «somos de izquierda (o socialistas) porque somos antiimperialistas», Mariátegui, teniendo en cuenta que solo el proletariado, unido al campesinado, puede conducir un antiimperialismo consecuente, señaló: «El antiimperialismo, para nosotros, no constituye ya, ni puede constituir por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder».

Y remató:

> En conclusión, somos antiimperialistas porque somos socialistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias [del mundo].

Así, la lucha antifeudal y la antiimperialista se hermanan como dos cuestiones indesligables y como partes integrantes de la revolución democrático-nacional que solo la clase obrera es capaz de conducir, a condición de establecer la alianza obrero-campesina como punto de partida del frente único de la revolución.

El frente único

Vistos los problemas básicos del carácter de la sociedad y de la revolución y las luchas antifeudal y antiimperialista, surge la cuestión de los instrumentos de la transformación social, de «las tres varitas de la revolución»: el frente único, el problema militar y el Partido.

«Mi actitud, desde mi incorporación en esta vanguardia, ha sido siempre la de un fautor convencido, la de un propagandista fervoroso del frente único», escribía Mariátegui con ocasión del 1° de mayo de 1924; partía de que «somos todavía pocos para dividirnos» y que había mucha tarea común para cumplir en servicio de la clase. Consecuente difusor

del frente único, lo exigía como acción solidaria, concreta y práctica de los que, sin confundirse ideológicamente, «deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, vinculados por la lucha común contra el adversario común, ligados por la misma voluntad revolucionaria y la misma pasión renovadora»; y partiendo de reconocer que «la variedad de tendencias y la diversidad de matices ideológicos es inevitable en esta legión humana que se llama el proletariado», demandaba:

> Lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan entenderse ante la realidad concreta del día. Que no se estrellen bizantinamente en excomuniones y exconfesiones recíprocas. Que no alejen a las masas de la revolución, con el espectáculo de las querellas dogmáticas de sus predicadores. Que no empleen sus armas ni dilapiden su tiempo en herirse unos a otros, sino en combatir el viejo orden social, sus instituciones, sus injusticias y sus crímenes.

Palabras que hoy resuenan vivas como orden actual exigiendo, como ayer, unirse para cumplir los «deberes históricos» comunes de desarrollar conciencia de clase y sentimiento de clase, sembrar y difundir ideas renovadoras y clasistas, arrancar a los obreros de las falsas instituciones que dicen representarlos, combatir la represión y ofensiva corporativista, defender la organización, la prensa y la tribuna de clase, luchar por las reivindicaciones del campesinado; «deberes históricos» en cuyo cumplimiento «se encontrarán y juntarán nuestros caminos».

Sobre esta base, Mariátegui planteó la conformación del frente antiimperialista y antifeudal que, bajo la dirección de la clase obrera y basado en la alianza obrero-campesina, aglutinase a obreros y campesinos, a la pequeña burguesía y, en ciertas condiciones y circunstancias, a la «izquierda burguesa», lo que llamamos hoy burguesía nacional. Así, el frente único es un arma fundamental de la revolución democrático-nacional, pero solo puede desarrollarse basado en la alianza obrero-campesina y dirigido por el proletariado, en modo alguno por la burguesía ni por la pequeña burguesía. En este frente la clase obrera entra en alianza con otras clases a través de su Partido, «pero, en todo caso, reivindicará para el proletariado la más amplia libertad de crítica, de acción, de prensa y de organización». He aquí la política de frente único y de independencia política de clase que nunca debe abandonar el Partido.

Por otro lado, Mariátegui resaltó que, ante la amenaza revolucionaria, la burguesía se une también en frente único:

> Pero solo provisoriamente, solo mientras se conjura un asalto decisivo de la revolución. Después cada uno de los grupos de la burguesía trata de recobrar su autonomía [...] Dentro de la burguesía existen contrastes de ideología y de intereses, contrastes que nada puede suprimir.

Así, el bloque burgués necesariamente se rompe por el desarrollo de sus propias contradicciones internas y el desenvolvimiento de la lucha de clases.

Estas tesis probadas por la realidad exigen también la superación del sectarismo que hoy es mal generalizado. Tener en cuenta que «las masas reclaman la unidad» y prestar oídos atentos a estas vigentes y perentorias palabras:

> Los espíritus nobles, elevados y sinceros de la revolución, perciben y respetan así, por encima de toda barrera teórica, la solidaridad histórica de sus esfuerzos y de sus obras. Pertenecen a los espíritus mezquinos sin horizontes y sin alas, a las mentalidades dogmáticas, que quieren petrificar e inmovilizar la vida en una fórmula rígida, el privilegio de la incomprensión y de los egotismos sectarios.

Nuestra patria vive hoy una ofensiva corporativista, una ofensiva reaccionaria que, como todas las de su tipo, usa el engaño político y la represión según sus necesidades; mientras en el campo del pueblo el sectarismo y el hegemonismo dividen y conspiran contra la acción unitaria y común, cada día más necesaria y urgente. Luchemos por la unificación hoy más que nunca, pues «una política reaccionaria causará, finalmente la polarización de las izquierdas. Provocará la fusión de todas las fuerzas proletarias. La contraofensiva capitalista hará lo que no ha podido hacer el instinto de las clases trabajadoras: el frente único proletario». Estamos combatiendo contra un Gobierno fascista que lleva adelante un reajuste general corporativo que, tras densa demagogia y su propagandizado «socialismo humanista, libertario y cristiano», confunde entendimientos y rinde voluntades y que, usando ladinamente la doble táctica reaccionaria, del engaño político y de la represión, genera bamboleos y acentúa dere-

chismos conciliadores en las propias filas del pueblo. En esta circunstancia adhiramos y apliquemos los siguientes planteamientos de Mariátegui:

> Vivimos en un período de plena beligerancia ideológica. Los hombres que representan una fuerza de renovación no pueden concertarse ni confundirse, ni aún eventual o fortuitamente, con los que representan una fuerza de conservación o de regresión. Los separa un abismo histórico. Hablan un lenguaje diverso y no tienen una intuición común de la historia. [...]
>
> Pienso que hay que juntar a los afines, no a los dispares. Que hay que aproximar a los que la historia quiere que estén próximos. Que hay que solidarizar a los que la historia quiere que sean solidarios. Esta me parece la única coordinación posible. La sola inteligencia con un preciso y efectivo sentido histórico.

Y también:

> Soy revolucionario. Pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse, aun combatiéndose. Sobre todo, combatiéndose. Con el sector político que no me entenderé nunca es el otro: el del reformismo mediocre, el del socialismo domesticado, el de la democracia farisea.

El problema militar

Poco se habla de las tesis de Mariátegui sobre el problema militar, más aún se cree que no ha planteado tan importante cuestión; la situación es al revés, a lo largo de sus obras resalta la importancia que Mariátegui dio a la violencia revolucionaria, a la guerra y a la organización militar. Ya desde 1921 escribía: «no hay revolución mesurada, equilibrada, blanda, serena, plácida»; en 1923: «el poder se conquista a través de la violencia [...] se conserva el poder solo a través de la dictadura»; en 1925: «mientras la reacción es el instinto de conservación, el estertor agónico del pasado, la revolución es la gestación dolorosa, el parto sangriento del presente»; y en 1927: «si la revolución exige violencia, autoridad, disciplina, estoy por la violencia, por la autoridad, por la disciplina. Las acepto en bloque, con todos sus horrores, sin reservas cobardes». La tesis de la violencia revolucionaria es, pues, una constante de su pensamiento, tesis

ocultada por el oportunismo y que, como marxistas, debemos enarbolar firme y consecuentemente.

Pero esto no es toda su comprensión de la revolución, a la que precisa y concibe como prolongada:

> Una revolución no es un golpe de Estado, no es una insurrección, no es una de aquellas cosas que aquí llamamos revolución por uso arbitrario de esta palabra. Una revolución no se cumple sino en muchos años. Con frecuencia tiene períodos alternados de predominio de las fuerzas revolucionarias y de predominio de las fuerzas contrarrevolucionarias. Así como el proceso de una guerra es el proceso de ofensivas y contraofensivas, de victorias y derrotas, mientras uno de los bandos combatientes no capitule definitivamente, mientras no renuncie a la lucha, no está vencido. Su derrota es transitoria; pero no total. Y, conforme a esta interpretación de la historia, la reacción, el terror blanco [...] no son sino episodios de la lucha de clases [...] un capítulo ingrato de la revolución.

He aquí la correcta posición marxista ante la lucha de revolución y contrarrevolución, la inalterable confianza en el triunfo necesario de la revolución; he aquí las tesis que nos deben guiar.

Además, Mariátegui establece la relación entre política y guerra, deriva la debilidad del frente militar de la debilidad política, y la fortaleza militar también como producto político: «porque, así en este aspecto de la guerra mundial, como en todos sus otros grandes aspectos, los factores políticos, los factores morales, los factores sicológicos tuvieron mayor trascendencia que los factores militares». Así la guerra sigue a la política. Comprendió, nuestro fundador, que la revolución genera un ejército de nuevo tipo con tareas propias y diferentes de los ejércitos de los explotadores:

> El ejército rojo es un caso nuevo en la historia militar del mundo, es un ejército que siente su papel de ejército revolucionario y que no olvida que su fin es la defensa de la revolución. De su ánimo está excluido, por ende, todo sentimiento específica y marcialmente imperialista. Su disciplina, su organización y su estructura son revolucionarias.

He aquí el ejército de nuevo tipo que la revolución genera y que solo puede darse bajo el absoluto control del Partido, como enseña Mao Tsetung.

Mariátegui, finalmente, prestó atención particular a la revolución mexicana en Latinoamérica y a la revolución china en Asia, en ambas resaltó su carácter democrático-nacional, su fondo agrarista, el papel del campesinado y la participación vital de la clase obrera, a la vez que destacaba la labor contraria del imperialismo y de las burguesías que traicionaban o traficaban con la revolución. Partiendo de la reivindicación básica de «la tierra para quien la trabaja», planteó el armamento de obreros y campesinos para conquistarla y defenderla, el armamento de las masas campesinas y obreras para llevar adelante la revolución democrático-nacional. Destacó su desenvolvimiento como revolución campesina que avanza desde el campo y que se desenvuelve en «partidas revolucionarias», en montoneras unidas por la solidaridad de soldados y jefes en «unidad orgánica, por cuyas venas circulaba la misma sangre»; en montoneras unidas a las masas con igual relación solidaria que la existente dentro de ellas: «la misma relación de cuerpo, de clase, existía entre la montonera y las masas obreras y campesinas. Las montoneras eran simplemente la parte más activa, batalladora y dinámica de las masas». Evidentemente que al escribir Mariátegui estas palabras, sobre las guerrillas soviéticas que en los años 20 lucharon en Siberia contra los reaccionarios, pensaba en las montoneras de nuestra patria y las de América Latina; y al hacerlo nos describió y reveló la esencia de la relación entre guerrillas y masas populares, su indesligable unidad, la condición de las guerrillas de ser «la parte más activa, batalladora y dinámica de las masas», parte integrante de las masas y nunca una acción desligada de ellas.

Estos puntos conforman el pensamiento de Mariátegui sobre el problema militar a más de su tesis básica de que los levantamientos campesinos no pueden triunfar por sí solos y si alguna vez triunfaron fue bajo la dirección burguesa en los viejos tiempos, pero que hoy, en la época del imperialismo, y precisamente en nuestra América donde «la burguesía no ha sabido ni querido cumplir las tareas de la liquidación de la feudalidad», donde «descendiente próxima de los colonizadores españoles, le ha sido imposible apropiarse de las reivindicaciones de las masas campesinas», corresponde al proletariado y solo al proletariado conducir a las masas campesinas a la destrucción de la feudalidad a través de la guerra prolongada del campo a la ciudad en la revolución democrático-nacional.

El partido del proletariado

«La lucha política exige la creación de un partido de clase», dice el punto 3 del Acta de Constitución del Partido. ¿Qué significa esto? Simplemente que la lucha de clases exige del proletariado su organización independiente como partido político, con intereses propios para la consecución de la meta histórica de la clase obrera. Así, el Partido es consecuencia del desarrollo de la lucha de clases en nuestra patria y de la aparición, desenvolvimiento y madurez de nuestro proletariado; es una necesidad del desarrollo lógico de nuestra historia, de la existencia de las clases, de la existencia de la clase obrera y, por tanto, en modo alguno puede considerársele superado o innecesario sino, por el contrario, es el instrumento principal e indispensable para la toma del poder por la clase obrera y para la construcción de la nueva sociedad peruana; es necesario en tanto hayan clases y mientras la sociedad sin clases no sea una realidad.

El Partido Comunista «es la vanguardia organizada del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase», dice su Programa, establecido por el propio Mariátegui; y sobre composición social, la «organización de los obreros y campesinos con carácter netamente clasista constituye el objeto de nuestro esfuerzo y nuestra propaganda, y la base de la lucha», dice el punto 3 del Acta referida. Así, el Partido Comunista es la vanguardia organizada de la clase obrera peruana —he ahí su precisa delimitación— adherida al marxismo-leninismo, «método revolucionario de la etapa del imperialismo» que «lo adopta como método de lucha», como sienta el Programa; mientras que su composición social apunta a incorporar a sus filas a lo mejor del proletariado y del campesinado, principalmente.

Pero el Partido no es ni puede ser un aparato electorero, sino una organización para la toma del poder; si bien puede usar las elecciones, en ellas no reside su potencia; Mariátegui, analizando la situación alemana, deslindó claramente la situación:

> La potencia de un partido, como lo demuestra este caso, no depende estrictamente de su fuerza electoral y parlamentaria. El sufragio universal puede disminuir sus votos en la cámara, sin tocar su influencia política [...] Al Partido Socialista, que es un partido de clase, sus ciento cincuenta y tantos votos parlamenta-

> rios, si le bastan para asumir la organización del gabinete, no lo autorizan a excluir de este a la banca y a la industria, a menos que opte por un camino revolucionario.

Así, para Mariátegui, el Partido no es electorero ni menos puede seguir el «cretinismo parlamentario», el parlamentarismo es organización política de la burguesía igual que las modalidades corporativas de organización; por tanto, para el Partido, la cuestión es forjarse como «sistema de organizaciones», como maquinaria de guerra para la conquista del poder mediante la violencia revolucionaria para derrumbar el orden social imperante, pues como nuestro fundador nos recuerda: «la historia nos enseña que todo nuevo Estado social se ha formado sobre las ruinas del Estado social precedente. Y que entre el surgimiento de una y el derrumbamiento del otro ha habido, lógicamente, un período intermedio de crisis».

La fundación del Partido Comunista, repitámoslo, es la culminación de la lucha teórica y práctica de Mariátegui y de su participación directa en la lucha de clases; fue su más grande contribución y servicio al proletariado, cuya combatividad de más de treinta años de nuestra historia contemporánea permitió y sustentó la aparición y desarrollo del Partido Comunista del Perú. Mariátegui, contribuyendo a la construcción de nuestro Partido, le dotó de bases ideológico-políticas que las encontramos en el Acta de Constitución, el Programa del Partido, en sus tres tesis fundamentales: Antecedentes y desarrollo de la acción clasista, Punto de vista antiimperialista y Esquema del problema indígena; así como en toda la obra de Mariátegui en la que destacan *Siete Ensayos, Historia de la Crisis Mundial, Peruanicemos el Perú,* entre otras, en cada una de las cuales plantea y resuelve problemas de la lucha revolucionaria. En consecuencia, la obra escrita de Mariátegui debemos entenderla como parte de la construcción y de la fundamentación ideológico-política del Partido.

Su lucha por el Partido la remató José Carlos Mariátegui, nuestro fundador, con sus Tesis de Afiliación a la III Internacional, importante texto que debe recordarse:

> El Comité Central del Partido adhiere a la III Internacional y acuerda trabajar por obtener esta misma adhesión de los grupos que integran el Partido. La ideología que adoptamos es la del marxismo militante y revolucionario, doctrina que aceptamos en todos sus aspectos: filosófico, político y económico-social. Los

> métodos que propugnamos son los del socialismo revolucionario ortodoxo. No solo que rechazamos, sino que combatimos en todas sus formas los métodos y las tendencias de la socialdemocracia y de la II Internacional. [...]
>
> El Partido es un partido de clase y, por consiguiente, repudia toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas y organismos políticos de las otras clases. El Partido reconoce que, dentro de las condiciones nacionales, la realidad nos impondrá la celebración de pactos o alianzas, generalmente con la pequeña burguesía revolucionaria. El Partido podrá formar parte de estas alianzas de carácter revolucionario; pero, en todo caso, reivindicará para el proletariado la más amplia libertad de crítica, de acción, de prensa y de organización.

He aquí un documento redactado por Mariátegui y presentado por él mismo al Comité Central el 1º de marzo de 1930 y sancionado el día 4 del mismo mes y año; este documento es suficiente para echar por tierra tanta verborrea antipartidaria que no merece tratar hoy.

Finalmente, recordemos que para Mariátegui «los partidos no nacen de un conciliábulo académico» y que el Partido «no es ni puede ser una apacible y unánime academia»; sino que el Partido se forja en medio de la lucha de clases de las masas y avanza en medio de la lucha interna entre dos líneas, de ahí que su historia no puede ser entendida al margen de la línea roja que le imprimiera Mariátegui y su prolongada y zigzagueante lucha contra la línea no proletaria que siempre se ha levantado, abierta o solapadamente, contra el pensamiento de Mariátegui.

La línea de masas

A lo largo de todo lo expuesto vemos que en el fondo de todos estos planteamientos hay una posición, una línea de masas, cuestión básica del pensamiento de Mariátegui, pero que sin embargo es muy poco conocida. Basta resaltar aquí que Mariátegui considera que la presencia de las masas llena la época contemporánea; que las muchedumbres, como él dice, son protagonistas de la escena actual; que las inmensas mayorías cuajadas como clase obrera tienen un mito, una meta, la revolución social, meta que el proletariado enarbola y a la cual marcha con «una fe vehemente y activa», contrastando con el escepticismo y la decadencia burguesas; que las masas combaten por «la lucha final» seguras de su triunfo y dice:

> La frase del canto de Eugenio Pottier («La Internacional») adquiere un relieve histórico «¡Es la lucha final!» El proletariado ruso saluda la revolución con este grito ecuménico del proletariado mundial. Grito multitudinario de combate y de esperanza que yo he oído en las calles de Roma, de Milán, de Berlín, de París, de Viena y de Lima. Toda la emoción de una época está en él. Las muchedumbres revolucionarias creen librar la lucha final.

Las masas, protagonistas de la historia, hoy más que nunca con su fuerza van definiendo la historia mundial, y el camino que no encuentran «los profesionales de la inteligencia [...] lo encontrarán las multitudes»; las masas conformadas por los héroes anónimos, los héroes reales que admiraba Mariátegui: «El héroe anónimo de la fábrica, de la mina, del campo; el soldado ignoto de la revolución social»; masas cuyos intereses son solidarios frente a los intereses contradictorios y concurrentes de los burgueses; masas «que trabajan por crear un orden nuevo» y a las cuales hay que servir e interpretar, pues a los individuos y los jefes se les juzga en función del «acierto con que hayan servido e interpretado a las masas revolucionarias».

Mas siempre Mariátegui resalta que las masas, en último término, son las masas básicas, los obreros y campesinos: «la fuerza de la revolución residió siempre en la alianza de agraristas y laboristas, esto es de las masas obreras y campesinas», como dice hablando de la revolución mexicana; que frente a ellas el oportunismo se manifiesta en «que confía más en la posibilidad de explotar las contradicciones y rivalidades entre los caudillos que en la posibilidad de llevar a las masas obreras a una política netamente revolucionaria», y que la lucha mexicana siempre aplastó la contrarrevolución «mediante una gran movilización de las masas revolucionarias —obreras y campesinas—». Estos y otros planteamientos muestran la definida posición de Mariátegui frente a las masas, en cuyas luchas considera que vive el marxismo: «Marx está vivo en la lucha que por la realización del socialismo libran, en el mundo, innumerables muchedumbres animadas por su doctrina».

Lo dicho no implica negar la importancia de los jefes en la lucha de clases, jefes cuya dimensión, reiteramos, se mide por la identificación con los intereses de las clases revolucionarias y servicio que le prestan, particularmente al proletariado, clase que genera un nuevo tipo de hombre «pensante y operante». Refiriéndose a la acción de los revolucionarios,

Mariátegui demandaba tener en cuenta la lucha de clases en la mente del hombre:

> La decadencia y la revolución que coexisten en el mismo mundo, coexisten también en los mismos individuos. La conciencia [...] es el circo agonal de una lucha entre los dos espíritus, la comprensión de esta lucha, a veces, casi siempre, escapa [...] pero finalmente uno de los dos espíritus prevalece. El otro queda estrangulado en la arena.

Mientras hablando del héroe sentaba: «el héroe llega siempre ensangrentado y desgarrado a su meta: solo a este precio alcanza la plenitud de su heroísmo», resaltando que la lucha siempre deja huellas; sentenciando finalmente: «Hoy como ayer, no se puede cambiar un orden político sin hombres resueltos a resistir la cárcel o el destierro», «para un revolucionario, una prisión es simplemente un accidente de trabajo».

La línea de masas de Mariátegui merece nuestra atención, más en estos tiempos cuando el básico problema de las masas se convierte en arena de contienda mayor y creciente cada día. Tengamos en cuenta hoy, más que nunca, lo siguiente:

> Las masas reclaman la unidad. Las masas quieren fe. Y, por eso, su alma rechaza la voz corrosiva, la voz disolvente y pesimista de los que niegan y los que dudan, y busca la voz optimista, cordial, juvenil y fecunda de los que afirman y de los que creen.

Otros problemas de la línea de Mariátegui

Todo lo anterior conforma los puntos básicos de la línea política general de Mariátegui sobre la revolución peruana; pero no es toda su labor. Además, el fundador del Partido Comunista, desde la posición de la clase obrera y en función de la transformación revolucionaria de nuestra sociedad peruana, sentó líneas políticas específicas para el trabajo sindical, obrero, femenino, juvenil, magisterial e intelectual, y para otros frentes de trabajo. Estas políticas específicas son la base para desarrollar una línea de clase en cada frente del trabajo de masas; también en ellas la cuestión es retomar el camino de Mariátegui y desarrollarlo de acuerdo con la circunstancia presente de la lucha de clases.

Mariátegui sentó la línea política general de la revolución peruana

De todo lo expuesto, en esta tercera parte, fluye claramente que Mariátegui, sistematizando la experiencia de la lucha de la clase obrera y del pueblo peruano, estableció, mediante su participación teórica y práctica directa en la lucha de clases, la línea política general de la revolución peruana, así como las líneas políticas específicas de la línea de clase en los diferentes frentes del trabajo de masas. Todo esto viene a ser el camino de Mariátegui, el camino de la revolución peruana, las leyes generales de la revolución en nuestro país y de la acción de la clase obrera como clase dirigente para la conquista del poder y la instauración de la dictadura del proletariado que permita construir en nuestra patria una nueva sociedad, el socialismo como transformación revolucionaria hacia la sociedad sin clases, la sociedad comunista.

Pero el camino de Mariátegui tiene un eje: el Partido Comunista, sin él no puede haber revolución ni éxitos verdaderos para el pueblo; el Partido Comunista, la vanguardia organizada del proletariado, es necesario para que la clase obrera dirija, pues solamente ella, mediante su vanguardia, puede dirigir la revolución democrático-nacional y, sustentándose en la alianza obrero-campesina, rematar la primera etapa de la revolución peruana para, con la dictadura del proletariado, desenvolver la segunda etapa, la de la revolución proletaria.

Así, la cuestión decisiva de nuestra revolución, hoy más que nunca, es retomar el camino de Mariátegui y desarrollarlo en medio de la lucha de clases de las masas de la actualidad para servir a la clase obrera, al pueblo y a la revolución.

IV. RETOMAR A MARIÁTEGUI Y RECONSTITUIR SU PARTIDO ES SERVIR A LA CLASE OBRERA, AL PUEBLO Y A LA REVOLUCIÓN

El camino de Mariátegui surgió y se desarrolló en lucha

El camino de Mariátegui surgió en medio de la lucha de clases contra el orden social existente; hubo de lidiar contra el sistema reaccionario de ideas imperantes y batallar arduamente con el APRA, que negaba la necesidad del partido del proletariado. Así, la fundación del Partido Comunista fue producto de aguda lucha y marca un hito fundamental en el

proceso del camino de Mariátegui. Mas la lucha que José Carlos Mariátegui librara no solo se dio fuera de las filas del Partido, también dentro de él combatió por adherirlo al marxismo-leninismo y a la Internacional Comunista.

Bien pronto, casi inmediatamente después de su muerte, se desarrolló toda una línea oportunista que solapadamente comenzó a hablar de «proletarización» y «superación» de Mariátegui; mientras fuera de las filas partidarias la «crítica aprista» tildaba a Mariátegui de «intelectualizado» y «europeizante» con el escondido propósito de negar su línea y destruir su Partido. Con el correr de los años, a inicios de los 40, surge el cuestionamiento del basamento marxista de Mariátegui a la vez que, hipócritamente, le reconocían su gran calidad. Posteriormente Del Prado y compañía a la vez que se llamaban «discípulos de Mariátegui» hacían de este un «ícono inofensivo» al que envolvían en incienso mientras renunciaban a su camino. Así se desarrolló un período de negación y cuestionamiento de la línea de Mariátegui, de su camino; sin embargo, la línea roja de Mariátegui siguió viviendo encarnada en la lucha de las masas obreras y campesinas principalmente y en la mente y acción de los comunistas que llevaron adelante sus banderas y jalonaron la lucha dentro del Partido en la búsqueda del camino de Mariátegui.

Retomando el camino de Mariátegui

La década del sesenta estremeció el mundo comunista internacional con la lucha entre el marxismo-leninismo y revisionismo, la que repercutió en nuestra patria, principalmente a través de las grandes obras del camarada Mao Tsetung y de la importantísima lucha librada por el Partido Comunista de China junto a otros partidos hermanos. Simultáneamente, en nuestra patria los años 60 implicaron la agudización de la lucha de clases y el gran auge del movimiento de masas, particularmente campesinas; el país vivió la profundización del capitalismo burocrático que aún se desenvuelve; los obreros desarrollaron grandes movimientos huelguísticos y acrecentaron su organización sindical; el campesinado llevó adelante, espontáneamente las más de las veces, la conquista de la tierra por sus propias manos y, en oleada incontenible, la invasión de tierras —para recuperarlas— recorrió nuestro suelo; mientras la pequeña burguesía, en especial maestros y estudiantes, se incorporaba más a las luchas populares. Paralelamente, el ordenamiento demoliberal parlamentario entraba en crisis, como en otras partes de América, y sus partidos políticos reaccionarios se enzarzaban en febril pugna por ganar posiciones

y cosechar prebendas. Todo esto presentó a la reacción la exigencia de cumplir dos tareas: profundizar el capitalismo burocrático, tomando como palanca económica principal al Estado, y remodelar la sociedad peruana corporativamente para superar la crisis del parlamentarismo burgués. He ahí las condiciones y la causa del surgimiento del actual Gobierno fascista y las tareas que le compete cumplir por encargo de las clases explotadoras y el imperialismo, que vieron el peligro de cuestionamiento de su orden que encerraba el auge ascensional de las masas y sus luchas, un capítulo de las cuales es la lucha guerrillera que dejó importantes lecciones para el futuro del pueblo.

En medio de estas condiciones y lucha agudizada se desenvolvió la acción teórica y práctica de los comunistas, de los marxista-leninistas peruanos que, tomando al pensamiento de Mao Tsetung y sus sabias enseñanzas, pugnaron por retomar el camino de Mariátegui y reconstituir su Partido. En enero de 1964 el PCP arrojó de sus filas a la camarilla revisionista de Del Prado y compañía, hecho que marca un hito en el largo camino del Partido; así en la IV Conferencia se dio un paso al adherir al marxismo bajo la guía del pensamiento maotsetung. Otro punto de avance fue la V Conferencia, de noviembre del 65, que centró su atención en la comprensión de nuestra sociedad y su revolución, acercándonos más a la línea de Mariátegui. Otros momentos que jalonaron el retomar a Mariátegui y reconstituir el Partido fueron las exitosas luchas que el Partido Comunista libró contra la línea oportunista de derecha disfrazada de izquierda cuyo remate fue la VI Conferencia, de enero del 69, evento en el cual el Partido sancionó su reconstitución a partir de la base de unidad partidaria, el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, el pensamiento de Mariátegui y la línea política general, cuya piedra angular es Mariátegui; reconstitución que, como se sancionara, implica reconstituir el Partido para la guerra popular. Así se culminó un largo período de búsqueda de Mariátegui abriéndose la etapa de retomar el camino de Mariátegui, una de cuyas partes es la reconstitución del Partido, como cuestión necesaria y decisiva.

Mas la lucha no termina, es constante. El surgimiento del actual Gobierno fascista y su programa contrarrevolucionario repercutió en nuestras filas generando una línea liquidacionista, un oportunismo de derecha, que apuntó peligrosamente contra la propia vida del Partido; esta lucha tuvo como hitos el II Pleno del Comité Central que caracterizando la lucha contra el oportunismo liquidacionista llamó a combatirlo, y el III Pleno del Comité Central «Sobre la reconstitución» que comprobando la

derrota liquidacionista sentó las bases políticas, organizativas y del trabajo de masas en función de la reconstitución del Partido. Así se abrió para el Partido de Mariátegui una cada vez mejor perspectiva en el cumplimiento de su misión histórica. Finalmente, el IV Pleno del Comité Central del Partido Comunista del Perú bajo la divisa de «Retomar plenamente el camino de Mariátegui para desarrollar el trabajo de masas tomando como centro el Partido» sancionó, oficialmente, el «Retomar el camino de Mariátegui» como la cuestión decisiva de la reconstitución; en síntesis, como la línea política general en torno a cuya aplicación y desarrollo debemos cumplir la reconstitución del Partido de Mariátegui.

De lo dicho, el camino de Mariátegui, o sea la línea política general de la revolución peruana, surgió y se desarrolló en medio de la lucha de clases y en la lucha de dos líneas dentro del Partido: la línea roja proletaria que Mariátegui le imprimiera y la no proletaria en las diferentes modalidades que ha asumido a lo largo de los años. Así, tres momentos pueden establecerse en su desarrollo: 1) El del surgimiento del camino de Mariátegui y de la fundación del Partido; 2) El de la búsqueda del camino de Mariátegui; 3) El de retomar el camino de Mariátegui y de la reconstitución del Partido. Tres momentos que implican más de cuarenta años de nuestra historia partidaria, de la historia del proletariado peruano y de la historia de la lucha de clases en el Perú contemporáneo.

La vigencia del pensamiento de Mariátegui

Vimos que en los años 60 el pensamiento de Mariátegui se va imponiendo cada vez más firmemente; sin embargo, en ese período, que vivimos todavía, a la vez que crece el interés dentro y fuera del país por Mariátegui, se desarrolla también una negación de este en dos planos: unos que atacan y niegan el fundamento marxista del pensamiento de Mariátegui y otros que niegan su vigencia.

Quienes cuestionan su basamento marxista sostienen que la base ideológica que lo sustenta es el idealismo irracionalista y las concepciones predominantes del pensamiento filosófico occidental, particularmente europeo. Planteadas las tesis de Mariátegui sobre la filosofía marxista, la economía política y el socialismo científico, estaría demás analizar esas observaciones; baste reiterar que el carácter marxista del basamento de Mariátegui es suficientemente claro, y señalar que tales impugnadores en el fondo tienen un argumento central: la imposibilidad de que el marxismo se desarrolle en un país con escaso número de obreros. Tal punto de partida encubre una posición mecanicista inaceptable; para que el

marxismo apareciera, a nivel mundial, fue necesario el desarrollo de la clase obrera hasta el grado que alcanzó a mediados del siglo XIX en Europa, sobre cuya base material Marx y Engels crearon el marxismo; desde entonces se desenvuelve pujante y difunde por los cinco continentes. Los revolucionarios de los países atrasados, países con inmensas masas campesinas y proporcionalmente reducidas masas obreras, encontraron el marxismo como instrumento guía para su acción y tomando sus principios los fundieron con sus condiciones revolucionarias específicas; así, el marxismo-leninismo se fundió con las condiciones concretas de los movimientos de liberación nacional y sus revoluciones democráticas y, en consecuencia, se desarrolló. Una muestra incontrovertible es el pensamiento maotsetung que nadie, absolutamente nadie, excepto los renegados revisionistas y socialcorporativistas, puede considerar seriamente sino como marxismo desarrollado.

Pues bien, caso similar es el del fundador del Partido Comunista. Mariátegui también aplicó el marxismo-leninismo a un país semifeudal y semicolonial, más aún, analizó incluso a los similares países latinoamericanos; y participando directamente en la lucha de clases de nuestra patria pudo desenvolverse como marxista y aplicar los principios universales en forma creadora, de ahí la similitud de muchas de sus tesis con los planteamientos de Mao Tsetung. Y remitiéndonos a la prueba de los hechos: los años transcurridos muestran cada vez más fehacientemente la esencia marxista del pensamiento de Mariátegui. Lo que sucede es que, a los poco advertidos, desorienta el lenguaje propio que utiliza al cual no se está acostumbrado, se ignora las condiciones de nuestra América Latina y, lo básico, se parte de posiciones contrarias al marxismo.

Quienes cuestionan la vigencia de Mariátegui alegan que, si bien fue marxista y notable pensador, sus posiciones han quedado atrás por el transcurso de cuarenta años. Estos olvidan que los estudios e investigaciones posteriores no niegan sino confirman las tesis de Mariátegui; y, lo principal, que no habiéndose rematado la revolución democrático-nacional ni mucho menos iniciado la proletaria, el pensamiento de Mariátegui y su camino, su línea política general de la revolución peruana sigue plenamente vigente, como lo demuestran, precisamente, las cuatro décadas transcurridas y más aún la necesidad de retomar su camino, nacida de las grandes luchas de la década del 60 y de la actual lucha de clases.

Retomar a Mariátegui y reconstituir su Partido

Al llegar a este punto y visto lo expuesto del pensamiento de Mariátegui que se concreta políticamente en su camino de la revolución

peruana, lo primero que hay que reiterar es que Mariátegui es expresión política culminante del proletariado peruano; y, por otro lado, que los casi cincuenta años de desarrollo del camino de Mariátegui demuestran que sus banderas son las de la clase obrera, probadas a lo largo de décadas en las que ha quedado claro que el éxito del proletariado está en asirlas firmemente y llevarlas adelante, mientras su fracaso está en abandonarlas o soslayarlas. Ninguna clase en el Perú ni ningún partido, que no sea el Partido Comunista, puede mostrar tal experiencia acumulada ni tan altas banderas comprobadas por la lucha de clases.

Así las cosas, la clave es hoy, más que ayer, retomar el camino de Mariátegui; lo que implica poner a la clase obrera al mando de la revolución, imprimir la dirección de la única clase consecuentemente revolucionaria al proceso que derrumbará el orden social imperante; implica desarrollar la vanguardia organizada del proletariado, el Partido Comunista, para que cumpla su papel de estado mayor sin el cual no puede haber revolución; implica adherir a Mariátegui como expresión política concentrada de la clase obrera; en síntesis, es luchar por la dirección de la clase obrera en la revolución peruana. Así, Mariátegui deviene bandera del pueblo peruano, base de unidad de los explotados y camino anchuroso y único de nuestra revolución democrático-nacional.

Pero además, lo que es sustantivo, retomar el camino de Mariátegui es reconstituir el Partido Comunista, su partido; es trabajar por su construcción ideológico-política, desarrollando los fundamentos que le diera su fundador y es, simultáneamente, pugnar por su construcción organizativa reajustando lo orgánico a lo político. Reconstituir el Partido es hoy, en síntesis, impulsar su reconstitución retomando a Mariátegui y apuntando al desarrollo de la guerra popular.

El Partido Comunista, seguro de su camino y consciente de su meta, en el 80 aniversario de su fundador y el 47 de su fundación, iza al tope sus rojas banderas proletarias y declara ante las masas de nuestra patria, ante obreros y campesinos en especial, que, en la presente ofensiva contrarrevolucionaria y en la perspectiva del creciente desarrollo de la lucha de masas, nuestro deber es aprestarnos a la lucha preparándonos en medio de la tempestad de la lucha de clases de las masas bajo la consigna de que retomar a Mariátegui y reconstituir su Partido es servir a la clase obrera, al pueblo y a la revolución.

V PLENO DEL COMITÉ CENTRAL[1]

Noviembre de 1975

Se realizó en noviembre de 1975 guiado por la consigna de «¡Retomar plenamente a Mariátegui e impulsar la reconstitución!»; y trató tres problemas fundamentales.

«I. El Partido y el problema del poder». Partiendo de fundamentar en Marx, Lenin y el Presidente Mao Tsetung la necesidad del Partido y el objetivo de conquistar el poder para el proletariado, la sesión concluye, en palabras de su propio documento oficial:

> Las tesis anteriores son problemas básicos que necesariamente tiene que tener en cuenta nuestro Partido: el problema del poder como cuestión central, la guerra popular como concreción de la violencia revolucionaria, las condiciones en que se desarrolla un Partido en un país como el nuestro y la importancia del trabajo campesino como sustento de la guerra popular son, pues, problemas sustantivos de nuestra línea que siempre debemos tener presentes y que hoy, cuando impulsamos la reconstitución del Partido se irán poniendo cada vez más sobre el tapete y repercutirán en cuestiones de la línea política y su aplicación.

Y tras analizar el poco conocido e incluso ocultado problema militar en Mariátegui y reafirmarse en lo sancionado por la IV Conferencia, termina diciendo: se «abre al Partido, al impulsar su reconstitución, la perspectiva de marchar apuntando al problema central de la revolución (la conquista del poder) como parte de Retomar el camino de Mariátegui».

«II. Impulsar la reconstitución del Partido». Es el segundo y principal problema tratado por el V Pleno, especificando dos cuestiones fundamentales.

---

[1] Texto tomado de *Memorias desde Némesis.*

Una, «Mariátegui y la línea política general»; en ella señala que el fundador del Partido estableció las leyes generales de la lucha de clases en el país y, de esa manera, el camino que sigue la revolución en nuestra patria. Línea política concretada en cinco cuestiones básicas: 1) «Carácter de la sociedad peruana, esto es la condición semifeudal y semicolonial de nuestra sociedad»; 2) «carácter de la revolución, dadas las condiciones de nuestra sociedad la revolución tiene dos etapas: una primera democrático-nacional y segunda etapa de carácter socialista»; 3) «las tareas de la revolución, en la primera etapa son la de destruir la semifeudalidad y la de barrer el dominio imperialista»; 4) «los instrumentos de la revolución: frente único, ejército popular y Partido son tres 'varitas mágicas' indispensables, pero de ellas es el Partido Comunista la decisiva»; 5) «la línea de masas que sustenta todo nuestro trabajo revolucionario». Línea política general que, en casi cincuenta años, desde su establecimiento en 1928, ha probado ser correcta; de lo cual deriva su vigencia y la necesidad de «Retomar a Mariátegui y reconstituir su Partido» sobre esa línea política general, pero desarrollándola. Señalando, además, expresamente:

> El IV Pleno del Comité Central del PCP [...] sancionó, oficialmente, el RETOMAR EL CAMINO DE MARIÁTEGUI como la cuestión decisiva de la reconstitución; en síntesis, como la línea política general en torno a cuya aplicación y desarrollo debemos cumplir la reconstitución del Partido de Mariátegui. (Las mayúsculas son del documento del Pleno).

Dos, «Impulsar la reconstitución», sobre la cual el documento oficial del V Pleno dice:

> La reconstitución ha seguido también un derrotero hasta su sanción oficial de la VI Conferencia y de ella al V Pleno en el cual se sanciona IMPULSAR LA RECONSTITUCIÓN [...] el año 1975 encuentra al Partido en el impulso de su reconstitución, situación que es una realidad en marcha, como lo prueban la campaña del afiche de Mariátegui en su 80 aniversario, la publicación de *¡Retomemos a Mariátegui y reconstituyamos su Partido!*, el reordenamiento ideológico y su consiguiente reordenamiento orgánico, así como el desarrollo de nuestro trabajo de masas.

Resaltando que, a seis años de sancionada oficialmente, la reconstitución había entrado a ser impulsada, deviniendo en la tendencia prin-

cipal del Partido; y si bien el derechismo se había tornado peligro principal, no era sino escollo o remolino en el camino de avance.

«III. El desarrollo de las masas es la tendencia en nuestro pueblo». Fue el tercer y último problema fundamental del V Pleno. Partía de: «En nuestro país el trabajo de masas requiere honda preocupación y atención y su desarrollo desde la posición política del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung exige un serio enjuiciamiento, un replanteamiento a fondo y un plan preciso y definido». Estableciendo luego que desde mediados de 1973 comenzó una nueva coyuntura de lucha popular: de la oposición aislada a la oposición general al Gobierno fascista a través de la lucha democrática concretada en combatir por beneficios, conquistas, derechos y libertades, desarrollando asimismo un proceso de unificación. A la vez que alertaba ante el peligro del derechismo:

> Pero contra esta tendencia general y perspectivas de nuestro pueblo conspira el derechismo como peligro principal, derechismo que se manifiesta en tres formas: 1) como oportunismo de derecha, como revisionismo, como socialcorporativismo cuya expresión concentrada es la podrida burocracia sindical y política que se expresa en *Unidad* de Del Prado y compañía; 2) el divisionismo sectario y hegemonista que socava la unidad de las masas y de la clase debilitándola y dando flancos de ataque al enemigo; 3) las ideas erróneas que entraban la lucha y el desarrollo de las masas. Al primero debemos combatirlo frontalmente, apuntando la lanza contra él en tanto es agente del socialimperialismo y aliado principal de la corporativización; al segundo debemos superarlo [se refiere al revolucionarismo]; y a las ideas erróneas, desarraigarlas, pues entraban el avance.

Certeros planteamientos y desarrollos concretos de táctica política de plena y constante validez.

El V Pleno del Comité Central marcó no solo el desarrollo de la línea proletaria, sino igualmente el término de la lucha contra el liquidacionismo de «izquierda» cuyas posiciones habían sido barridas ya en el IV Pleno, como viéramos, y además totalmente derrotado en la lucha de masas, principalmente en los organismos generados, que analizaremos a continuación. Más aún, sus dos conspicuos representantes se marcharon del Partido: Sergio, después de los sucesos de febrero del 75 en Lima, pidió licencia por un año en carta dejada al viajar (no está demás men-

cionar que en el Partido Comunista no hay licencias), sin retornar hasta hoy; y Manuel no concurrió al Pleno pese a ser citado y comprometerse a asistir, comunicó su alejamiento por carta. Así pues, ni el V Pleno ni otro evento los expulsó ni los sancionó; simplemente se registró su deserción. Tampoco tiene fundamento alguno que se haya «expulsado a la mitad del Comité Regional 14 de junio»; y esto es así, sencillamente, porque tal Comité no tenía militancia organizada; el liquidacionismo de «izquierda» desmontó la organización. Fue precisamente después del V Pleno que se organizó el Comité y volvió a marchar orgánica y regularmente.

Concluyendo, el IV y V Plenos del Comité Central del Partido Comunista del Perú forman una unidad, en ellos se sanciona el camino de Mariátegui, esto es la línea política general, se dan bases para desarrollar el trabajo de masas y acuerda Impulsar la reconstitución; en síntesis, se fortalecen y amplían las bases para la construcción, principalmente ideológica y política del Partido.

ÍNDICE

RECONSTITUCIÓN (I)

Los comienzos	11
A Ayacucho, 1962	27
El desarrollo del trabajo del Comité Regional de Ayacucho	41
IX Congreso de Estudiantes del Perú	49
Expulsión del Cuerpo de Paz	53
El nuevo año, 1964	57
Las clases sociales	65
¡Campesinos!	69
Revolución	71
El golpe de Vietnam del Sur	75
Dictadura del proletariado	77
¡Viva el Primero de Mayo!	81
Brasil, golpe y lección	83
Editorial de *Bandera Roja* Nº 6	87
Editorial de *Bandera Roja* Nº 7	89
Congreso campesino	91
Primer viaje a la República Popular China	95
Las guerrillas de 1965	99

Del Partido, sus principios y objetivos 107

La V Conferencia Nacional 111

¡El PCP en el camino de Mariátegui! 123

XIX Pleno: verdadero homenaje del PCP a Mariátegui, su fundador y guía 127

Túpac Amaru, héroe popular revolucionario 131

¡28 de julio! Postrer día del despotismo... y primero de lo mismo 135

El camarada Mao, hombre pensante y operante 139

La Gran Revolución Cultural Proletaria provoca pánico en revisionistas criollos 143

¡Acabemos con la santificación contrarrevolucionaria! 149

El PCP y el proletariado peruano 151

Desarrollar a fondo la lucha interna 157

Comisión Política Ampliada de setiembre de 1967 163

Medidas para desarrollar la construcción 167

Viaje a Albania socialista y segundo viaje a China 171

El oportunismo de derecha disfrazado de «izquierda» de «Patria Roja» 177

Profundizar e intensificar la lucha interna en la práctica revolucionaria 183

El Comité Regional de Ayacucho, fortaleza del Partido 193

La vigencia del pensamiento de Mariátegui 199

Sobre la VI Conferencia Nacional 217

Reconstituir el Partido para la guerra popular basándonos en Mao, Mariátegui y la V Conferencia 221

Informe, programa y tareas 237

Ola de los 60 259

La lucha por la educación popular 263

Aplastemos la nueva estafa agraria 265

El trabajo campesino 271

El Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho 287

Sobre el movimiento femenino popular 289

Sobre el movimiento juvenil 291

Capitalismo burocrático 295

Movimiento de liberación nacional 309

Luchas en las entrañas del imperialismo 313

Dos lecciones: Indonesia y el castrismo 315

Cartas al secretario general 317

El Comité Regional José Carlos Mariátegui rechaza la falsa «*Bandera Roja 43*» 325

La lucha contra el liquidacionismo de derecha 329

Declaración del II Pleno del Comité Central del Partido Comunista del Perú 333

Aprendamos de Mariátegui y sigamos su camino 349

Bases de estudio, debate y orientación sobre la Ley General de Industrias 355

¡Sin un partido revolucionario no puede haber revolución! 367

La situación política 377

Sobre la educación y la nueva Ley General de Educación 19326 387

Análisis del Plan Nacional de Desarrollo 71-75 (Extractos) 409

La Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga 423

V Pleno Ampliado del Comité Regional de Ayacucho 429

Esquema del III Pleno del Comité Central 437

Bases políticas de la reconstitución 441

Carta del Comité Permanente sobre algunos problemas políticos 451

Carta del Comité Permanente sobre el IV Pleno 457

La problemática nacional 459

IV Pleno del Comité Central 475

El marxismo, Mariátegui y el movimiento femenino 479

El liquidacionismo de «izquierda» 527

Retomemos a Mariátegui y reconstituyamos su Partido 531

V Pleno del Comité Central 567

Ediciones Bandera Roja